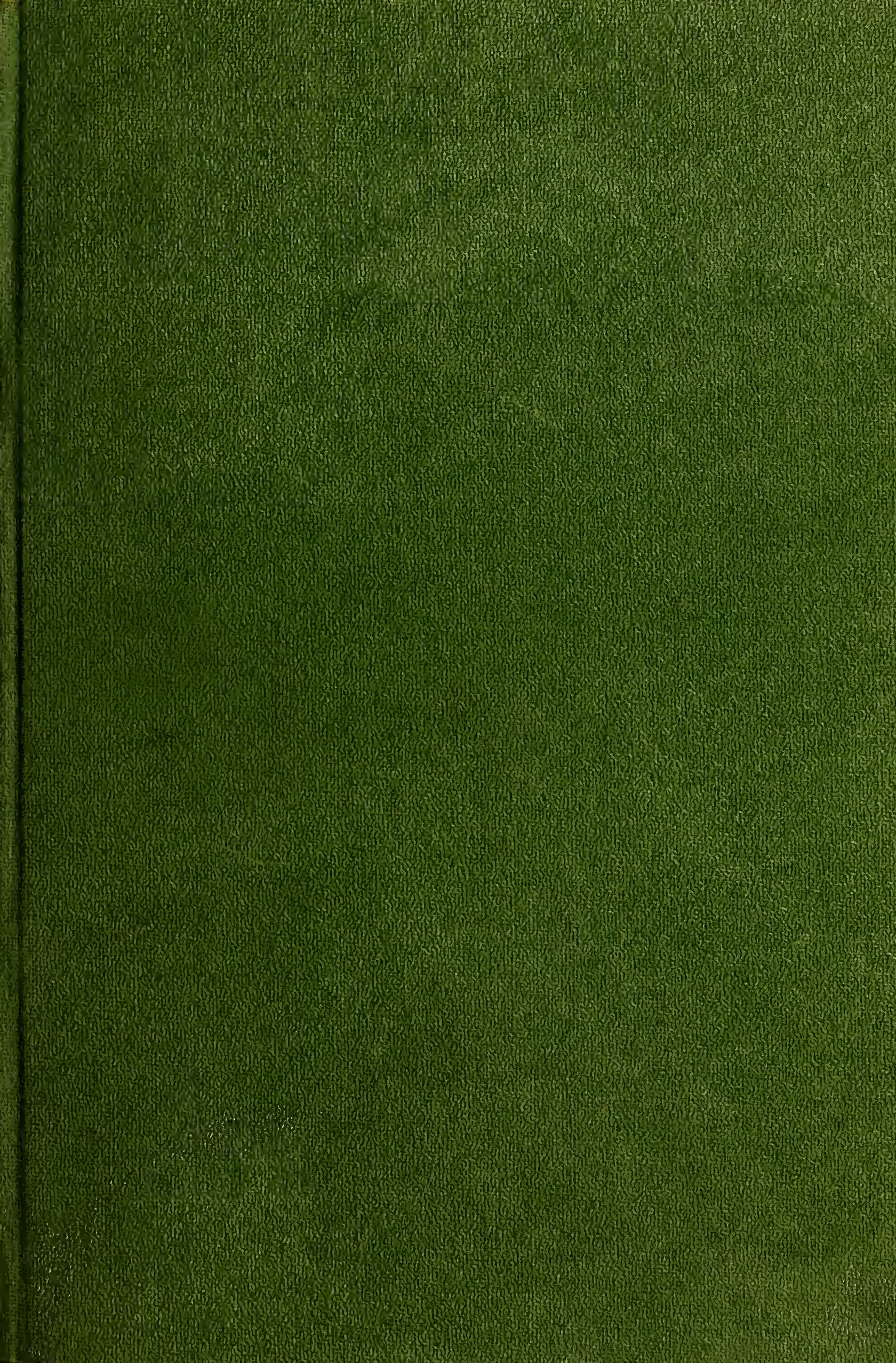
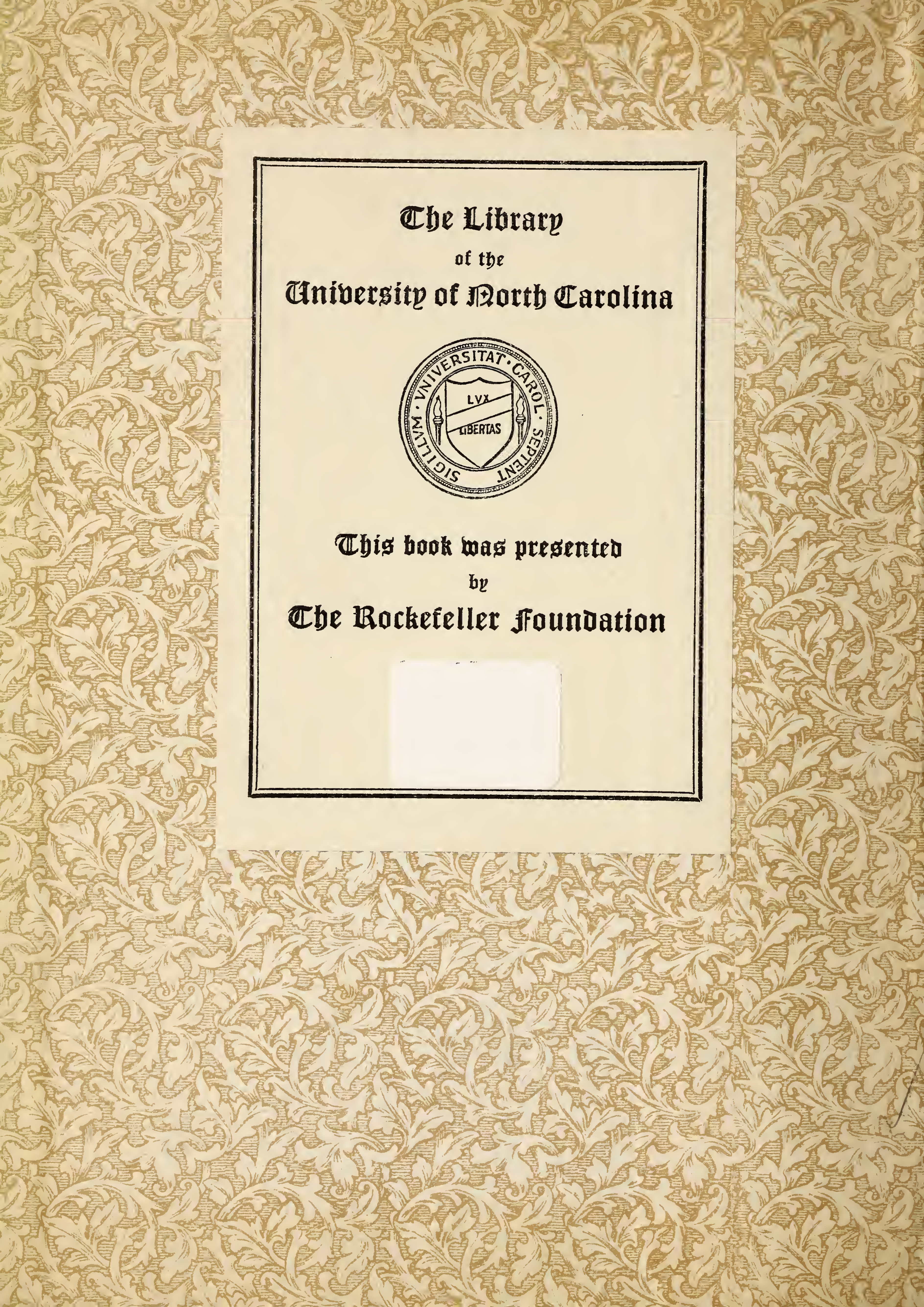
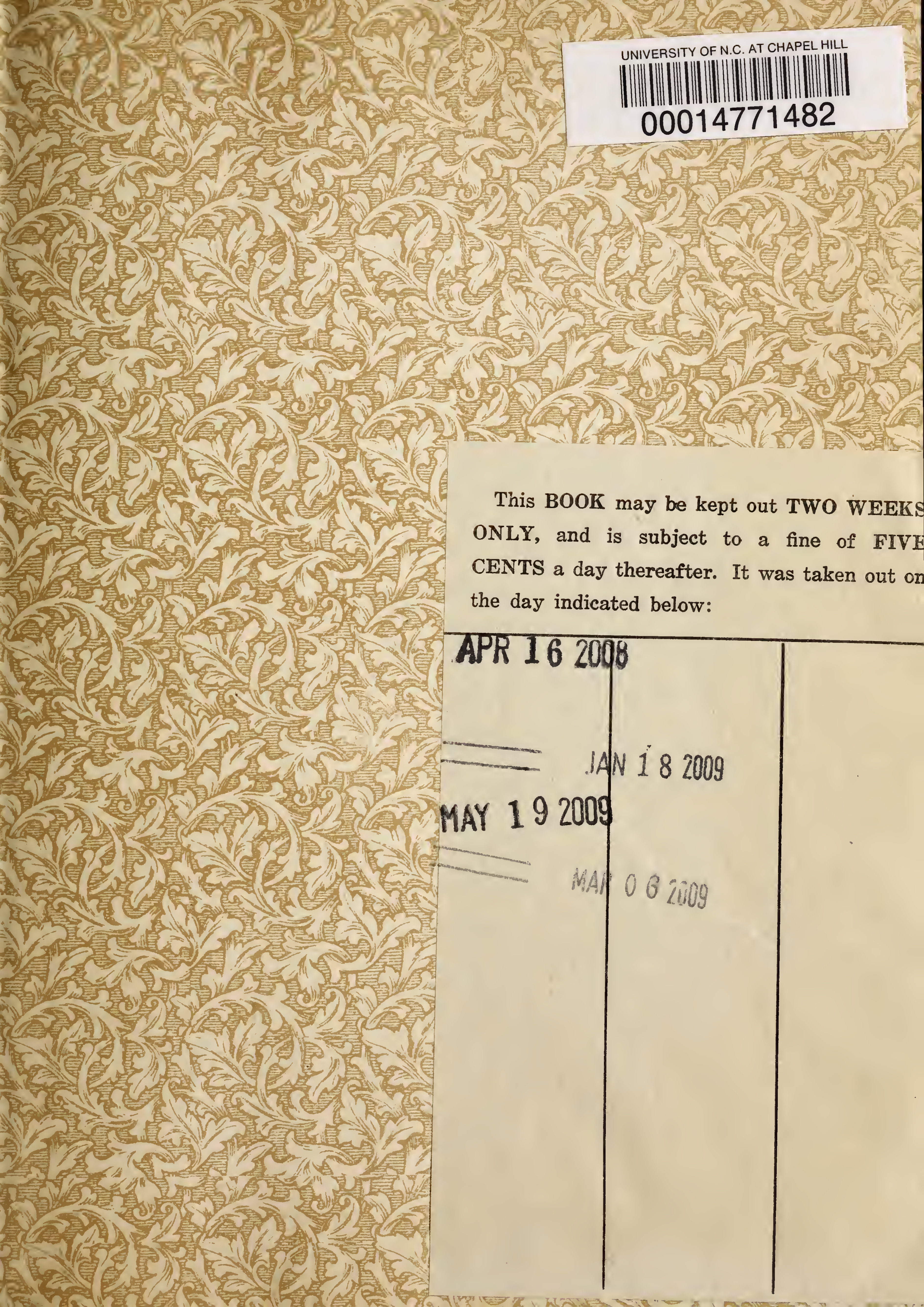




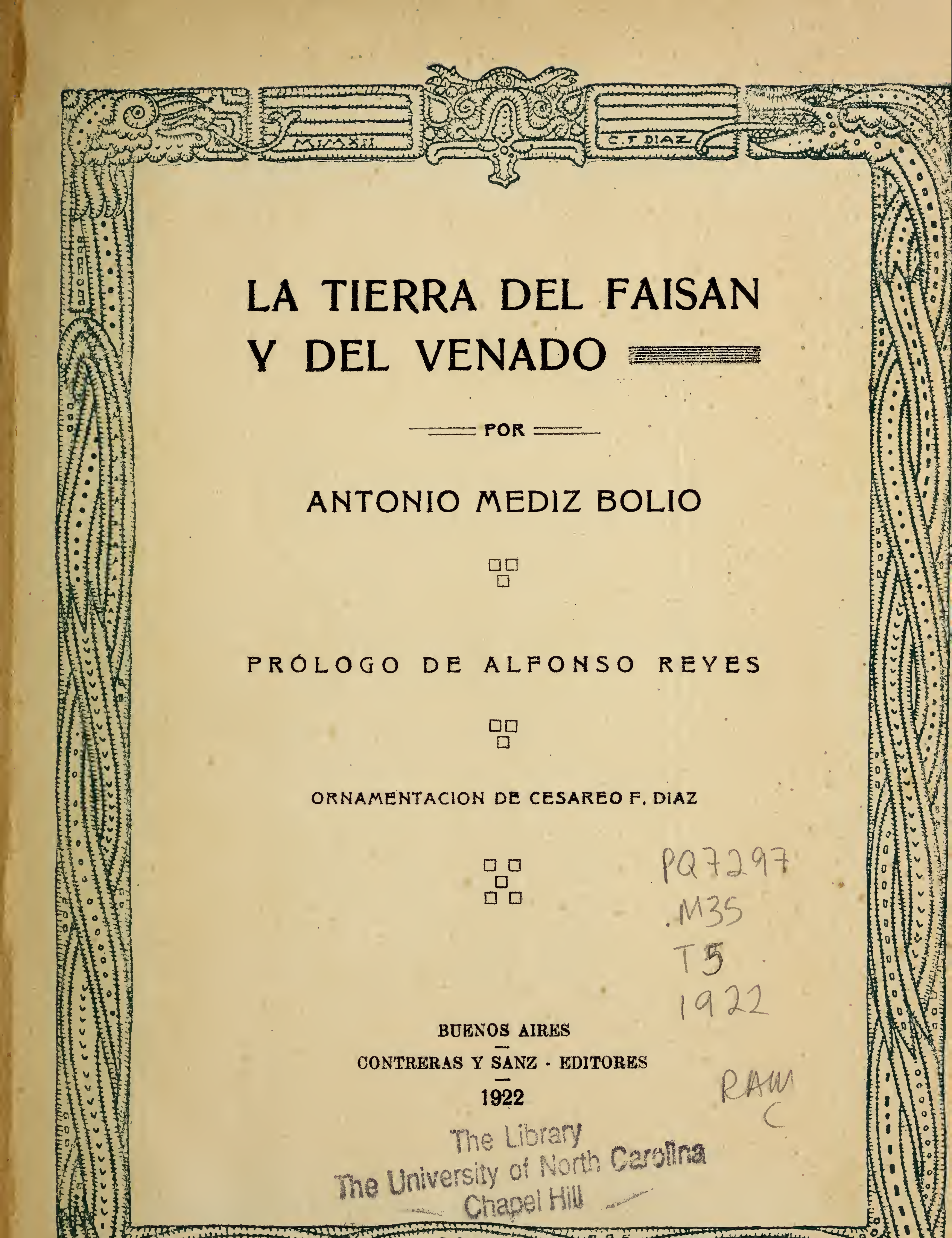
The Library
of the
University of North Carolina
SIGILLVM · VNIVERSITAT · CAROL · SEPTENT
LVX
LIBERTAS
This book was presented
by
The Rockefeller Foundation



UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL
00014771482
This BOOK may be kept out TWO WEEKS
ONLY, and is subject to a fine of FIVE
CENTS a day thereafter. It was taken out on
the day indicated below:
APR 16 2008
JAN 18 2009
MAY 19 2009
MAR 06 2009

LA TIERRA DEL FAISAN

Y DEL VENADO



LA TIERRA DEL FAISAN Y DEL VENADO

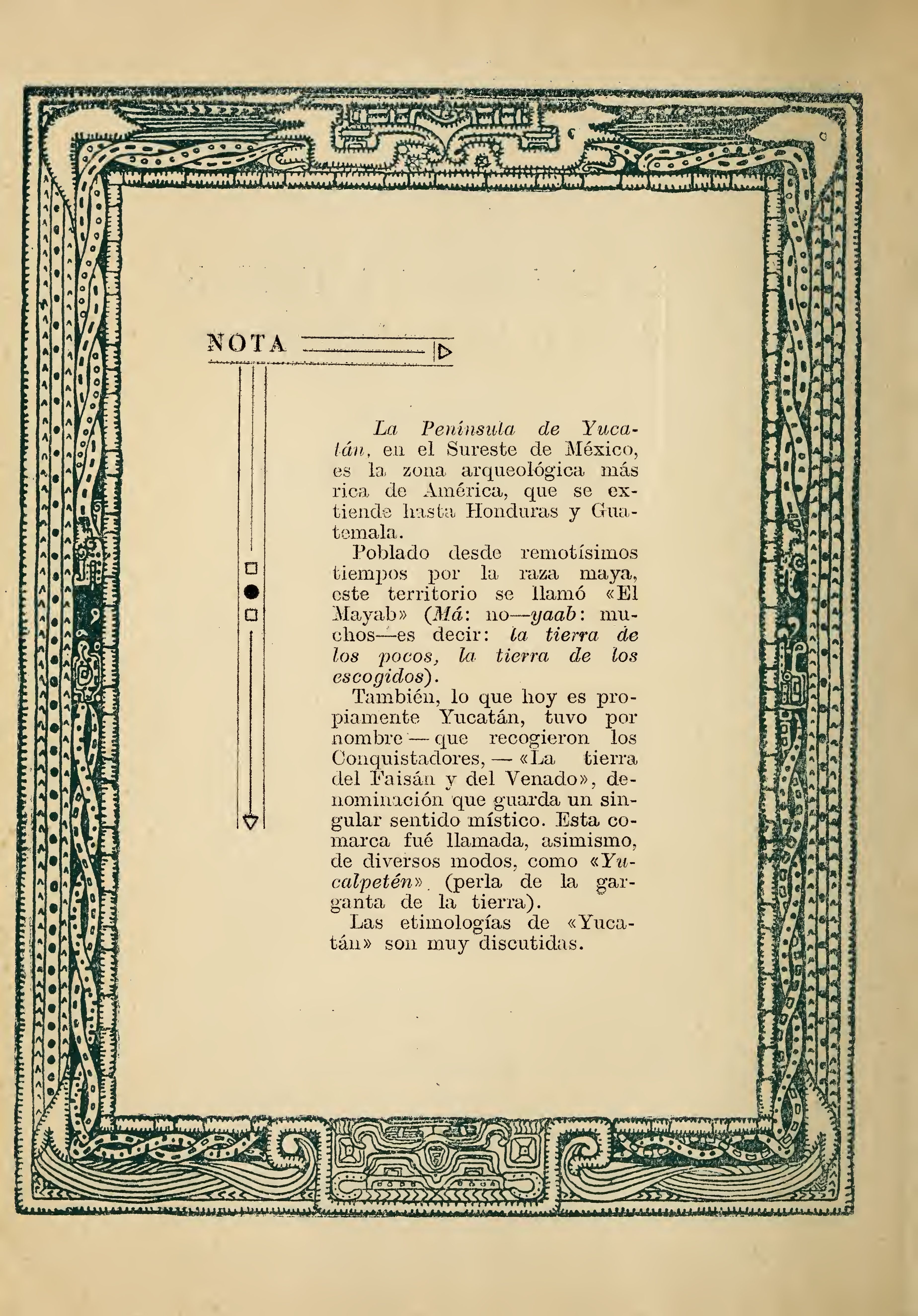
POR

ANTONIO MEDIZ BOLIO

PRÓLOGO DE ALFONSO REYES

ORNAMENTACION DE CESAREO F. DIAZ

BUENOS AIRES
CONTRERAS Y SANZ · EDITORES
1922



NOTA

La Península de Yucatán, en el Sureste de México, es la zona arqueológica más rica de América, que se extiende hasta Honduras y Guatemala.

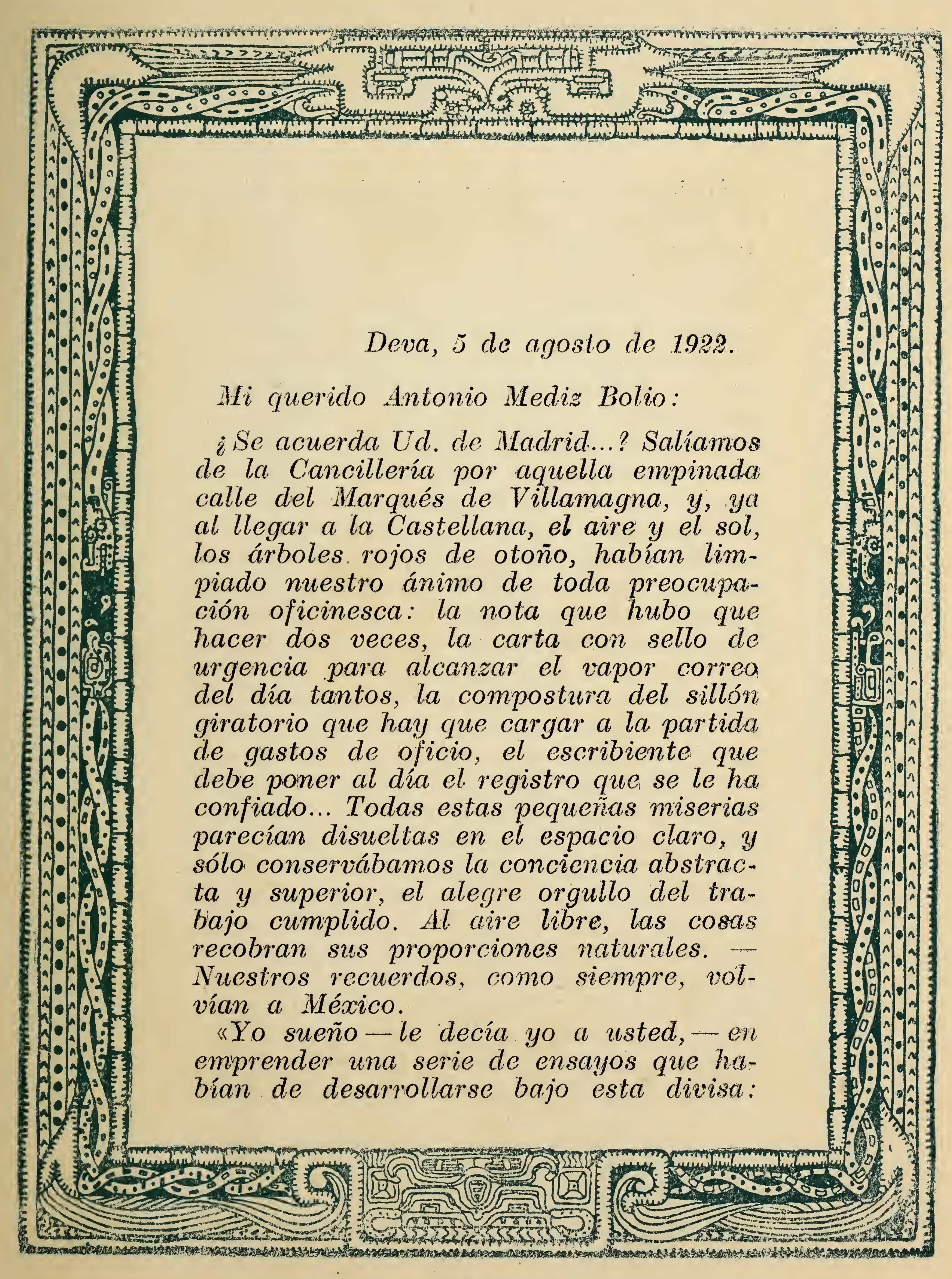
Poblado desde remotísimos tiempos por la raza maya, este territorio se llamó «El Mayab» (*Má*: no—*yaab*: muchos—es decir: *la tierra de los pocos, la tierra de los escogidos*).

También, lo que hoy es propiamente Yucatán, tuvo por nombre — que recogieron los Conquistadores, — «La tierra del Faisán y del Venado», denominación que guarda un singular sentido místico. Esta comarca fué llamada, asimismo, de diversos modos, como «*Yucalpetén*» (perla de la garganta de la tierra).

Las etimologías de «Yucatán» son muy discutidas.

Prólogo



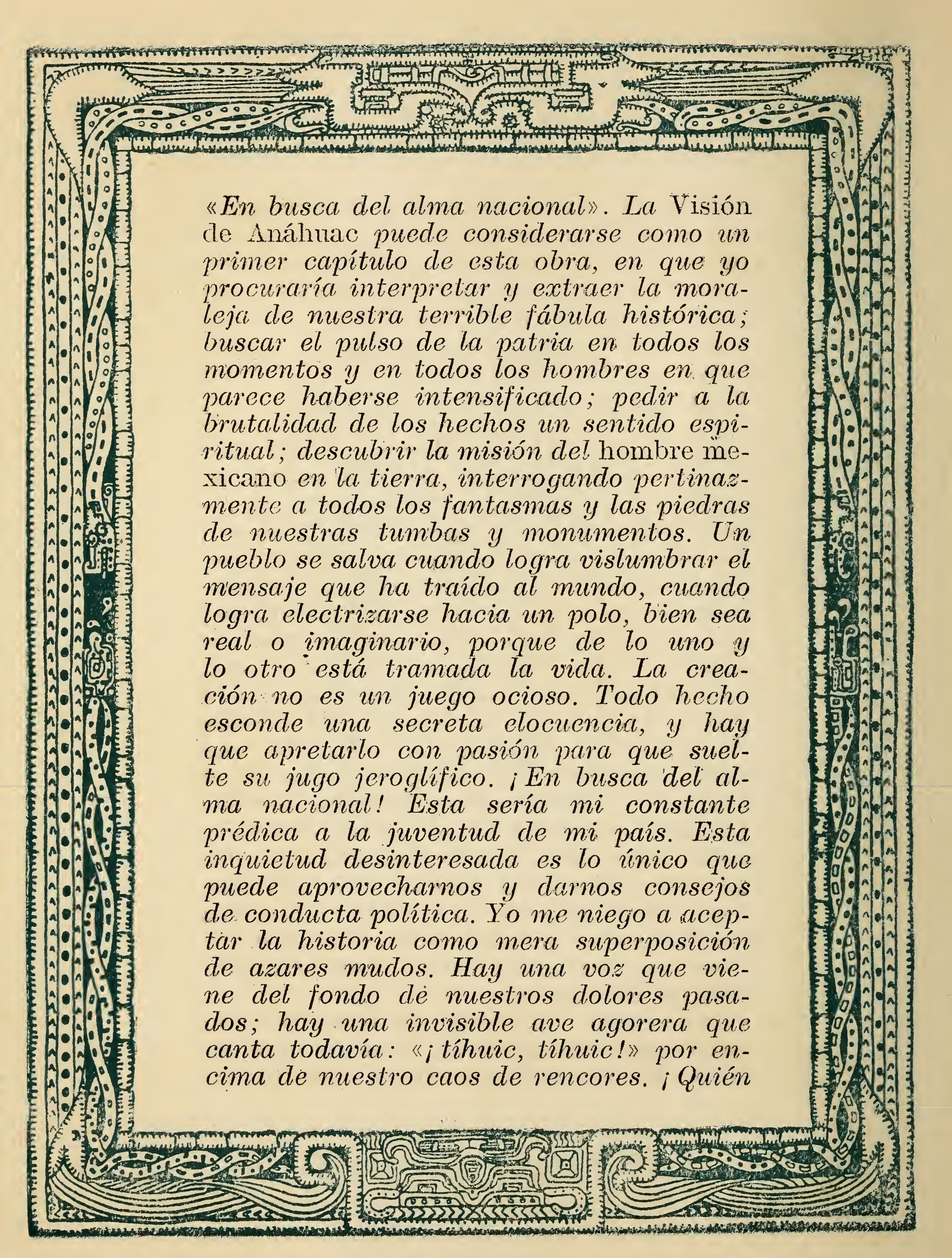


Deva, 5 de agosto de 1922.

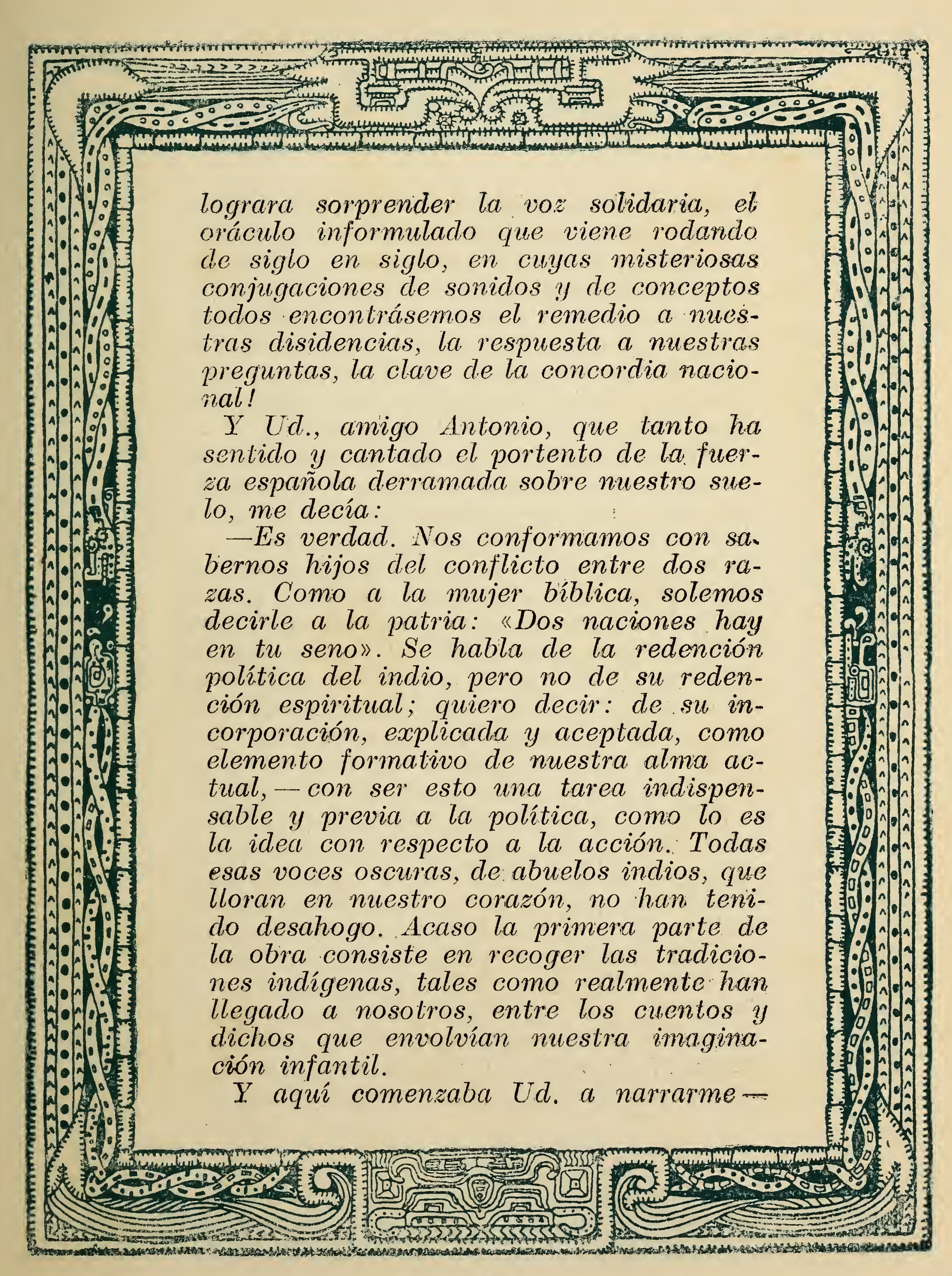
Mi querido Antonio Mediz Bolio:

¿Se acuerda Ud. de Madrid...? Salíamos de la Cancillería por aquella empinada calle del Marqués de Villamagna, y, ya al llegar a la Castellana, el aire y el sol, los árboles rojos de otoño, habían limpiado nuestro ánimo de toda preocupación oficinesca: la nota que hubo que hacer dos veces, la carta con sello de urgencia para alcanzar el vapor correo del día tantos, la compostura del sillón giratorio que hay que cargar a la partida de gastos de oficio, el escribiente que debe poner al día el registro que se le ha confiado... Todas estas pequeñas miserias parecían disueltas en el espacio claro, y sólo conservábamos la conciencia abstracta y superior, el alegre orgullo del trabajo cumplido. Al aire libre, las cosas recobran sus proporciones naturales. — Nuestros recuerdos, como siempre, volvían a México.

«Yo sueño — le decía yo a usted, — en emprender una serie de ensayos que habían de desarrollarse bajo esta divisa:



«*En busca del alma nacional*». La Visión de Anáhuac *puede considerarse como un primer capítulo de esta obra, en que yo procuraría interpretar y extraer la moraleja de nuestra terrible fábula histórica; buscar el pulso de la patria en todos los momentos y en todos los hombres en que parece haberse intensificado; pedir a la brutalidad de los hechos un sentido espiritual; descubrir la misión del* hombre mexicano *en la tierra, interrogando pertinazmente a todos los fantasmas y las piedras de nuestras tumbas y monumentos. Un pueblo se salva cuando logra vislumbrar el mensaje que ha traído al mundo, cuando logra electrizarse hacia un polo, bien sea real o imaginario, porque de lo uno y lo otro está tramada la vida. La creación no es un juego ocioso. Todo hecho esconde una secreta elocuencia, y hay que apretarlo con pasión para que suelte su jugo jeroglífico. ¡En busca del alma nacional! Esta sería mi constante prédica a la juventud de mi país. Esta inquietud desinteresada es lo único que puede aprovecharnos y darnos consejos de conducta política. Yo me niego a aceptar la historia como mera superposición de azares mudos. Hay una voz que viene del fondo de nuestros dolores pasados; hay una invisible ave agorera que canta todavía: «¡tíhuic, tíhuic!» por encima de nuestro caos de rencores. ¡Quién*

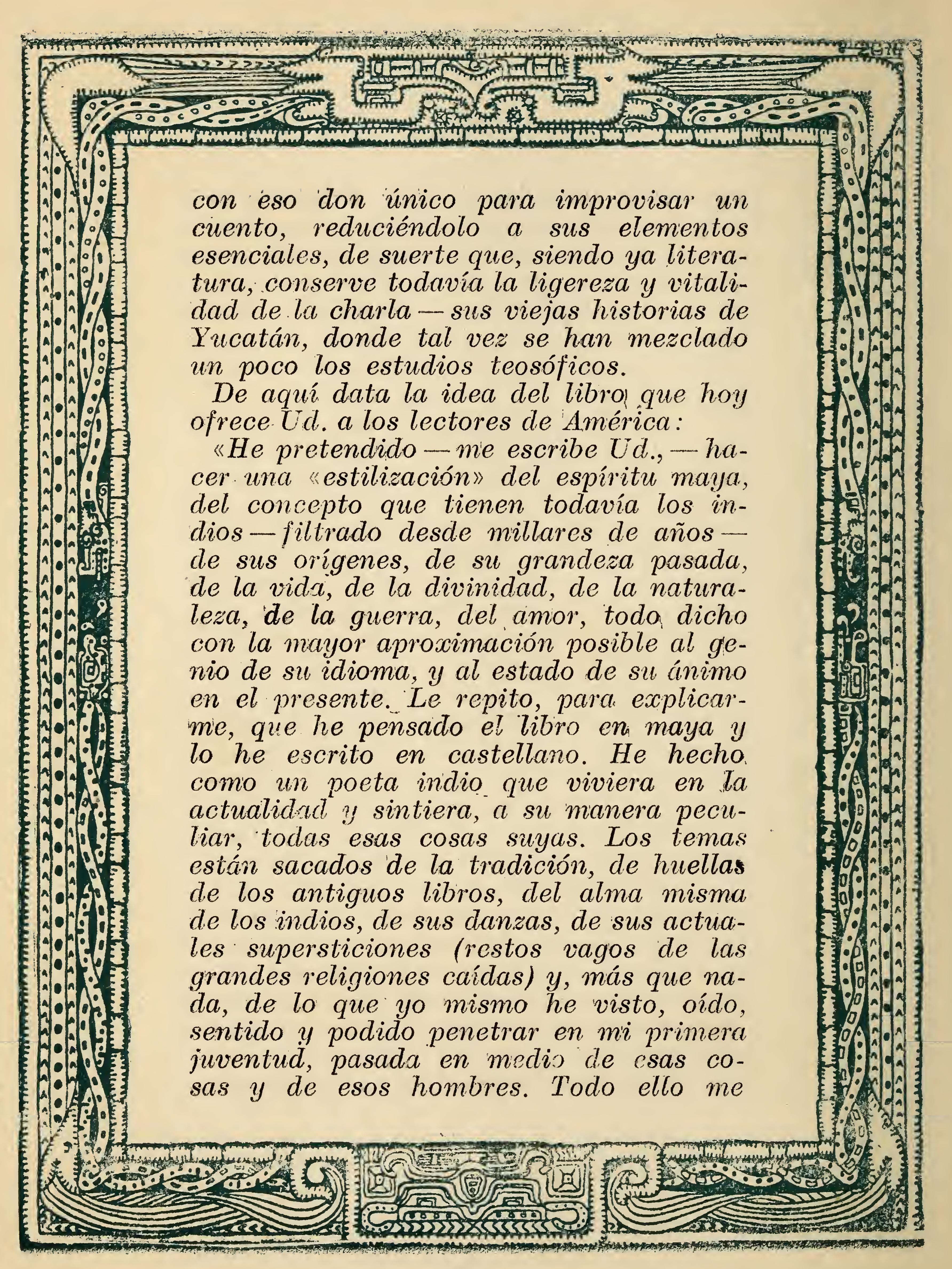


lograra sorprender la voz solidaria, el oráculo informulado que viene rodando de siglo en siglo, en cuyas misteriosas conjugaciones de sonidos y de conceptos todos encontrásemos el remedio a nuestras disidencias, la respuesta a nuestras preguntas, la clave de la concordia nacional!

Y Ud., amigo Antonio, que tanto ha sentido y cantado el portento de la fuerza española derramada sobre nuestro suelo, me decía:

—Es verdad. Nos conformamos con sabernos hijos del conflicto entre dos razas. Como a la mujer bíblica, solemos decirle a la patria: «Dos naciones hay en tu seno». Se habla de la redención política del indio, pero no de su redención espiritual; quiero decir: de su incorporación, explicada y aceptada, como elemento formativo de nuestra alma actual, — con ser esto una tarea indispensable y previa a la política, como lo es la idea con respecto a la acción. Todas esas voces oscuras, de abuelos indios, que lloran en nuestro corazón, no han tenido desahogo. Acaso la primera parte de la obra consiste en recoger las tradiciones indígenas, tales como realmente han llegado a nosotros, entre los cuentos y dichos que envolvían nuestra imaginación infantil.

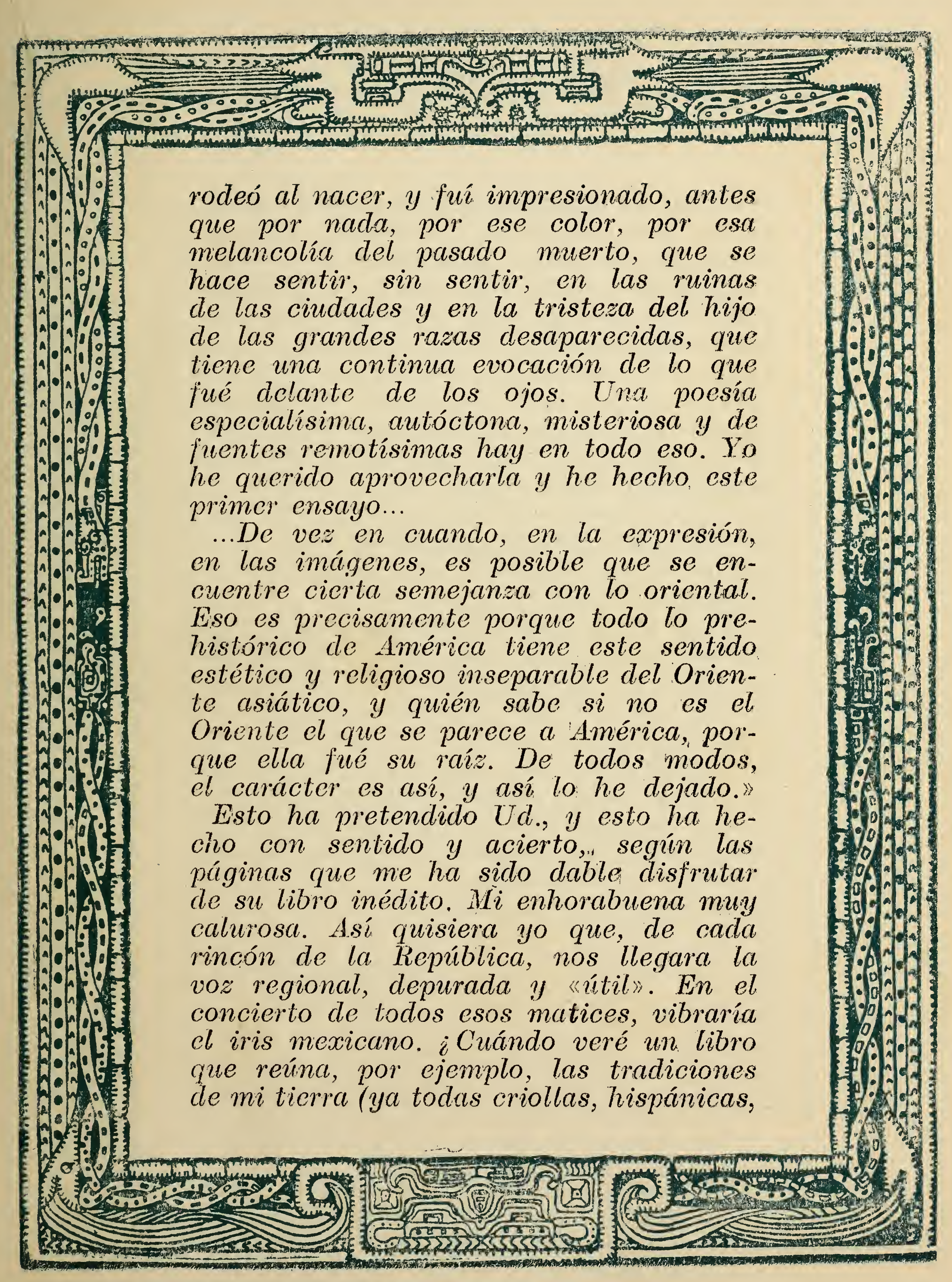
Y aquí comenzaba Ud. a narrarme—



con eso don único para improvisar un cuento, reduciéndolo a sus elementos esenciales, de suerte que, siendo ya literatura, conserve todavía la ligereza y vitalidad de la charla — sus viejas historias de Yucatán, donde tal vez se han mezclado un poco los estudios teosóficos.

De aquí data la idea del libro que hoy ofrece Ud. a los lectores de América:

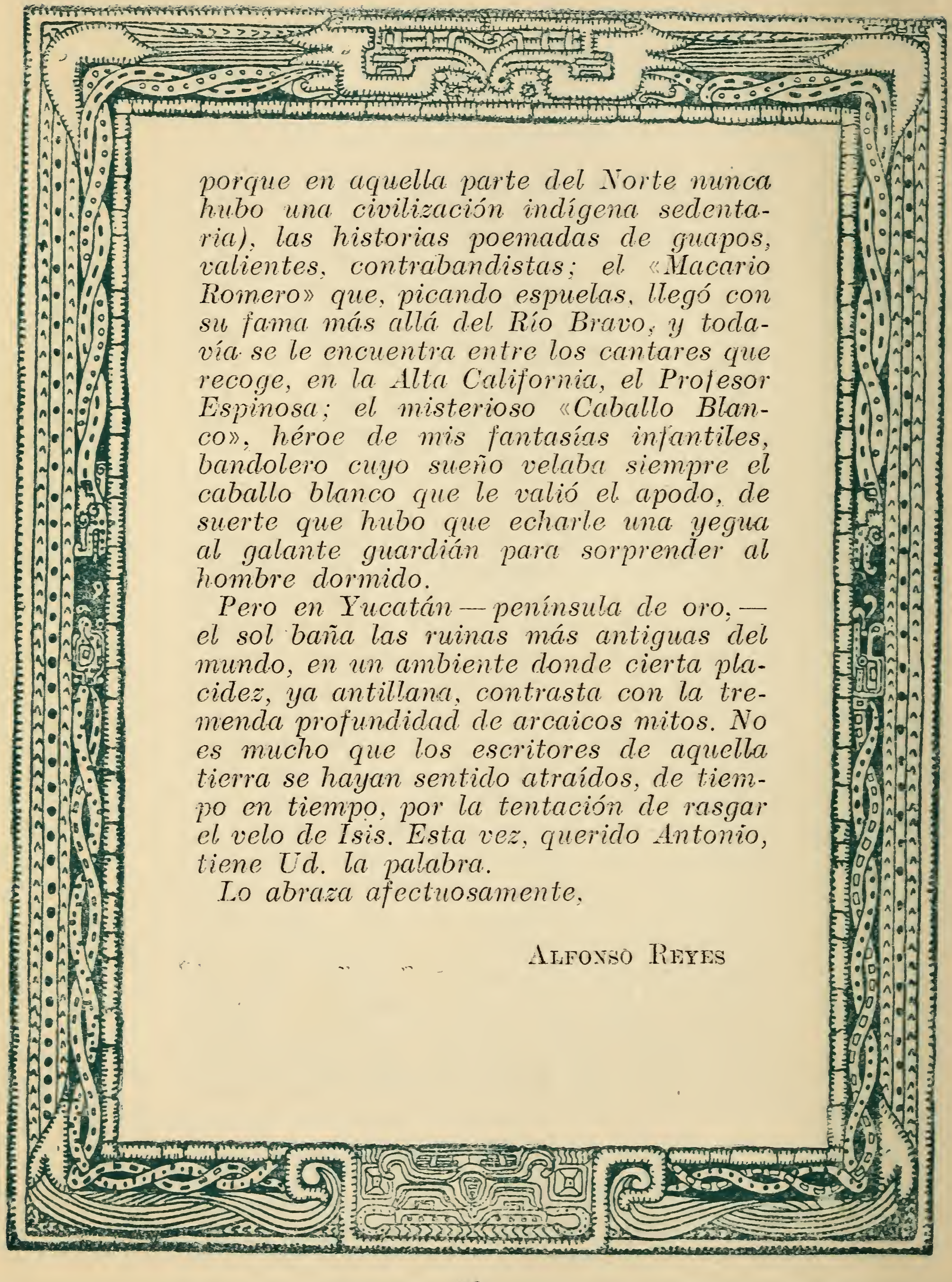
«He pretendido — me escribe Ud., — hacer una «estilización» del espíritu maya, del concepto que tienen todavía los indios — filtrado desde millares de años — de sus orígenes, de su grandeza pasada, de la vida, de la divinidad, de la naturaleza, de la guerra, del amor, todo dicho con la mayor aproximación posible al genio de su idioma, y al estado de su ánimo en el presente. Le repito, para explicarme, que he pensado el libro en maya y lo he escrito en castellano. He hecho como un poeta indio que viviera en la actualidad y sintiera, a su manera peculiar, todas esas cosas suyas. Los temas están sacados de la tradición, de huellas de los antiguos libros, del alma misma de los indios, de sus danzas, de sus actuales supersticiones (restos vagos de las grandes religiones caídas) y, más que nada, de lo que yo mismo he visto, oído, sentido y podido penetrar en mi primera juventud, pasada en medio de esas cosas y de esos hombres. Todo ello me



rodeó al nacer, y fuí impresionado, antes que por nada, por ese color, por esa melancolía del pasado muerto, que se hace sentir, sin sentir, en las ruinas de las ciudades y en la tristeza del hijo de las grandes razas desaparecidas, que tiene una continua evocación de lo que fué delante de los ojos. Una poesía especialísima, autóctona, misteriosa y de fuentes remotísimas hay en todo eso. Yo he querido aprovecharla y he hecho este primer ensayo...

...De vez en cuando, en la expresión, en las imágenes, es posible que se encuentre cierta semejanza con lo oriental. Eso es precisamente porque todo lo prehistórico de América tiene este sentido estético y religioso inseparable del Oriente asiático, y quién sabe si no es el Oriente el que se parece a América, porque ella fué su raíz. De todos modos, el carácter es así, y así lo he dejado.»

Esto ha pretendido Ud., y esto ha hecho con sentido y acierto, según las páginas que me ha sido dable disfrutar de su libro inédito. Mi enhorabuena muy calurosa. Así quisiera yo que, de cada rincón de la República, nos llegara la voz regional, depurada y «útil». En el concierto de todos esos matices, vibraría el iris mexicano. ¿Cuándo veré un libro que reúna, por ejemplo, las tradiciones de mi tierra (ya todas criollas, hispánicas,

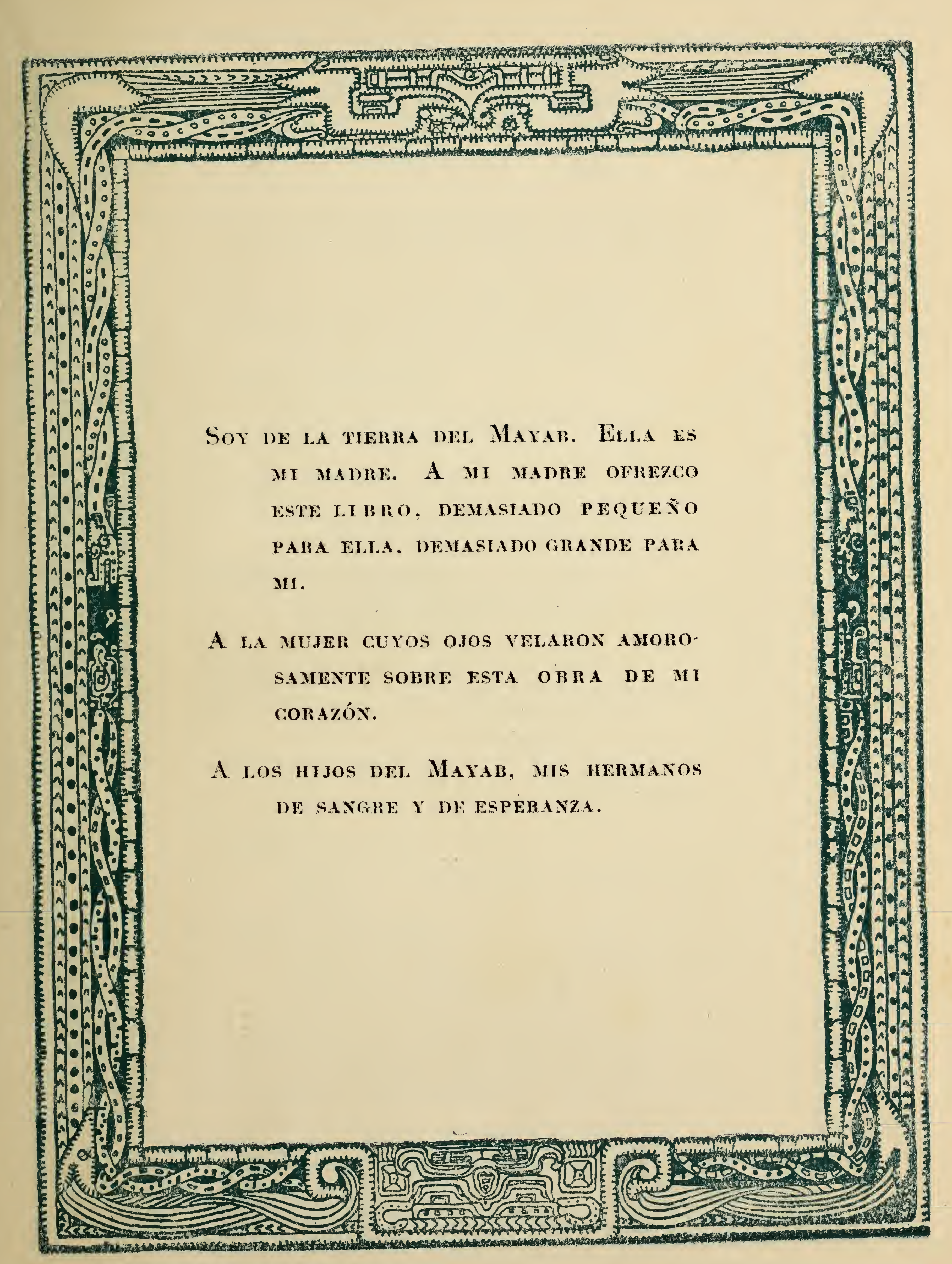


porque en aquella parte del Norte nunca hubo una civilización indígena sedentaria), las historias poemadas de guapos, valientes, contrabandistas; el «Macario Romero» que, picando espuelas, llegó con su fama más allá del Río Bravo, y todavía se le encuentra entre los cantares que recoge, en la Alta California, el Profesor Espinosa; el misterioso «Caballo Blanco», héroe de mis fantasías infantiles, bandolero cuyo sueño velaba siempre el caballo blanco que le valió el apodo, de suerte que hubo que echarle una yegua al galante guardián para sorprender al hombre dormido.

Pero en Yucatán — península de oro, — el sol baña las ruinas más antiguas del mundo, en un ambiente donde cierta placidez, ya antillana, contrasta con la tremenda profundidad de arcaicos mitos. No es mucho que los escritores de aquella tierra se hayan sentido atraídos, de tiempo en tiempo, por la tentación de rasgar el velo de Isis. Esta vez, querido Antonio, tiene Ud. la palabra.

Lo abraza afectuosamente,

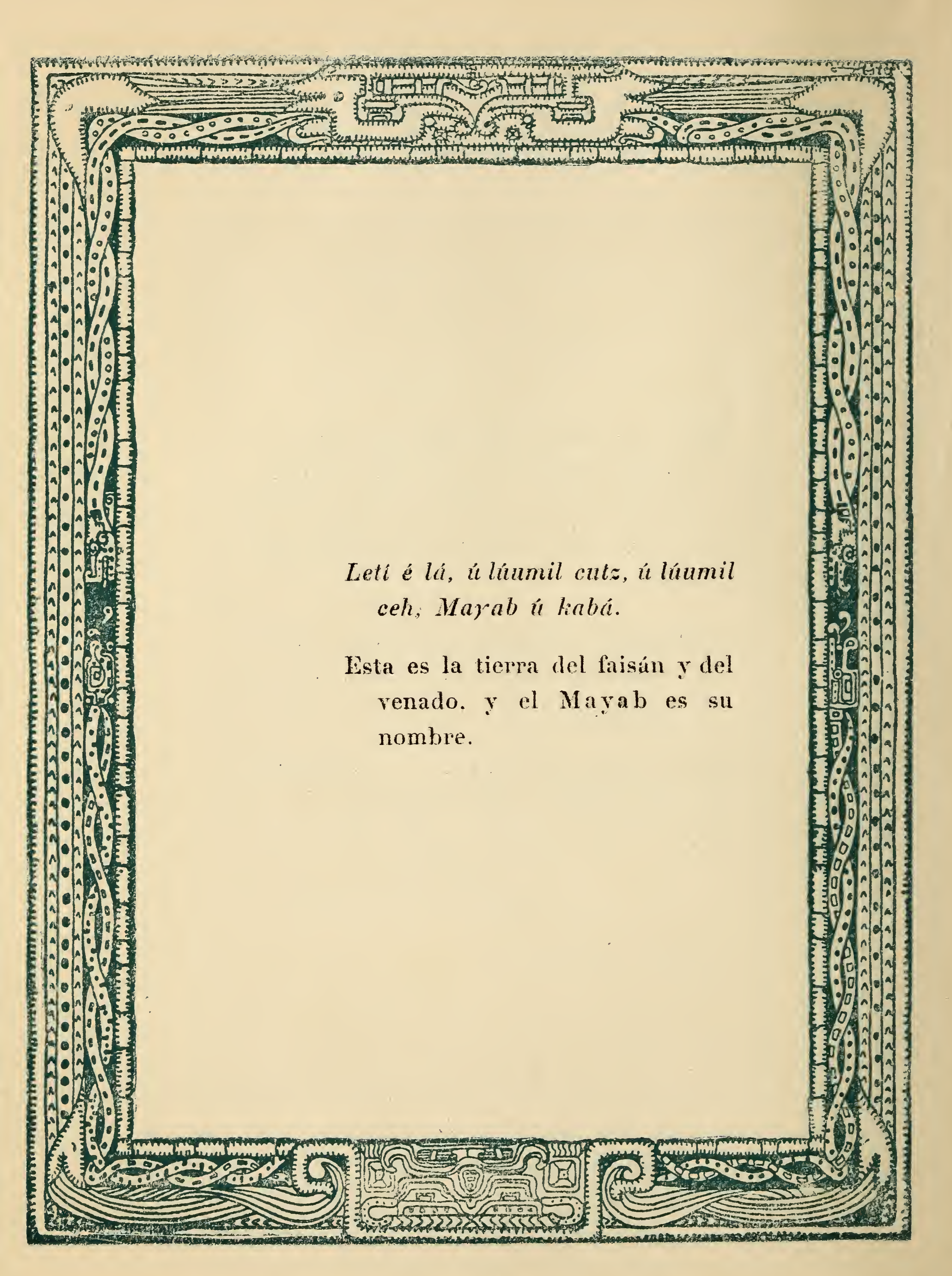
Alfonso Reyes



Soy de la tierra del Mayab. Ella es mi madre. A mi madre ofrezco este libro, demasiado pequeño para ella, demasiado grande para mi.

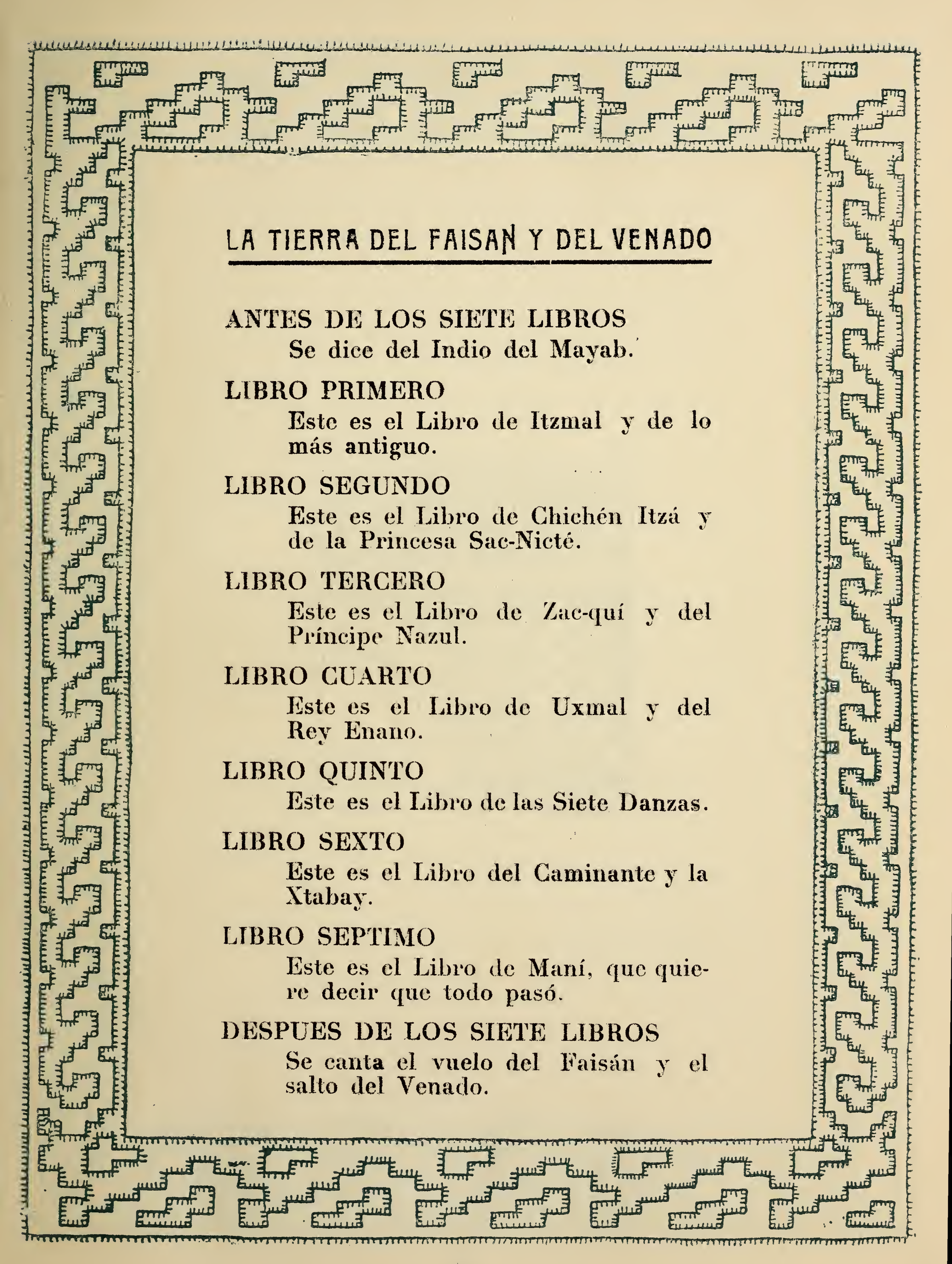
A la mujer cuyos ojos velaron amorosamente sobre esta obra de mi corazón.

A los hijos del Mayab, mis hermanos de sangre y de esperanza.

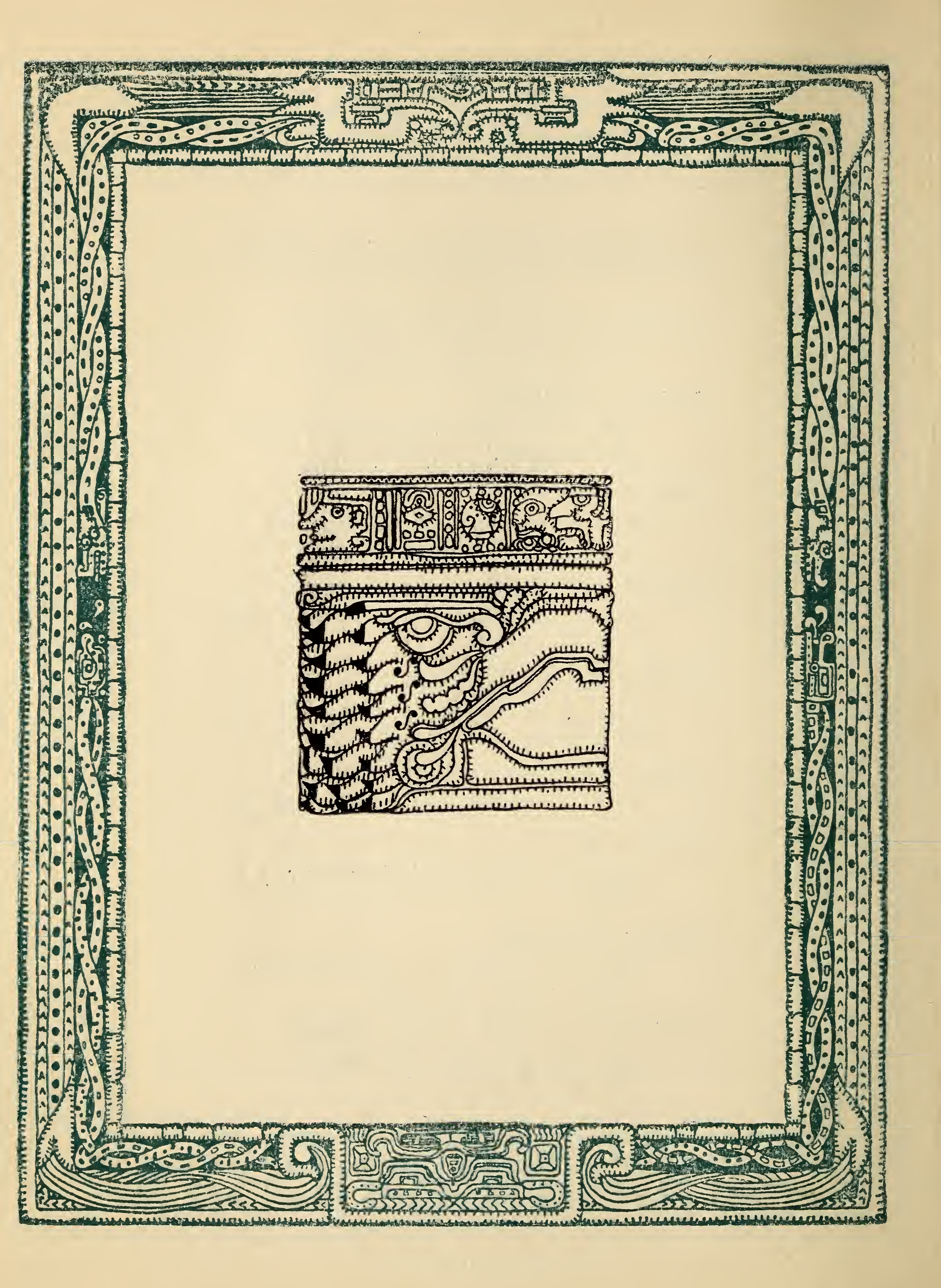


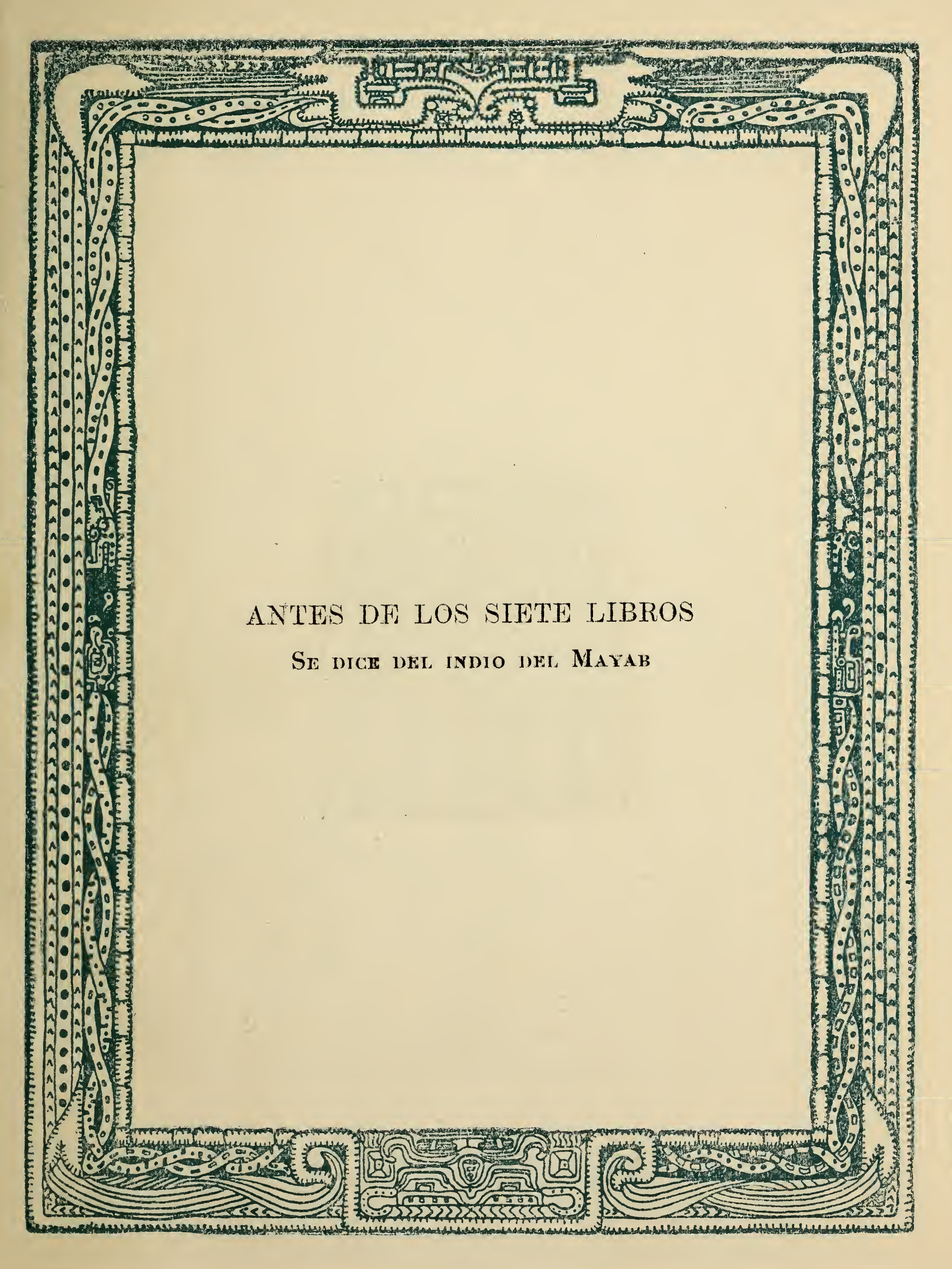
Letí é lá, ú lúumil cutz, ú lúumil ceh, Mayab ú kabá.

Esta es la tierra del faisán y del venado. y el Mayab es su nombre.



LA TIERRA DEL FAISAN Y DEL VENADO





ANTES DE LOS SIETE LIBROS

Se dice del indio del Mayab

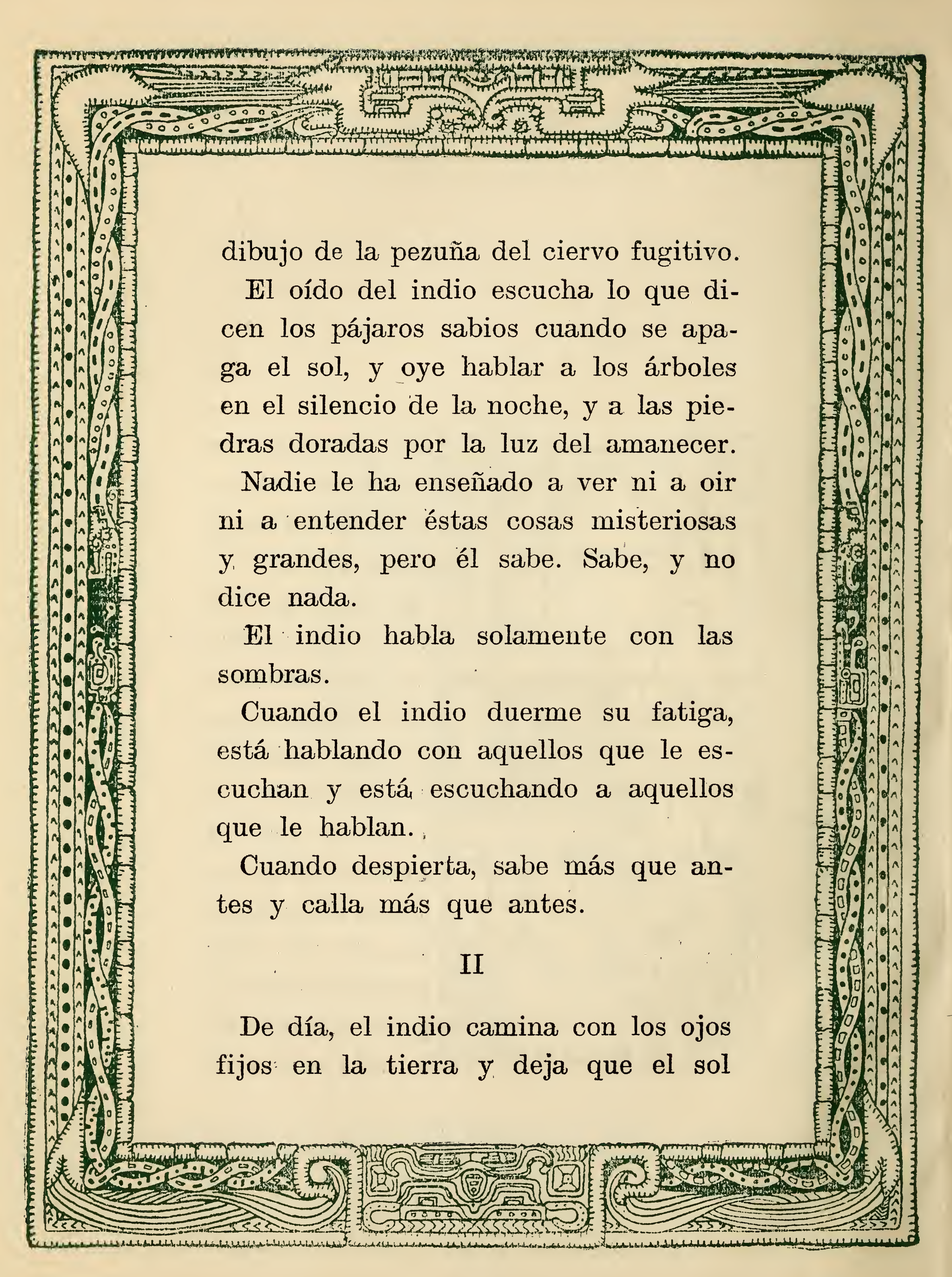




I

SIN que nadie se las haya dicho, el indio sabe muchas cosas.

El indio lee con sus ojos tristes lo que escriben las estrellas que pasan volando, lo que está escondido en el agua muerta del fondo de las grutas, lo que está grabado sobre el polvo húmedo de la sabana en el



dibujo de la pezuña del ciervo fugitivo.

El oído del indio escucha lo que dicen los pájaros sabios cuando se apaga el sol, y oye hablar a los árboles en el silencio de la noche, y a las piedras doradas por la luz del amanecer.

Nadie le ha enseñado a ver ni a oir ni a entender éstas cosas misteriosas y grandes, pero él sabe. Sabe, y no dice nada.

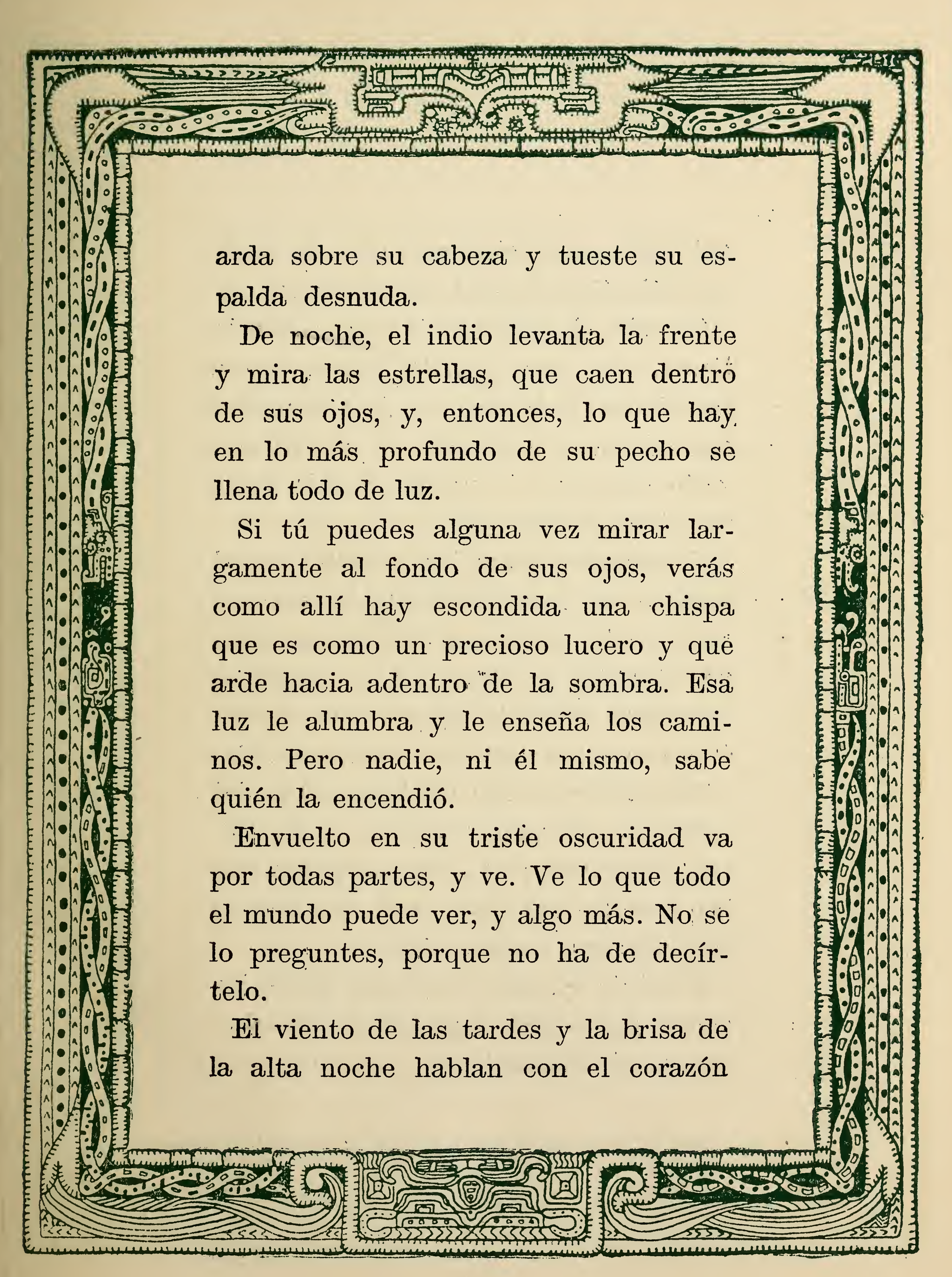
El indio habla solamente con las sombras.

Cuando el indio duerme su fatiga, está hablando con aquellos que le escuchan y está escuchando a aquellos que le hablan.

Cuando despierta, sabe más que antes y calla más que antes.

II

De día, el indio camina con los ojos fijos en la tierra y deja que el sol



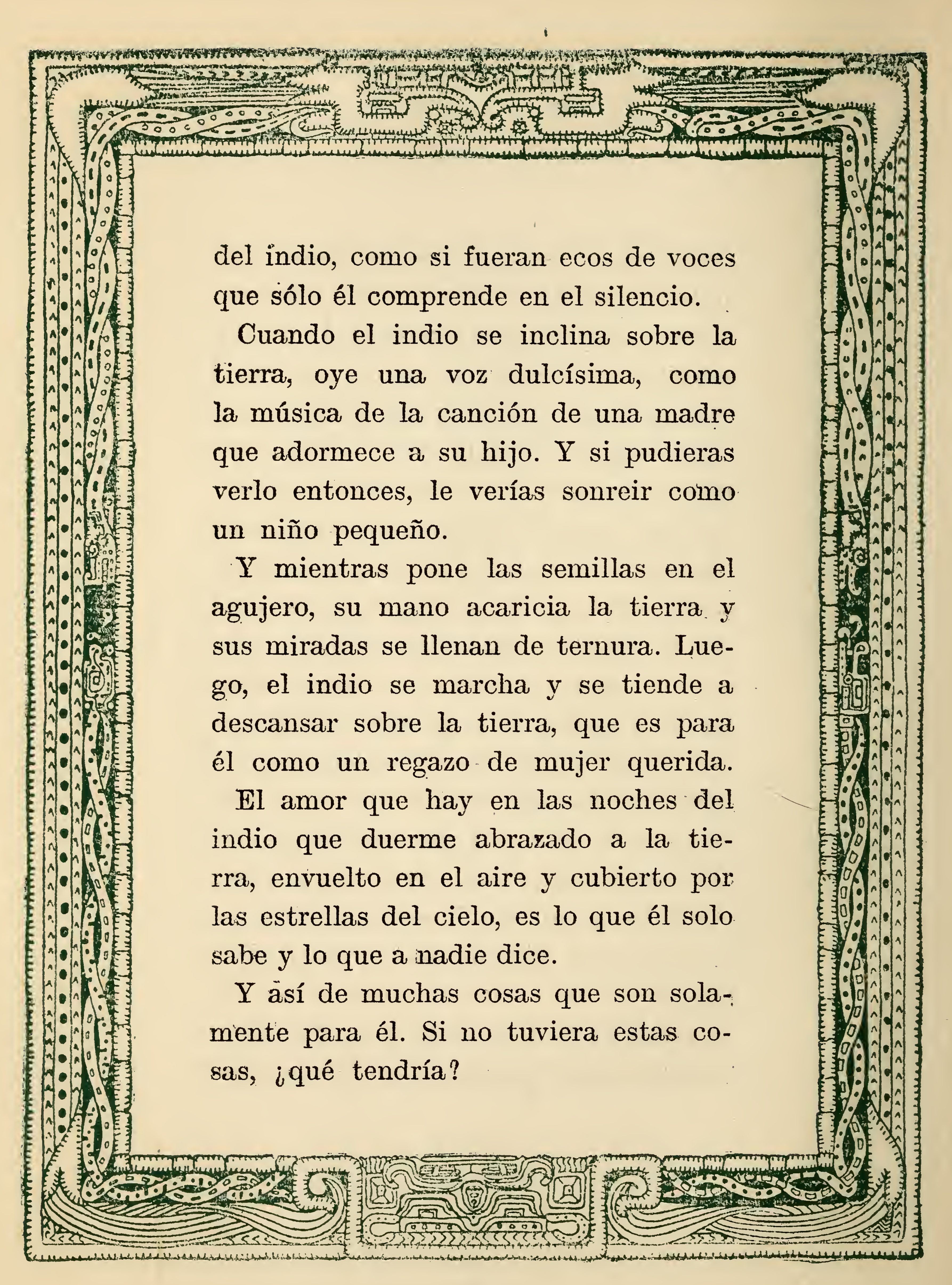
arda sobre su cabeza y tueste su espalda desnuda.

De noche, el indio levanta la frente y mira las estrellas, que caen dentro de sus ojos, y, entonces, lo que hay en lo más profundo de su pecho se llena todo de luz.

Si tú puedes alguna vez mirar largamente al fondo de sus ojos, verás como allí hay escondida una chispa que es como un precioso lucero y que arde hacia adentro de la sombra. Esa luz le alumbra y le enseña los caminos. Pero nadie, ni él mismo, sabe quién la encendió.

Envuelto en su triste oscuridad va por todas partes, y ve. Ve lo que todo el mundo puede ver, y algo más. No se lo preguntes, porque no ha de decírtelo.

El viento de las tardes y la brisa de la alta noche hablan con el corazón



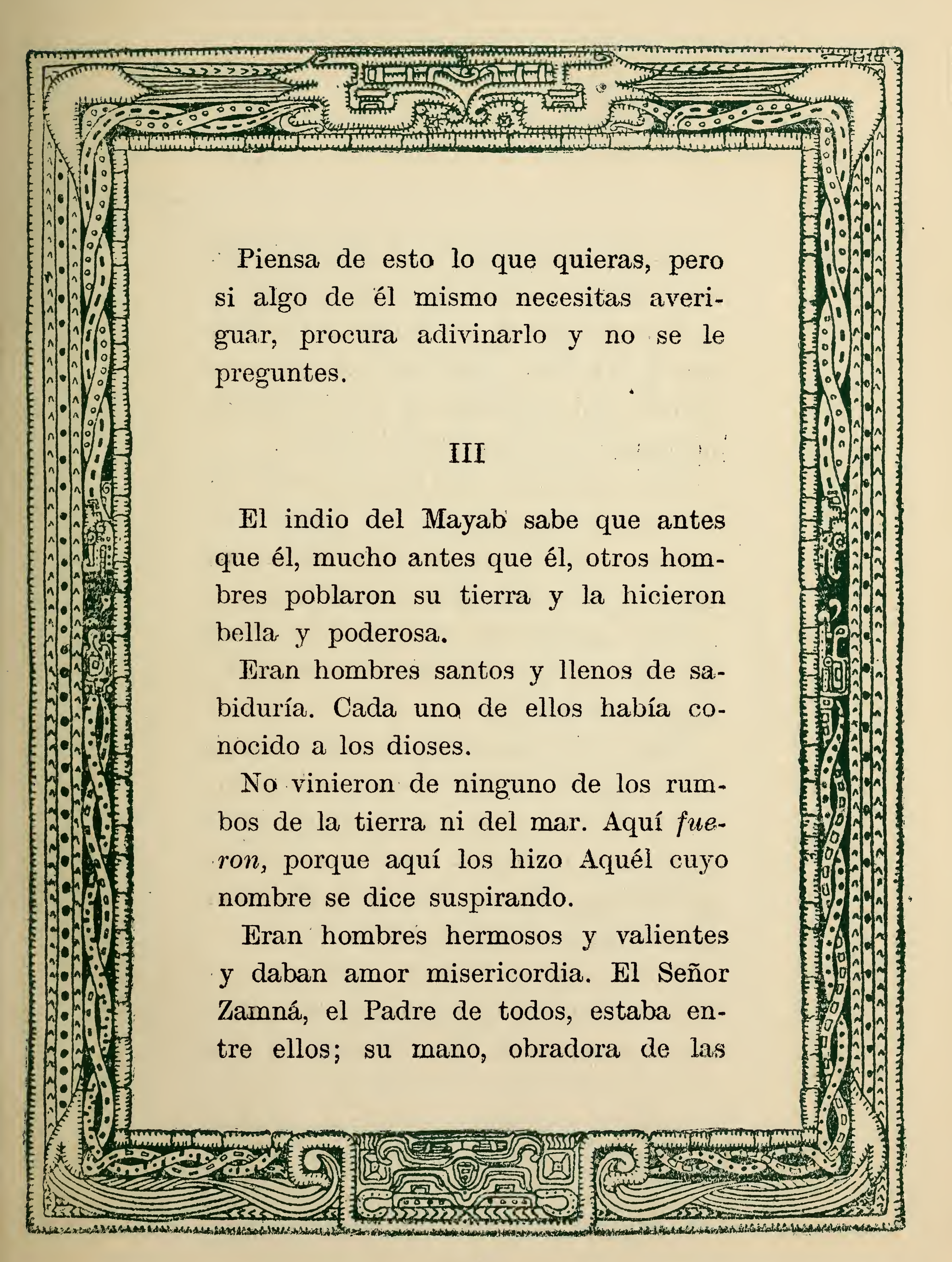
del indio, como si fueran ecos de voces que sólo él comprende en el silencio.

Cuando el indio se inclina sobre la tierra, oye una voz dulcísima, como la música de la canción de una madre que adormece a su hijo. Y si pudieras verlo entonces, le verías sonreir como un niño pequeño.

Y mientras pone las semillas en el agujero, su mano acaricia la tierra y sus miradas se llenan de ternura. Luego, el indio se marcha y se tiende a descansar sobre la tierra, que es para él como un regazo de mujer querida.

El amor que hay en las noches del indio que duerme abrazado a la tierra, envuelto en el aire y cubierto por las estrellas del cielo, es lo que él solo sabe y lo que a nadie dice.

Y así de muchas cosas que son solamente para él. Si no tuviera estas cosas, ¿qué tendría?



Piensa de esto lo que quieras, pero si algo de él mismo necesitas averiguar, procura adivinarlo y no se le preguntes.

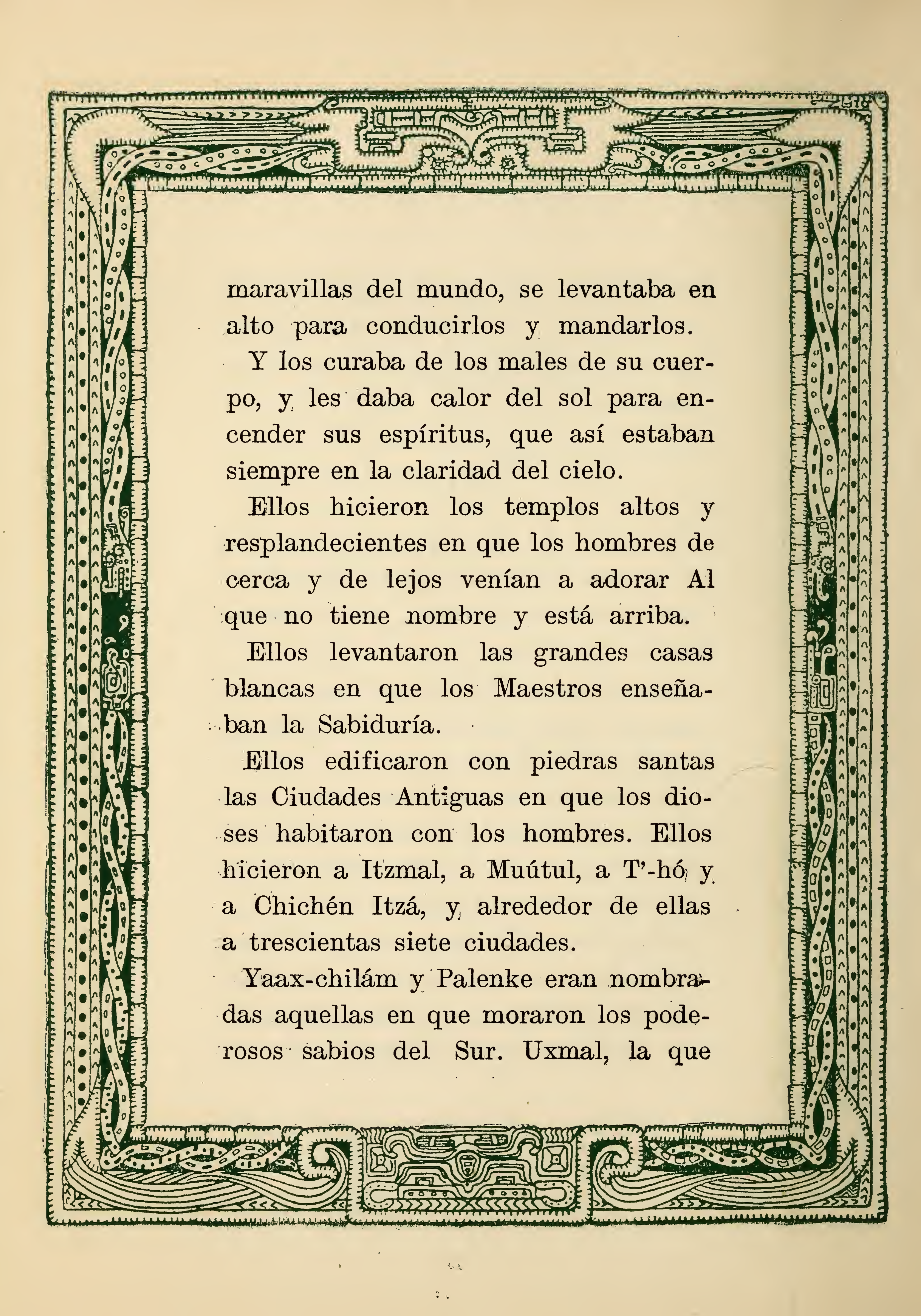
III

El indio del Mayab sabe que antes que él, mucho antes que él, otros hombres poblaron su tierra y la hicieron bella y poderosa.

Eran hombres santos y llenos de sabiduría. Cada uno de ellos había conocido a los dioses.

No vinieron de ninguno de los rumbos de la tierra ni del mar. Aquí *fueron*, porque aquí los hizo Aquél cuyo nombre se dice suspirando.

Eran hombres hermosos y valientes y daban amor misericordia. El Señor Zamná, el Padre de todos, estaba entre ellos; su mano, obradora de las



maravillas del mundo, se levantaba en alto para conducirlos y mandarlos.

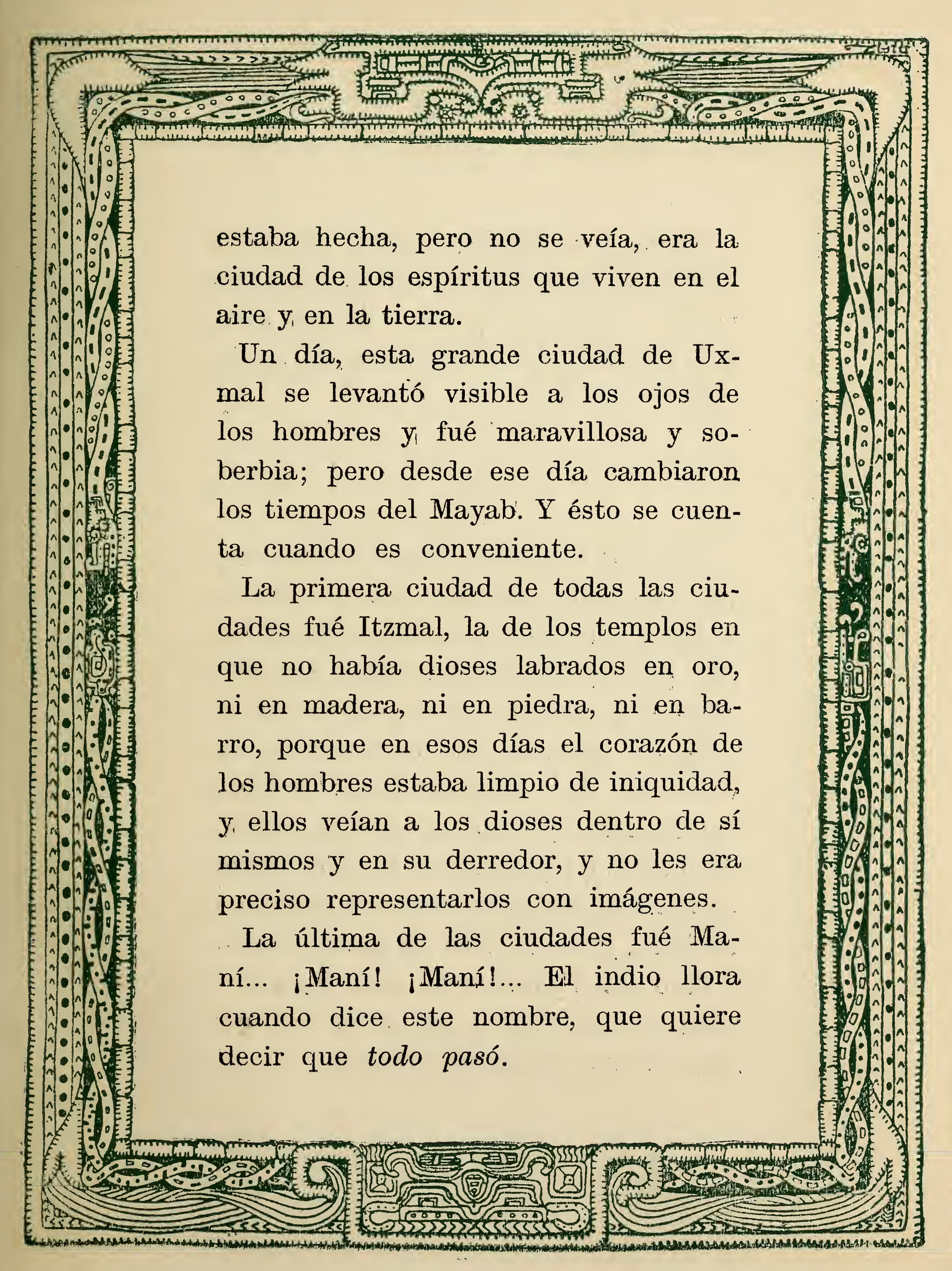
Y los curaba de los males de su cuerpo, y les daba calor del sol para encender sus espíritus, que así estaban siempre en la claridad del cielo.

Ellos hicieron los templos altos y resplandecientes en que los hombres de cerca y de lejos venían a adorar Al que no tiene nombre y está arriba.

Ellos levantaron las grandes casas blancas en que los Maestros enseñaban la Sabiduría.

Ellos edificaron con piedras santas las Ciudades Antiguas en que los dioses habitaron con los hombres. Ellos hicieron a Itzmal, a Muútul, a T'-hó y a Chichén Itzá, y alrededor de ellas a trescientas siete ciudades.

Yaax-chilám y Palenke eran nombradas aquellas en que moraron los poderosos sabios del Sur. Uxmal, la que

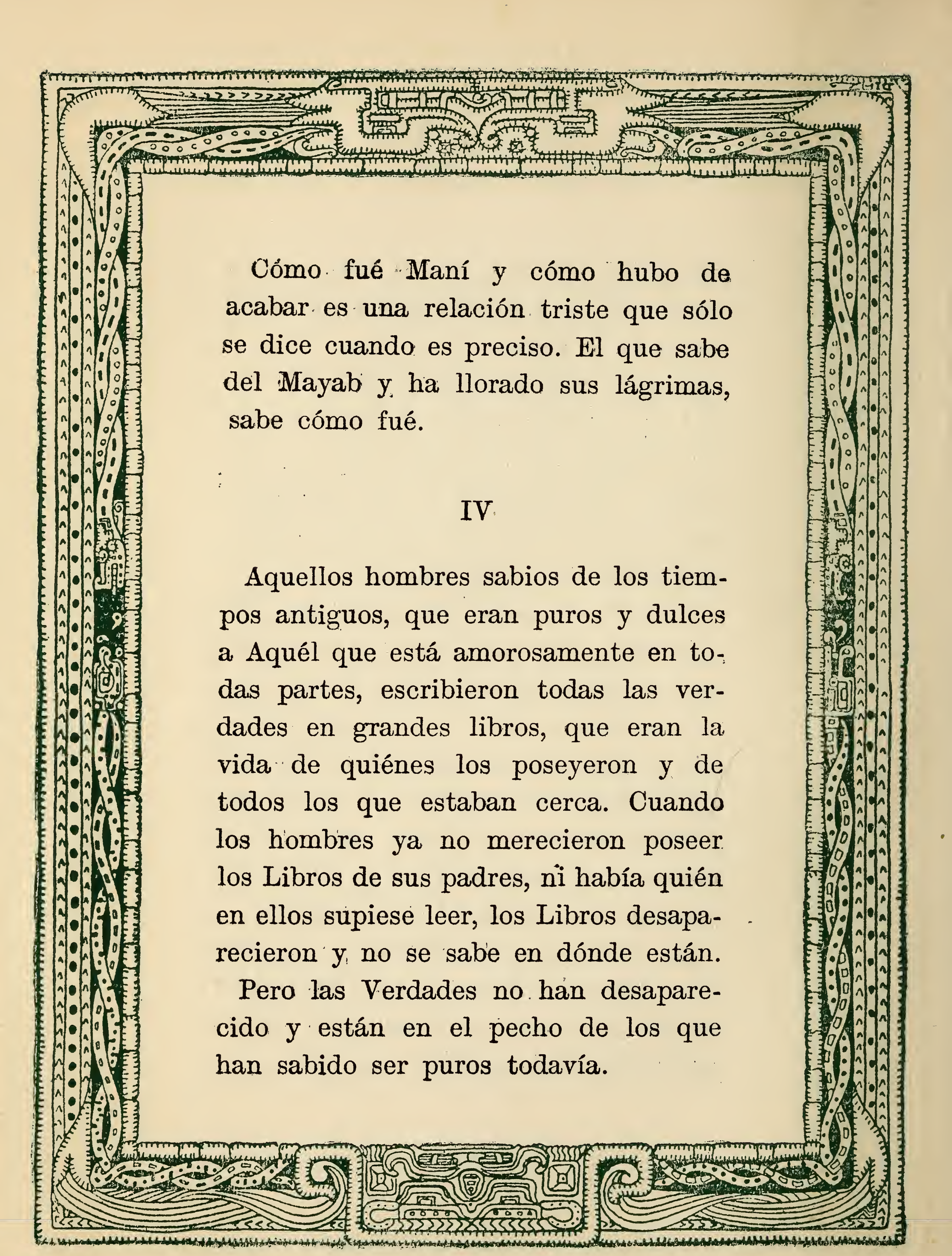


estaba hecha, pero no se veía, era la ciudad de los espíritus que viven en el aire y en la tierra.

Un día, esta grande ciudad de Uxmal se levantó visible a los ojos de los hombres y fué maravillosa y soberbia; pero desde ese día cambiaron los tiempos del Mayab. Y ésto se cuenta cuando es conveniente.

La primera ciudad de todas las ciudades fué Itzmal, la de los templos en que no había dioses labrados en oro, ni en madera, ni en piedra, ni en barro, porque en esos días el corazón de los hombres estaba limpio de iniquidad, y ellos veían a los dioses dentro de sí mismos y en su derredor, y no les era preciso representarlos con imágenes.

La última de las ciudades fué Maní... ¡Maní! ¡Maní!... El indio llora cuando dice este nombre, que quiere decir que *todo pasó*.

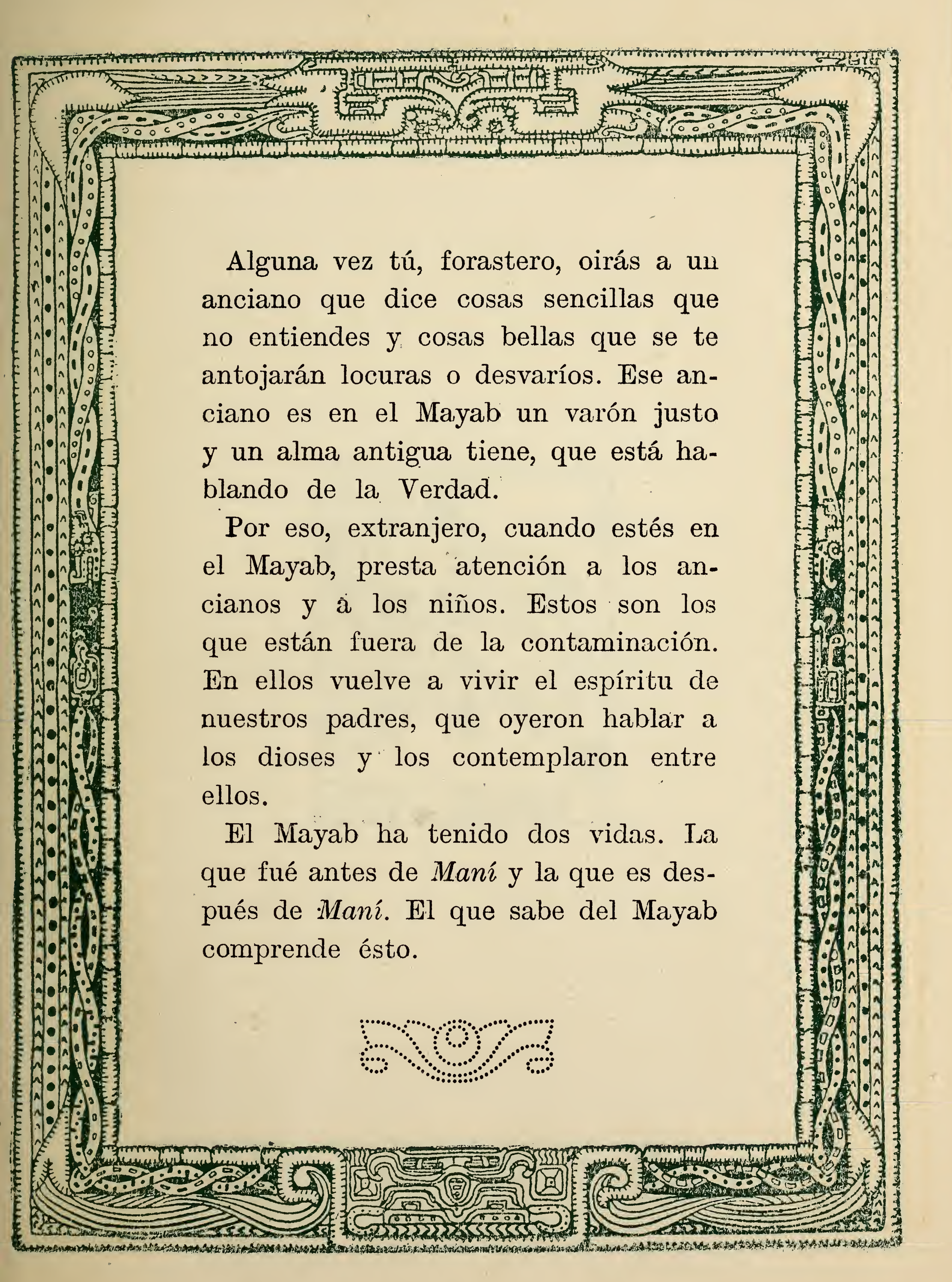


Cómo fué Maní y cómo hubo de acabar es una relación triste que sólo se dice cuando es preciso. El que sabe del Mayab y ha llorado sus lágrimas, sabe cómo fué.

IV

Aquellos hombres sabios de los tiempos antiguos, que eran puros y dulces a Aquél que está amorosamente en todas partes, escribieron todas las verdades en grandes libros, que eran la vida de quiénes los poseyeron y de todos los que estaban cerca. Cuando los hombres ya no merecieron poseer los Libros de sus padres, ni había quién en ellos supiese leer, los Libros desaparecieron y no se sabe en dónde están.

Pero las Verdades no han desaparecido y están en el pecho de los que han sabido ser puros todavía.

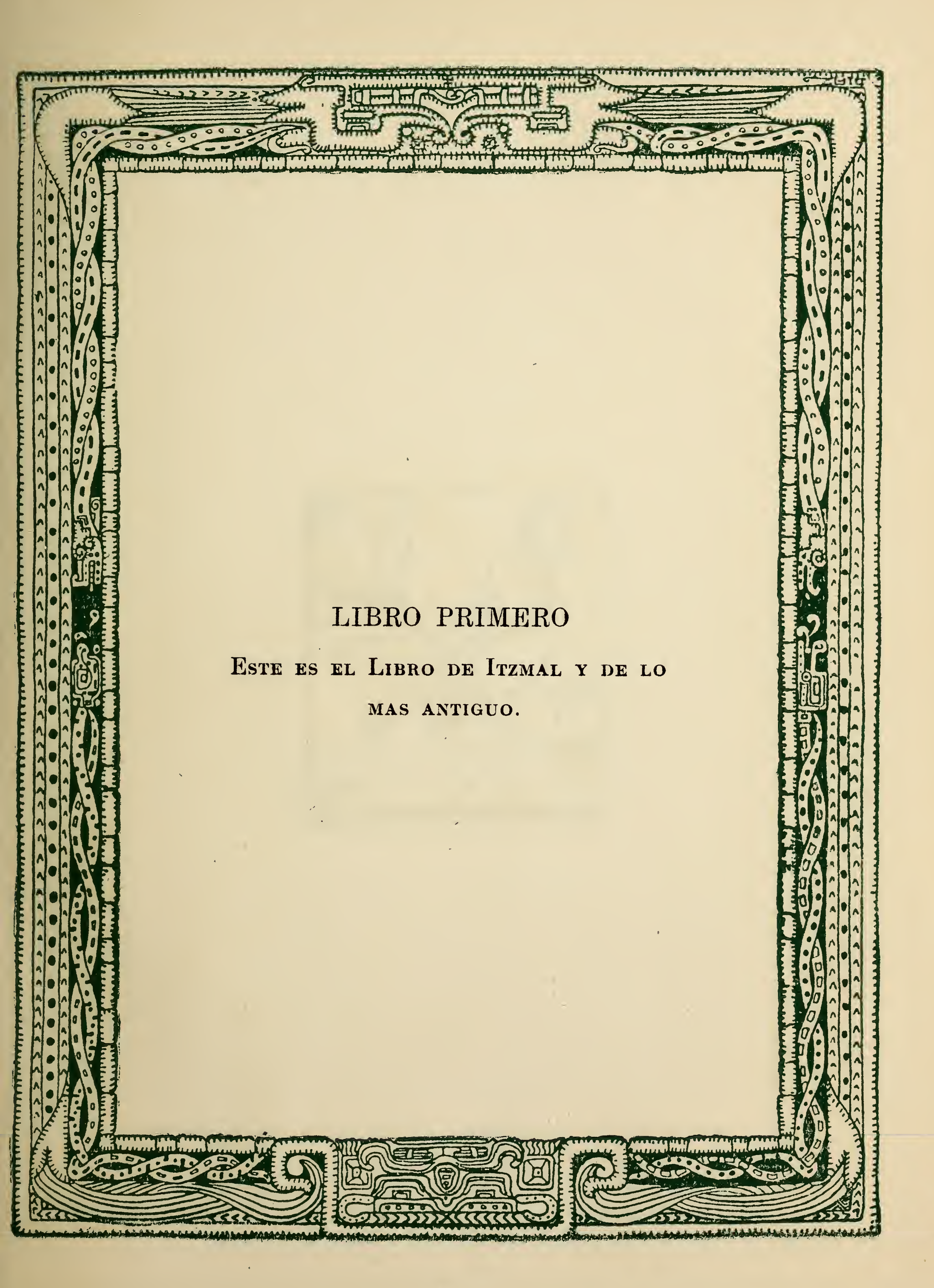


Alguna vez tú, forastero, oirás a un anciano que dice cosas sencillas que no entiendes y cosas bellas que se te antojarán locuras o desvaríos. Ese anciano es en el Mayab un varón justo y un alma antigua tiene, que está hablando de la Verdad.

Por eso, extranjero, cuando estés en el Mayab, presta atención a los ancianos y á los niños. Estos son los que están fuera de la contaminación. En ellos vuelve a vivir el espíritu de nuestros padres, que oyeron hablar a los dioses y los contemplaron entre ellos.

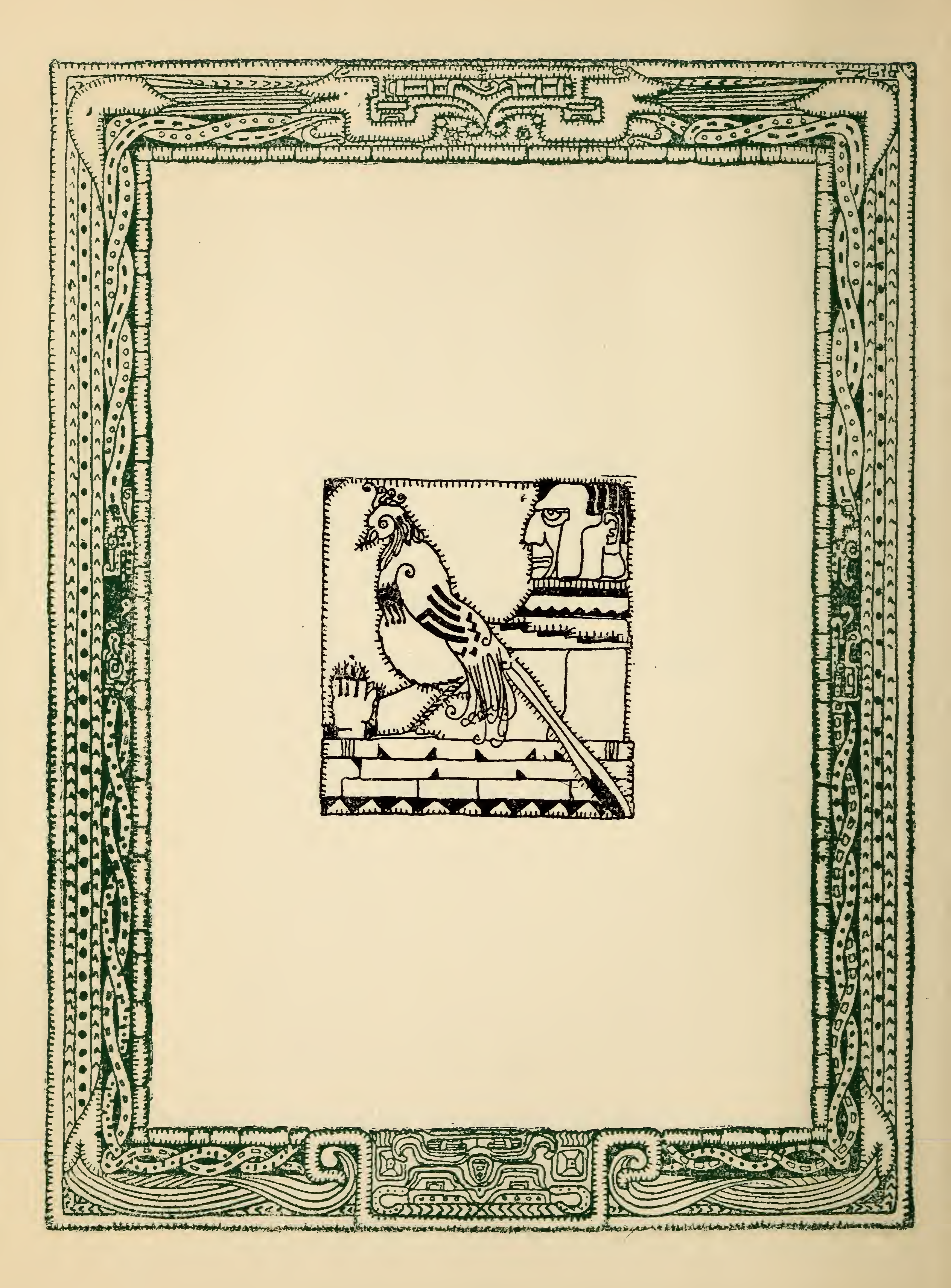
El Mayab ha tenido dos vidas. La que fué antes de *Maní* y la que es después de *Maní*. El que sabe del Mayab comprende ésto.

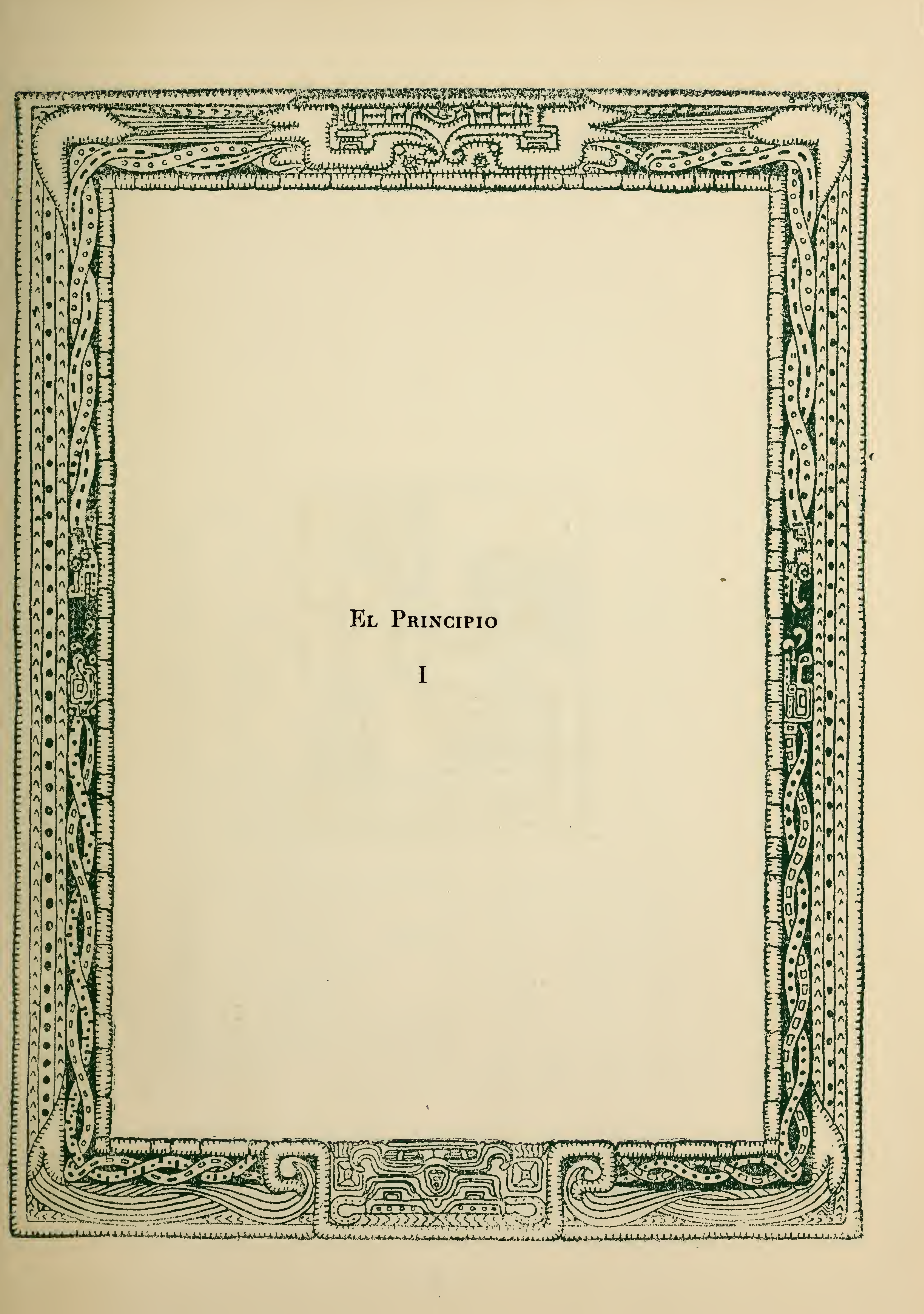




LIBRO PRIMERO

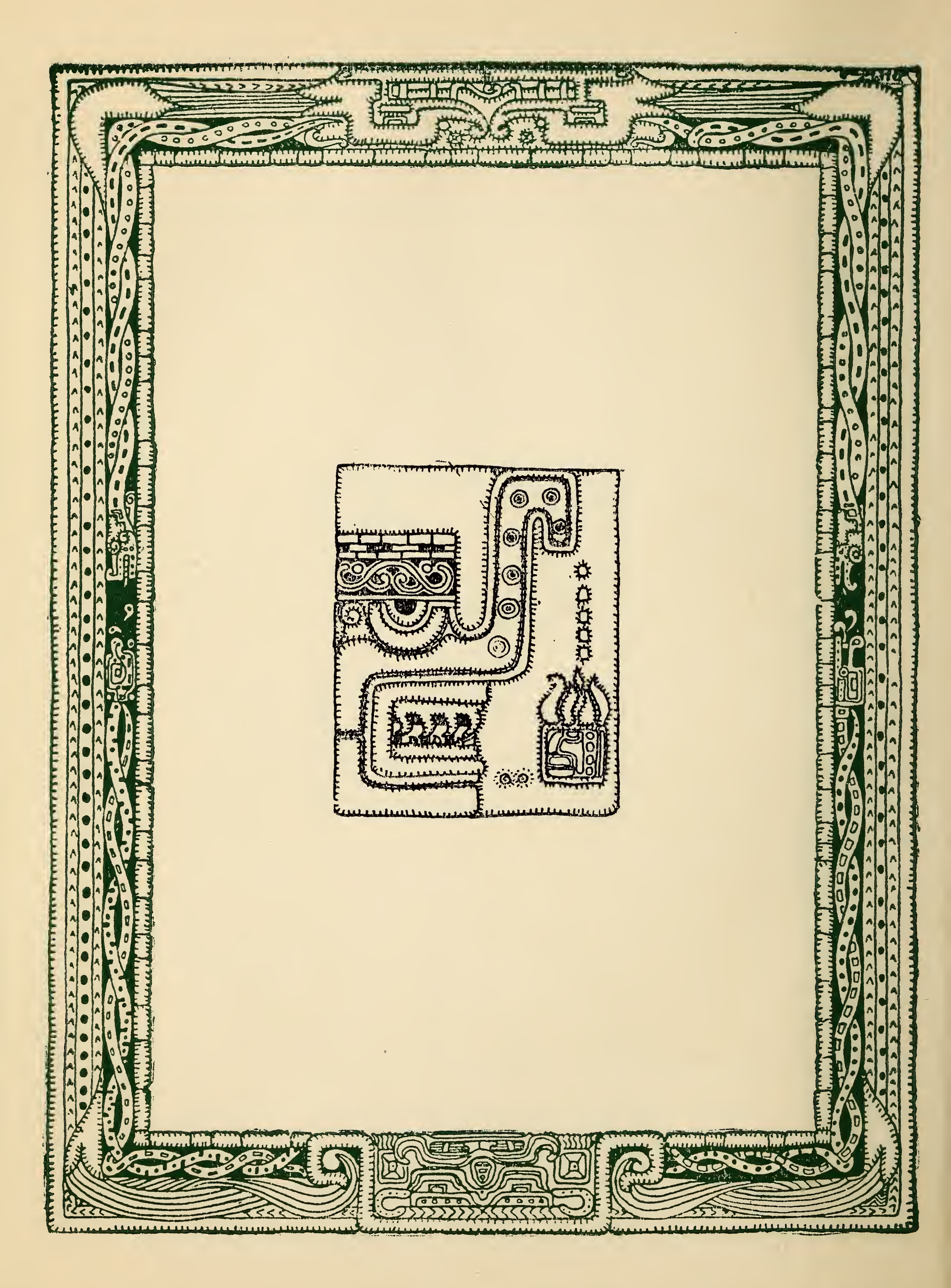
Este es el Libro de Itzmal y de lo mas antiguo.

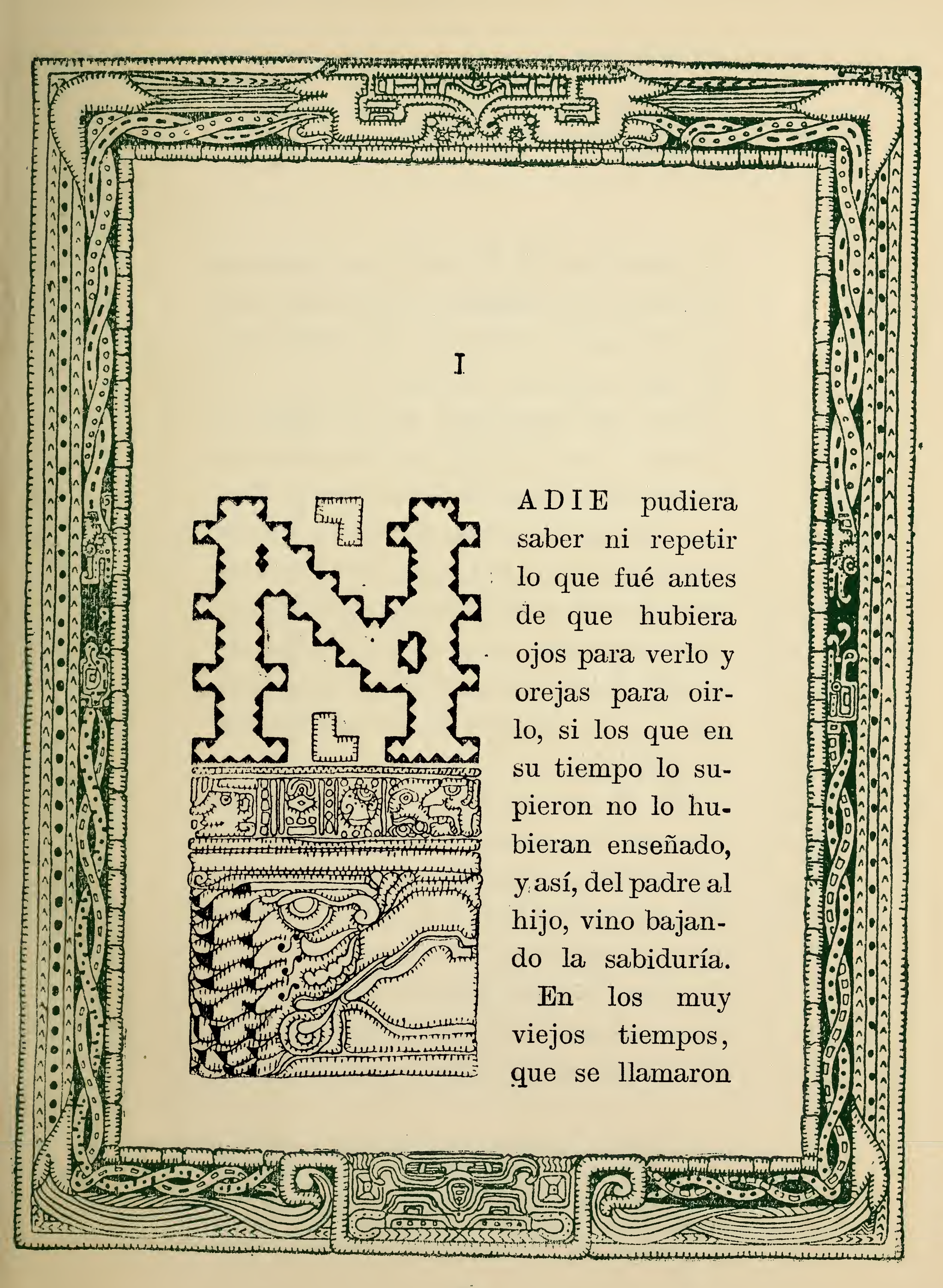




El Principio

I

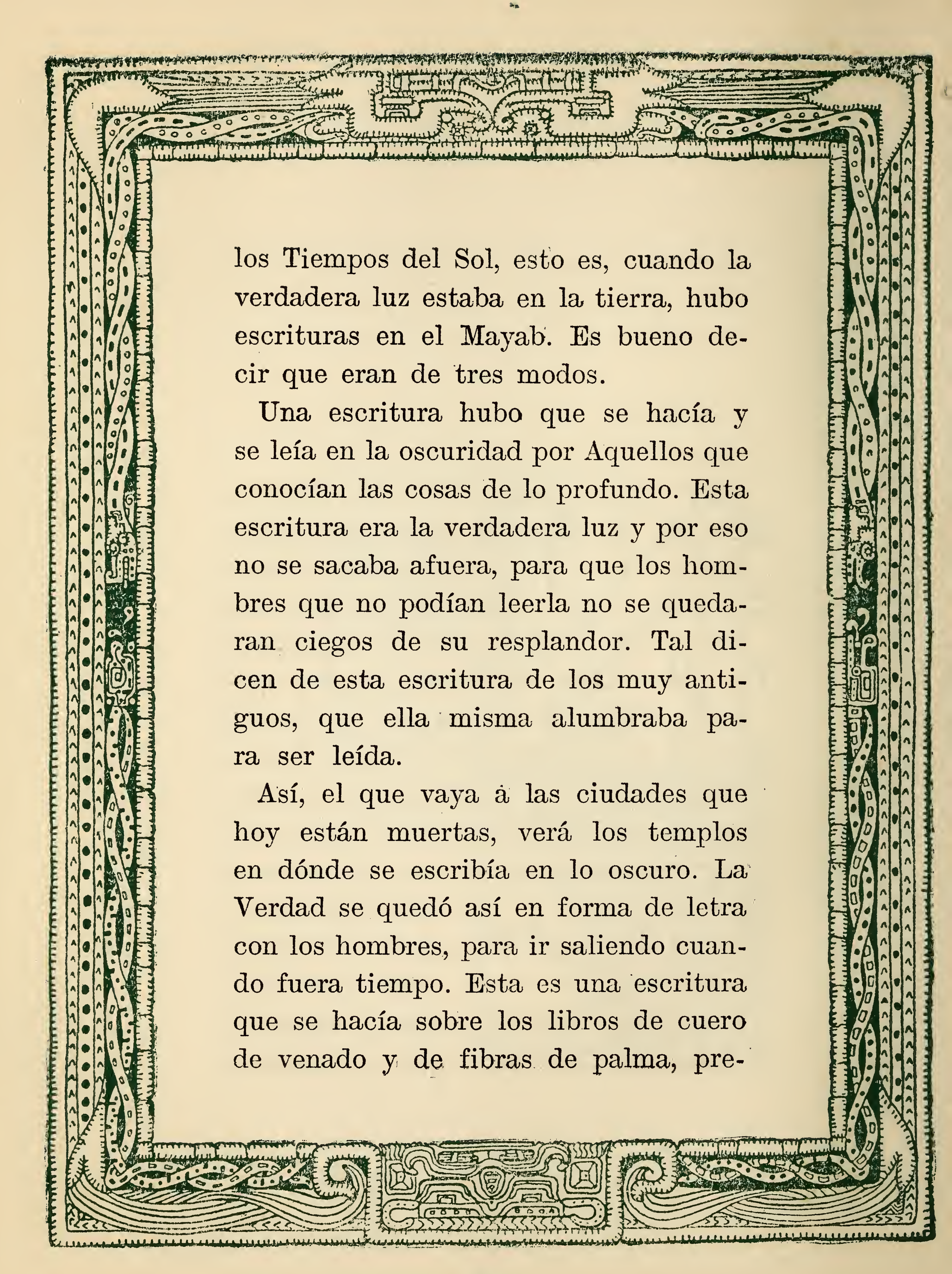




I

NADIE pudiera saber ni repetir lo que fué antes de que hubiera ojos para verlo y orejas para oirlo, si los que en su tiempo lo supieron no lo hubieran enseñado, y así, del padre al hijo, vino bajando la sabiduría.

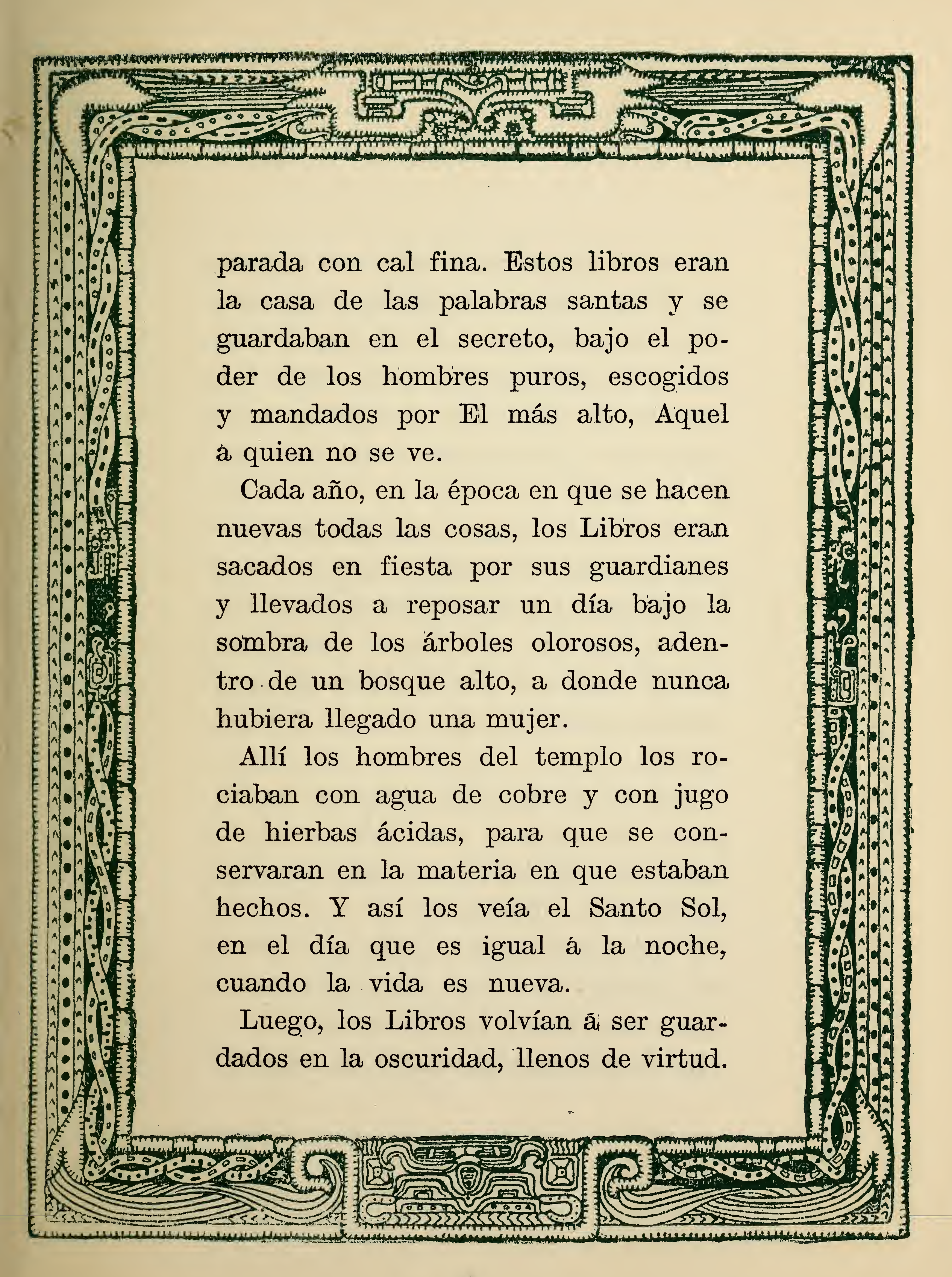
En los muy viejos tiempos, que se llamaron



los Tiempos del Sol, esto es, cuando la verdadera luz estaba en la tierra, hubo escrituras en el Mayab. Es bueno decir que eran de tres modos.

Una escritura hubo que se hacía y se leía en la oscuridad por Aquellos que conocían las cosas de lo profundo. Esta escritura era la verdadera luz y por eso no se sacaba afuera, para que los hombres que no podían leerla no se quedaran ciegos de su resplandor. Tal dicen de esta escritura de los muy antiguos, que ella misma alumbraba para ser leída.

Así, el que vaya á las ciudades que hoy están muertas, verá los templos en dónde se escribía en lo oscuro. La Verdad se quedó así en forma de letra con los hombres, para ir saliendo cuando fuera tiempo. Esta es una escritura que se hacía sobre los libros de cuero de venado y de fibras de palma, pre-

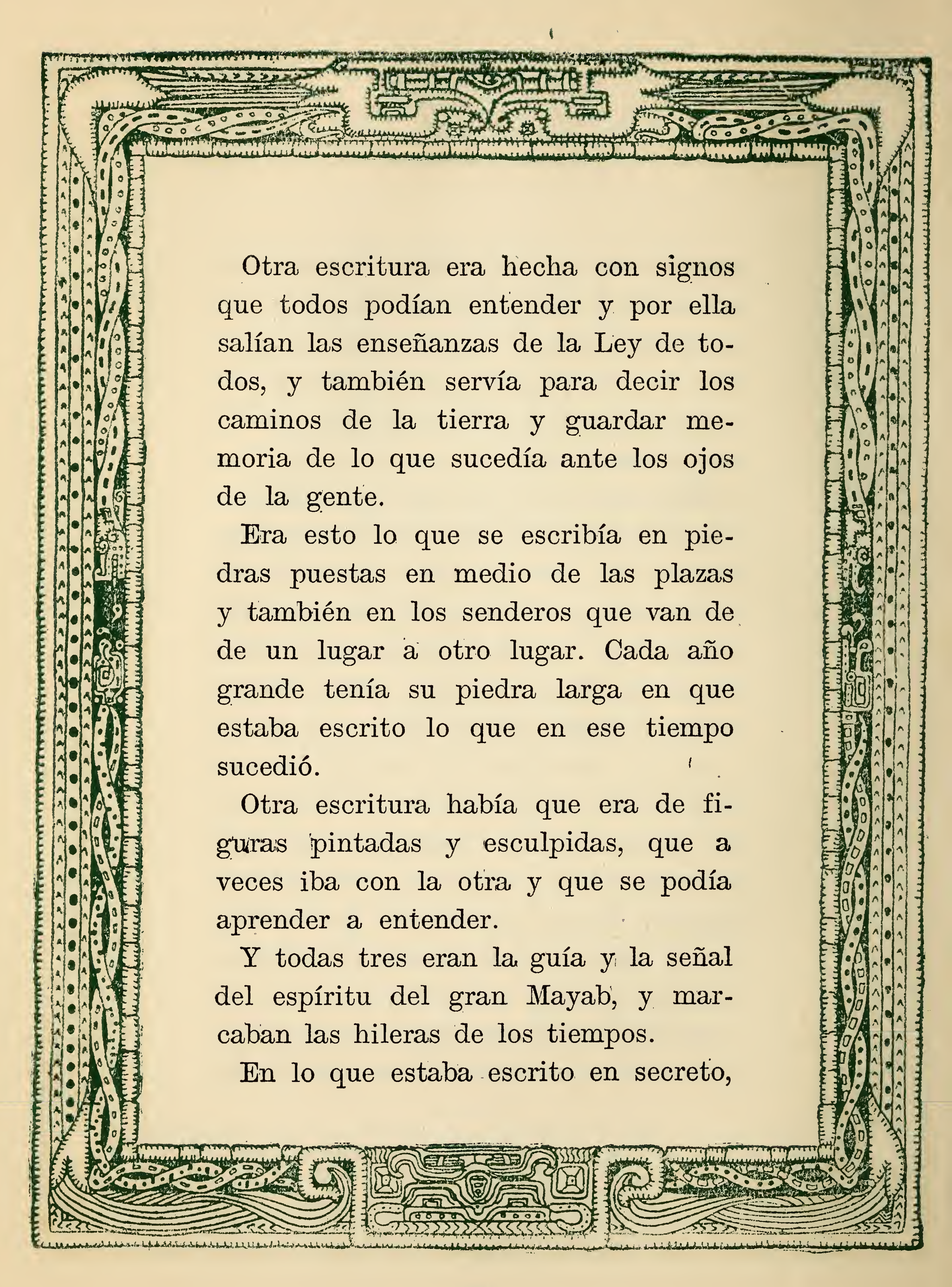


parada con cal fina. Estos libros eran la casa de las palabras santas y se guardaban en el secreto, bajo el poder de los hombres puros, escogidos y mandados por El más alto, Aquel á quien no se ve.

Cada año, en la época en que se hacen nuevas todas las cosas, los Libros eran sacados en fiesta por sus guardianes y llevados a reposar un día bajo la sombra de los árboles olorosos, adentro de un bosque alto, a donde nunca hubiera llegado una mujer.

Allí los hombres del templo los rociaban con agua de cobre y con jugo de hierbas ácidas, para que se conservaran en la materia en que estaban hechos. Y así los veía el Santo Sol, en el día que es igual á la noche, cuando la vida es nueva.

Luego, los Libros volvían á ser guardados en la oscuridad, llenos de virtud.



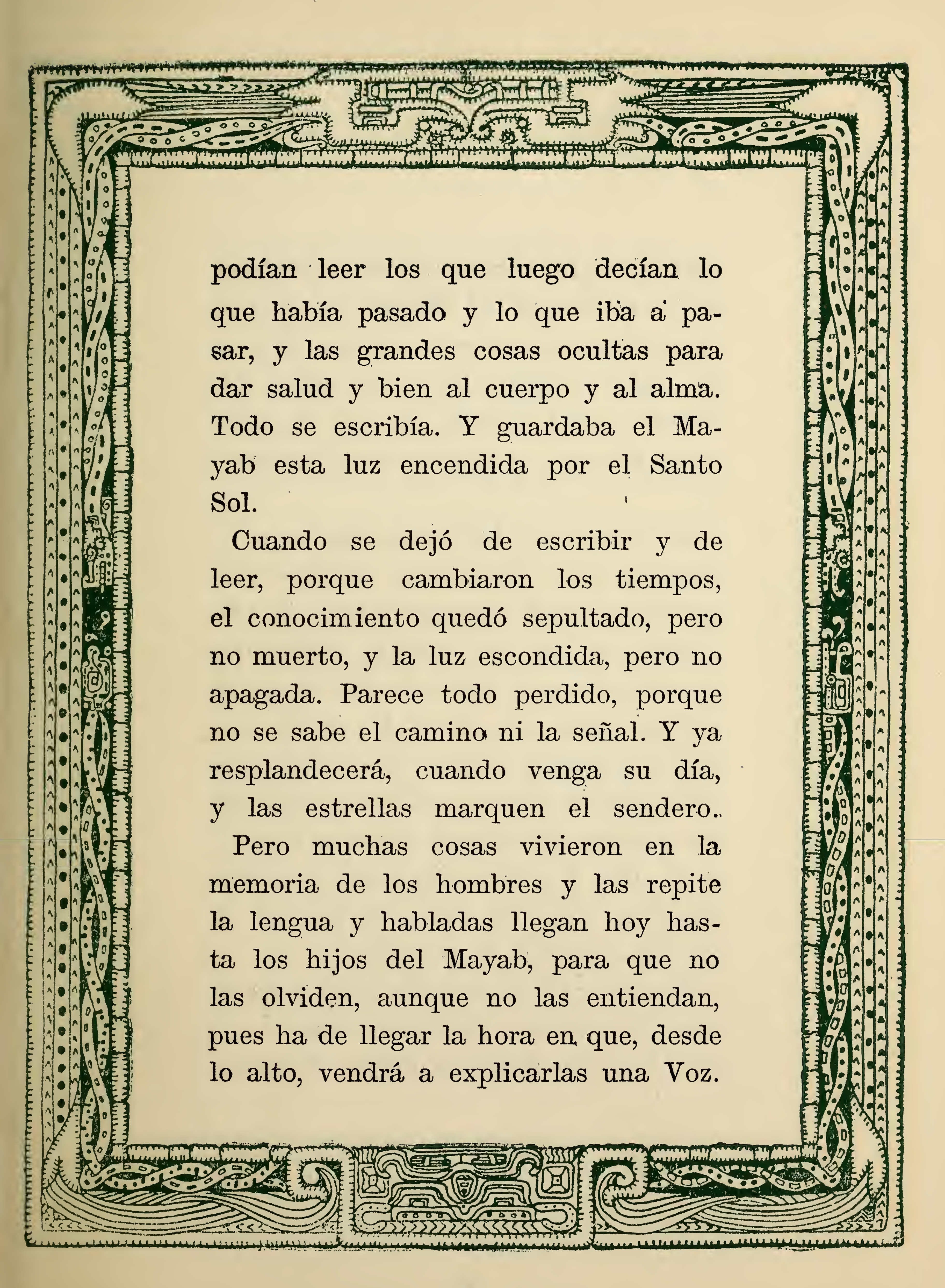
Otra escritura era hecha con signos que todos podían entender y por ella salían las enseñanzas de la Ley de todos, y también servía para decir los caminos de la tierra y guardar memoria de lo que sucedía ante los ojos de la gente.

Era esto lo que se escribía en piedras puestas en medio de las plazas y también en los senderos que van de de un lugar a otro lugar. Cada año grande tenía su piedra larga en que estaba escrito lo que en ese tiempo sucedió.

Otra escritura había que era de figuras pintadas y esculpidas, que a veces iba con la otra y que se podía aprender a entender.

Y todas tres eran la guía y la señal del espíritu del gran Mayab, y marcaban las hileras de los tiempos.

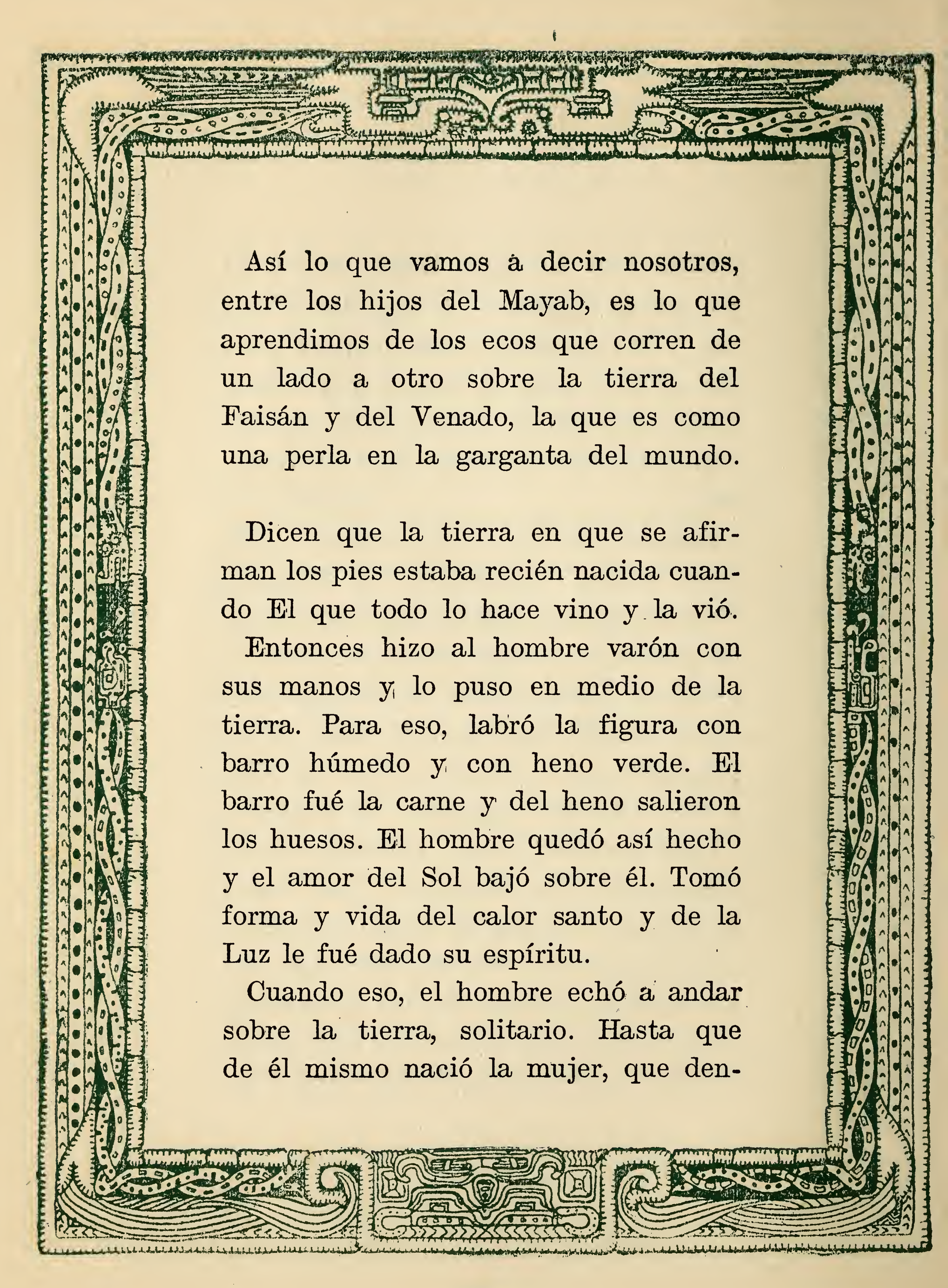
En lo que estaba escrito en secreto,



podían leer los que luego decían lo que había pasado y lo que iba a pasar, y las grandes cosas ocultas para dar salud y bien al cuerpo y al alma. Todo se escribía. Y guardaba el Mayab esta luz encendida por el Santo Sol.

Cuando se dejó de escribir y de leer, porque cambiaron los tiempos, el conocimiento quedó sepultado, pero no muerto, y la luz escondida, pero no apagada. Parece todo perdido, porque no se sabe el camino ni la señal. Y ya resplandecerá, cuando venga su día, y las estrellas marquen el sendero.

Pero muchas cosas vivieron en la memoria de los hombres y las repite la lengua y habladas llegan hoy hasta los hijos del Mayab, para que no las olviden, aunque no las entiendan, pues ha de llegar la hora en que, desde lo alto, vendrá a explicarlas una Voz.

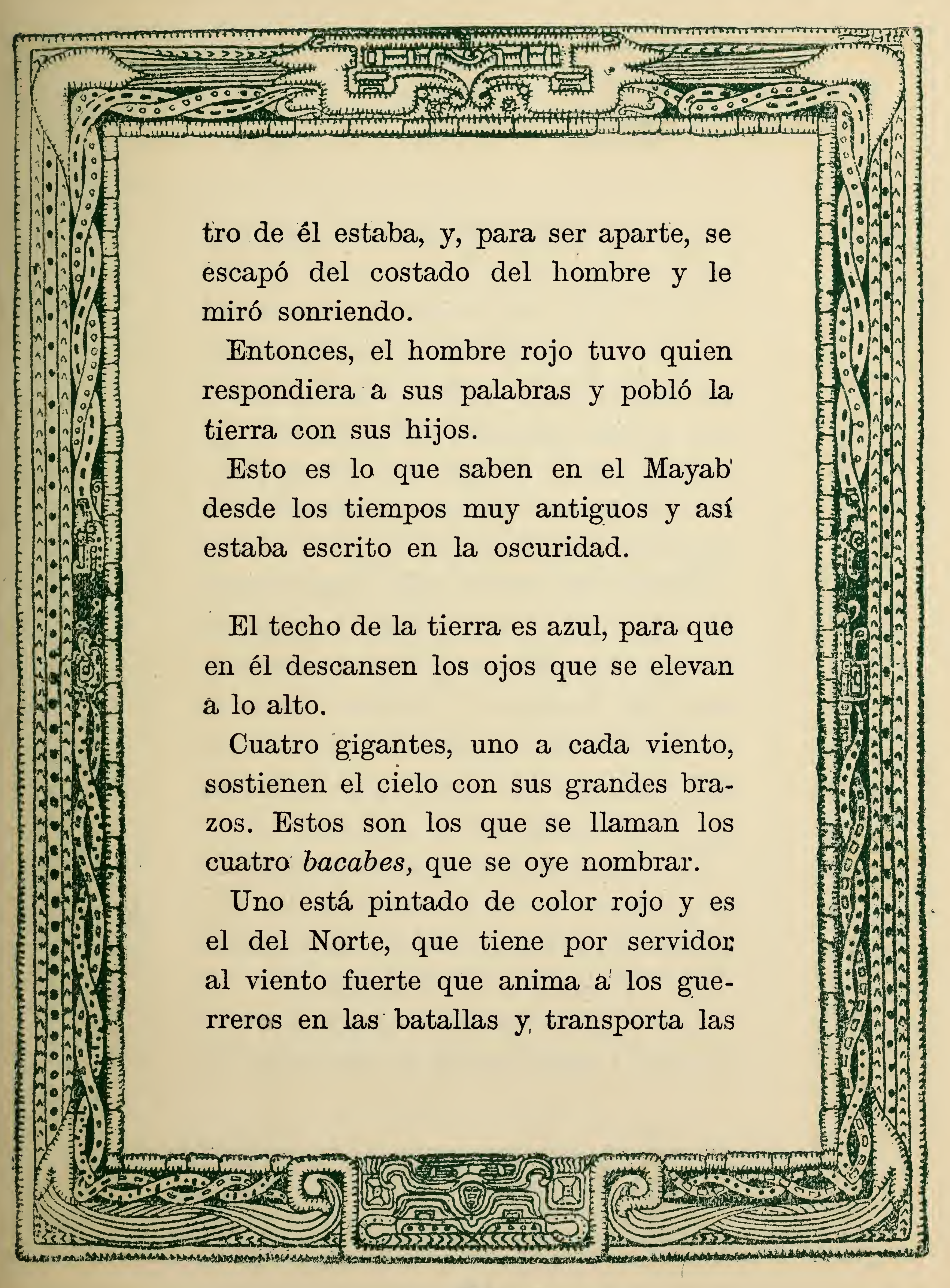


Así lo que vamos à decir nosotros, entre los hijos del Mayab, es lo que aprendimos de los ecos que corren de un lado a otro sobre la tierra del Faisán y del Venado, la que es como una perla en la garganta del mundo.

Dicen que la tierra en que se afirman los pies estaba recién nacida cuando El que todo lo hace vino y la vió.

Entonces hizo al hombre varón con sus manos y lo puso en medio de la tierra. Para eso, labró la figura con barro húmedo y con heno verde. El barro fué la carne y del heno salieron los huesos. El hombre quedó así hecho y el amor del Sol bajó sobre él. Tomó forma y vida del calor santo y de la Luz le fué dado su espíritu.

Cuando eso, el hombre echó a andar sobre la tierra, solitario. Hasta que de él mismo nació la mujer, que den-



tro de él estaba, y, para ser aparte, se escapó del costado del hombre y le miró sonriendo.

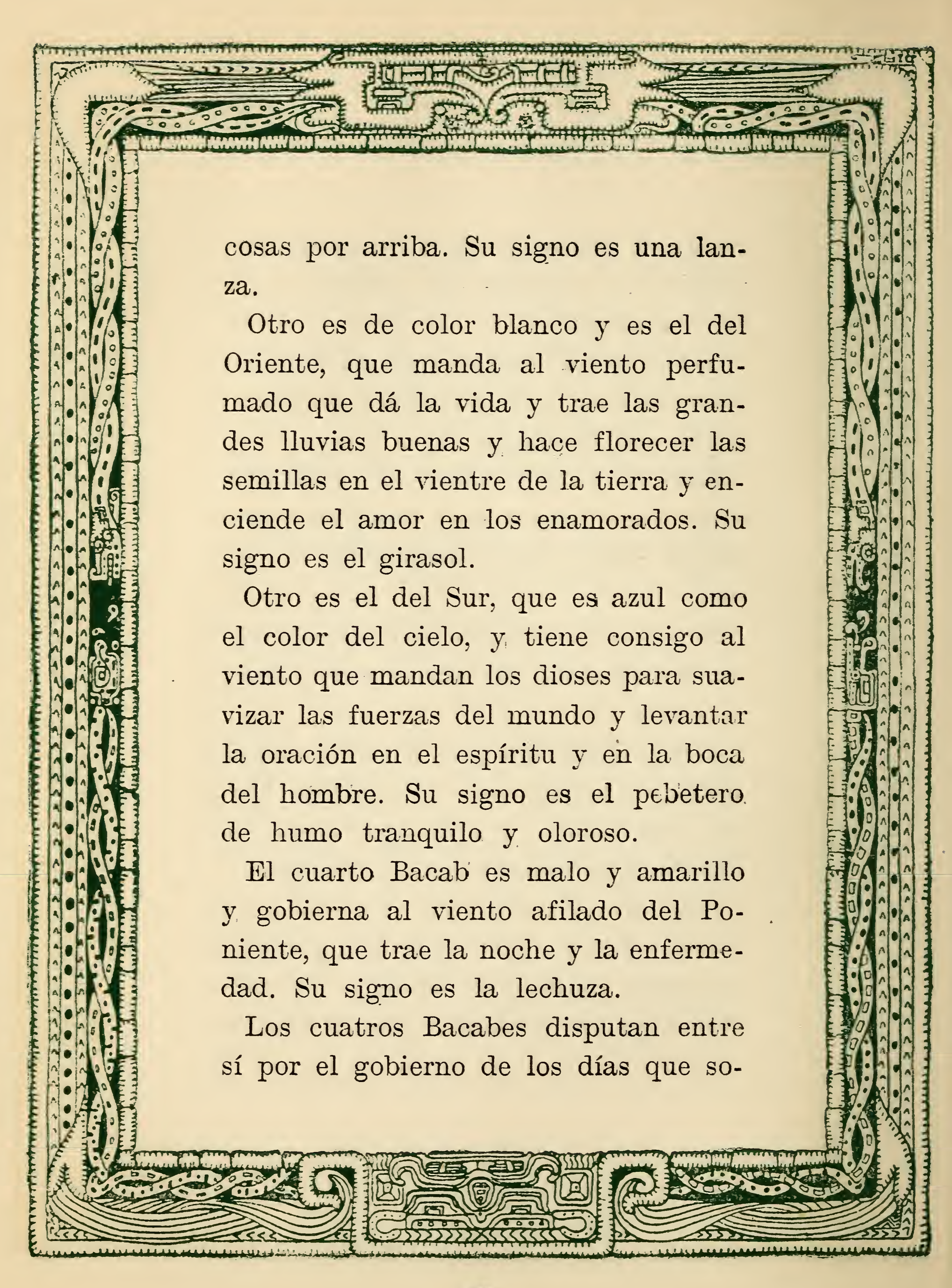
Entonces, el hombre rojo tuvo quien respondiera a sus palabras y pobló la tierra con sus hijos.

Esto es lo que saben en el Mayab desde los tiempos muy antiguos y así estaba escrito en la oscuridad.

El techo de la tierra es azul, para que en él descansen los ojos que se elevan a lo alto.

Cuatro gigantes, uno a cada viento, sostienen el cielo con sus grandes brazos. Estos son los que se llaman los cuatro *bacabes,* que se oye nombrar.

Uno está pintado de color rojo y es el del Norte, que tiene por servidor al viento fuerte que anima a los guerreros en las batallas y transporta las



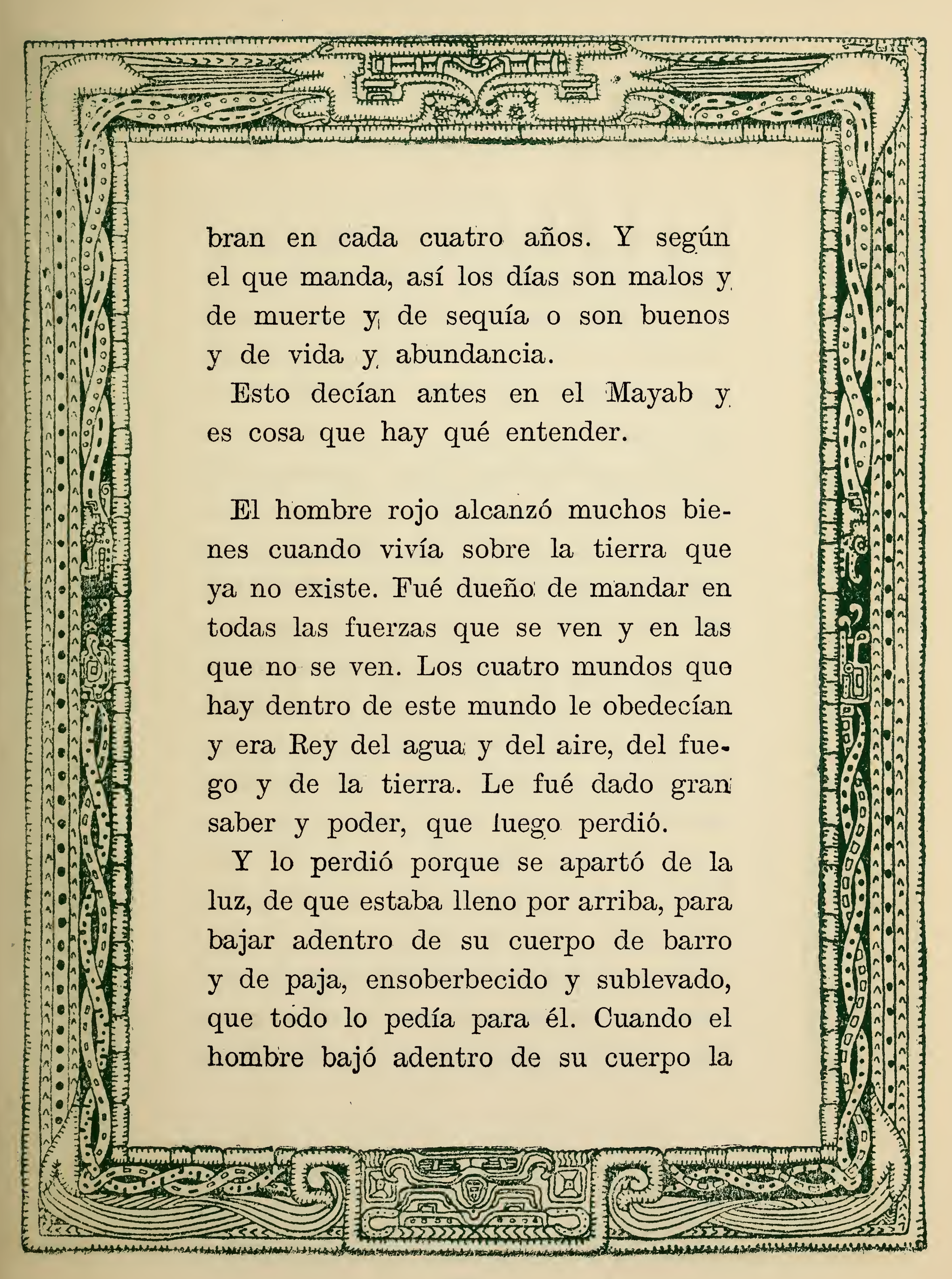
cosas por arriba. Su signo es una lanza.

Otro es de color blanco y es el del Oriente, que manda al viento perfumado que dá la vida y trae las grandes lluvias buenas y hace florecer las semillas en el vientre de la tierra y enciende el amor en los enamorados. Su signo es el girasol.

Otro es el del Sur, que es azul como el color del cielo, y tiene consigo al viento que mandan los dioses para suavizar las fuerzas del mundo y levantar la oración en el espíritu y en la boca del hombre. Su signo es el pebetero de humo tranquilo y oloroso.

El cuarto Bacab es malo y amarillo y gobierna al viento afilado del Poniente, que trae la noche y la enfermedad. Su signo es la lechuza.

Los cuatros Bacabes disputan entre sí por el gobierno de los días que so-

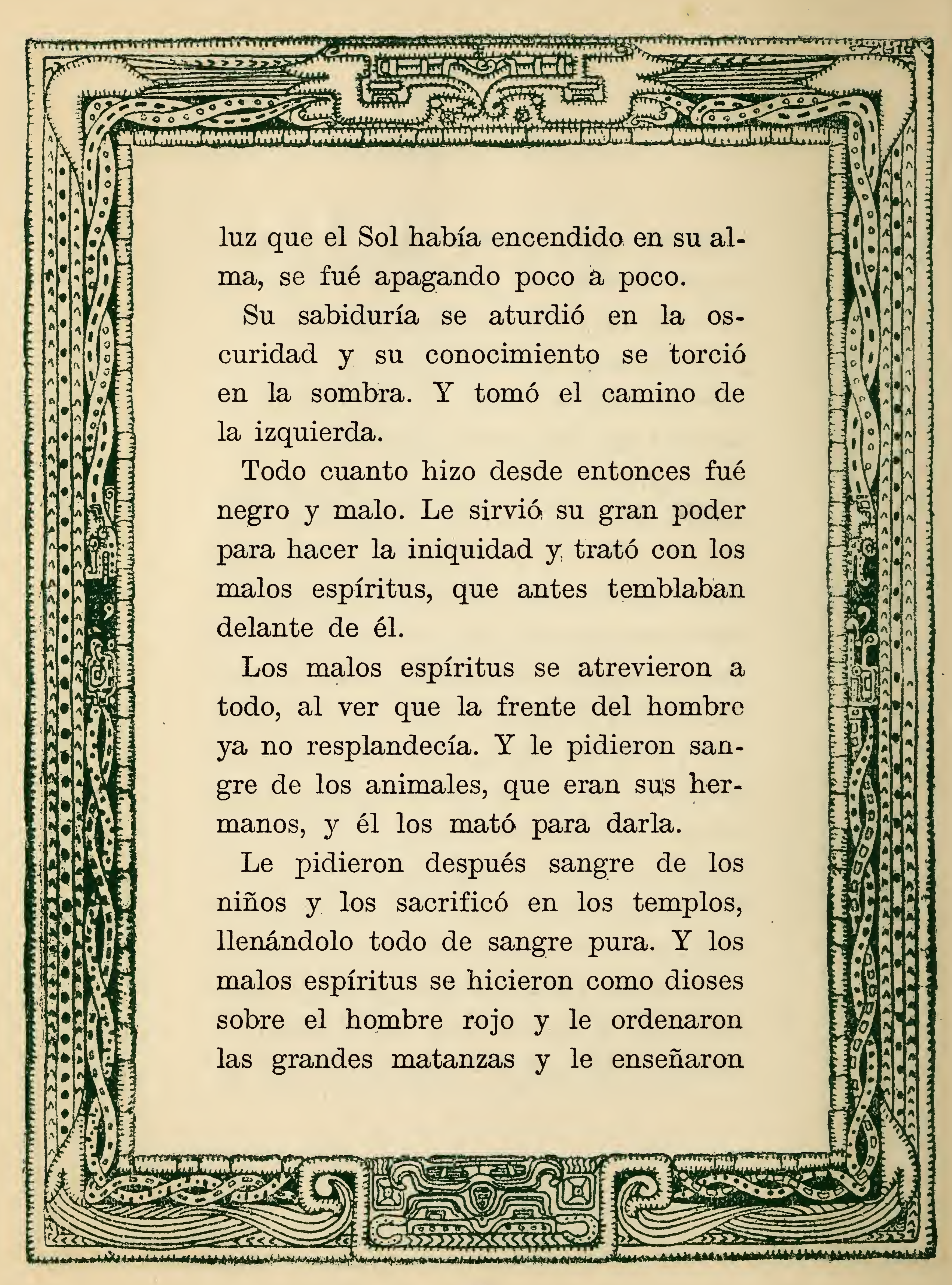


bran en cada cuatro años. Y según el que manda, así los días son malos y de muerte y de sequía o son buenos y de vida y abundancia.

Esto decían antes en el Mayab y es cosa que hay qué entender.

El hombre rojo alcanzó muchos bienes cuando vivía sobre la tierra que ya no existe. Fué dueño de mandar en todas las fuerzas que se ven y en las que no se ven. Los cuatro mundos que hay dentro de este mundo le obedecían y era Rey del agua y del aire, del fuego y de la tierra. Le fué dado gran saber y poder, que luego perdió.

Y lo perdió porque se apartó de la luz, de que estaba lleno por arriba, para bajar adentro de su cuerpo de barro y de paja, ensoberbecido y sublevado, que todo lo pedía para él. Cuando el hombre bajó adentro de su cuerpo la



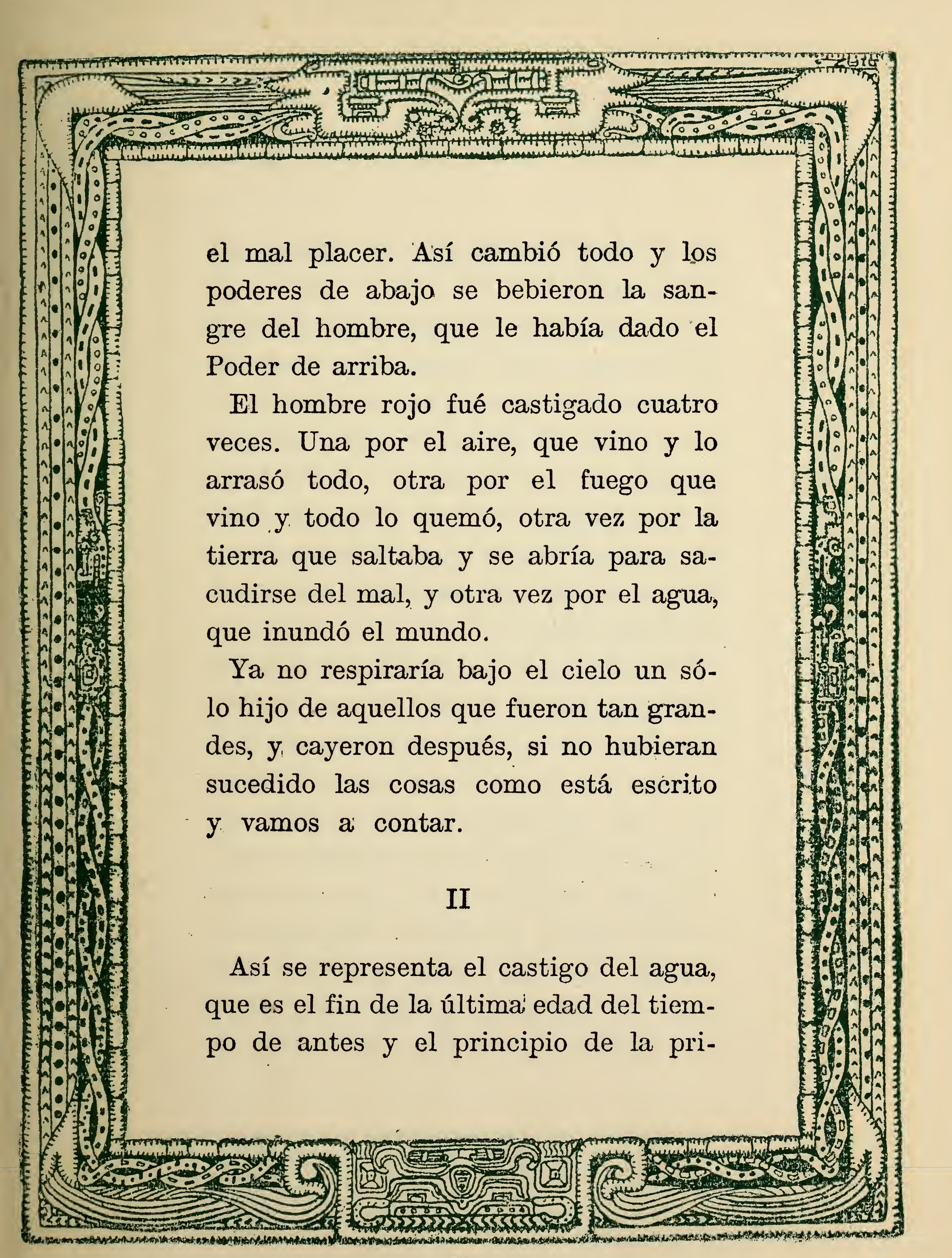
luz que el Sol había encendido en su alma, se fué apagando poco á poco.

Su sabiduría se aturdió en la oscuridad y su conocimiento se torció en la sombra. Y tomó el camino de la izquierda.

Todo cuanto hizo desde entonces fué negro y malo. Le sirvió su gran poder para hacer la iniquidad y trató con los malos espíritus, que antes temblaban delante de él.

Los malos espíritus se atrevieron a todo, al ver que la frente del hombre ya no resplandecía. Y le pidieron sangre de los animales, que eran sus hermanos, y él los mató para darla.

Le pidieron después sangre de los niños y los sacrificó en los templos, llenándolo todo de sangre pura. Y los malos espíritus se hicieron como dioses sobre el hombre rojo y le ordenaron las grandes matanzas y le enseñaron



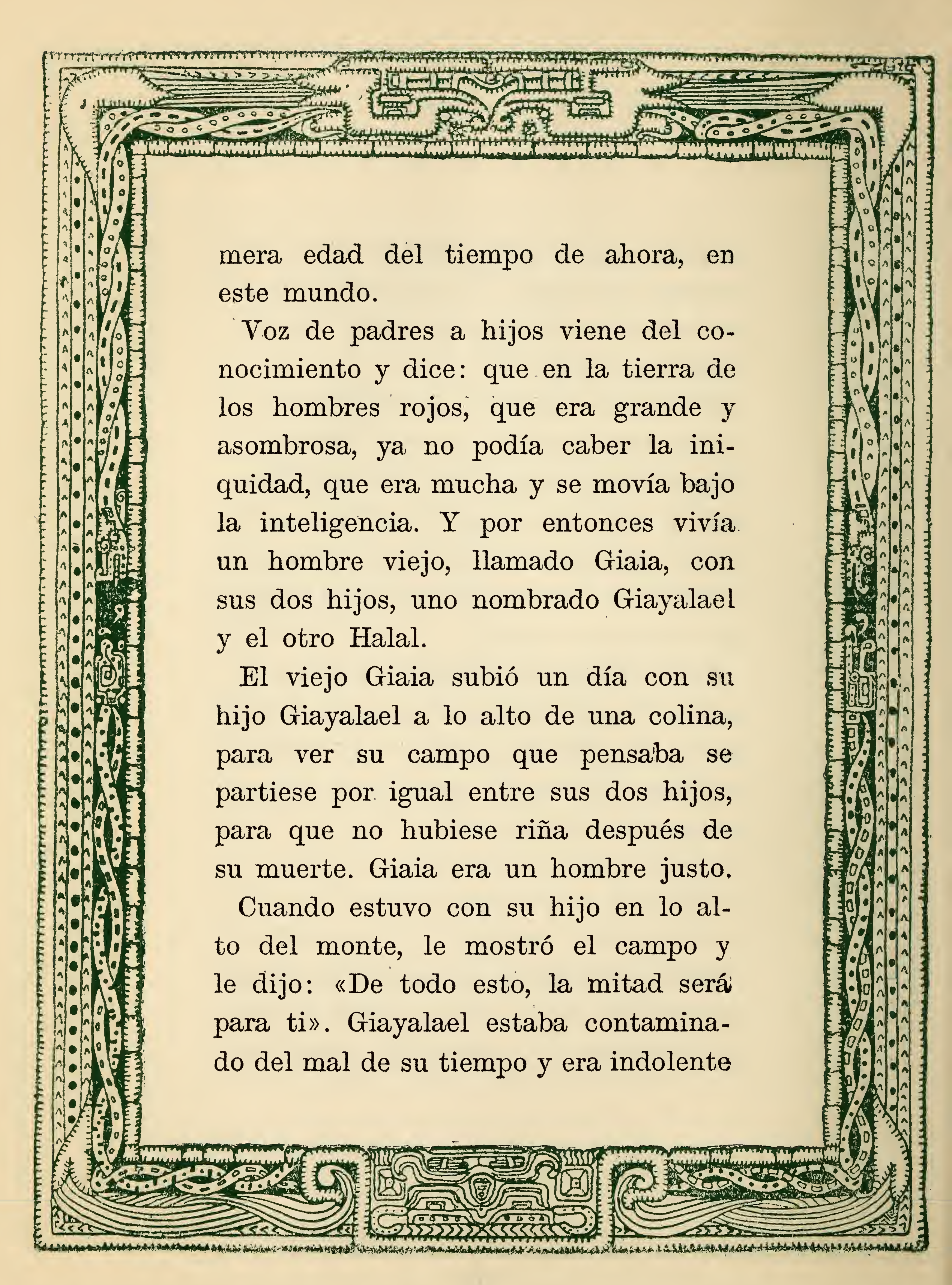
el mal placer. Así cambió todo y los poderes de abajo se bebieron la sangre del hombre, que le había dado el Poder de arriba.

El hombre rojo fué castigado cuatro veces. Una por el aire, que vino y lo arrasó todo, otra por el fuego que vino y todo lo quemó, otra vez por la tierra que saltaba y se abría para sacudirse del mal, y otra vez por el agua, que inundó el mundo.

Ya no respiraría bajo el cielo un sólo hijo de aquellos que fueron tan grandes, y cayeron después, si no hubieran sucedido las cosas como está escrito y vamos a contar.

II

Así se representa el castigo del agua, que es el fin de la última edad del tiempo de antes y el principio de la pri-

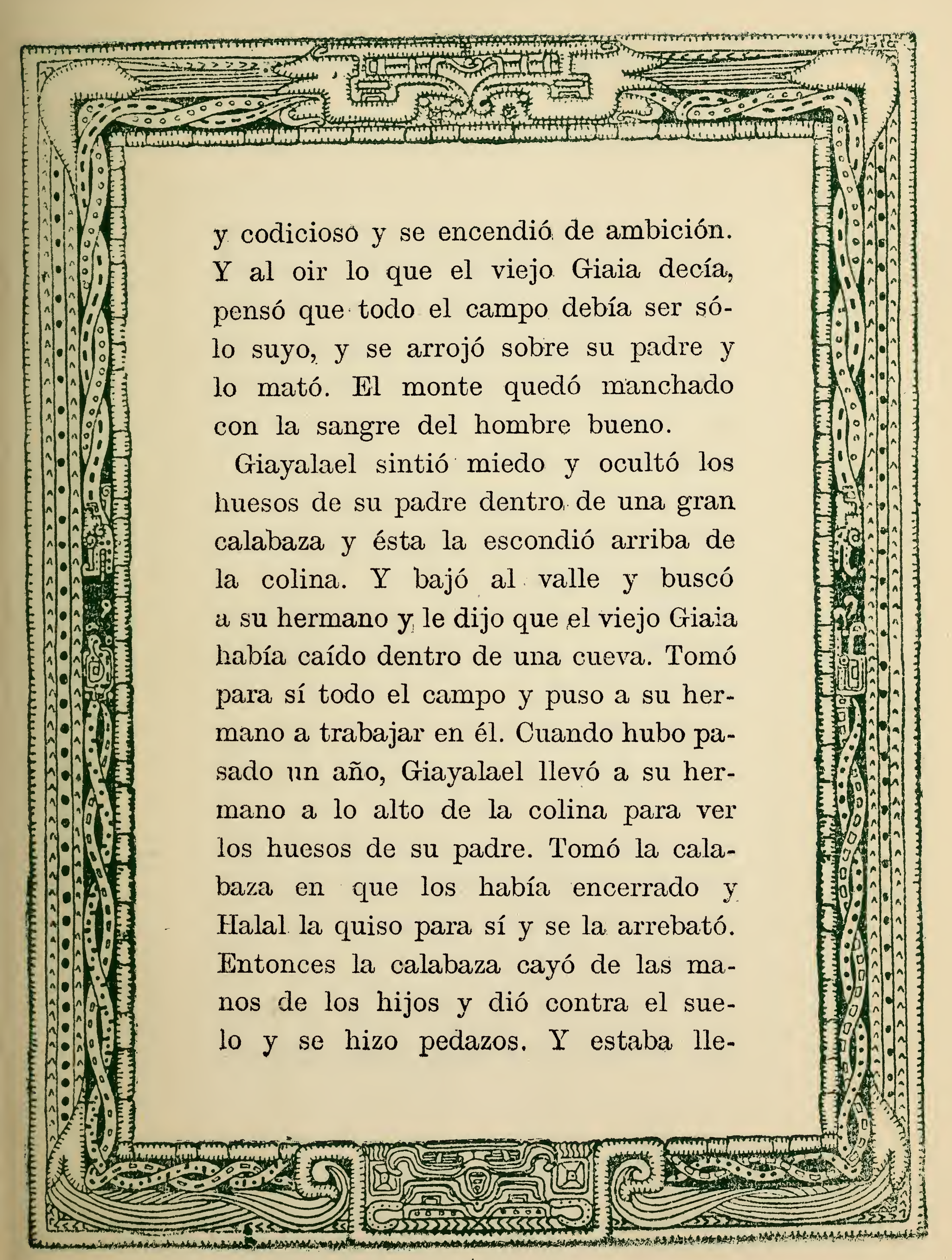


mera edad del tiempo de ahora, en este mundo.

Voz de padres a hijos viene del conocimiento y dice: que en la tierra de los hombres rojos, que era grande y asombrosa, ya no podía caber la iniquidad, que era mucha y se movía bajo la inteligencia. Y por entonces vivía un hombre viejo, llamado Giaia, con sus dos hijos, uno nombrado Giayalael y el otro Halal.

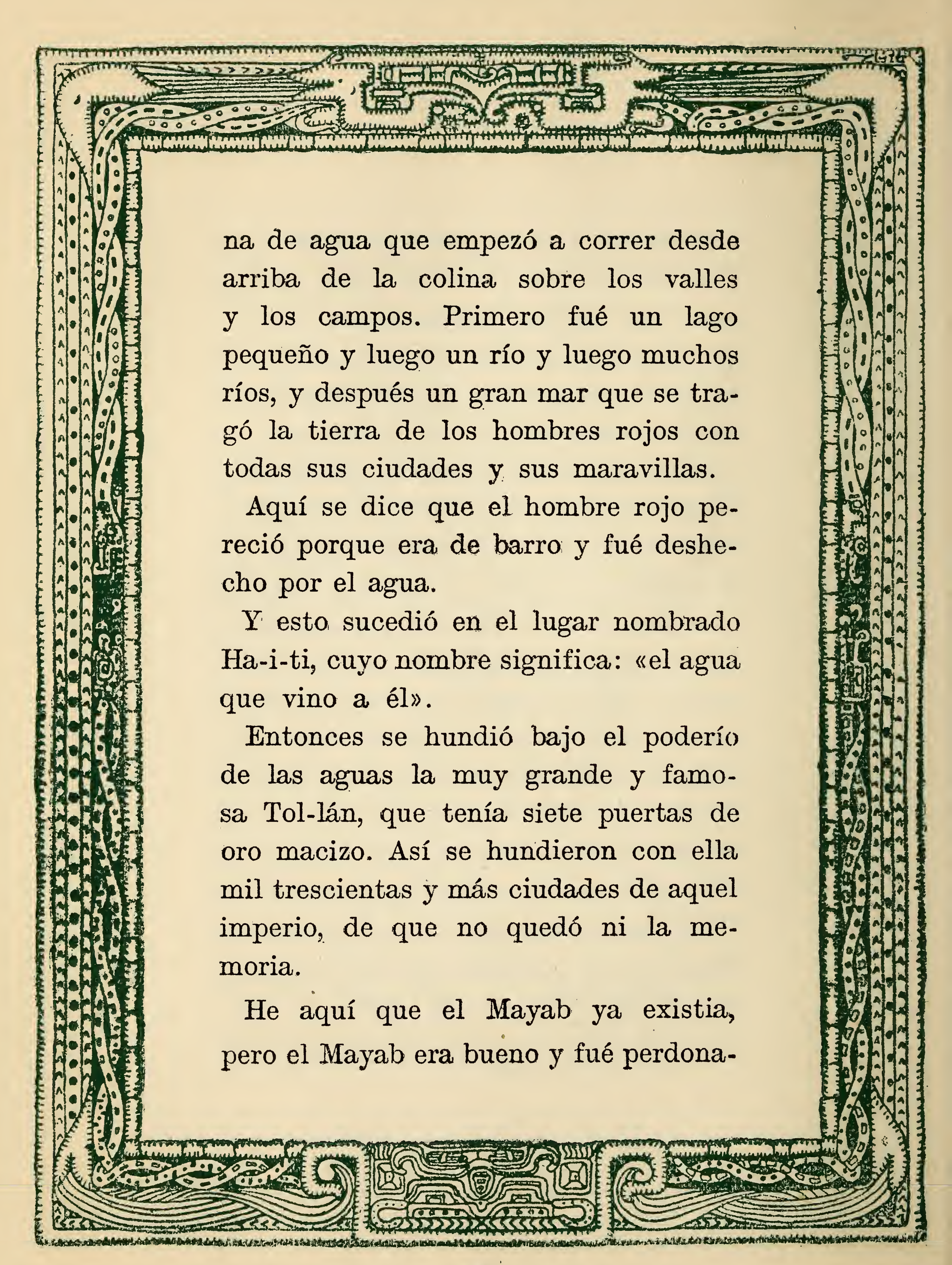
El viejo Giaia subió un día con su hijo Giayalael a lo alto de una colina, para ver su campo que pensaba se partiese por igual entre sus dos hijos, para que no hubiese riña después de su muerte. Giaia era un hombre justo.

Cuando estuvo con su hijo en lo alto del monte, le mostró el campo y le dijo: «De todo esto, la mitad será para ti». Giayalael estaba contaminado del mal de su tiempo y era indolente



y codicioso y se encendió de ambición. Y al oir lo que el viejo Giaia decía, pensó que todo el campo debía ser sólo suyo, y se arrojó sobre su padre y lo mató. El monte quedó manchado con la sangre del hombre bueno.

Giayalael sintió miedo y ocultó los huesos de su padre dentro de una gran calabaza y ésta la escondió arriba de la colina. Y bajó al valle y buscó a su hermano y le dijo que el viejo Giaia había caído dentro de una cueva. Tomó para sí todo el campo y puso a su hermano a trabajar en él. Cuando hubo pasado un año, Giayalael llevó a su hermano a lo alto de la colina para ver los huesos de su padre. Tomó la calabaza en que los había encerrado y Halal la quiso para sí y se la arrebató. Entonces la calabaza cayó de las manos de los hijos y dió contra el suelo y se hizo pedazos. Y estaba lle-



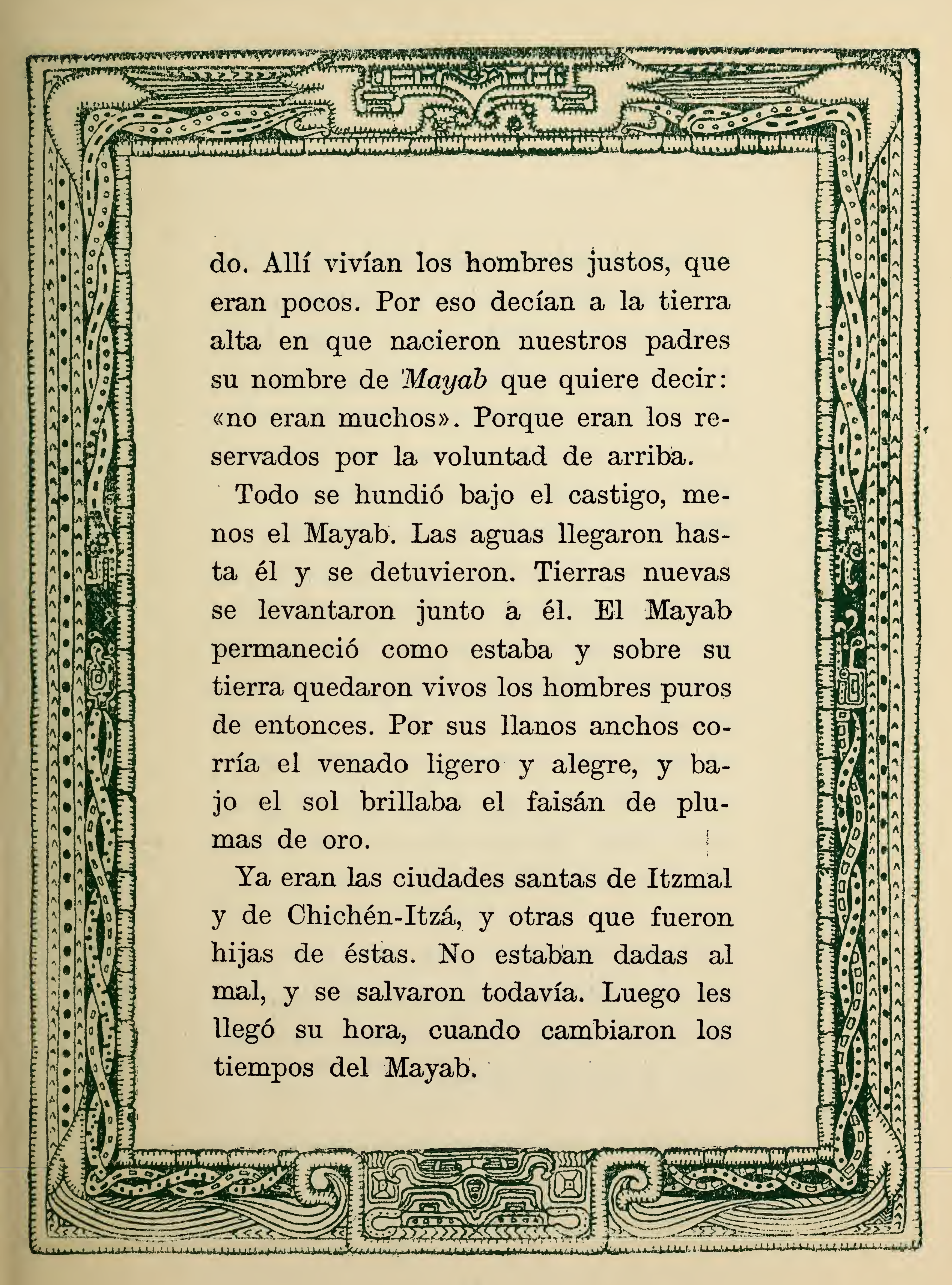
na de agua que empezó a correr desde arriba de la colina sobre los valles y los campos. Primero fué un lago pequeño y luego un río y luego muchos ríos, y después un gran mar que se tragó la tierra de los hombres rojos con todas sus ciudades y sus maravillas.

Aquí se dice que el hombre rojo pereció porque era de barro y fué deshecho por el agua.

Y esto sucedió en el lugar nombrado Ha-i-ti, cuyo nombre significa: «el agua que vino a él».

Entonces se hundió bajo el poderío de las aguas la muy grande y famosa Tol-lán, que tenía siete puertas de oro macizo. Así se hundieron con ella mil trescientas y más ciudades de aquel imperio, de que no quedó ni la memoria.

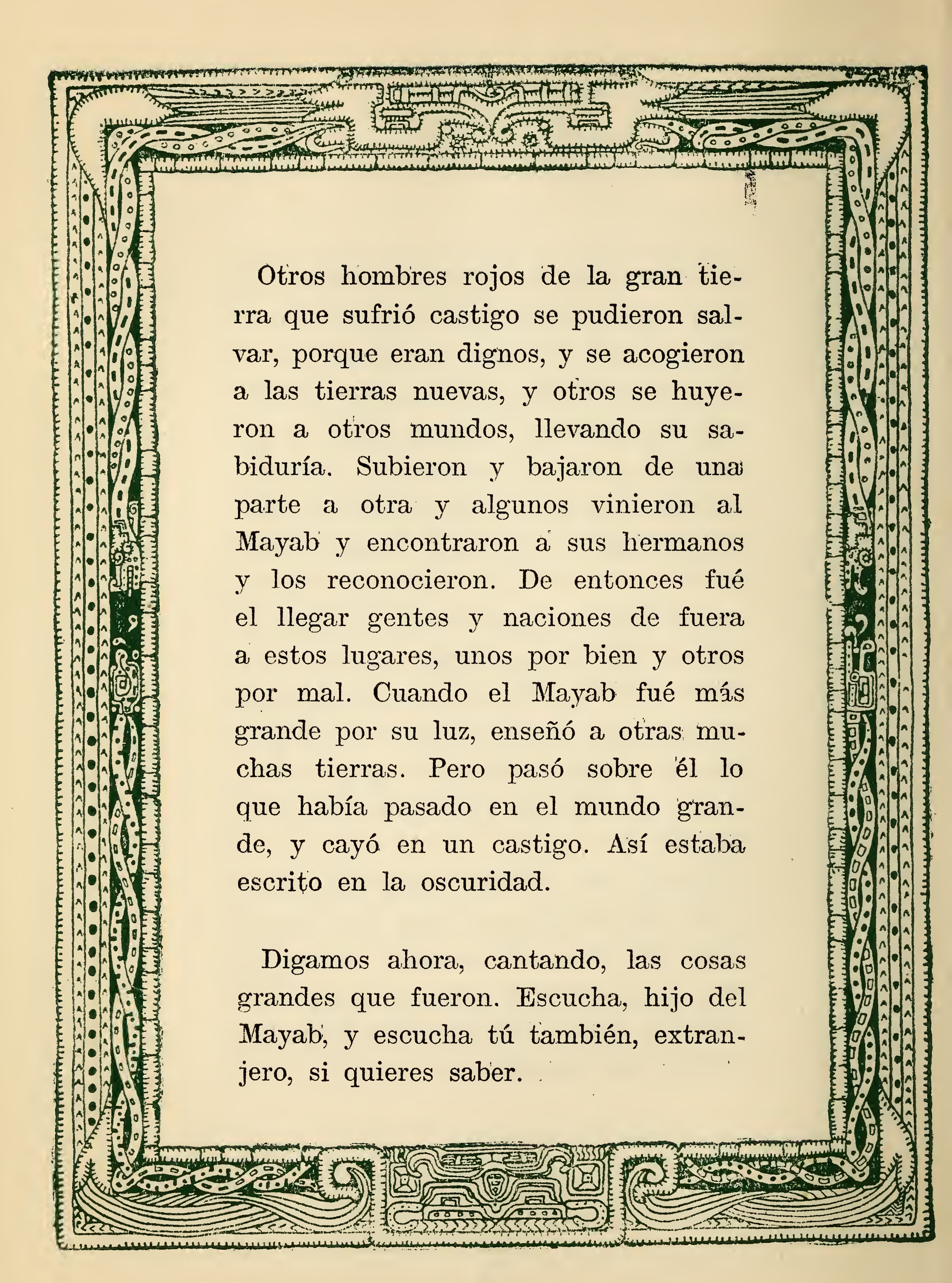
He aquí que el Mayab ya existia, pero el Mayab era bueno y fué perdona-



do. Allí vivían los hombres justos, que eran pocos. Por eso decían a la tierra alta en que nacieron nuestros padres su nombre de *Mayab* que quiere decir: «no eran muchos». Porque eran los reservados por la voluntad de arriba.

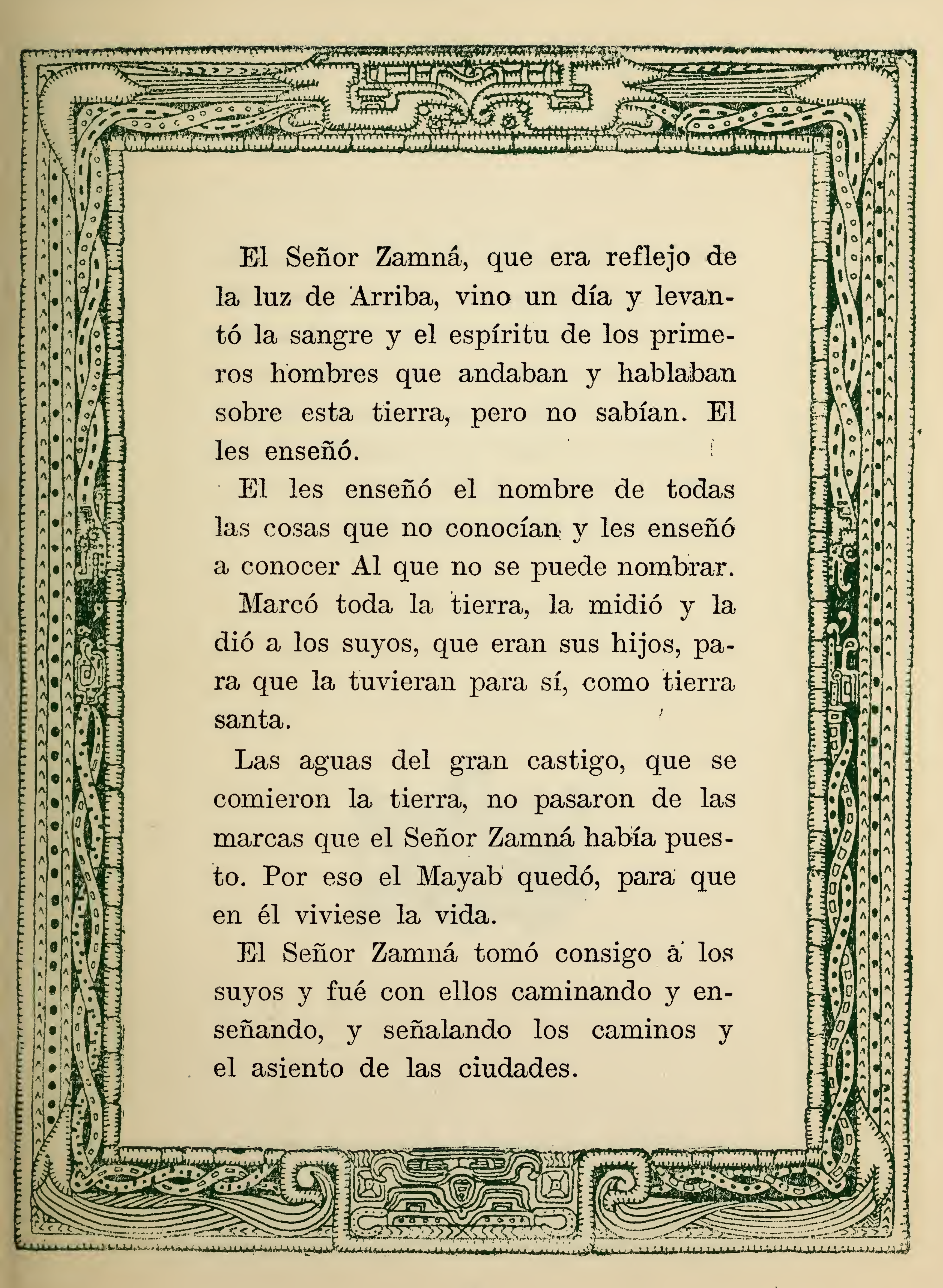
Todo se hundió bajo el castigo, menos el Mayab. Las aguas llegaron hasta él y se detuvieron. Tierras nuevas se levantaron junto a él. El Mayab permaneció como estaba y sobre su tierra quedaron vivos los hombres puros de entonces. Por sus llanos anchos corría el venado ligero y alegre, y bajo el sol brillaba el faisán de plumas de oro.

Ya eran las ciudades santas de Itzmal y de Chichén-Itzá, y otras que fueron hijas de éstas. No estaban dadas al mal, y se salvaron todavía. Luego les llegó su hora, cuando cambiaron los tiempos del Mayab.



Otros hombres rojos de la gran tierra que sufrió castigo se pudieron salvar, porque eran dignos, y se acogieron a las tierras nuevas, y otros se huyeron a otros mundos, llevando su sabiduría. Subieron y bajaron de una parte a otra y algunos vinieron al Mayab y encontraron a sus hermanos y los reconocieron. De entonces fué el llegar gentes y naciones de fuera a estos lugares, unos por bien y otros por mal. Cuando el Mayab fué más grande por su luz, enseñó a otras muchas tierras. Pero pasó sobre él lo que había pasado en el mundo grande, y cayó en un castigo. Así estaba escrito en la oscuridad.

Digamos ahora, cantando, las cosas grandes que fueron. Escucha, hijo del Mayab, y escucha tú también, extranjero, si quieres saber.



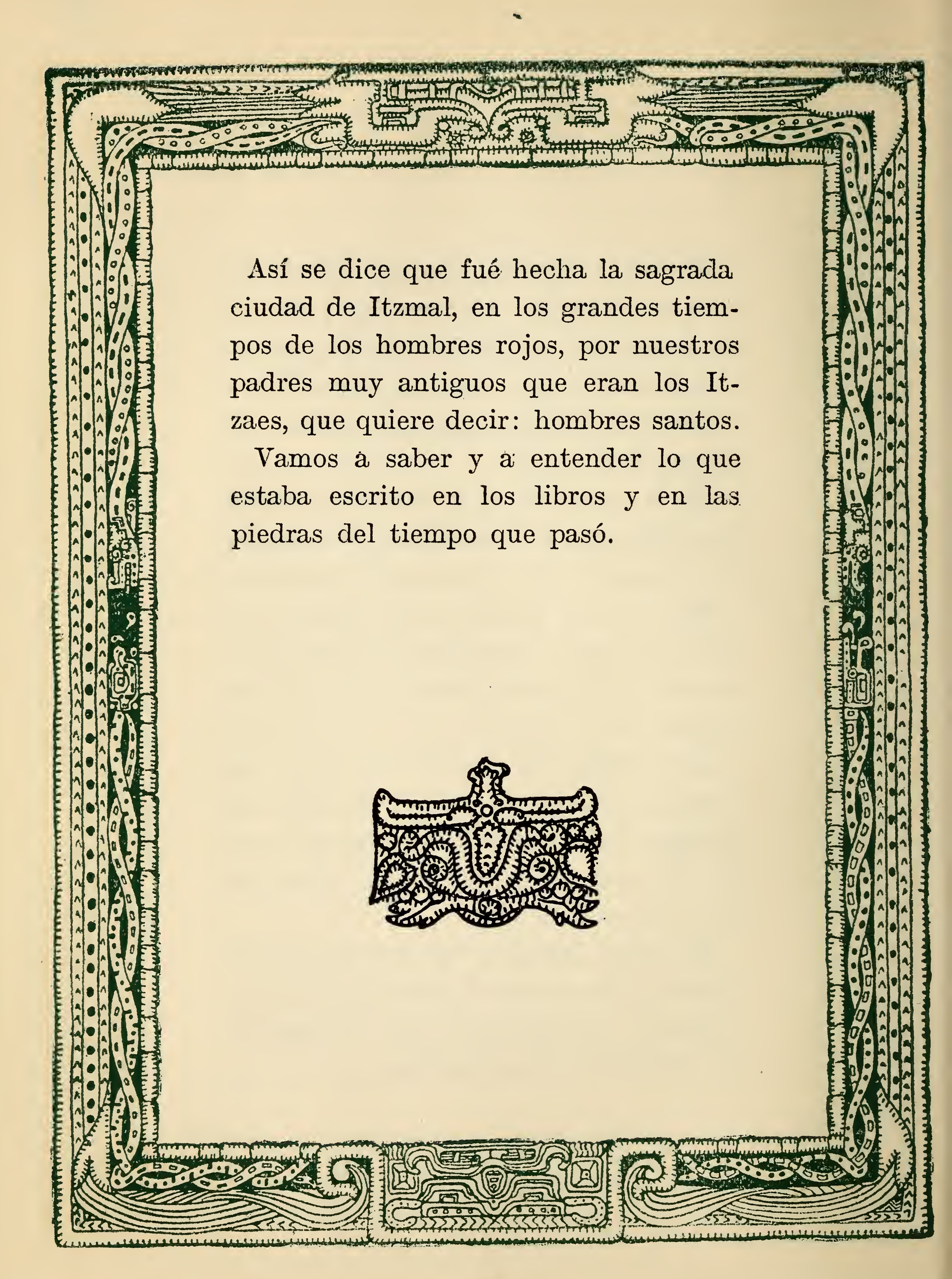
El Señor Zamná, que era reflejo de la luz de Arriba, vino un día y levantó la sangre y el espíritu de los primeros hombres que andaban y hablaban sobre esta tierra, pero no sabían. El les enseñó.

El les enseñó el nombre de todas las cosas que no conocían y les enseñó a conocer Al que no se puede nombrar.

Marcó toda la tierra, la midió y la dió a los suyos, que eran sus hijos, para que la tuvieran para sí, como tierra santa.

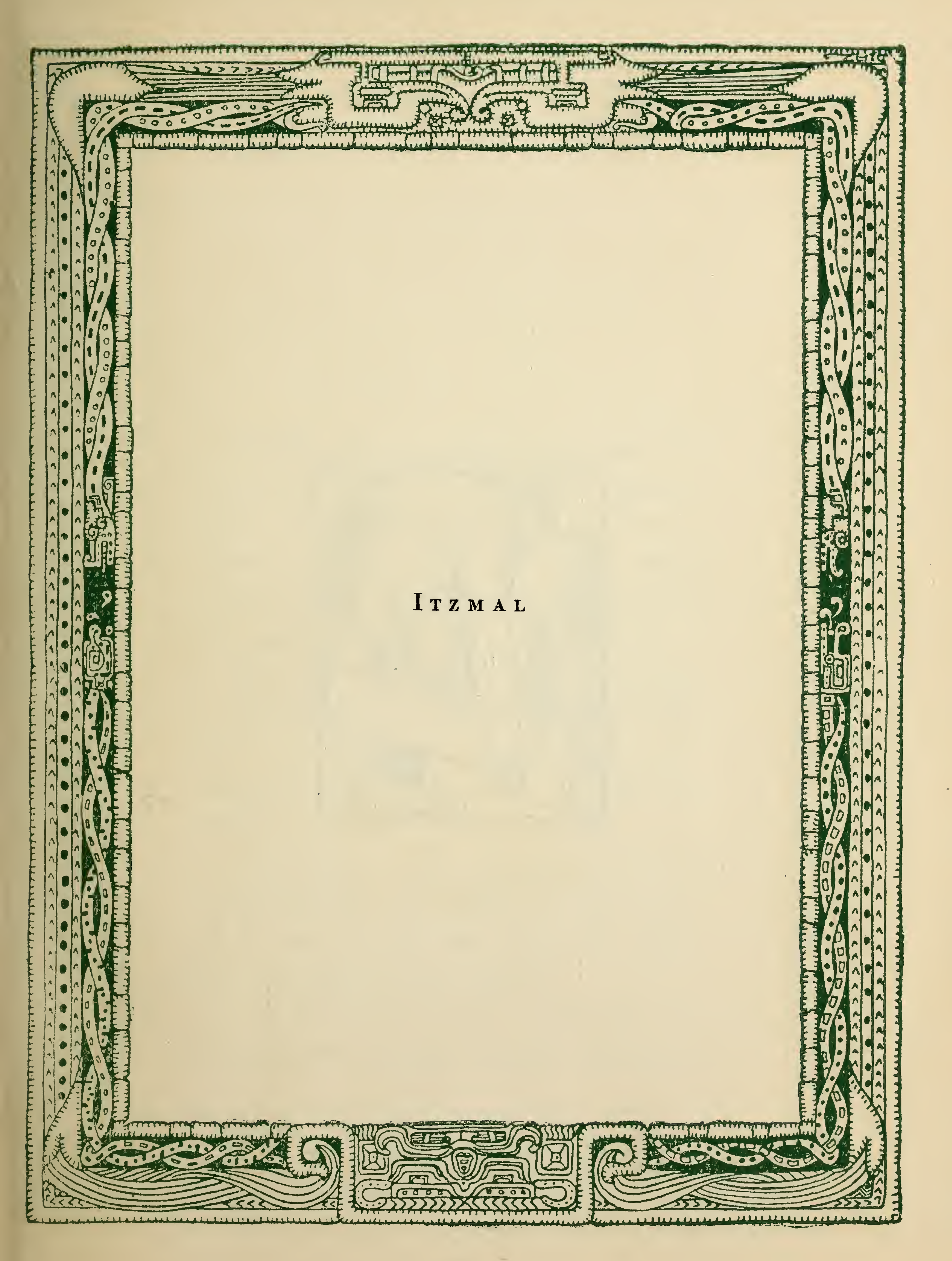
Las aguas del gran castigo, que se comieron la tierra, no pasaron de las marcas que el Señor Zamná había puesto. Por eso el Mayab quedó, para que en él viviese la vida.

El Señor Zamná tomó consigo á los suyos y fué con ellos caminando y enseñando, y señalando los caminos y el asiento de las ciudades.



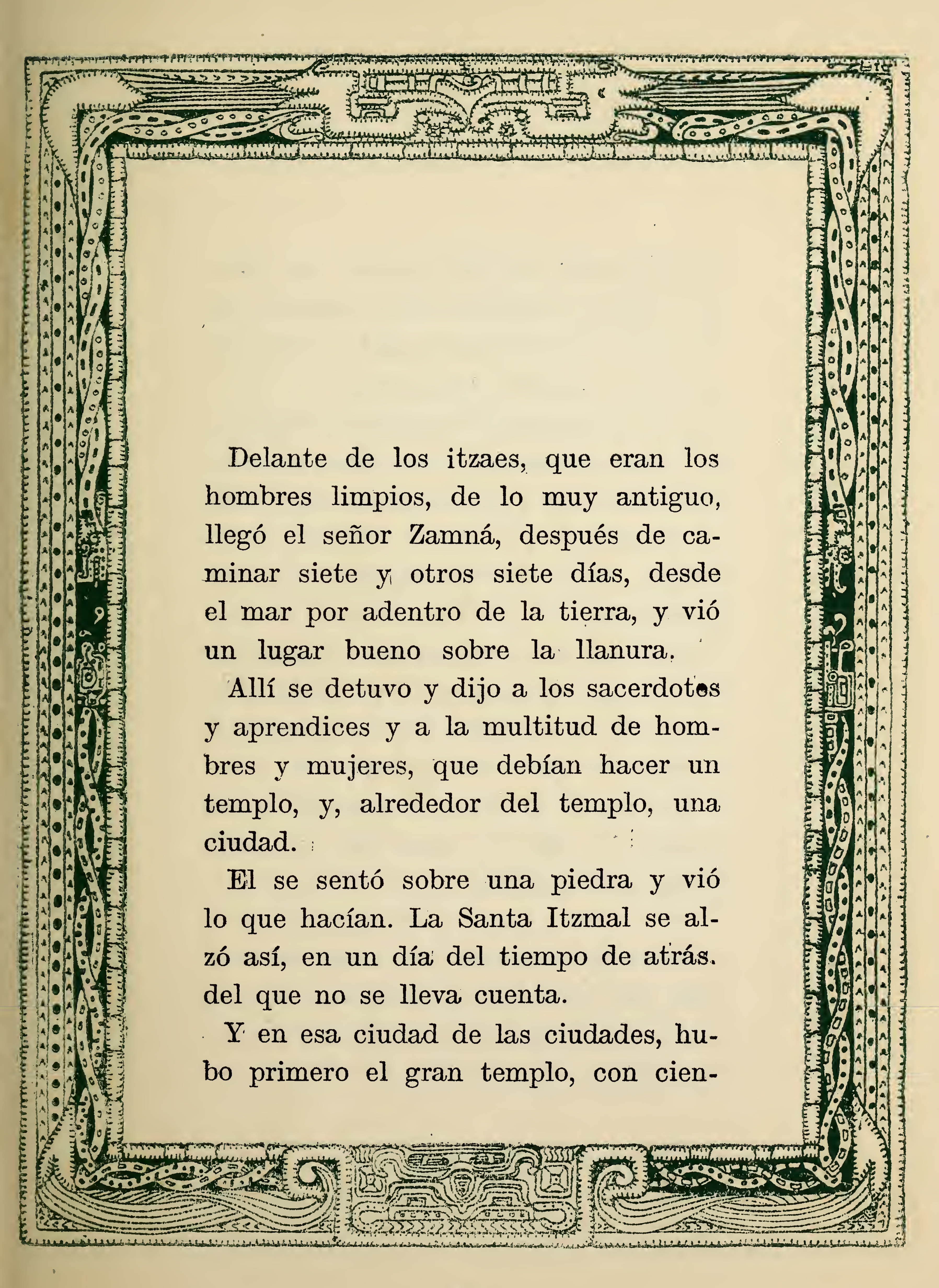
Así se dice que fué hecha la sagrada ciudad de Itzmal, en los grandes tiempos de los hombres rojos, por nuestros padres muy antiguos que eran los Itzaes, que quiere decir: hombres santos.

Vamos à saber y à entender lo que estaba escrito en los libros y en las piedras del tiempo que pasó.



ITZMAL



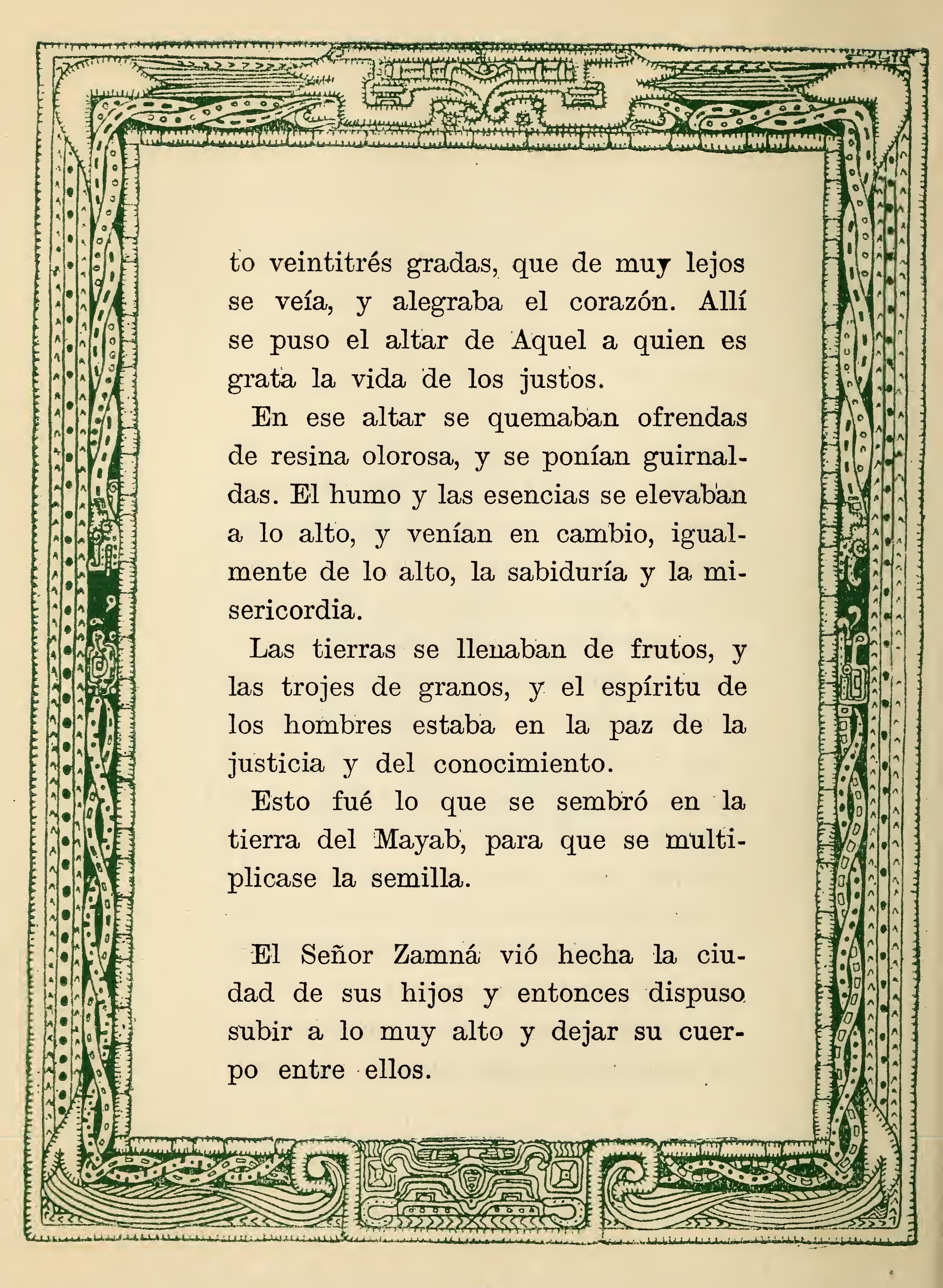


Delante de los itzaes, que eran los hombres limpios, de lo muy antiguo, llegó el señor Zamná, después de caminar siete y otros siete días, desde el mar por adentro de la tierra, y vió un lugar bueno sobre la llanura.

Allí se detuvo y dijo a los sacerdotes y aprendices y a la multitud de hombres y mujeres, que debían hacer un templo, y, alrededor del templo, una ciudad.

El se sentó sobre una piedra y vió lo que hacían. La Santa Itzmal se alzó así, en un día del tiempo de atrás. del que no se lleva cuenta.

Y en esa ciudad de las ciudades, hubo primero el gran templo, con cien-



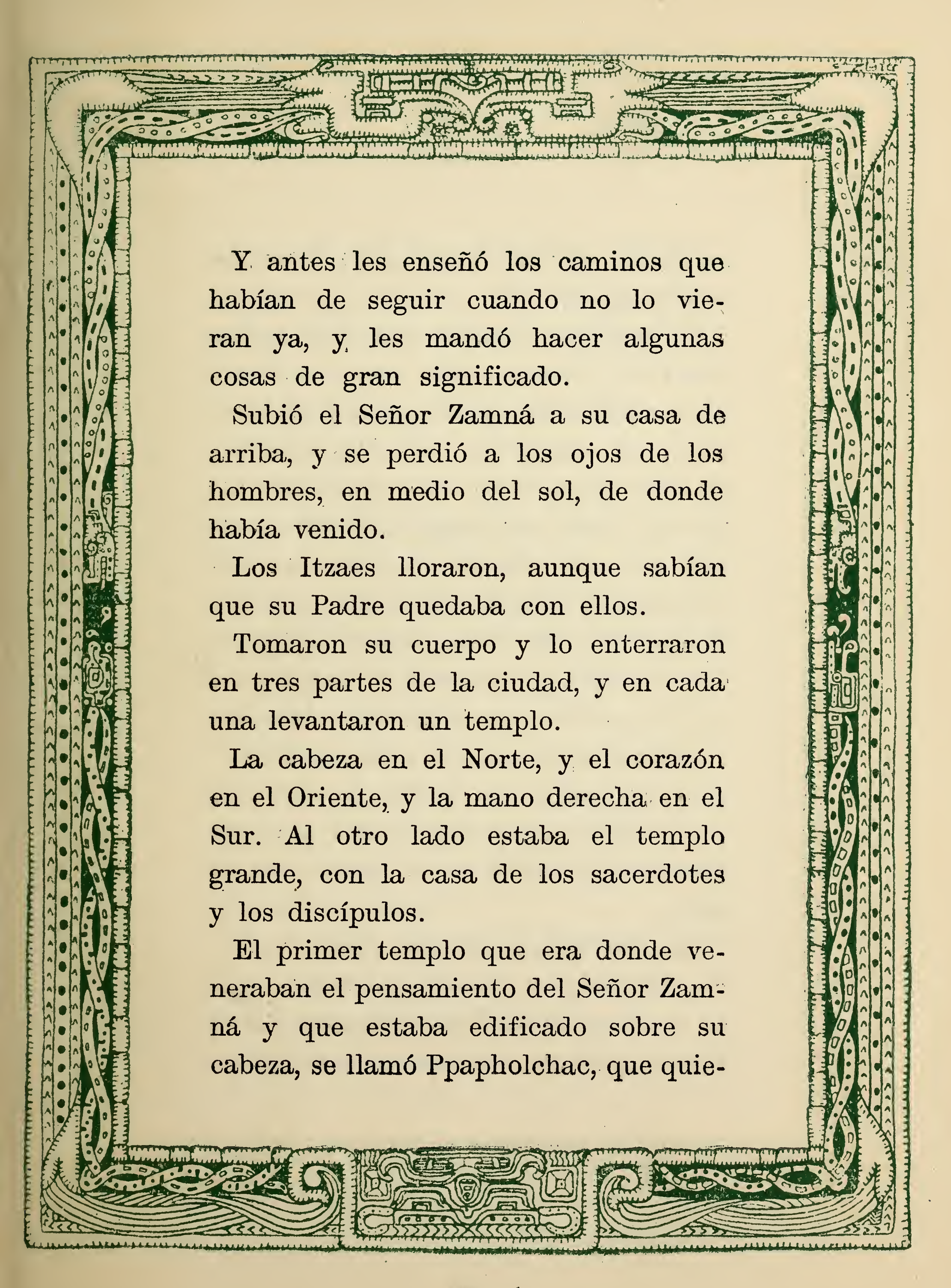
to veintitrés gradas, que de muy lejos se veía, y alegraba el corazón. Allí se puso el altar de Aquel a quien es grata la vida de los justos.

En ese altar se quemaban ofrendas de resina olorosa, y se ponían guirnaldas. El humo y las esencias se elevaban a lo alto, y venían en cambio, igualmente de lo alto, la sabiduría y la misericordia.

Las tierras se llenaban de frutos, y las trojes de granos, y el espíritu de los hombres estaba en la paz de la justicia y del conocimiento.

Esto fué lo que se sembró en la tierra del Mayab, para que se multiplicase la semilla.

El Señor Zamná vió hecha la ciudad de sus hijos y entonces dispuso subir a lo muy alto y dejar su cuerpo entre ellos.



Y antes les enseñó los caminos que habían de seguir cuando no lo vieran ya, y les mandó hacer algunas cosas de gran significado.

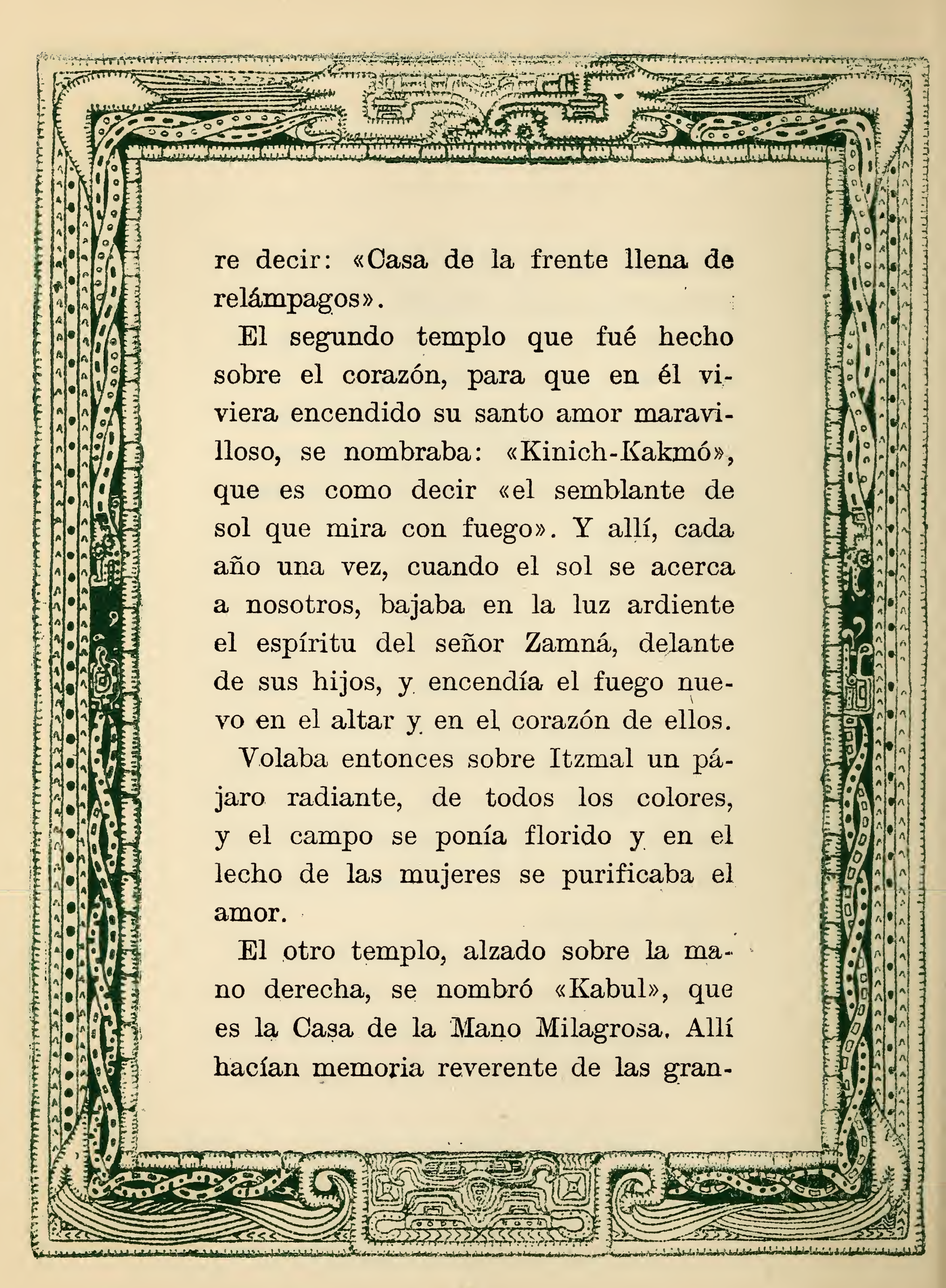
Subió el Señor Zamná a su casa de arriba, y se perdió a los ojos de los hombres, en medio del sol, de donde había venido.

Los Itzaes lloraron, aunque sabían que su Padre quedaba con ellos.

Tomaron su cuerpo y lo enterraron en tres partes de la ciudad, y en cada una levantaron un templo.

La cabeza en el Norte, y el corazón en el Oriente, y la mano derecha en el Sur. Al otro lado estaba el templo grande, con la casa de los sacerdotes y los discípulos.

El primer templo que era donde veneraban el pensamiento del Señor Zamná y que estaba edificado sobre su cabeza, se llamó Ppapholchac, que quie-

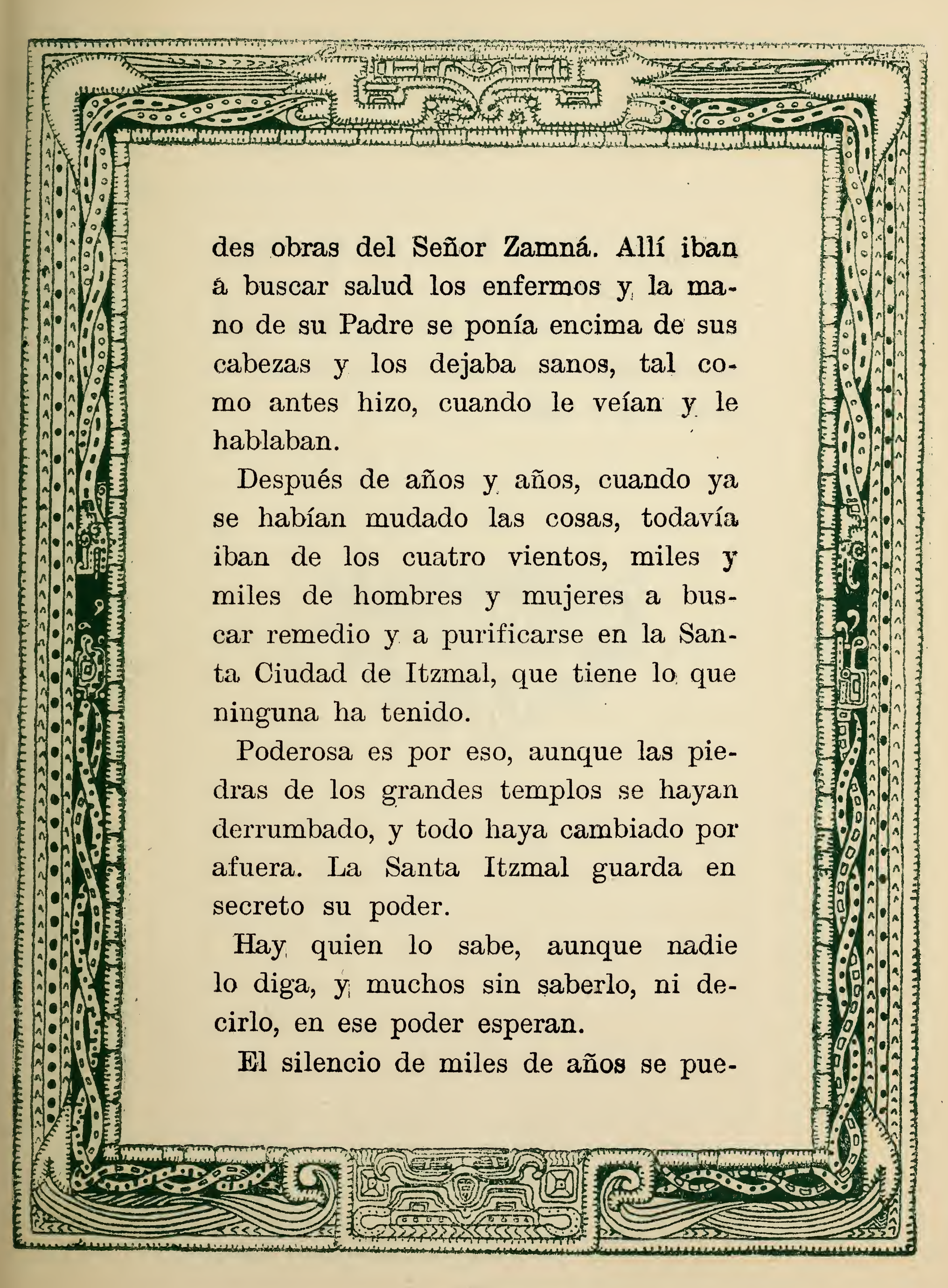


re decir: «Casa de la frente llena de relámpagos».

El segundo templo que fué hecho sobre el corazón, para que en él viviera encendido su santo amor maravilloso, se nombraba: «Kinich-Kakmó», que es como decir «el semblante de sol que mira con fuego». Y allí, cada año una vez, cuando el sol se acerca a nosotros, bajaba en la luz ardiente el espíritu del señor Zamná, delante de sus hijos, y encendía el fuego nuevo en el altar y en el corazón de ellos.

Volaba entonces sobre Itzmal un pájaro radiante, de todos los colores, y el campo se ponía florido y en el lecho de las mujeres se purificaba el amor.

El otro templo, alzado sobre la mano derecha, se nombró «Kabul», que es la Casa de la Mano Milagrosa. Allí hacían memoria reverente de las gran-



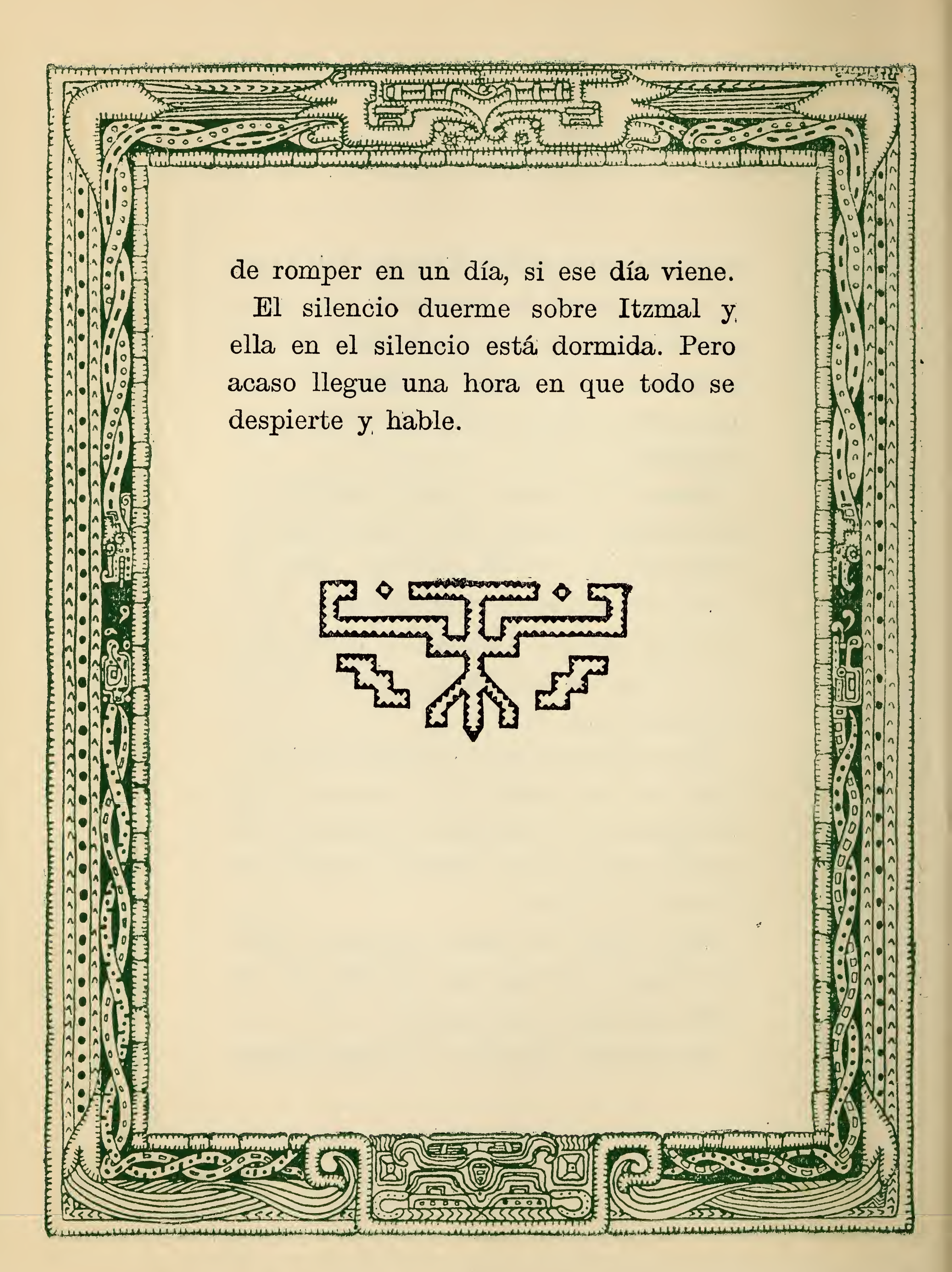
des obras del Señor Zamná. Allí iban á buscar salud los enfermos y la mano de su Padre se ponía encima de sus cabezas y los dejaba sanos, tal como antes hizo, cuando le veían y le hablaban.

Después de años y años, cuando ya se habían mudado las cosas, todavía iban de los cuatro vientos, miles y miles de hombres y mujeres a buscar remedio y a purificarse en la Santa Ciudad de Itzmal, que tiene lo que ninguna ha tenido.

Poderosa es por eso, aunque las piedras de los grandes templos se hayan derrumbado, y todo haya cambiado por afuera. La Santa Itzmal guarda en secreto su poder.

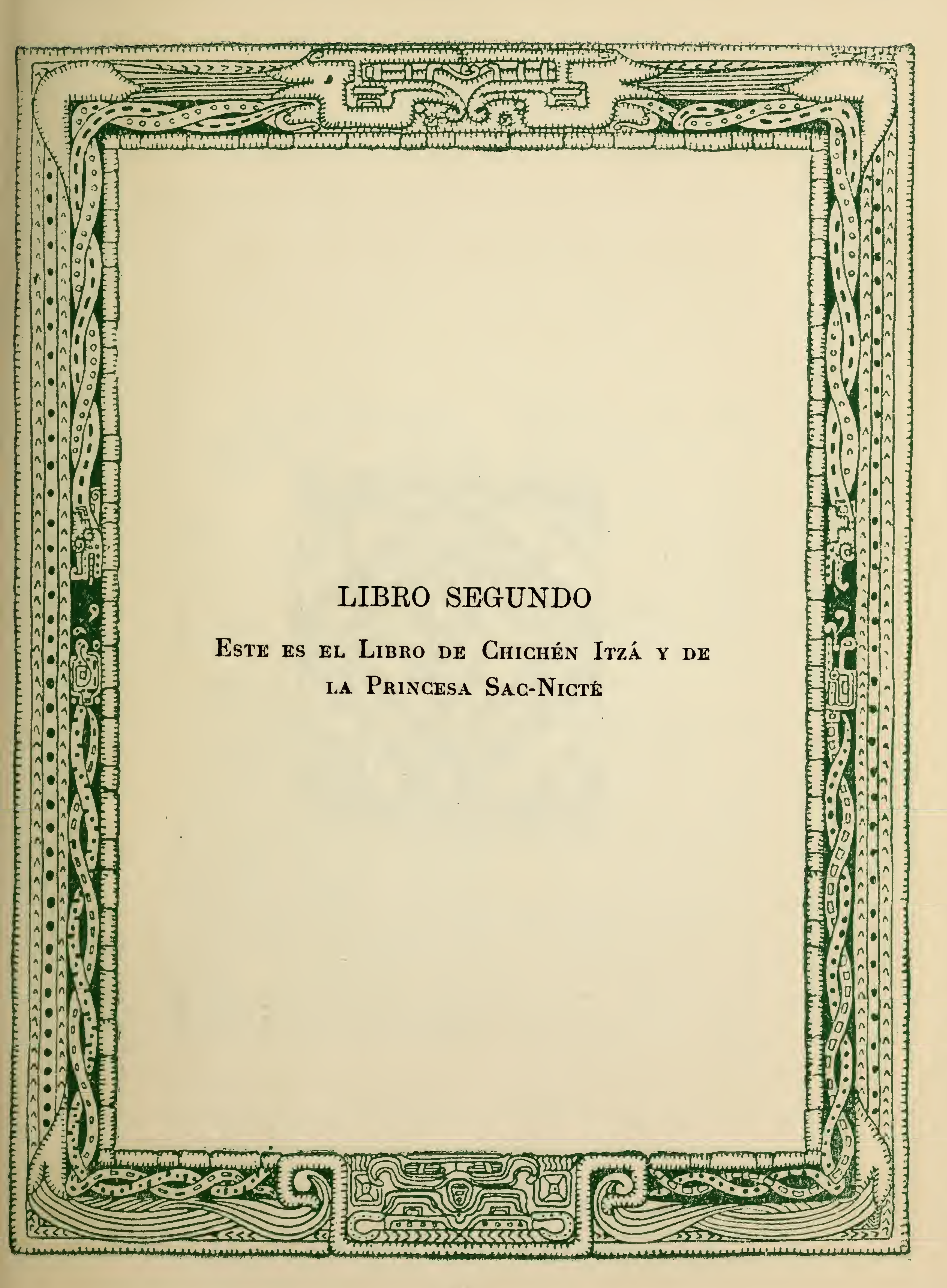
Hay quien lo sabe, aunque nadie lo diga, y muchos sin saberlo, ni decirlo, en ese poder esperan.

El silencio de miles de años se pue-



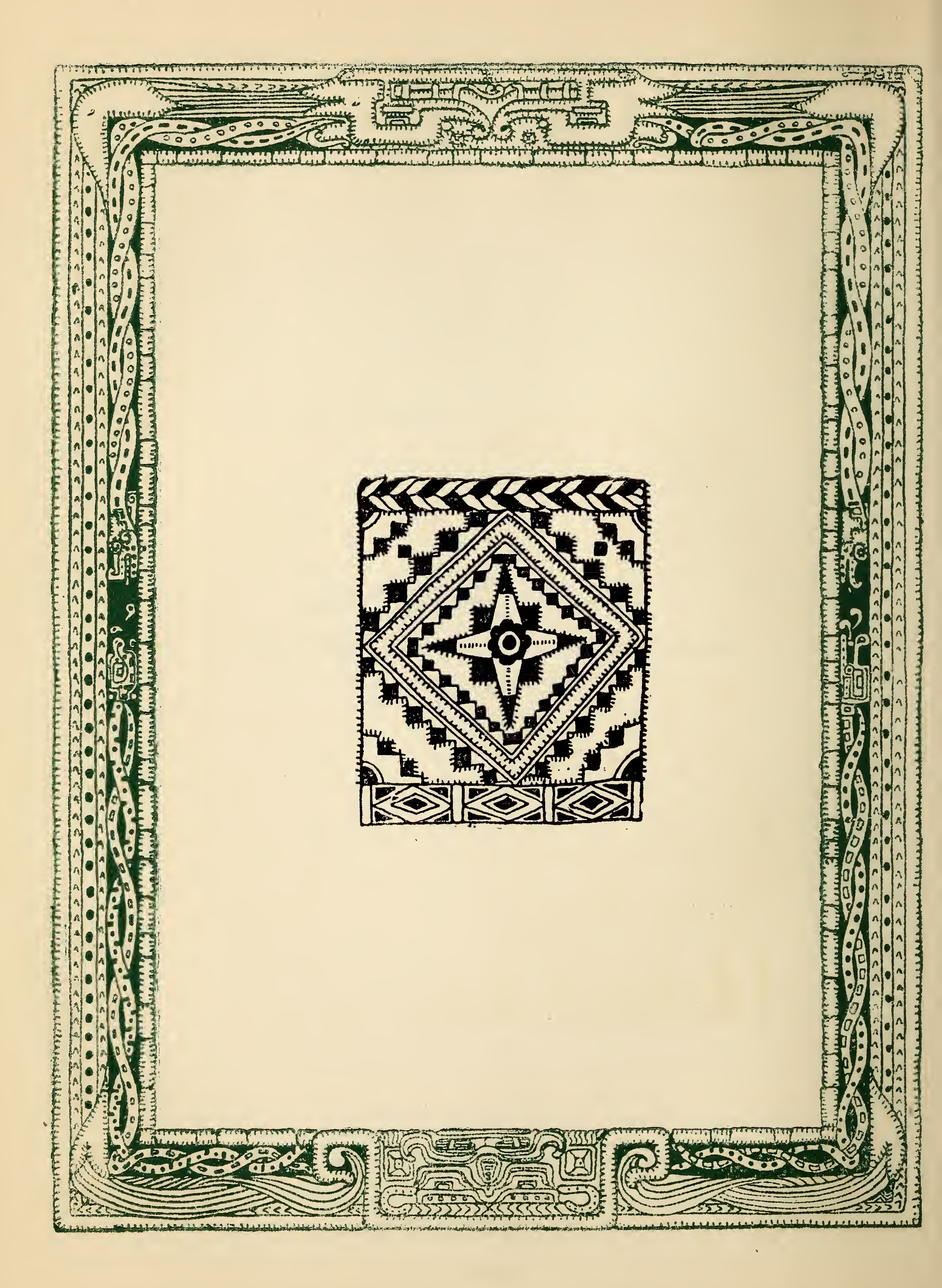
de romper en un día, si ese día viene.

El silencio duerme sobre Itzmal y ella en el silencio está dormida. Pero acaso llegue una hora en que todo se despierte y hable.



LIBRO SEGUNDO

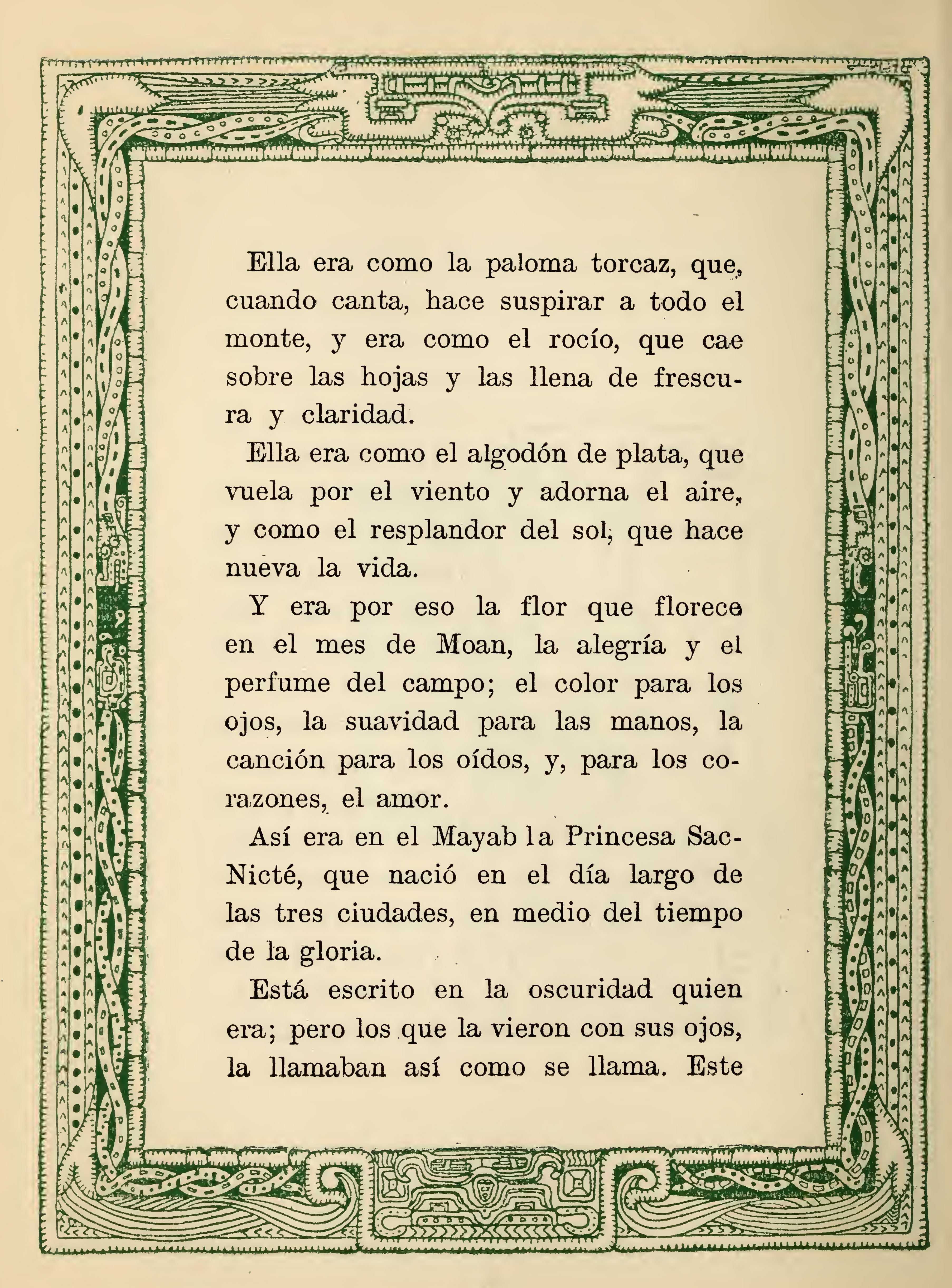
Este es el Libro de Chichén Itzá y de la Princesa Sac-Nicté





TODOS los que han vivido en el Mayab, han oído el dulce nombre de la Princesa Sac-Nicté, que quiere decir: Blanca Flor.

Ella era como la luna apacible y alta que a todo mira con tranquilo amor; como la luna que se baña en el agua quieta, en la que todos pueden beber su luz.



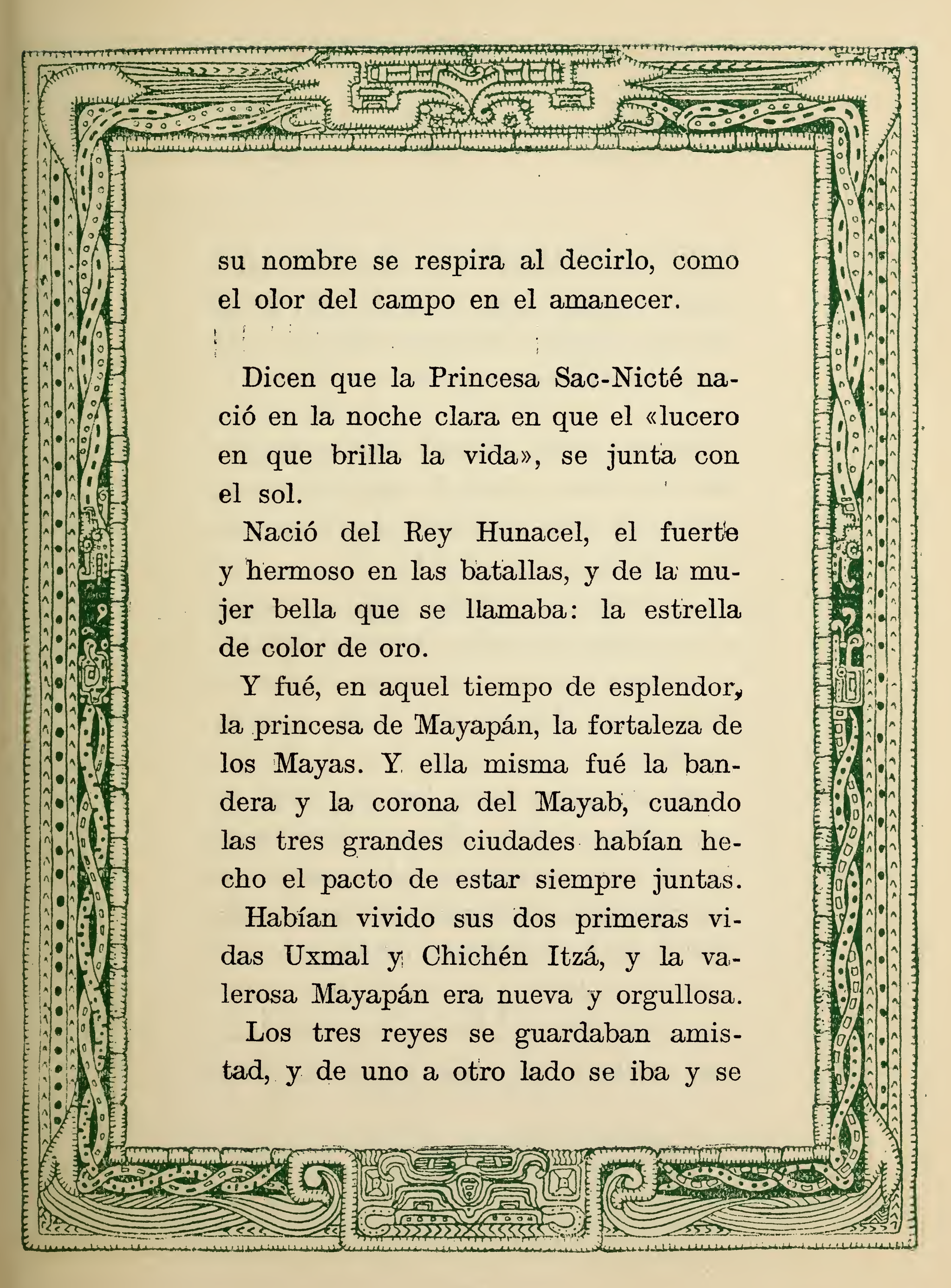
Ella era como la paloma torcaz, que, cuando canta, hace suspirar a todo el monte, y era como el rocío, que cae sobre las hojas y las llena de frescura y claridad.

Ella era como el algodón de plata, que vuela por el viento y adorna el aire, y como el resplandor del sol, que hace nueva la vida.

Y era por eso la flor que florece en el mes de Moan, la alegría y el perfume del campo; el color para los ojos, la suavidad para las manos, la canción para los oídos, y, para los corazones, el amor.

Así era en el Mayab la Princesa Sac-Nicté, que nació en el día largo de las tres ciudades, en medio del tiempo de la gloria.

Está escrito en la oscuridad quien era; pero los que la vieron con sus ojos, la llamaban así como se llama. Este



su nombre se respira al decirlo, como el olor del campo en el amanecer.

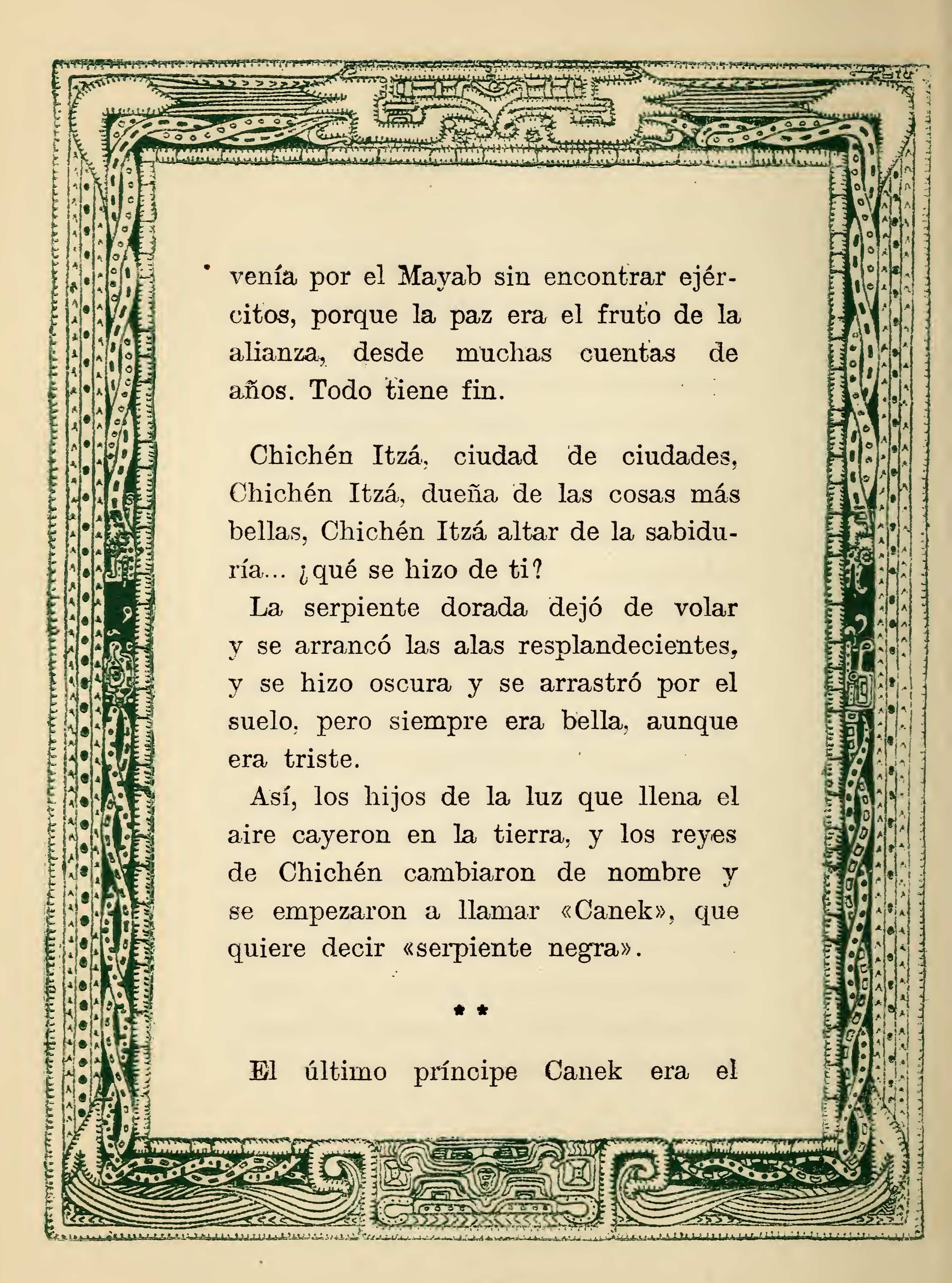
Dicen que la Princesa Sac-Nicté nació en la noche clara en que el «lucero en que brilla la vida», se junta con el sol.

Nació del Rey Hunacel, el fuerte y hermoso en las batallas, y de la mujer bella que se llamaba: la estrella de color de oro.

Y fué, en aquel tiempo de esplendor, la princesa de Mayapán, la fortaleza de los Mayas. Y ella misma fué la bandera y la corona del Mayab, cuando las tres grandes ciudades habían hecho el pacto de estar siempre juntas.

Habían vivido sus dos primeras vidas Uxmal y Chichén Itzá, y la valerosa Mayapán era nueva y orgullosa.

Los tres reyes se guardaban amistad, y de uno a otro lado se iba y se



venía por el Mayab sin encontrar ejércitos, porque la paz era el fruto de la alianza, desde muchas cuentas de años. Todo tiene fin.

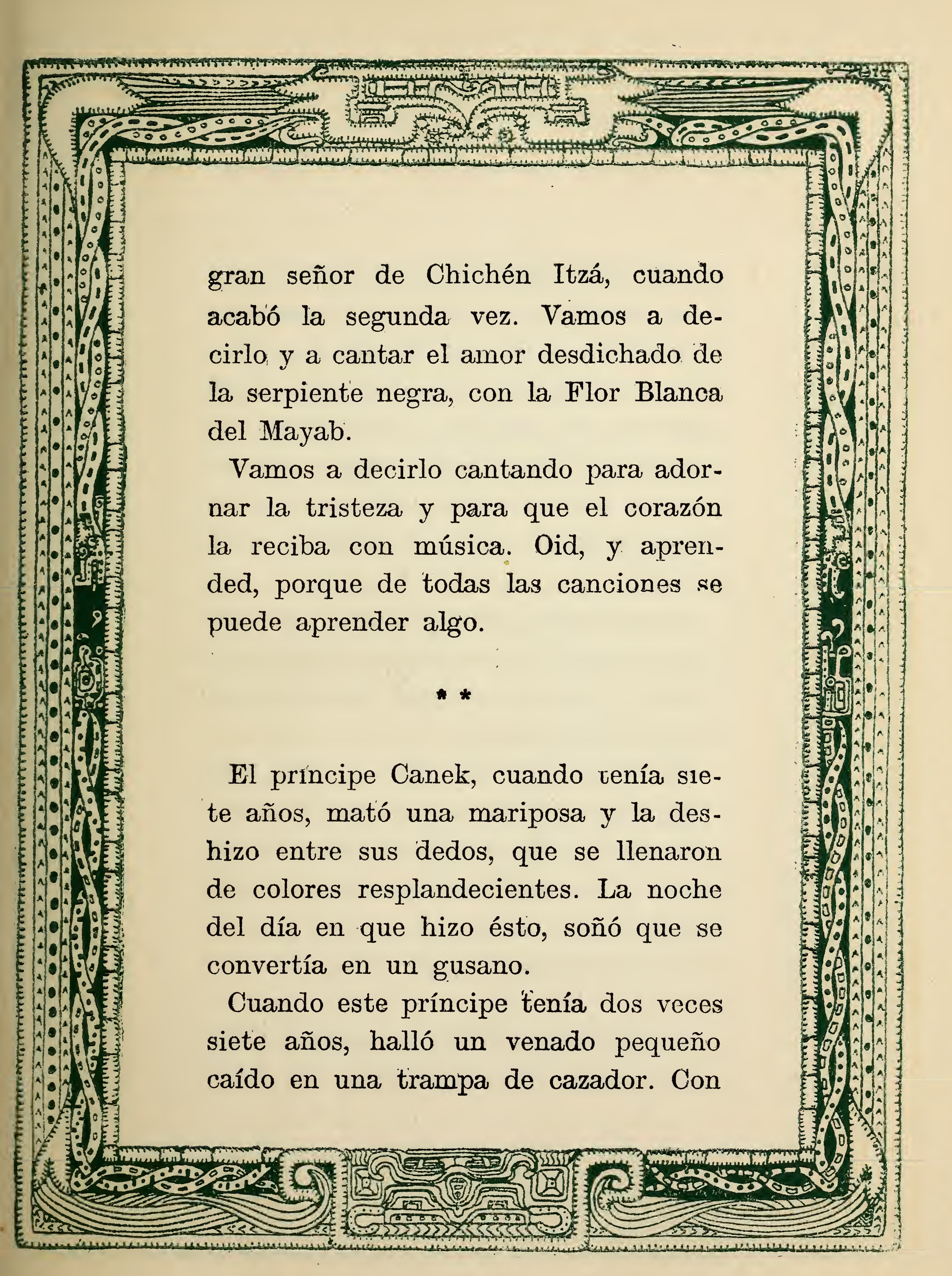
Chichén Itzá, ciudad de ciudades, Chichén Itzá, dueña de las cosas más bellas, Chichén Itzá altar de la sabiduría... ¿qué se hizo de ti?

La serpiente dorada dejó de volar y se arrancó las alas resplandecientes, y se hizo oscura y se arrastró por el suelo, pero siempre era bella, aunque era triste.

Así, los hijos de la luz que llena el aire cayeron en la tierra, y los reyes de Chichén cambiaron de nombre y se empezaron a llamar «Canek», que quiere decir «serpiente negra».

* *

El último príncipe Canek era el



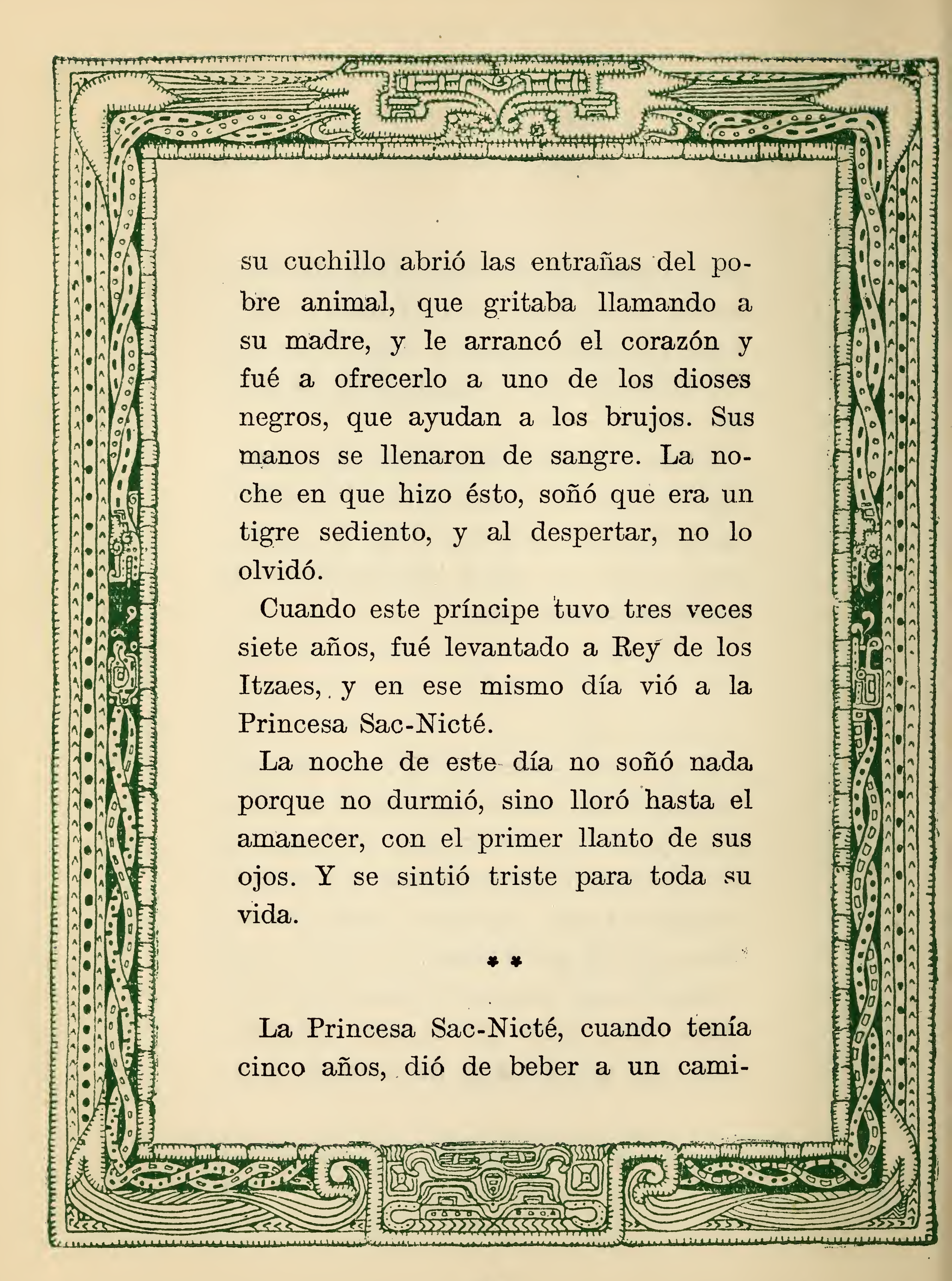
gran señor de Chichén Itzá, cuando acabó la segunda vez. Vamos a decirlo y a cantar el amor desdichado de la serpiente negra, con la Flor Blanca del Mayab.

Vamos a decirlo cantando para adornar la tristeza y para que el corazón la reciba con música. Oid, y aprended, porque de todas las canciones se puede aprender algo.

* *

El príncipe Canek, cuando tenía siete años, mató una mariposa y la deshizo entre sus dedos, que se llenaron de colores resplandecientes. La noche del día en que hizo ésto, soñó que se convertía en un gusano.

Cuando este príncipe tenía dos veces siete años, halló un venado pequeño caído en una trampa de cazador. Con



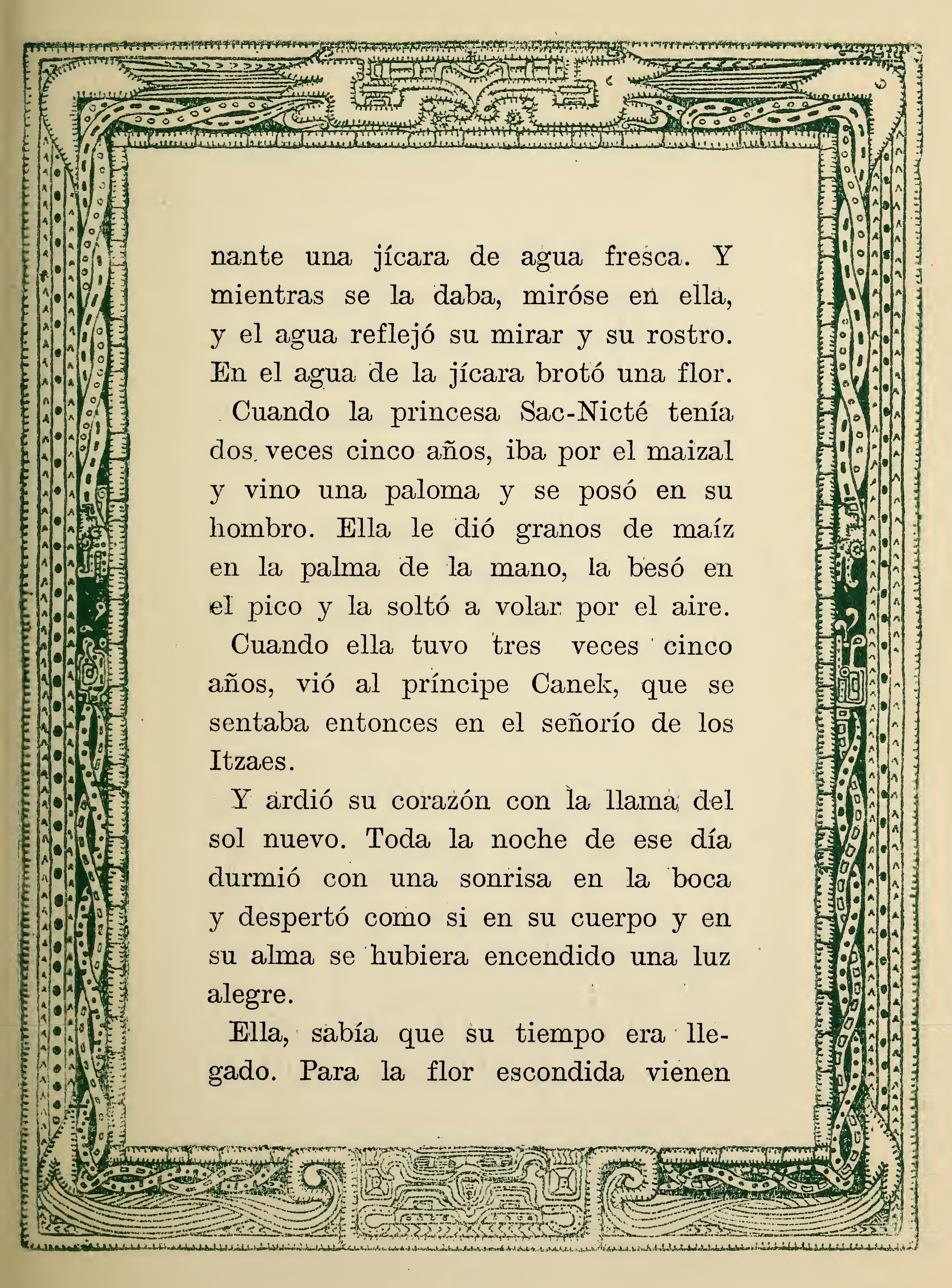
su cuchillo abrió las entrañas del pobre animal, que gritaba llamando a su madre, y le arrancó el corazón y fué a ofrecerlo a uno de los dioses negros, que ayudan a los brujos. Sus manos se llenaron de sangre. La noche en que hizo ésto, soñó que era un tigre sediento, y al despertar, no lo olvidó.

Cuando este príncipe tuvo tres veces siete años, fué levantado a Rey de los Itzaes, y en ese mismo día vió a la Princesa Sac-Nicté.

La noche de este día no soñó nada porque no durmió, sino lloró hasta el amanecer, con el primer llanto de sus ojos. Y se sintió triste para toda su vida.

* *

La Princesa Sac-Nicté, cuando tenía cinco años, dió de beber a un cami-



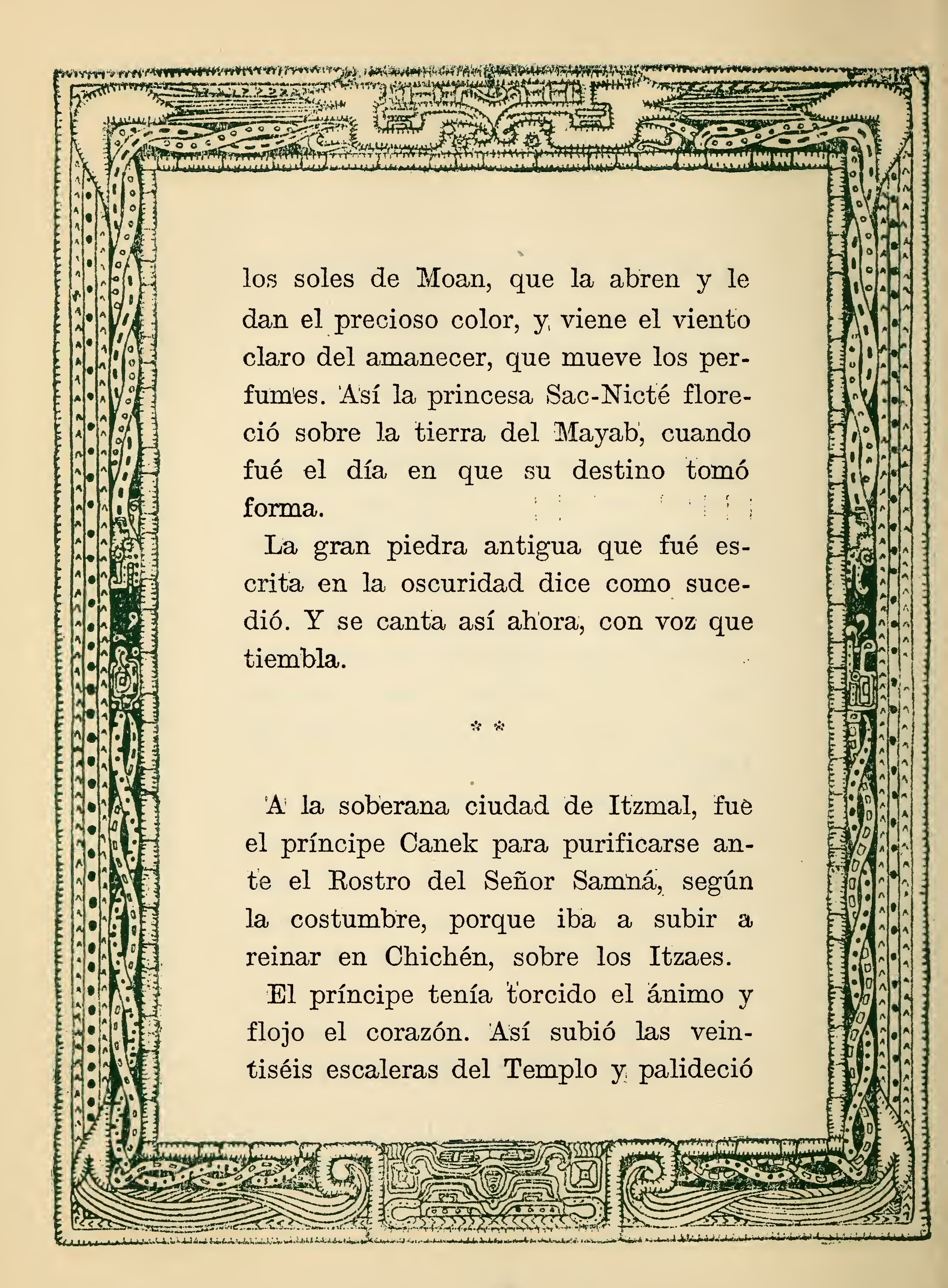
nante una jícara de agua fresca. Y mientras se la daba, miróse en ella, y el agua reflejó su mirar y su rostro. En el agua de la jícara brotó una flor.

Cuando la princesa Sac-Nicté tenía dos veces cinco años, iba por el maizal y vino una paloma y se posó en su hombro. Ella le dió granos de maíz en la palma de la mano, la besó en el pico y la soltó a volar por el aire.

Cuando ella tuvo tres veces cinco años, vió al príncipe Canek, que se sentaba entonces en el señorío de los Itzaes.

Y ardió su corazón con la llama del sol nuevo. Toda la noche de ese día durmió con una sonrisa en la boca y despertó como si en su cuerpo y en su alma se hubiera encendido una luz alegre.

Ella, sabía que su tiempo era llegado. Para la flor escondida vienen



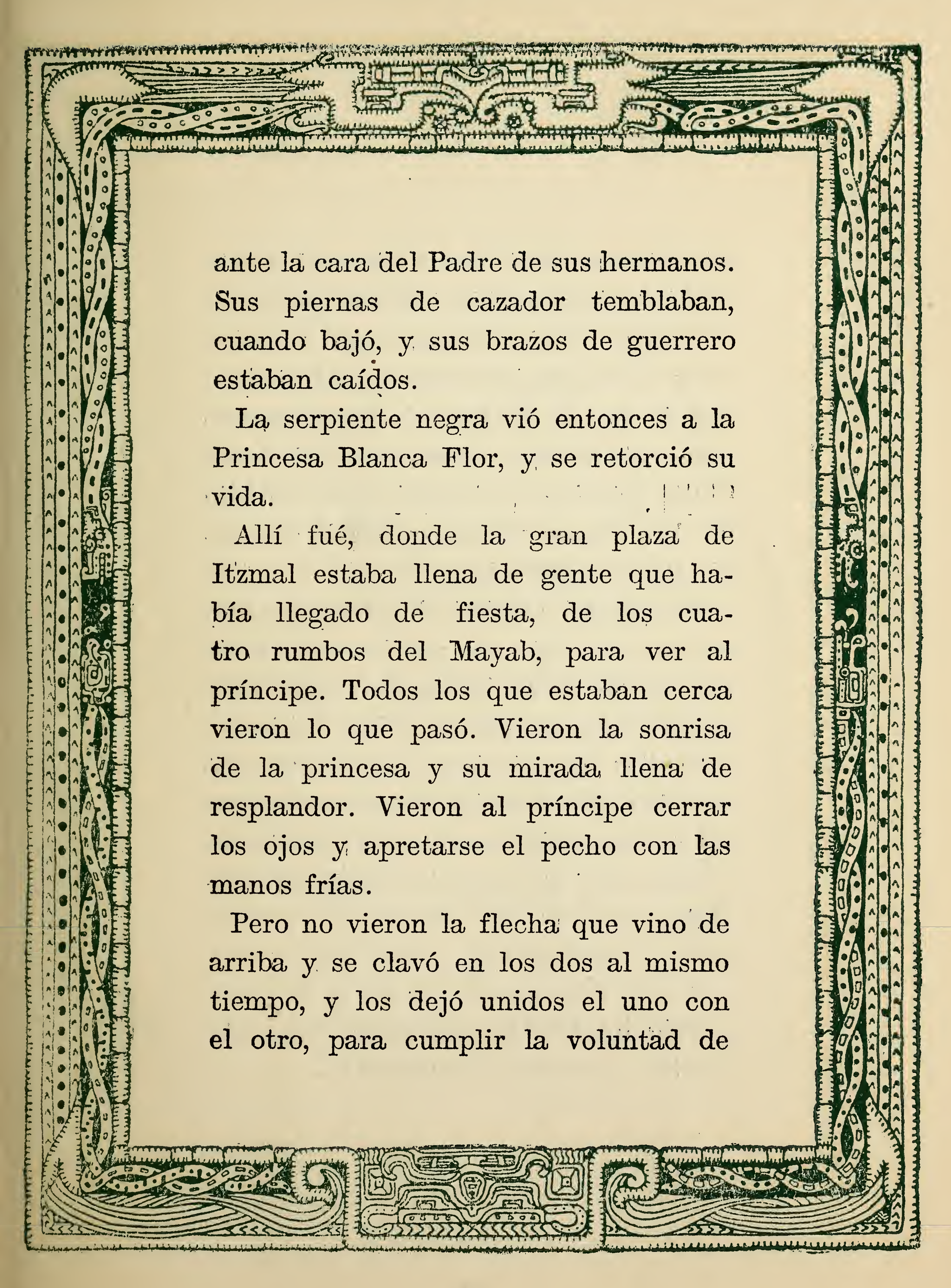
los soles de Moan, que la abren y le dan el precioso color, y viene el viento claro del amanecer, que mueve los perfumes. Así la princesa Sac-Nicté floreció sobre la tierra del Mayab, cuando fué el día en que su destino tomó forma.

La gran piedra antigua que fué escrita en la oscuridad dice como sucedió. Y se canta así ahora, con voz que tiembla.

* *

A la soberana ciudad de Itzmal, fué el príncipe Canek para purificarse ante el Rostro del Señor Samná, según la costumbre, porque iba a subir a reinar en Chichén, sobre los Itzaes.

El príncipe tenía torcido el ánimo y flojo el corazón. Así subió las veintiséis escaleras del Templo y palideció

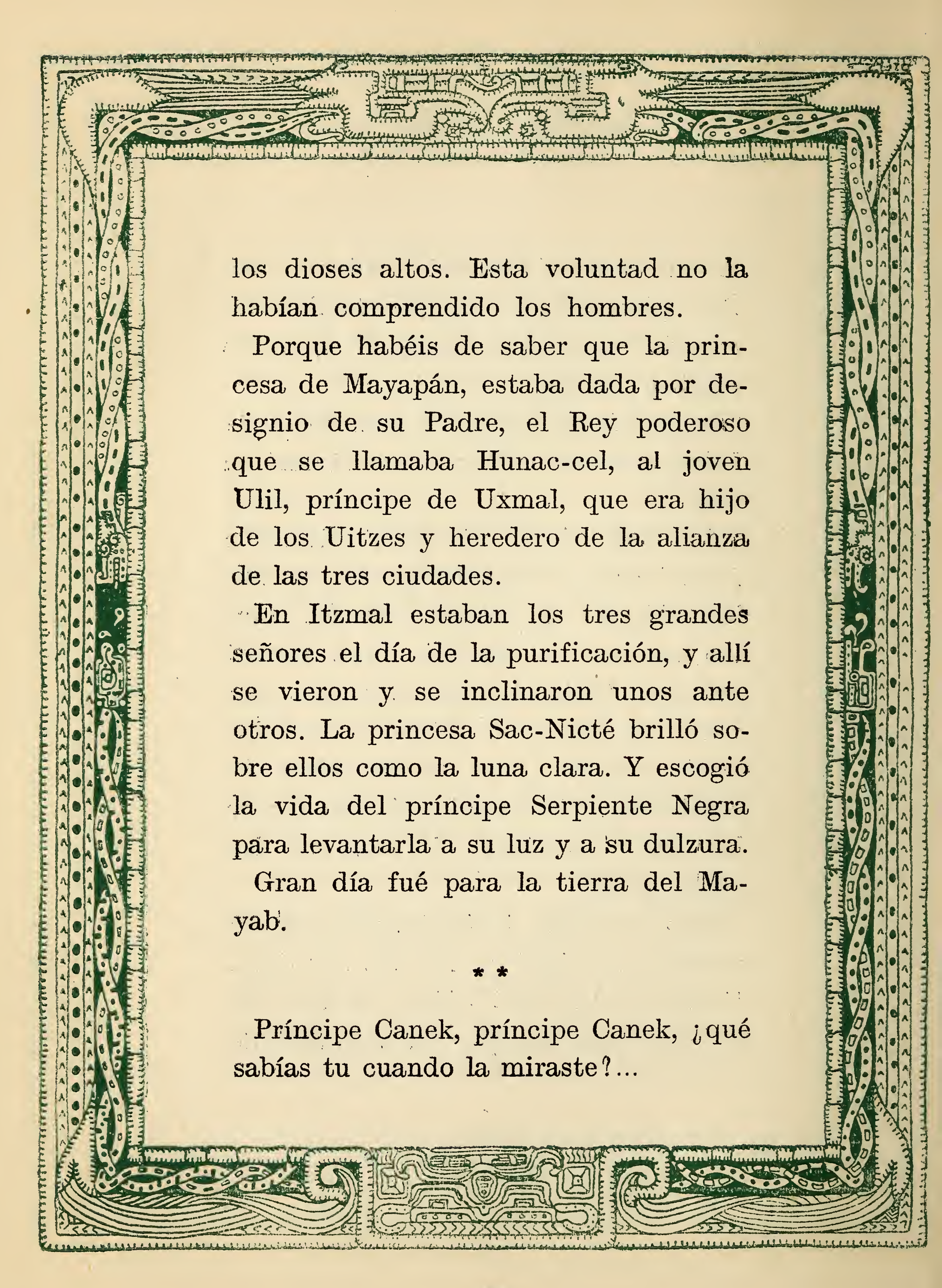


ante la cara del Padre de sus hermanos. Sus piernas de cazador temblaban, cuando bajó, y sus brazos de guerrero estaban caídos.

La serpiente negra vió entonces a la Princesa Blanca Flor, y se retorció su vida.

Allí fué, donde la gran plaza de Itzmal estaba llena de gente que había llegado de fiesta, de los cuatro rumbos del Mayab, para ver al príncipe. Todos los que estaban cerca vieron lo que pasó. Vieron la sonrisa de la princesa y su mirada llena de resplandor. Vieron al príncipe cerrar los ojos y apretarse el pecho con las manos frías.

Pero no vieron la flecha que vino de arriba y se clavó en los dos al mismo tiempo, y los dejó unidos el uno con el otro, para cumplir la voluntad de



los dioses altos. Esta voluntad no la habían comprendido los hombres.

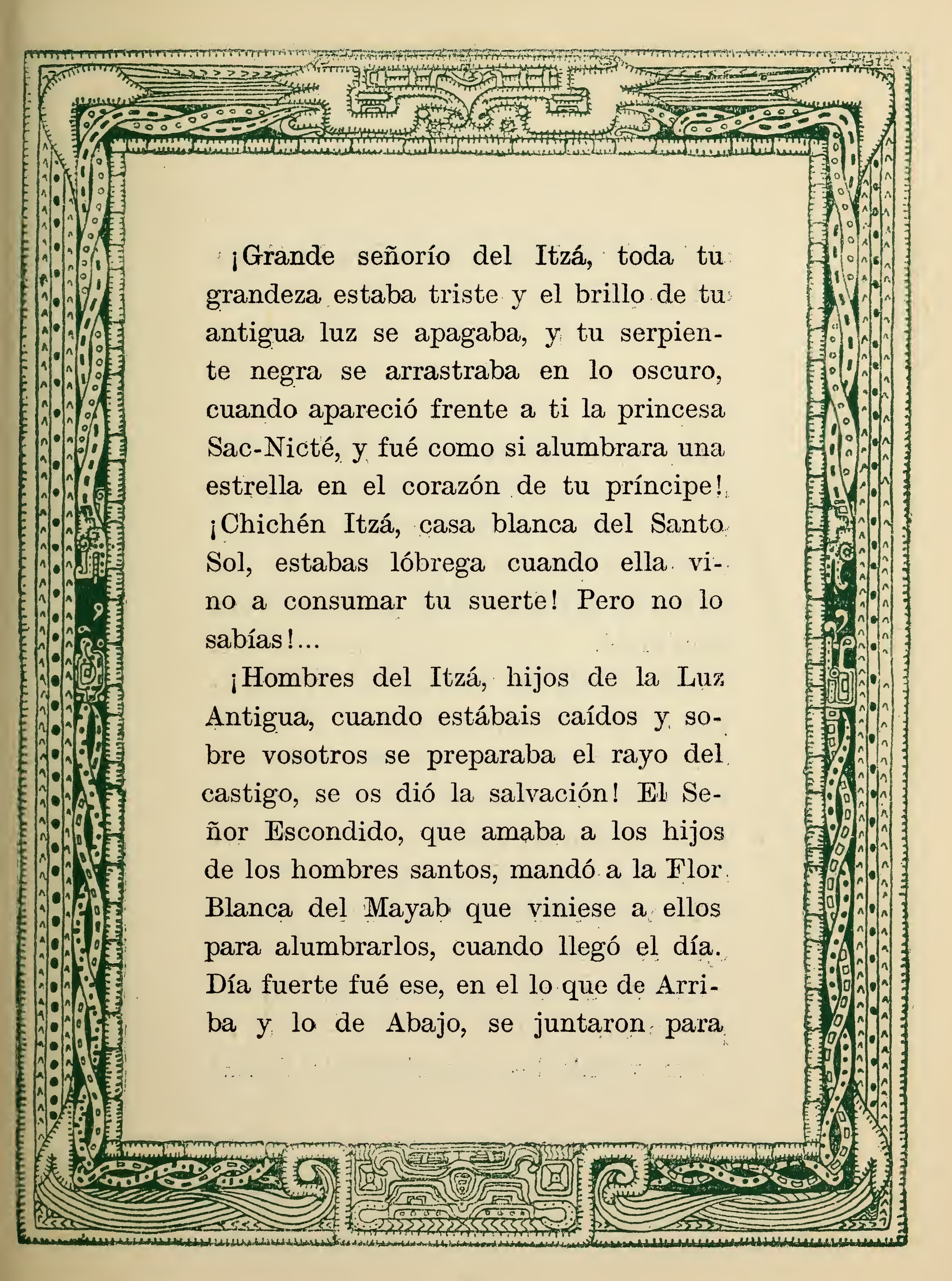
Porque habéis de saber que la princesa de Mayapán, estaba dada por designio de su Padre, el Rey poderoso que se llamaba Hunac-cel, al joven Ulil, príncipe de Uxmal, que era hijo de los Uitzes y heredero de la alianza de las tres ciudades.

En Itzmal estaban los tres grandes señores el día de la purificación, y allí se vieron y se inclinaron unos ante otros. La princesa Sac-Nicté brilló sobre ellos como la luna clara. Y escogió la vida del príncipe Serpiente Negra para levantarla a su luz y a su dulzura.

Gran día fué para la tierra del Mayab.

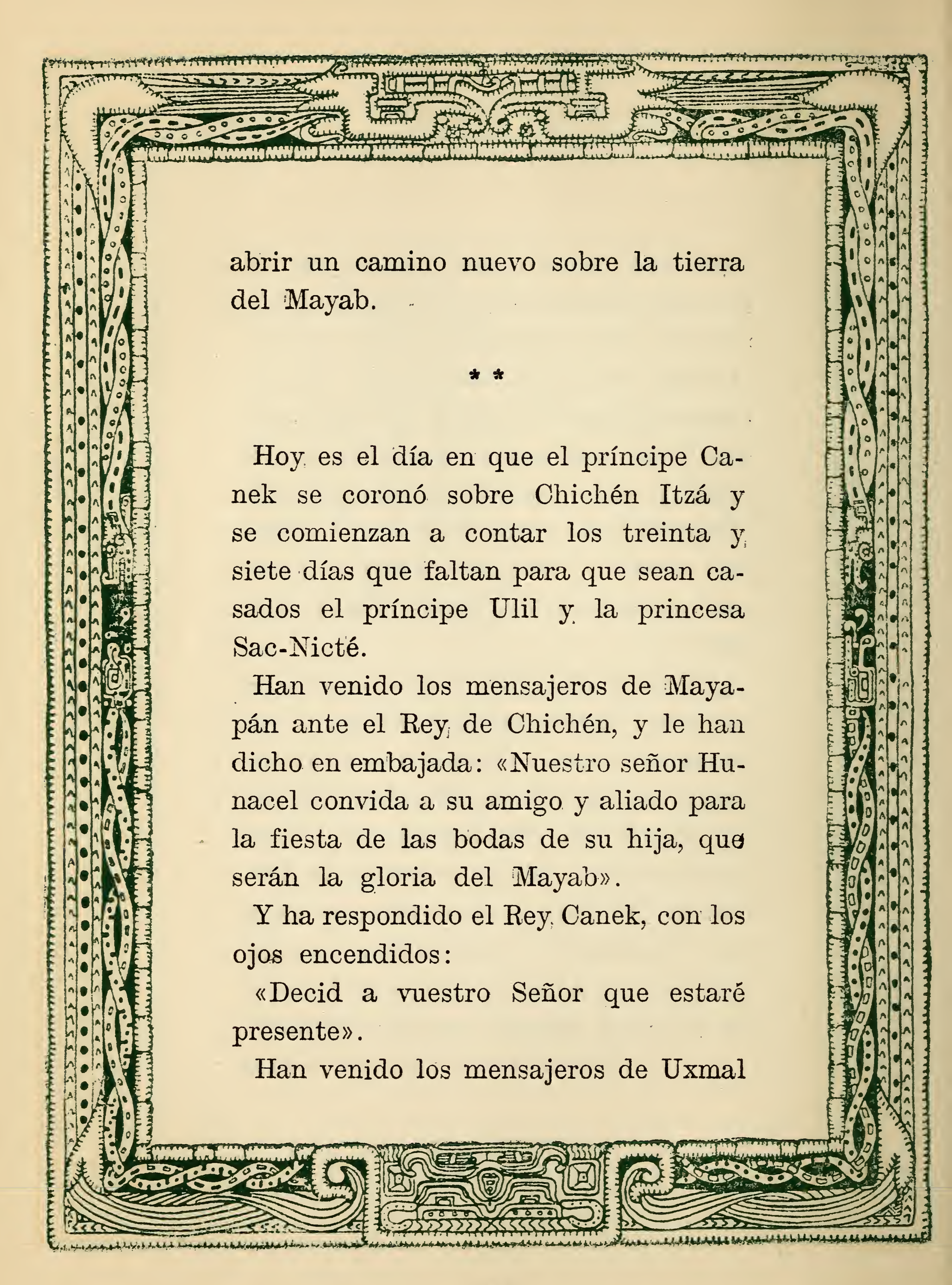
* *

Príncipe Canek, príncipe Canek, ¿qué sabías tu cuando la miraste?...



¡Grande señorío del Itzá, toda tu grandeza estaba triste y el brillo de tu antigua luz se apagaba, y tu serpiente negra se arrastraba en lo oscuro, cuando apareció frente a ti la princesa Sac-Nicté, y fué como si alumbrara una estrella en el corazón de tu príncipe! ¡Chichén Itzá, casa blanca del Santo Sol, estabas lóbrega cuando ella vino a consumar tu suerte! Pero no lo sabías!...

¡Hombres del Itzá, hijos de la Luz Antigua, cuando estábais caídos y sobre vosotros se preparaba el rayo del castigo, se os dió la salvación! El Señor Escondido, que amaba a los hijos de los hombres santos, mandó a la Flor Blanca del Mayab que viniese a ellos para alumbrarlos, cuando llegó el día. Día fuerte fué ese, en el lo que de Arriba y lo de Abajo, se juntaron para



abrir un camino nuevo sobre la tierra del Mayab.

* *

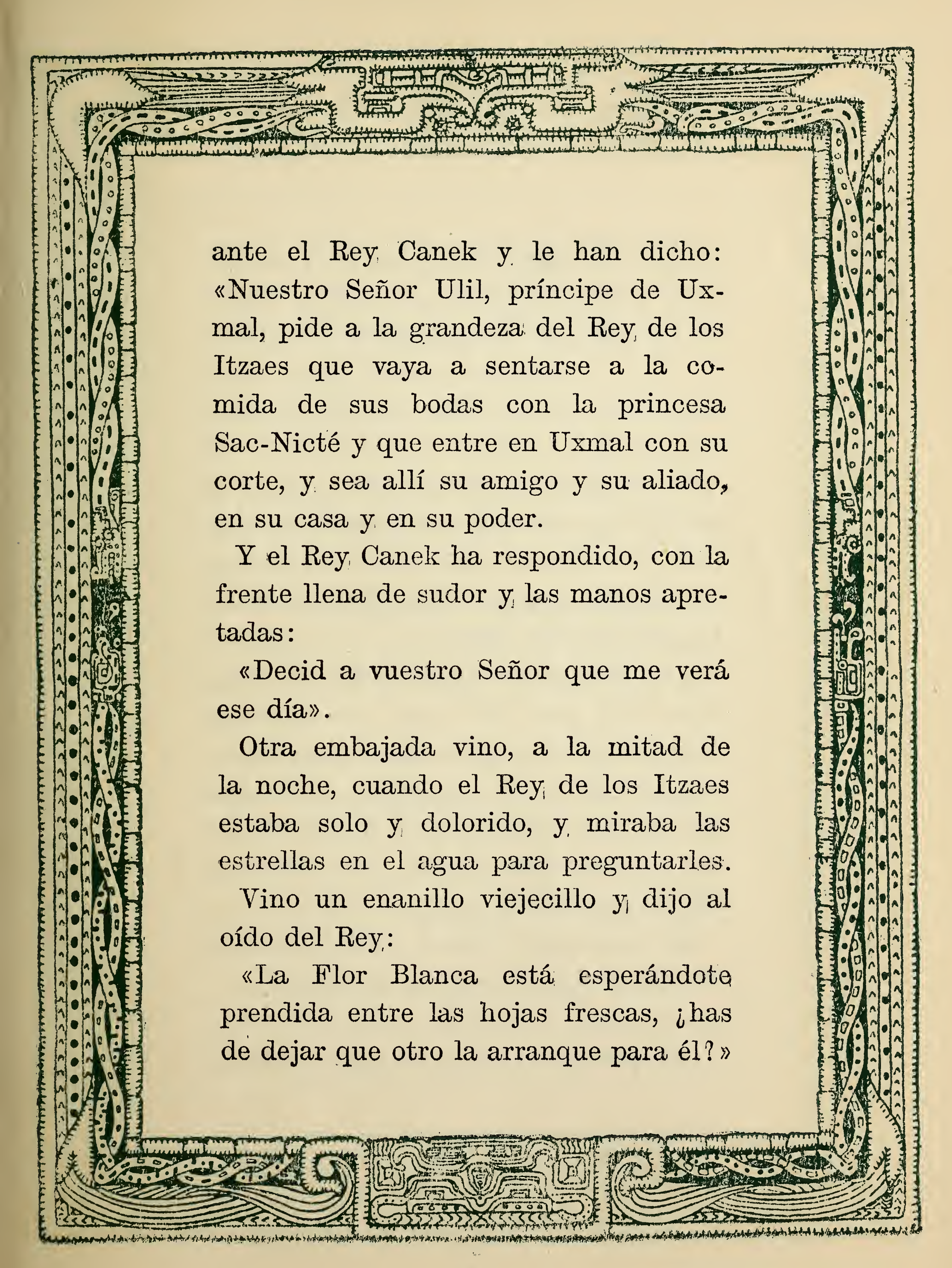
Hoy es el día en que el príncipe Canek se coronó sobre Chichén Itzá y se comienzan a contar los treinta y siete días que faltan para que sean casados el príncipe Ulil y la princesa Sac-Nicté.

Han venido los mensajeros de Mayapán ante el Rey de Chichén, y le han dicho en embajada: «Nuestro señor Hunacel convida a su amigo y aliado para la fiesta de las bodas de su hija, que serán la gloria del Mayab».

Y ha respondido el Rey Canek, con los ojos encendidos:

«Decid a vuestro Señor que estaré presente».

Han venido los mensajeros de Uxmal



ante el Rey Canek y le han dicho: «Nuestro Señor Ulil, príncipe de Uxmal, pide a la grandeza del Rey de los Itzaes que vaya a sentarse a la comida de sus bodas con la princesa Sac-Nicté y que entre en Uxmal con su corte, y sea allí su amigo y su aliado, en su casa y en su poder.

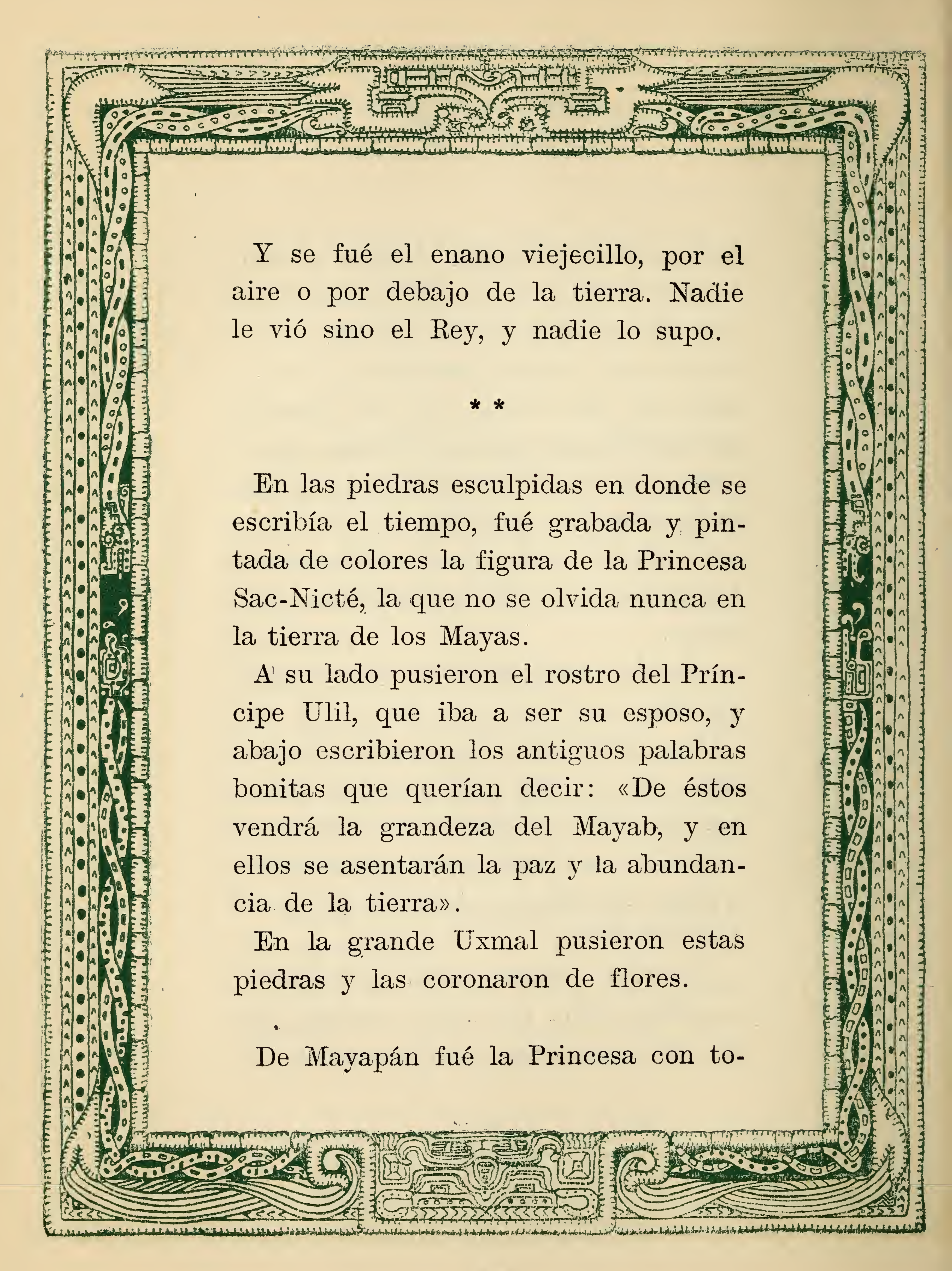
Y el Rey Canek ha respondido, con la frente llena de sudor y las manos apretadas:

«Decid a vuestro Señor que me verá ese día».

Otra embajada vino, a la mitad de la noche, cuando el Rey de los Itzaes estaba solo y dolorido, y miraba las estrellas en el agua para preguntarles.

Vino un enanillo viejecillo y dijo al oído del Rey:

«La Flor Blanca está esperándote prendida entre las hojas frescas, ¿has de dejar que otro la arranque para él?»



Y se fué el enano viejecillo, por el aire o por debajo de la tierra. Nadie le vió sino el Rey, y nadie lo supo.

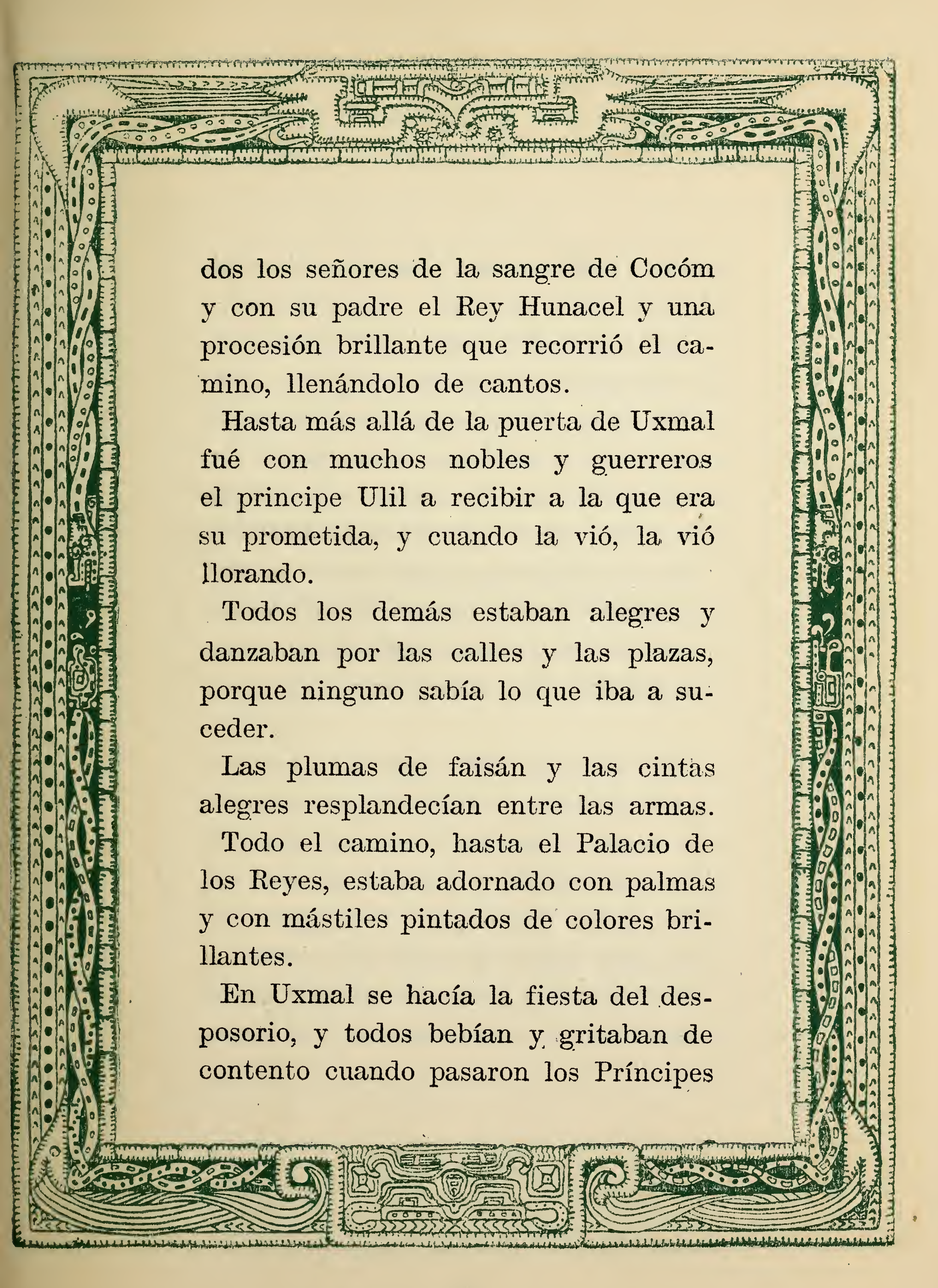
* *

En las piedras esculpidas en donde se escribía el tiempo, fué grabada y pintada de colores la figura de la Princesa Sac-Nicté, la que no se olvida nunca en la tierra de los Mayas.

A su lado pusieron el rostro del Príncipe Ulil, que iba a ser su esposo, y abajo escribieron los antiguos palabras bonitas que querían decir: «De éstos vendrá la grandeza del Mayab, y en ellos se asentarán la paz y la abundancia de la tierra».

En la grande Uxmal pusieron estas piedras y las coronaron de flores.

De Mayapán fué la Princesa con to-



dos los señores de la sangre de Cocóm y con su padre el Rey Hunacel y una procesión brillante que recorrió el camino, llenándolo de cantos.

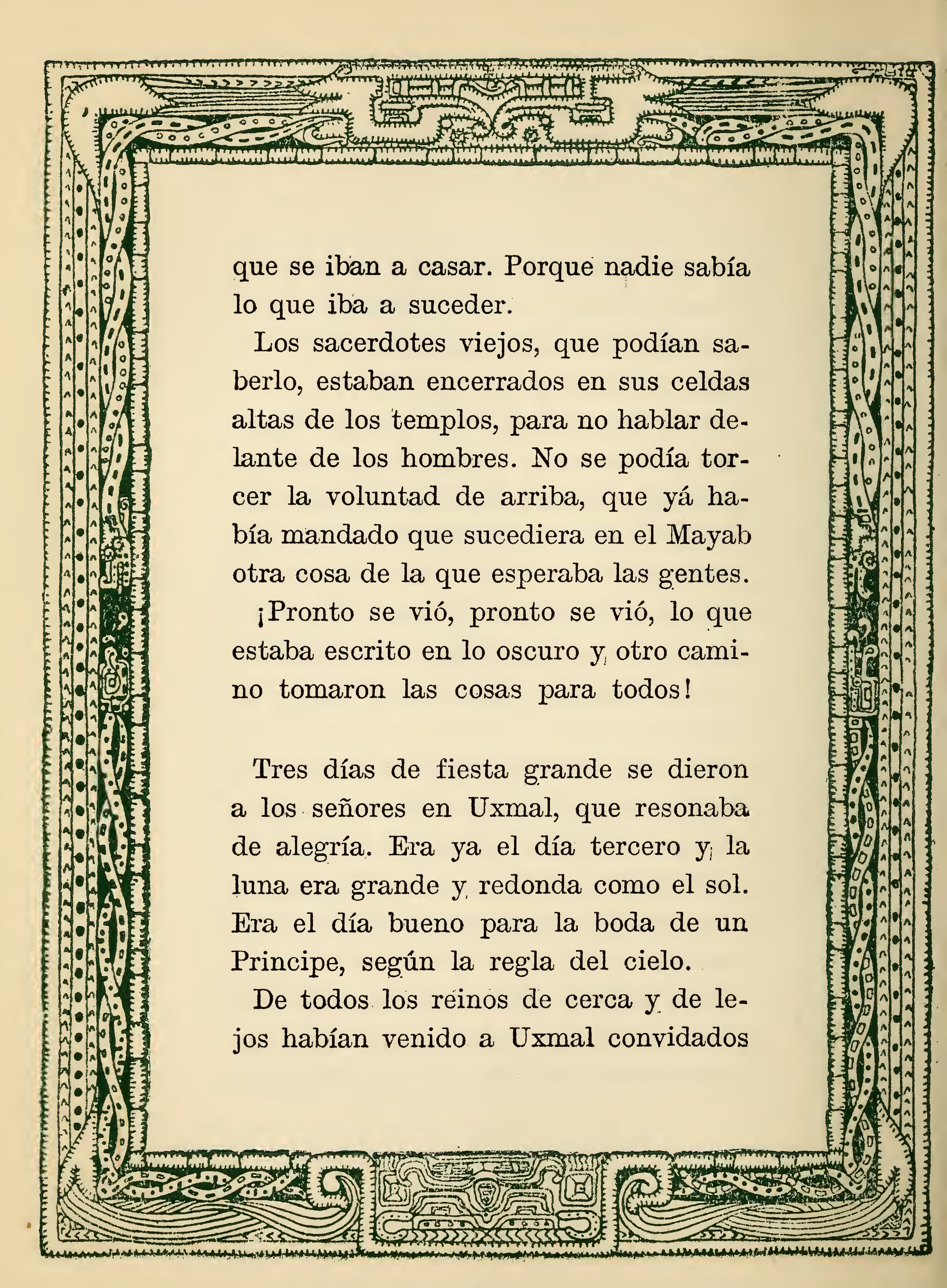
Hasta más allá de la puerta de Uxmal fué con muchos nobles y guerreros el principe Ulil a recibir a la que era su prometida, y cuando la vió, la vió llorando.

Todos los demás estaban alegres y danzaban por las calles y las plazas, porque ninguno sabía lo que iba a suceder.

Las plumas de faisán y las cintas alegres resplandecían entre las armas.

Todo el camino, hasta el Palacio de los Reyes, estaba adornado con palmas y con mástiles pintados de colores brillantes.

En Uxmal se hacía la fiesta del desposorio, y todos bebían y gritaban de contento cuando pasaron los Príncipes



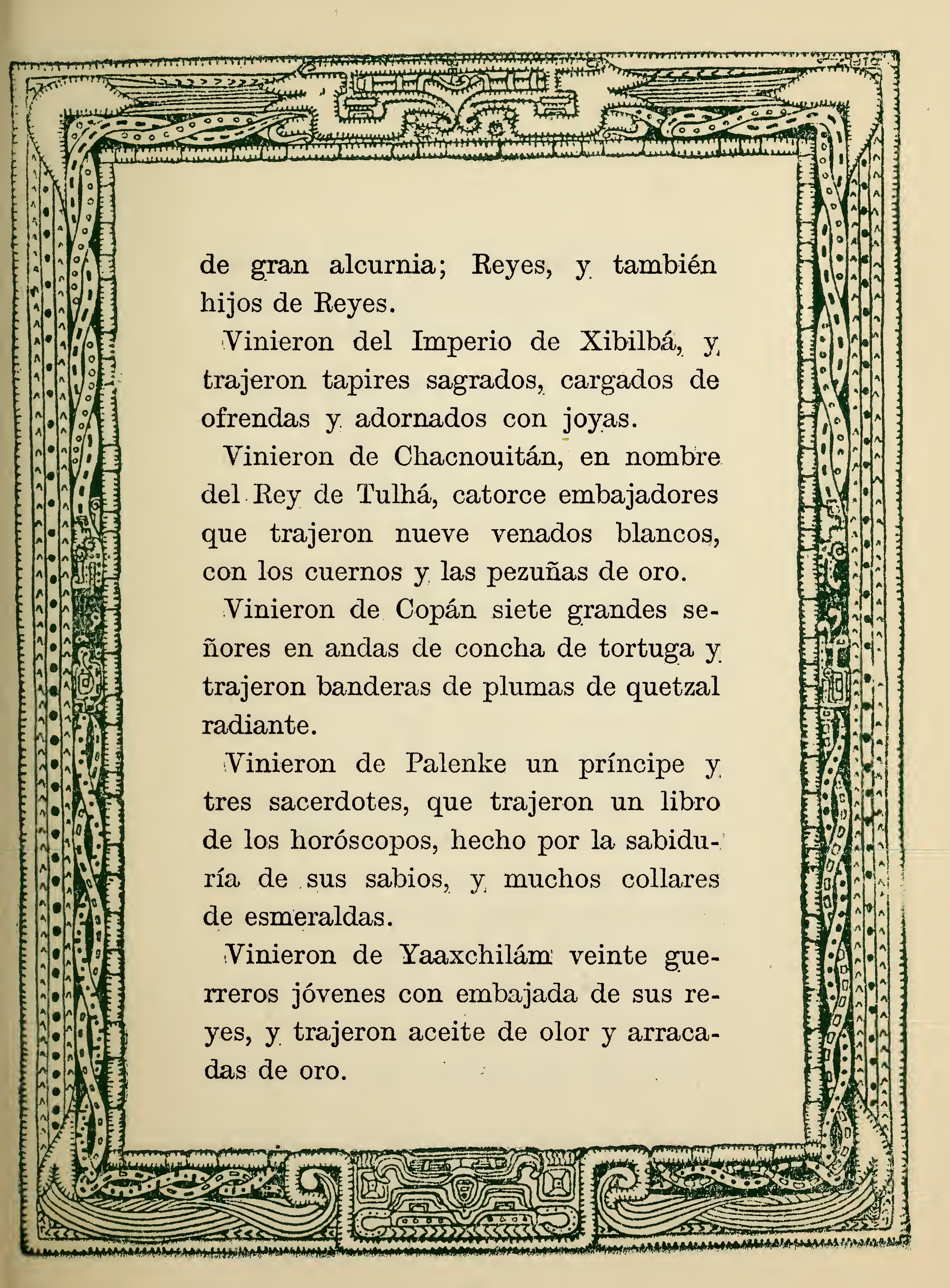
que se iban a casar. Porque nadie sabía lo que iba a suceder.

Los sacerdotes viejos, que podían saberlo, estaban encerrados en sus celdas altas de los templos, para no hablar delante de los hombres. No se podía torcer la voluntad de arriba, que yá había mandado que sucediera en el Mayab otra cosa de la que esperaba las gentes.

¡Pronto se vió, pronto se vió, lo que estaba escrito en lo oscuro y otro camino tomaron las cosas para todos!

Tres días de fiesta grande se dieron a los señores en Uxmal, que resonaba de alegría. Era ya el día tercero y la luna era grande y redonda como el sol. Era el día bueno para la boda de un Principe, según la regla del cielo.

De todos los reinos de cerca y de lejos habían venido a Uxmal convidados



de gran alcurnia; Reyes, y también hijos de Reyes.

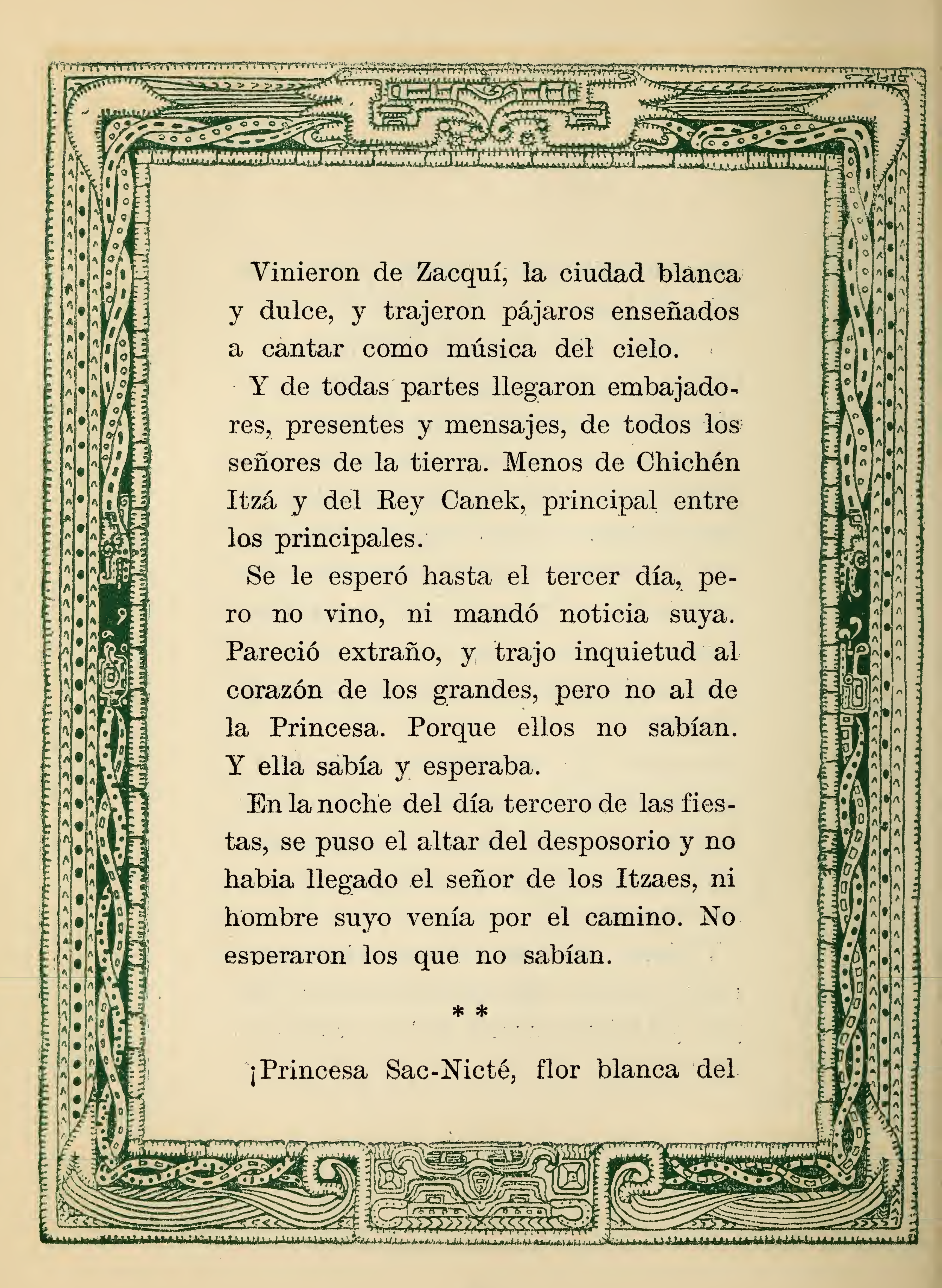
Vinieron del Imperio de Xibilbá, y trajeron tapires sagrados, cargados de ofrendas y adornados con joyas.

Vinieron de Chacnouitán, en nombre del Rey de Tulhá, catorce embajadores que trajeron nueve venados blancos, con los cuernos y las pezuñas de oro.

Vinieron de Copán siete grandes señores en andas de concha de tortuga y trajeron banderas de plumas de quetzal radiante.

Vinieron de Palenke un príncipe y tres sacerdotes, que trajeron un libro de los horóscopos, hecho por la sabiduría de sus sabios, y muchos collares de esmeraldas.

Vinieron de Yaaxchilám veinte guerreros jóvenes con embajada de sus reyes, y trajeron aceite de olor y arracadas de oro.



Vinieron de Zacquí, la ciudad blanca y dulce, y trajeron pájaros enseñados a cantar como música del cielo.

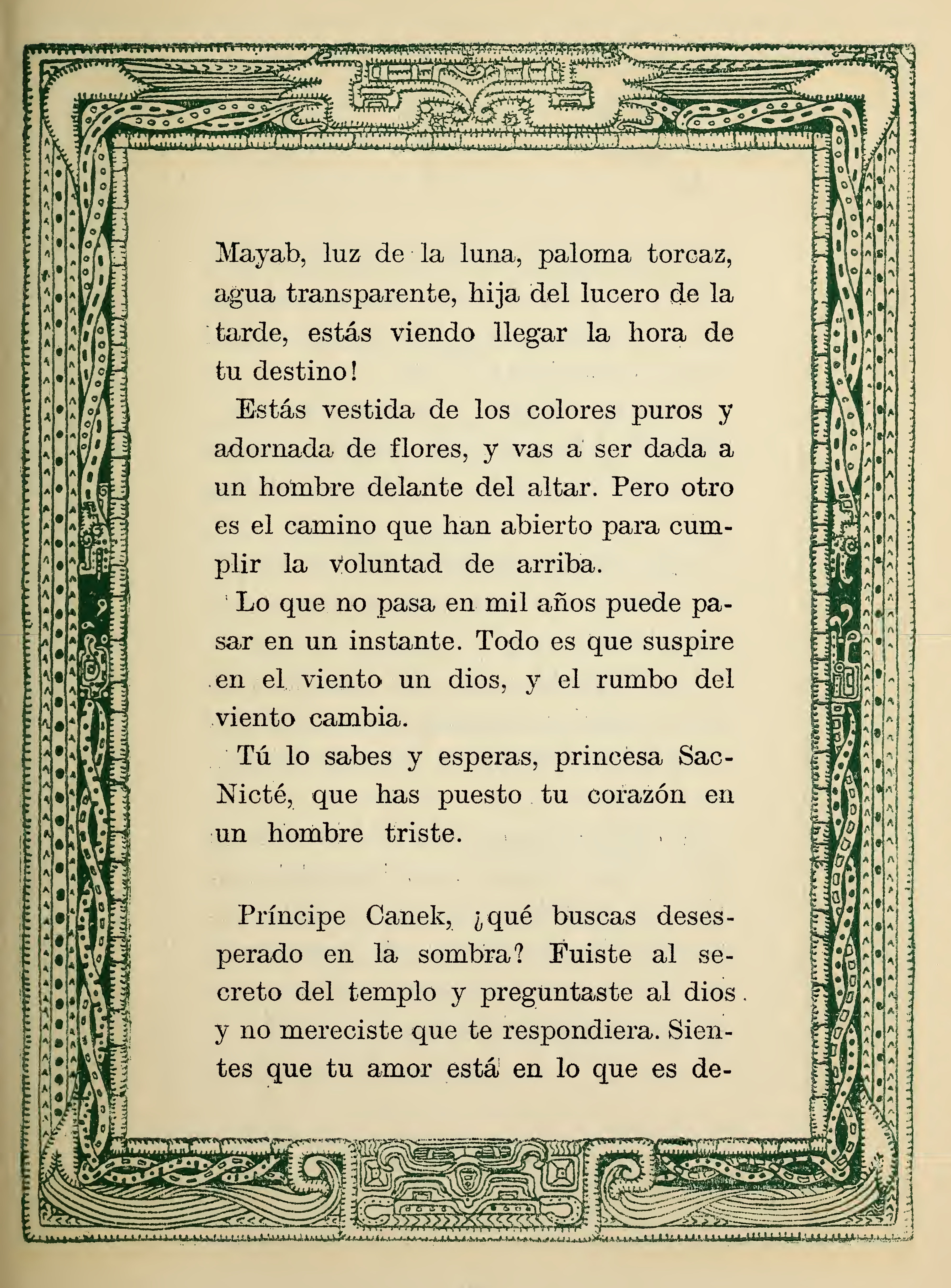
Y de todas partes llegaron embajadores, presentes y mensajes, de todos los señores de la tierra. Menos de Chichén Itzá y del Rey Canek, principal entre los principales.

Se le esperó hasta el tercer día, pero no vino, ni mandó noticia suya. Pareció extraño, y trajo inquietud al corazón de los grandes, pero no al de la Princesa. Porque ellos no sabían. Y ella sabía y esperaba.

En la noche del día tercero de las fiestas, se puso el altar del desposorio y no habia llegado el señor de los Itzaes, ni hombre suyo venía por el camino. No esperaron los que no sabían.

* *

¡Princesa Sac-Nicté, flor blanca del



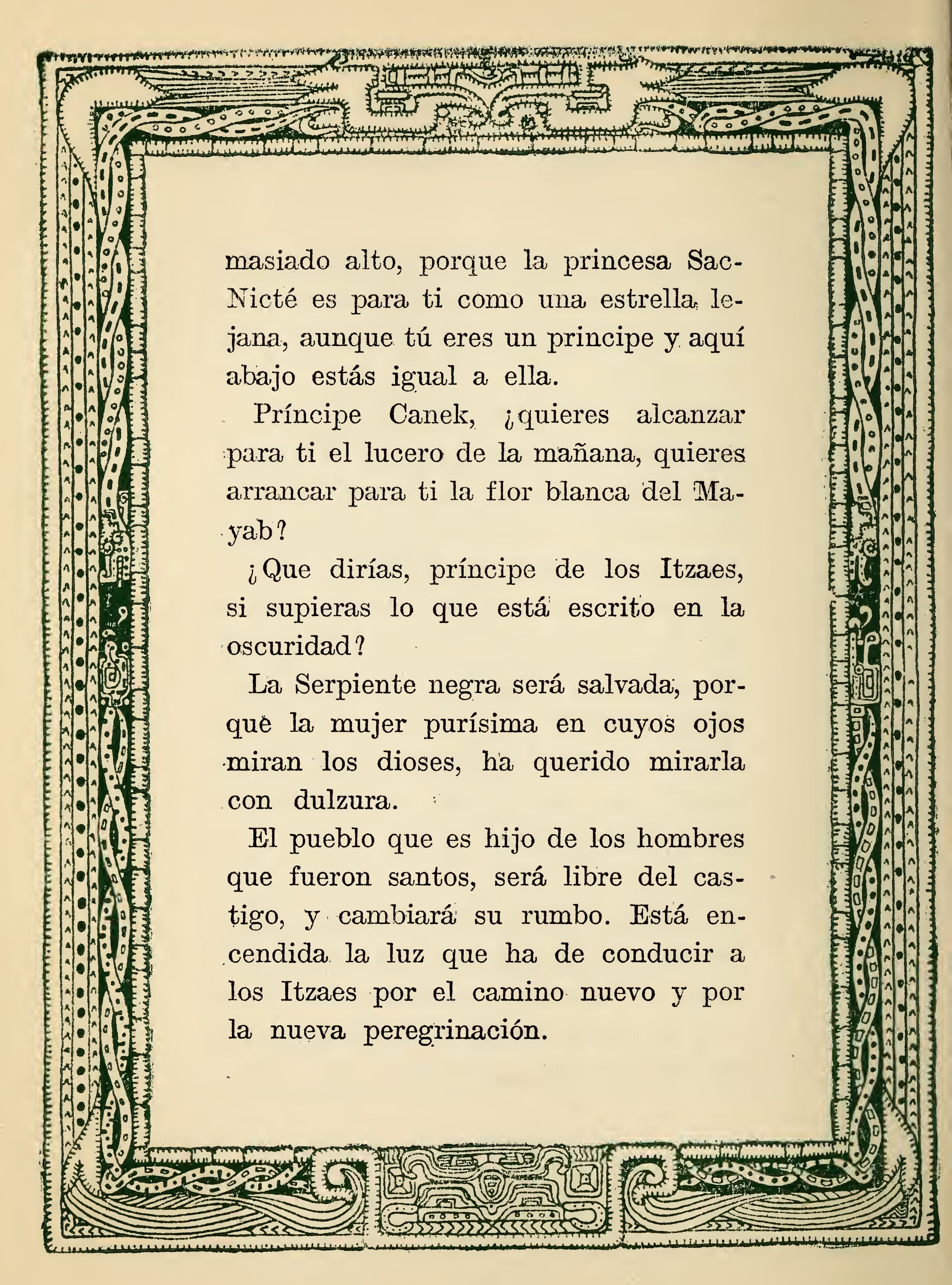
Mayab, luz de la luna, paloma torcaz, agua transparente, hija del lucero de la tarde, estás viendo llegar la hora de tu destino!

Estás vestida de los colores puros y adornada de flores, y vas a ser dada a un hombre delante del altar. Pero otro es el camino que han abierto para cumplir la voluntad de arriba.

Lo que no pasa en mil años puede pasar en un instante. Todo es que suspire en el viento un dios, y el rumbo del viento cambia.

Tú lo sabes y esperas, princesa Sac-Nicté, que has puesto tu corazón en un hombre triste.

Príncipe Canek, ¿qué buscas desesperado en la sombra? Fuiste al secreto del templo y preguntaste al dios y no mereciste que te respondiera. Sientes que tu amor está en lo que es de-



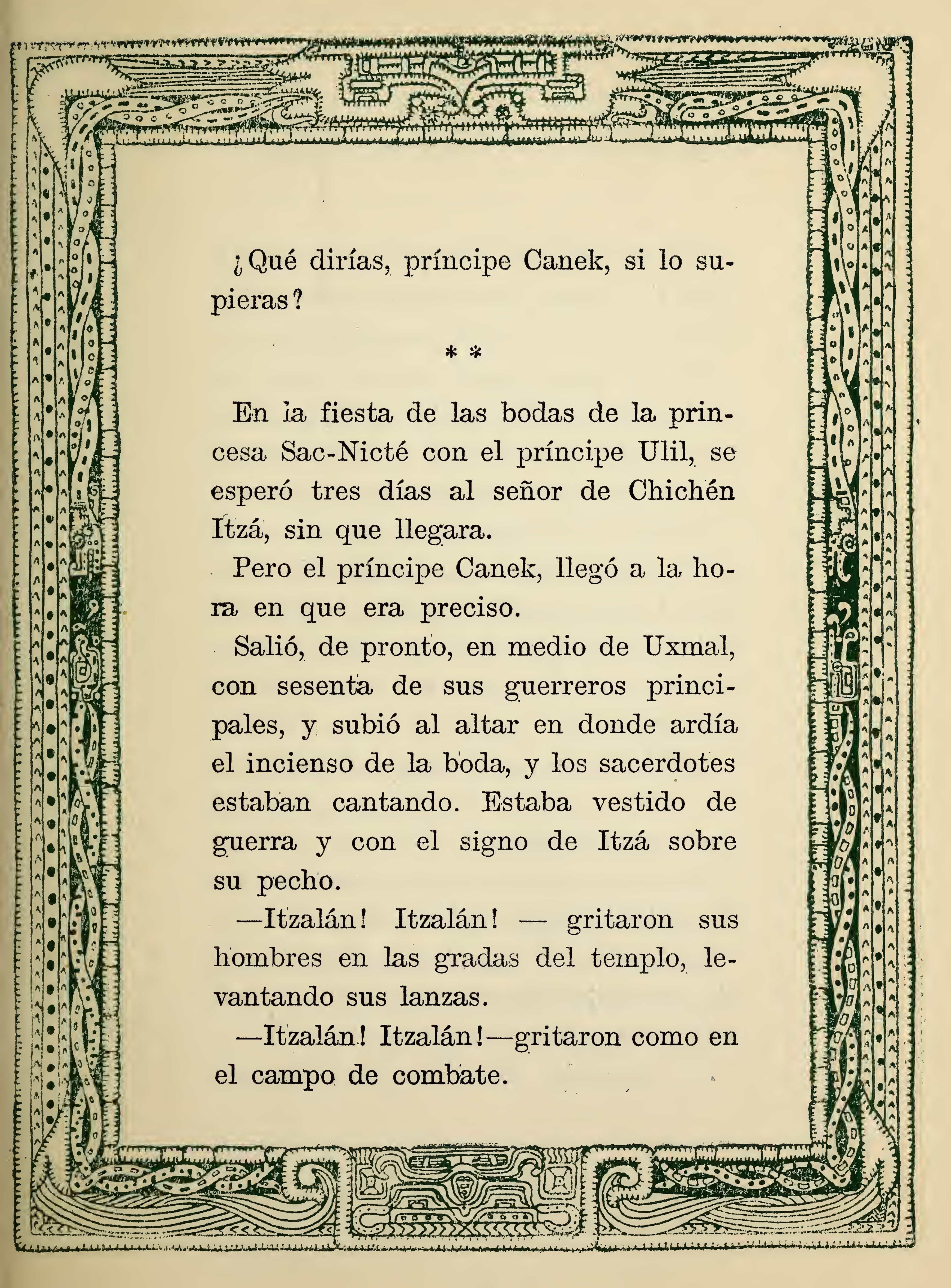
masiado alto, porque la princesa Sac-Nicté es para ti como una estrella lejana, aunque tú eres un principe y aquí abajo estás igual a ella.

Príncipe Canek, ¿quieres alcanzar para ti el lucero de la mañana, quieres arrancar para ti la flor blanca del Mayab?

¿Que dirías, príncipe de los Itzaes, si supieras lo que está escrito en la oscuridad?

La Serpiente negra será salvada, porque la mujer purísima en cuyos ojos miran los dioses, ha querido mirarla con dulzura.

El pueblo que es hijo de los hombres que fueron santos, será libre del castigo, y cambiará su rumbo. Está encendida la luz que ha de conducir a los Itzaes por el camino nuevo y por la nueva peregrinación.



¿Qué dirías, príncipe Canek, si lo supieras?

* *

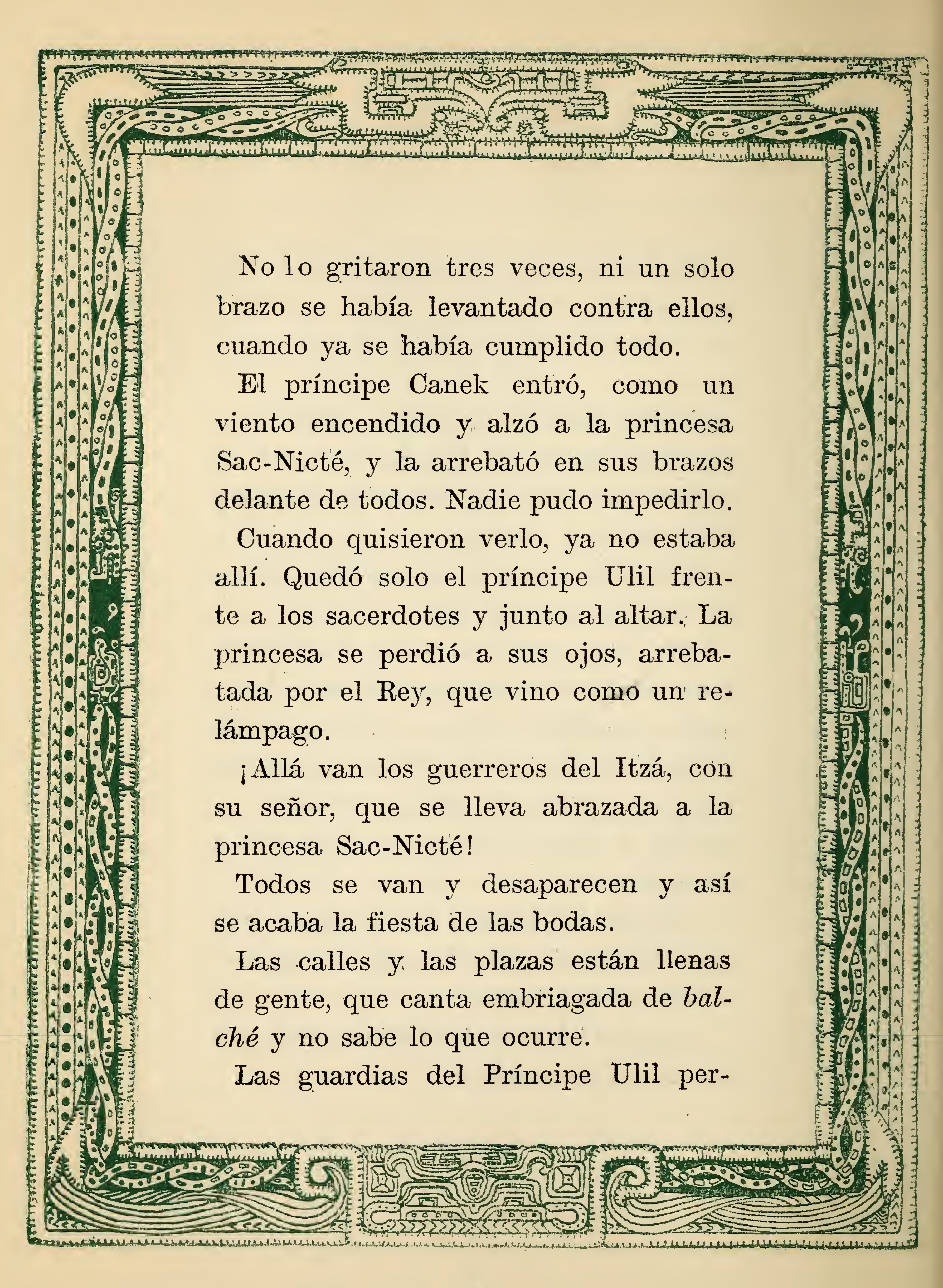
En la fiesta de las bodas de la princesa Sac-Nicté con el príncipe Ulil, se esperó tres días al señor de Chichén Itzá, sin que llegara.

Pero el príncipe Canek, llegó a la hora en que era preciso.

Salió, de pronto, en medio de Uxmal, con sesenta de sus guerreros principales, y subió al altar en donde ardía el incienso de la boda, y los sacerdotes estaban cantando. Estaba vestido de guerra y con el signo de Itzá sobre su pecho.

—Itzalán! Itzalán! — gritaron sus hombres en las gradas del templo, levantando sus lanzas.

—Itzalán! Itzalán!—gritaron como en el campo de combate.



No lo gritaron tres veces, ni un solo brazo se había levantado contra ellos, cuando ya se había cumplido todo.

El príncipe Canek entró, como un viento encendido y alzó a la princesa Sac-Nicté, y la arrebató en sus brazos delante de todos. Nadie pudo impedirlo.

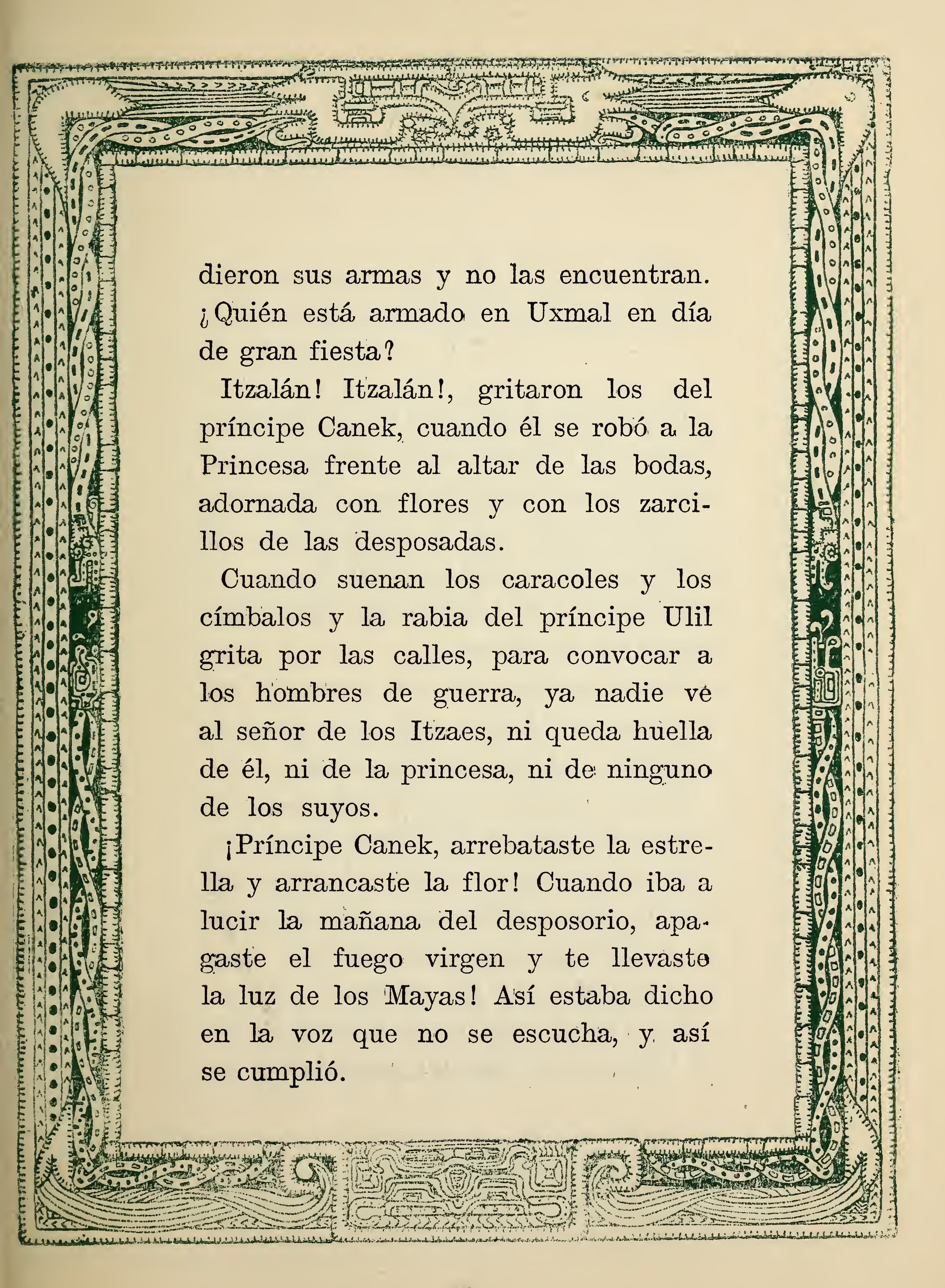
Cuando quisieron verlo, ya no estaba allí. Quedó solo el príncipe Ulil frente a los sacerdotes y junto al altar. La princesa se perdió a sus ojos, arrebatada por el Rey, que vino como un relámpago.

¡Allá van los guerreros del Itzá, con su señor, que se lleva abrazada a la princesa Sac-Nicté!

Todos se van y desaparecen y así se acaba la fiesta de las bodas.

Las calles y las plazas están llenas de gente, que canta embriagada de *balché* y no sabe lo que ocurre.

Las guardias del Príncipe Ulil per-



dieron sus armas y no las encuentran. ¿Quién está armado en Uxmal en día de gran fiesta?

Itzalán! Itzalán!, gritaron los del príncipe Canek, cuando él se robó a la Princesa frente al altar de las bodas, adornada con flores y con los zarcillos de las desposadas.

Cuando suenan los caracoles y los címbalos y la rabia del príncipe Ulil grita por las calles, para convocar a los hombres de guerra, ya nadie vé al señor de los Itzaes, ni queda huella de él, ni de la princesa, ni de ninguno de los suyos.

¡Príncipe Canek, arrebataste la estrella y arrancaste la flor! Cuando iba a lucir la mañana del desposorio, apagaste el fuego virgen y te llevaste la luz de los Mayas! Así estaba dicho en la voz que no se escucha, y así se cumplió.

* *

Había ido el príncipe Canek desde su ciudad de Chichén hasta la grande Uxmal sin que nadie lo viera. Fué por el camino oculto que hay por debajo del suelo, de un templo a otro templo, de un lugar a otro lugar, en esta tierra santa de los Mayas.

Estos caminos se vén ahora de vez en cuando. Antes solo los conocían aquellos que los debían conocer.

Por el camino ancho y fresco que vá desde Chichén de los itzaes hasta Uxmal, horadado en la piedra de abajo del suelo, fué el príncipe Canek a buscar a la princesa que tenía que ser suya por mandato de los dioses.

Así vió el rostro del príncipe Ulil, el tiempo que dura un parpadeo, y ro-

bó la tortola dulcísima, cuando ya la iban a poner en el nido que no le estaba destinado.

No cayó ni una gota de sangre, pero la fiesta de estas bodas acabó tristemente para el Príncipe Ulil y para el Rey de Mayapán, Hunacel el muy grande. Porque ninguno de ellos conocía la voluntad de arriba. Así debía ser!

* *

¡Ah, la venganza que va a caer sobre Chichén, que está débil y cansada del suave dormir, de los juegos alegres, y de los besos ardientes! Hay una hora para los Itzaes y yá llegó. Ya se llenó la medida de un tiempo.

Se aguzan las armas otra vez en el Mayab y se levantan los estandartes de la guerra. Se juntan Uxmal y Mayapán contra el Itzá!

En los caminos hay polvo de pisadas y en los aires hay gritos. Sobre la casa de los guerreros suena día y noche el címbalo ronco y truena el caracol.

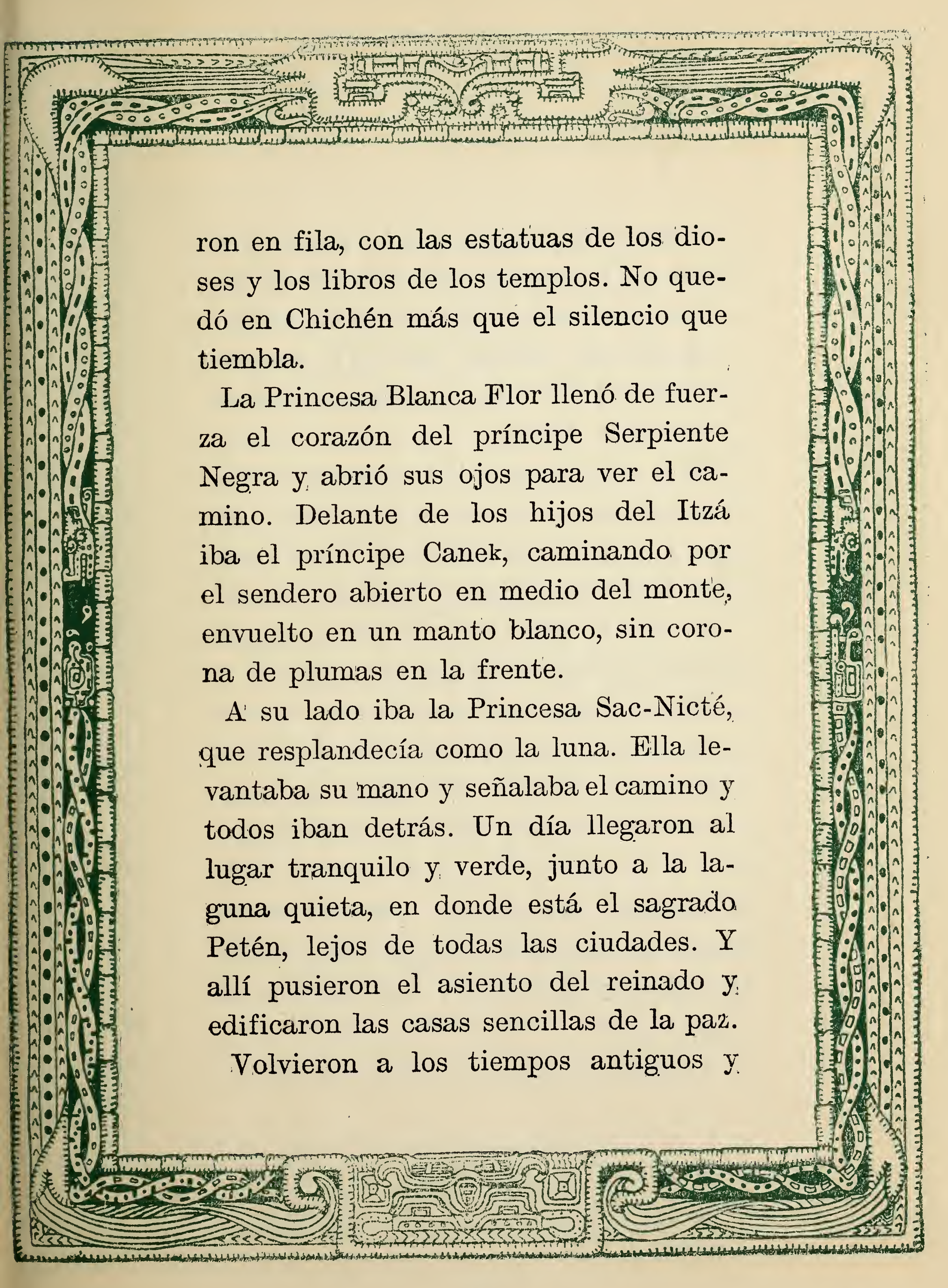
¿Qué va a ser de ti, ciudad de Chichén, dormida en el sueño de tu Príncipe?

Castigada has de ser; pero tienes la Flor Blanca, que es la luz y la gloria del Mayab, y tu castigo será tu salvación.

* *

He aquí cómo los Itzaes dejaron sus casas y sus templos de Chichén, la segunda vez en su tiempo, y abandonaron la ciudad bella de sus padres, que está recostada a la orilla del agua azul, y huele como la miel de flores bajo el sol que enciende la vida.

Todos se fueron llorando, una noche, con la luz de los luceros. Todos se fue-

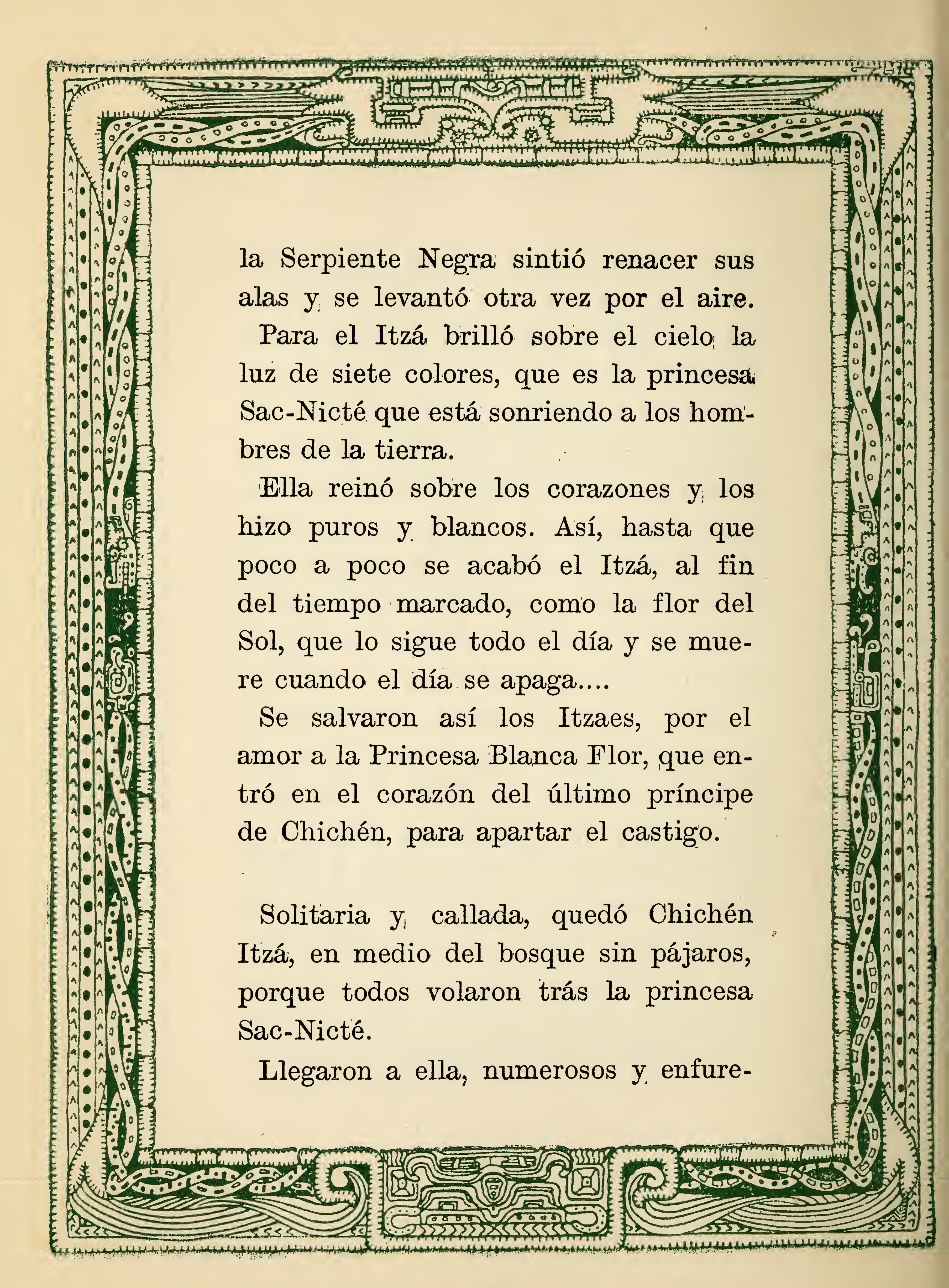


ron en fila, con las estatuas de los dioses y los libros de los templos. No quedó en Chichén más que el silencio que tiembla.

La Princesa Blanca Flor llenó de fuerza el corazón del príncipe Serpiente Negra y abrió sus ojos para ver el camino. Delante de los hijos del Itzá iba el príncipe Canek, caminando por el sendero abierto en medio del monte, envuelto en un manto blanco, sin corona de plumas en la frente.

A su lado iba la Princesa Sac-Nicté, que resplandecía como la luna. Ella levantaba su mano y señalaba el camino y todos iban detrás. Un día llegaron al lugar tranquilo y verde, junto a la laguna quieta, en donde está el sagrado Petén, lejos de todas las ciudades. Y allí pusieron el asiento del reinado y edificaron las casas sencillas de la paz.

Volvieron a los tiempos antiguos y



la Serpiente Negra sintió renacer sus alas y se levantó otra vez por el aire.

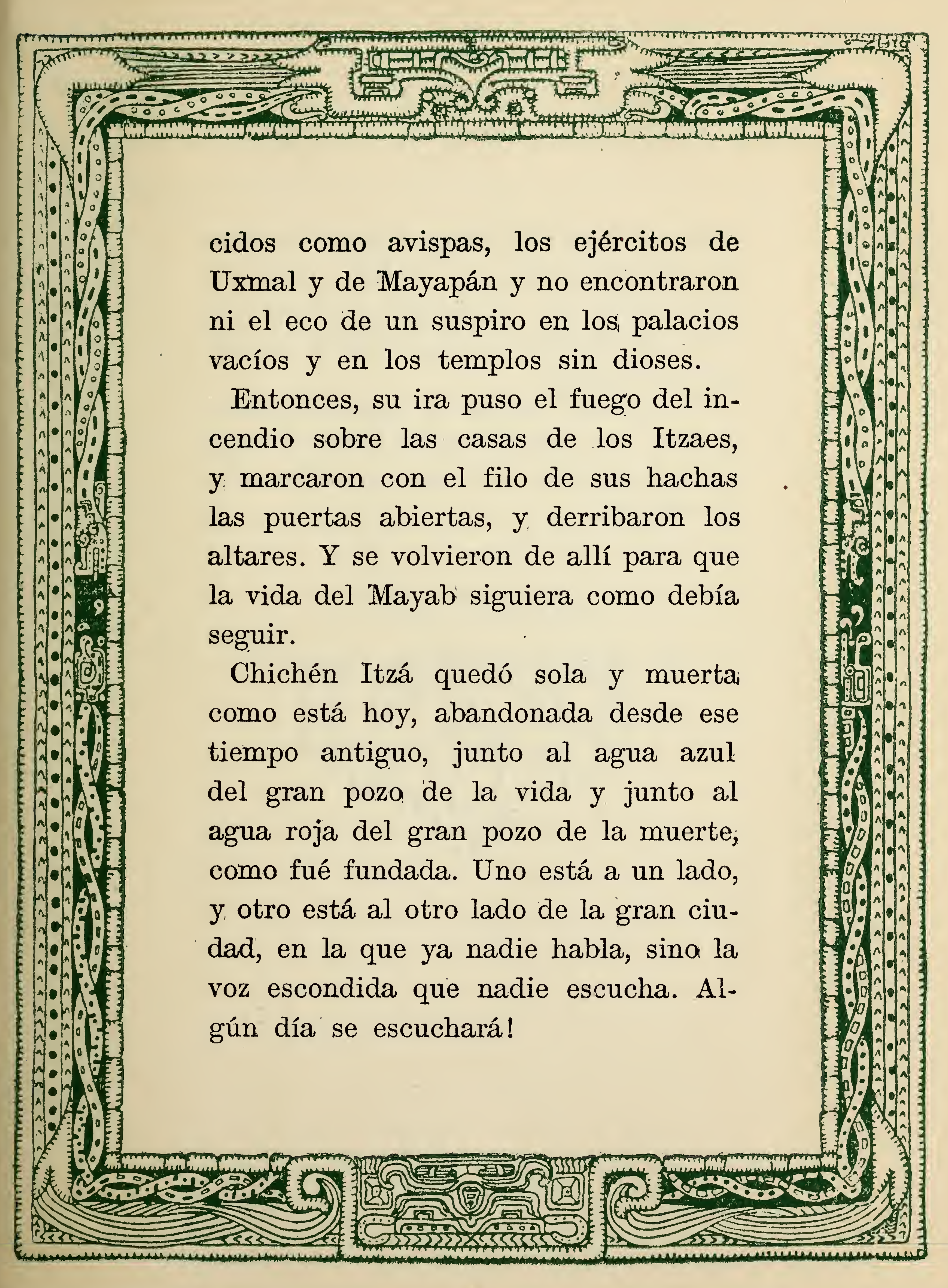
Para el Itzá brilló sobre el cielo la luz de siete colores, que es la princesa Sac-Nicté que está sonriendo a los hombres de la tierra.

Ella reinó sobre los corazones y los hizo puros y blancos. Así, hasta que poco a poco se acabó el Itzá, al fin del tiempo marcado, como la flor del Sol, que lo sigue todo el día y se muere cuando el día se apaga....

Se salvaron así los Itzaes, por el amor a la Princesa Blanca Flor, que entró en el corazón del último príncipe de Chichén, para apartar el castigo.

Solitaria y callada, quedó Chichén Itzá, en medio del bosque sin pájaros, porque todos volaron trás la princesa Sac-Nicté.

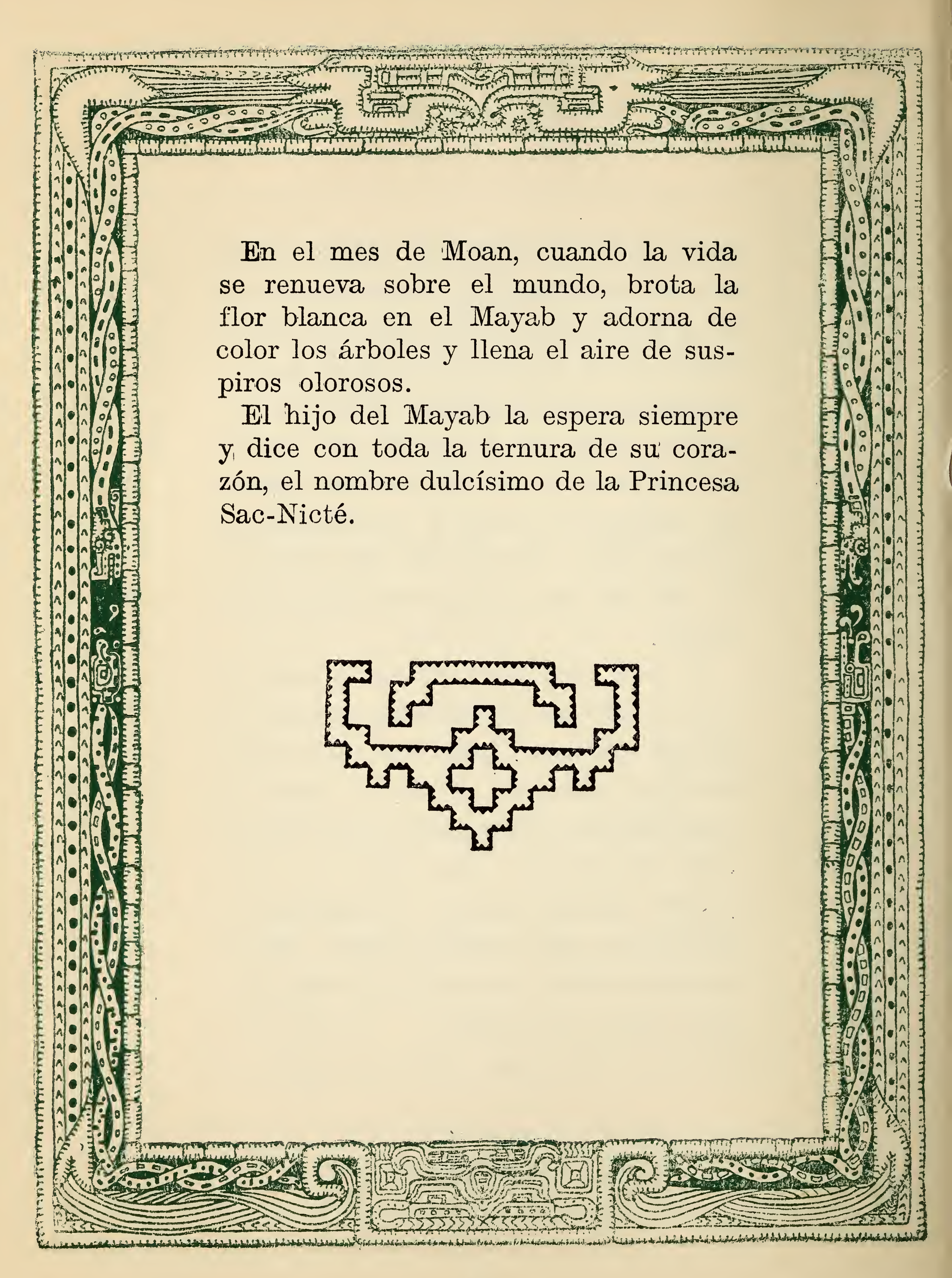
Llegaron a ella, numerosos y enfure-



cidos como avispas, los ejércitos de Uxmal y de Mayapán y no encontraron ni el eco de un suspiro en los palacios vacíos y en los templos sin dioses.

Entonces, su ira puso el fuego del incendio sobre las casas de los Itzaes, y marcaron con el filo de sus hachas las puertas abiertas, y derribaron los altares. Y se volvieron de allí para que la vida del Mayab siguiera como debía seguir.

Chichén Itzá quedó sola y muerta como está hoy, abandonada desde ese tiempo antiguo, junto al agua azul del gran pozo de la vida y junto al agua roja del gran pozo de la muerte, como fué fundada. Uno está a un lado, y otro está al otro lado de la gran ciudad, en la que ya nadie habla, sino la voz escondida que nadie escucha. Algún día se escuchará!



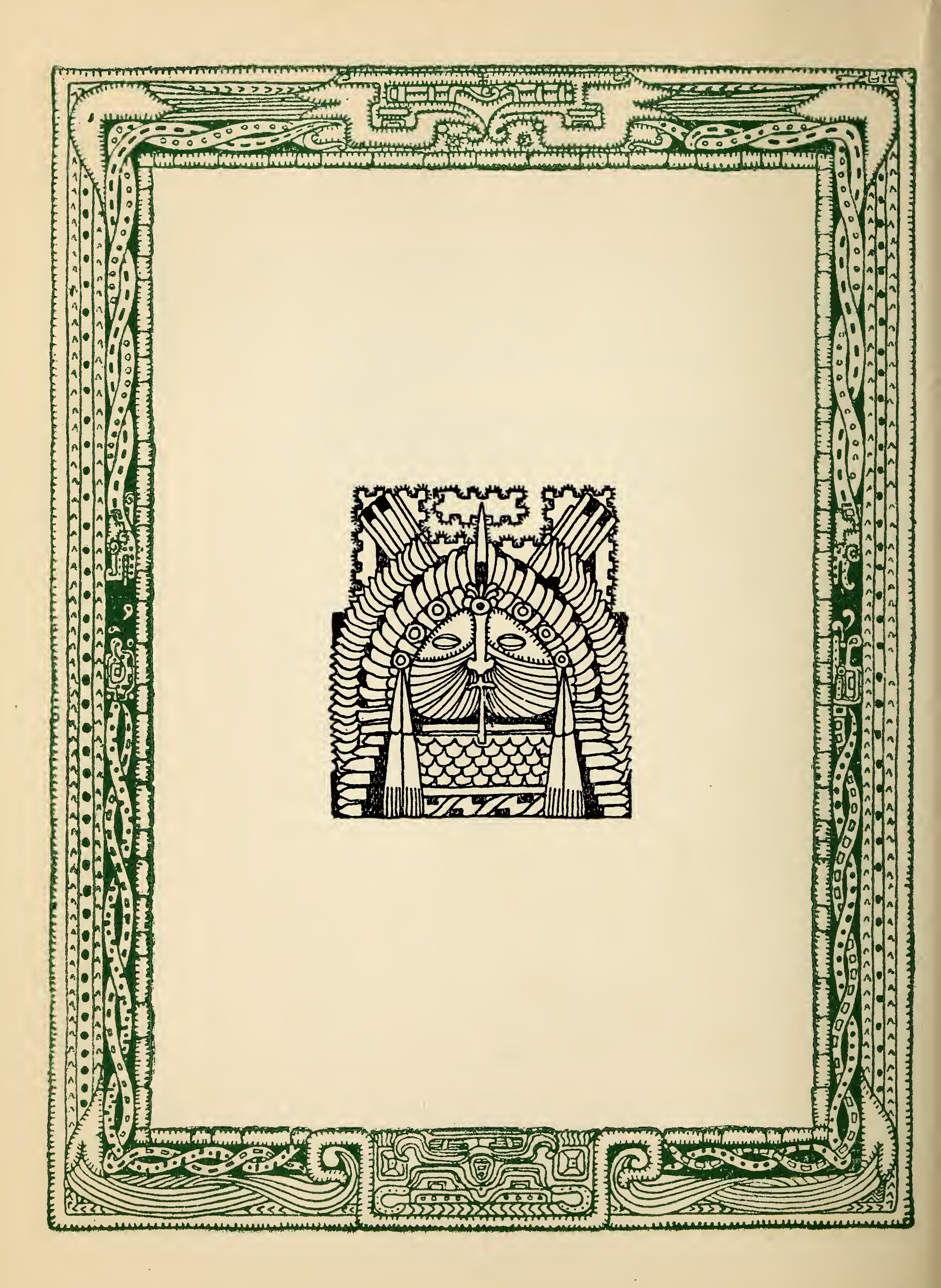
En el mes de Moan, cuando la vida se renueva sobre el mundo, brota la flor blanca en el Mayab y adorna de color los árboles y llena el aire de suspiros olorosos.

El hijo del Mayab la espera siempre y dice con toda la ternura de su corazón, el nombre dulcísimo de la Princesa Sac-Nicté.



LIBRO TERCERO

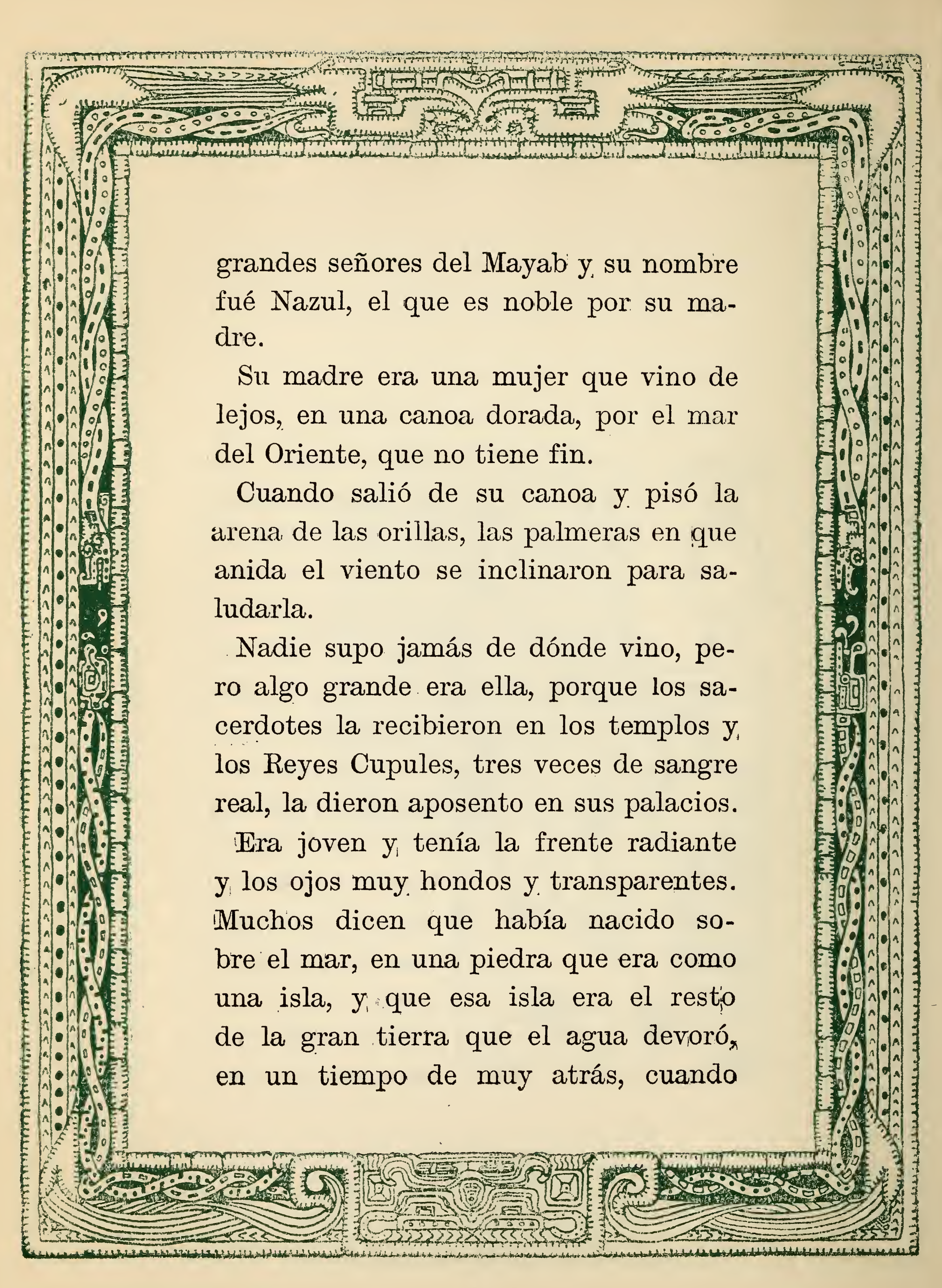
Este es el Libro de Zacquí y del Príncipe Nazul.





LEED aquí que en aquella parte de la tierra en donde los árboles son altos y se recoge la flor que está llena de miel embriagadora, nació, hace tiempo y mucho tiempo, un niño que tenía los ojos del color del agua profunda cuando refleja el cielo.

Este niño era de la casta de los



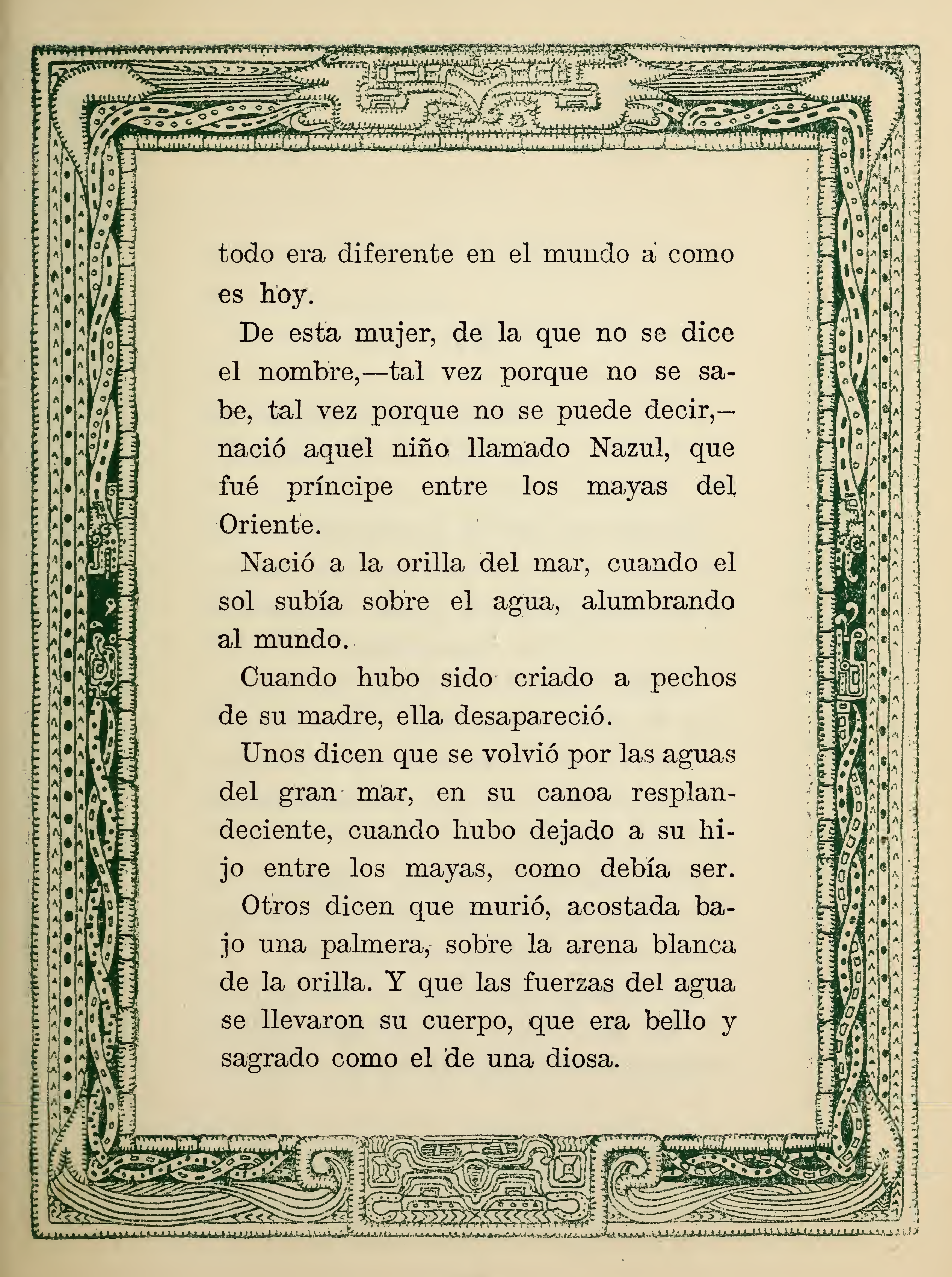
grandes señores del Mayab y su nombre fué Nazul, el que es noble por su madre.

Su madre era una mujer que vino de lejos, en una canoa dorada, por el mar del Oriente, que no tiene fin.

Cuando salió de su canoa y pisó la arena de las orillas, las palmeras en que anida el viento se inclinaron para saludarla.

Nadie supo jamás de dónde vino, pero algo grande era ella, porque los sacerdotes la recibieron en los templos y los Reyes Cupules, tres veces de sangre real, la dieron aposento en sus palacios.

Era joven y tenía la frente radiante y los ojos muy hondos y transparentes. Muchos dicen que había nacido sobre el mar, en una piedra que era como una isla, y que esa isla era el resto de la gran tierra que el agua devoró, en un tiempo de muy atrás, cuando


todo era diferente en el mundo a como es hoy.

De esta mujer, de la que no se dice el nombre,—tal vez porque no se sabe, tal vez porque no se puede decir,—nació aquel niño llamado Nazul, que fué príncipe entre los mayas del Oriente.

Nació a la orilla del mar, cuando el sol subía sobre el agua, alumbrando al mundo.

Cuando hubo sido criado a pechos de su madre, ella desapareció.

Unos dicen que se volvió por las aguas del gran mar, en su canoa resplandeciente, cuando hubo dejado a su hijo entre los mayas, como debía ser.

Otros dicen que murió, acostada bajo una palmera, sobre la arena blanca de la orilla. Y que las fuerzas del agua se llevaron su cuerpo, que era bello y sagrado como el de una diosa.

* *

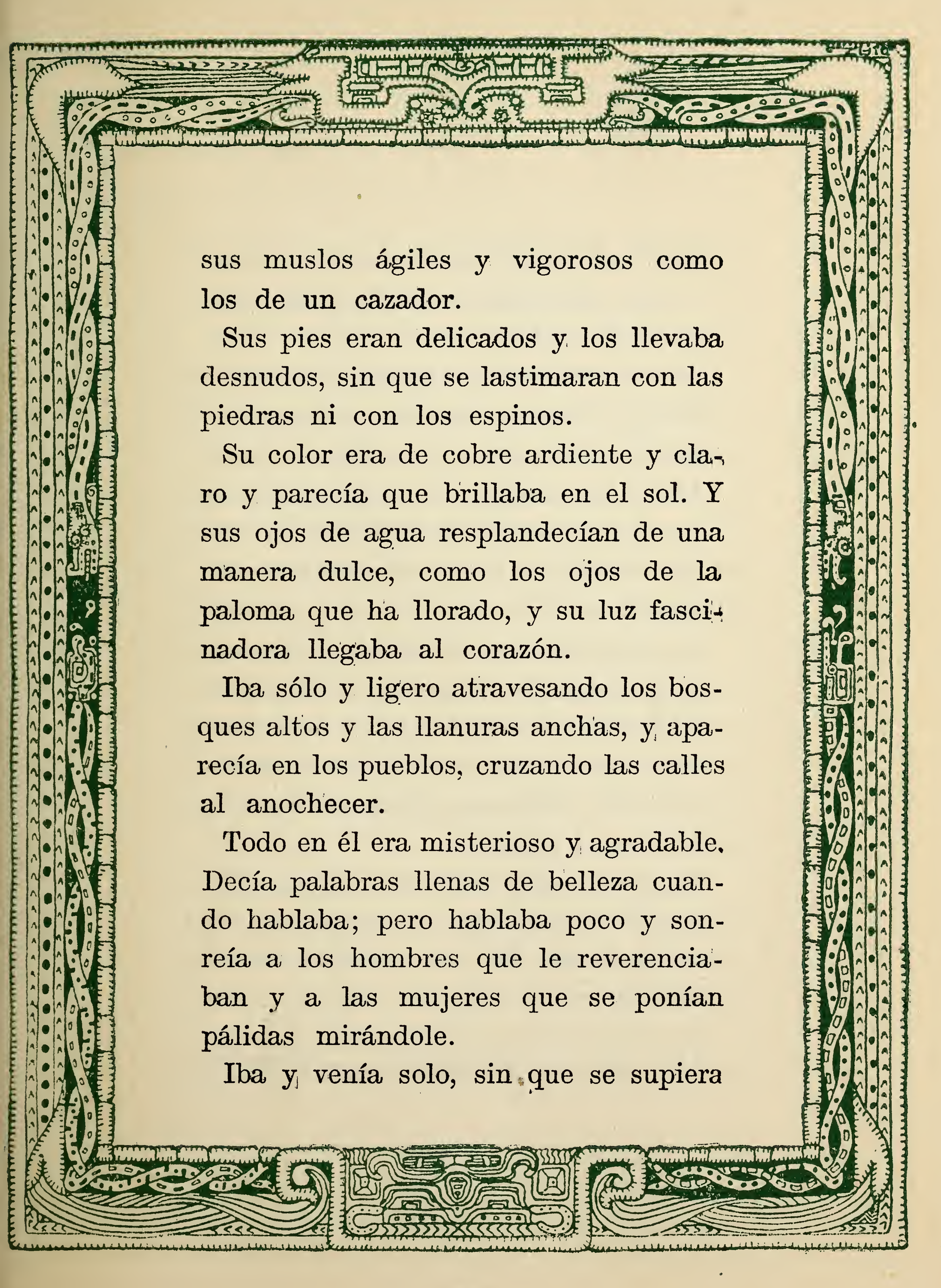
El Príncipe Nazul fué recogido en un templo y enseñado en la sabiduría del Mayab.

Cuando ya iba a ser hombre, tomó un manto blanco, un haz de flechas y un arco poderoso y salió a caminar por los montes despoblados.

Llevaba sobre la frente una pluma alta de faisán. Por ella y por el color de sus ojos, semejante al del agua tranquila, le reconocían y se inclinaban delante de él.

Era entonces un joven hermoso, como no se había visto nunca entre los hijos de las mujeres del Mayab.

Sus manos eran finas y suaves como las de un Rey y sus brazos bellos y fuertes como los de un guerrero, y



sus muslos ágiles y vigorosos como los de un cazador.

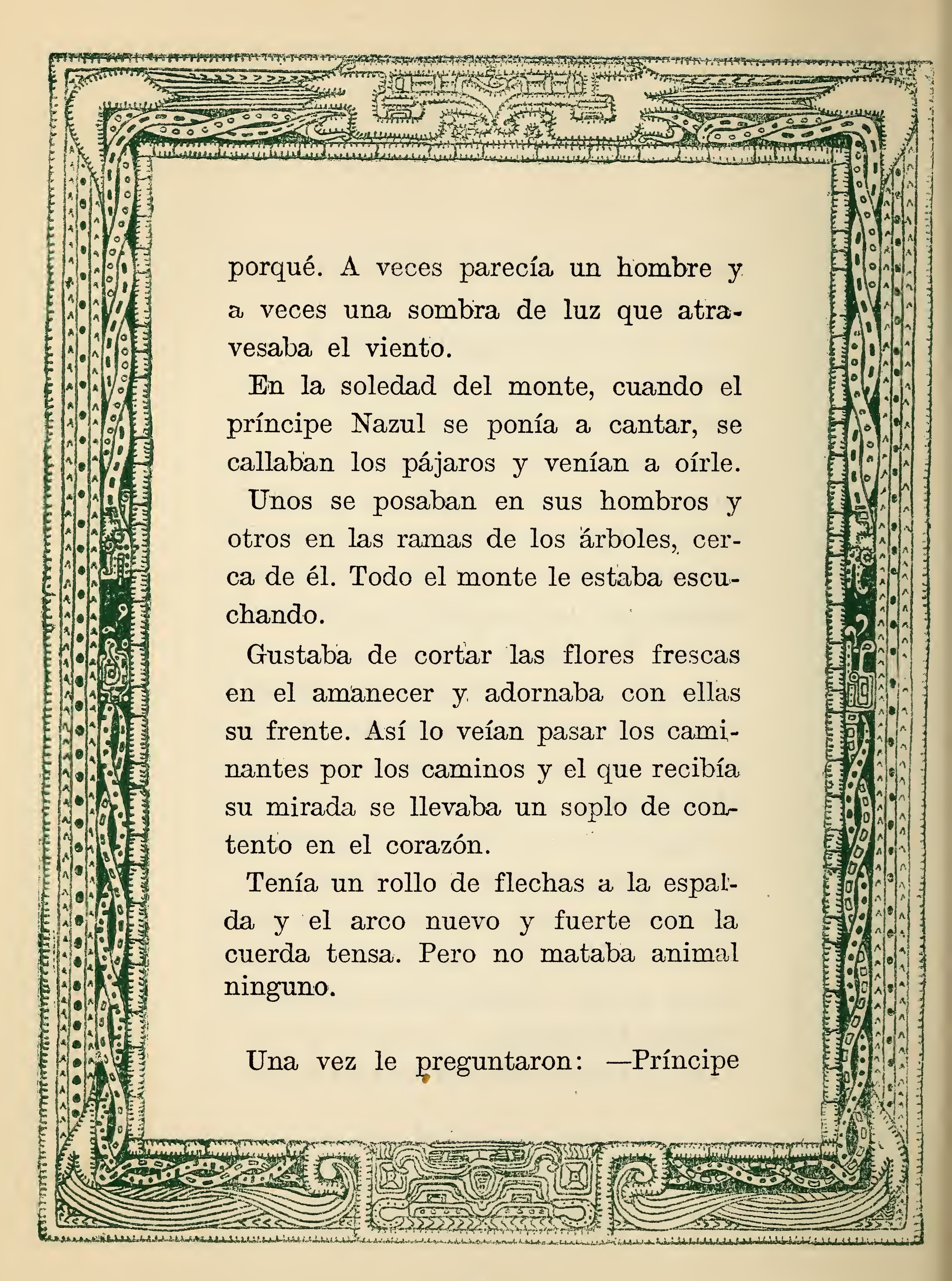
Sus pies eran delicados y los llevaba desnudos, sin que se lastimaran con las piedras ni con los espinos.

Su color era de cobre ardiente y claro y parecía que brillaba en el sol. Y sus ojos de agua resplandecían de una manera dulce, como los ojos de la paloma que ha llorado, y su luz fascinadora llegaba al corazón.

Iba sólo y ligero atravesando los bosques altos y las llanuras anchas, y aparecía en los pueblos, cruzando las calles al anochecer.

Todo en él era misterioso y agradable. Decía palabras llenas de belleza cuando hablaba; pero hablaba poco y sonreía a los hombres que le reverenciaban y a las mujeres que se ponían pálidas mirándole.

Iba y venía solo, sin que se supiera



porqué. A veces parecía un hombre y a veces una sombra de luz que atravesaba el viento.

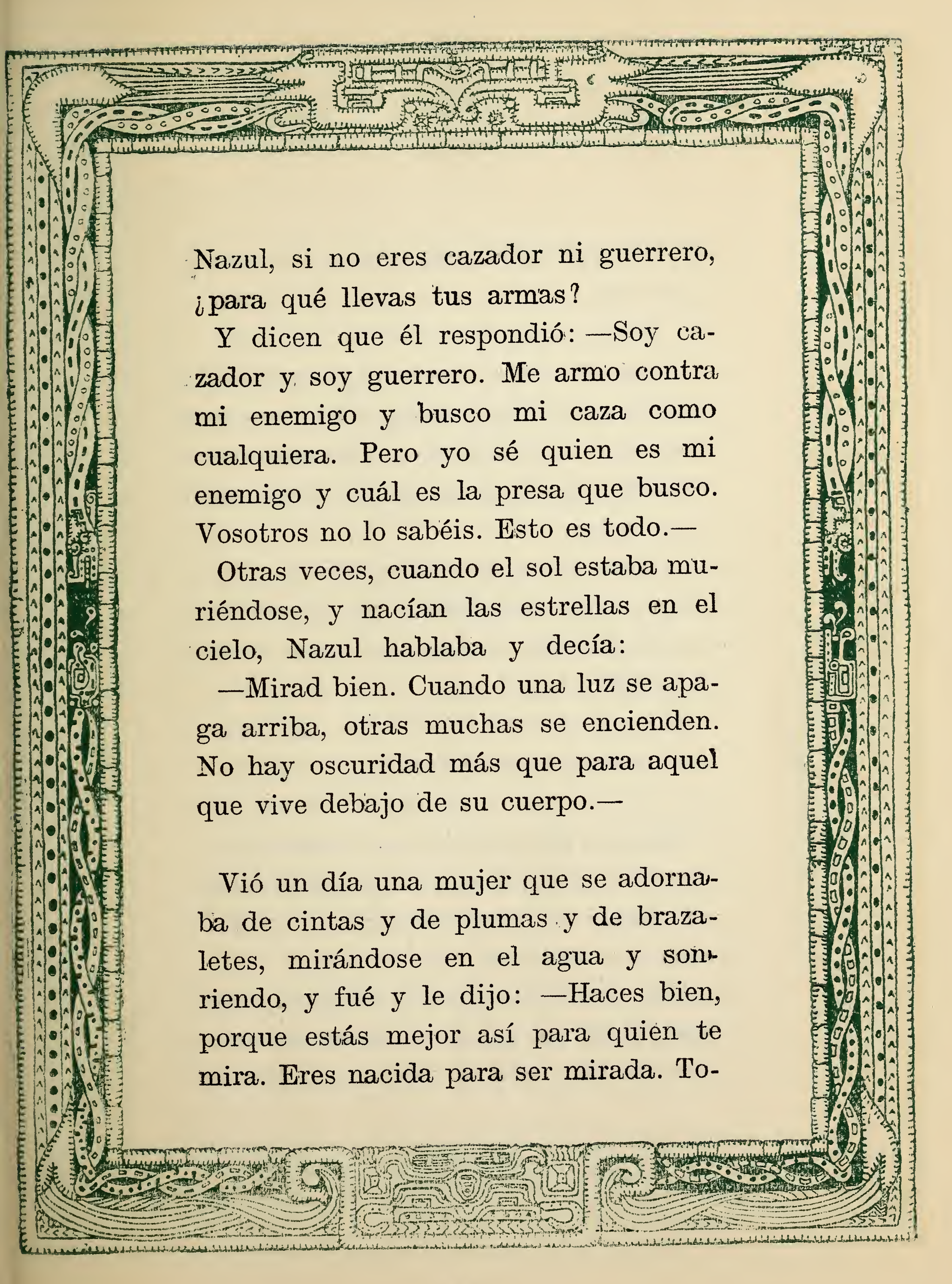
En la soledad del monte, cuando el príncipe Nazul se ponía a cantar, se callaban los pájaros y venían a oírle.

Unos se posaban en sus hombros y otros en las ramas de los árboles, cerca de él. Todo el monte le estaba escuchando.

Gustaba de cortar las flores frescas en el amanecer y adornaba con ellas su frente. Así lo veían pasar los caminantes por los caminos y el que recibía su mirada se llevaba un soplo de contento en el corazón.

Tenía un rollo de flechas a la espalda y el arco nuevo y fuerte con la cuerda tensa. Pero no mataba animal ninguno.

Una vez le preguntaron: —Príncipe



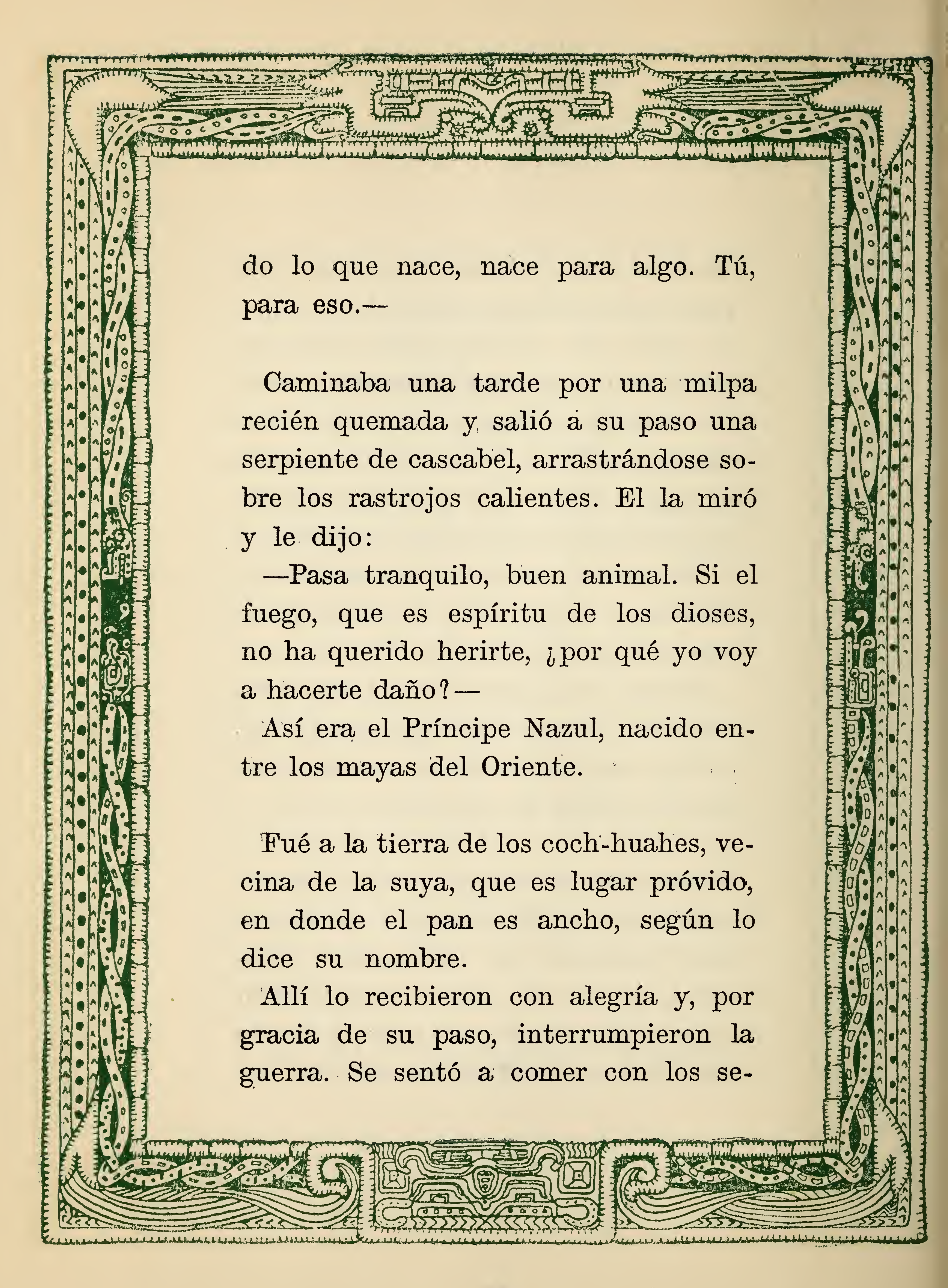
Nazul, si no eres cazador ni guerrero, ¿para qué llevas tus armas?

Y dicen que él respondió: —Soy cazador y soy guerrero. Me armo contra mi enemigo y busco mi caza como cualquiera. Pero yo sé quien es mi enemigo y cuál es la presa que busco. Vosotros no lo sabéis. Esto es todo.—

Otras veces, cuando el sol estaba muriéndose, y nacían las estrellas en el cielo, Nazul hablaba y decía:

—Mirad bien. Cuando una luz se apaga arriba, otras muchas se encienden. No hay oscuridad más que para aquel que vive debajo de su cuerpo.—

Vió un día una mujer que se adornaba de cintas y de plumas y de brazaletes, mirándose en el agua y sonriendo, y fué y le dijo: —Haces bien, porque estás mejor así para quien te mira. Eres nacida para ser mirada. To-



do lo que nace, nace para algo. Tú, para eso.—

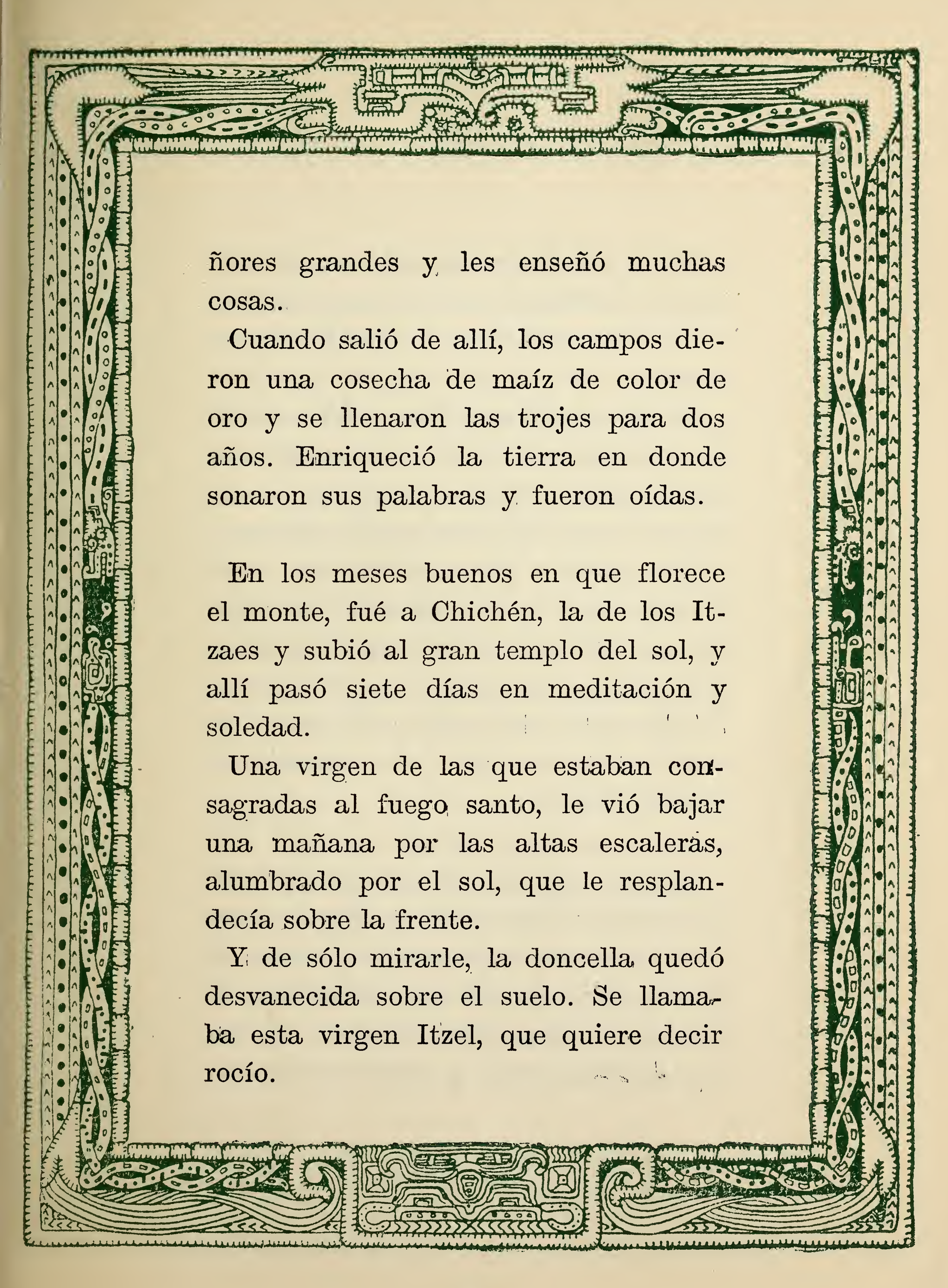
Caminaba una tarde por una milpa recién quemada y salió a su paso una serpiente de cascabel, arrastrándose sobre los rastrojos calientes. El la miró y le dijo:

—Pasa tranquilo, buen animal. Si el fuego, que es espíritu de los dioses, no ha querido herirte, ¿por qué yo voy a hacerte daño?—

Así era el Príncipe Nazul, nacido entre los mayas del Oriente.

Fué a la tierra de los coch-huahes, vecina de la suya, que es lugar próvido, en donde el pan es ancho, según lo dice su nombre.

Allí lo recibieron con alegría y, por gracia de su paso, interrumpieron la guerra. Se sentó a comer con los se-



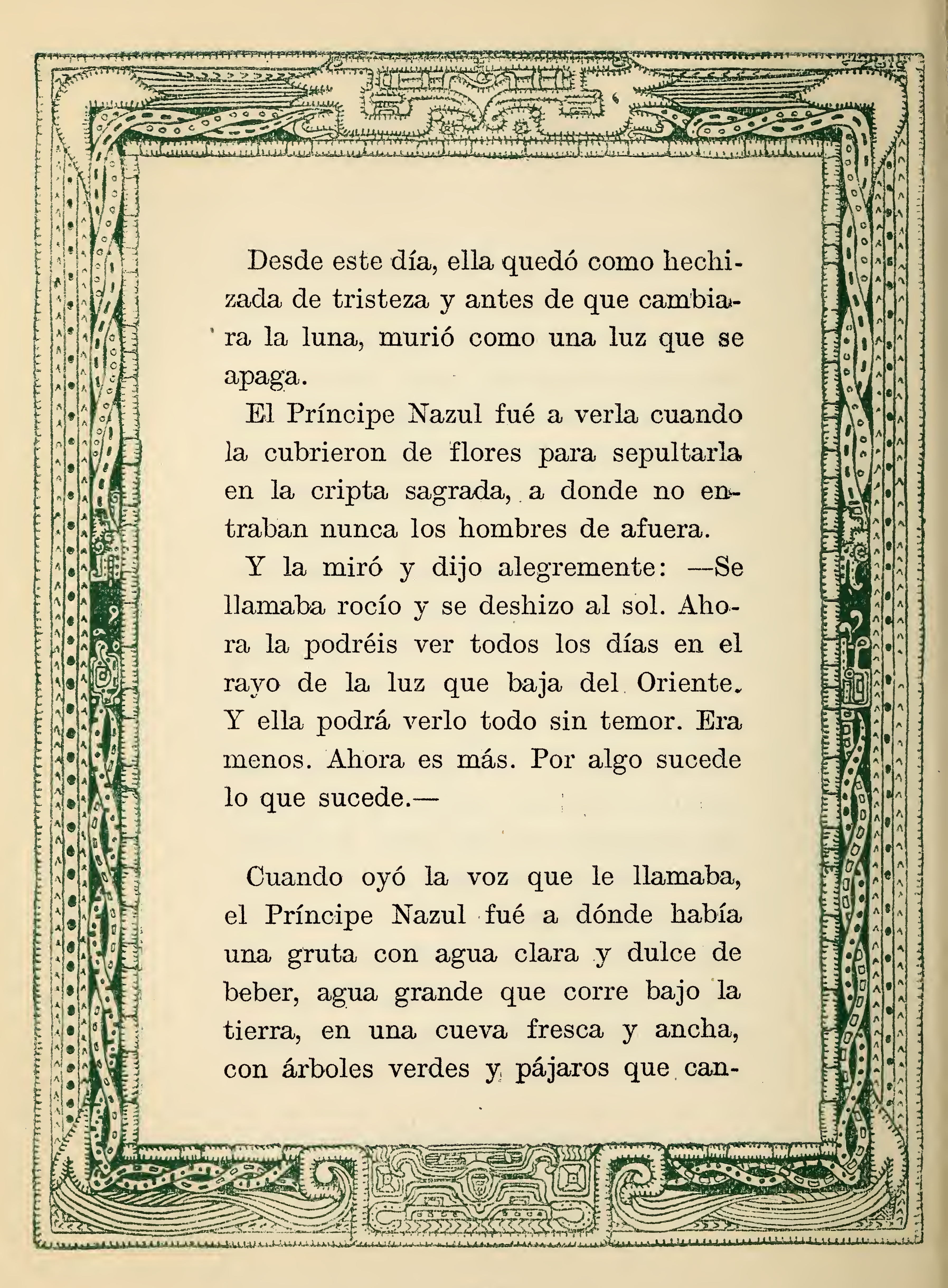
ñores grandes y les enseñó muchas cosas.

Cuando salió de allí, los campos dieron una cosecha de maíz de color de oro y se llenaron las trojes para dos años. Enriqueció la tierra en donde sonaron sus palabras y fueron oídas.

En los meses buenos en que florece el monte, fué a Chichén, la de los Itzaes y subió al gran templo del sol, y allí pasó siete días en meditación y soledad.

Una virgen de las que estaban consagradas al fuego santo, le vió bajar una mañana por las altas escaleras, alumbrado por el sol, que le resplandecía sobre la frente.

Y de sólo mirarle, la doncella quedó desvanecida sobre el suelo. Se llamaba esta virgen Itzel, que quiere decir rocío.

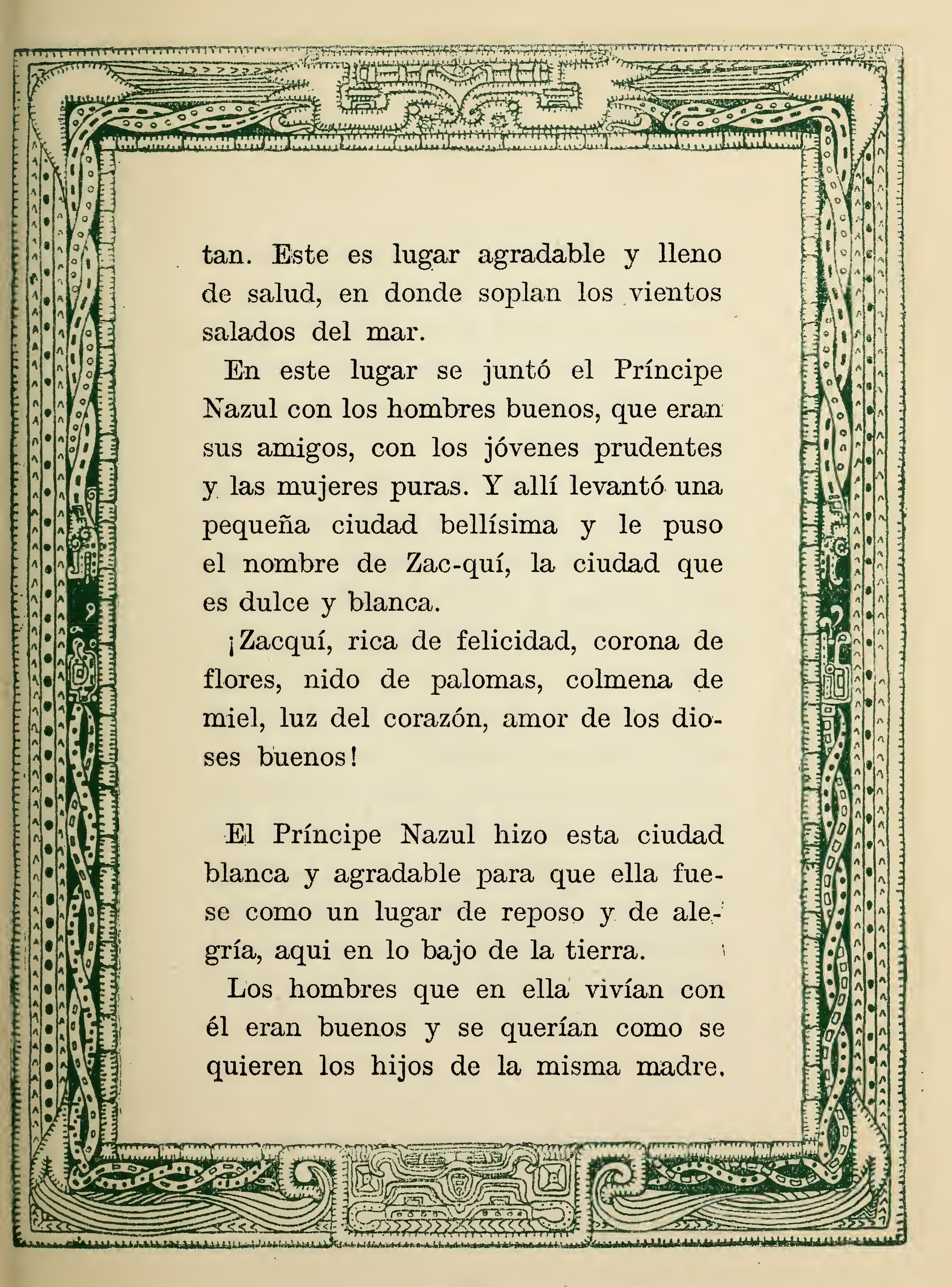


Desde este día, ella quedó como hechizada de tristeza y antes de que cambiara la luna, murió como una luz que se apaga.

El Príncipe Nazul fué a verla cuando la cubrieron de flores para sepultarla en la cripta sagrada, a donde no entraban nunca los hombres de afuera.

Y la miró y dijo alegremente: —Se llamaba rocío y se deshizo al sol. Ahora la podréis ver todos los días en el rayo de la luz que baja del Oriente. Y ella podrá verlo todo sin temor. Era menos. Ahora es más. Por algo sucede lo que sucede.—

Cuando oyó la voz que le llamaba, el Príncipe Nazul fué a dónde había una gruta con agua clara y dulce de beber, agua grande que corre bajo la tierra, en una cueva fresca y ancha, con árboles verdes y pájaros que can-



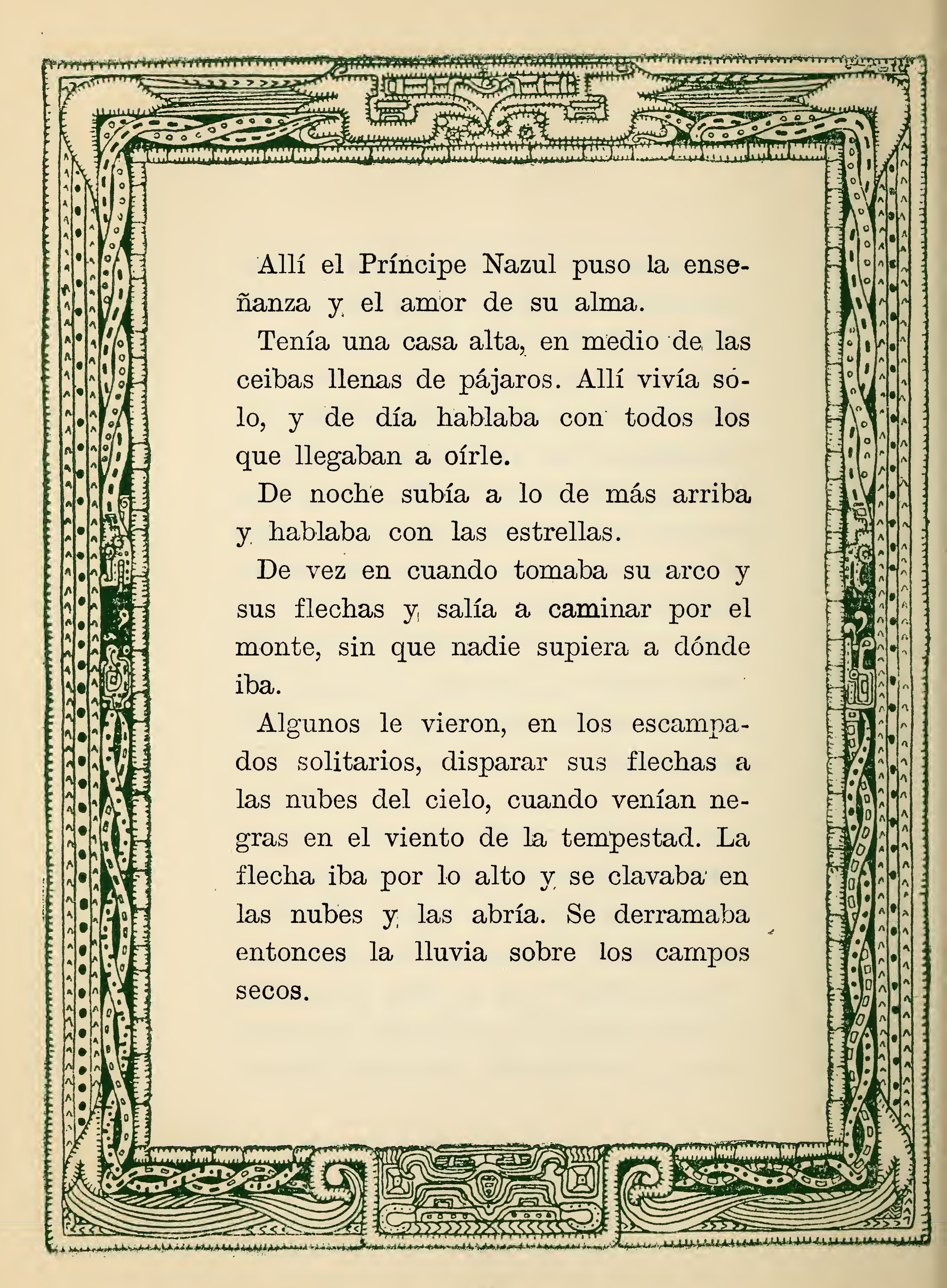
tan. Este es lugar agradable y lleno de salud, en donde soplan los vientos salados del mar.

En este lugar se juntó el Príncipe Nazul con los hombres buenos, que eran sus amigos, con los jóvenes prudentes y las mujeres puras. Y allí levantó una pequeña ciudad bellísima y le puso el nombre de Zac-quí, la ciudad que es dulce y blanca.

¡Zacquí, rica de felicidad, corona de flores, nido de palomas, colmena de miel, luz del corazón, amor de los dioses buenos!

El Príncipe Nazul hizo esta ciudad blanca y agradable para que ella fuese como un lugar de reposo y de alegría, aqui en lo bajo de la tierra.

Los hombres que en ella vivían con él eran buenos y se querían como se quieren los hijos de la misma madre.



Allí el Príncipe Nazul puso la enseñanza y el amor de su alma.

Tenía una casa alta, en medio de las ceibas llenas de pájaros. Allí vivía solo, y de día hablaba con todos los que llegaban a oírle.

De noche subía a lo de más arriba y hablaba con las estrellas.

De vez en cuando tomaba su arco y sus flechas y salía a caminar por el monte, sin que nadie supiera a dónde iba.

Algunos le vieron, en los escampados solitarios, disparar sus flechas a las nubes del cielo, cuando venían negras en el viento de la tempestad. La flecha iba por lo alto y se clavaba en las nubes y las abría. Se derramaba entonces la lluvia sobre los campos secos.

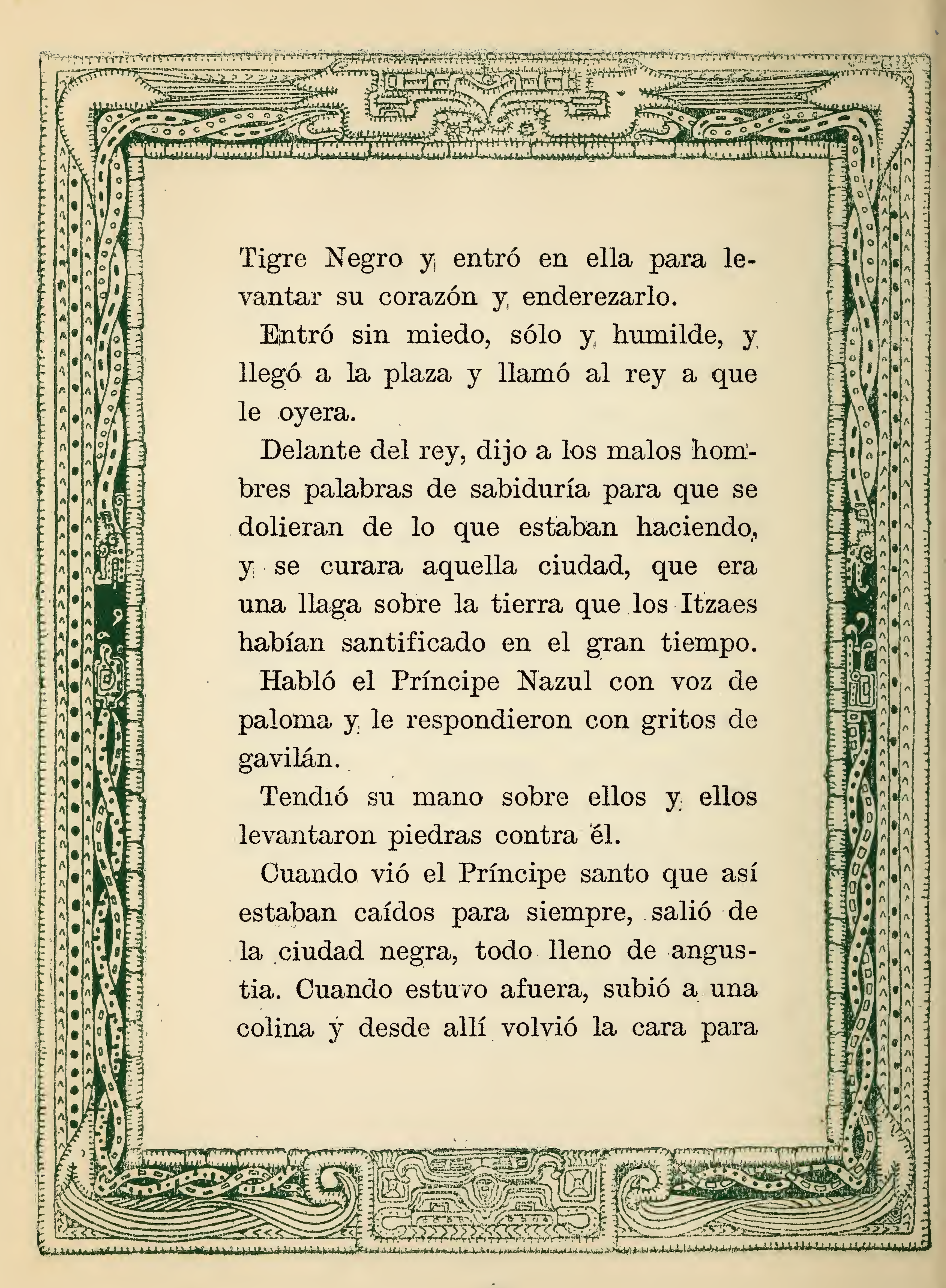
* *

Cerca de Zacquí, la ciudad dulce y blanca, había otra ciudad nombrada Ek-Balam, esto es, la casa del Tigre Negro. Allí era lugar de pecado y de ferocidad. El rey de esta ciudad hacía matar hombres y mujeres delante de sus malos dioses.

Los que allí estaban ofendían la virtud antigua y se habían dado al mal placer. Artes negra de hechicería practicaban en los santuarios y eran temidos por su poder secreto, que cambiaban al *Xibalbá,* el mal espíritu, por la sangre de los sacrificados.

Todo estaba podrido dentro de aquella ciudad de hombres soberbios y mentirosos, sucios por dentro de su cuerpo.

El Príncipe Nazul fué a la ciudad del



Tigre Negro y entró en ella para levantar su corazón y enderezarlo.

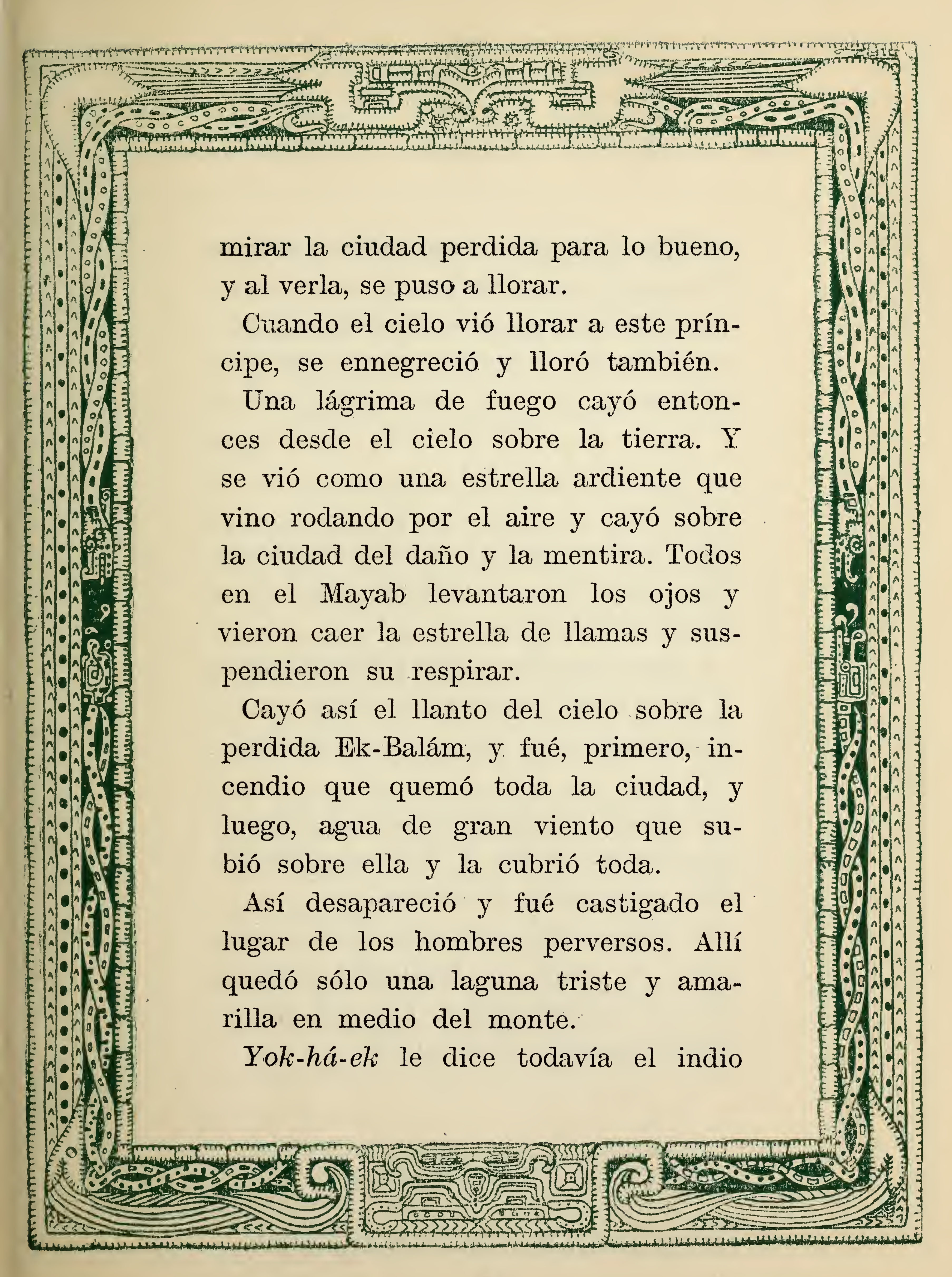
Entró sin miedo, sólo y humilde, y llegó a la plaza y llamó al rey a que le oyera.

Delante del rey, dijo a los malos hombres palabras de sabiduría para que se dolieran de lo que estaban haciendo, y se curara aquella ciudad, que era una llaga sobre la tierra que los Itzaes habían santificado en el gran tiempo.

Habló el Príncipe Nazul con voz de paloma y le respondieron con gritos de gavilán.

Tendió su mano sobre ellos y ellos levantaron piedras contra él.

Cuando vió el Príncipe santo que así estaban caídos para siempre, salió de la ciudad negra, todo lleno de angustia. Cuando estuvo afuera, subió a una colina y desde allí volvió la cara para



mirar la ciudad perdida para lo bueno, y al verla, se puso a llorar.

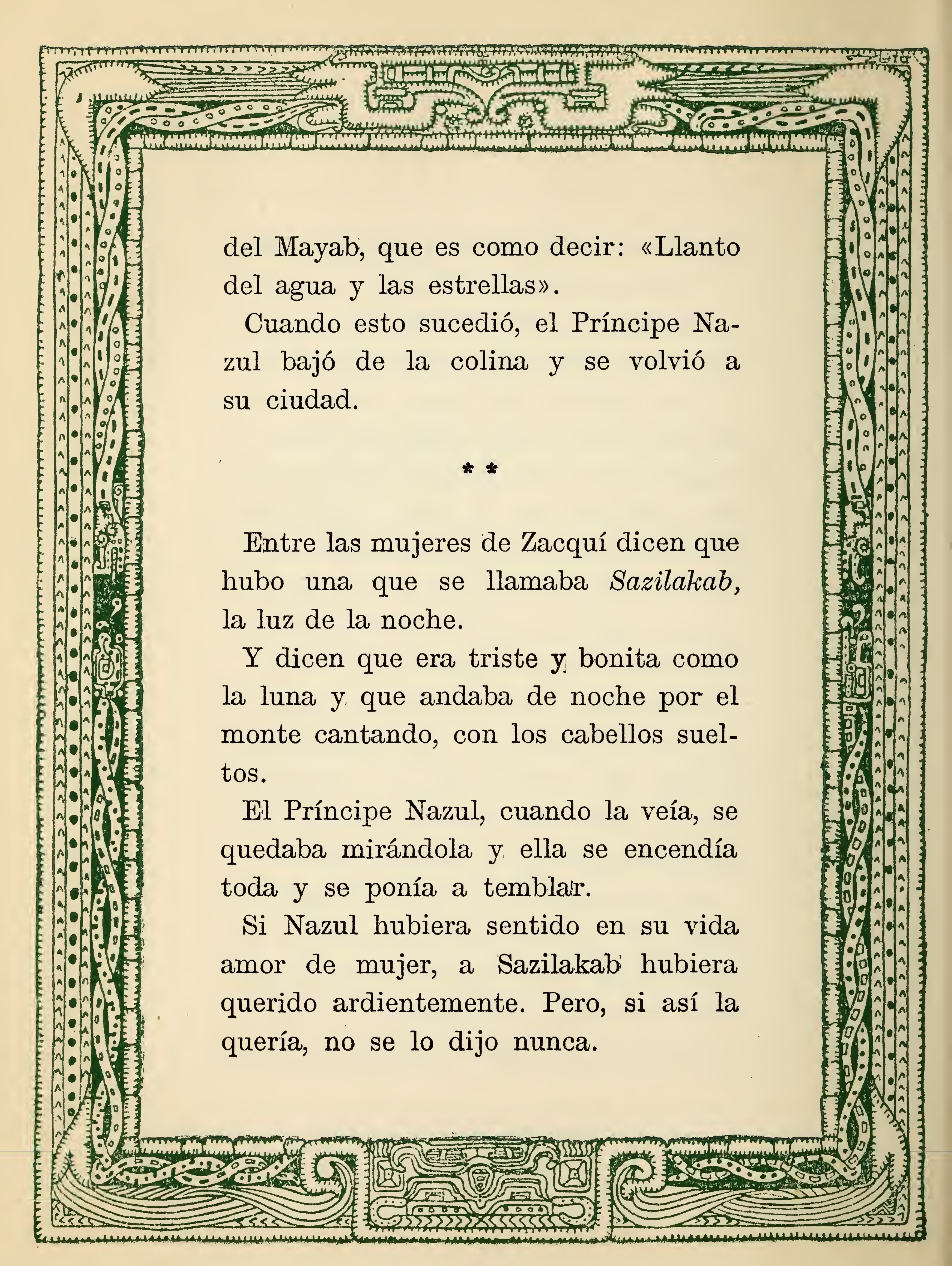
Cuando el cielo vió llorar a este príncipe, se ennegreció y lloró también.

Una lágrima de fuego cayó entonces desde el cielo sobre la tierra. Y se vió como una estrella ardiente que vino rodando por el aire y cayó sobre la ciudad del daño y la mentira. Todos en el Mayab levantaron los ojos y vieron caer la estrella de llamas y suspendieron su respirar.

Cayó así el llanto del cielo sobre la perdida Ek-Balám, y fué, primero, incendio que quemó toda la ciudad, y luego, agua de gran viento que subió sobre ella y la cubrió toda.

Así desapareció y fué castigado el lugar de los hombres perversos. Allí quedó sólo una laguna triste y amarilla en medio del monte.

Yok-há-ek le dice todavía el indio



del Mayab, que es como decir: «Llanto del agua y las estrellas».

Cuando esto sucedió, el Príncipe Nazul bajó de la colina y se volvió a su ciudad.

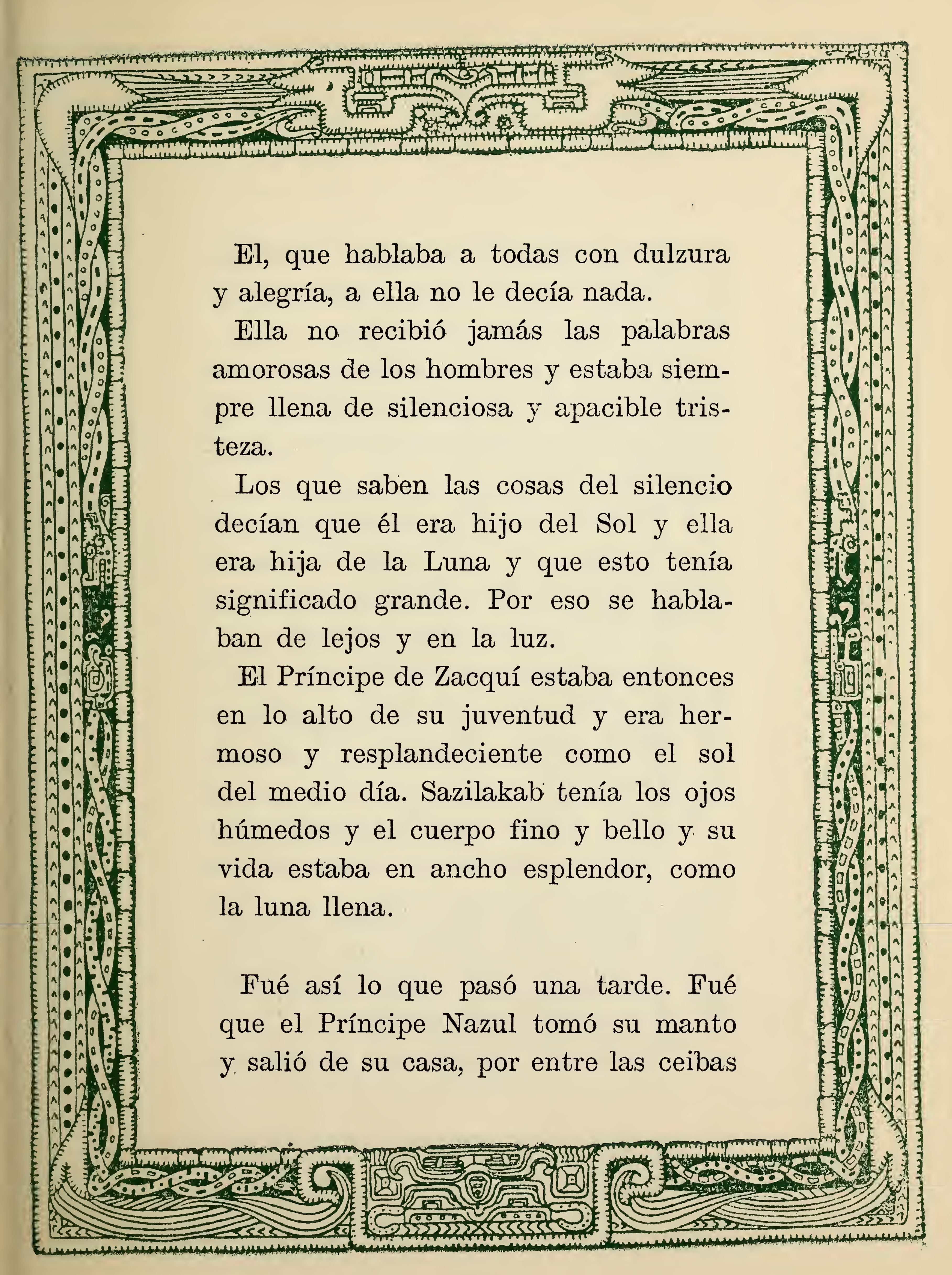
* *

Entre las mujeres de Zacquí dicen que hubo una que se llamaba *Sazilakab,* la luz de la noche.

Y dicen que era triste y bonita como la luna y que andaba de noche por el monte cantando, con los cabellos sueltos.

El Príncipe Nazul, cuando la veía, se quedaba mirándola y ella se encendía toda y se ponía a temblar.

Si Nazul hubiera sentido en su vida amor de mujer, a Sazilakab hubiera querido ardientemente. Pero, si así la quería, no se lo dijo nunca.



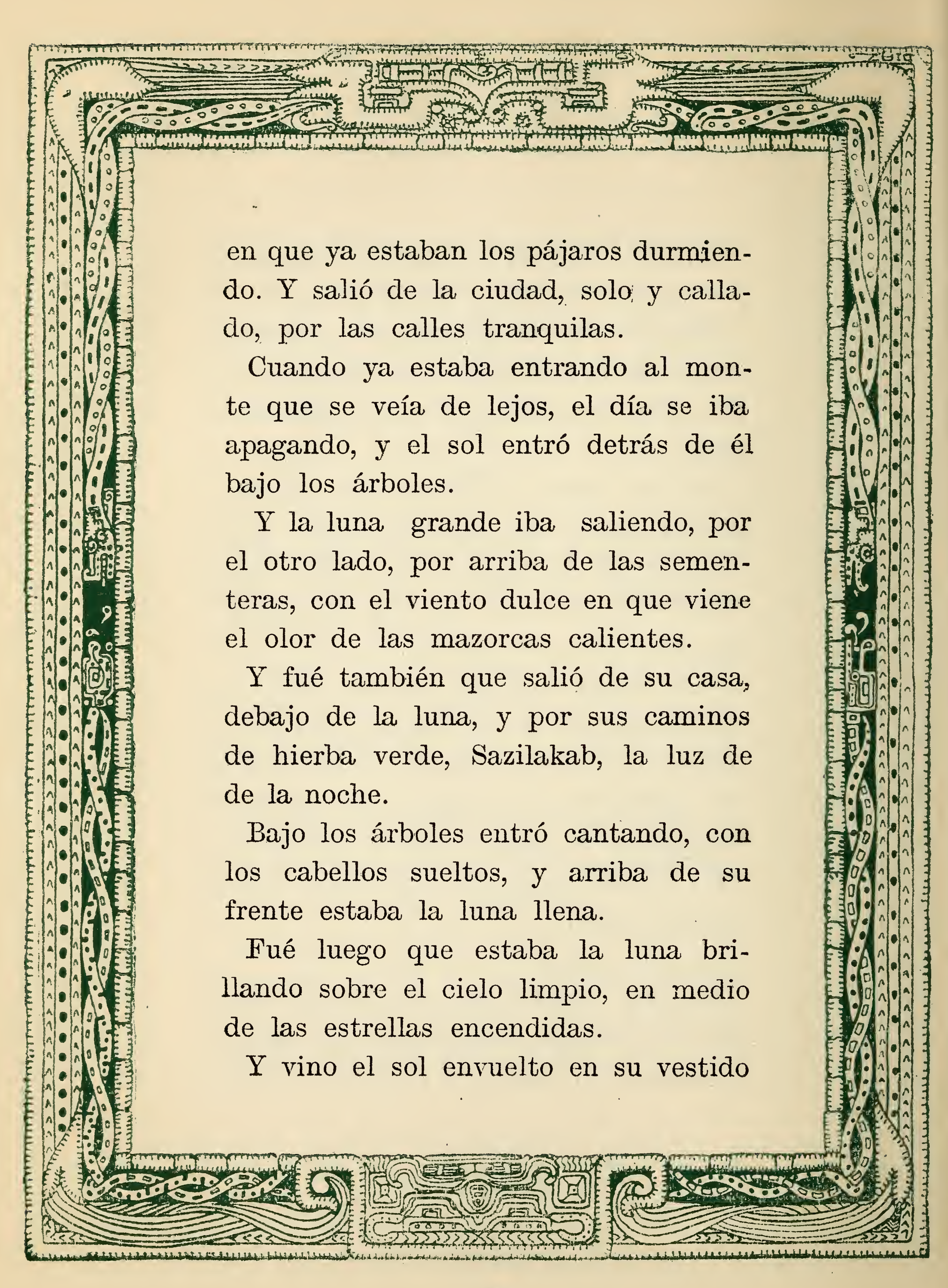
El, que hablaba a todas con dulzura y alegría, a ella no le decía nada.

Ella no recibió jamás las palabras amorosas de los hombres y estaba siempre llena de silenciosa y apacible tristeza.

Los que saben las cosas del silencio decían que él era hijo del Sol y ella era hija de la Luna y que esto tenía significado grande. Por eso se hablaban de lejos y en la luz.

El Príncipe de Zacquí estaba entonces en lo alto de su juventud y era hermoso y resplandeciente como el sol del medio día. Sazilakab tenía los ojos húmedos y el cuerpo fino y bello y su vida estaba en ancho esplendor, como la luna llena.

Fué así lo que pasó una tarde. Fué que el Príncipe Nazul tomó su manto y salió de su casa, por entre las ceibas



en que ya estaban los pájaros durmiendo. Y salió de la ciudad, solo y callado, por las calles tranquilas.

Cuando ya estaba entrando al monte que se veía de lejos, el día se iba apagando, y el sol entró detrás de él bajo los árboles.

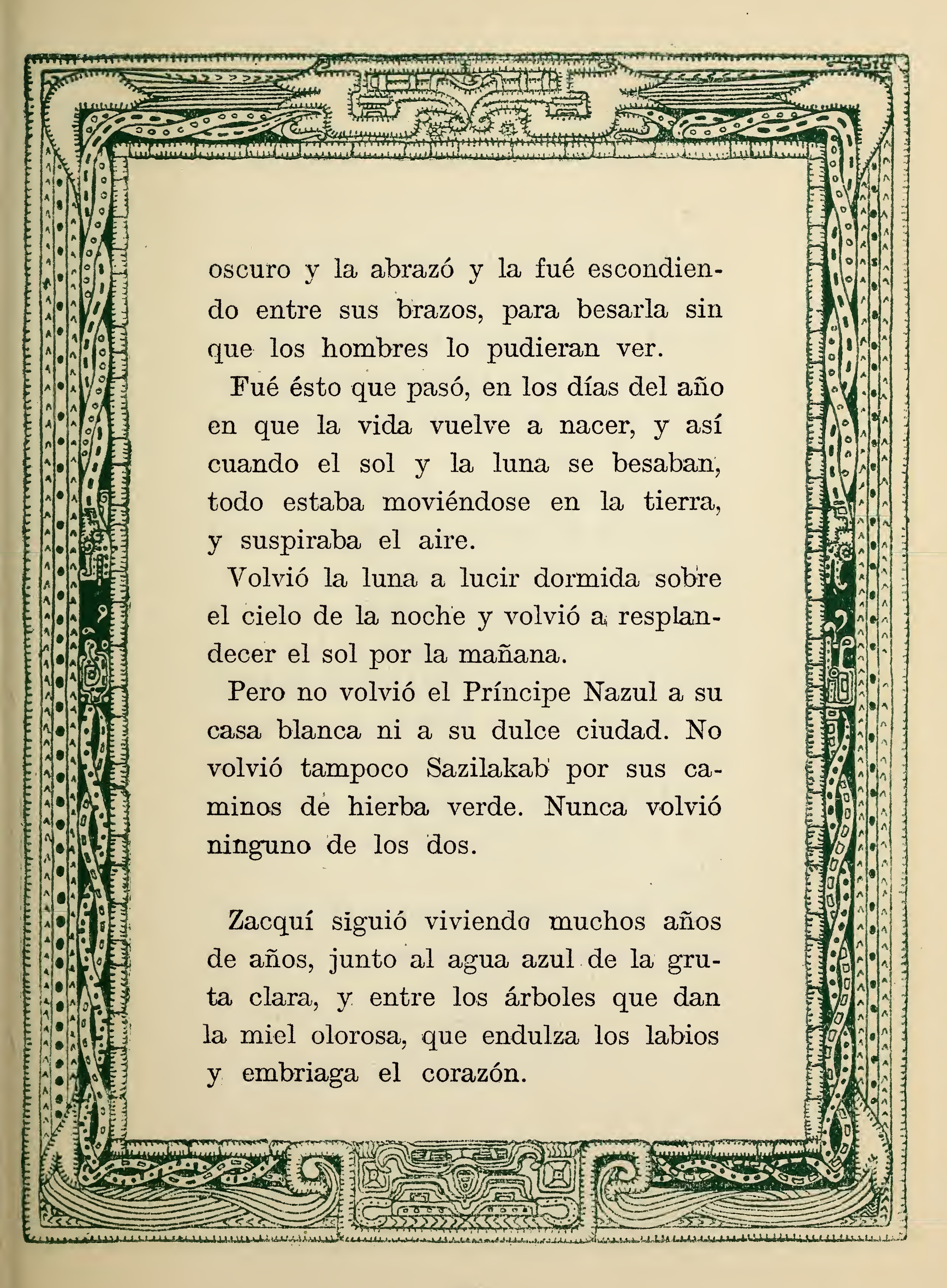
Y la luna grande iba saliendo, por el otro lado, por arriba de las sementeras, con el viento dulce en que viene el olor de las mazorcas calientes.

Y fué también que salió de su casa, debajo de la luna, y por sus caminos de hierba verde, Sazilakab, la luz de de la noche.

Bajo los árboles entró cantando, con los cabellos sueltos, y arriba de su frente estaba la luna llena.

Fué luego que estaba la luna brillando sobre el cielo limpio, en medio de las estrellas encendidas.

Y vino el sol envuelto en su vestido



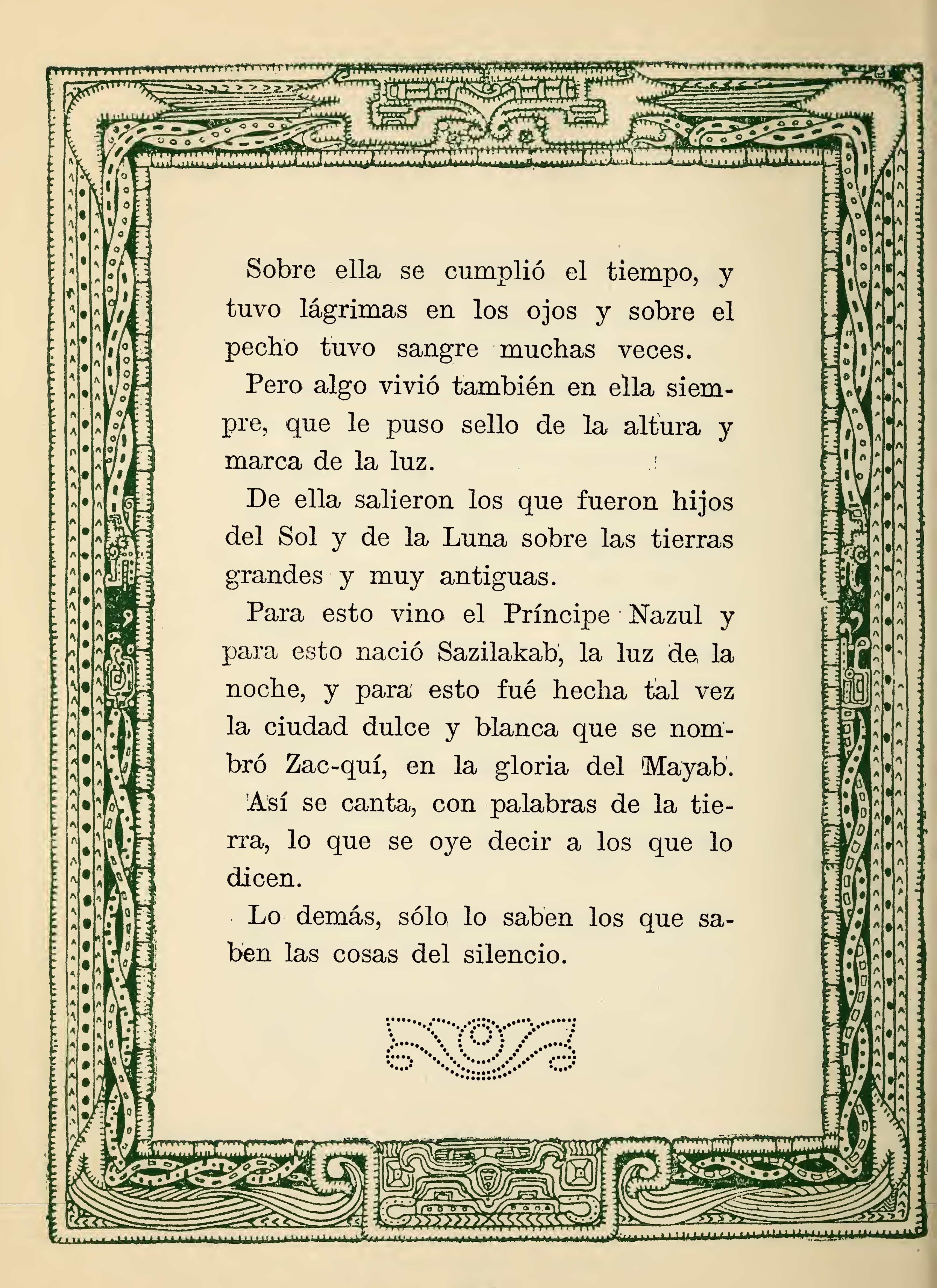
oscuro y la abrazó y la fué escondiendo entre sus brazos, para besarla sin que los hombres lo pudieran ver.

Fué ésto que pasó, en los días del año en que la vida vuelve a nacer, y así cuando el sol y la luna se besaban, todo estaba moviéndose en la tierra, y suspiraba el aire.

Volvió la luna a lucir dormida sobre el cielo de la noche y volvió a resplandecer el sol por la mañana.

Pero no volvió el Príncipe Nazul a su casa blanca ni a su dulce ciudad. No volvió tampoco Sazilakab por sus caminos de hierba verde. Nunca volvió ninguno de los dos.

Zacquí siguió viviendo muchos años de años, junto al agua azul de la gruta clara, y entre los árboles que dan la miel olorosa, que endulza los labios y embriaga el corazón.



Sobre ella se cumplió el tiempo, y tuvo lágrimas en los ojos y sobre el pecho tuvo sangre muchas veces.

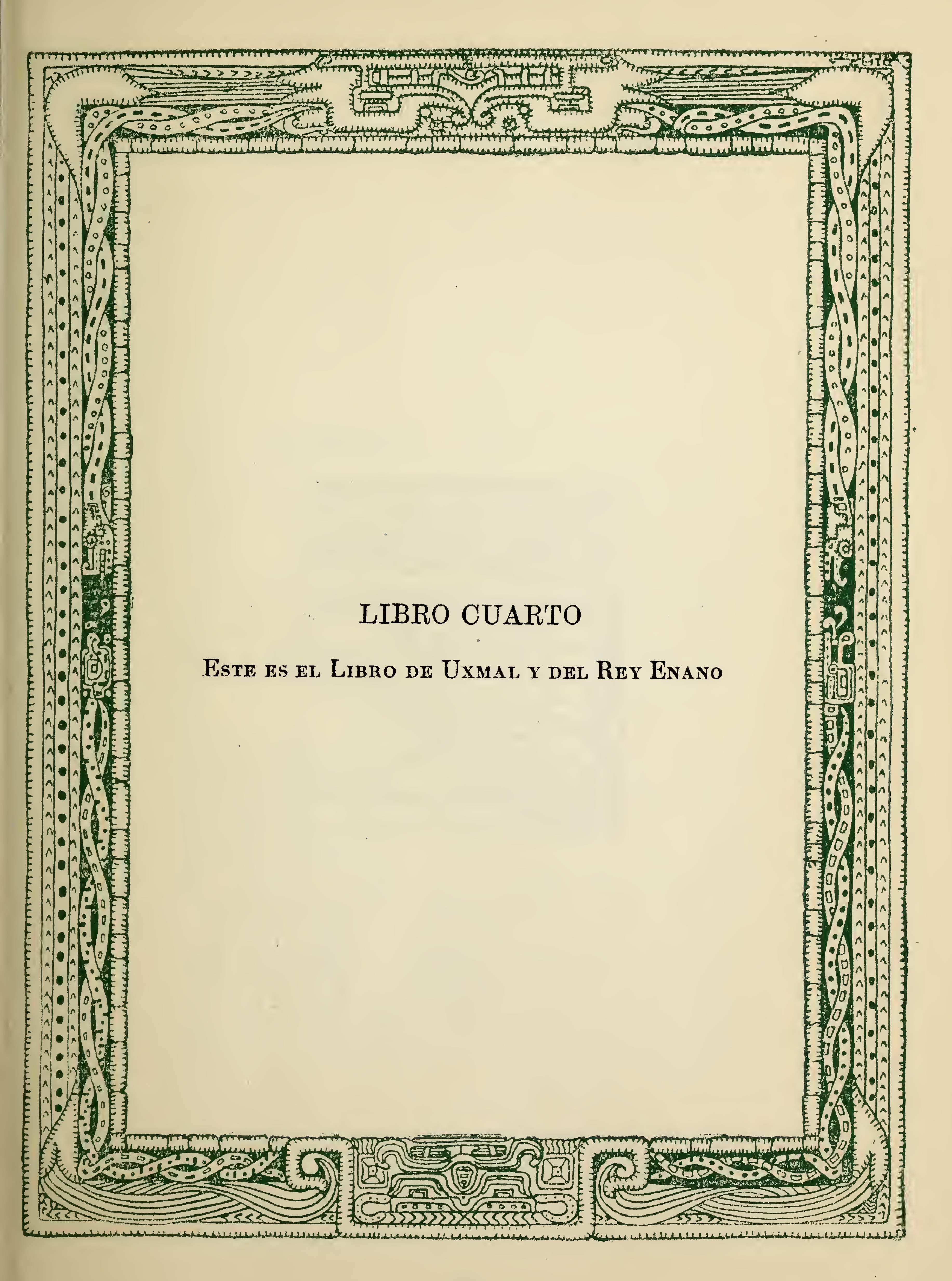
Pero algo vivió también en ella siempre, que le puso sello de la altura y marca de la luz.

De ella salieron los que fueron hijos del Sol y de la Luna sobre las tierras grandes y muy antiguas.

Para esto vino el Príncipe Nazul y para esto nació Sazilakab, la luz de la noche, y para esto fué hecha tal vez la ciudad dulce y blanca que se nombró Zac-quí, en la gloria del Mayab.

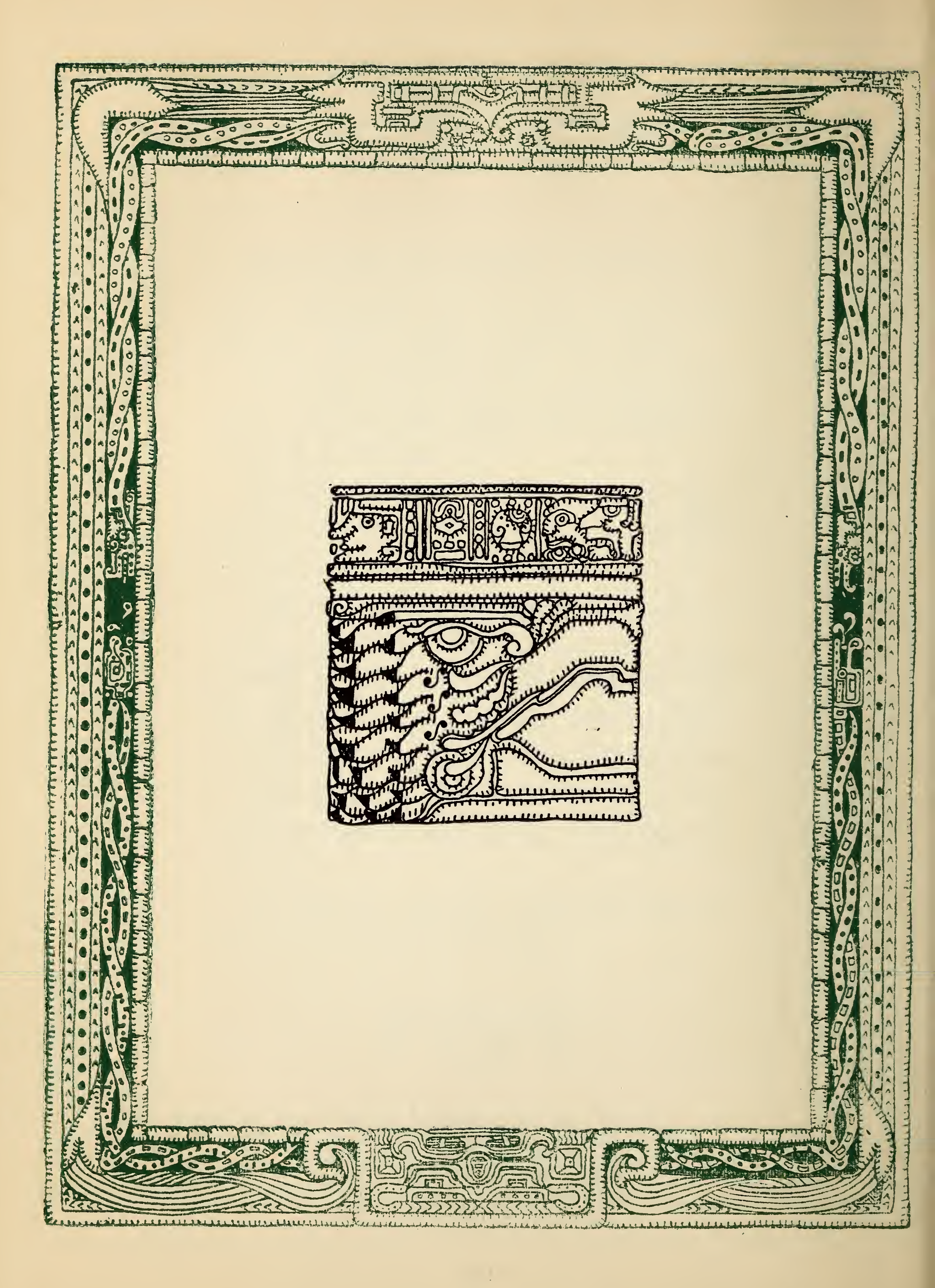
Así se canta, con palabras de la tierra, lo que se oye decir a los que lo dicen.

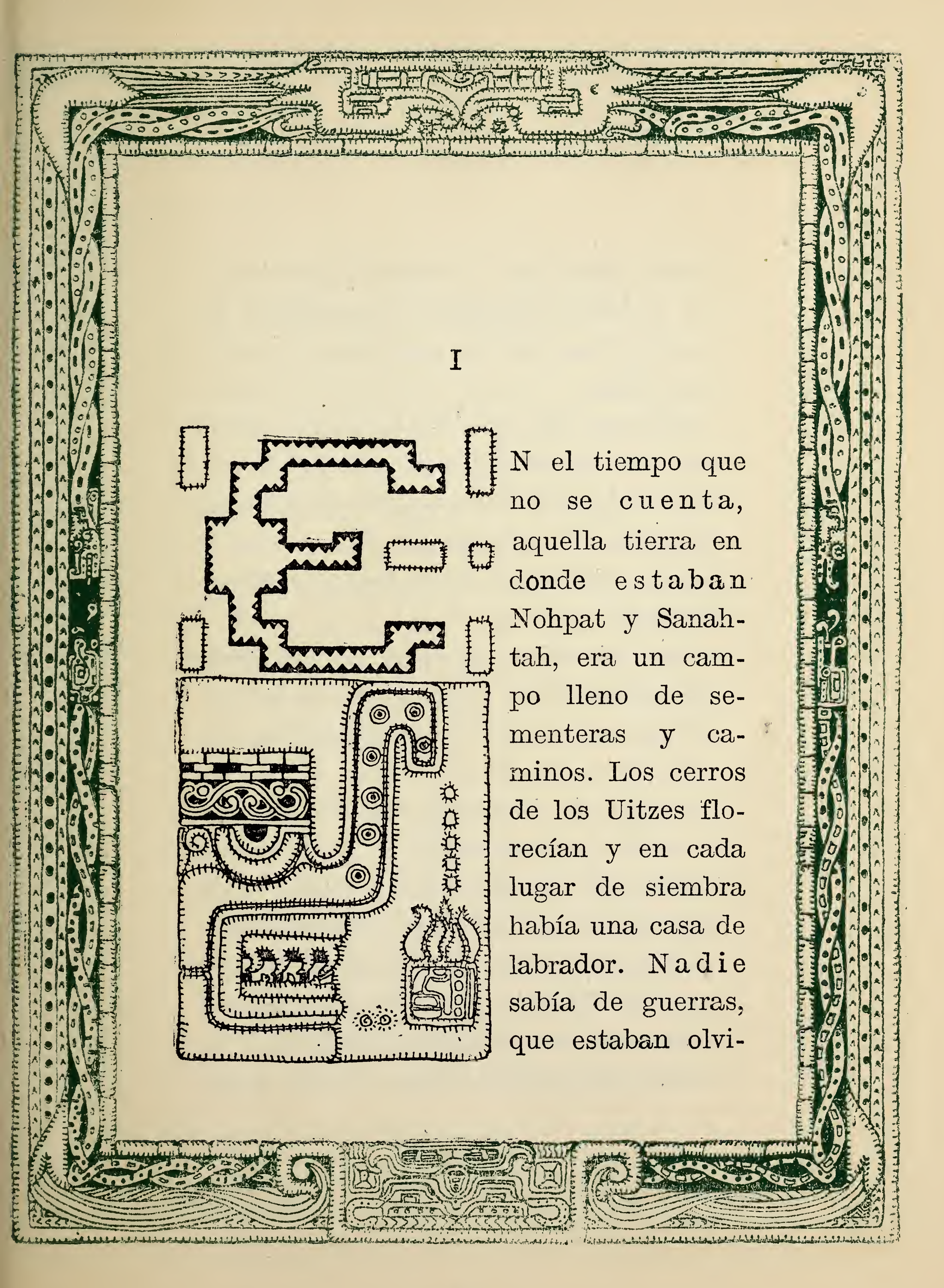
Lo demás, sólo lo saben los que saben las cosas del silencio.



LIBRO CUARTO

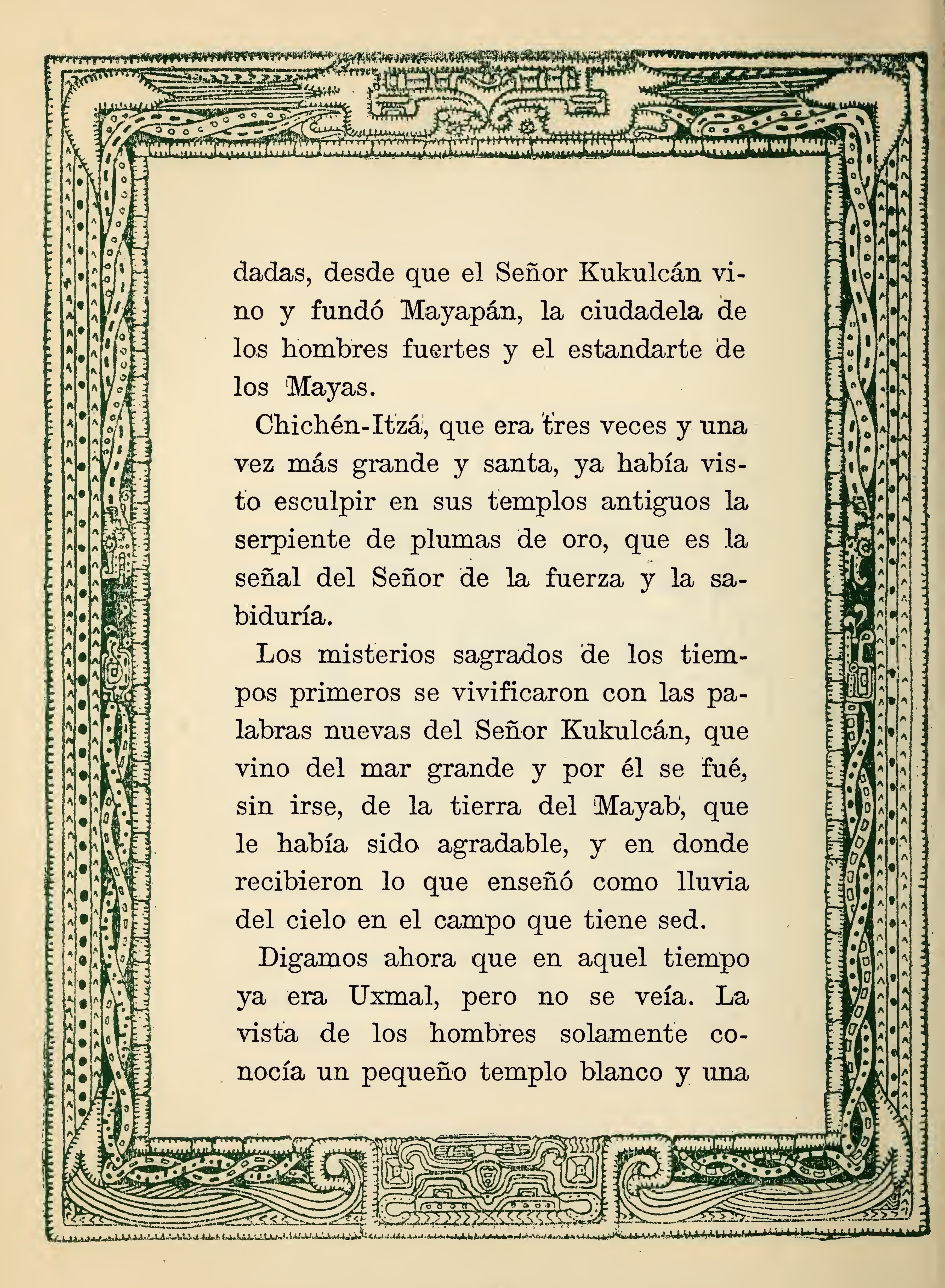
Este es el Libro de Uxmal y del Rey Enano





I

N el tiempo que no se cuenta, aquella tierra en donde estaban Nohpat y Sanahtah, era un campo lleno de sementeras y caminos. Los cerros de los Uitzes florecían y en cada lugar de siembra había una casa de labrador. Nadie sabía de guerras, que estaban olvi-

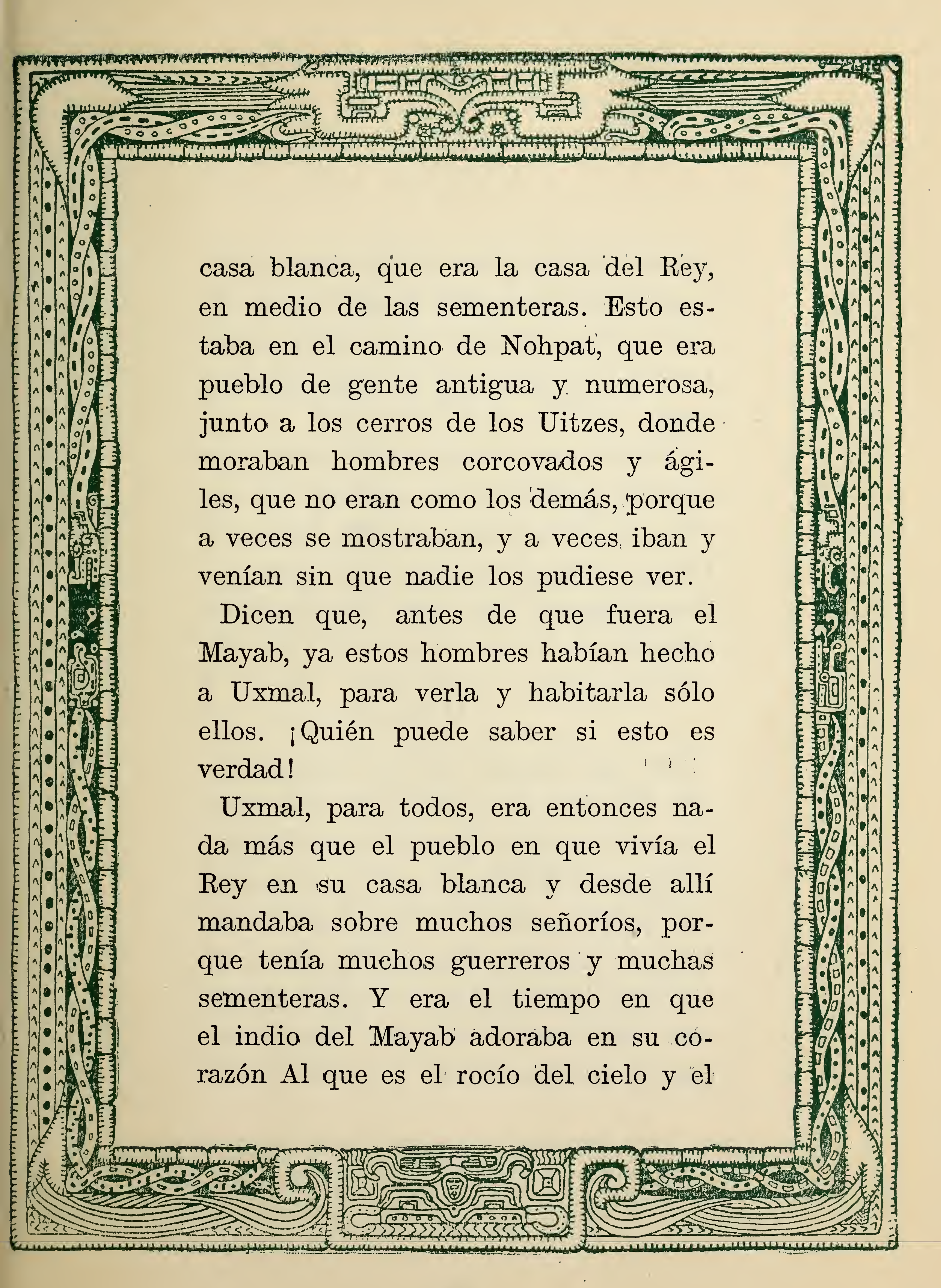


dadas, desde que el Señor Kukulcán vino y fundó Mayapán, la ciudadela de los hombres fuertes y el estandarte de los Mayas.

Chichén-Itzá, que era tres veces y una vez más grande y santa, ya había visto esculpir en sus templos antiguos la serpiente de plumas de oro, que es la señal del Señor de la fuerza y la sabiduría.

Los misterios sagrados de los tiempos primeros se vivificaron con las palabras nuevas del Señor Kukulcán, que vino del mar grande y por él se fué, sin irse, de la tierra del Mayab, que le había sido agradable, y en donde recibieron lo que enseñó como lluvia del cielo en el campo que tiene sed.

Digamos ahora que en aquel tiempo ya era Uxmal, pero no se veía. La vista de los hombres solamente conocía un pequeño templo blanco y una



casa blanca, que era la casa del Rey, en medio de las sementeras. Esto estaba en el camino de Nohpat, que era pueblo de gente antigua y numerosa, junto a los cerros de los Uitzes, donde moraban hombres corcovados y ágiles, que no eran como los demás, porque a veces se mostraban, y a veces iban y venían sin que nadie los pudiese ver.

Dicen que, antes de que fuera el Mayab, ya estos hombres habían hecho a Uxmal, para verla y habitarla sólo ellos. ¡Quién puede saber si esto es verdad!

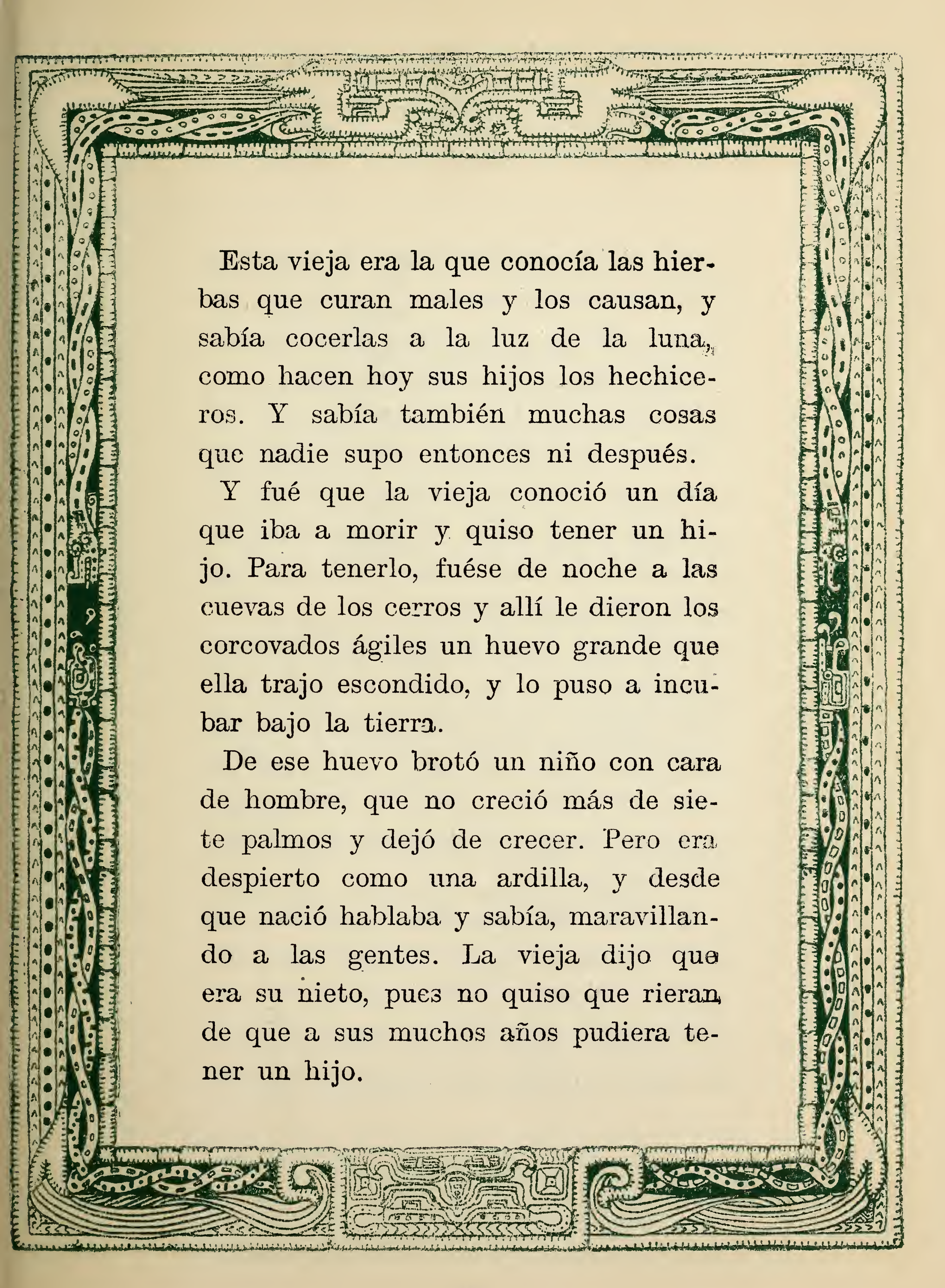
Uxmal, para todos, era entonces nada más que el pueblo en que vivía el Rey en su casa blanca y desde allí mandaba sobre muchos señoríos, porque tenía muchos guerreros y muchas sementeras. Y era el tiempo en que el indio del Mayab adoraba en su corazón Al que es el rocío del cielo y el

calor del día; pero no levantaban imágenes, como después, cuando ya tuvieron muchos dioses y los nombraban, esto es, cuando fué lo que vamos a decir.

Vamos a decir cómo fué hecha y se mostró, para que los ojos se enorgullecieran de mirarla, aquella Uxmal de la gran magnificencia, que reinó sobre el Mayab, para que cambiaran los tiempos.

II

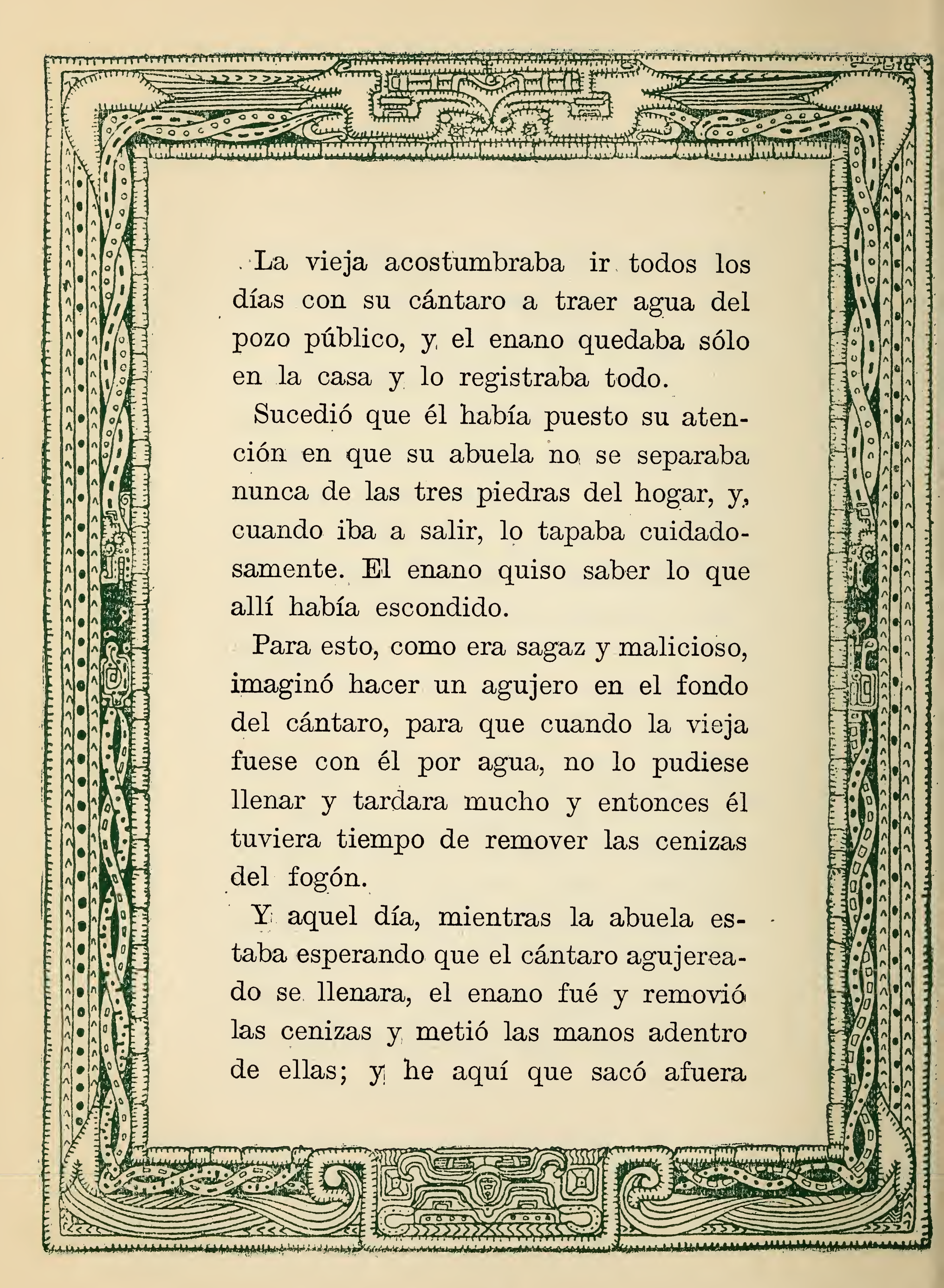
Oíd, oíd. Cuando era ese tiempo, dicen los que lo saben que una vieja hubo en Nohpat, que hacía sortilegios y hablaba de noche con los corcovados de los cerros. Su casa era una cabaña de tierra y hojas de palmera, en el confín del pueblo, y nadie vivió en ella nunca sino la vieja, desde hace años y muchos años.



Esta vieja era la que conocía las hierbas que curan males y los causan, y sabía cocerlas a la luz de la luna, como hacen hoy sus hijos los hechiceros. Y sabía también muchas cosas que nadie supo entonces ni después.

Y fué que la vieja conoció un día que iba a morir y quiso tener un hijo. Para tenerlo, fuése de noche a las cuevas de los cerros y allí le dieron los corcovados ágiles un huevo grande que ella trajo escondido, y lo puso a incubar bajo la tierra.

De ese huevo brotó un niño con cara de hombre, que no creció más de siete palmos y dejó de crecer. Pero era despierto como una ardilla, y desde que nació hablaba y sabía, maravillando a las gentes. La vieja dijo que era su nieto, pues no quiso que rieran de que a sus muchos años pudiera tener un hijo.

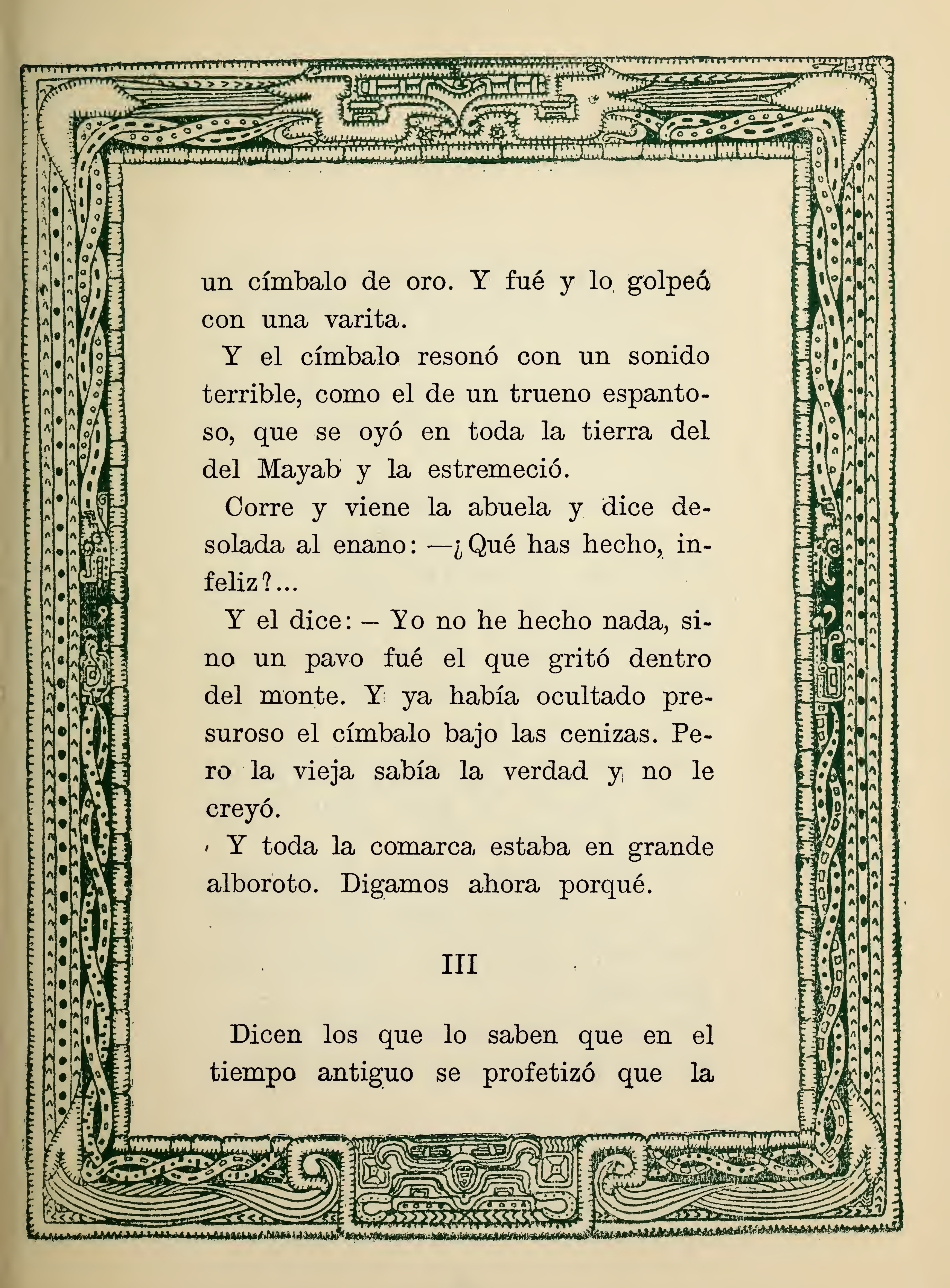


La vieja acostumbraba ir todos los días con su cántaro a traer agua del pozo público, y el enano quedaba sólo en la casa y lo registraba todo.

Sucedió que él había puesto su atención en que su abuela no se separaba nunca de las tres piedras del hogar, y, cuando iba a salir, lo tapaba cuidadosamente. El enano quiso saber lo que allí había escondido.

Para esto, como era sagaz y malicioso, imaginó hacer un agujero en el fondo del cántaro, para que cuando la vieja fuese con él por agua, no lo pudiese llenar y tardara mucho y entonces él tuviera tiempo de remover las cenizas del fogón.

Y aquel día, mientras la abuela estaba esperando que el cántaro agujereado se llenara, el enano fué y removió las cenizas y metió las manos adentro de ellas; y he aquí que sacó afuera



un címbalo de oro. Y fué y lo golpeó con una varita.

Y el címbalo resonó con un sonido terrible, como el de un trueno espantoso, que se oyó en toda la tierra del del Mayab y la estremeció.

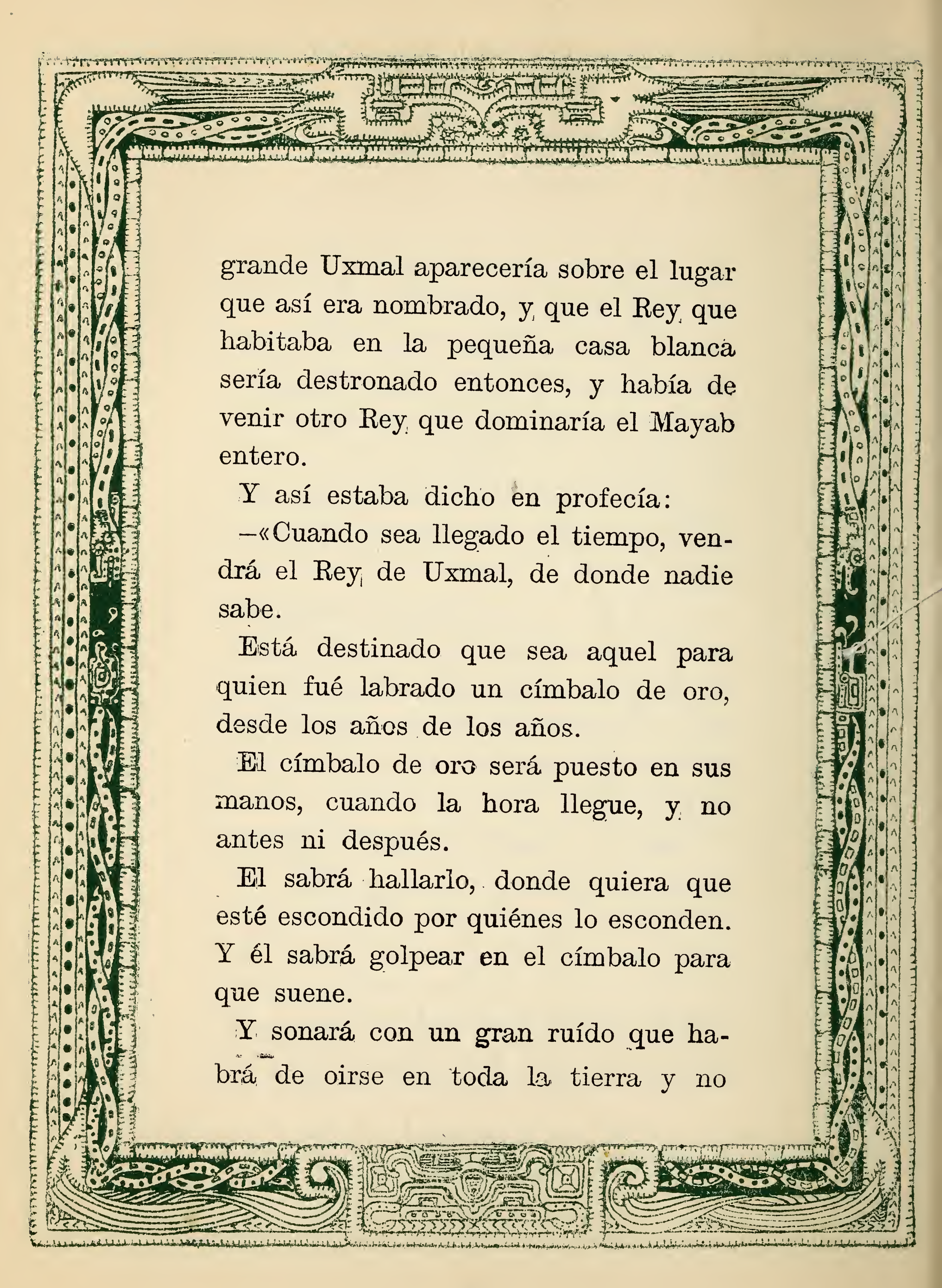
Corre y viene la abuela y dice desolada al enano: —¿Qué has hecho, infeliz?...

Y el dice: – Yo no he hecho nada, sino un pavo fué el que gritó dentro del monte. Y ya había ocultado presuroso el címbalo bajo las cenizas. Pero la vieja sabía la verdad y no le creyó.

Y toda la comarca estaba en grande alboroto. Digamos ahora porqué.

III

Dicen los que lo saben que en el tiempo antiguo se profetizó que la



grande Uxmal aparecería sobre el lugar que así era nombrado, y que el Rey que habitaba en la pequeña casa blanca sería destronado entonces, y había de venir otro Rey que dominaría el Mayab entero.

Y así estaba dicho en profecía:

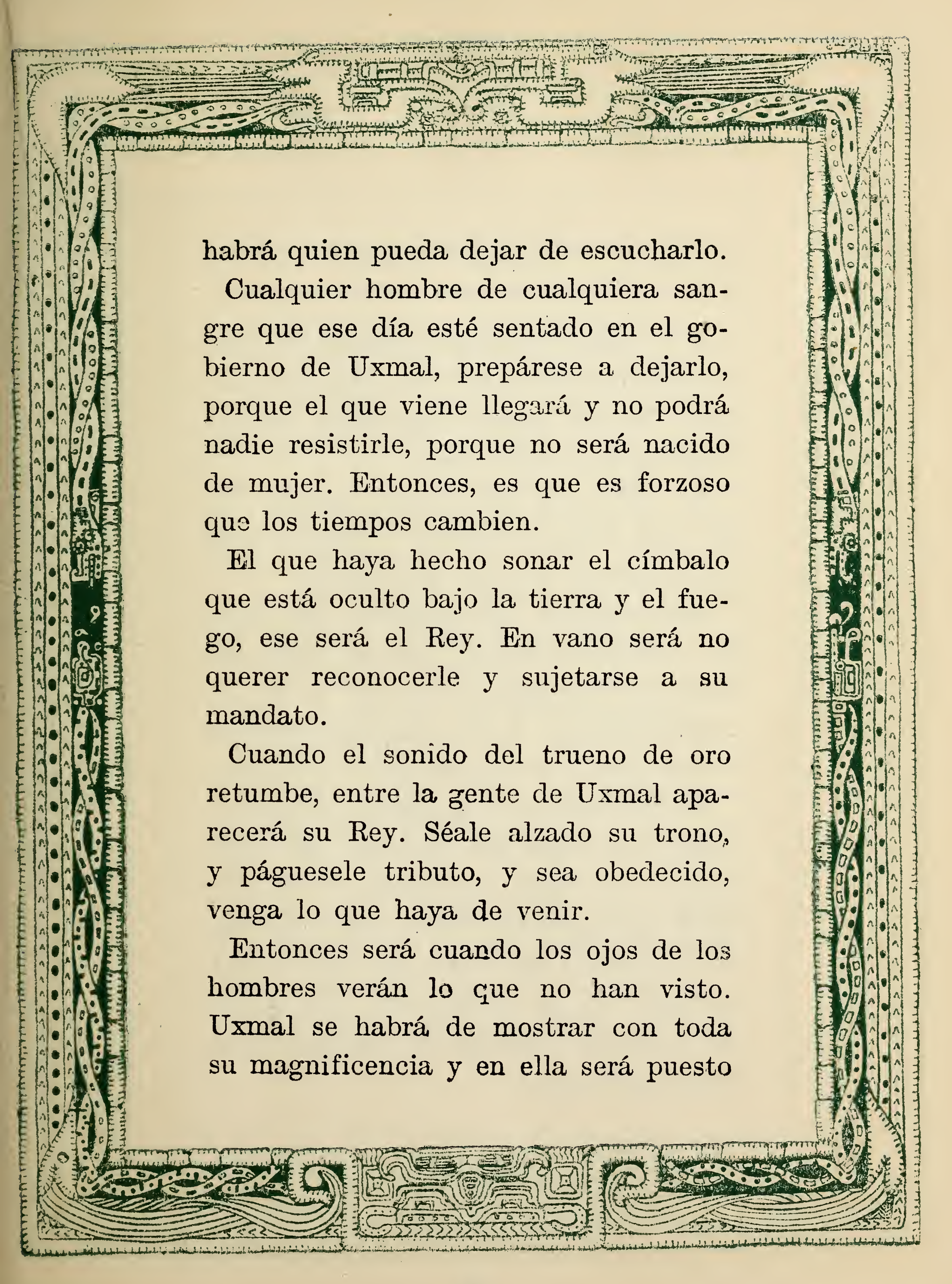
—«Cuando sea llegado el tiempo, vendrá el Rey de Uxmal, de donde nadie sabe.

Está destinado que sea aquel para quien fué labrado un címbalo de oro, desde los años de los años.

El címbalo de oro será puesto en sus manos, cuando la hora llegue, y no antes ni después.

El sabrá hallarlo, donde quiera que esté escondido por quiénes lo esconden. Y él sabrá golpear en el címbalo para que suene.

Y sonará con un gran ruído que habrá de oirse en toda la tierra y no



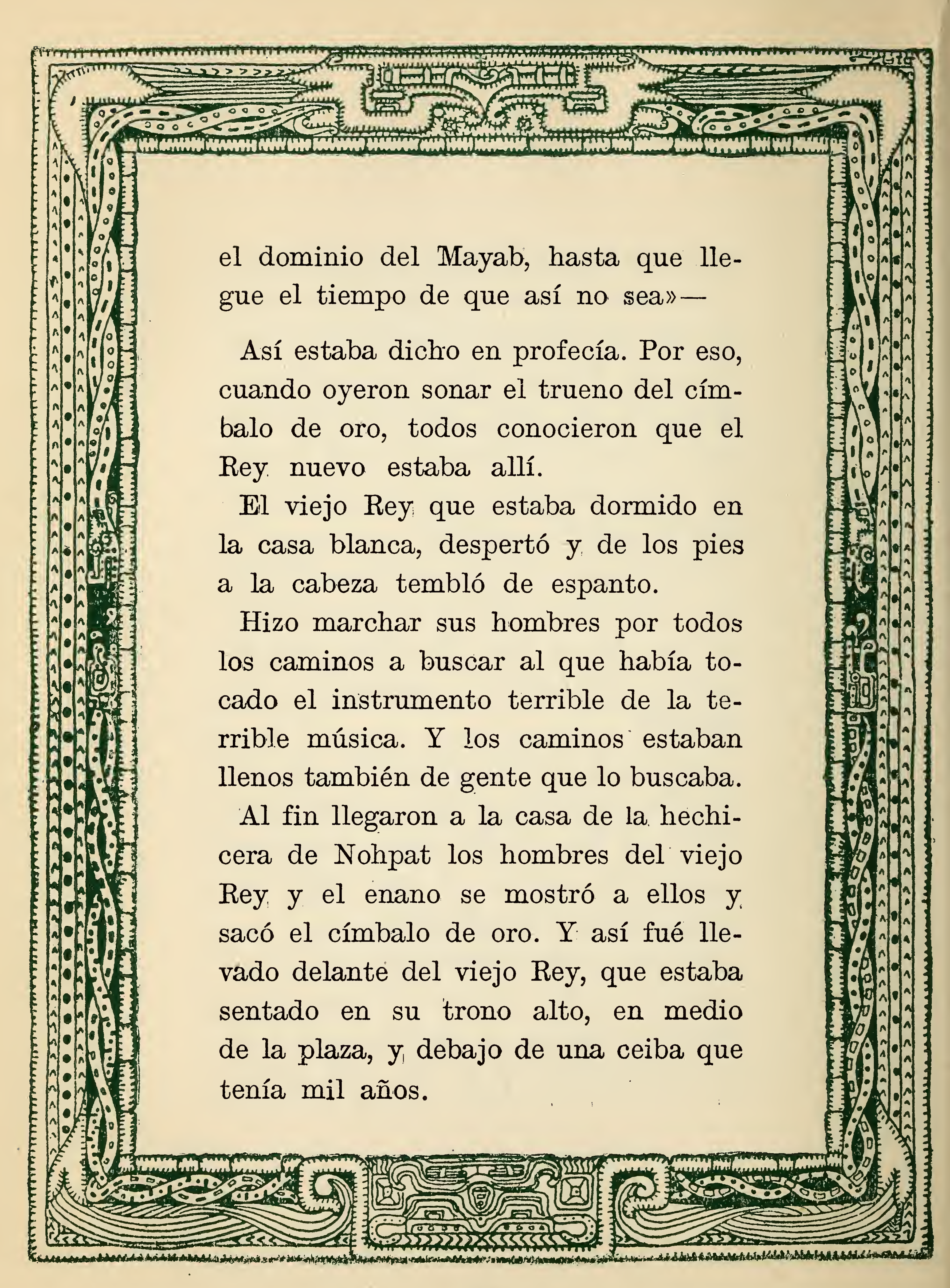
habrá quien pueda dejar de escucharlo.

Cualquier hombre de cualquiera sangre que ese día esté sentado en el gobierno de Uxmal, prepárese a dejarlo, porque el que viene llegará y no podrá nadie resistirle, porque no será nacido de mujer. Entonces, es que es forzoso que los tiempos cambien.

El que haya hecho sonar el címbalo que está oculto bajo la tierra y el fuego, ese será el Rey. En vano será no querer reconocerle y sujetarse a su mandato.

Cuando el sonido del trueno de oro retumbe, entre la gente de Uxmal aparecerá su Rey. Séale alzado su trono, y páguesele tributo, y sea obedecido, venga lo que haya de venir.

Entonces será cuando los ojos de los hombres verán lo que no han visto. Uxmal se habrá de mostrar con toda su magnificencia y en ella será puesto



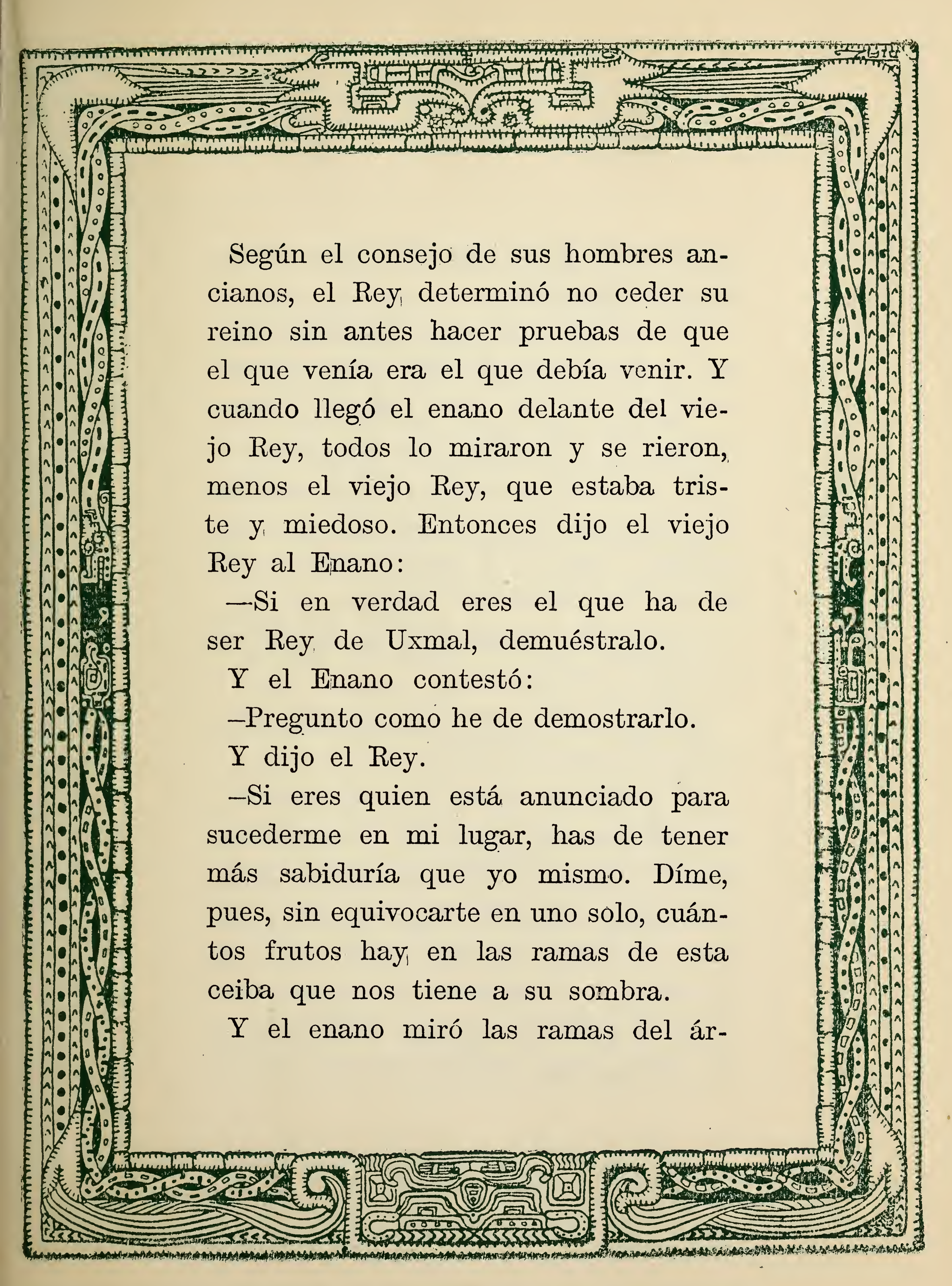
el dominio del Mayab, hasta que llegue el tiempo de que así no sea»—

Así estaba dicho en profecía. Por eso, cuando oyeron sonar el trueno del címbalo de oro, todos conocieron que el Rey nuevo estaba allí.

El viejo Rey que estaba dormido en la casa blanca, despertó y de los pies a la cabeza tembló de espanto.

Hizo marchar sus hombres por todos los caminos a buscar al que había tocado el instrumento terrible de la terrible música. Y los caminos estaban llenos también de gente que lo buscaba.

Al fin llegaron a la casa de la hechicera de Nohpat los hombres del viejo Rey y el enano se mostró a ellos y sacó el címbalo de oro. Y así fué llevado delante del viejo Rey, que estaba sentado en su trono alto, en medio de la plaza, y debajo de una ceiba que tenía mil años.



Según el consejo de sus hombres ancianos, el Rey determinó no ceder su reino sin antes hacer pruebas de que el que venía era el que debía venir. Y cuando llegó el enano delante del viejo Rey, todos lo miraron y se rieron, menos el viejo Rey, que estaba triste y miedoso. Entonces dijo el viejo Rey al Enano:

—Si en verdad eres el que ha de ser Rey de Uxmal, demuéstralo.

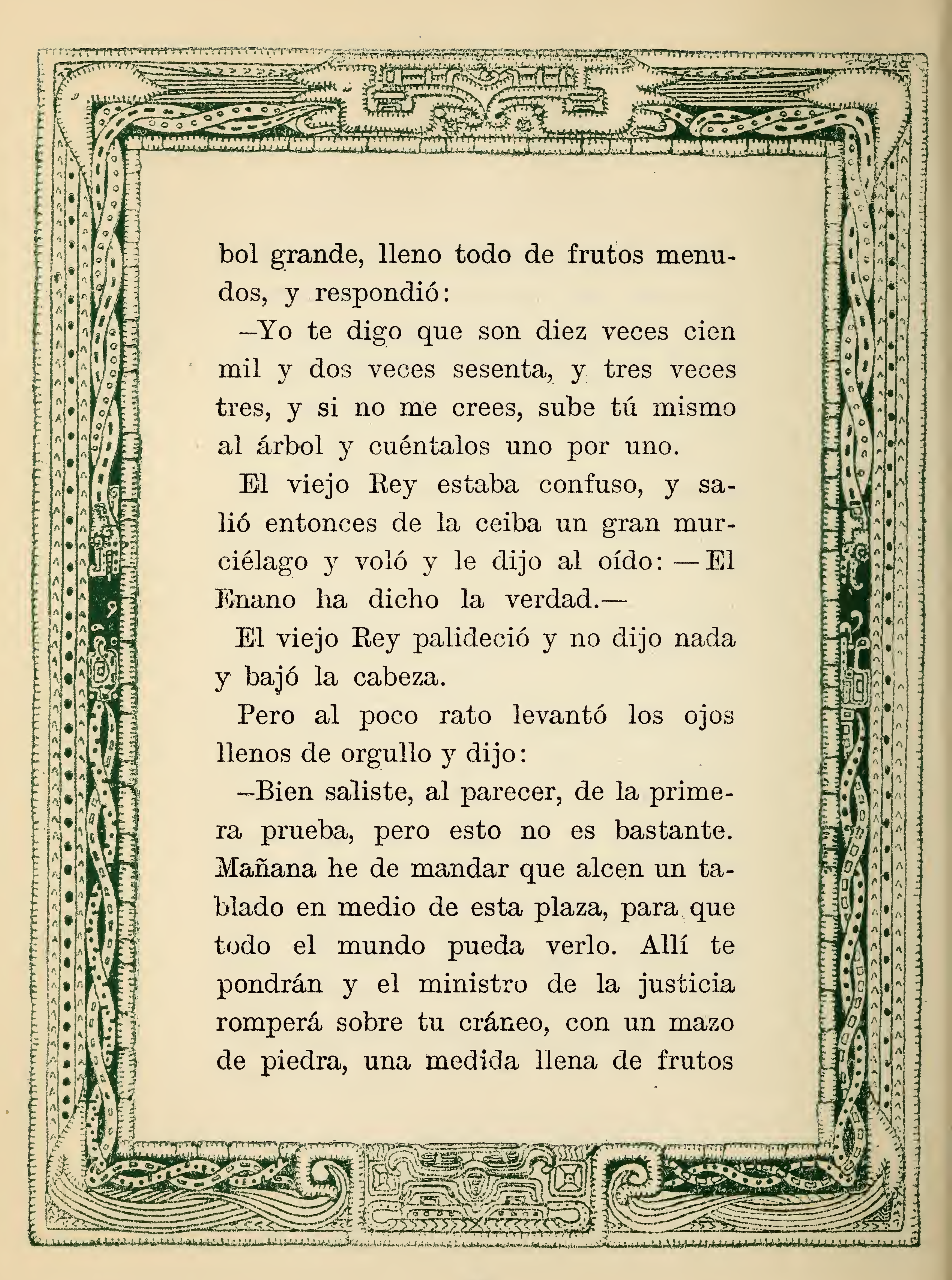
Y el Enano contestó:

—Pregunto como he de demostrarlo.

Y dijo el Rey.

—Si eres quien está anunciado para sucederme en mi lugar, has de tener más sabiduría que yo mismo. Díme, pues, sin equivocarte en uno solo, cuántos frutos hay en las ramas de esta ceiba que nos tiene a su sombra.

Y el enano miró las ramas del ár-



bol grande, lleno todo de frutos menudos, y respondió:

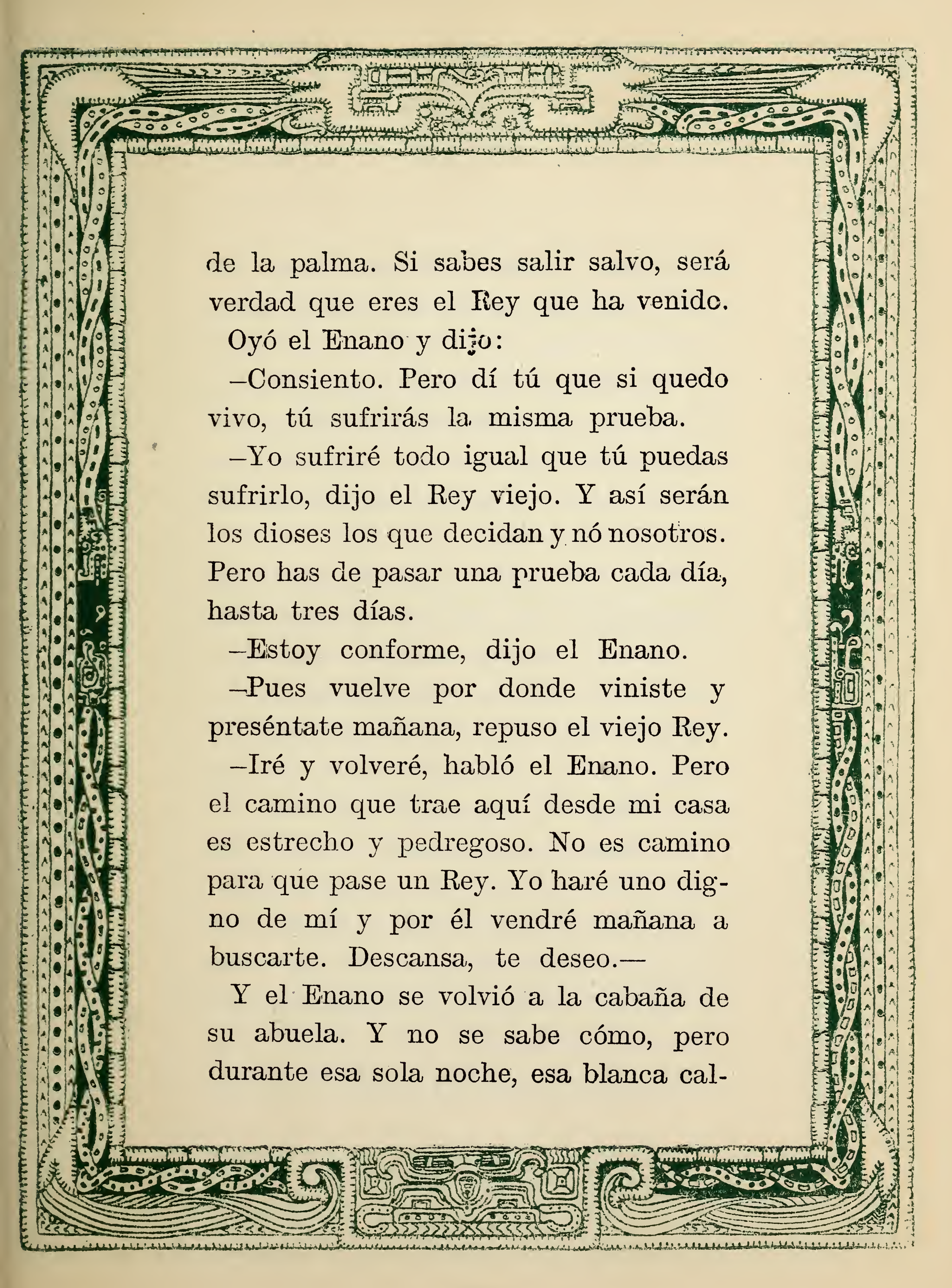
—Yo te digo que son diez veces cien mil y dos veces sesenta, y tres veces tres, y si no me crees, sube tú mismo al árbol y cuéntalos uno por uno.

El viejo Rey estaba confuso, y salió entonces de la ceiba un gran murciélago y voló y le dijo al oído: —El Enano ha dicho la verdad.—

El viejo Rey palideció y no dijo nada y bajó la cabeza.

Pero al poco rato levantó los ojos llenos de orgullo y dijo:

—Bien saliste, al parecer, de la primera prueba, pero esto no es bastante. Mañana he de mandar que alcen un tablado en medio de esta plaza, para que todo el mundo pueda verlo. Allí te pondrán y el ministro de la justicia romperá sobre tu cráneo, con un mazo de piedra, una medida llena de frutos



de la palma. Si sabes salir salvo, será verdad que eres el Rey que ha venido.

Oyó el Enano y dijo:

—Consiento. Pero dí tú que si quedo vivo, tú sufrirás la misma prueba.

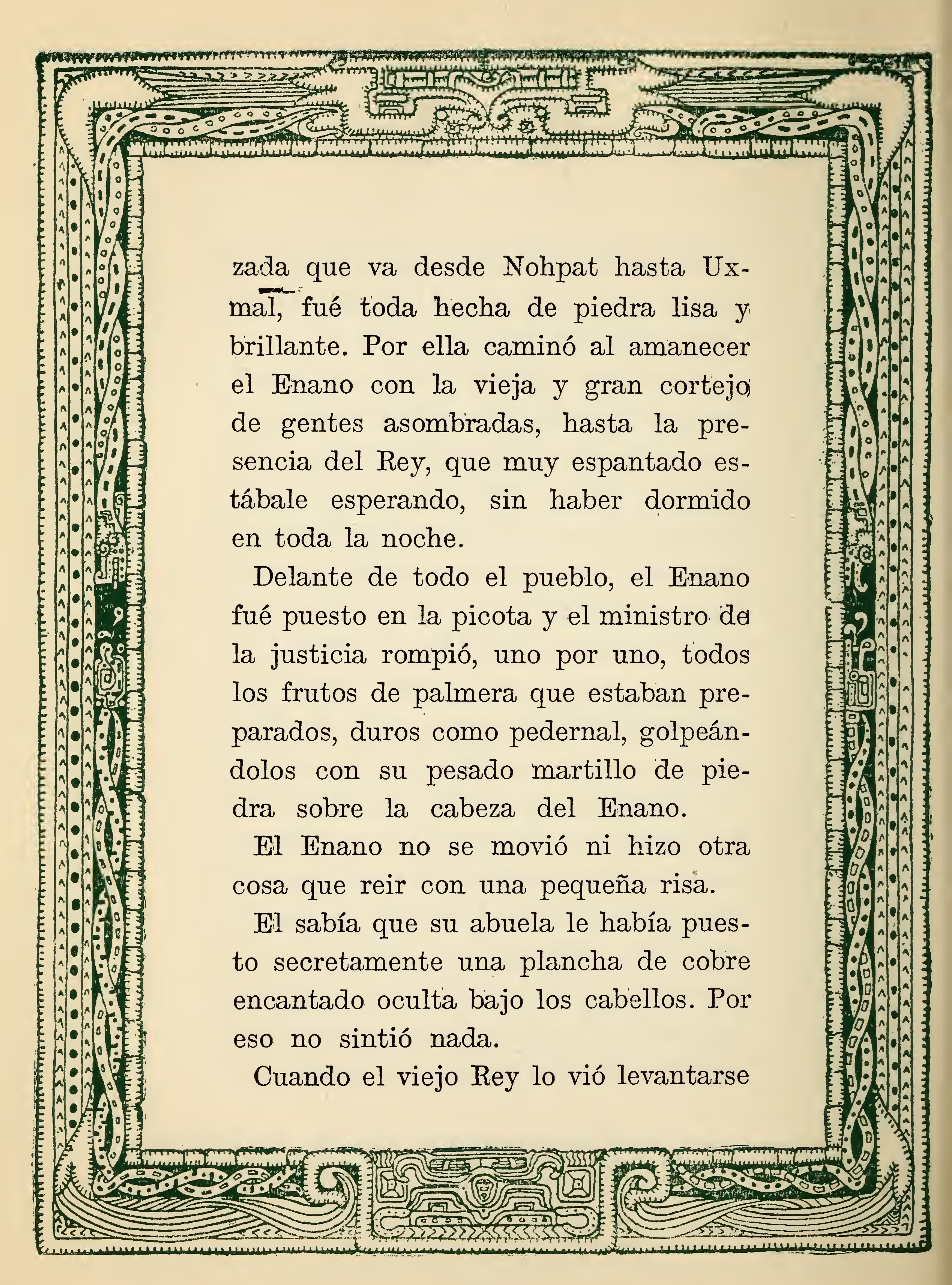
—Yo sufriré todo igual que tú puedas sufrirlo, dijo el Rey viejo. Y así serán los dioses los que decidan y nó nosotros. Pero has de pasar una prueba cada día, hasta tres días.

—Estoy conforme, dijo el Enano.

—Pues vuelve por donde viniste y preséntate mañana, repuso el viejo Rey.

—Iré y volveré, habló el Enano. Pero el camino que trae aquí desde mi casa es estrecho y pedregoso. No es camino para que pase un Rey. Yo haré uno digno de mí y por él vendré mañana a buscarte. Descansa, te deseo.—

Y el Enano se volvió a la cabaña de su abuela. Y no se sabe cómo, pero durante esa sola noche, esa blanca cal-



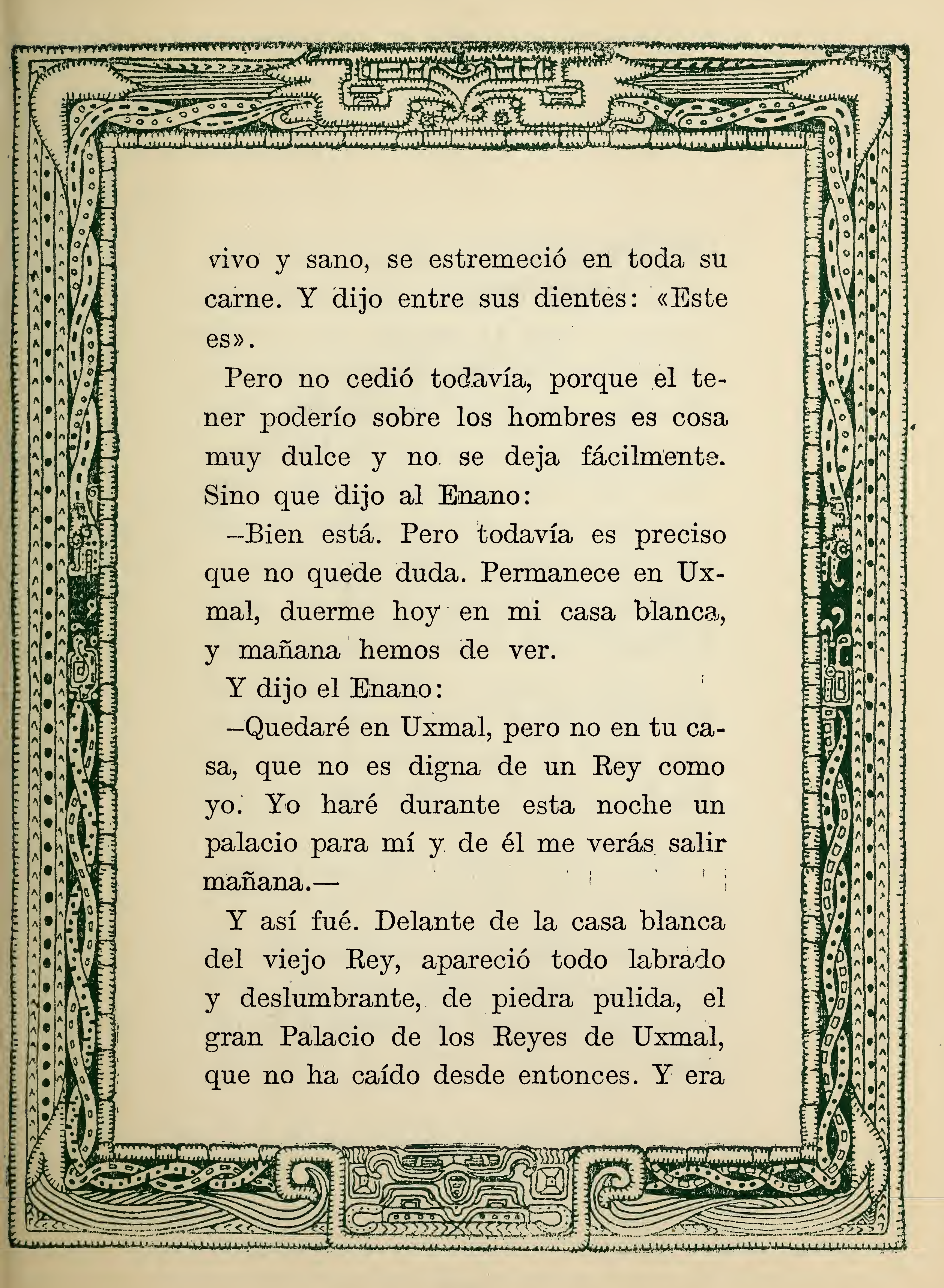
zada que va desde Nohpat hasta Uxmal, fué toda hecha de piedra lisa y brillante. Por ella caminó al amanecer el Enano con la vieja y gran cortejo de gentes asombradas, hasta la presencia del Rey, que muy espantado estábale esperando, sin haber dormido en toda la noche.

Delante de todo el pueblo, el Enano fué puesto en la picota y el ministro de la justicia rompió, uno por uno, todos los frutos de palmera que estaban preparados, duros como pedernal, golpeándolos con su pesado martillo de piedra sobre la cabeza del Enano.

El Enano no se movió ni hizo otra cosa que reir con una pequeña risa.

El sabía que su abuela le había puesto secretamente una plancha de cobre encantado oculta bajo los cabellos. Por eso no sintió nada.

Cuando el viejo Rey lo vió levantarse



vivo y sano, se estremeció en toda su carne. Y dijo entre sus dientes: «Este es».

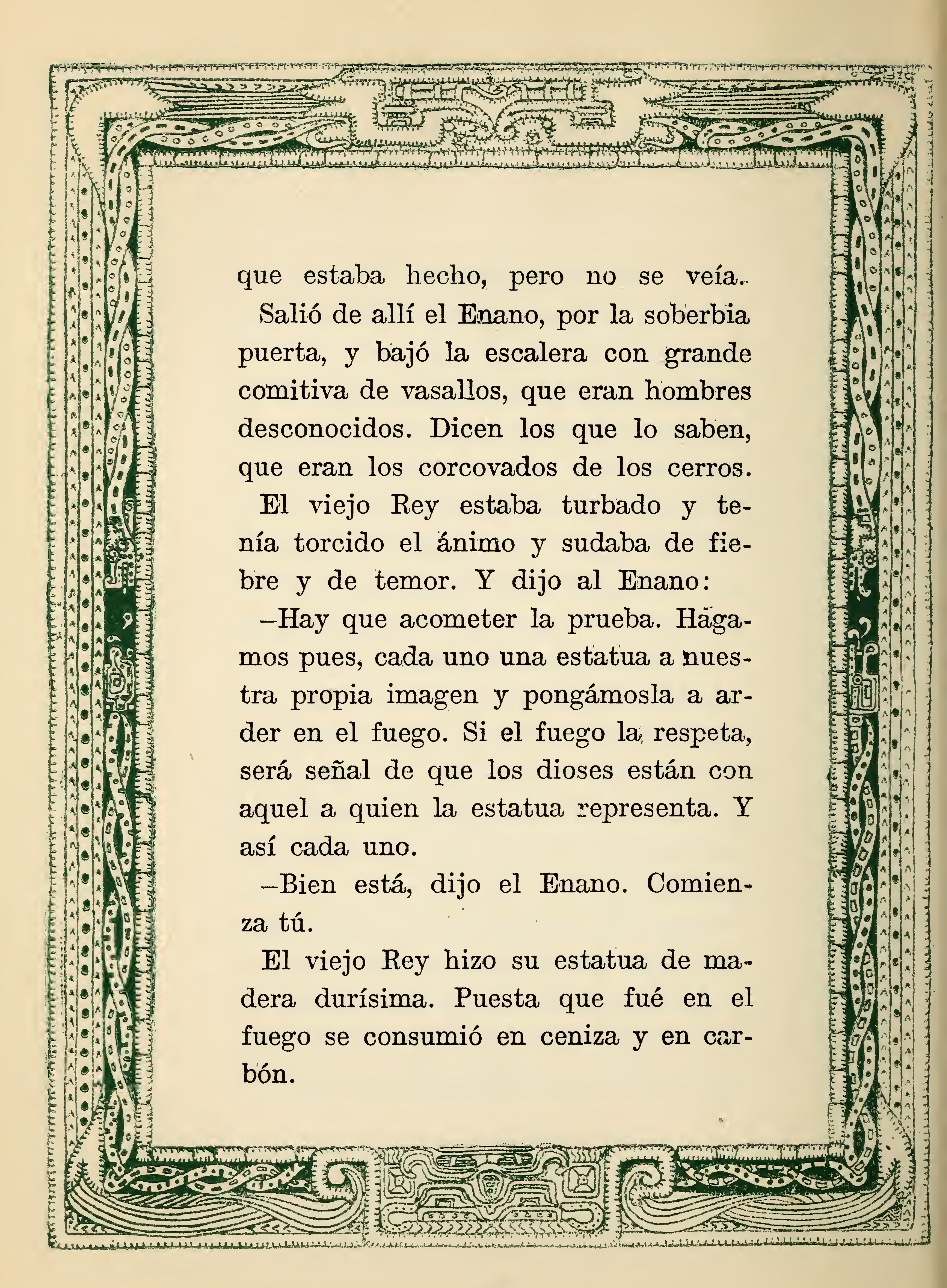
Pero no cedió todavía, porque el tener poderío sobre los hombres es cosa muy dulce y no se deja fácilmente. Sino que dijo al Enano:

—Bien está. Pero todavía es preciso que no quede duda. Permanece en Uxmal, duerme hoy en mi casa blanca, y mañana hemos de ver.

Y dijo el Enano:

—Quedaré en Uxmal, pero no en tu casa, que no es digna de un Rey como yo. Yo haré durante esta noche un palacio para mí y de él me verás salir mañana.—

Y así fué. Delante de la casa blanca del viejo Rey, apareció todo labrado y deslumbrante, de piedra pulida, el gran Palacio de los Reyes de Uxmal, que no ha caído desde entonces. Y era



que estaba hecho, pero no se veía.

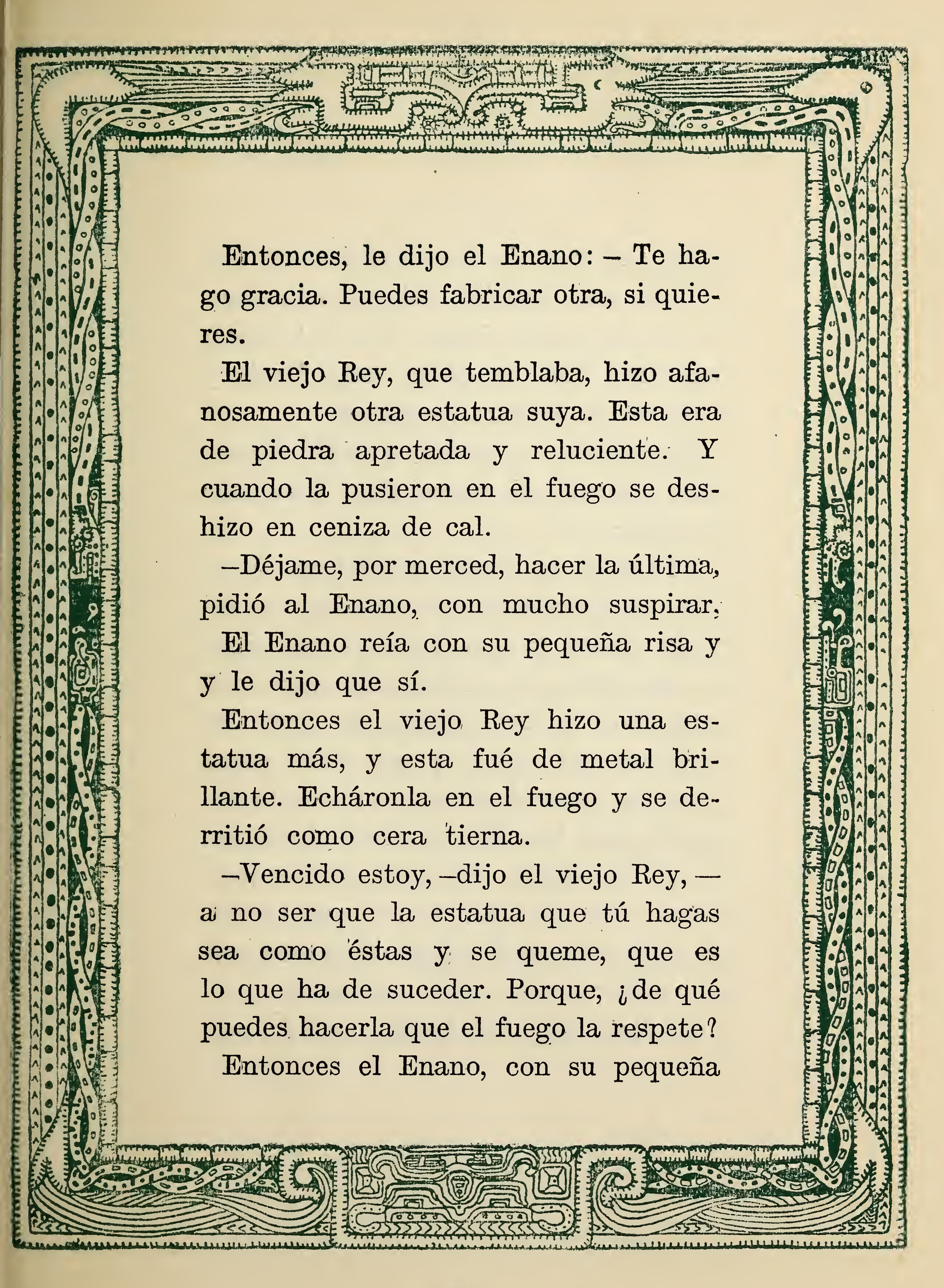
Salió de allí el Enano, por la soberbia puerta, y bajó la escalera con grande comitiva de vasallos, que eran hombres desconocidos. Dicen los que lo saben, que eran los corcovados de los cerros.

El viejo Rey estaba turbado y tenía torcido el ánimo y sudaba de fiebre y de temor. Y dijo al Enano:

—Hay que acometer la prueba. Hagamos pues, cada uno una estatua a nuestra propia imagen y pongámosla a arder en el fuego. Si el fuego la respeta, será señal de que los dioses están con aquel a quien la estatua representa. Y así cada uno.

—Bien está, dijo el Enano. Comienza tú.

El viejo Rey hizo su estatua de madera durísima. Puesta que fué en el fuego se consumió en ceniza y en carbón.



Entonces, le dijo el Enano: — Te hago gracia. Puedes fabricar otra, si quieres.

El viejo Rey, que temblaba, hizo afanosamente otra estatua suya. Esta era de piedra apretada y reluciente. Y cuando la pusieron en el fuego se deshizo en ceniza de cal.

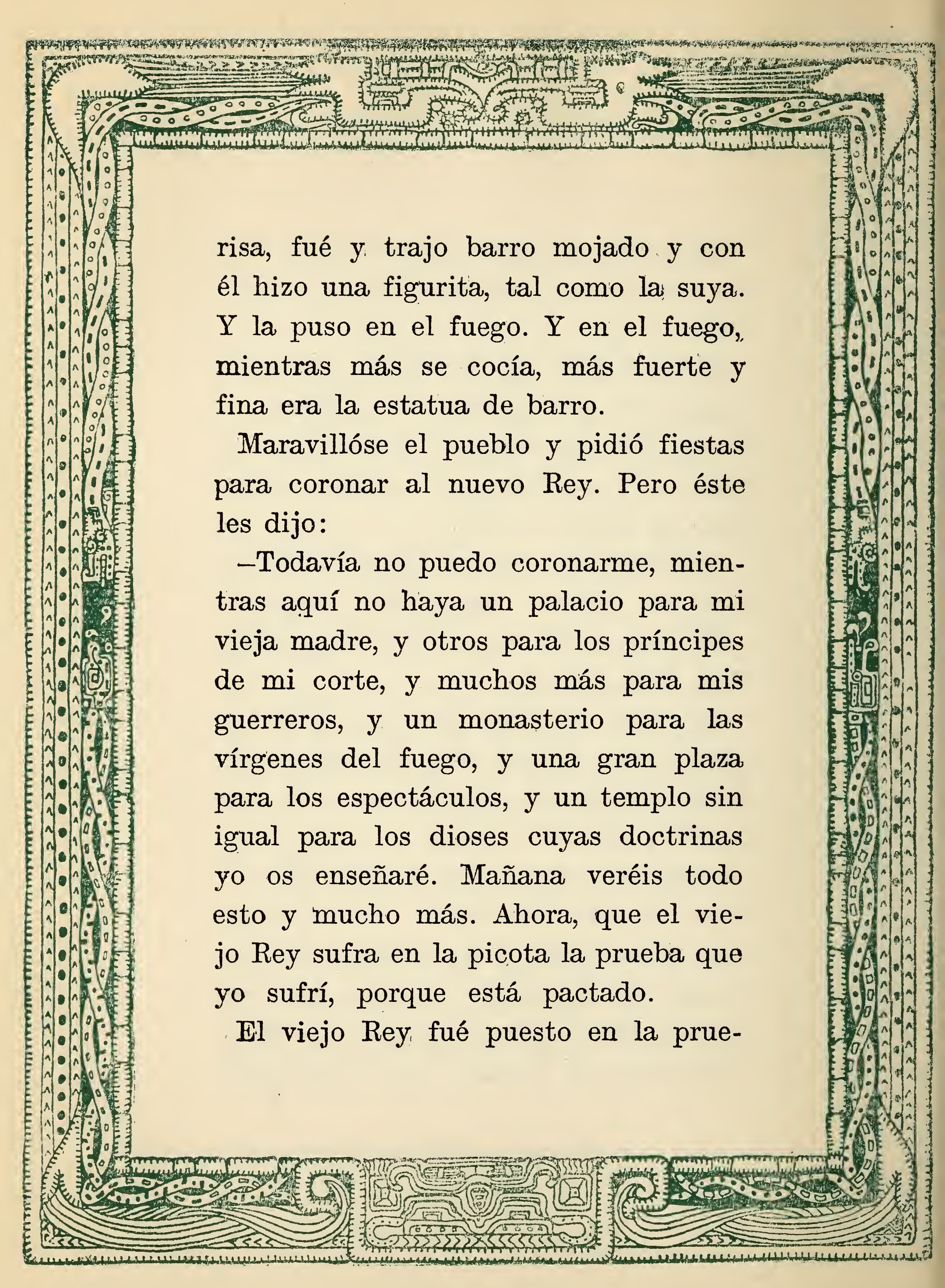
—Déjame, por merced, hacer la última, pidió al Enano, con mucho suspirar.

El Enano reía con su pequeña risa y y le dijo que sí.

Entonces el viejo Rey hizo una estatua más, y esta fué de metal brillante. Echáronla en el fuego y se derritió como cera tierna.

—Vencido estoy, —dijo el viejo Rey, — a no ser que la estatua que tú hagas sea como éstas y se queme, que es lo que ha de suceder. Porque, ¿de qué puedes hacerla que el fuego la respete?

Entonces el Enano, con su pequeña

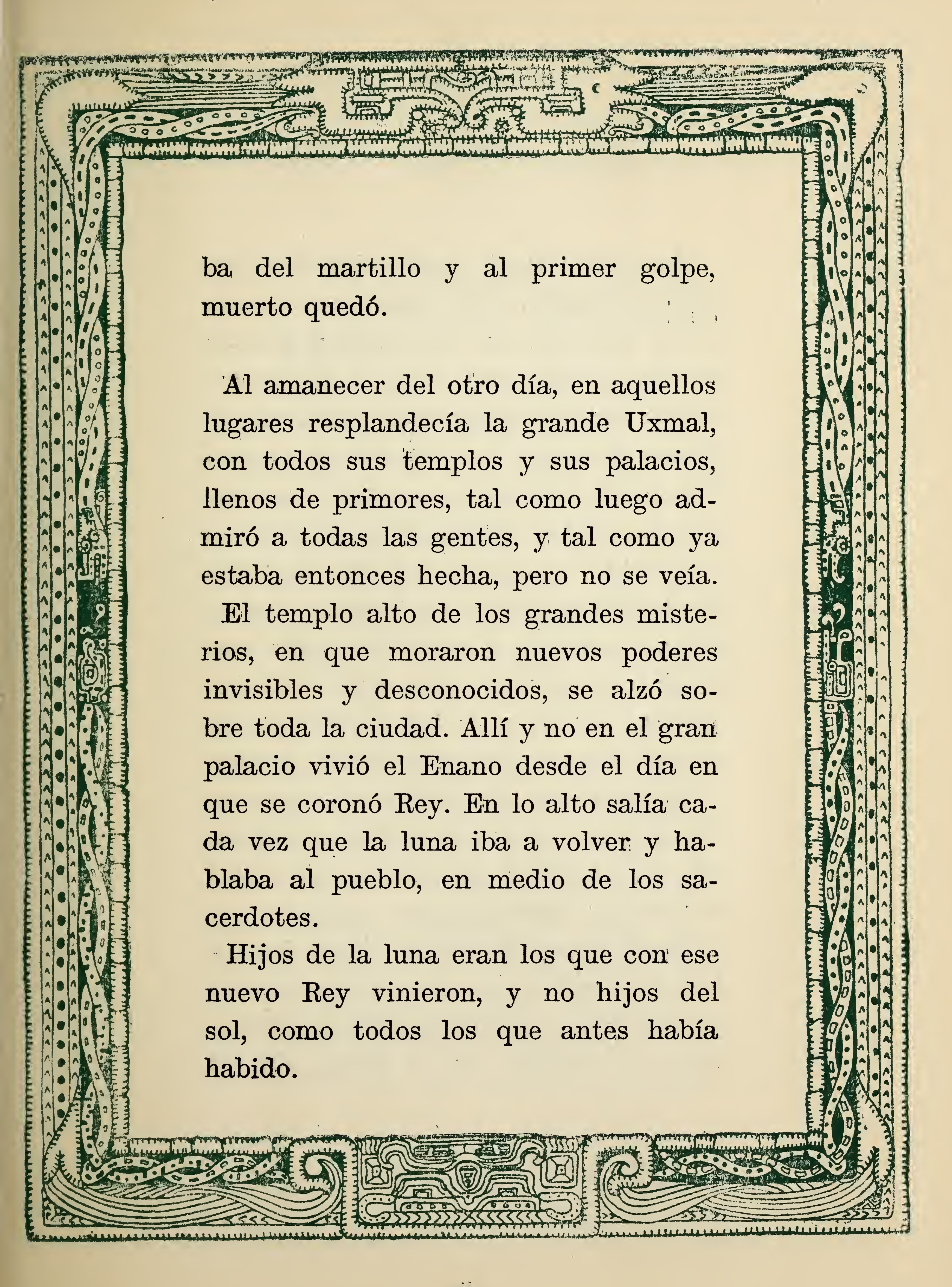


risa, fué y trajo barro mojado y con él hizo una figurita, tal como la suya. Y la puso en el fuego. Y en el fuego, mientras más se cocía, más fuerte y fina era la estatua de barro.

Maravillóse el pueblo y pidió fiestas para coronar al nuevo Rey. Pero éste les dijo:

—Todavía no puedo coronarme, mientras aquí no haya un palacio para mi vieja madre, y otros para los príncipes de mi corte, y muchos más para mis guerreros, y un monasterio para las vírgenes del fuego, y una gran plaza para los espectáculos, y un templo sin igual para los dioses cuyas doctrinas yo os enseñaré. Mañana veréis todo esto y mucho más. Ahora, que el viejo Rey sufra en la picota la prueba que yo sufrí, porque está pactado.

El viejo Rey fué puesto en la prue-

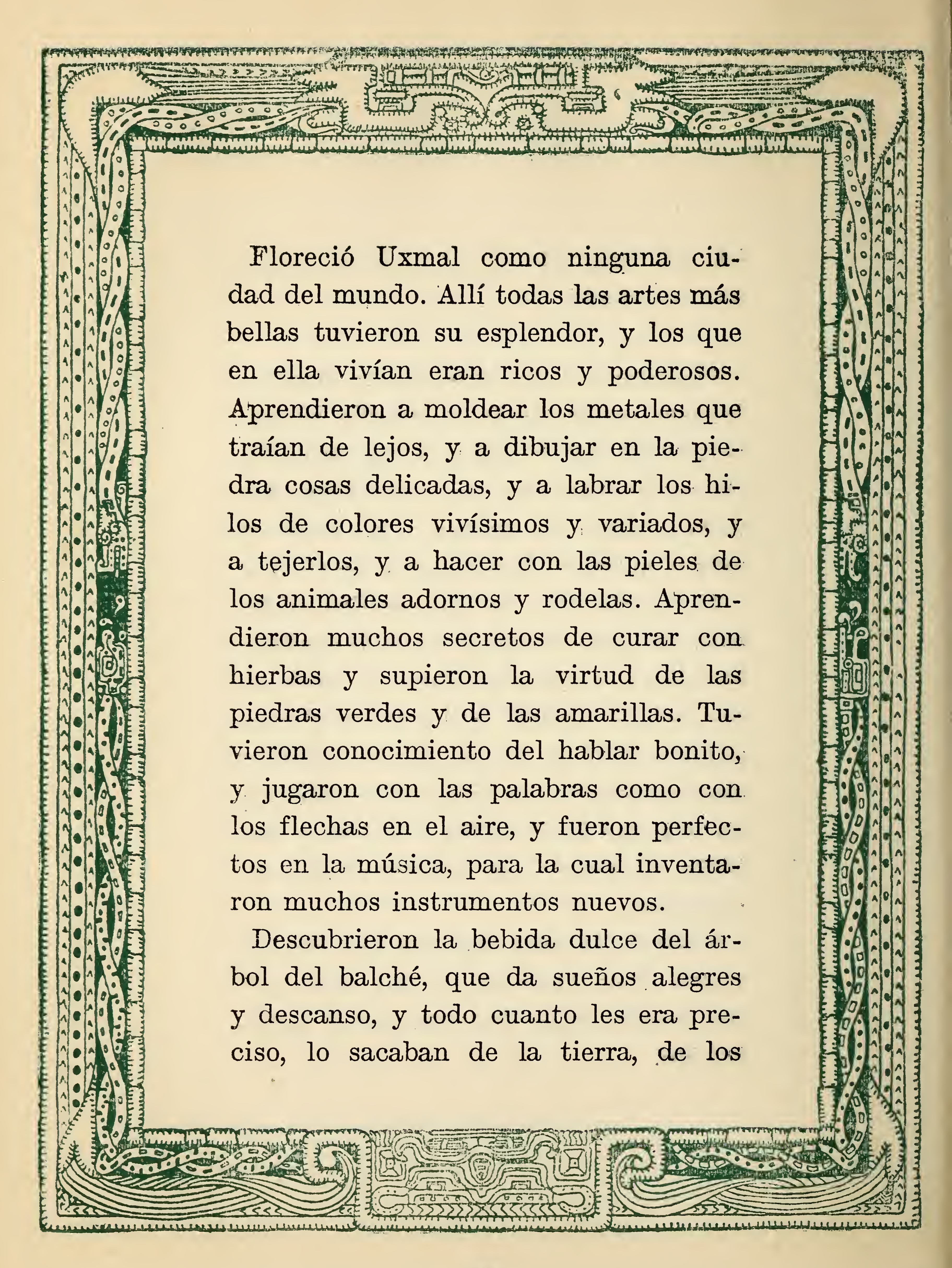


ba del martillo y al primer golpe, muerto quedó.

Al amanecer del otro día, en aquellos lugares resplandecía la grande Uxmal, con todos sus templos y sus palacios, llenos de primores, tal como luego admiró a todas las gentes, y tal como ya estaba entonces hecha, pero no se veía.

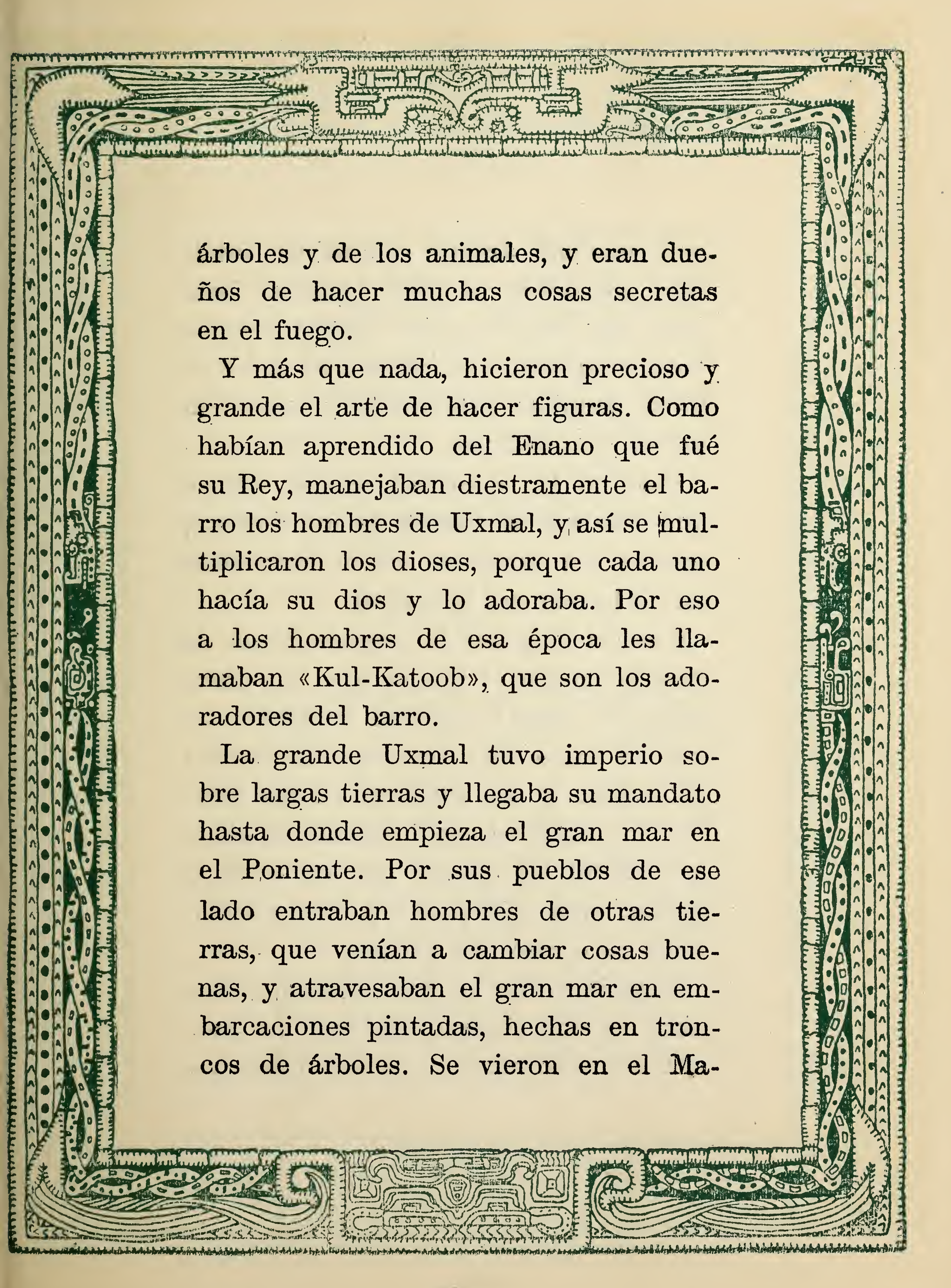
El templo alto de los grandes misterios, en que moraron nuevos poderes invisibles y desconocidos, se alzó sobre toda la ciudad. Allí y no en el gran palacio vivió el Enano desde el día en que se coronó Rey. En lo alto salía cada vez que la luna iba a volver y hablaba al pueblo, en medio de los sacerdotes.

Hijos de la luna eran los que con ese nuevo Rey vinieron, y no hijos del sol, como todos los que antes había habido.



Floreció Uxmal como ninguna ciudad del mundo. Allí todas las artes más bellas tuvieron su esplendor, y los que en ella vivían eran ricos y poderosos. Aprendieron a moldear los metales que traían de lejos, y a dibujar en la piedra cosas delicadas, y a labrar los hilos de colores vivísimos y variados, y a tejerlos, y a hacer con las pieles de los animales adornos y rodelas. Aprendieron muchos secretos de curar con hierbas y supieron la virtud de las piedras verdes y de las amarillas. Tuvieron conocimiento del hablar bonito, y jugaron con las palabras como con los flechas en el aire, y fueron perfectos en la música, para la cual inventaron muchos instrumentos nuevos.

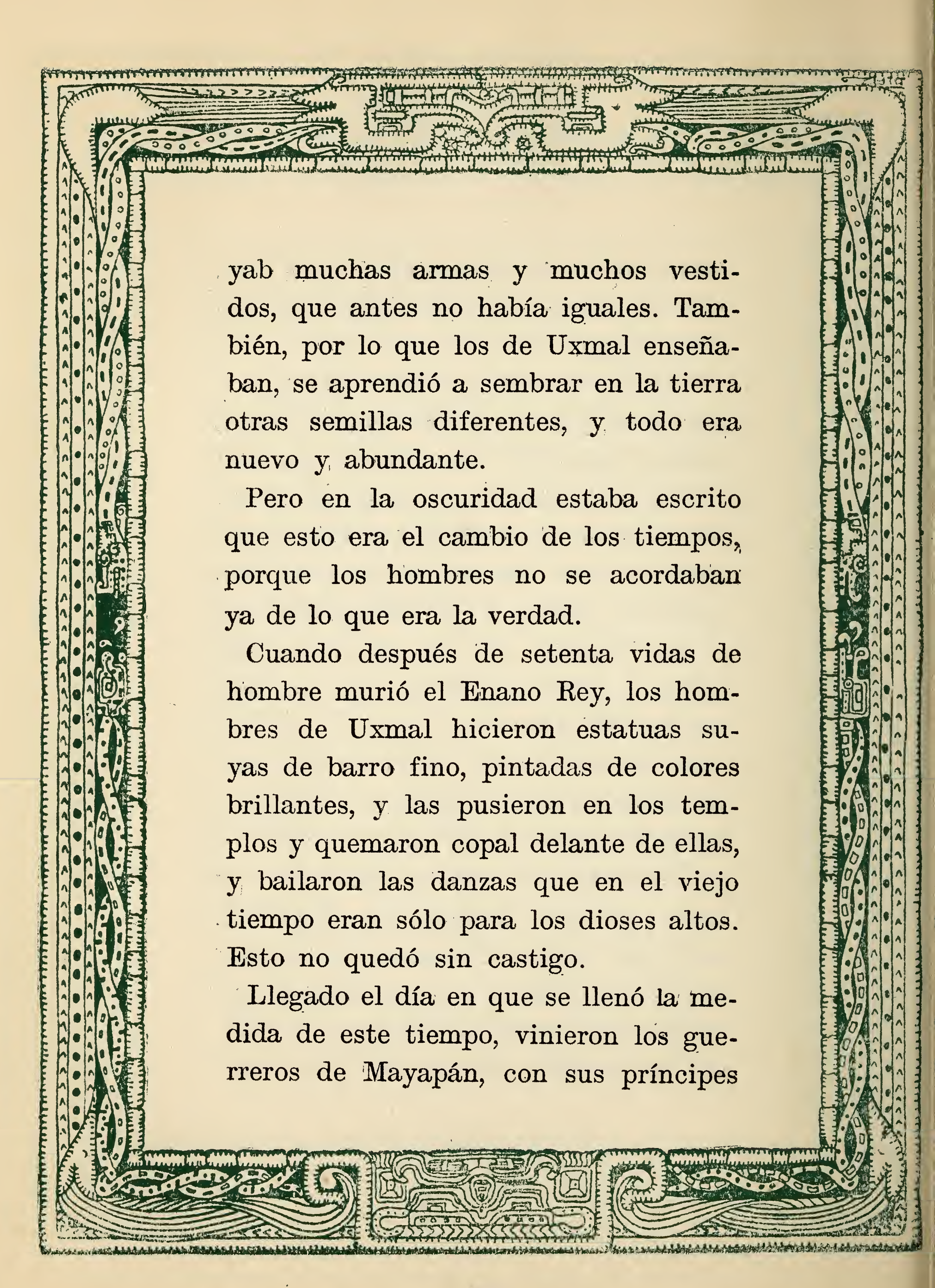
Descubrieron la bebida dulce del árbol del balché, que da sueños alegres y descanso, y todo cuanto les era preciso, lo sacaban de la tierra, de los



árboles y de los animales, y eran dueños de hacer muchas cosas secretas en el fuego.

Y más que nada, hicieron precioso y grande el arte de hacer figuras. Como habían aprendido del Enano que fué su Rey, manejaban diestramente el barro los hombres de Uxmal, y así se multiplicaron los dioses, porque cada uno hacía su dios y lo adoraba. Por eso a los hombres de esa época les llamaban «Kul-Katoob», que son los adoradores del barro.

La grande Uxmal tuvo imperio sobre largas tierras y llegaba su mandato hasta donde empieza el gran mar en el Poniente. Por sus pueblos de ese lado entraban hombres de otras tierras, que venían a cambiar cosas buenas, y atravesaban el gran mar en embarcaciones pintadas, hechas en troncos de árboles. Se vieron en el Ma-



yab muchas armas y muchos vestidos, que antes no había iguales. También, por lo que los de Uxmal enseñaban, se aprendió a sembrar en la tierra otras semillas diferentes, y todo era nuevo y abundante.

Pero en la oscuridad estaba escrito que esto era el cambio de los tiempos, porque los hombres no se acordaban ya de lo que era la verdad.

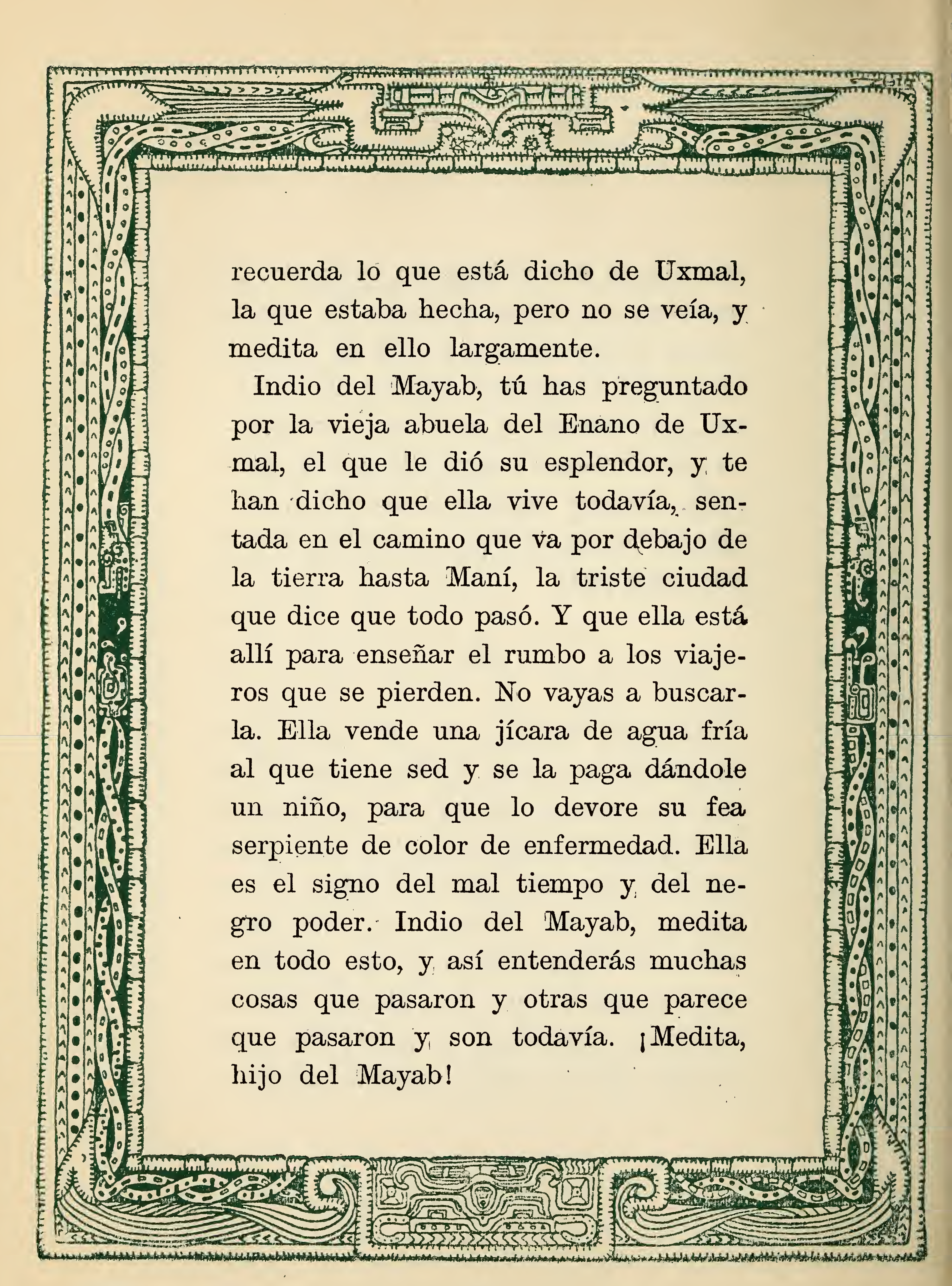
Cuando después de setenta vidas de hombre murió el Enano Rey, los hombres de Uxmal hicieron estatuas suyas de barro fino, pintadas de colores brillantes, y las pusieron en los templos y quemaron copal delante de ellas, y bailaron las danzas que en el viejo tiempo eran sólo para los dioses altos. Esto no quedó sin castigo.

Llegado el día en que se llenó la medida de este tiempo, vinieron los guerreros de Mayapán, con sus príncipes

que tienen una paloma en la frente. Y entraron en Uxmal a golpe de hacha y con mano dura. La grande Uxmal ya no fué la primera ciudad de la tierra, y el Mayab la vió caer, y romperse como el barro que ella había adorado. Porque había comenzado a entrar el tiempo de *Maní*, que quiere decir que *todo pasó*.

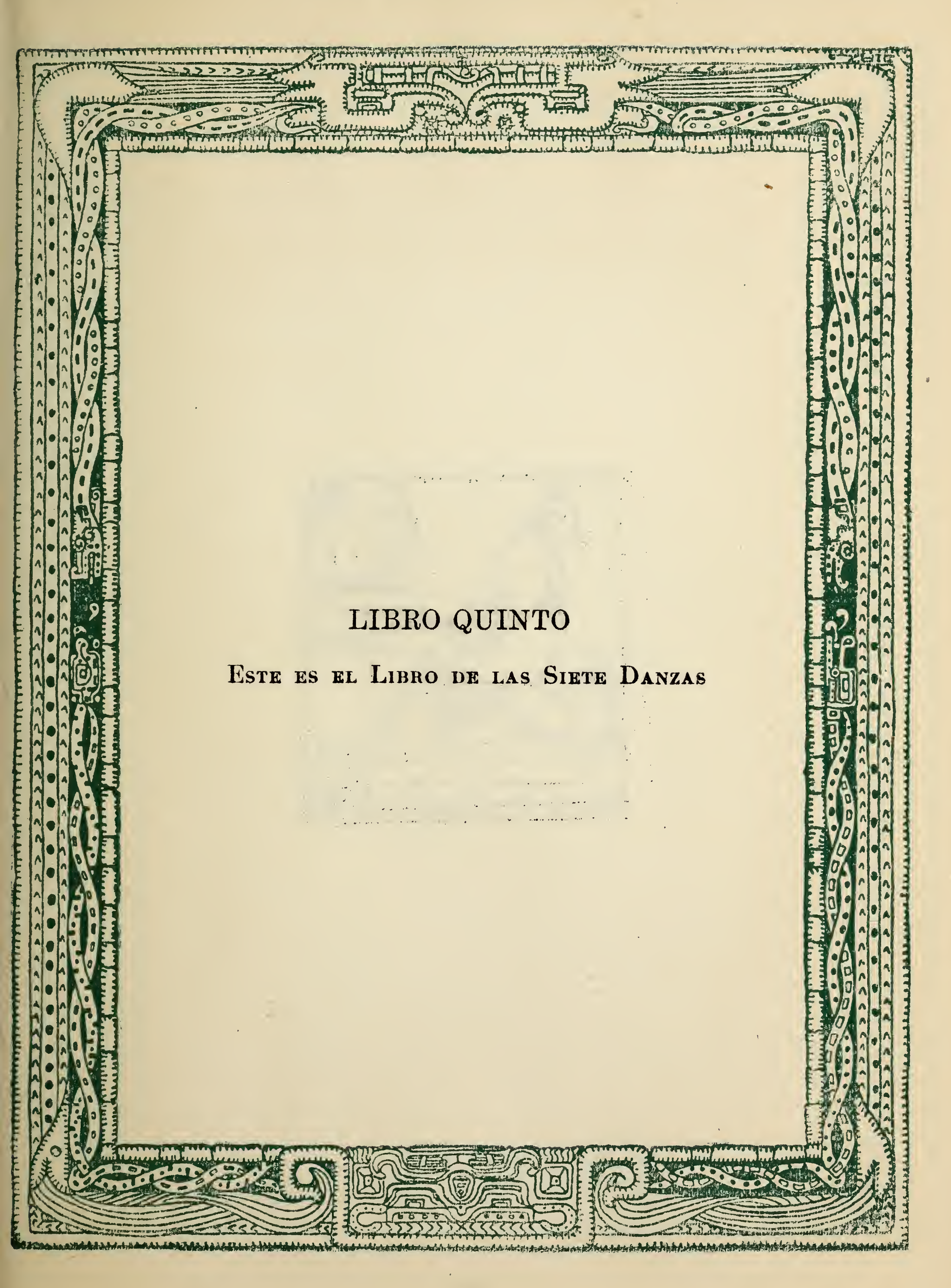
IV

Indio del Mayab, que hoy pasas por el campo en que todavía están los restos suntuosos de lo que fué Uxmal la Resplandeciente, y sientes una gran tristeza que sube de tu corazón a tus ojos y los hace llorar; indio del Mayab, que tienes miedo de los corcovados invisibles que viven dentro de los templos arruinados, y huyes de allí cuando baja la noche; indio del Mayab,



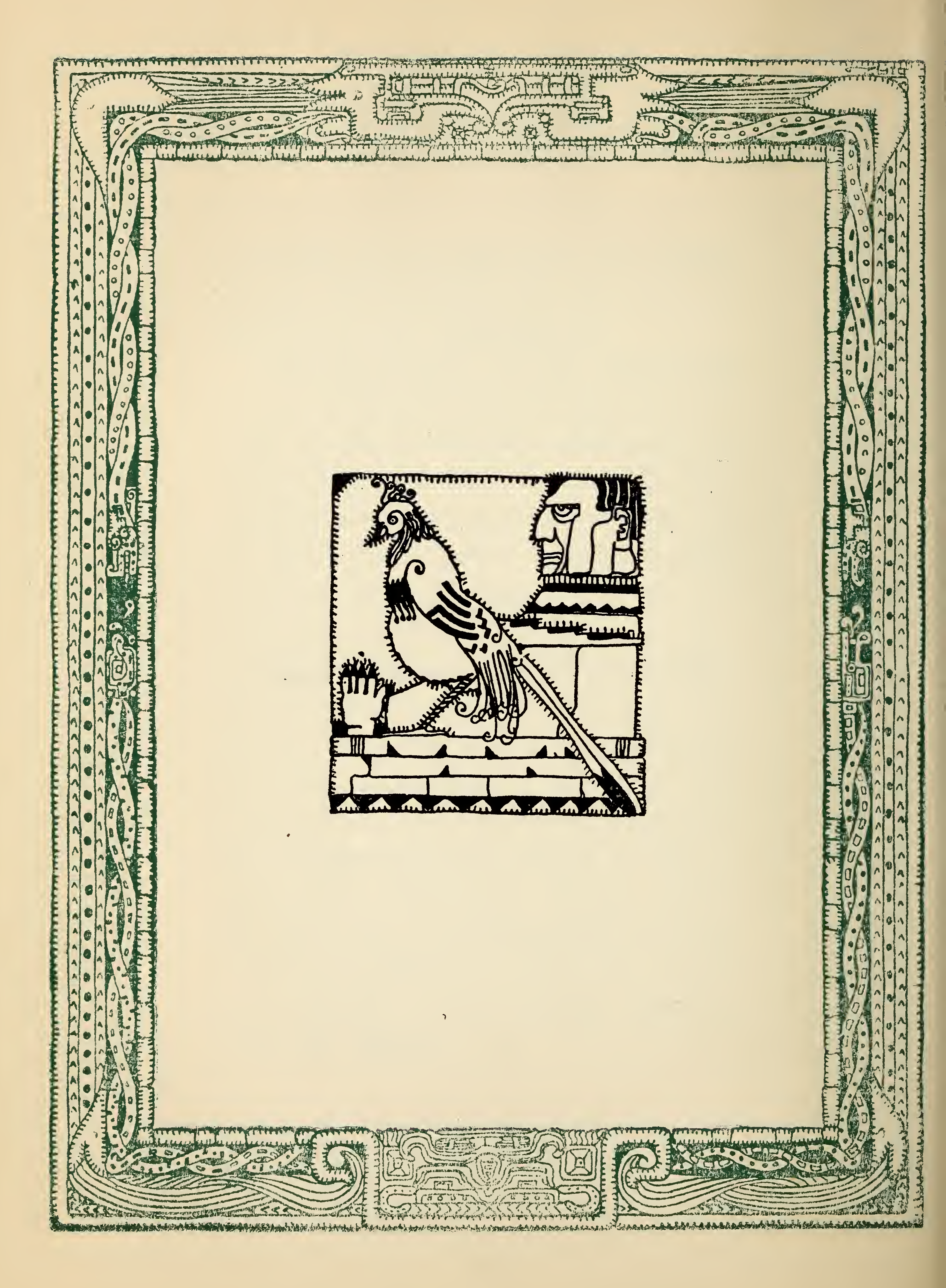
recuerda lo que está dicho de Uxmal, la que estaba hecha, pero no se veía, y medita en ello largamente.

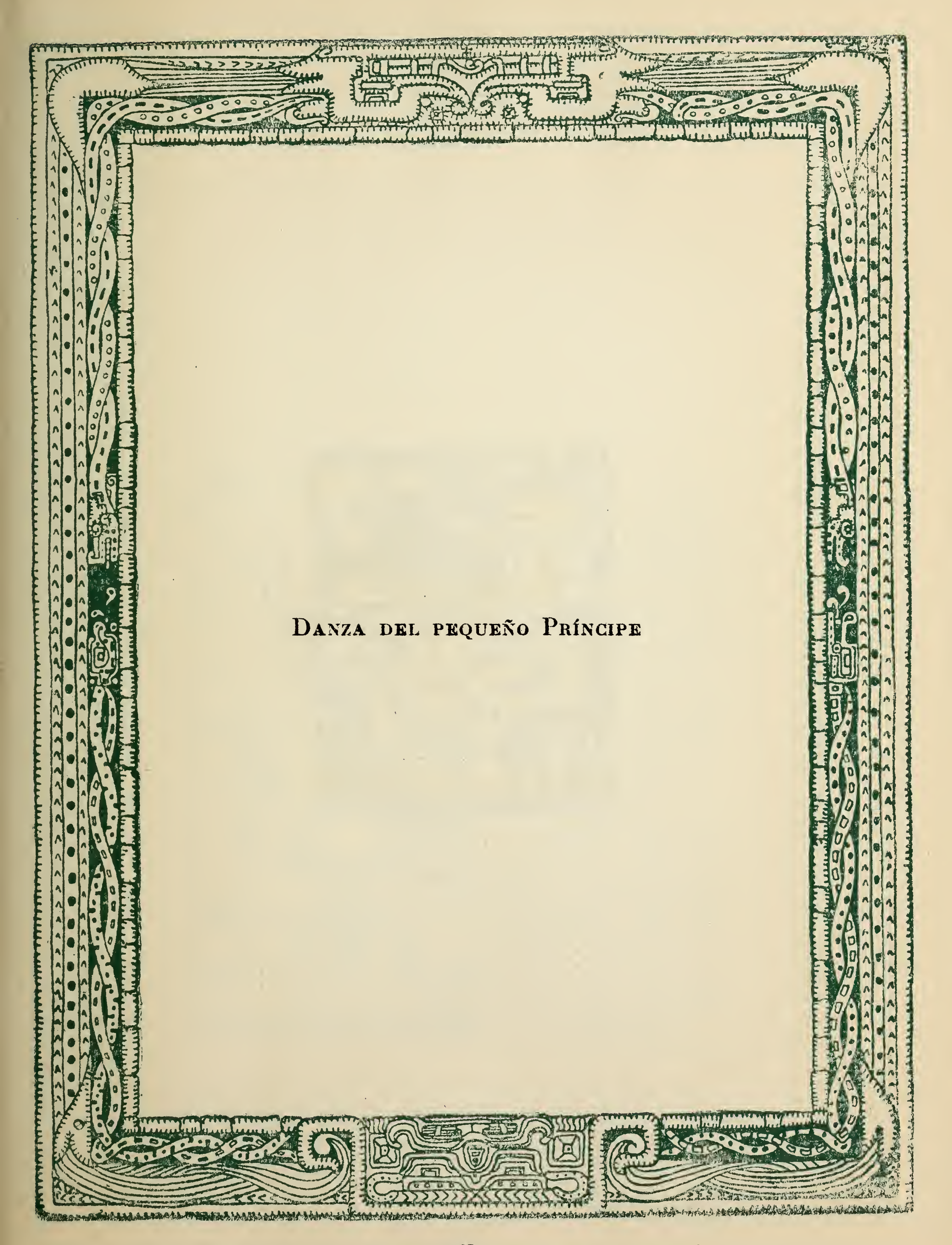
Indio del Mayab, tú has preguntado por la vieja abuela del Enano de Uxmal, el que le dió su esplendor, y te han dicho que ella vive todavía, sentada en el camino que va por debajo de la tierra hasta Maní, la triste ciudad que dice que todo pasó. Y que ella está allí para enseñar el rumbo a los viajeros que se pierden. No vayas a buscarla. Ella vende una jícara de agua fría al que tiene sed y se la paga dándole un niño, para que lo devore su fea serpiente de color de enfermedad. Ella es el signo del mal tiempo y del negro poder. Indio del Mayab, medita en todo esto, y así entenderás muchas cosas que pasaron y otras que parece que pasaron y son todavía. ¡Medita, hijo del Mayab!



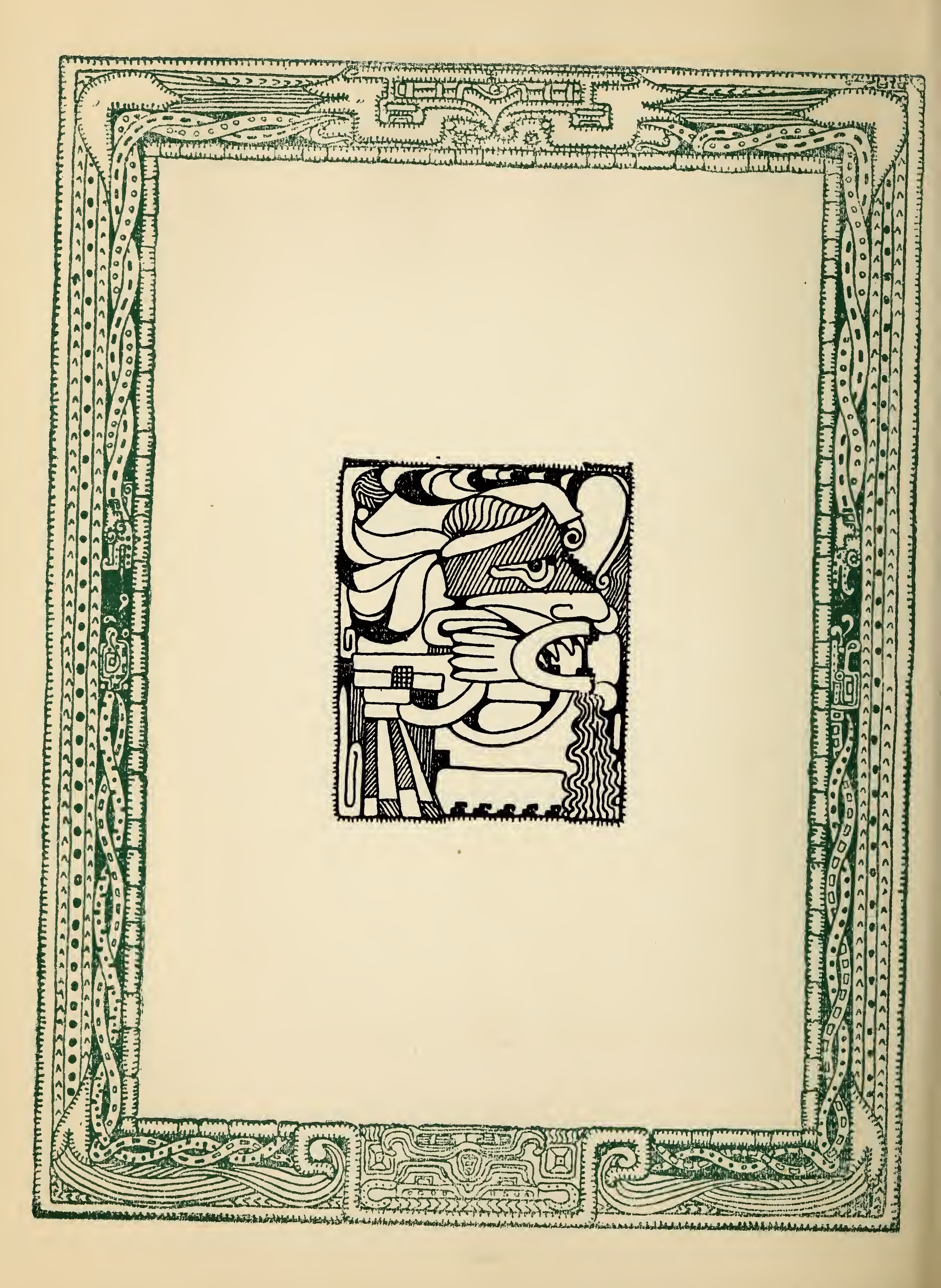
LIBRO QUINTO

Este es el Libro de las Siete Danzas





Danza del pequeño Príncipe

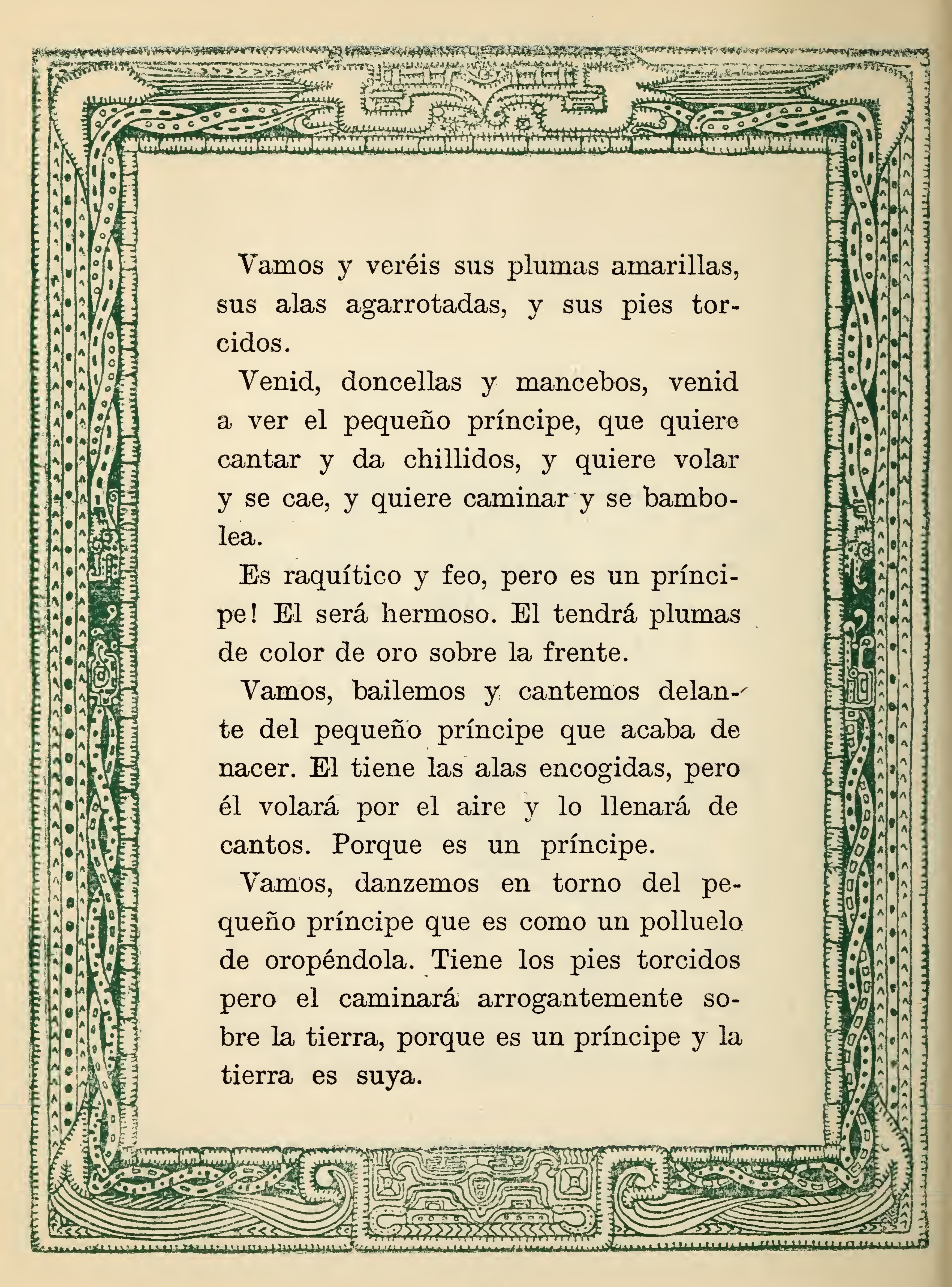




VENID y vamos, doncellas y mancebos, vamos a bailar.

Vamos a ir y venir por las calles y las plazas. Venid y vamos a bailar y a cantar toda la noche.

¿Sabéis que ha nacido el pequeño príncipe? El pequeño príncipe es como un polluelo de oropéndola.



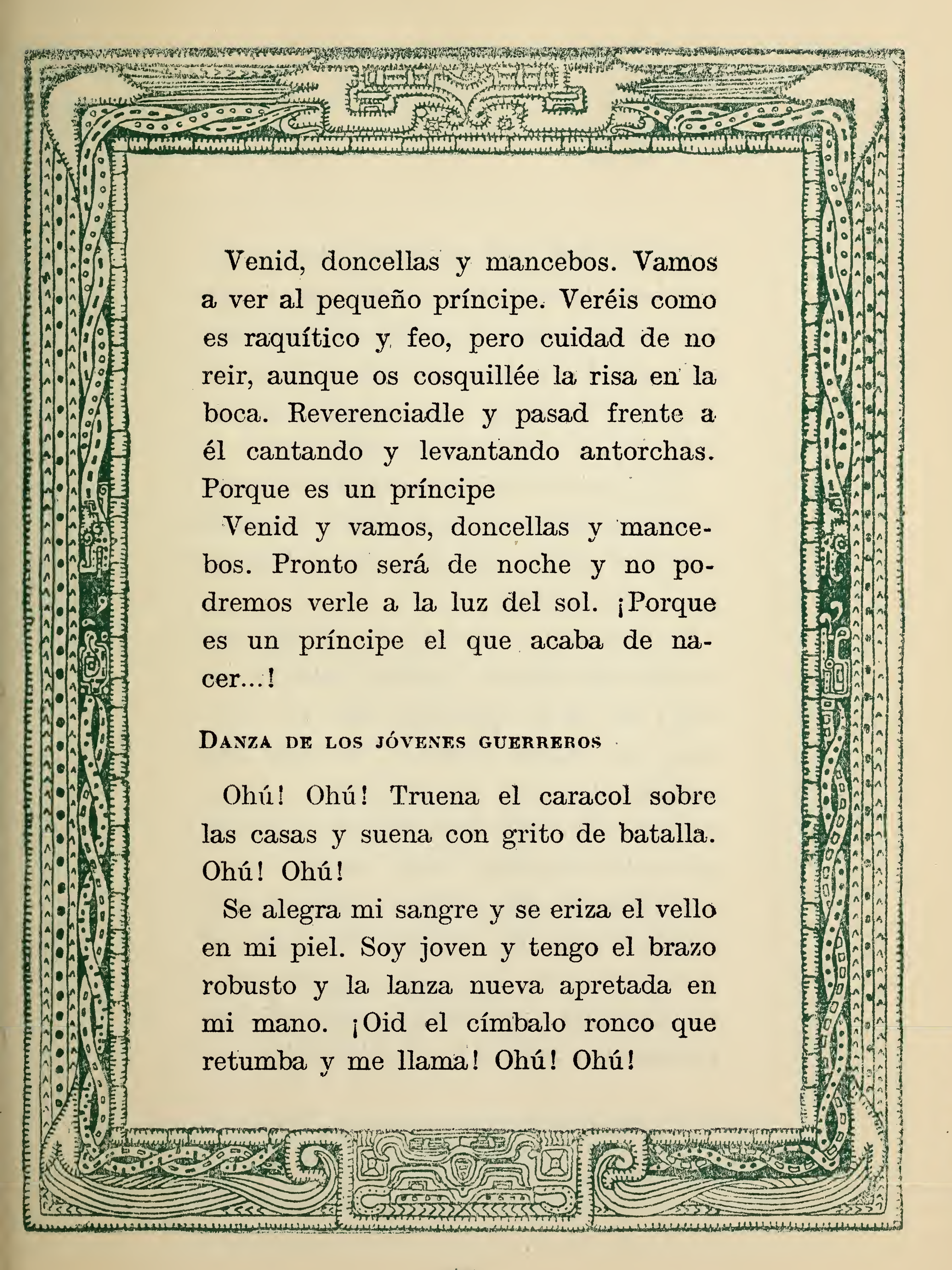
Vamos y veréis sus plumas amarillas, sus alas agarrotadas, y sus pies torcidos.

Venid, doncellas y mancebos, venid a ver el pequeño príncipe, que quiere cantar y da chillidos, y quiere volar y se cae, y quiere caminar y se bambolea.

Es raquítico y feo, pero es un príncipe! El será hermoso. El tendrá plumas de color de oro sobre la frente.

Vamos, bailemos y cantemos delante del pequeño príncipe que acaba de nacer. El tiene las alas encogidas, pero él volará por el aire y lo llenará de cantos. Porque es un príncipe.

Vamos, danzemos en torno del pequeño príncipe que es como un polluelo de oropéndola. Tiene los pies torcidos pero el caminará arrogantemente sobre la tierra, porque es un príncipe y la tierra es suya.



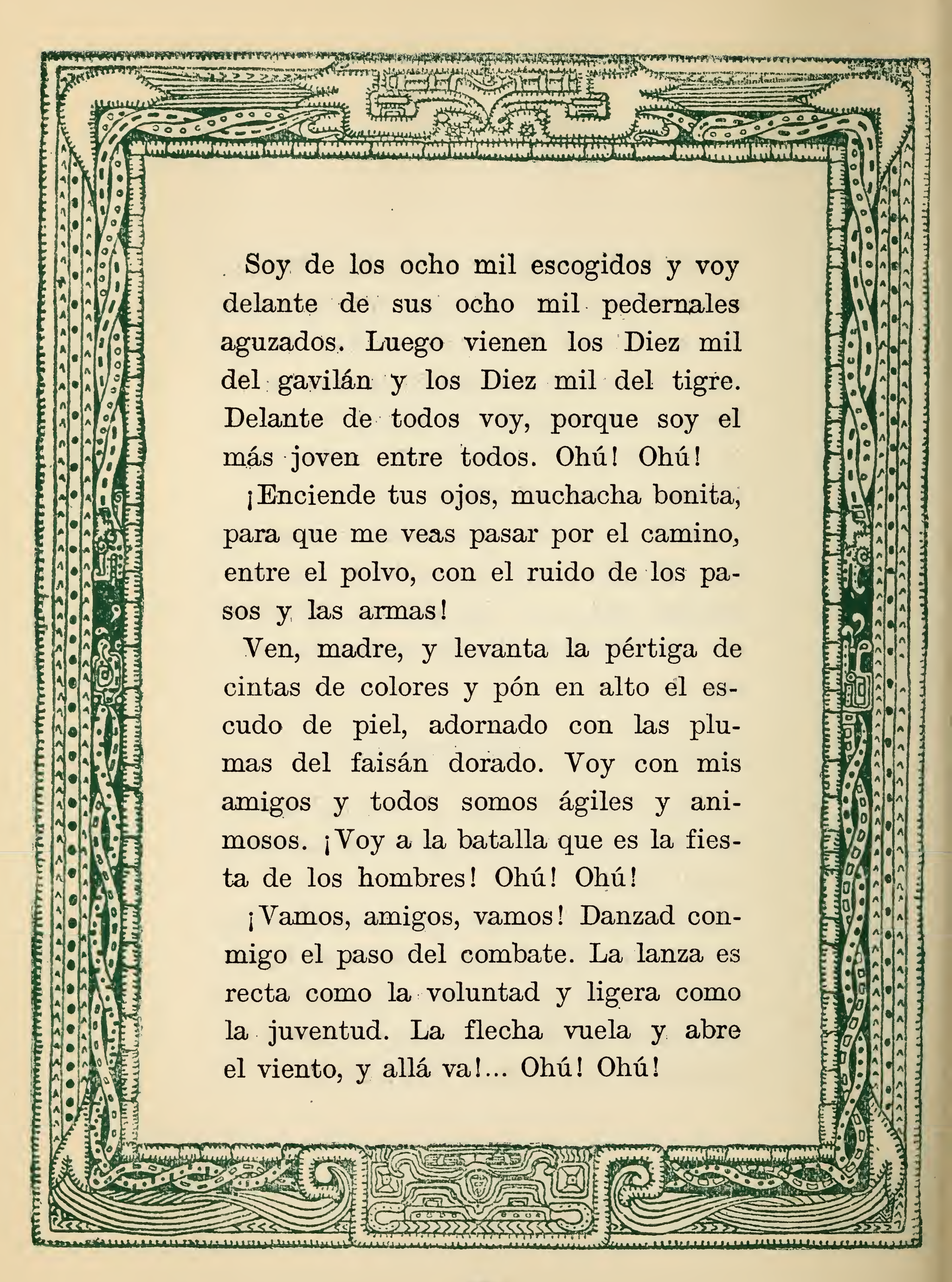
Venid, doncellas y mancebos. Vamos a ver al pequeño príncipe. Veréis como es raquítico y feo, pero cuidad de no reir, aunque os cosquillée la risa en la boca. Reverenciadle y pasad frente a él cantando y levantando antorchas. Porque es un príncipe

Venid y vamos, doncellas y mancebos. Pronto será de noche y no podremos verle a la luz del sol. ¡Porque es un príncipe el que acaba de nacer...!

DANZA DE LOS JÓVENES GUERREROS

Ohú! Ohú! Truena el caracol sobre las casas y suena con grito de batalla. Ohú! Ohú!

Se alegra mi sangre y se eriza el vello en mi piel. Soy joven y tengo el brazo robusto y la lanza nueva apretada en mi mano. ¡Oid el címbalo ronco que retumba y me llama! Ohú! Ohú!

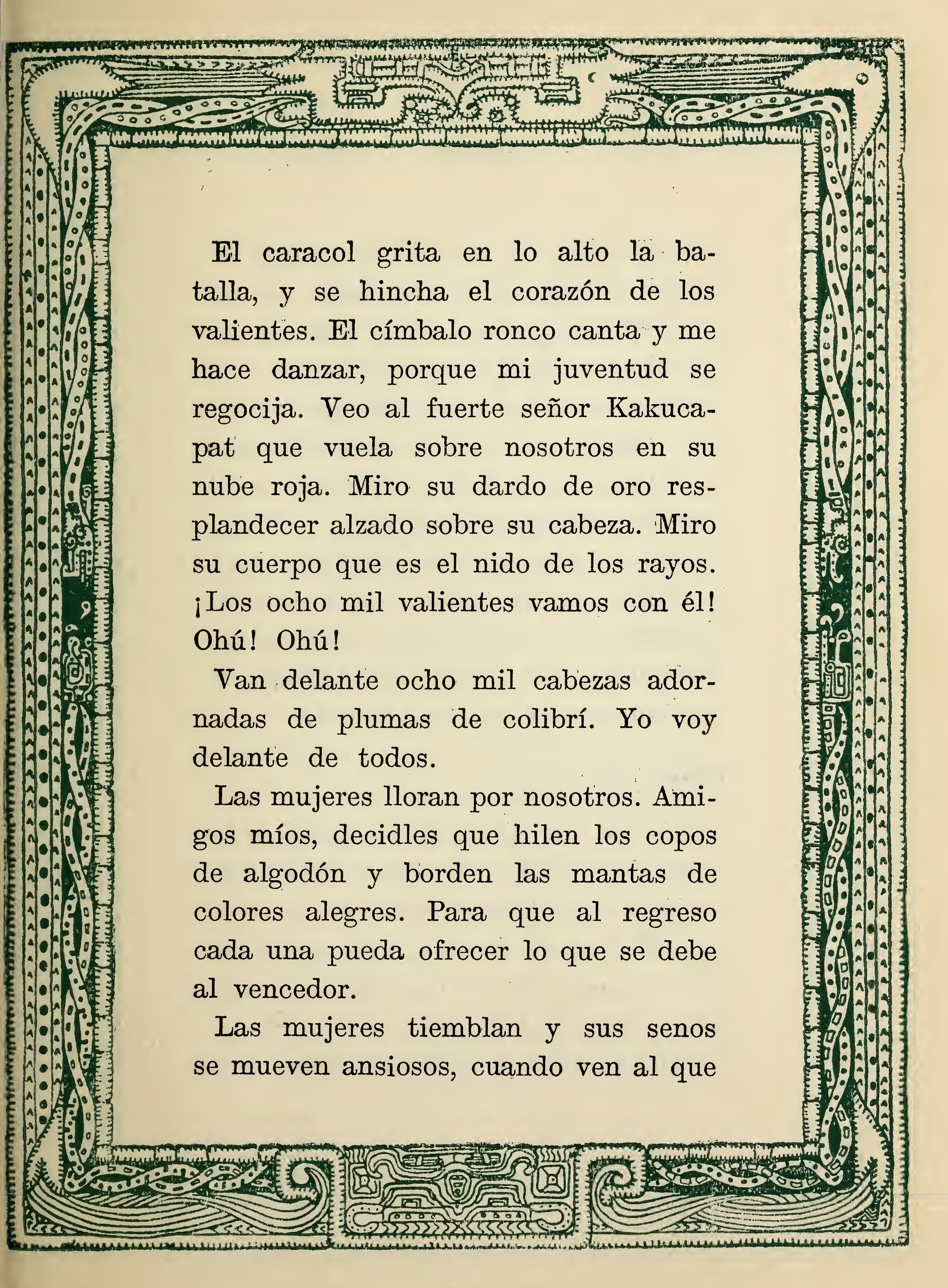


Soy de los ocho mil escogidos y voy delante de sus ocho mil pedernales aguzados. Luego vienen los Diez mil del gavilán y los Diez mil del tigre. Delante de todos voy, porque soy el más joven entre todos. Ohú! Ohú!

¡Enciende tus ojos, muchacha bonita, para que me veas pasar por el camino, entre el polvo, con el ruido de los pasos y las armas!

Ven, madre, y levanta la pértiga de cintas de colores y pón en alto el escudo de piel, adornado con las plumas del faisán dorado. Voy con mis amigos y todos somos ágiles y animosos. ¡Voy a la batalla que es la fiesta de los hombres! Ohú! Ohú!

¡Vamos, amigos, vamos! Danzad conmigo el paso del combate. La lanza es recta como la voluntad y ligera como la juventud. La flecha vuela y abre el viento, y allá va!... Ohú! Ohú!

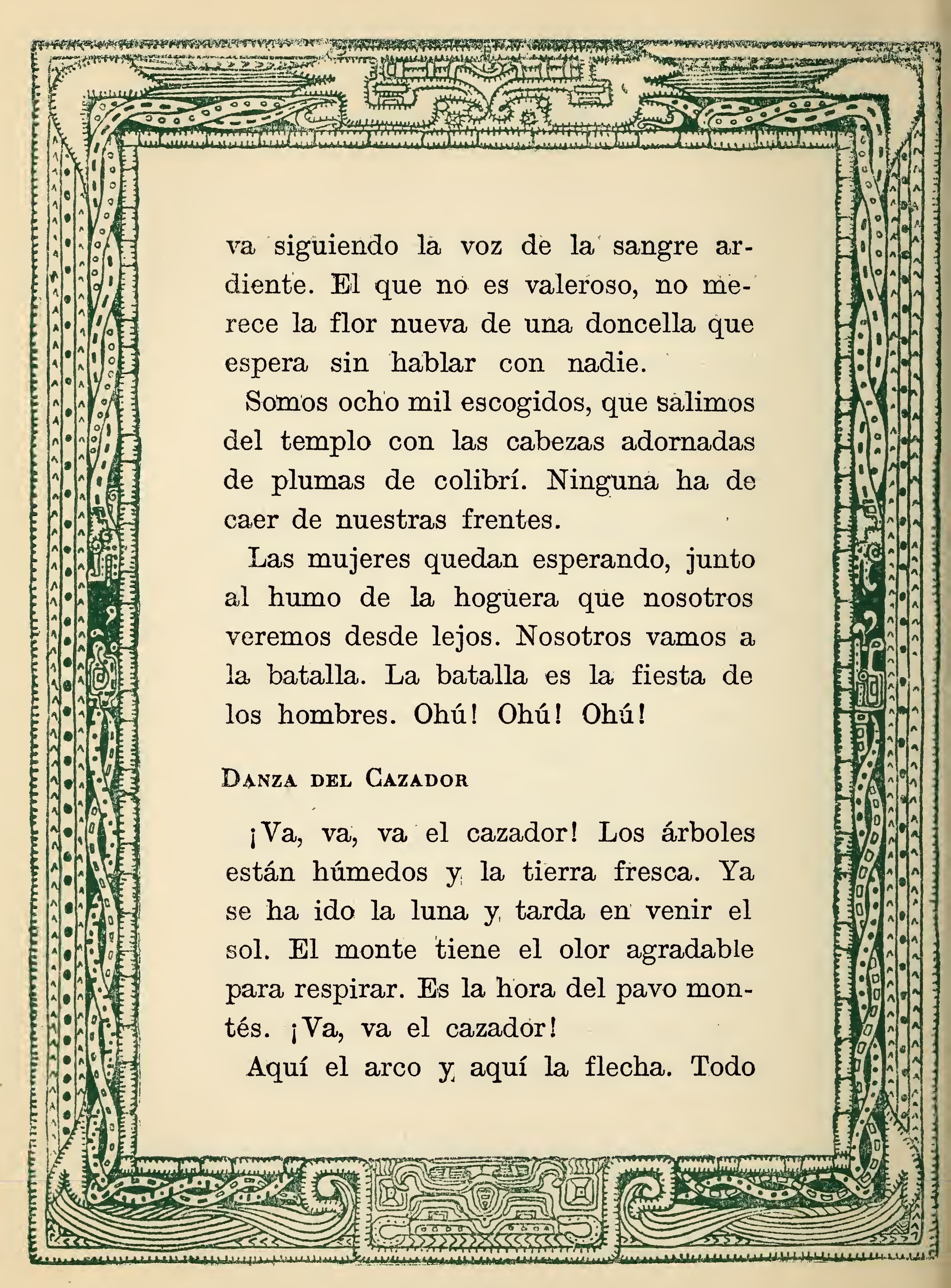


El caracol grita en lo alto la batalla, y se hincha el corazón de los valientes. El címbalo ronco canta y me hace danzar, porque mi juventud se regocija. Veo al fuerte señor Kakucapat que vuela sobre nosotros en su nube roja. Miro su dardo de oro resplandecer alzado sobre su cabeza. Miro su cuerpo que es el nido de los rayos. ¡Los ocho mil valientes vamos con él! Ohú! Ohú!

Van delante ocho mil cabezas adornadas de plumas de colibrí. Yo voy delante de todos.

Las mujeres lloran por nosotros. Amigos míos, decidles que hilen los copos de algodón y borden las mantas de colores alegres. Para que al regreso cada una pueda ofrecer lo que se debe al vencedor.

Las mujeres tiemblan y sus senos se mueven ansiosos, cuando ven al que



va siguiendo la voz de la sangre ardiente. El que no es valeroso, no merece la flor nueva de una doncella que espera sin hablar con nadie.

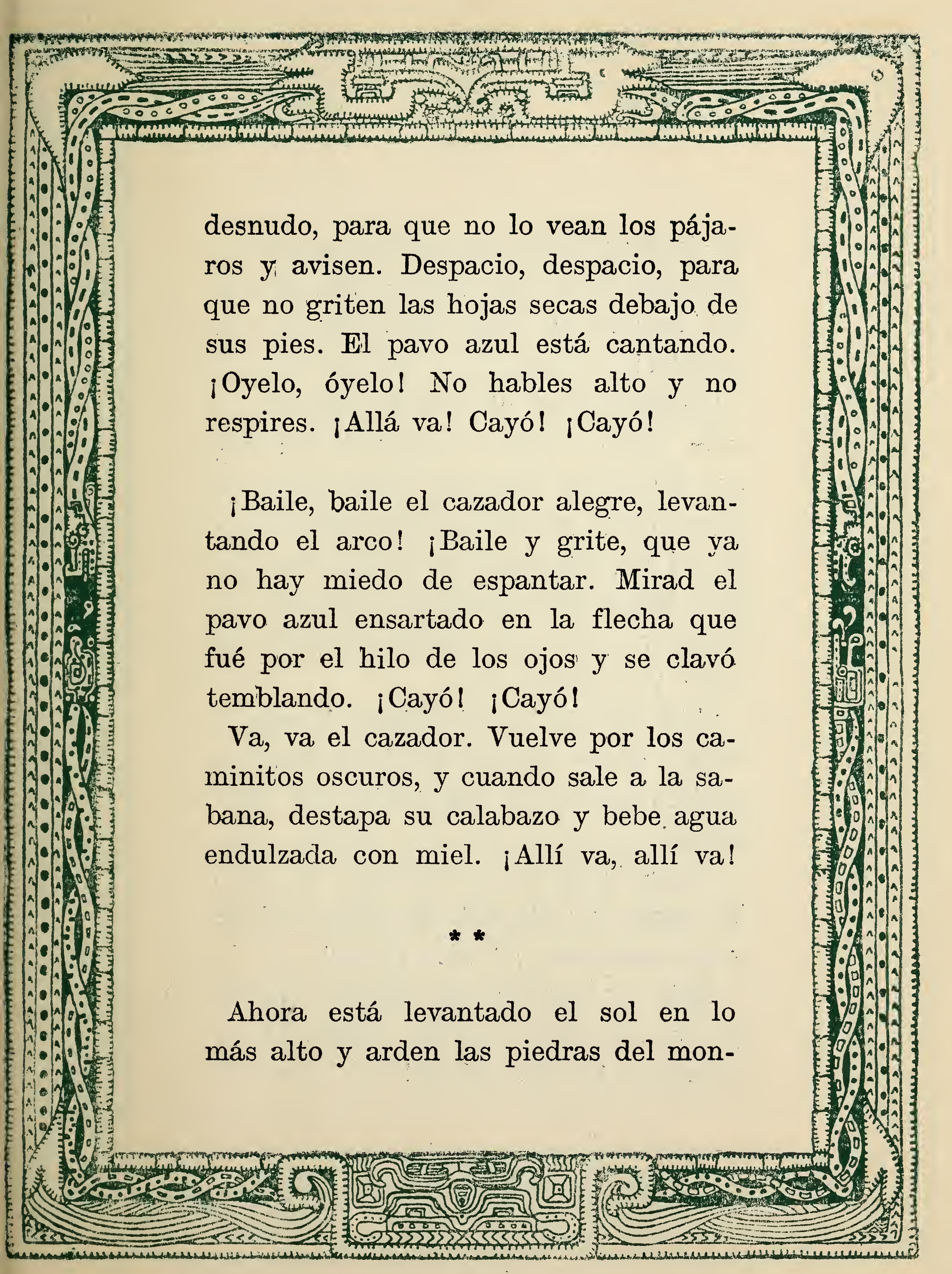
Somos ocho mil escogidos, que salimos del templo con las cabezas adornadas de plumas de colibrí. Ninguna ha de caer de nuestras frentes.

Las mujeres quedan esperando, junto al humo de la hoguera que nosotros veremos desde lejos. Nosotros vamos a la batalla. La batalla es la fiesta de los hombres. Ohú! Ohú! Ohú!

Danza del Cazador

¡Va, va, va el cazador! Los árboles están húmedos y la tierra fresca. Ya se ha ido la luna y tarda en venir el sol. El monte tiene el olor agradable para respirar. Es la hora del pavo montés. ¡Va, va el cazador!

Aquí el arco y aquí la flecha. Todo



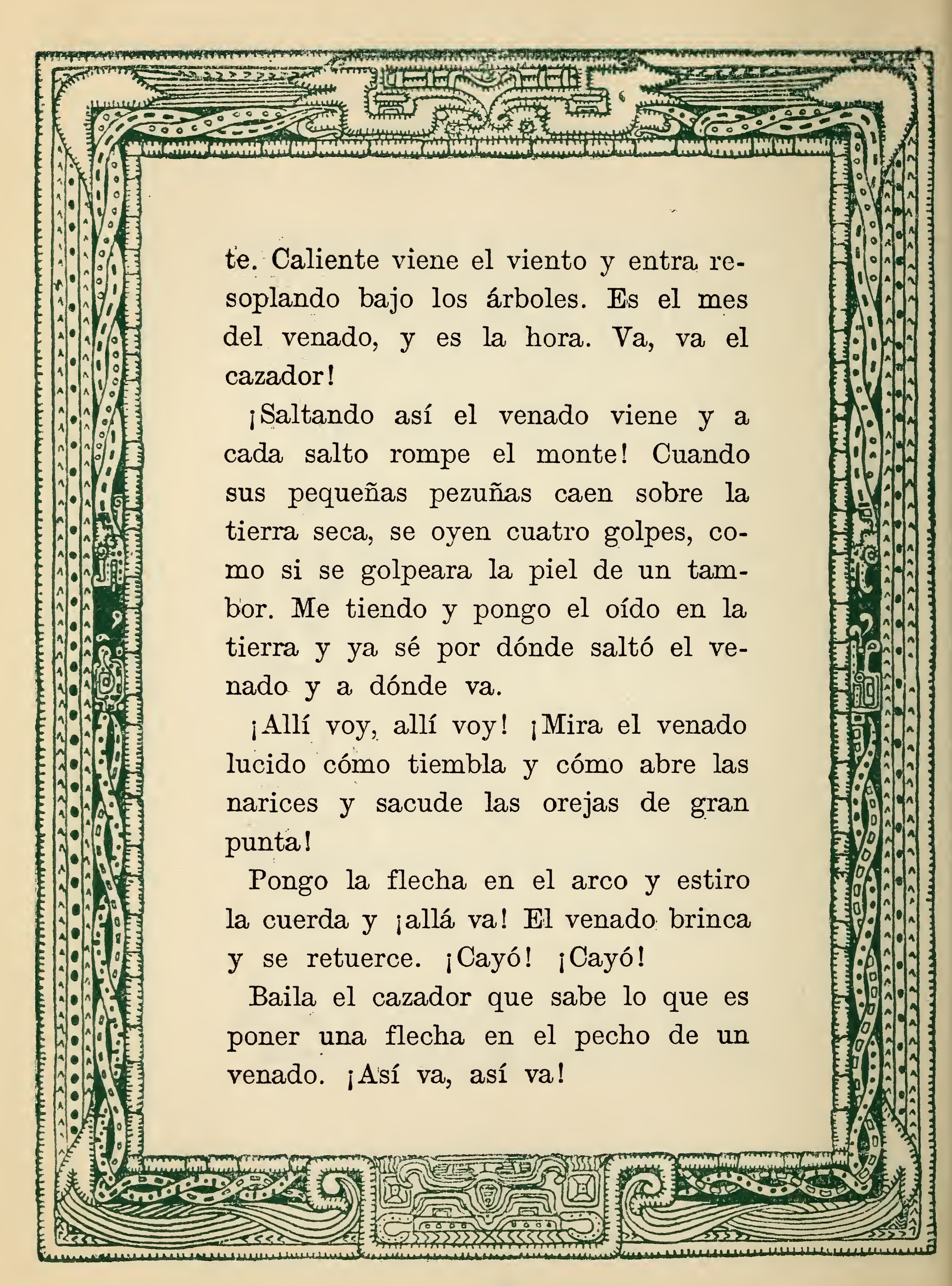
desnudo, para que no lo vean los pájaros y avisen. Despacio, despacio, para que no griten las hojas secas debajo de sus pies. El pavo azul está cantando. ¡Oyelo, óyelo! No hables alto y no respires. ¡Allá va! Cayó! ¡Cayó!

¡Baile, baile el cazador alegre, levantando el arco! ¡Baile y grite, que ya no hay miedo de espantar. Mirad el pavo azul ensartado en la flecha que fué por el hilo de los ojos y se clavó temblando. ¡Cayó! ¡Cayó!

Va, va el cazador. Vuelve por los caminitos oscuros, y cuando sale a la sabana, destapa su calabazo y bebe agua endulzada con miel. ¡Allí va, allí va!

* *

Ahora está levantado el sol en lo más alto y arden las piedras del mon-

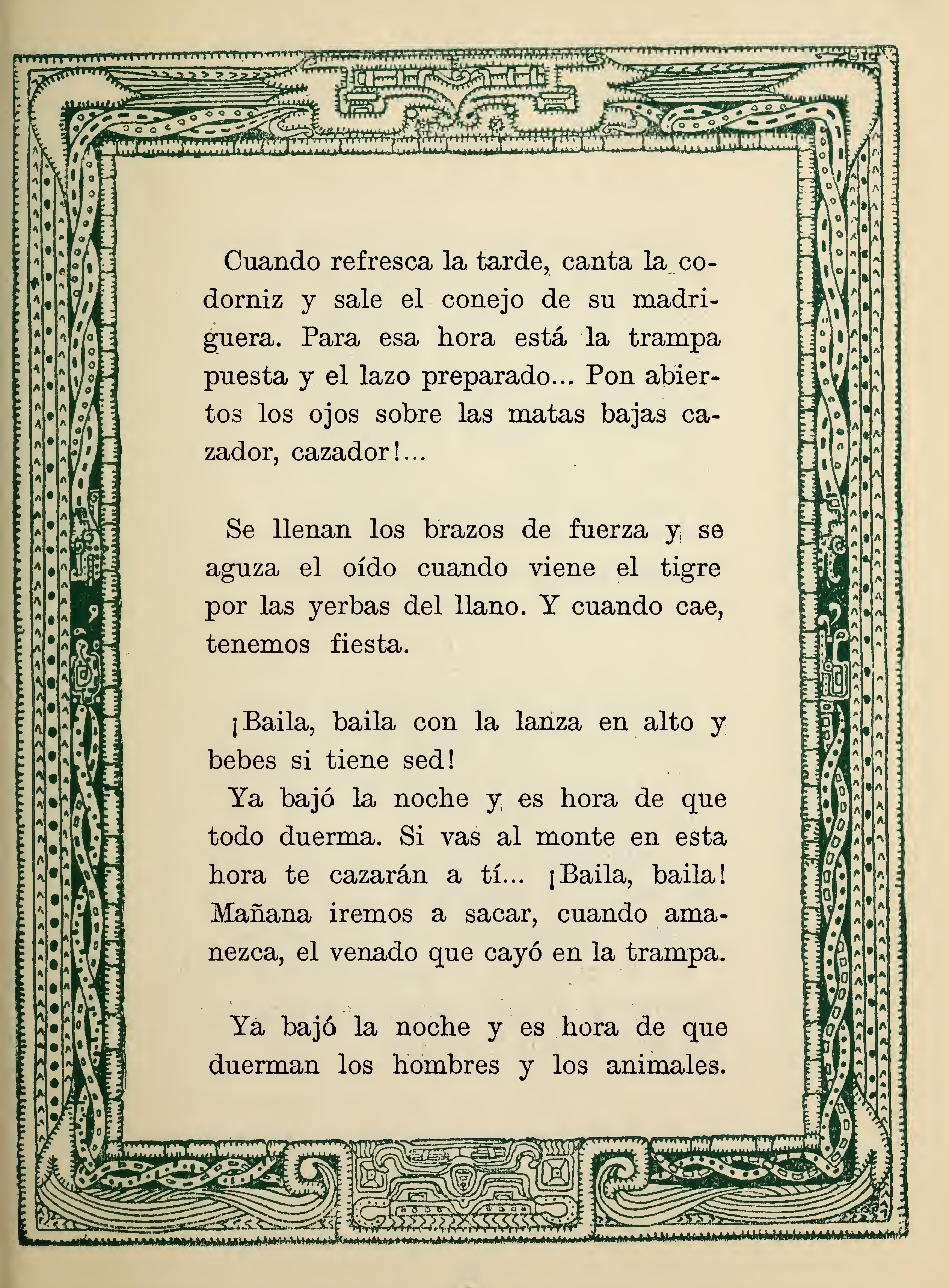

te. Caliente viene el viento y entra resoplando bajo los árboles. Es el mes del venado, y es la hora. Va, va el cazador!

¡Saltando así el venado viene y a cada salto rompe el monte! Cuando sus pequeñas pezuñas caen sobre la tierra seca, se oyen cuatro golpes, como si se golpeara la piel de un tambor. Me tiendo y pongo el oído en la tierra y ya sé por dónde saltó el venado y a dónde va.

¡Allí voy, allí voy! ¡Mira el venado lucido cómo tiembla y cómo abre las narices y sacude las orejas de gran punta!

Pongo la flecha en el arco y estiro la cuerda y ¡allá va! El venado brinca y se retuerce. ¡Cayó! ¡Cayó!

Baila el cazador que sabe lo que es poner una flecha en el pecho de un venado. ¡Así va, así va!



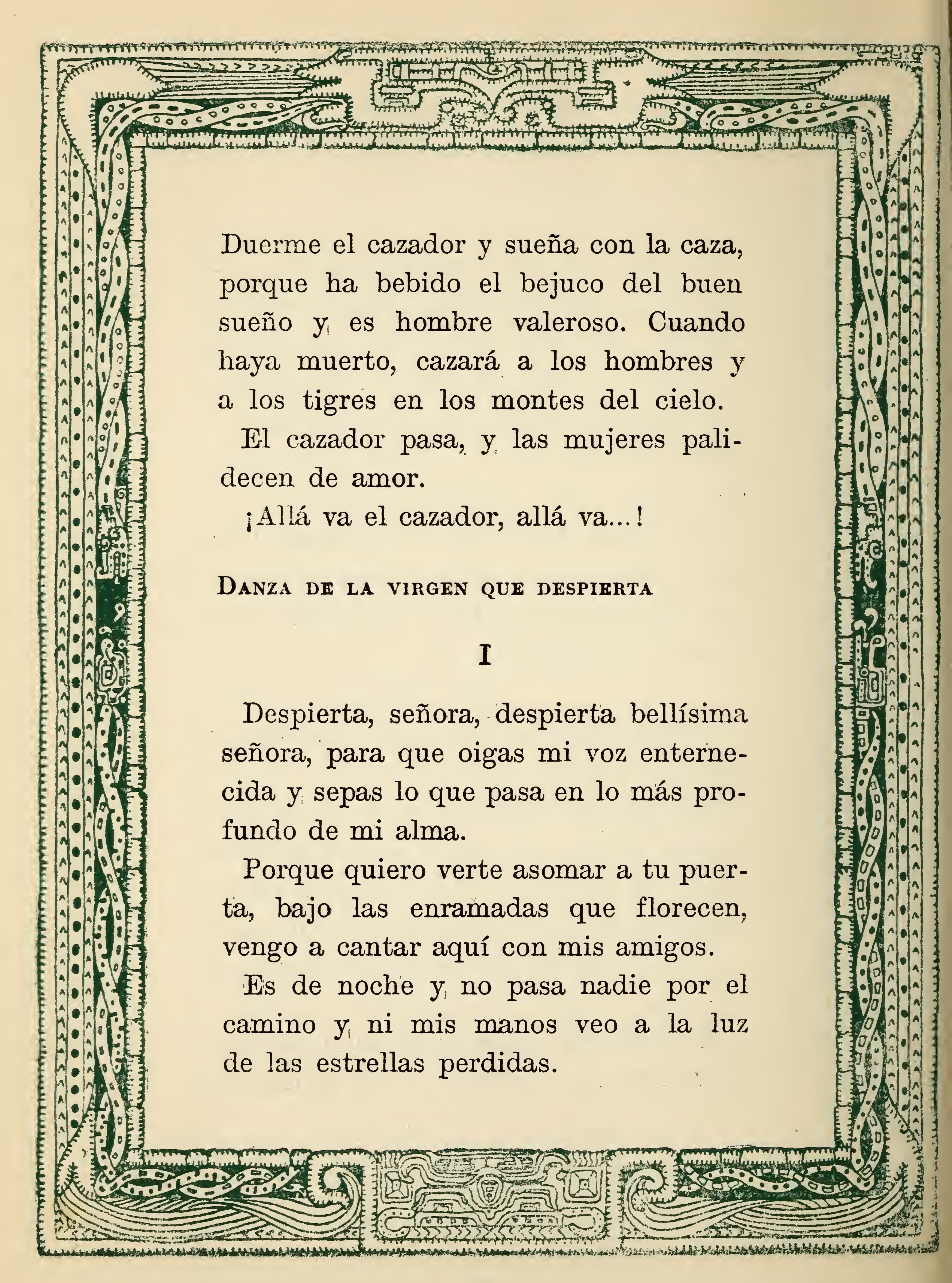
Cuando refresca la tarde, canta la codorniz y sale el conejo de su madriguera. Para esa hora está la trampa puesta y el lazo preparado... Pon abiertos los ojos sobre las matas bajas cazador, cazador!...

Se llenan los brazos de fuerza y se aguza el oído cuando viene el tigre por las yerbas del llano. Y cuando cae, tenemos fiesta.

¡Baila, baila con la lanza en alto y bebes si tiene sed!

Ya bajó la noche y es hora de que todo duerma. Si vas al monte en esta hora te cazarán a tí... ¡Baila, baila! Mañana iremos a sacar, cuando amanezca, el venado que cayó en la trampa.

Ya bajó la noche y es hora de que duerman los hombres y los animales.



Duerme el cazador y sueña con la caza, porque ha bebido el bejuco del buen sueño y es hombre valeroso. Cuando haya muerto, cazará a los hombres y a los tigres en los montes del cielo.

El cazador pasa, y las mujeres palidecen de amor.

¡Allá va el cazador, allá va...!

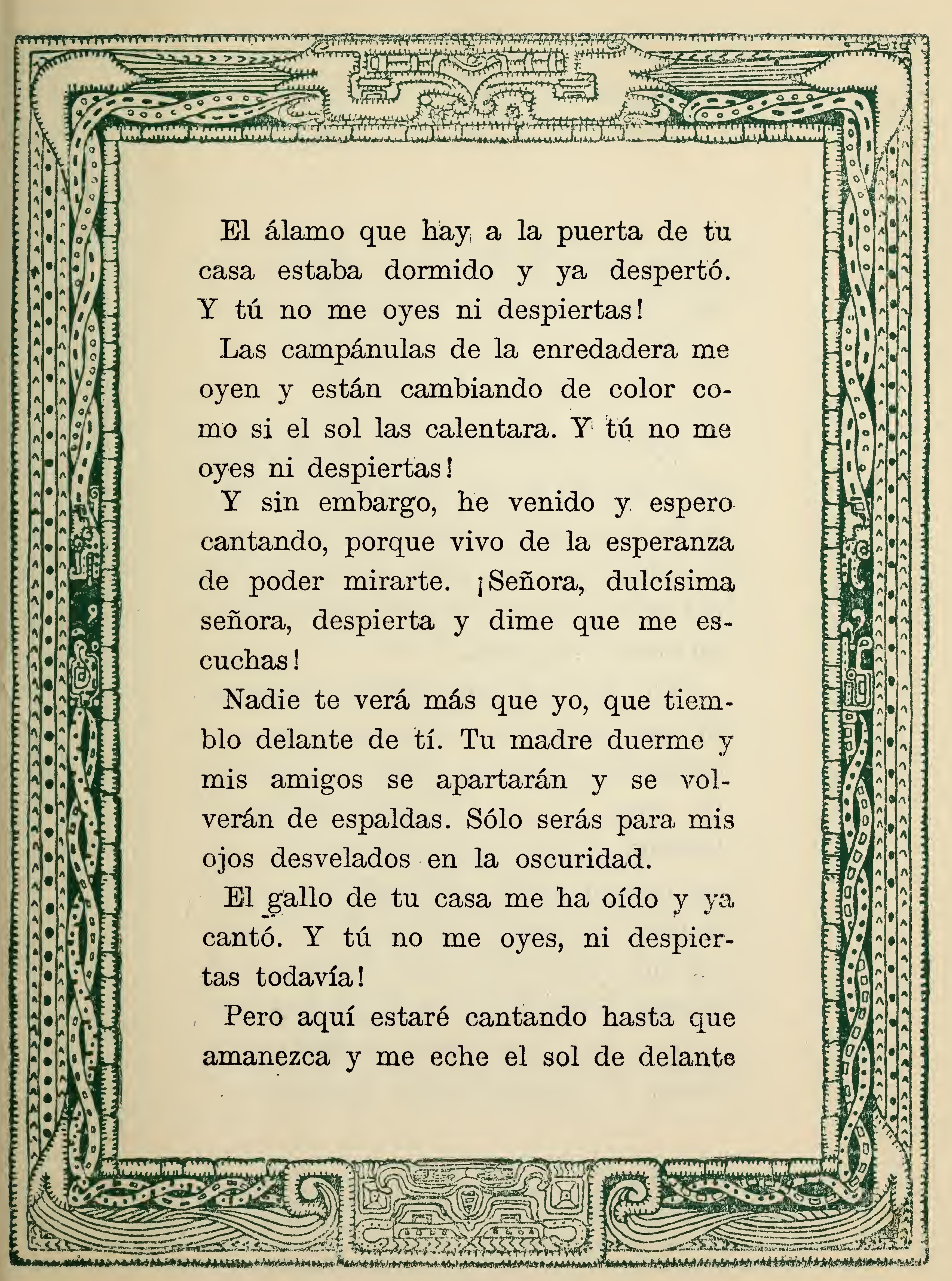
Danza de la virgen que despierta

I

Despierta, señora, despierta bellísima señora, para que oigas mi voz enternecida y sepas lo que pasa en lo más profundo de mi alma.

Porque quiero verte asomar a tu puerta, bajo las enramadas que florecen, vengo a cantar aquí con mis amigos.

Es de noche y no pasa nadie por el camino y ni mis manos veo a la luz de las estrellas perdidas.



El álamo que hay a la puerta de tu casa estaba dormido y ya despertó. Y tú no me oyes ni despiertas!

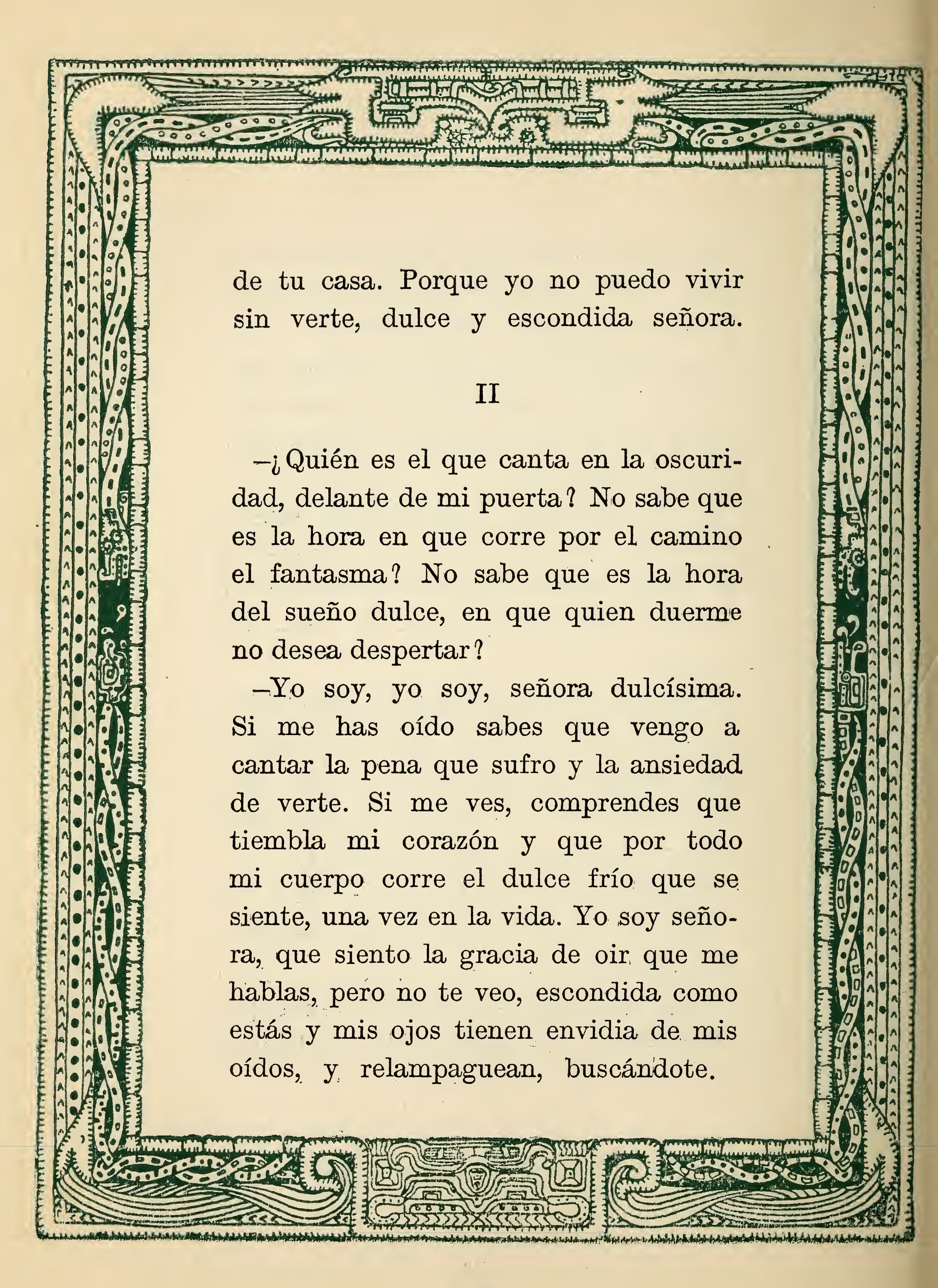
Las campánulas de la enredadera me oyen y están cambiando de color como si el sol las calentara. Y tú no me oyes ni despiertas!

Y sin embargo, he venido y espero cantando, porque vivo de la esperanza de poder mirarte. ¡Señora, dulcísima señora, despierta y dime que me escuchas!

Nadie te verá más que yo, que tiemblo delante de tí. Tu madre duerme y mis amigos se apartarán y se volverán de espaldas. Sólo serás para mis ojos desvelados en la oscuridad.

El gallo de tu casa me ha oído y ya cantó. Y tú no me oyes, ni despiertas todavía!

Pero aquí estaré cantando hasta que amanezca y me eche el sol de delante

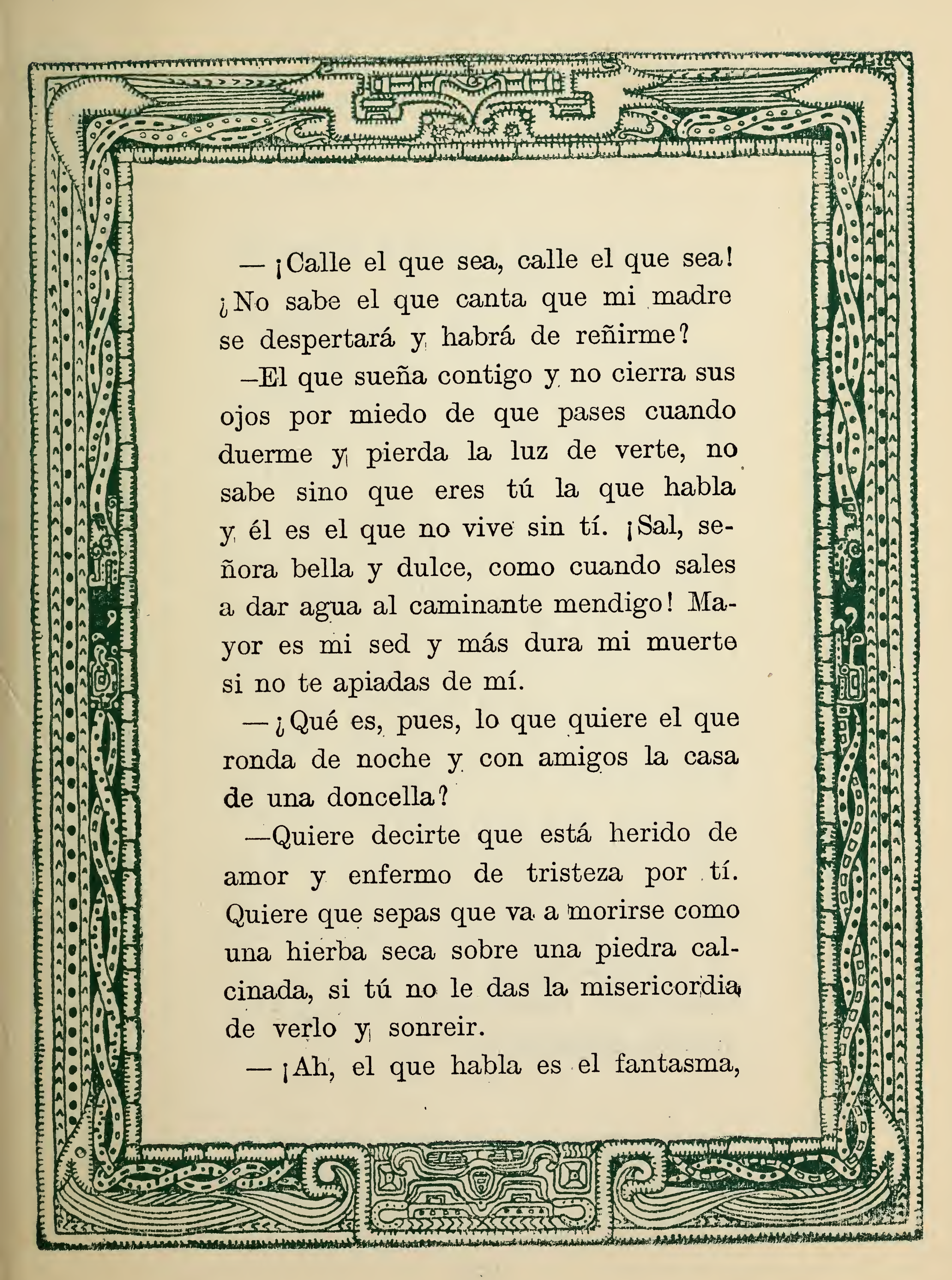


de tu casa. Porque yo no puedo vivir sin verte, dulce y escondida señora.

II

—¿Quién es el que canta en la oscuridad, delante de mi puerta? No sabe que es la hora en que corre por el camino el fantasma? No sabe que es la hora del sueño dulce, en que quien duerme no desea despertar?

—Yo soy, yo soy, señora dulcísima. Si me has oído sabes que vengo a cantar la pena que sufro y la ansiedad de verte. Si me ves, comprendes que tiembla mi corazón y que por todo mi cuerpo corre el dulce frío que se siente, una vez en la vida. Yo soy señora, que siento la gracia de oir que me hablas, pero no te veo, escondida como estás y mis ojos tienen envidia de mis oídos, y relampaguean, buscándote.



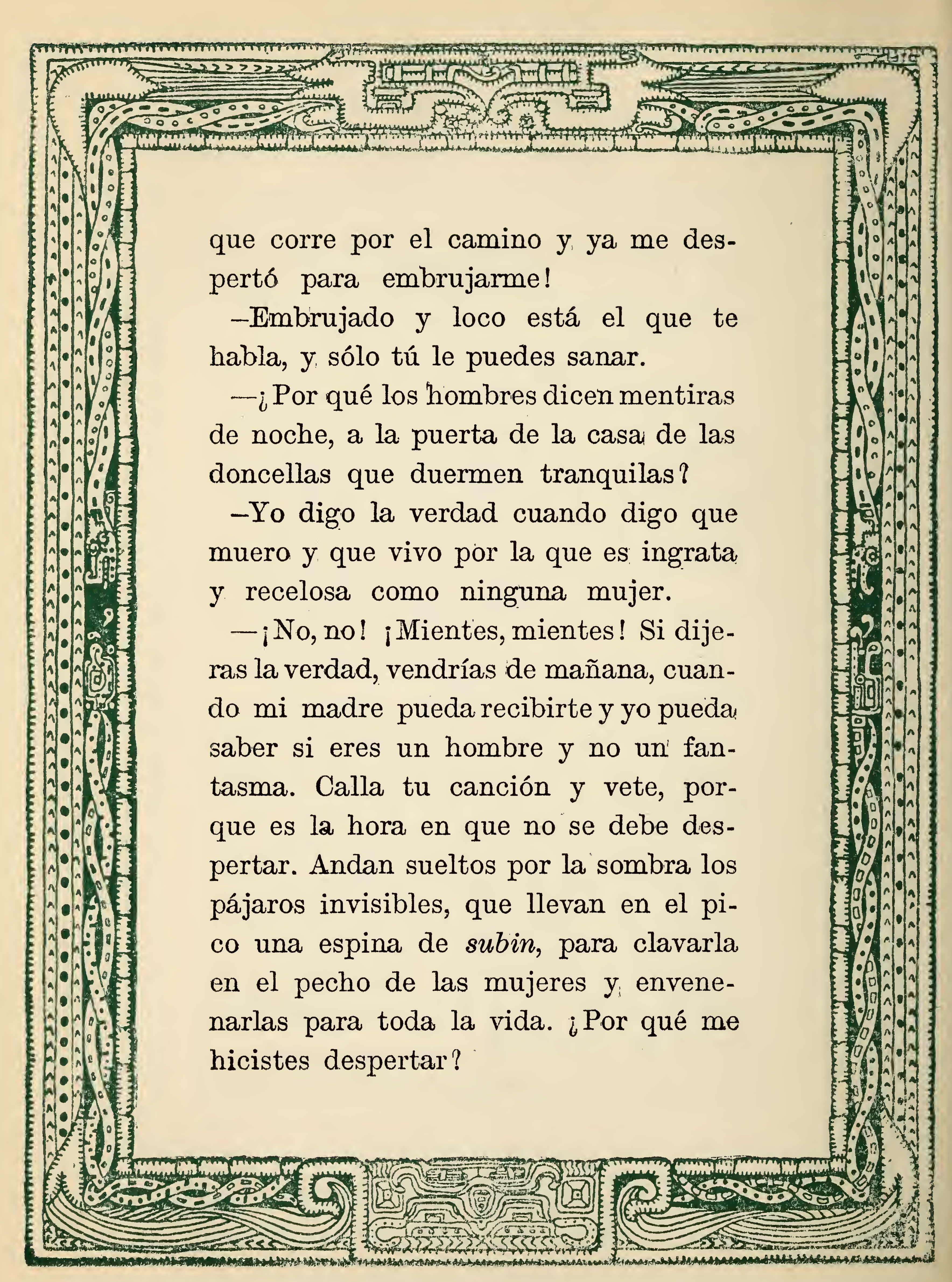
— ¡Calle el que sea, calle el que sea! ¿No sabe el que canta que mi madre se despertará y habrá de reñirme?

—El que sueña contigo y no cierra sus ojos por miedo de que pases cuando duerme y pierda la luz de verte, no sabe sino que eres tú la que habla y él es el que no vive sin tí. ¡Sal, señora bella y dulce, como cuando sales a dar agua al caminante mendigo! Mayor es mi sed y más dura mi muerte si no te apiadas de mí.

— ¿Qué es, pues, lo que quiere el que ronda de noche y con amigos la casa de una doncella?

—Quiere decirte que está herido de amor y enfermo de tristeza por tí. Quiere que sepas que va a morirse como una hierba seca sobre una piedra calcinada, si tú no le das la misericordia de verlo y sonreir.

— ¡Ah, el que habla es el fantasma,



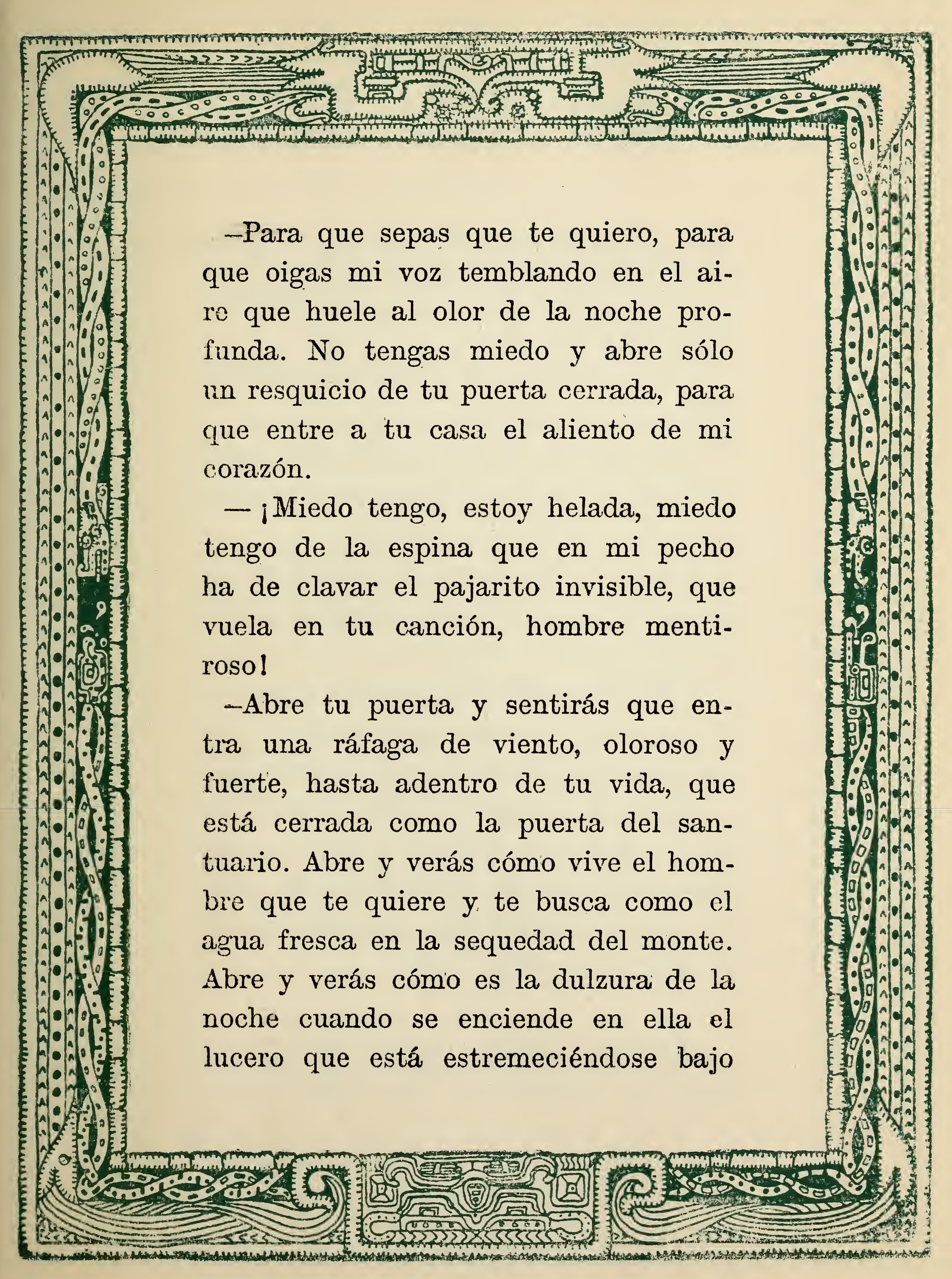
que corre por el camino y ya me despertó para embrujarme!

—Embrujado y loco está el que te habla, y sólo tú le puedes sanar.

—¿Por qué los hombres dicen mentiras de noche, a la puerta de la casa de las doncellas que duermen tranquilas?

—Yo digo la verdad cuando digo que muero y que vivo por la que es ingrata y recelosa como ninguna mujer.

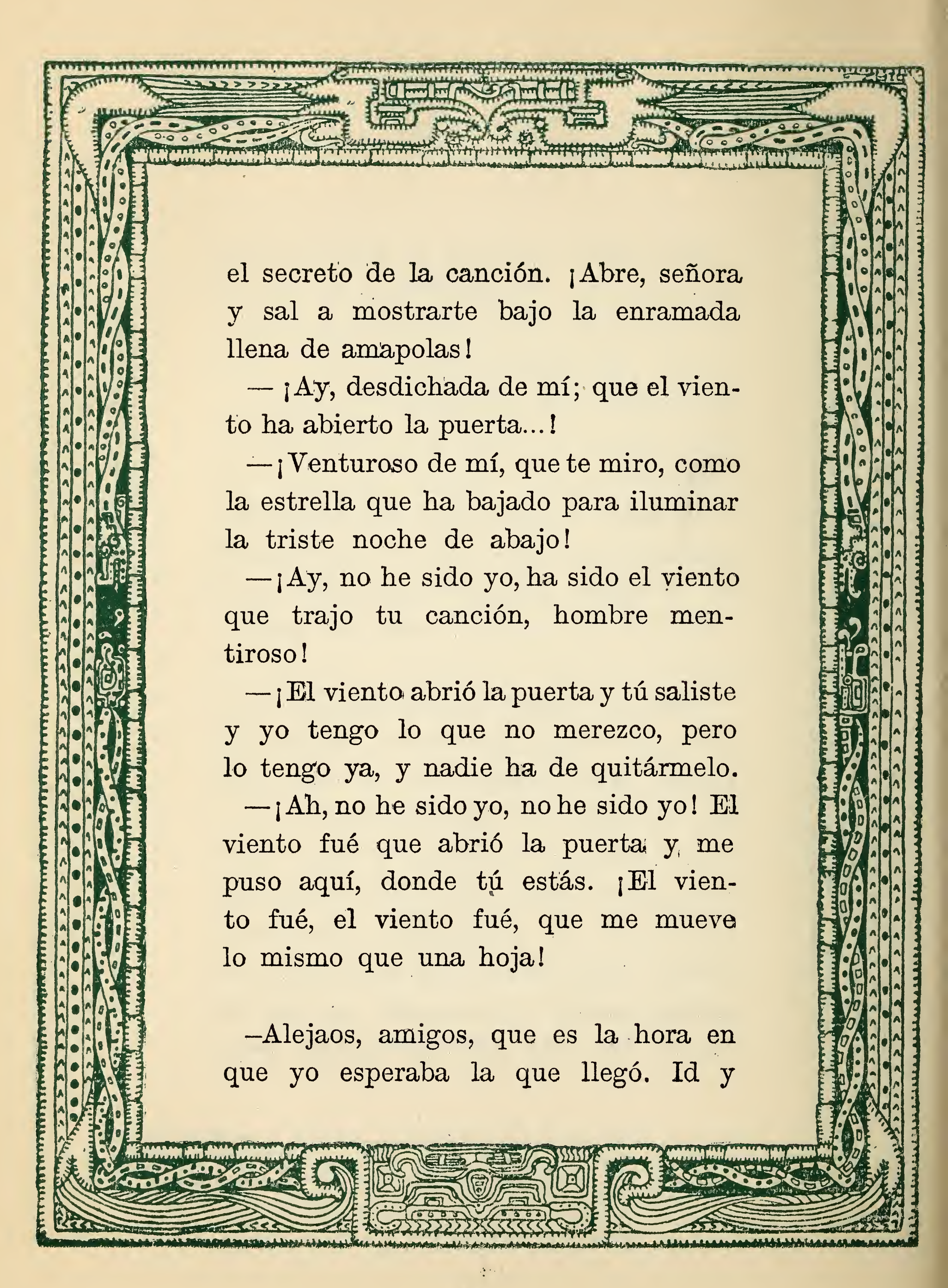
—¡No, no! ¡Mientes, mientes! Si dijeras la verdad, vendrías de mañana, cuando mi madre pueda recibirte y yo pueda saber si eres un hombre y no un fantasma. Calla tu canción y vete, porque es la hora en que no se debe despertar. Andan sueltos por la sombra los pájaros invisibles, que llevan en el pico una espina de *subin*, para clavarla en el pecho de las mujeres y envenenarlas para toda la vida. ¿Por qué me hicistes despertar?



—Para que sepas que te quiero, para que oigas mi voz temblando en el aire que huele al olor de la noche profunda. No tengas miedo y abre sólo un resquicio de tu puerta cerrada, para que entre a tu casa el aliento de mi corazón.

—¡Miedo tengo, estoy helada, miedo tengo de la espina que en mi pecho ha de clavar el pajarito invisible, que vuela en tu canción, hombre mentiroso!

—Abre tu puerta y sentirás que entra una ráfaga de viento, oloroso y fuerte, hasta adentro de tu vida, que está cerrada como la puerta del santuario. Abre y verás cómo vive el hombre que te quiere y te busca como el agua fresca en la sequedad del monte. Abre y verás cómo es la dulzura de la noche cuando se enciende en ella el lucero que está estremeciéndose bajo



el secreto de la canción. ¡Abre, señora y sal a mostrarte bajo la enramada llena de amapolas!

— ¡Ay, desdichada de mí; que el viento ha abierto la puerta...!

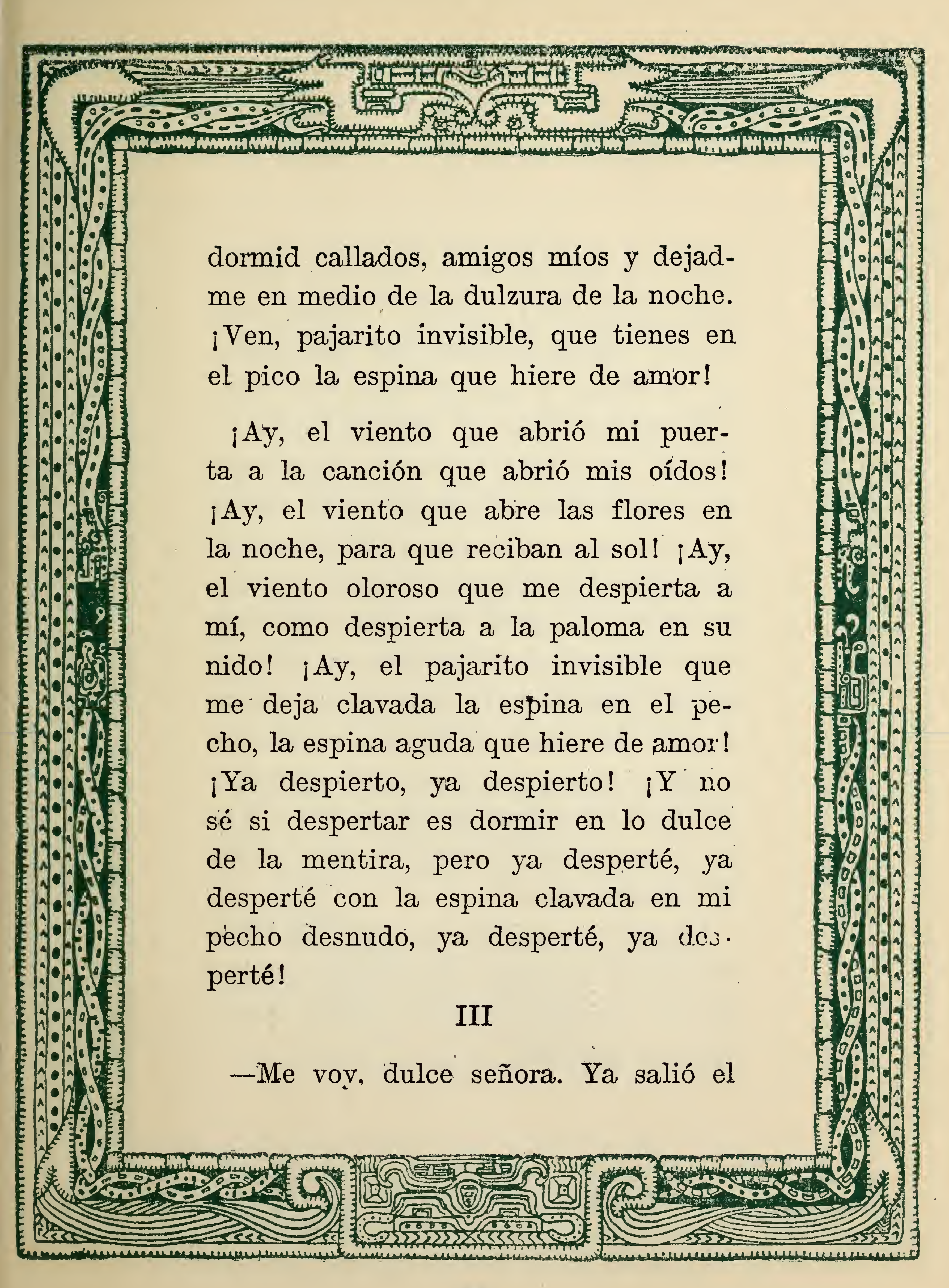
—¡Venturoso de mí, que te miro, como la estrella que ha bajado para iluminar la triste noche de abajo!

—¡Ay, no he sido yo, ha sido el viento que trajo tu canción, hombre mentiroso!

—¡El viento abrió la puerta y tú saliste y yo tengo lo que no merezco, pero lo tengo ya, y nadie ha de quitármelo.

—¡Ah, no he sido yo, no he sido yo! El viento fué que abrió la puerta y me puso aquí, donde tú estás. ¡El viento fué, el viento fué, que me mueve lo mismo que una hoja!

—Alejaos, amigos, que es la hora en que yo esperaba la que llegó. Id y

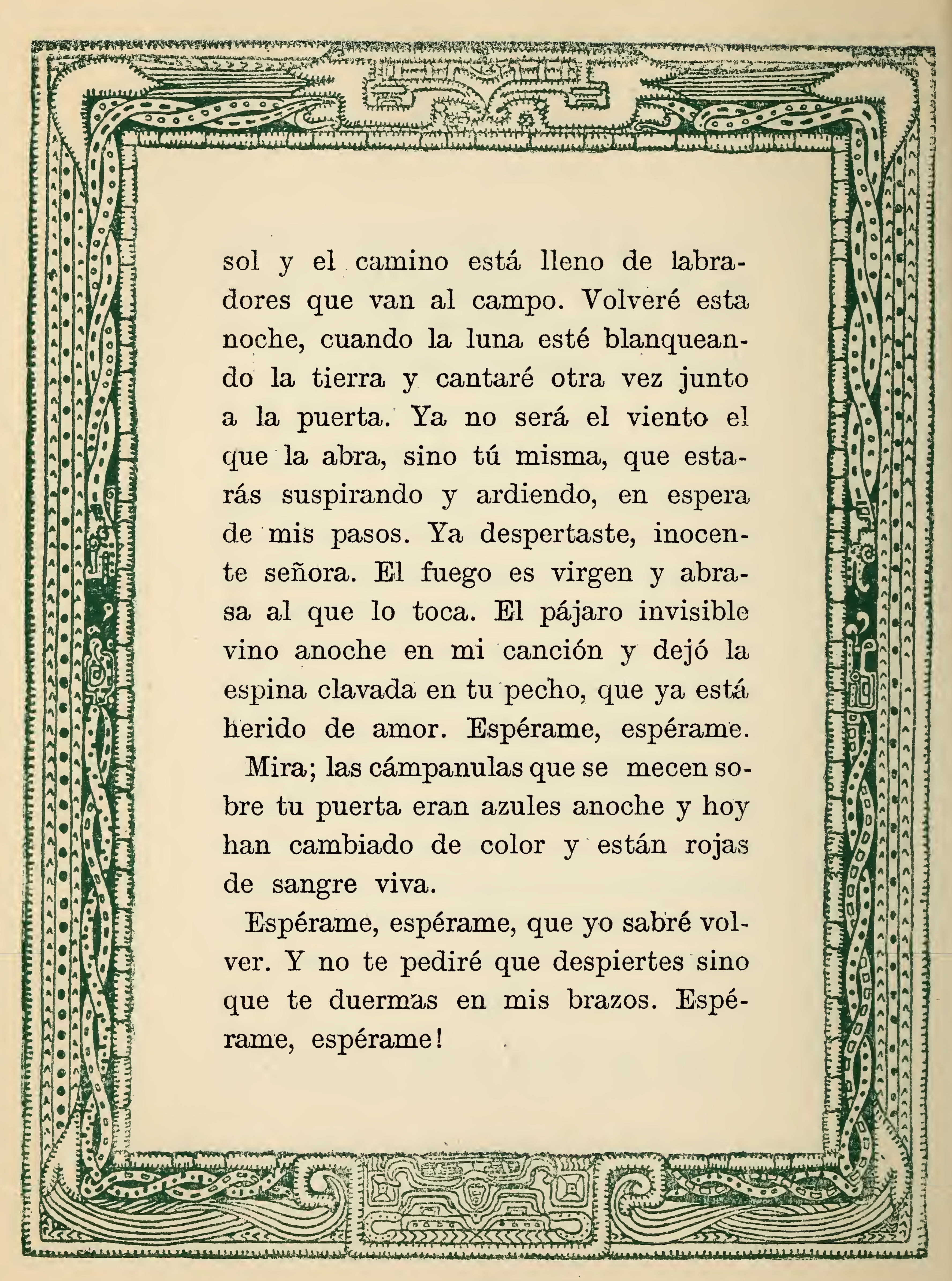


dormid callados, amigos míos y dejadme en medio de la dulzura de la noche. ¡Ven, pajarito invisible, que tienes en el pico la espina que hiere de amor!

¡Ay, el viento que abrió mi puerta a la canción que abrió mis oídos! ¡Ay, el viento que abre las flores en la noche, para que reciban al sol! ¡Ay, el viento oloroso que me despierta a mí, como despierta a la paloma en su nido! ¡Ay, el pajarito invisible que me deja clavada la espina en el pecho, la espina aguda que hiere de amor! ¡Ya despierto, ya despierto! ¡Y no sé si despertar es dormir en lo dulce de la mentira, pero ya desperté, ya desperté con la espina clavada en mi pecho desnudo, ya desperté, ya desperté!

III

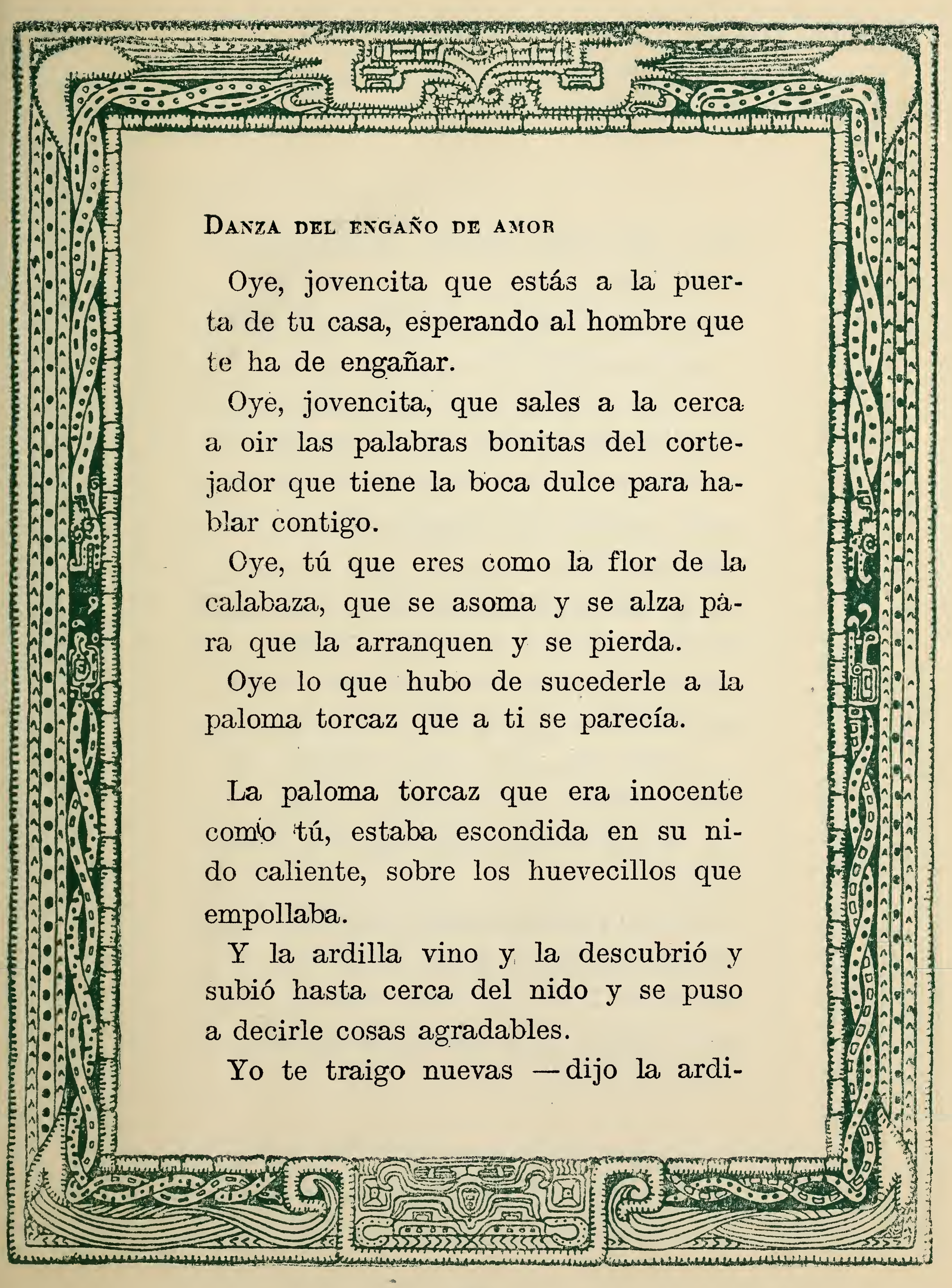
—Me voy, dulce señora. Ya salió el



sol y el camino está lleno de labradores que van al campo. Volveré esta noche, cuando la luna esté blanqueando la tierra y cantaré otra vez junto a la puerta. Ya no será el viento el que la abra, sino tú misma, que estarás suspirando y ardiendo, en espera de mis pasos. Ya despertaste, inocente señora. El fuego es virgen y abrasa al que lo toca. El pájaro invisible vino anoche en mi canción y dejó la espina clavada en tu pecho, que ya está herido de amor. Espérame, espérame.

Mira; las cámpanulas que se mecen sobre tu puerta eran azules anoche y hoy han cambiado de color y están rojas de sangre viva.

Espérame, espérame, que yo sabré volver. Y no te pediré que despiertes sino que te duermas en mis brazos. Espérame, espérame!



DANZA DEL ENGAÑO DE AMOR

Oye, jovencita que estás a la puerta de tu casa, esperando al hombre que te ha de engañar.

Oye, jovencita, que sales a la cerca a oir las palabras bonitas del cortejador que tiene la boca dulce para hablar contigo.

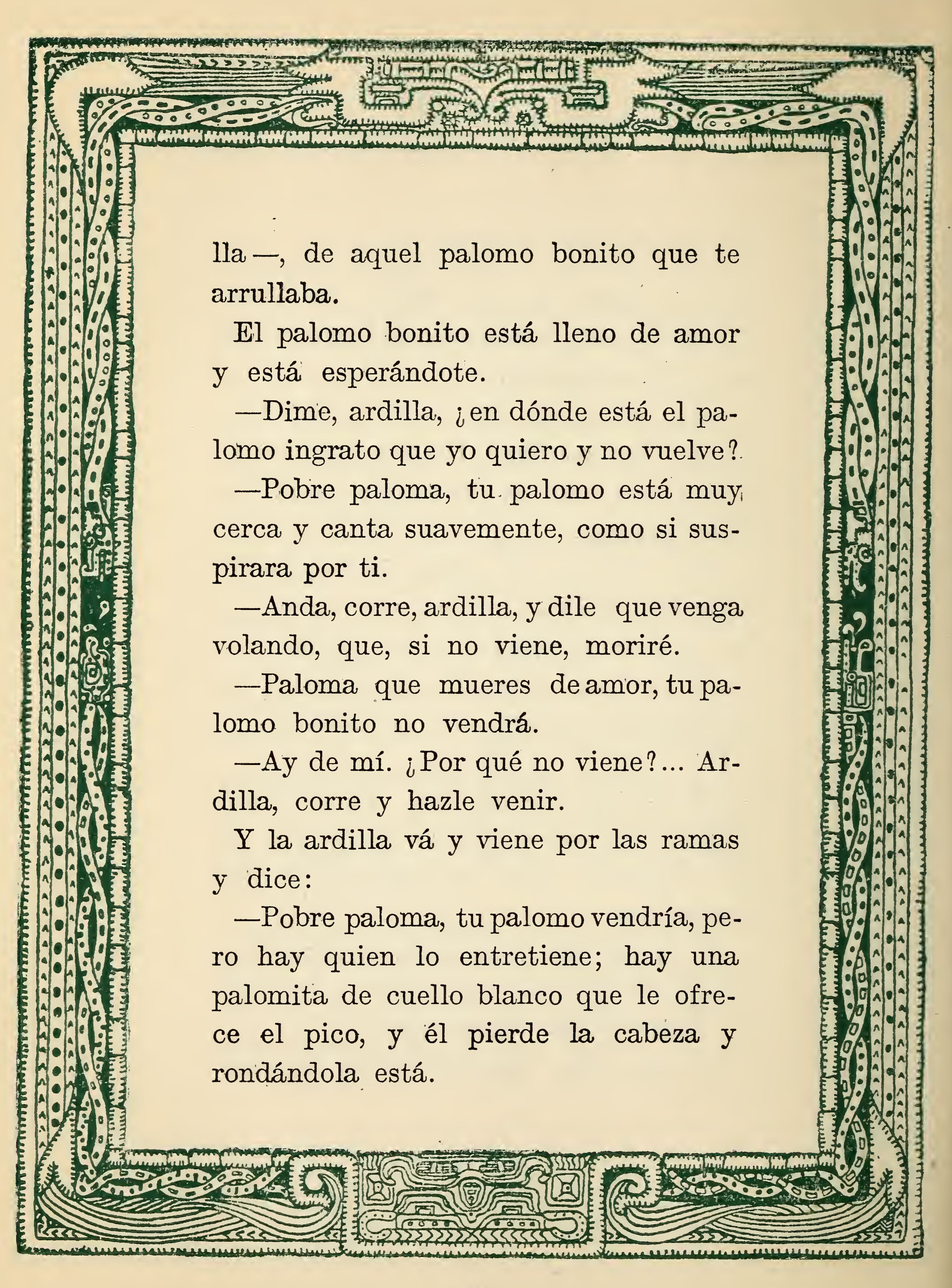
Oye, tú que eres como la flor de la calabaza, que se asoma y se alza para que la arranquen y se pierda.

Oye lo que hubo de sucederle a la paloma torcaz que a ti se parecía.

La paloma torcaz que era inocente como tú, estaba escondida en su nido caliente, sobre los huevecillos que empollaba.

Y la ardilla vino y la descubrió y subió hasta cerca del nido y se puso a decirle cosas agradables.

Yo te traigo nuevas —dijo la ardi-



lla —, de aquel palomo bonito que te arrullaba.

El palomo bonito está lleno de amor y está esperándote.

—Dime, ardilla, ¿en dónde está el palomo ingrato que yo quiero y no vuelve?

—Pobre paloma, tu palomo está muy cerca y canta suavemente, como si suspirara por ti.

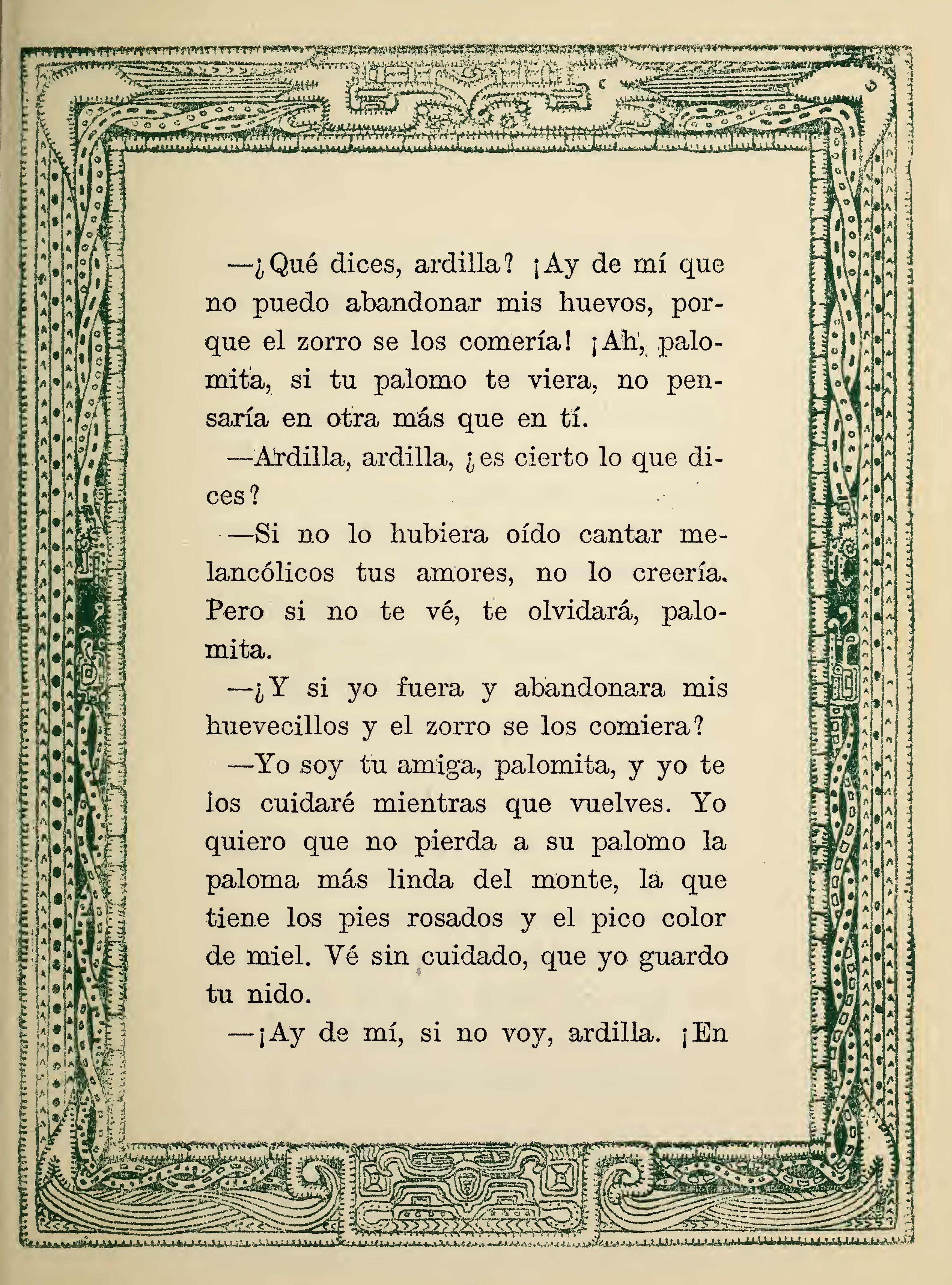
—Anda, corre, ardilla, y dile que venga volando, que, si no viene, moriré.

—Paloma que mueres de amor, tu palomo bonito no vendrá.

—Ay de mí. ¿Por qué no viene?... Ardilla, corre y hazle venir.

Y la ardilla vá y viene por las ramas y dice:

—Pobre paloma, tu palomo vendría, pero hay quien lo entretiene; hay una palomita de cuello blanco que le ofrece el pico, y él pierde la cabeza y rondándola está.



—¿Qué dices, ardilla? ¡Ay de mí que no puedo abandonar mis huevos, porque el zorro se los comería! ¡Ah, palomita, si tu palomo te viera, no pensaría en otra más que en tí.

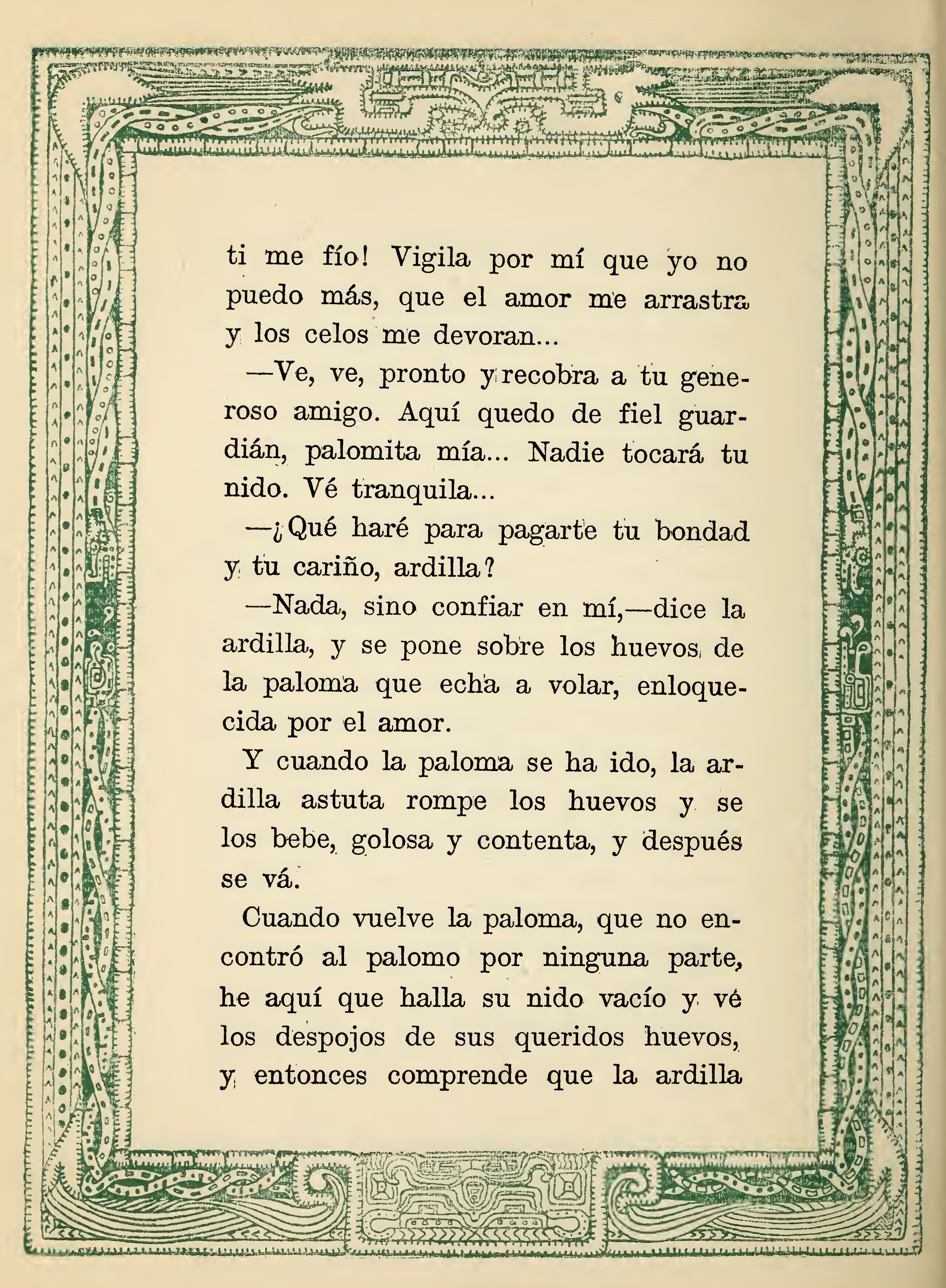
—Ardilla, ardilla, ¿es cierto lo que dices?

—Si no lo hubiera oído cantar melancólicos tus amores, no lo creería. Pero si no te vé, te olvidará, palomita.

—¿Y si yo fuera y abandonara mis huevecillos y el zorro se los comiera?

—Yo soy tu amiga, palomita, y yo te los cuidaré mientras que vuelves. Yo quiero que no pierda a su palomo la paloma más linda del monte, la que tiene los pies rosados y el pico color de miel. Vé sin cuidado, que yo guardo tu nido.

—¡Ay de mí, si no voy, ardilla. ¡En



ti me fío! Vigila por mí que yo no puedo más, que el amor me arrastra y los celos me devoran...

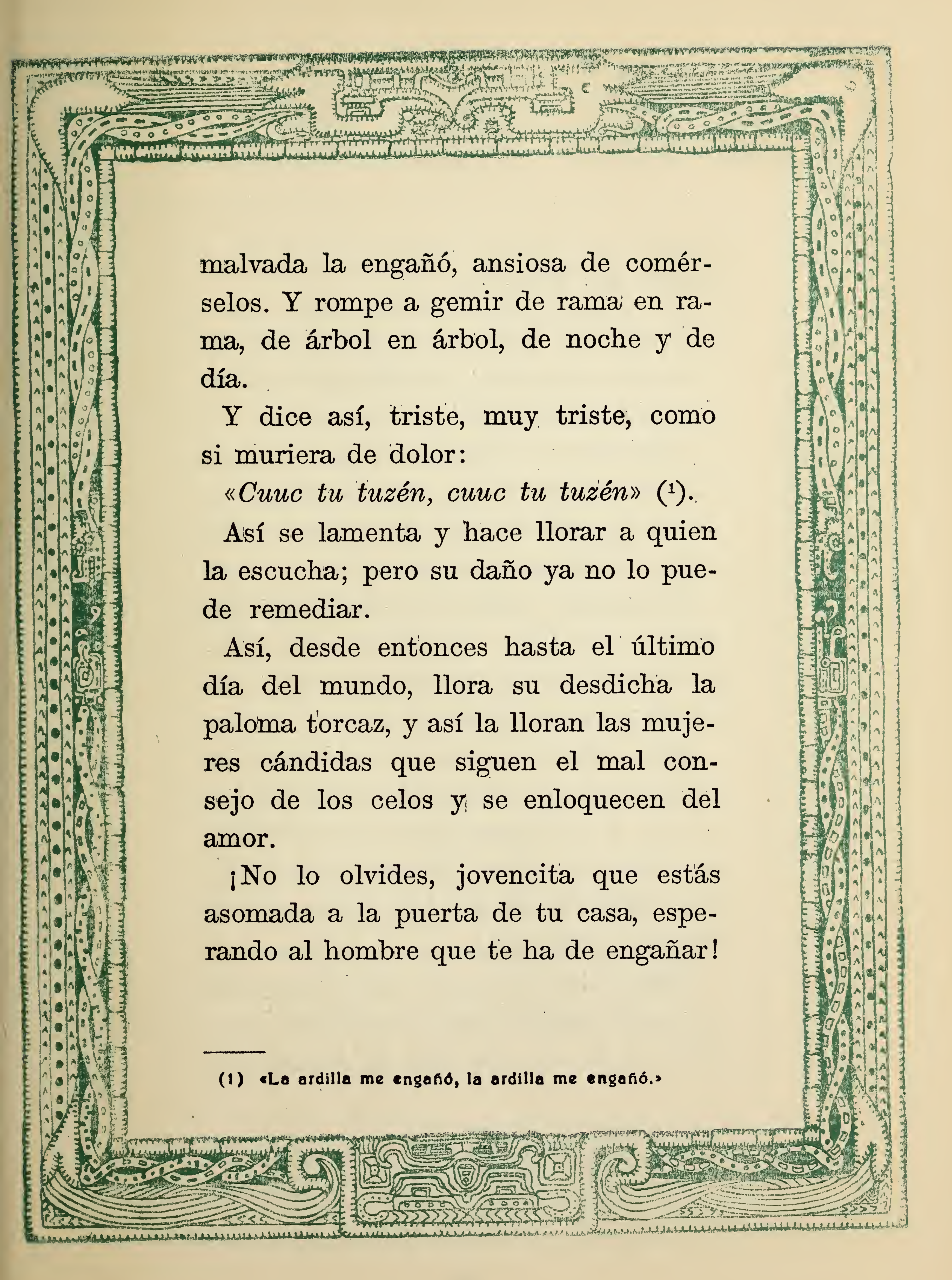
—Ve, ve, pronto y recobra a tu generoso amigo. Aquí quedo de fiel guardián, palomita mía... Nadie tocará tu nido. Vé tranquila...

—¿Qué haré para pagarte tu bondad y tu cariño, ardilla?

—Nada, sino confiar en mí,—dice la ardilla, y se pone sobre los huevos de la paloma que echa a volar, enloquecida por el amor.

Y cuando la paloma se ha ido, la ardilla astuta rompe los huevos y se los bebe, golosa y contenta, y después se vá.

Cuando vuelve la paloma, que no encontró al palomo por ninguna parte, he aquí que halla su nido vacío y vé los despojos de sus queridos huevos, y entonces comprende que la ardilla



malvada la engañó, ansiosa de comérselos. Y rompe a gemir de rama en rama, de árbol en árbol, de noche y de día.

Y dice así, triste, muy triste, como si muriera de dolor:

«*Cuuc tu tuzén, cuuc tu tuzén*» (1).

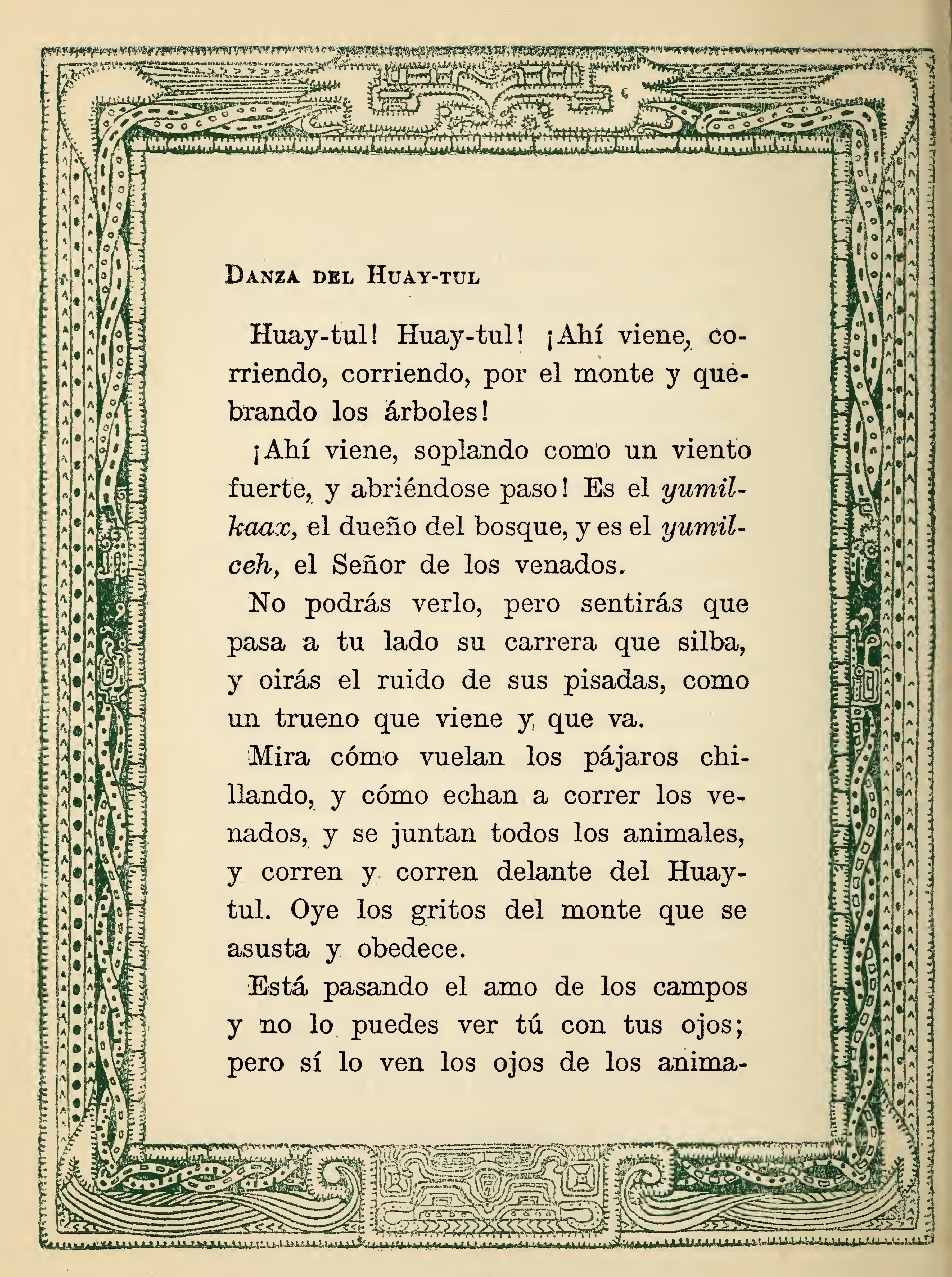
Así se lamenta y hace llorar a quien la escucha; pero su daño ya no lo puede remediar.

Así, desde entonces hasta el último día del mundo, llora su desdicha la paloma torcaz, y así la lloran las mujeres cándidas que siguen el mal consejo de los celos y se enloquecen del amor.

¡No lo olvides, jovencita que estás asomada a la puerta de tu casa, esperando al hombre que te ha de engañar!

---

(1) «La ardilla me engañó, la ardilla me engañó.»



DANZA DEL HUAY-TUL

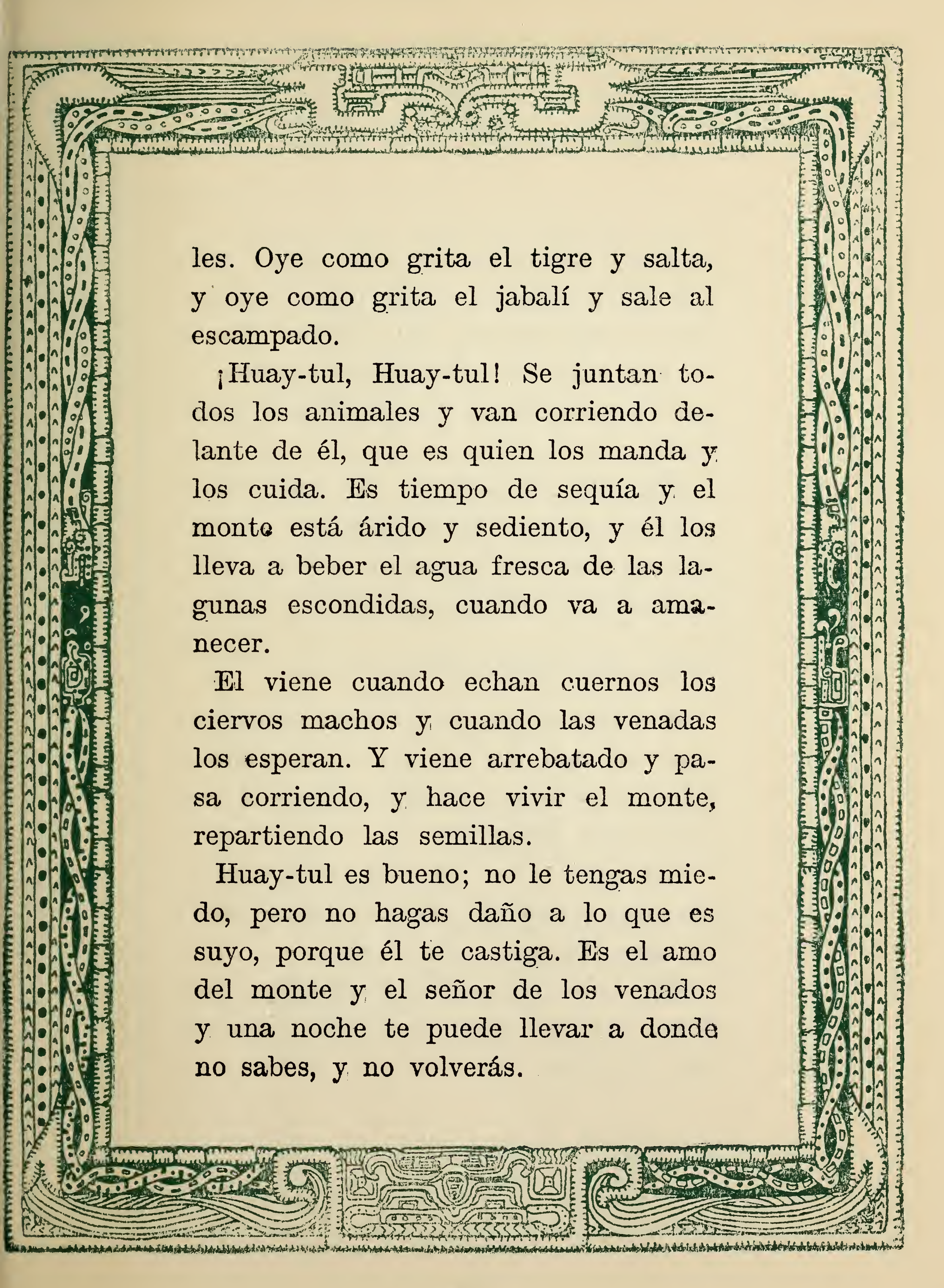
Huay-tul! Huay-tul! ¡Ahí viene, corriendo, corriendo, por el monte y quebrando los árboles!

¡Ahí viene, soplando como un viento fuerte, y abriéndose paso! Es el *yumil-kaax,* el dueño del bosque, y es el *yumil-ceh,* el Señor de los venados.

No podrás verlo, pero sentirás que pasa a tu lado su carrera que silba, y oirás el ruido de sus pisadas, como un trueno que viene y que va.

Mira cómo vuelan los pájaros chillando, y cómo echan a correr los venados, y se juntan todos los animales, y corren y corren delante del Huay-tul. Oye los gritos del monte que se asusta y obedece.

Está pasando el amo de los campos y no lo puedes ver tú con tus ojos; pero sí lo ven los ojos de los anima-



les. Oye como grita el tigre y salta, y oye como grita el jabalí y sale al escampado.

¡Huay-tul, Huay-tul! Se juntan todos los animales y van corriendo delante de él, que es quien los manda y los cuida. Es tiempo de sequía y el monte está árido y sediento, y él los lleva a beber el agua fresca de las lagunas escondidas, cuando va a amanecer.

El viene cuando echan cuernos los ciervos machos y cuando las venadas los esperan. Y viene arrebatado y pasa corriendo, y hace vivir el monte, repartiendo las semillas.

Huay-tul es bueno; no le tengas miedo, pero no hagas daño a lo que es suyo, porque él te castiga. Es el amo del monte y el señor de los venados y una noche te puede llevar a donde no sabes, y no volverás.

Déjale paso, porque allí viene, corriendo y juntando a sus hijos los animales, que tienen sed. Déjale paso, y mira cómo los árboles se sacuden y oye el resoplido de los venados en manada.

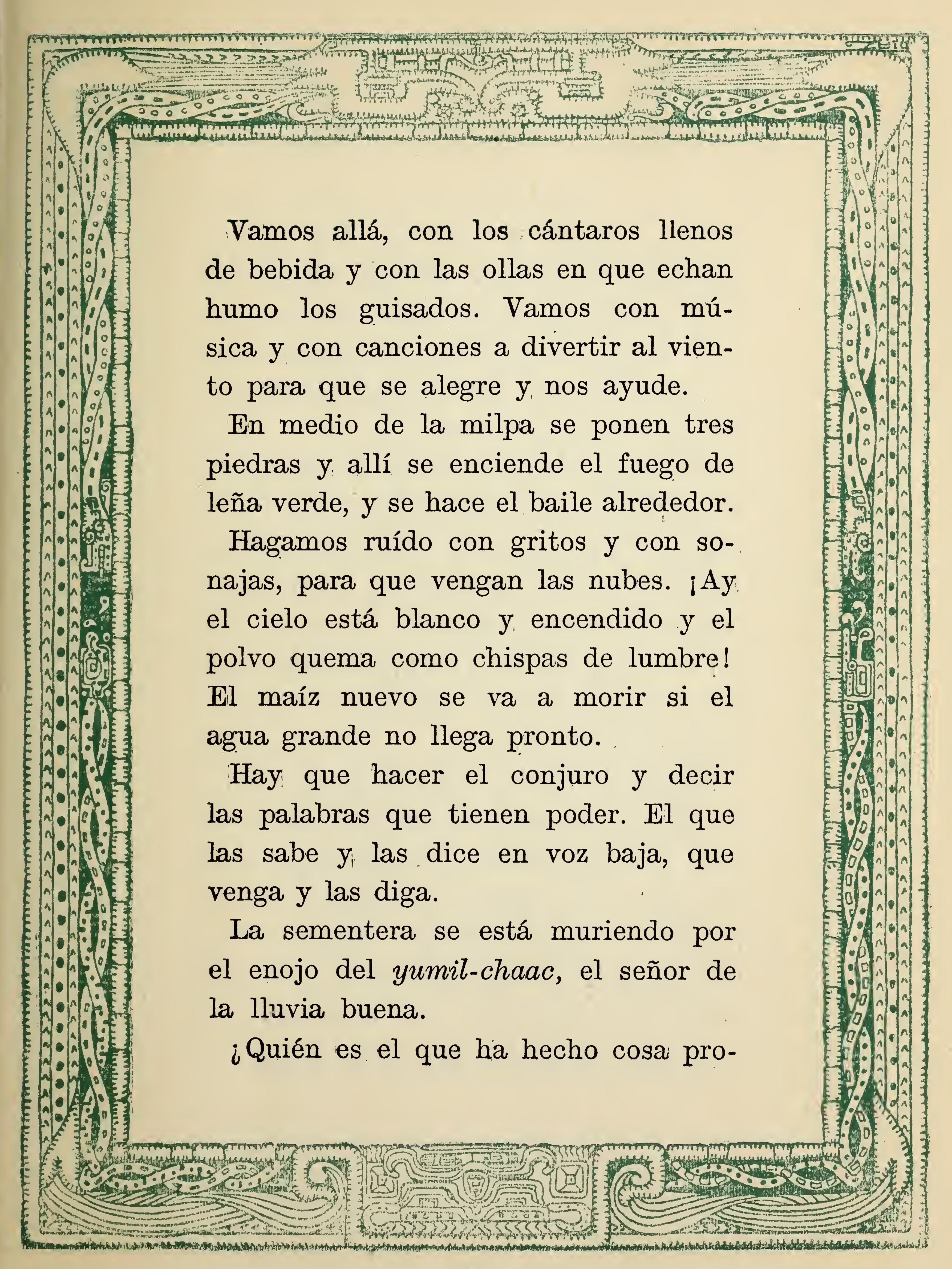
¡Huay-tul, huay-tul! Ahí viene corriendo como un viento furioso y es como un rayo que cruza el monte. ¡Déjale pasar y quédate callado!

Danza de la buena lluvia

El Señor de la lluvia está enojado, y el sol raja las piedras y los pobres árboles se secan y crujen, como si ya estuvieran ardiendo.

Hay que ir a las milpas dobladas de calor y hay que bailar y hacer fiesta para llamar a las nubes.

Hay que contentar la voluntad del Señor de la Lluvia que está enojado con nosotros.



Vamos allá, con los cántaros llenos de bebida y con las ollas en que echan humo los guisados. Vamos con música y con canciones a divertir al viento para que se alegre y nos ayude.

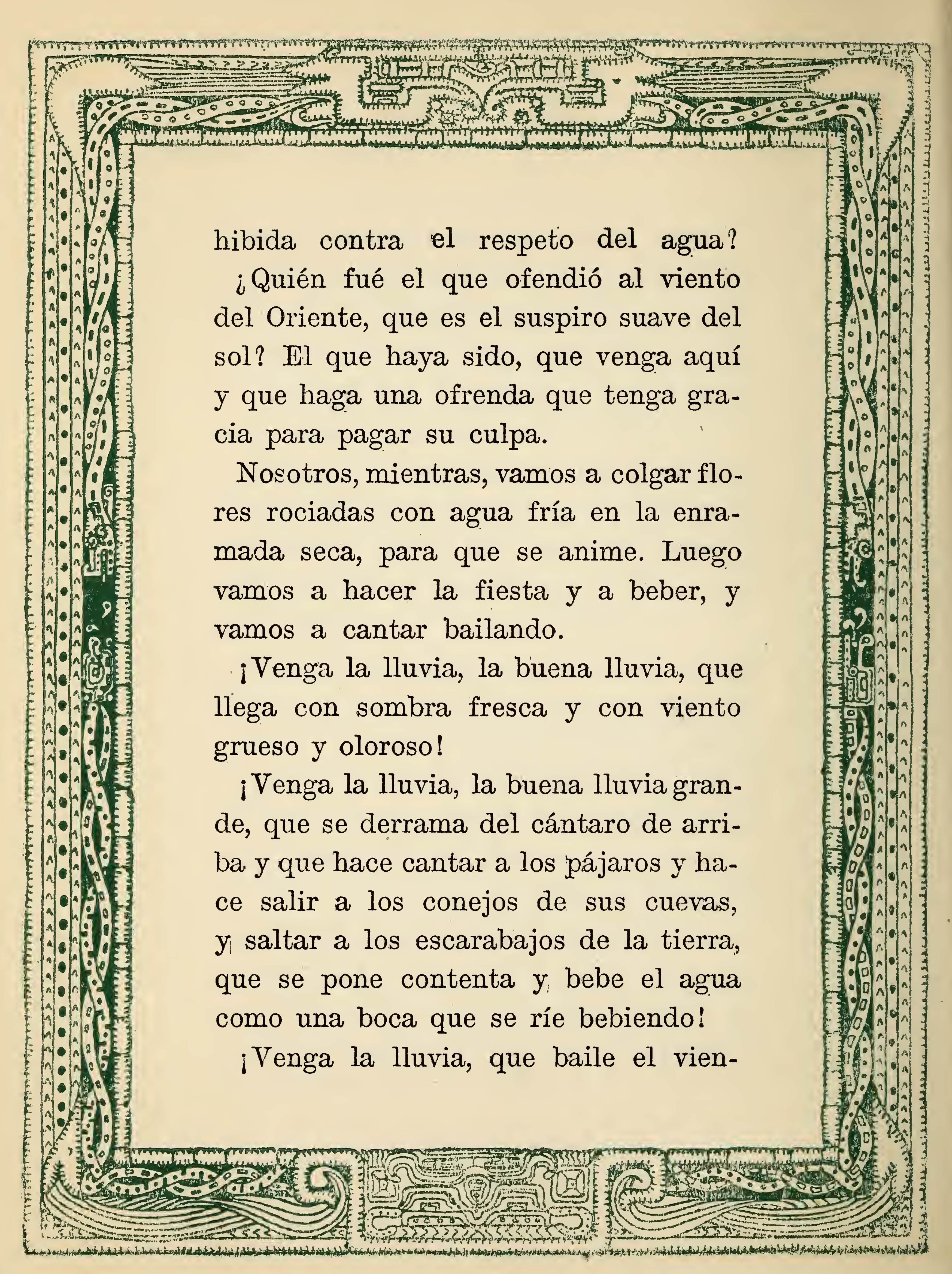
En medio de la milpa se ponen tres piedras y allí se enciende el fuego de leña verde, y se hace el baile alrededor.

Hagamos ruído con gritos y con sonajas, para que vengan las nubes. ¡Ay el cielo está blanco y encendido y el polvo quema como chispas de lumbre! El maíz nuevo se va a morir si el agua grande no llega pronto.

Hay que hacer el conjuro y decir las palabras que tienen poder. El que las sabe y las dice en voz baja, que venga y las diga.

La sementera se está muriendo por el enojo del *yumil-chaac,* el señor de la lluvia buena.

¿Quién es el que ha hecho cosa pro-



hibida contra el respeto del agua?

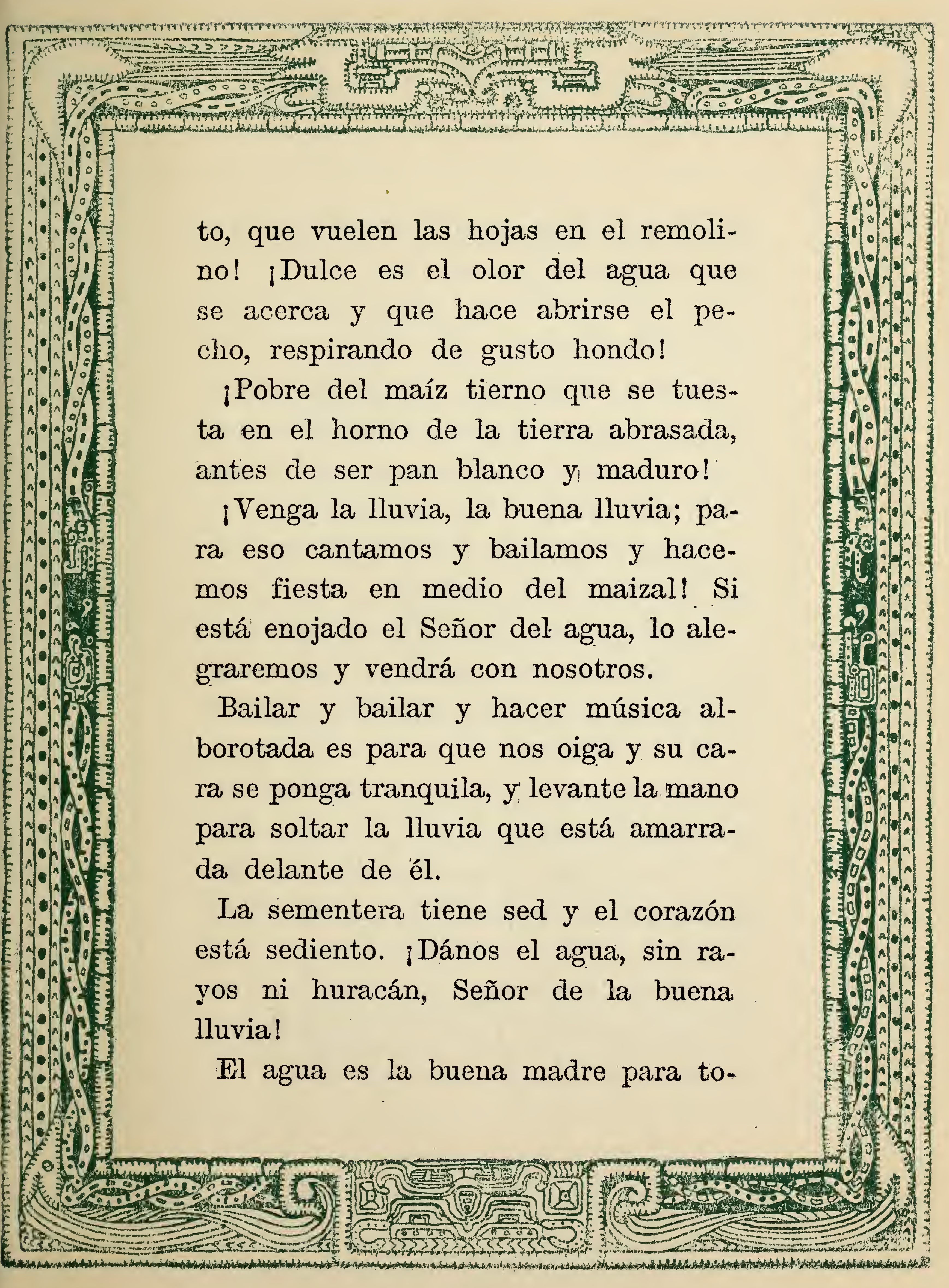
¿Quién fué el que ofendió al viento del Oriente, que es el suspiro suave del sol? El que haya sido, que venga aquí y que haga una ofrenda que tenga gracia para pagar su culpa.

Nosotros, mientras, vamos a colgar flores rociadas con agua fría en la enramada seca, para que se anime. Luego vamos a hacer la fiesta y a beber, y vamos a cantar bailando.

¡Venga la lluvia, la buena lluvia, que llega con sombra fresca y con viento grueso y oloroso!

¡Venga la lluvia, la buena lluvia grande, que se derrama del cántaro de arriba y que hace cantar a los pájaros y hace salir a los conejos de sus cuevas, y saltar a los escarabajos de la tierra, que se pone contenta y bebe el agua como una boca que se ríe bebiendo!

¡Venga la lluvia, que baile el vien-



to, que vuelen las hojas en el remolino! ¡Dulce es el olor del agua que se acerca y que hace abrirse el pecho, respirando de gusto hondo!

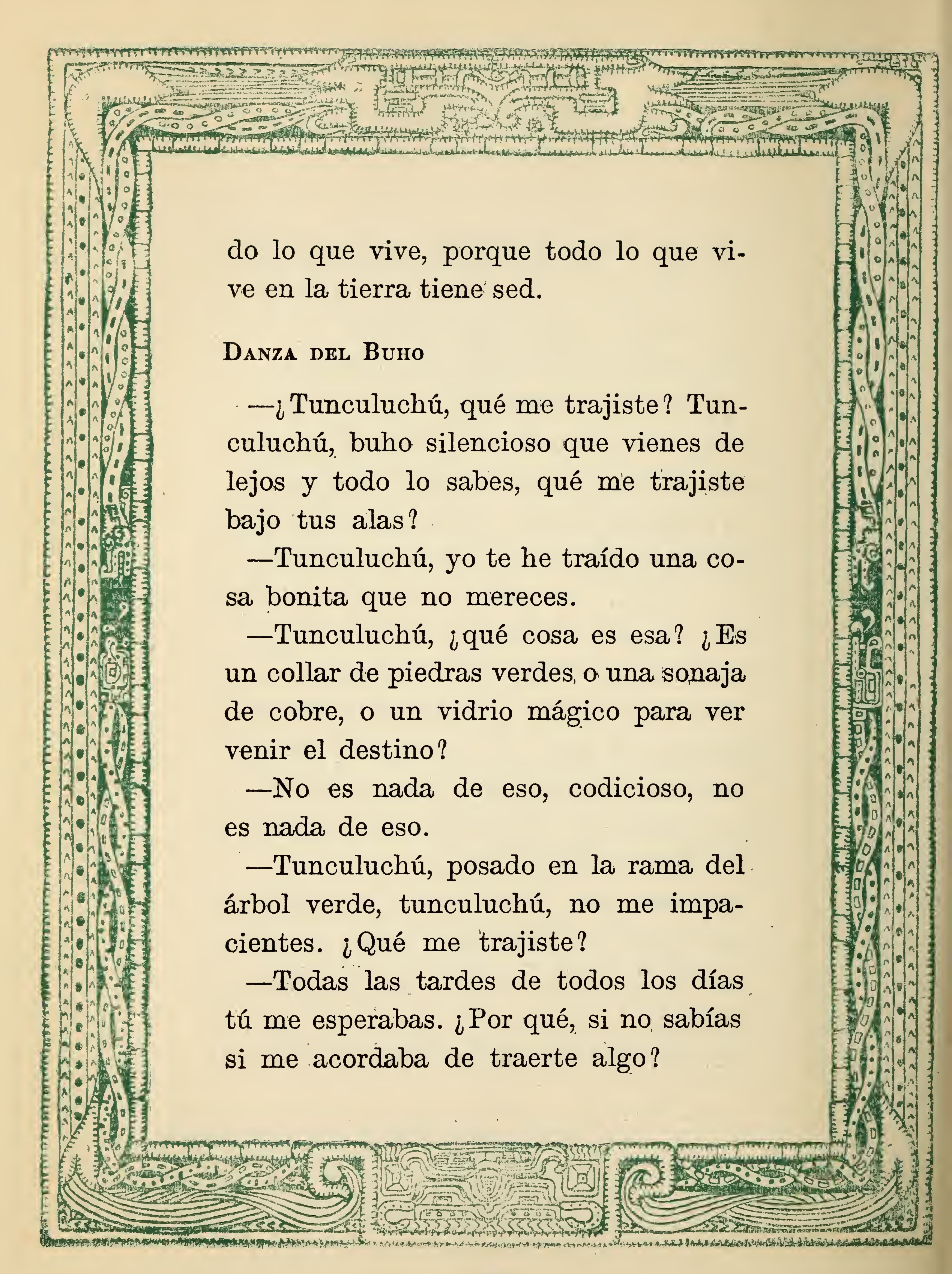
¡Pobre del maíz tierno que se tuesta en el horno de la tierra abrasada, antes de ser pan blanco y maduro!

¡Venga la lluvia, la buena lluvia; para eso cantamos y bailamos y hacemos fiesta en medio del maizal! Si está enojado el Señor del agua, lo alegraremos y vendrá con nosotros.

Bailar y bailar y hacer música alborotada es para que nos oiga y su cara se ponga tranquila, y levante la mano para soltar la lluvia que está amarrada delante de él.

La sementera tiene sed y el corazón está sediento. ¡Dános el agua, sin rayos ni huracán, Señor de la buena lluvia!

El agua es la buena madre para to-



do lo que vive, porque todo lo que vive en la tierra tiene sed.

DANZA DEL BUHO

—¿Tunculuchú, qué me trajiste? Tunculuchú, buho silencioso que vienes de lejos y todo lo sabes, qué me trajiste bajo tus alas?

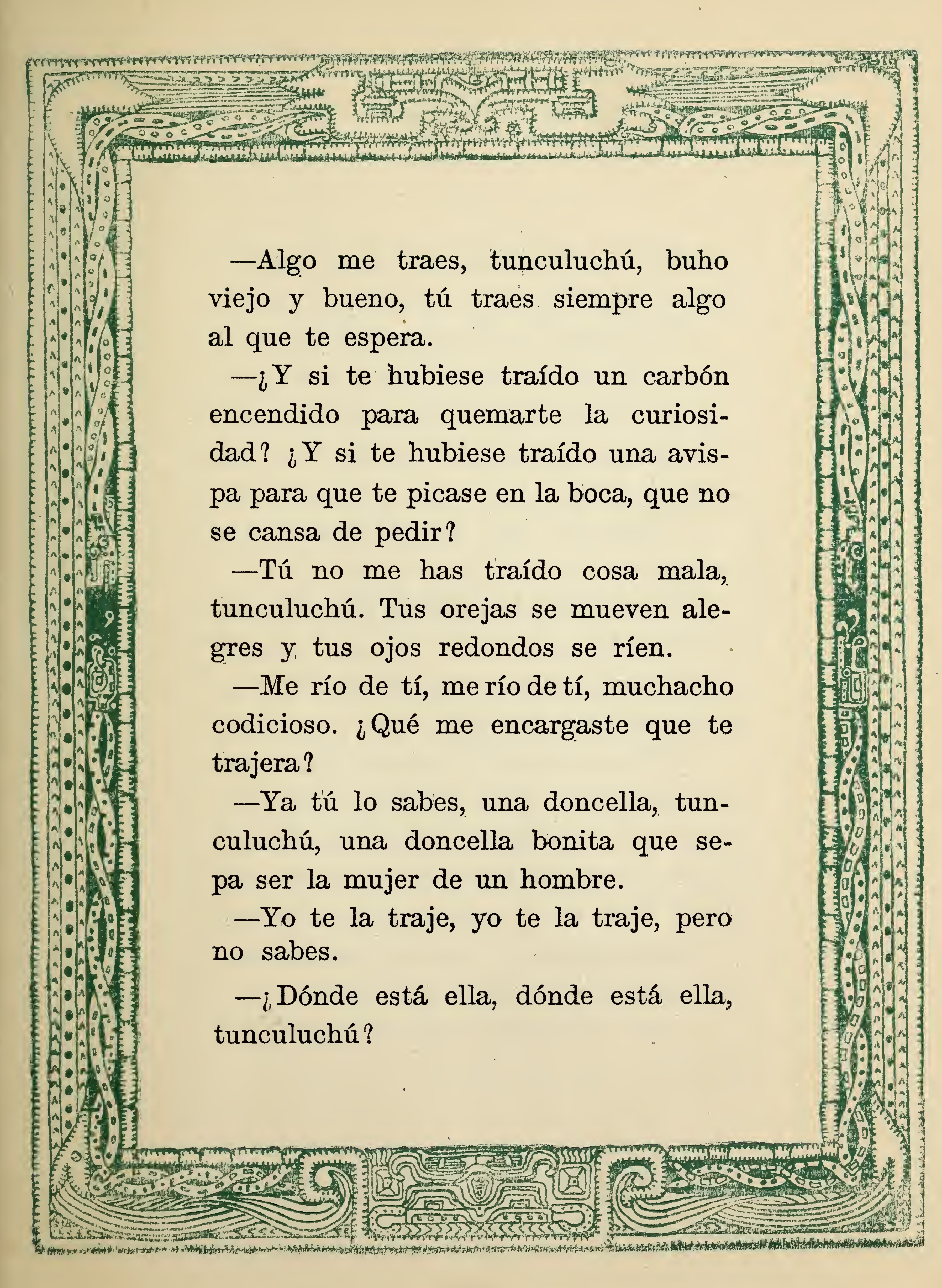
—Tunculuchú, yo te he traído una cosa bonita que no mereces.

—Tunculuchú, ¿qué cosa es esa? ¿Es un collar de piedras verdes, o una sonaja de cobre, o un vidrio mágico para ver venir el destino?

—No es nada de eso, codicioso, no es nada de eso.

—Tunculuchú, posado en la rama del árbol verde, tunculuchú, no me impacientes. ¿Qué me trajiste?

—Todas las tardes de todos los días tú me esperabas. ¿Por qué, si no sabías si me acordaba de traerte algo?



—Algo me traes, tunculuchú, buho viejo y bueno, tú traes siempre algo al que te espera.

—¿Y si te hubiese traído un carbón encendido para quemarte la curiosidad? ¿Y si te hubiese traído una avispa para que te picase en la boca, que no se cansa de pedir?

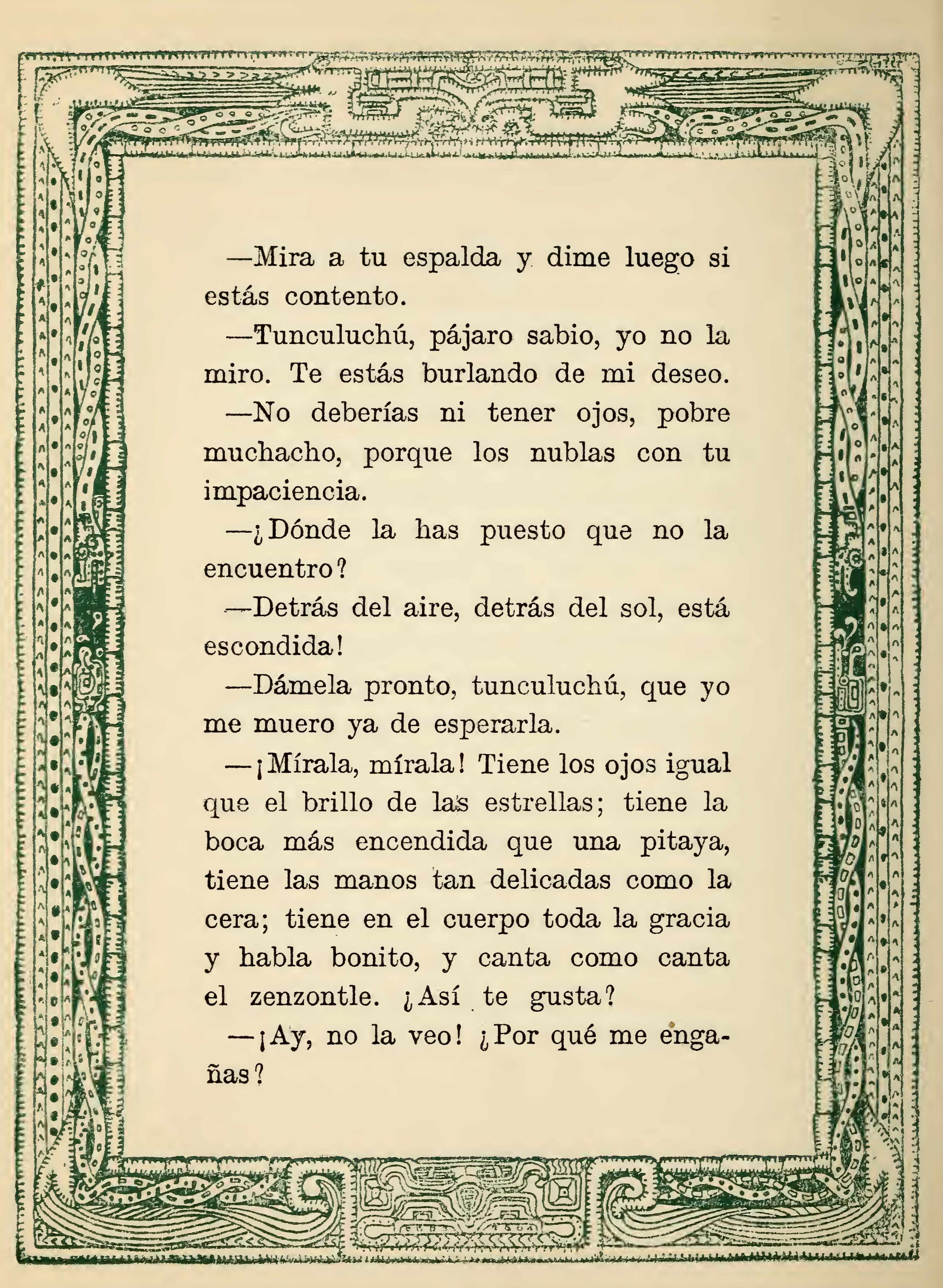
—Tú no me has traído cosa mala, tunculuchú. Tus orejas se mueven alegres y tus ojos redondos se ríen.

—Me río de tí, me río de tí, muchacho codicioso. ¿Qué me encargaste que te trajera?

—Ya tú lo sabes, una doncella, tunculuchú, una doncella bonita que sepa ser la mujer de un hombre.

—Yo te la traje, yo te la traje, pero no sabes.

—¿Dónde está ella, dónde está ella, tunculuchú?



—Mira a tu espalda y dime luego si estás contento.

—Tunculuchú, pájaro sabio, yo no la miro. Te estás burlando de mi deseo.

—No deberías ni tener ojos, pobre muchacho, porque los nublas con tu impaciencia.

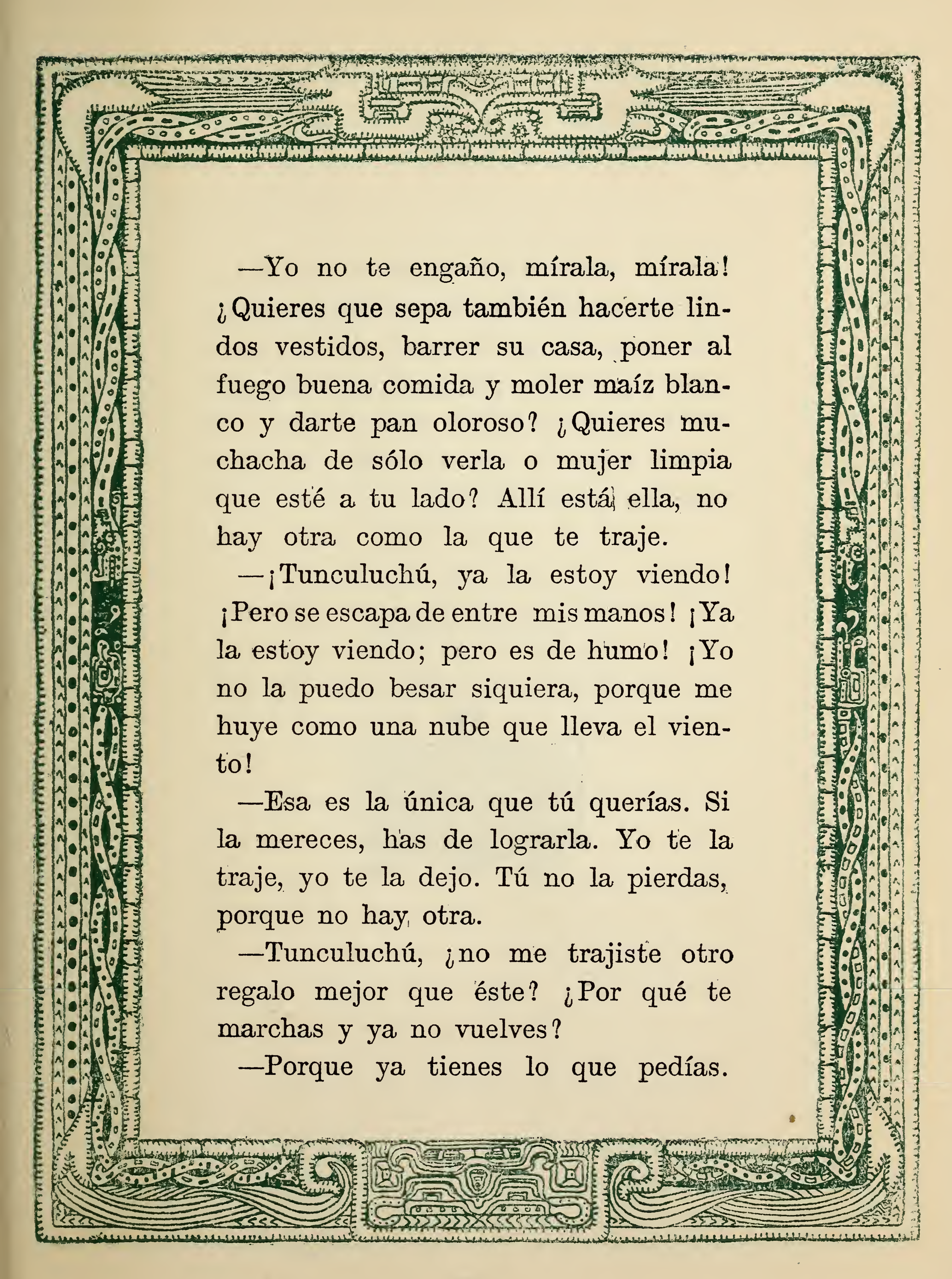
—¿Dónde la has puesto que no la encuentro?

—Detrás del aire, detrás del sol, está escondida!

—Dámela pronto, tunculuchú, que yo me muero ya de esperarla.

—¡Mírala, mírala! Tiene los ojos igual que el brillo de las estrellas; tiene la boca más encendida que una pitaya, tiene las manos tan delicadas como la cera; tiene en el cuerpo toda la gracia y habla bonito, y canta como canta el zenzontle. ¿Así te gusta?

—¡Ay, no la veo! ¿Por qué me engañas?



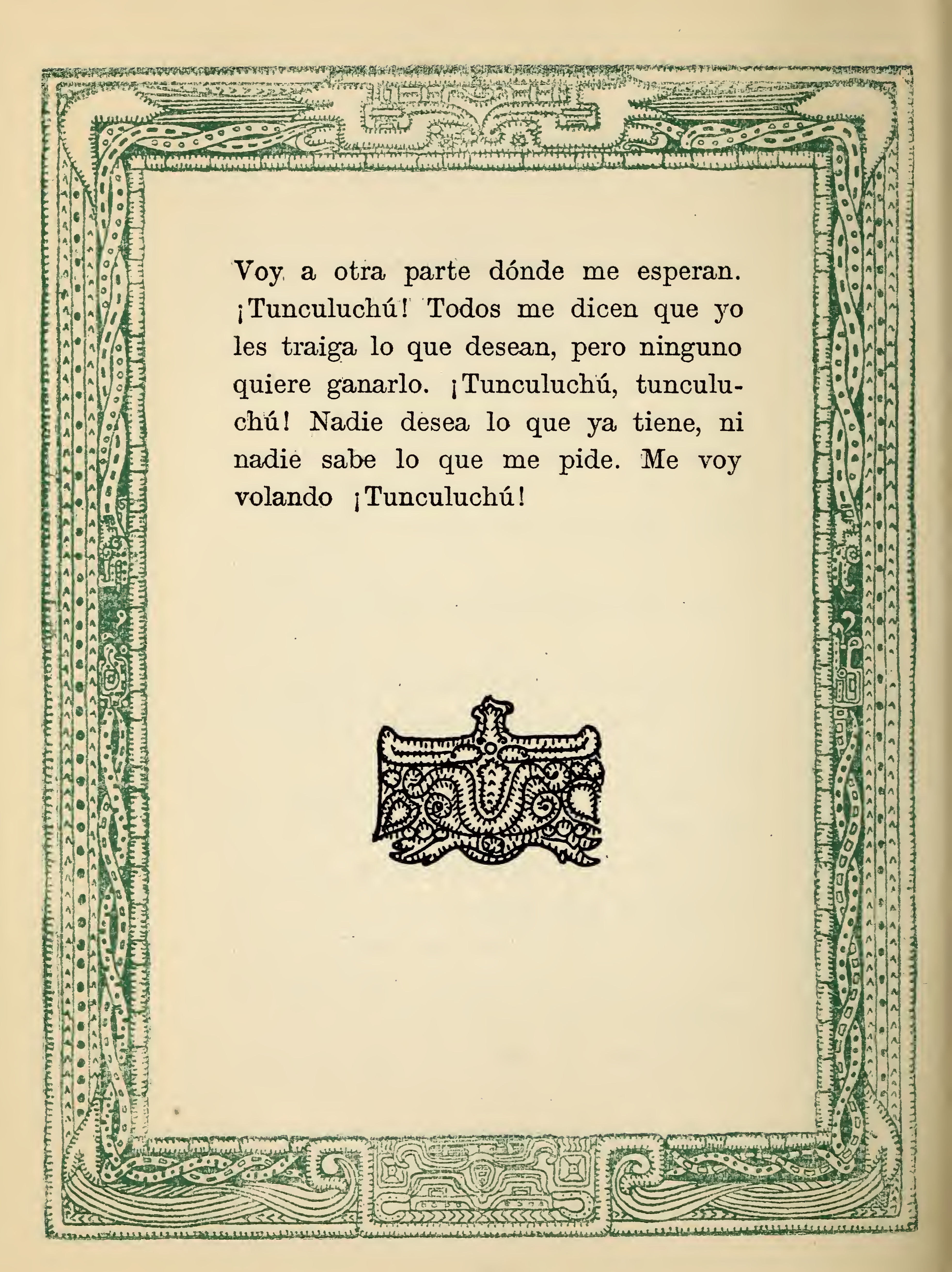
—Yo no te engaño, mírala, mírala! ¿Quieres que sepa también hacerte lindos vestidos, barrer su casa, poner al fuego buena comida y moler maíz blanco y darte pan oloroso? ¿Quieres muchacha de sólo verla o mujer limpia que esté a tu lado? Allí está ella, no hay otra como la que te traje.

—¡Tunculuchú, ya la estoy viendo! ¡Pero se escapa de entre mis manos! ¡Ya la estoy viendo; pero es de humo! ¡Yo no la puedo besar siquiera, porque me huye como una nube que lleva el viento!

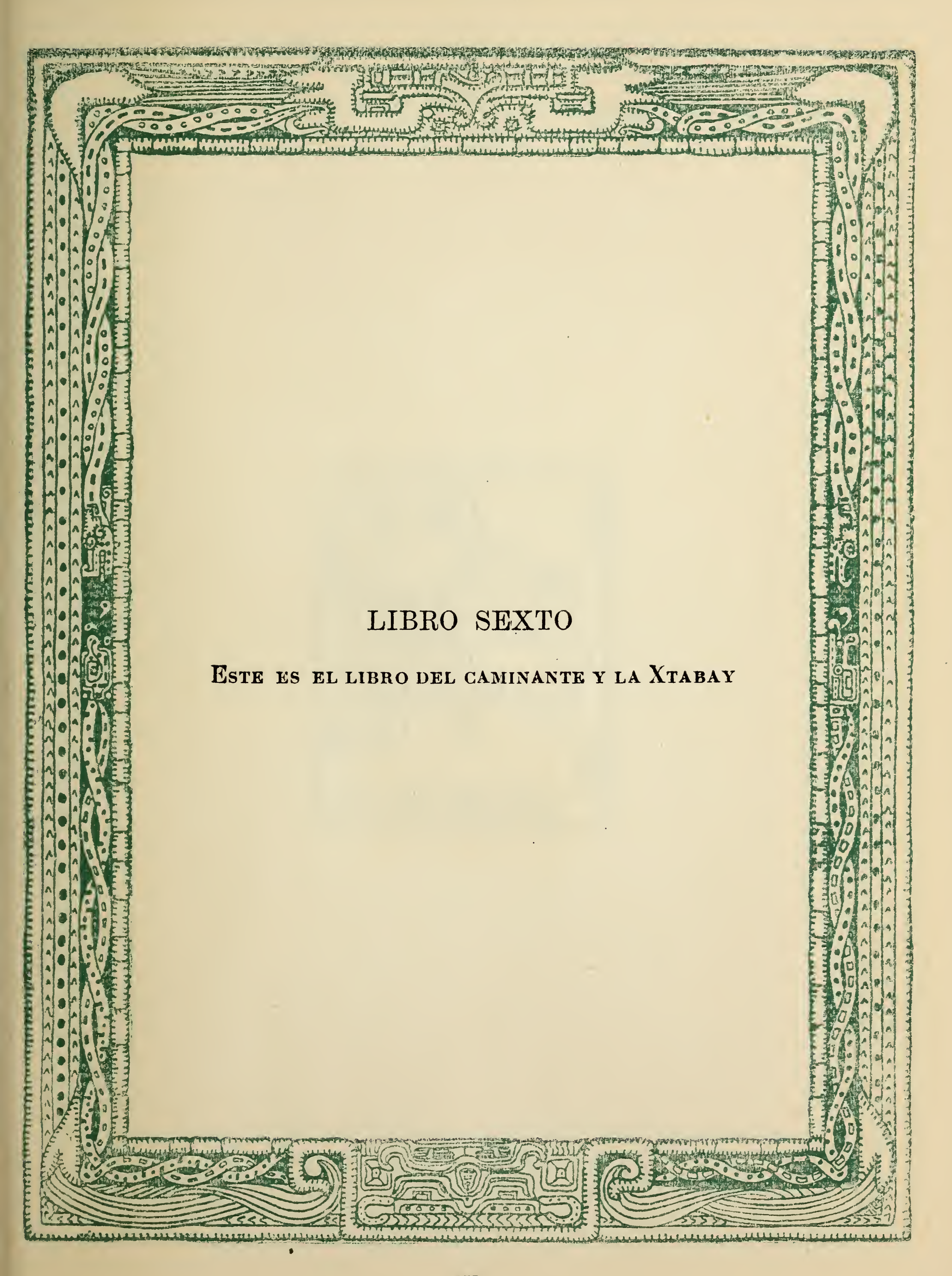
—Esa es la única que tú querías. Si la mereces, has de lograrla. Yo te la traje, yo te la dejo. Tú no la pierdas, porque no hay otra.

—Tunculuchú, ¿no me trajiste otro regalo mejor que éste? ¿Por qué te marchas y ya no vuelves?

—Porque ya tienes lo que pedías.

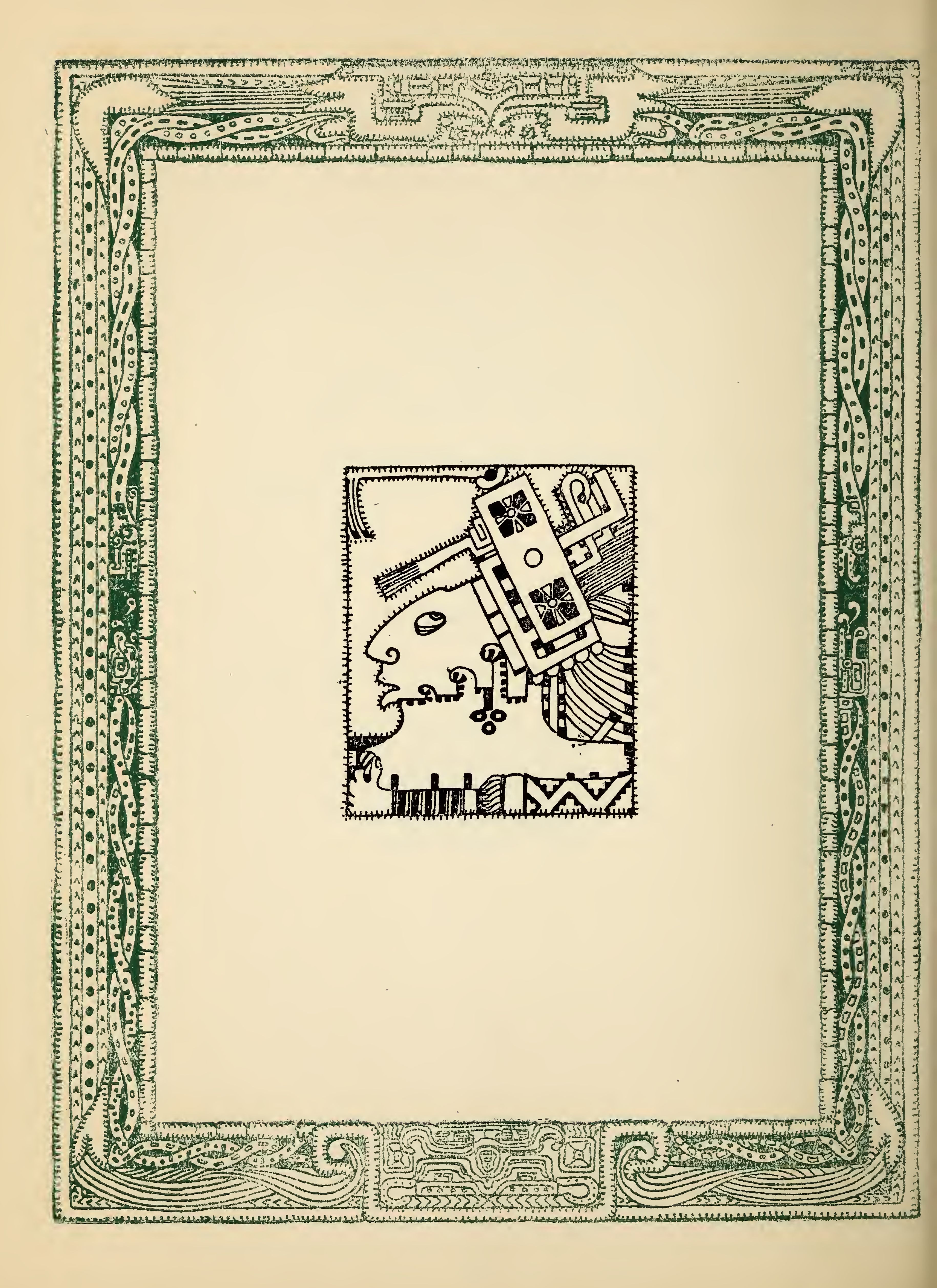


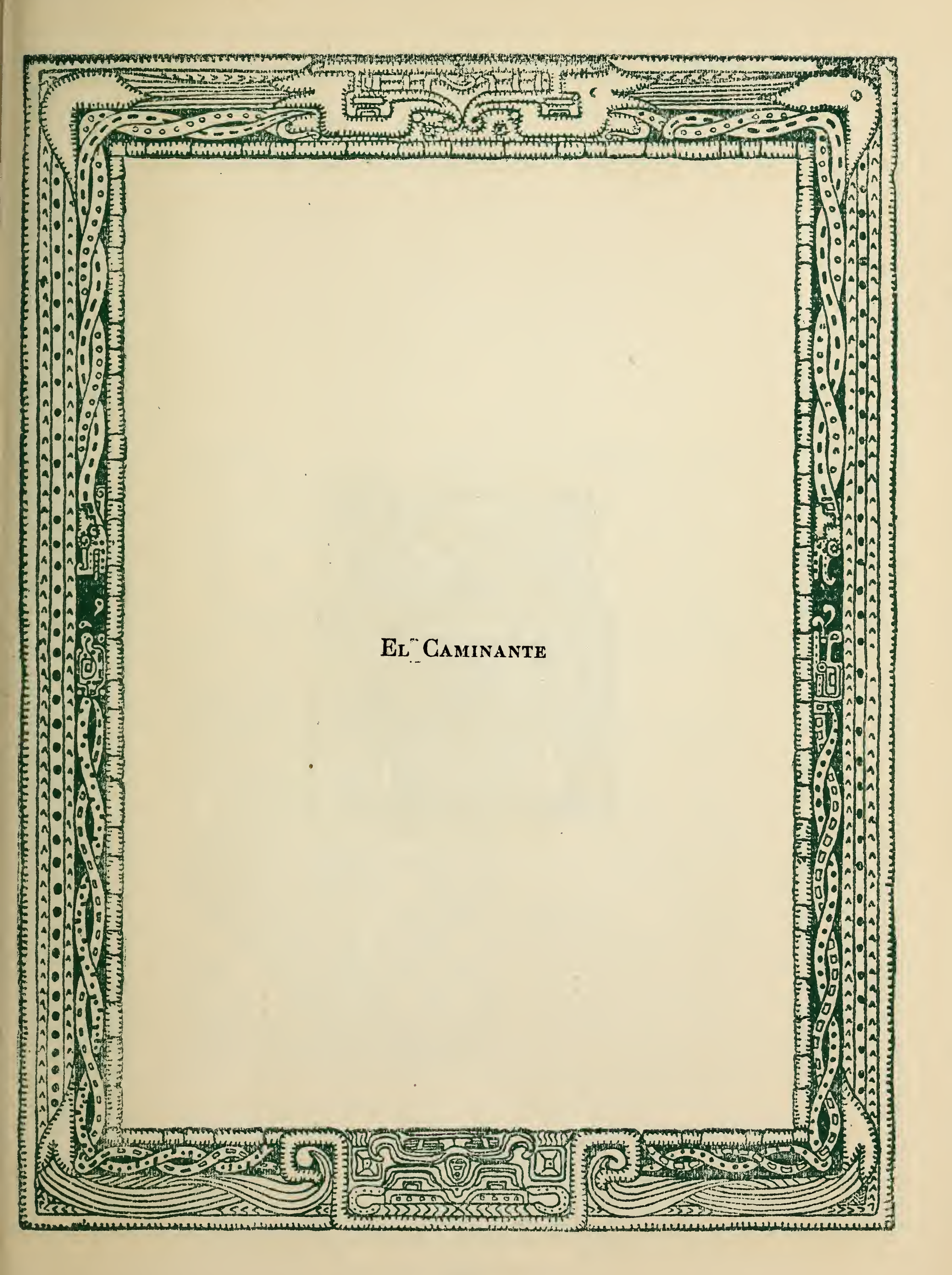
Voy a otra parte dónde me esperan. ¡Tunculuchú! Todos me dicen que yo les traiga lo que desean, pero ninguno quiere ganarlo. ¡Tunculuchú, tunculuchú! Nadie desea lo que ya tiene, ni nadie sabe lo que me pide. Me voy volando ¡Tunculuchú!



LIBRO SEXTO

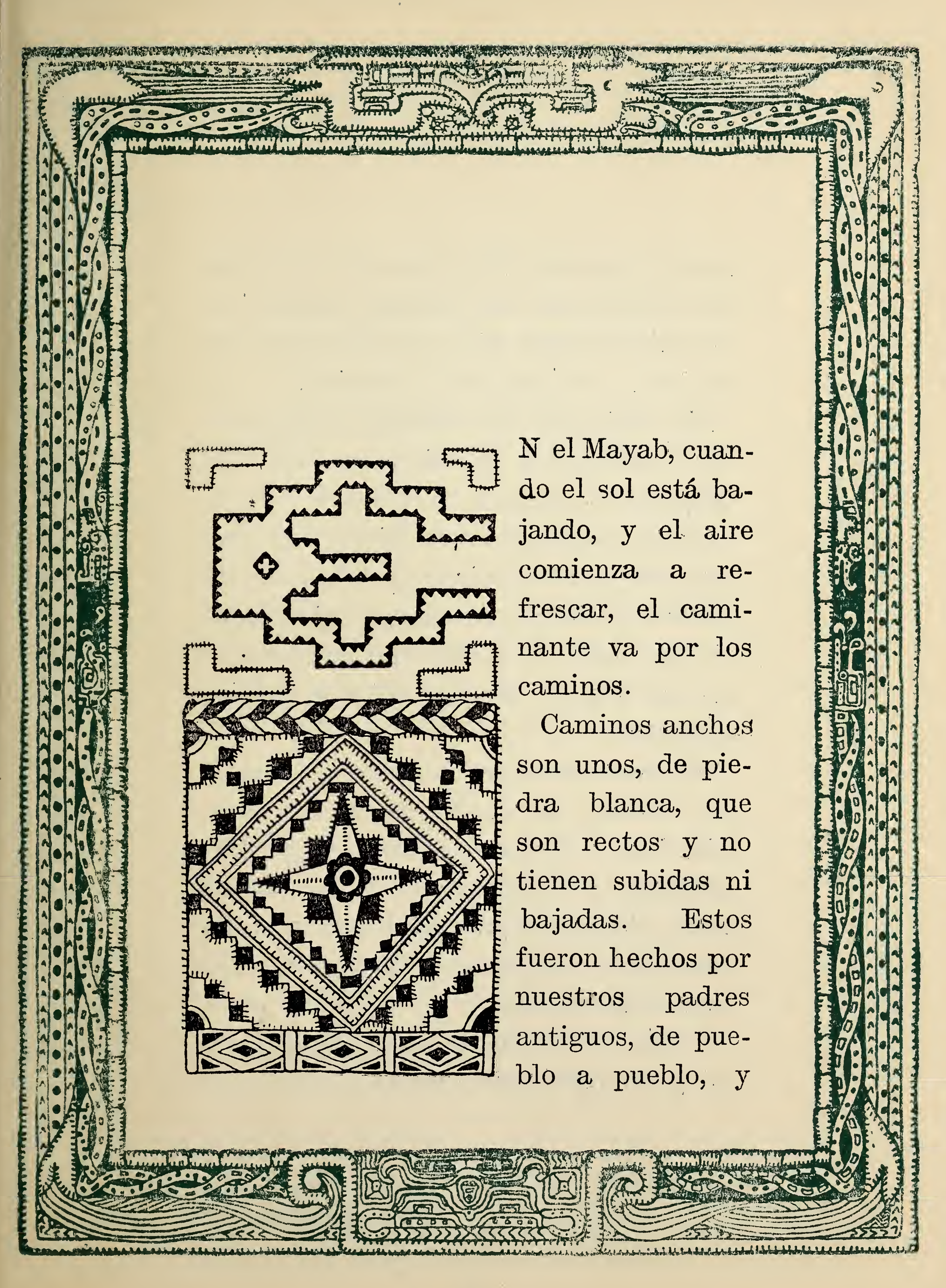
Este es el libro del caminante y la Xtabay





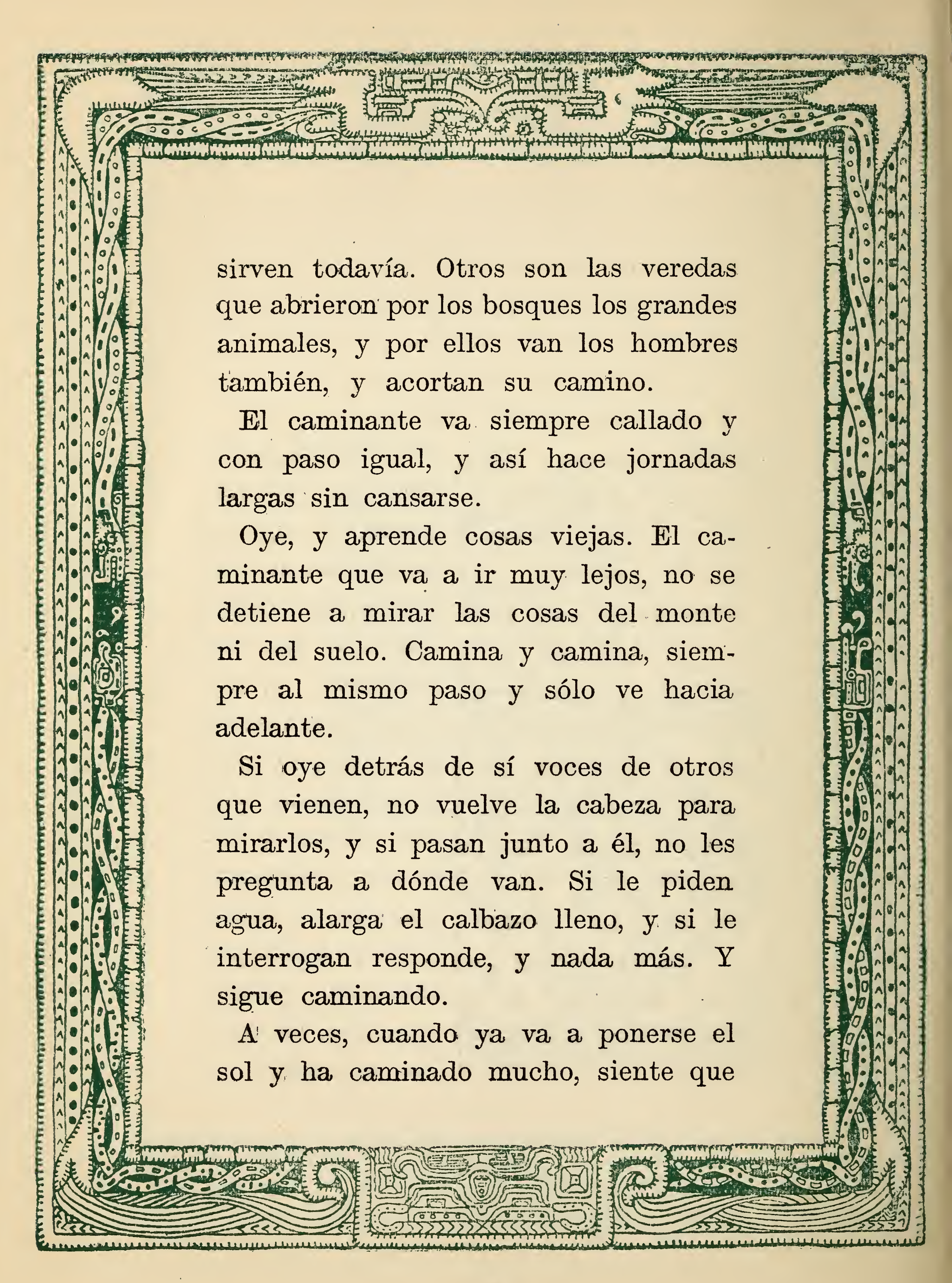
El Caminante





N el Mayab, cuando el sol está bajando, y el aire comienza a refrescar, el caminante va por los caminos.

Caminos anchos son unos, de piedra blanca, que son rectos y no tienen subidas ni bajadas. Estos fueron hechos por nuestros padres antiguos, de pueblo a pueblo, y



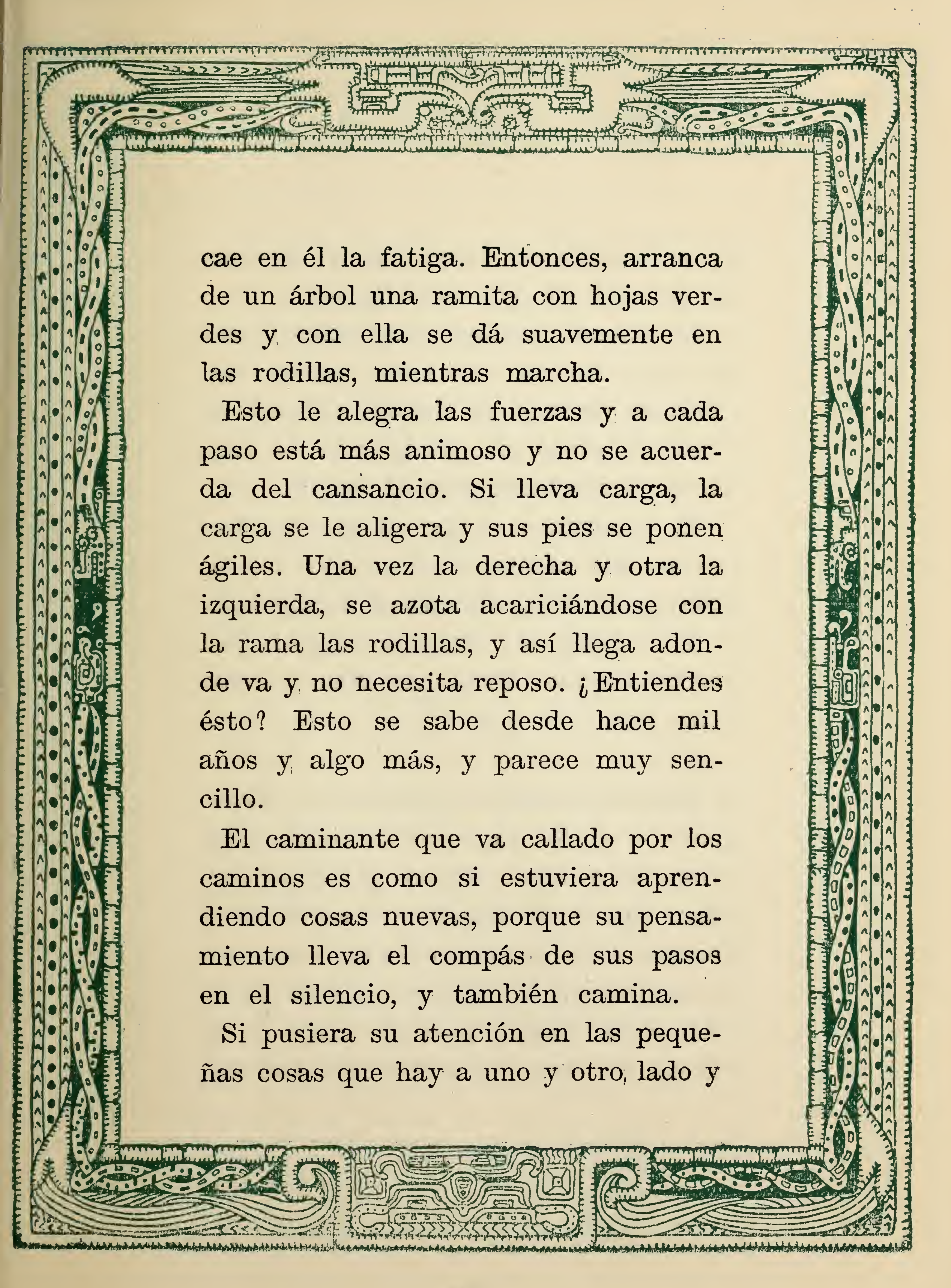
sirven todavía. Otros son las veredas que abrieron por los bosques los grandes animales, y por ellos van los hombres también, y acortan su camino.

El caminante va siempre callado y con paso igual, y así hace jornadas largas sin cansarse.

Oye, y aprende cosas viejas. El caminante que va a ir muy lejos, no se detiene a mirar las cosas del monte ni del suelo. Camina y camina, siempre al mismo paso y sólo ve hacia adelante.

Si oye detrás de sí voces de otros que vienen, no vuelve la cabeza para mirarlos, y si pasan junto a él, no les pregunta a dónde van. Si le piden agua, alarga el calbazo lleno, y si le interrogan responde, y nada más. Y sigue caminando.

A veces, cuando ya va a ponerse el sol y ha caminado mucho, siente que

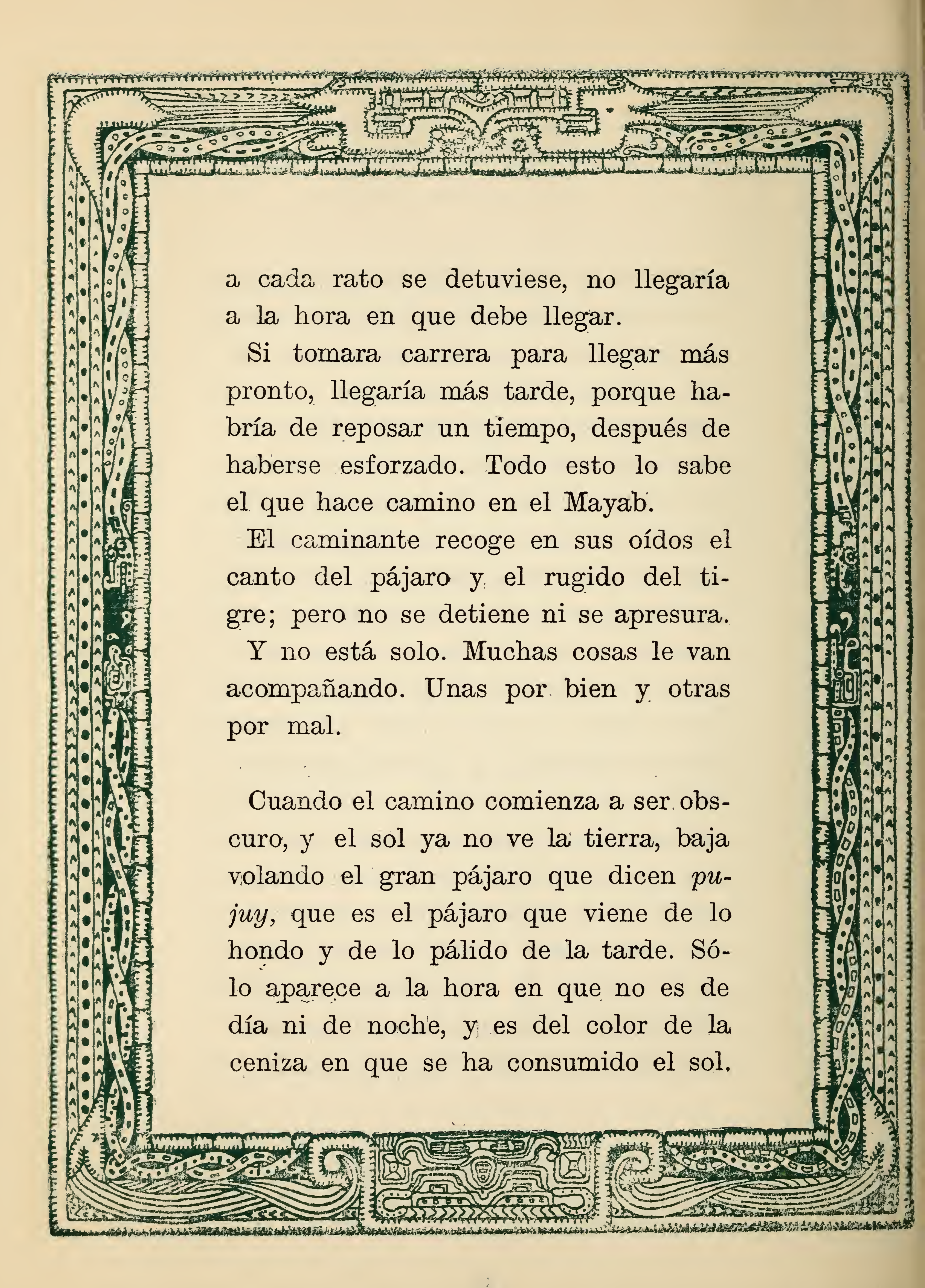


cae en él la fatiga. Entonces, arranca de un árbol una ramita con hojas verdes y con ella se dá suavemente en las rodillas, mientras marcha.

Esto le alegra las fuerzas y a cada paso está más animoso y no se acuerda del cansancio. Si lleva carga, la carga se le aligera y sus pies se ponen ágiles. Una vez la derecha y otra la izquierda, se azota acariciándose con la rama las rodillas, y así llega adonde va y no necesita reposo. ¿Entiendes ésto? Esto se sabe desde hace mil años y algo más, y parece muy sencillo.

El caminante que va callado por los caminos es como si estuviera aprendiendo cosas nuevas, porque su pensamiento lleva el compás de sus pasos en el silencio, y también camina.

Si pusiera su atención en las pequeñas cosas que hay a uno y otro lado y



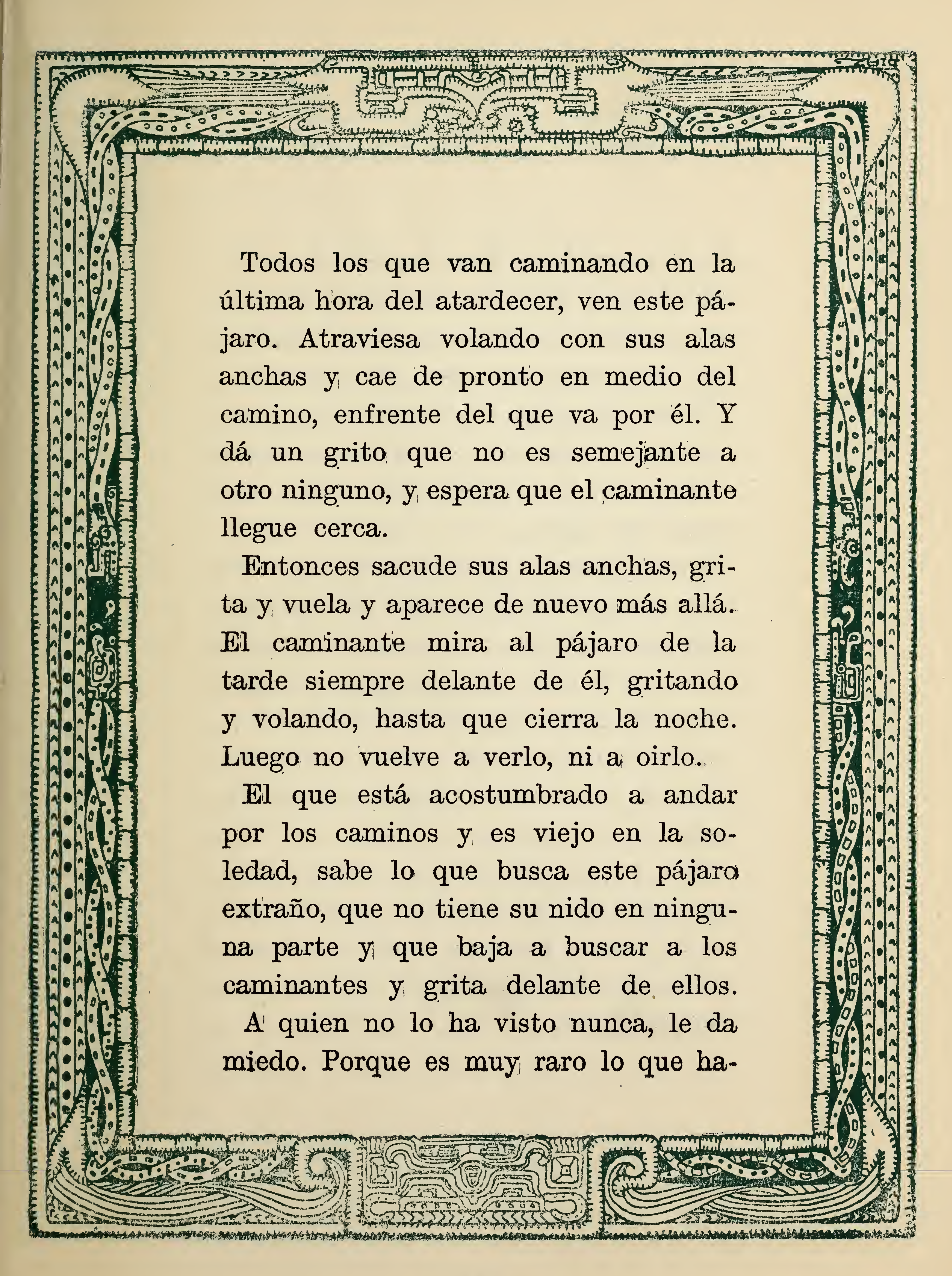
a cada rato se detuviese, no llegaría a la hora en que debe llegar.

Si tomara carrera para llegar más pronto, llegaría más tarde, porque habría de reposar un tiempo, después de haberse esforzado. Todo esto lo sabe el que hace camino en el Mayab.

El caminante recoge en sus oídos el canto del pájaro y el rugido del tigre; pero no se detiene ni se apresura.

Y no está solo. Muchas cosas le van acompañando. Unas por bien y otras por mal.

Cuando el camino comienza a ser obscuro, y el sol ya no ve la tierra, baja volando el gran pájaro que dicen *pujuy,* que es el pájaro que viene de lo hondo y de lo pálido de la tarde. Sólo aparece a la hora en que no es de día ni de noche, y es del color de la ceniza en que se ha consumido el sol.

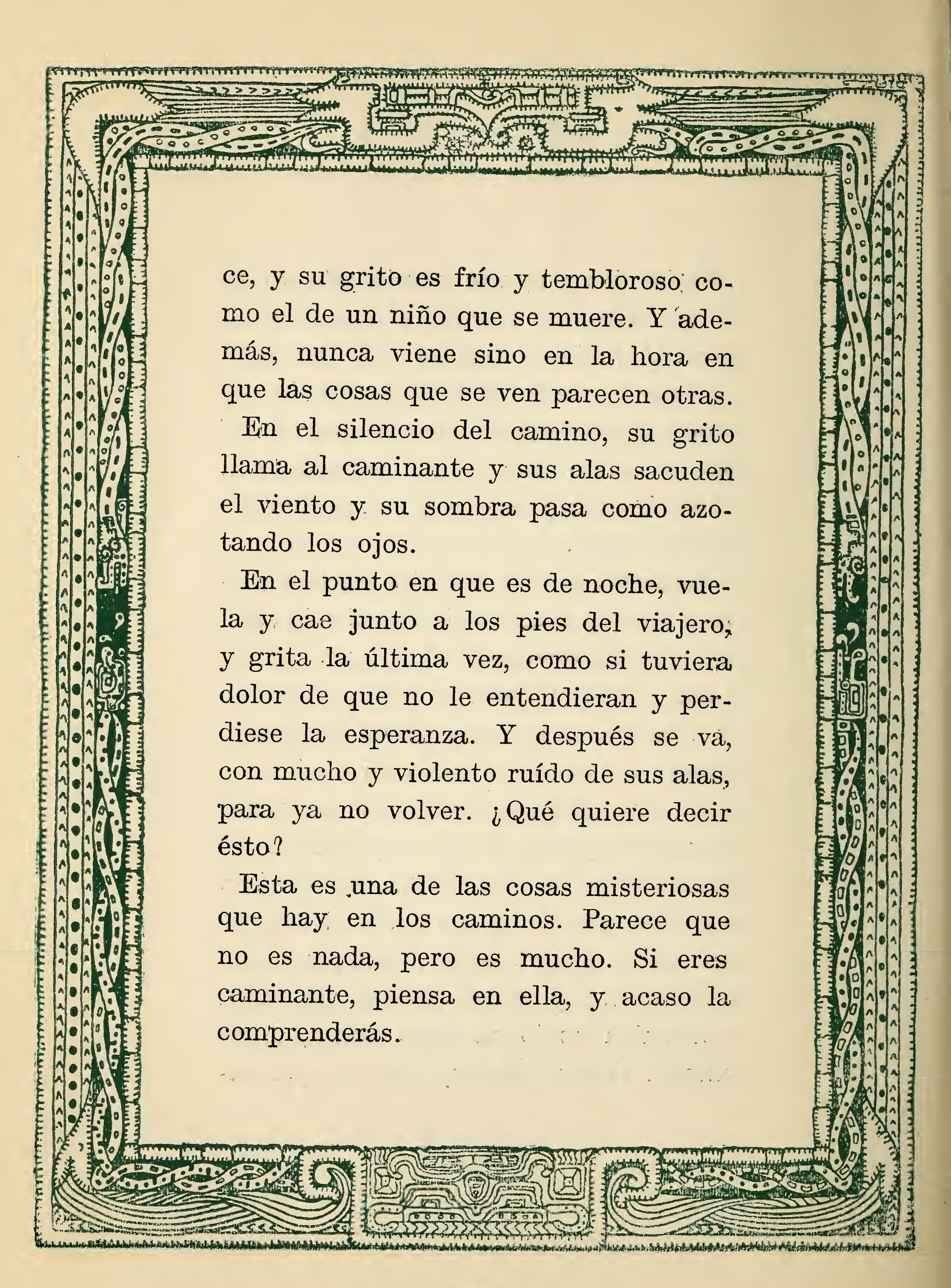


Todos los que van caminando en la última hora del atardecer, ven este pájaro. Atraviesa volando con sus alas anchas y cae de pronto en medio del camino, enfrente del que va por él. Y dá un grito que no es semejante a otro ninguno, y espera que el caminante llegue cerca.

Entonces sacude sus alas anchas, grita y vuela y aparece de nuevo más allá. El caminante mira al pájaro de la tarde siempre delante de él, gritando y volando, hasta que cierra la noche. Luego no vuelve a verlo, ni a oirlo.

El que está acostumbrado a andar por los caminos y es viejo en la soledad, sabe lo que busca este pájaro extraño, que no tiene su nido en ninguna parte y que baja a buscar a los caminantes y grita delante de ellos.

A quien no lo ha visto nunca, le da miedo. Porque es muy raro lo que ha-

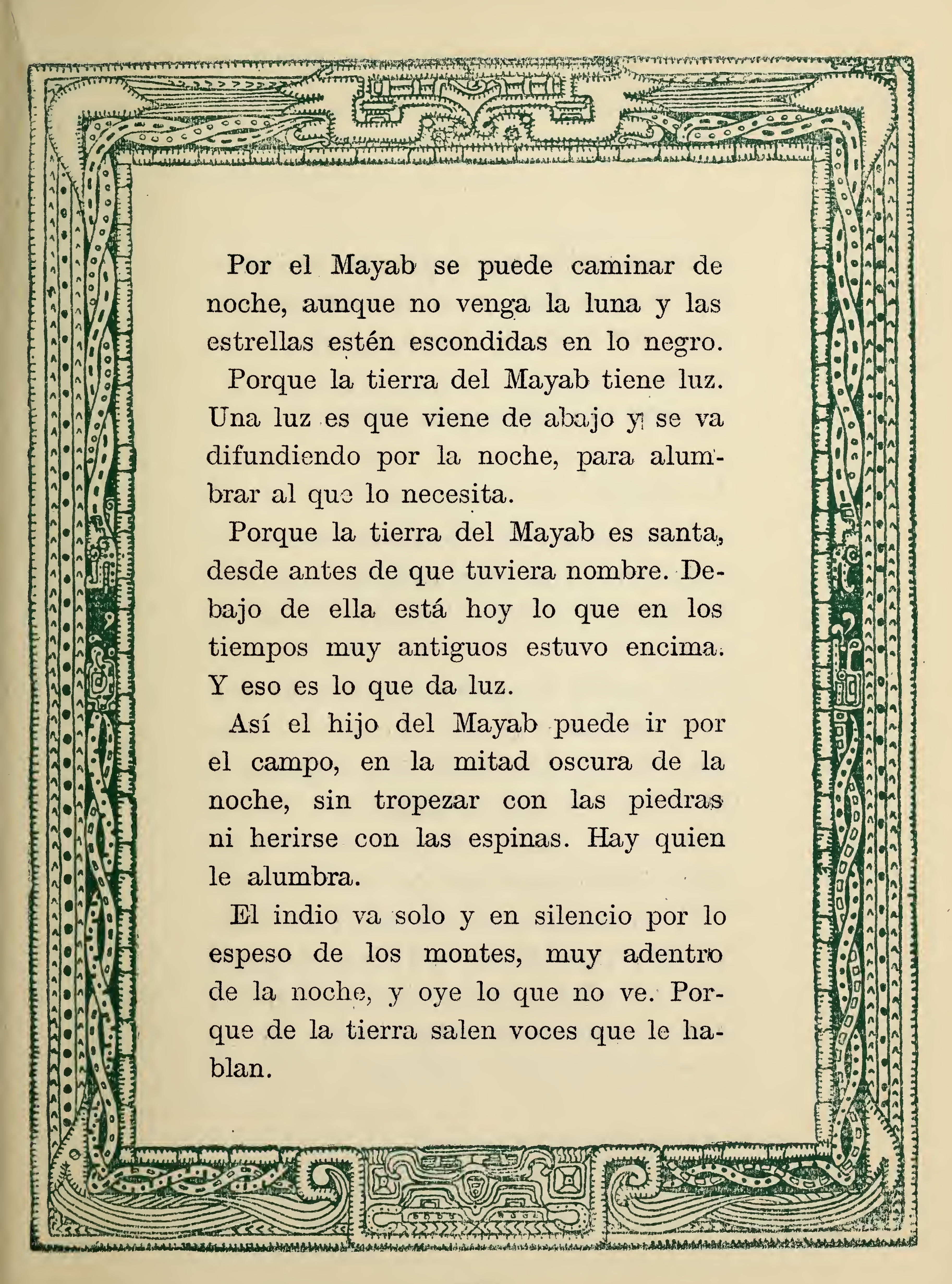


ce, y su grito es frío y tembloroso como el de un niño que se muere. Y además, nunca viene sino en la hora en que las cosas que se ven parecen otras.

En el silencio del camino, su grito llama al caminante y sus alas sacuden el viento y su sombra pasa como azotando los ojos.

En el punto en que es de noche, vuela y cae junto a los pies del viajero, y grita la última vez, como si tuviera dolor de que no le entendieran y perdiese la esperanza. Y después se va, con mucho y violento ruído de sus alas, para ya no volver. ¿Qué quiere decir ésto?

Esta es una de las cosas misteriosas que hay en los caminos. Parece que no es nada, pero es mucho. Si eres caminante, piensa en ella, y acaso la comprenderás.



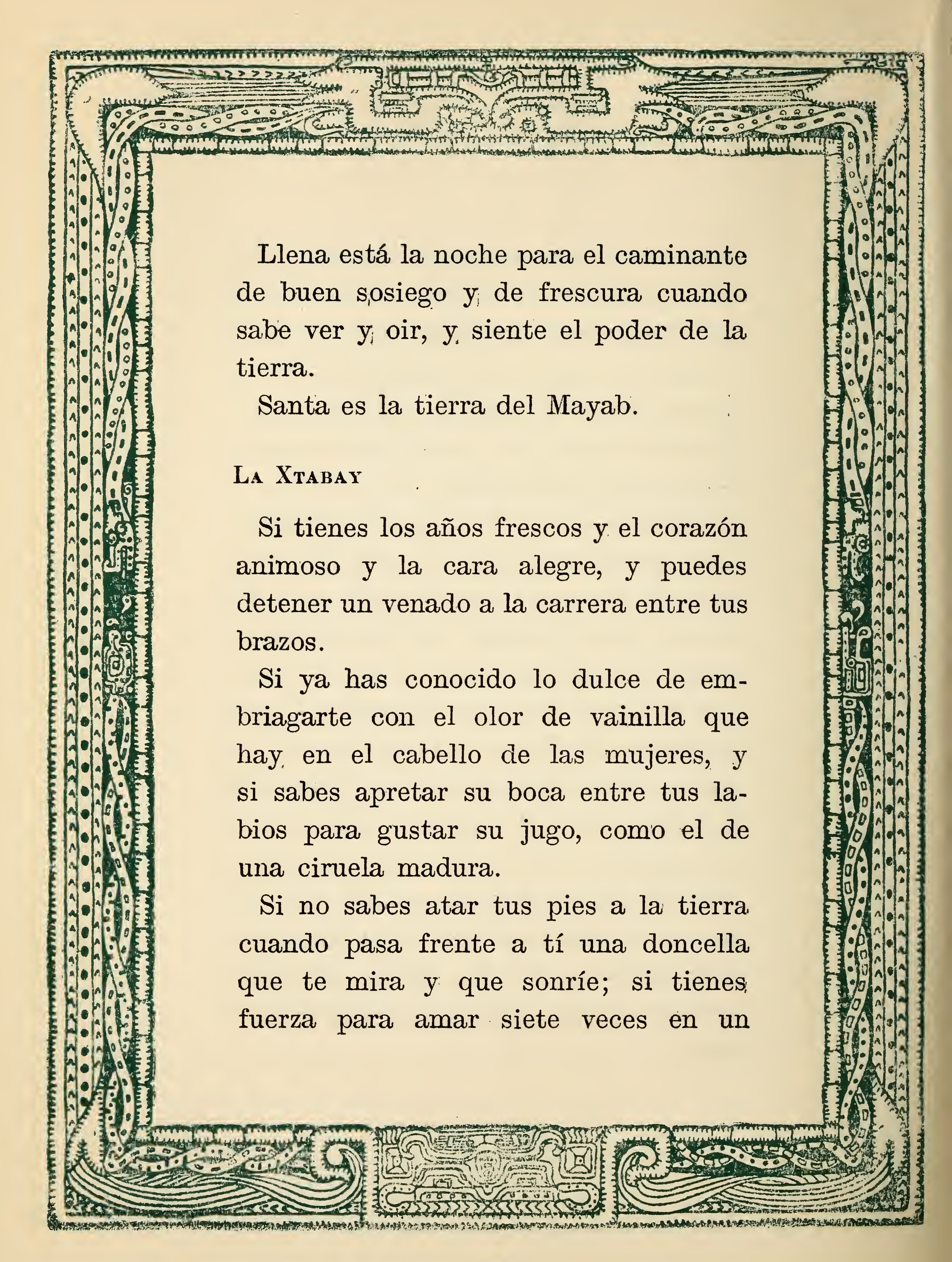
Por el Mayab se puede caminar de noche, aunque no venga la luna y las estrellas estén escondidas en lo negro.

Porque la tierra del Mayab tiene luz. Una luz es que viene de abajo y se va difundiendo por la noche, para alumbrar al que lo necesita.

Porque la tierra del Mayab es santa, desde antes de que tuviera nombre. Debajo de ella está hoy lo que en los tiempos muy antiguos estuvo encima. Y eso es lo que da luz.

Así el hijo del Mayab puede ir por el campo, en la mitad oscura de la noche, sin tropezar con las piedras ni herirse con las espinas. Hay quien le alumbra.

El indio va solo y en silencio por lo espeso de los montes, muy adentro de la noche, y oye lo que no ve. Porque de la tierra salen voces que le hablan.



Llena está la noche para el caminante de buen sosiego y de frescura cuando sabe ver y oir, y siente el poder de la tierra.

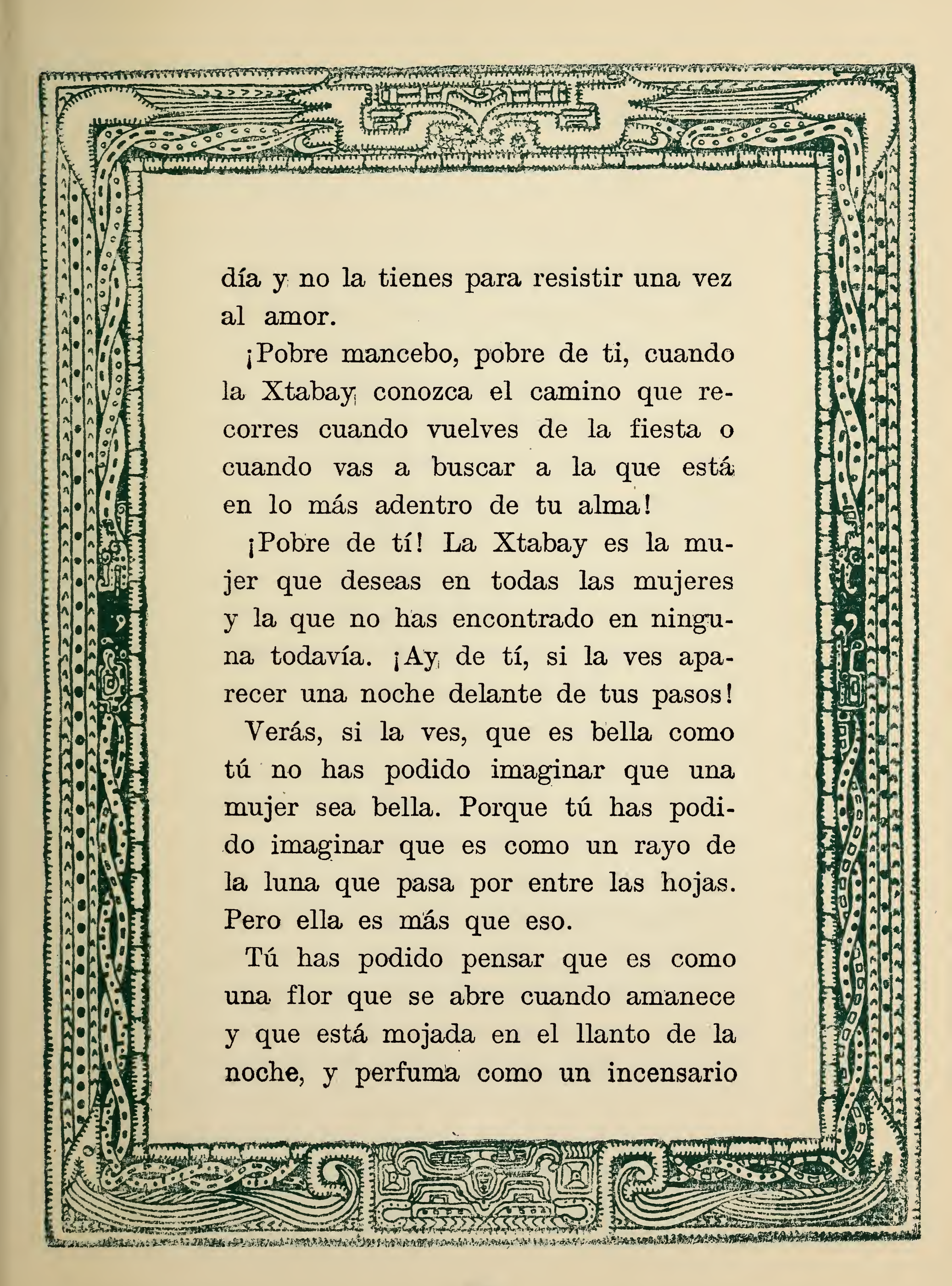
Santa es la tierra del Mayab.

La Xtabay

Si tienes los años frescos y el corazón animoso y la cara alegre, y puedes detener un venado a la carrera entre tus brazos.

Si ya has conocido lo dulce de embriagarte con el olor de vainilla que hay en el cabello de las mujeres, y si sabes apretar su boca entre tus labios para gustar su jugo, como el de una ciruela madura.

Si no sabes atar tus pies a la tierra cuando pasa frente a tí una doncella que te mira y que sonríe; si tienes fuerza para amar siete veces en un



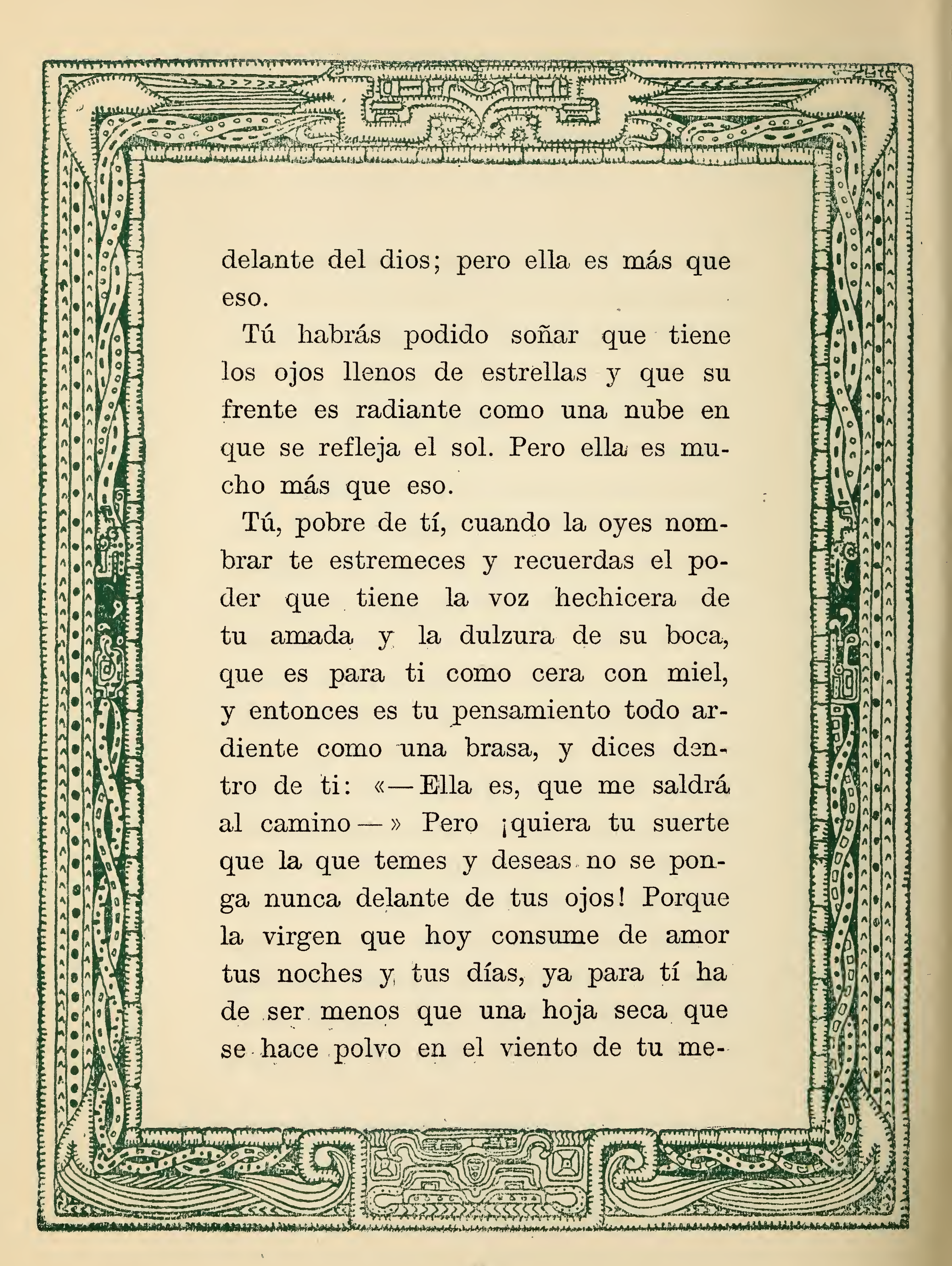
día y no la tienes para resistir una vez al amor.

¡Pobre mancebo, pobre de ti, cuando la Xtabay conozca el camino que recorres cuando vuelves de la fiesta o cuando vas a buscar a la que está en lo más adentro de tu alma!

¡Pobre de tí! La Xtabay es la mujer que deseas en todas las mujeres y la que no has encontrado en ninguna todavía. ¡Ay de tí, si la ves aparecer una noche delante de tus pasos!

Verás, si la ves, que es bella como tú no has podido imaginar que una mujer sea bella. Porque tú has podido imaginar que es como un rayo de la luna que pasa por entre las hojas. Pero ella es más que eso.

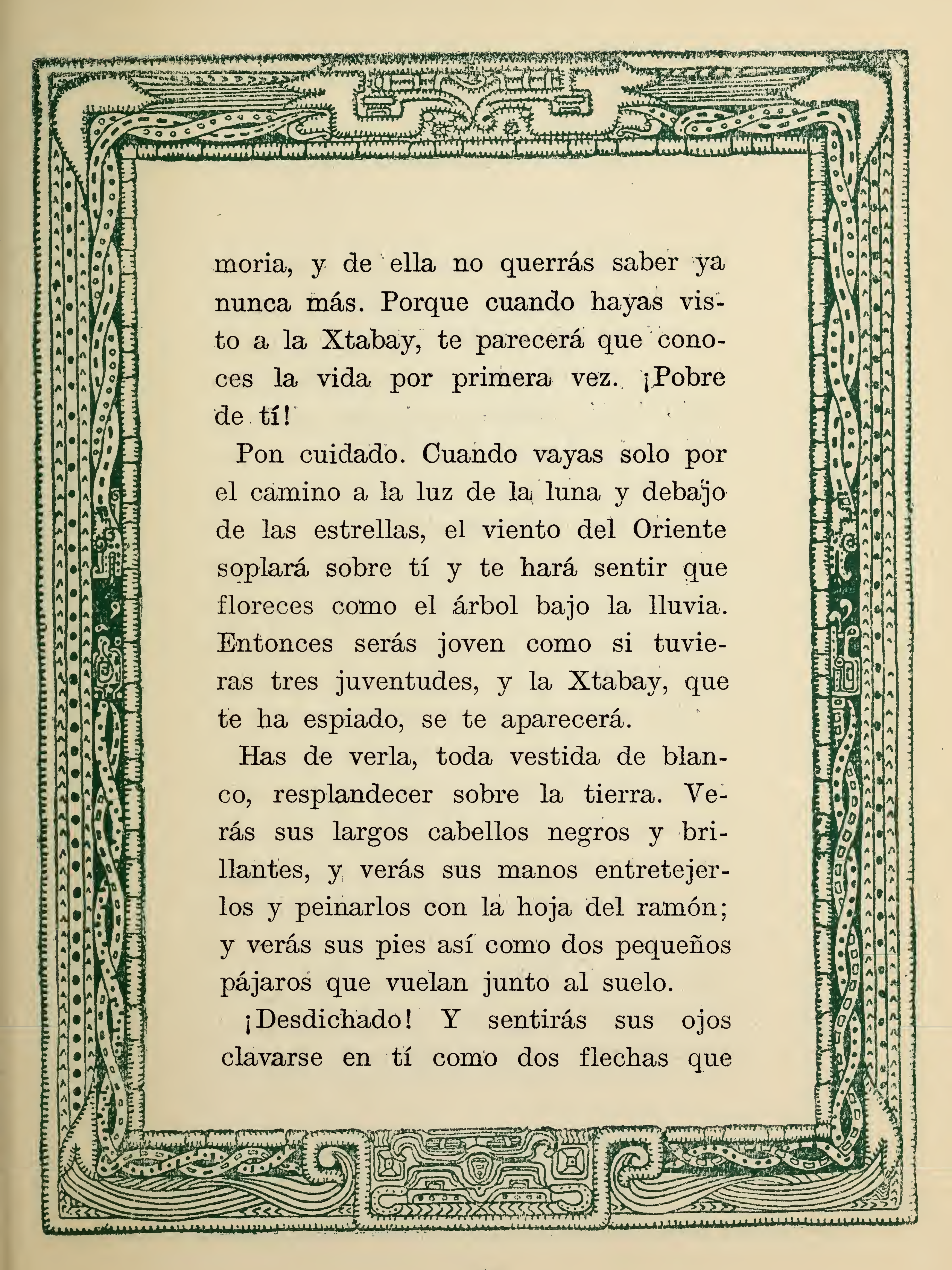
Tú has podido pensar que es como una flor que se abre cuando amanece y que está mojada en el llanto de la noche, y perfuma como un incensario



delante del dios; pero ella es más que eso.

Tú habrás podido soñar que tiene los ojos llenos de estrellas y que su frente es radiante como una nube en que se refleja el sol. Pero ella es mucho más que eso.

Tú, pobre de tí, cuando la oyes nombrar te estremeces y recuerdas el poder que tiene la voz hechicera de tu amada y la dulzura de su boca, que es para ti como cera con miel, y entonces es tu pensamiento todo ardiente como una brasa, y dices dentro de ti: «—Ella es, que me saldrá al camino—» Pero ¡quiera tu suerte que la que temes y deseas no se ponga nunca delante de tus ojos! Porque la virgen que hoy consume de amor tus noches y tus días, ya para tí ha de ser menos que una hoja seca que se hace polvo en el viento de tu me-

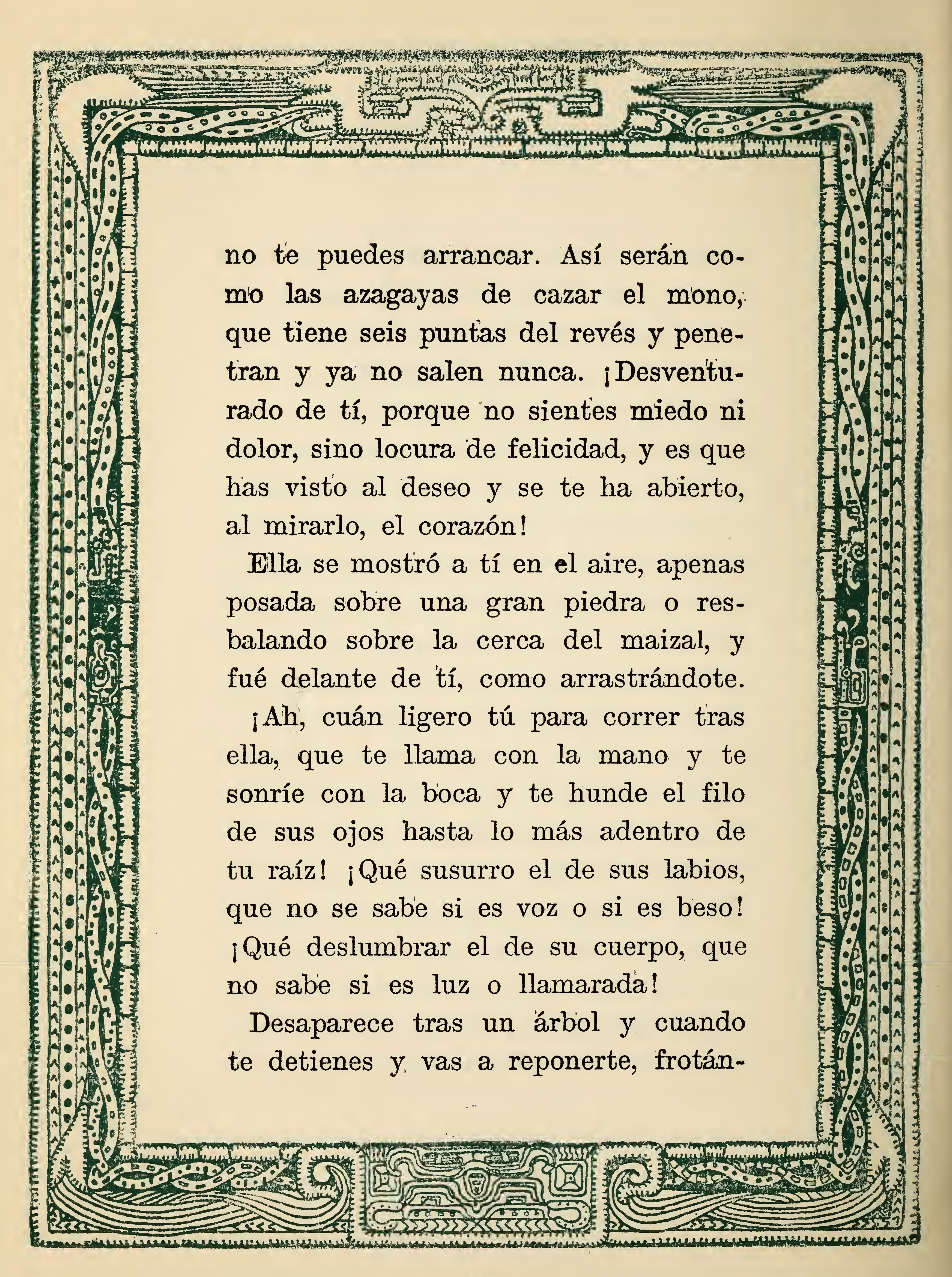


moria, y de ella no querrás saber ya nunca más. Porque cuando hayas visto a la Xtabay, te parecerá que conoces la vida por primera vez. ¡Pobre de tí!

Pon cuidado. Cuando vayas solo por el camino a la luz de la luna y debajo de las estrellas, el viento del Oriente soplará sobre tí y te hará sentir que floreces como el árbol bajo la lluvia. Entonces serás joven como si tuvieras tres juventudes, y la Xtabay, que te ha espiado, se te aparecerá.

Has de verla, toda vestida de blanco, resplandecer sobre la tierra. Verás sus largos cabellos negros y brillantes, y verás sus manos entretejerlos y peinarlos con la hoja del ramón; y verás sus pies así como dos pequeños pájaros que vuelan junto al suelo.

¡Desdichado! Y sentirás sus ojos clavarse en tí como dos flechas que

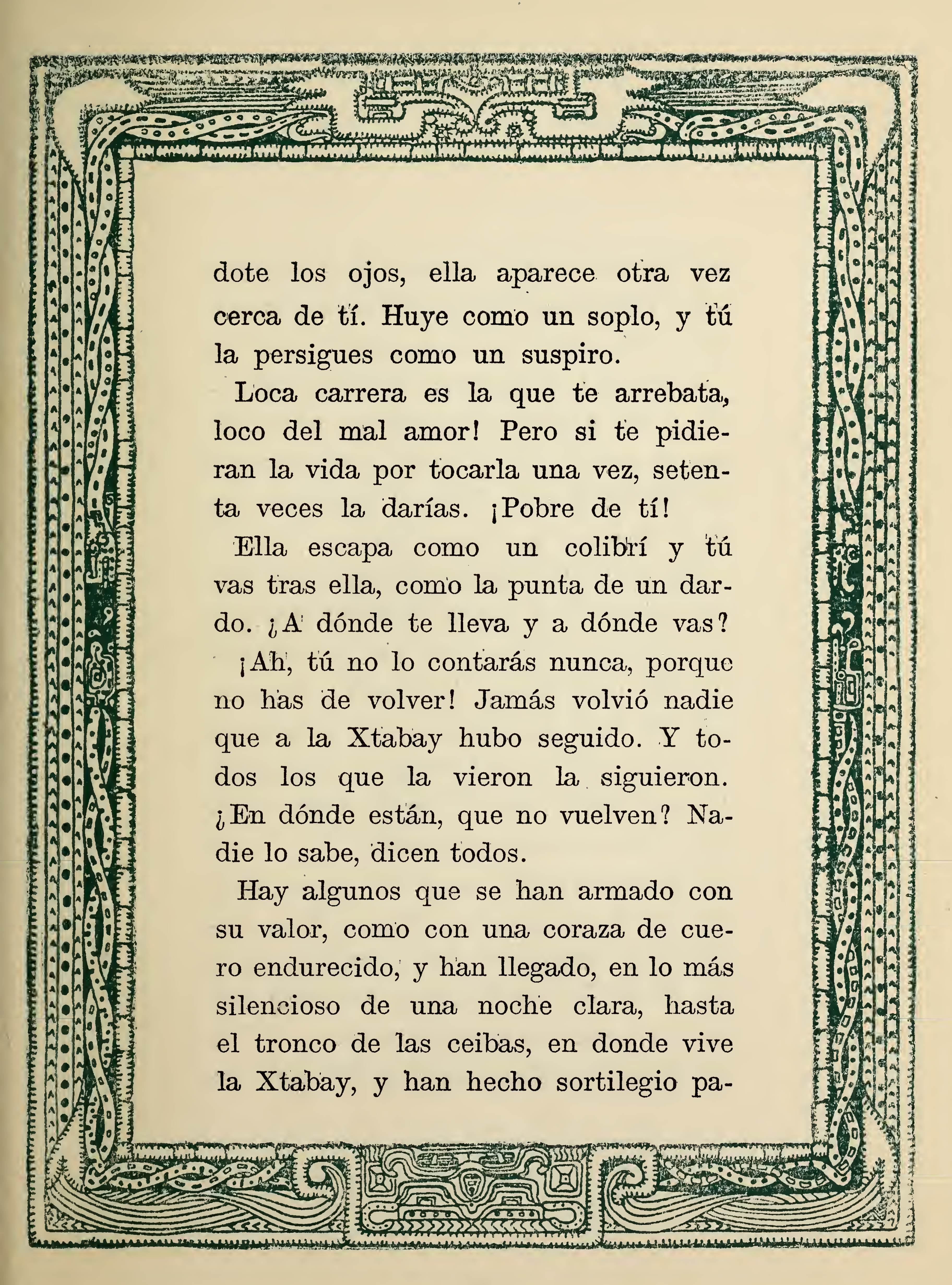


no te puedes arrancar. Así serán como las azagayas de cazar el mono, que tiene seis puntas del revés y penetran y ya no salen nunca. ¡Desventurado de tí, porque no sientes miedo ni dolor, sino locura de felicidad, y es que has visto al deseo y se te ha abierto, al mirarlo, el corazón!

Ella se mostró a tí en el aire, apenas posada sobre una gran piedra o resbalando sobre la cerca del maizal, y fué delante de tí, como arrastrándote.

¡Ah, cuán ligero tú para correr tras ella, que te llama con la mano y te sonríe con la boca y te hunde el filo de sus ojos hasta lo más adentro de tu raíz! ¡Qué susurro el de sus labios, que no se sabe si es voz o si es beso! ¡Qué deslumbrar el de su cuerpo, que no sabe si es luz o llamarada!

Desaparece tras un árbol y cuando te detienes y vas a reponerte, frotán-



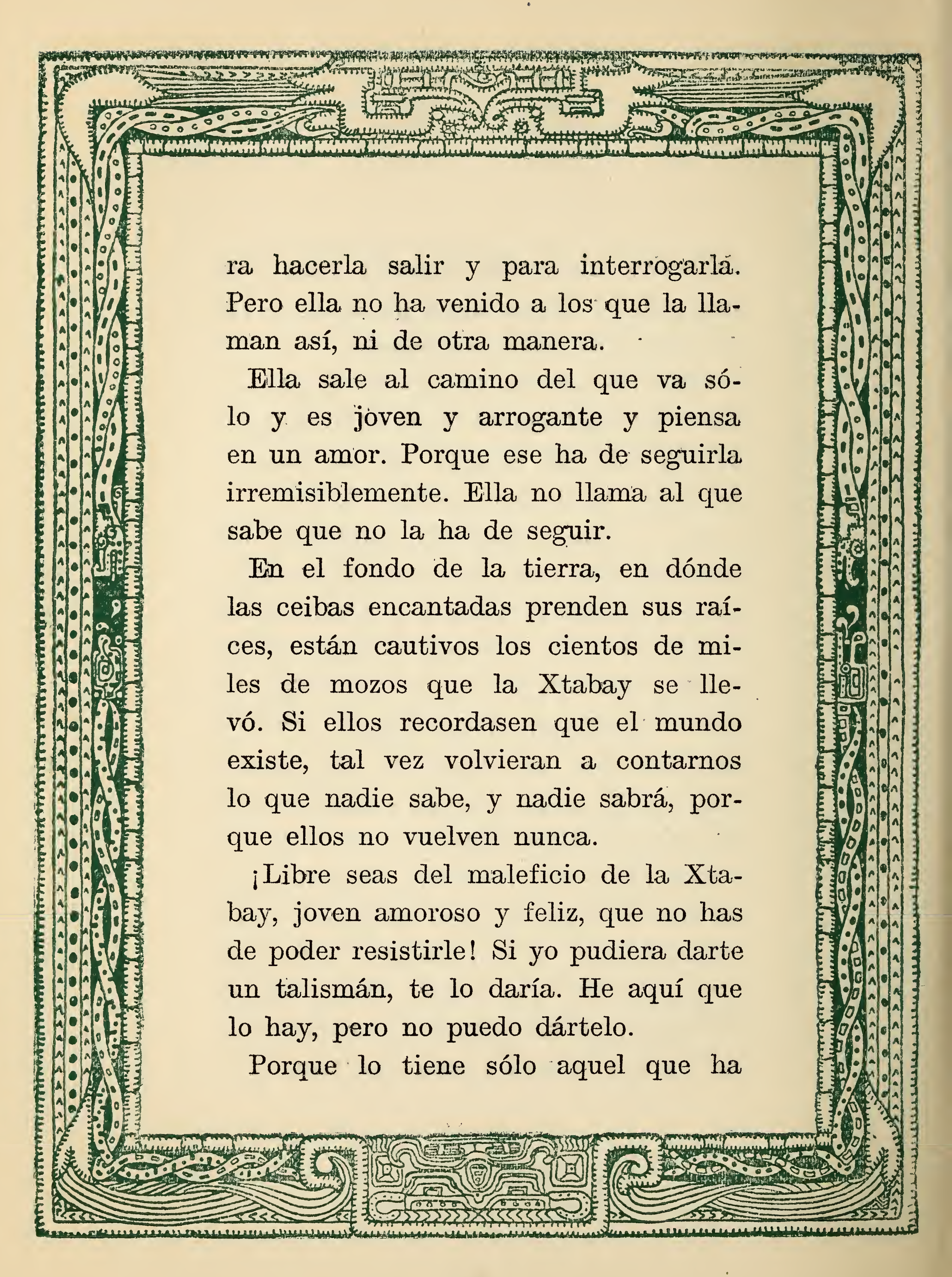
dote los ojos, ella aparece otra vez cerca de tí. Huye como un soplo, y tú la persigues como un suspiro.

Loca carrera es la que te arrebata, loco del mal amor! Pero si te pidieran la vida por tocarla una vez, setenta veces la darías. ¡Pobre de tí!

Ella escapa como un colibrí y tú vas tras ella, como la punta de un dardo. ¿A dónde te lleva y a dónde vas?

¡Ah, tú no lo contarás nunca, porque no has de volver! Jamás volvió nadie que a la Xtabay hubo seguido. Y todos los que la vieron la siguieron. ¿En dónde están, que no vuelven? Nadie lo sabe, dicen todos.

Hay algunos que se han armado con su valor, como con una coraza de cuero endurecido, y han llegado, en lo más silencioso de una noche clara, hasta el tronco de las ceibas, en donde vive la Xtabay, y han hecho sortilegio pa-



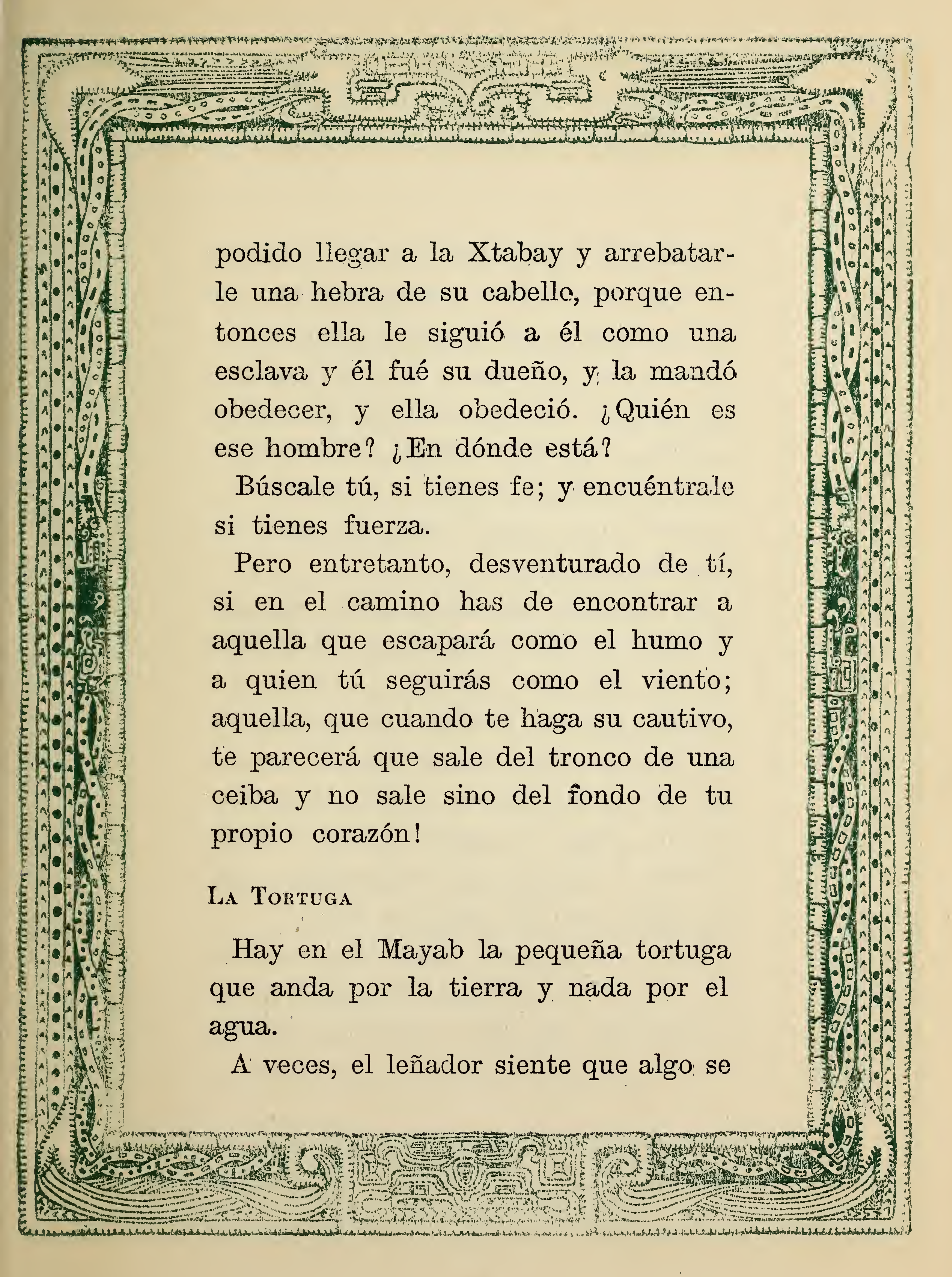
ra hacerla salir y para interrogarla. Pero ella no ha venido a los que la llaman así, ni de otra manera.

Ella sale al camino del que va sólo y es joven y arrogante y piensa en un amor. Porque ese ha de seguirla irremisiblemente. Ella no llama al que sabe que no la ha de seguir.

En el fondo de la tierra, en dónde las ceibas encantadas prenden sus raíces, están cautivos los cientos de miles de mozos que la Xtabay se llevó. Si ellos recordasen que el mundo existe, tal vez volvieran a contarnos lo que nadie sabe, y nadie sabrá, porque ellos no vuelven nunca.

¡Libre seas del maleficio de la Xtabay, joven amoroso y feliz, que no has de poder resistirle! Si yo pudiera darte un talismán, te lo daría. He aquí que lo hay, pero no puedo dártelo.

Porque lo tiene sólo aquel que ha



podido llegar a la Xtabay y arrebatarle una hebra de su cabello, porque entonces ella le siguió a él como una esclava y él fué su dueño, y la mandó obedecer, y ella obedeció. ¿Quién es ese hombre? ¿En dónde está?

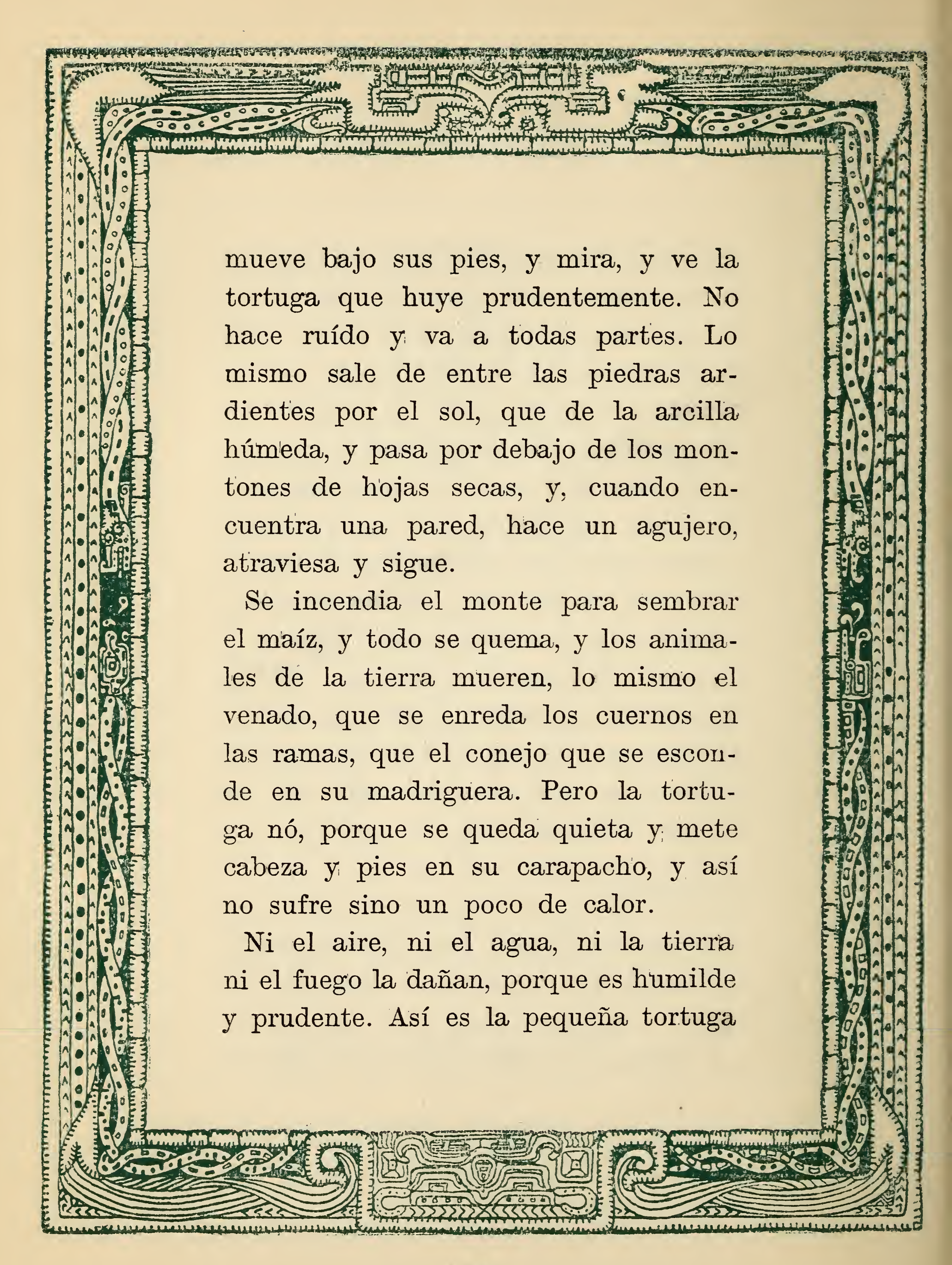
Búscale tú, si tienes fe; y encuéntrale si tienes fuerza.

Pero entretanto, desventurado de tí, si en el camino has de encontrar a aquella que escapará como el humo y a quien tú seguirás como el viento; aquella, que cuando te haga su cautivo, te parecerá que sale del tronco de una ceiba y no sale sino del fondo de tu propio corazón!

La Tortuga

Hay en el Mayab la pequeña tortuga que anda por la tierra y nada por el agua.

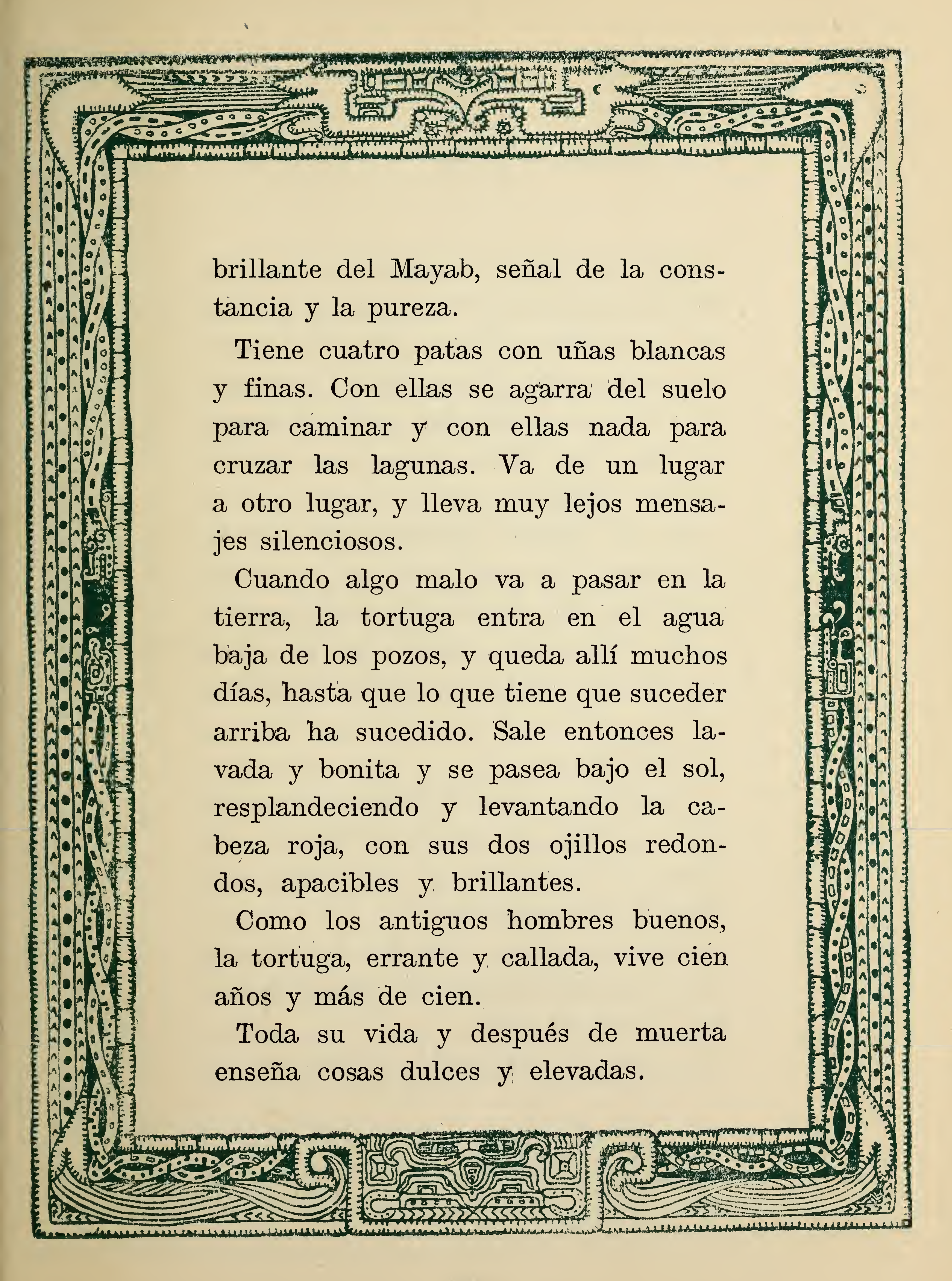
A veces, el leñador siente que algo se



mueve bajo sus pies, y mira, y ve la tortuga que huye prudentemente. No hace ruído y va a todas partes. Lo mismo sale de entre las piedras ardientes por el sol, que de la arcilla húmeda, y pasa por debajo de los montones de hojas secas, y, cuando encuentra una pared, hace un agujero, atraviesa y sigue.

Se incendia el monte para sembrar el maíz, y todo se quema, y los animales de la tierra mueren, lo mismo el venado, que se enreda los cuernos en las ramas, que el conejo que se esconde en su madriguera. Pero la tortuga nó, porque se queda quieta y mete cabeza y pies en su carapacho, y así no sufre sino un poco de calor.

Ni el aire, ni el agua, ni la tierra ni el fuego la dañan, porque es humilde y prudente. Así es la pequeña tortuga



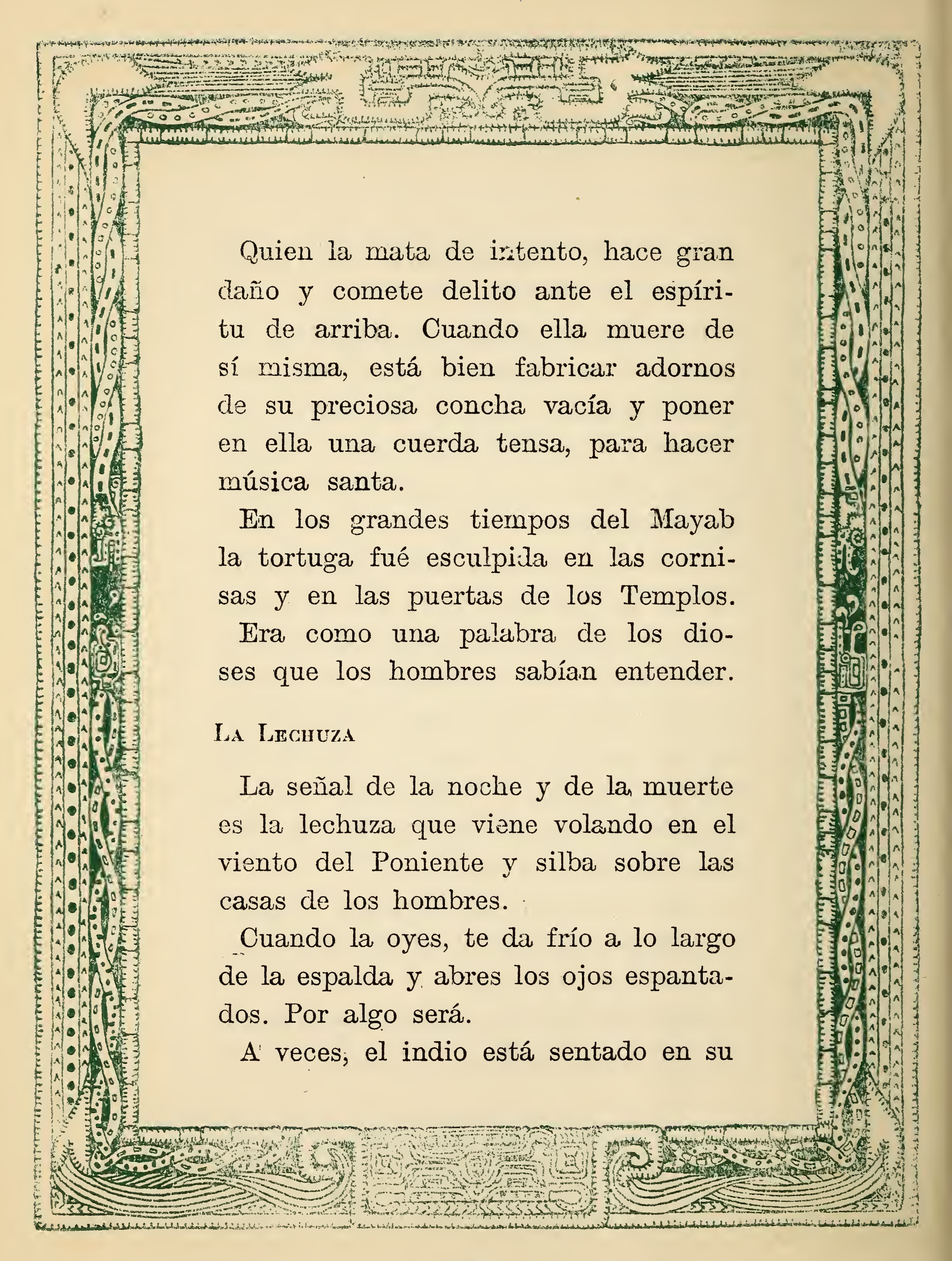
brillante del Mayab, señal de la constancia y la pureza.

Tiene cuatro patas con uñas blancas y finas. Con ellas se agarra del suelo para caminar y con ellas nada para cruzar las lagunas. Va de un lugar a otro lugar, y lleva muy lejos mensajes silenciosos.

Cuando algo malo va a pasar en la tierra, la tortuga entra en el agua baja de los pozos, y queda allí muchos días, hasta que lo que tiene que suceder arriba ha sucedido. Sale entonces lavada y bonita y se pasea bajo el sol, resplandeciendo y levantando la cabeza roja, con sus dos ojillos redondos, apacibles y brillantes.

Como los antiguos hombres buenos, la tortuga, errante y callada, vive cien años y más de cien.

Toda su vida y después de muerta enseña cosas dulces y elevadas.



Quien la mata de intento, hace gran daño y comete delito ante el espíritu de arriba. Cuando ella muere de sí misma, está bien fabricar adornos de su preciosa concha vacía y poner en ella una cuerda tensa, para hacer música santa.

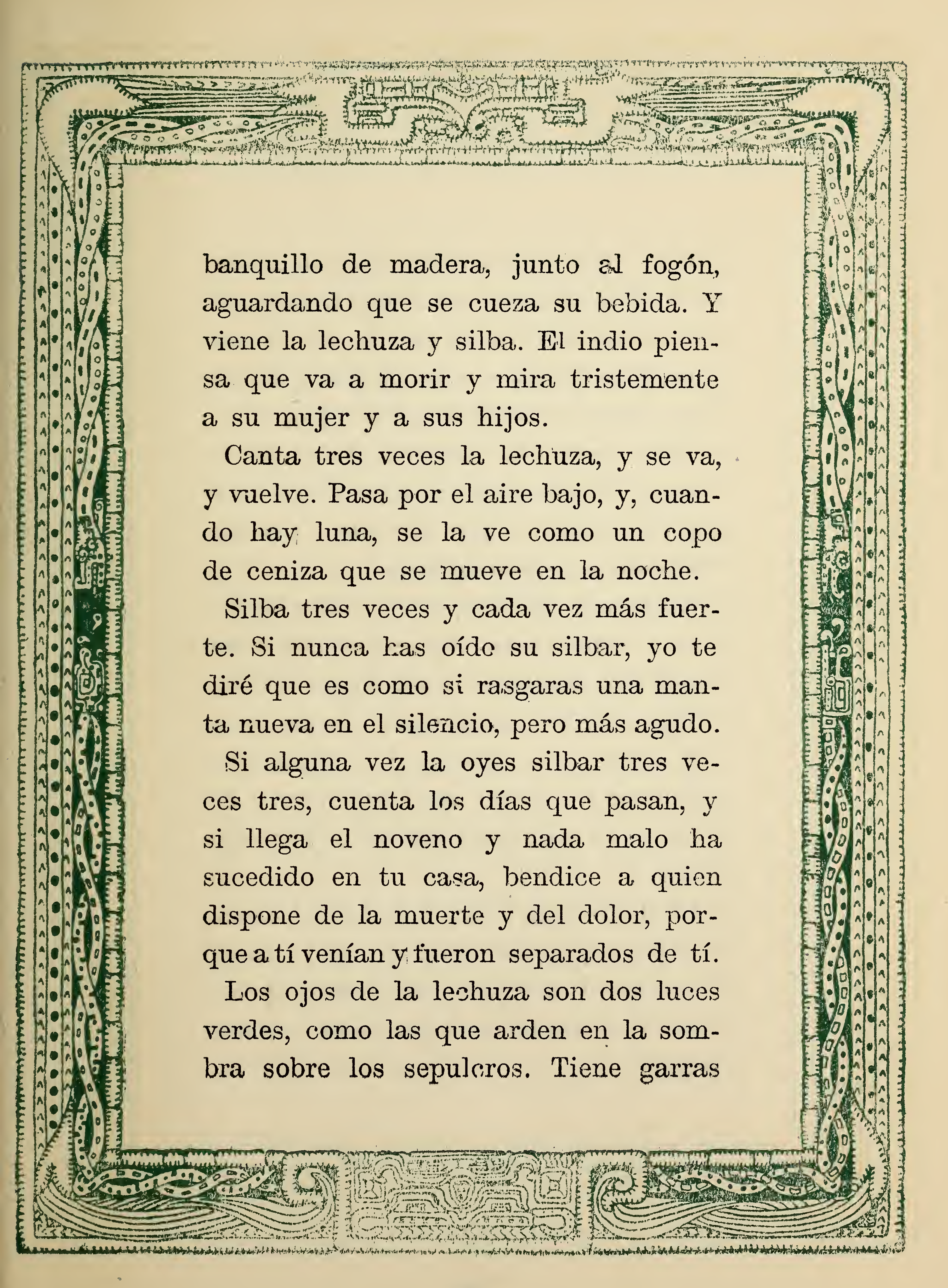
En los grandes tiempos del Mayab la tortuga fué esculpida en las cornisas y en las puertas de los Templos. Era como una palabra de los dioses que los hombres sabían entender.

La Lechuza

La señal de la noche y de la muerte es la lechuza que viene volando en el viento del Poniente y silba sobre las casas de los hombres.

Cuando la oyes, te da frío a lo largo de la espalda y abres los ojos espantados. Por algo será.

A veces, el indio está sentado en su



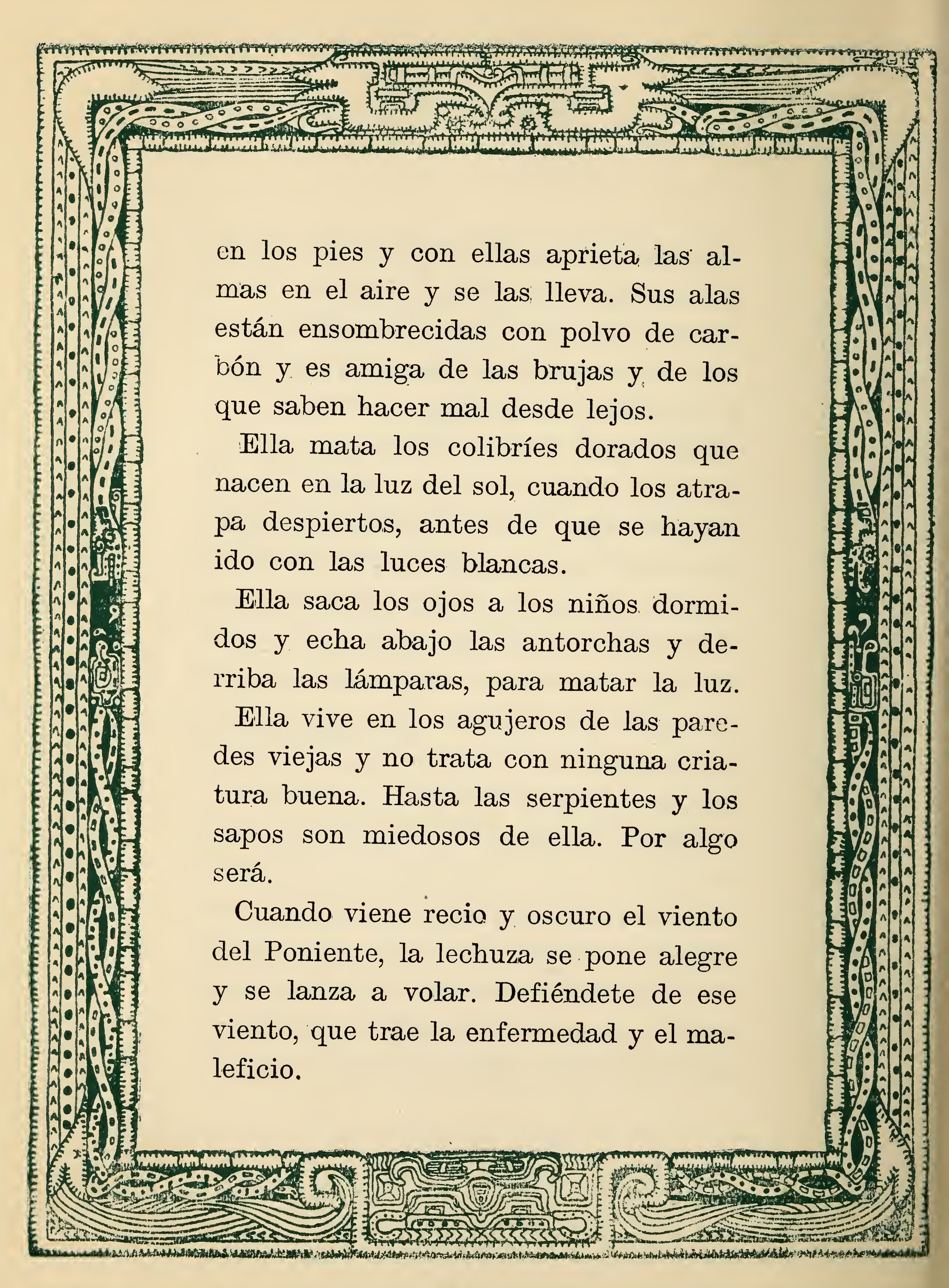
banquillo de madera, junto al fogón, aguardando que se cueza su bebida. Y viene la lechuza y silba. El indio piensa que va a morir y mira tristemente a su mujer y a sus hijos.

Canta tres veces la lechuza, y se va, y vuelve. Pasa por el aire bajo, y, cuando hay luna, se la ve como un copo de ceniza que se mueve en la noche.

Silba tres veces y cada vez más fuerte. Si nunca has oído su silbar, yo te diré que es como si rasgaras una manta nueva en el silencio, pero más agudo.

Si alguna vez la oyes silbar tres veces tres, cuenta los días que pasan, y si llega el noveno y nada malo ha sucedido en tu casa, bendice a quien dispone de la muerte y del dolor, porque a tí venían y fueron separados de tí.

Los ojos de la lechuza son dos luces verdes, como las que arden en la sombra sobre los sepulcros. Tiene garras



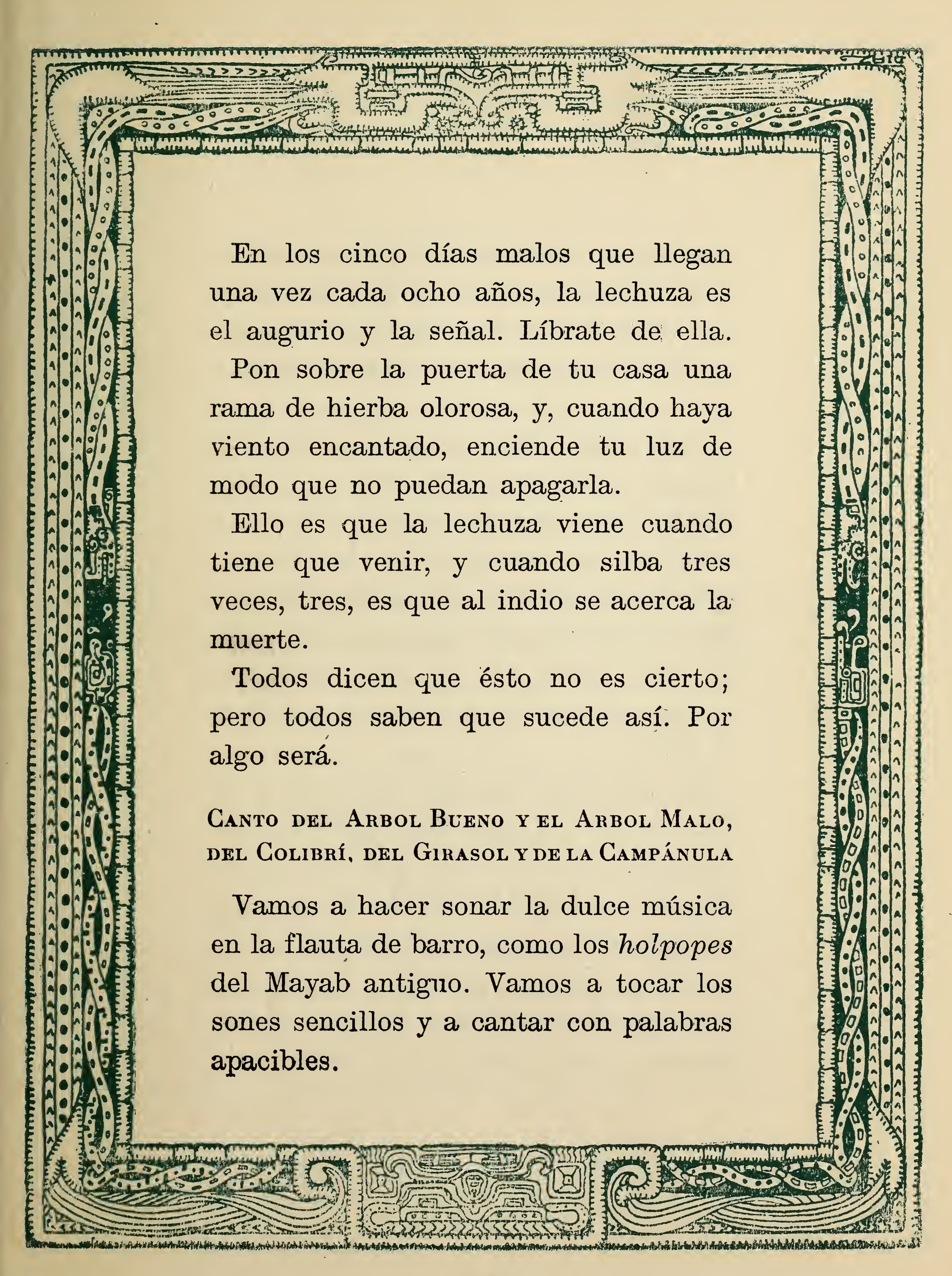
en los pies y con ellas aprieta las almas en el aire y se las lleva. Sus alas están ensombrecidas con polvo de carbón y es amiga de las brujas y de los que saben hacer mal desde lejos.

Ella mata los colibríes dorados que nacen en la luz del sol, cuando los atrapa despiertos, antes de que se hayan ido con las luces blancas.

Ella saca los ojos a los niños dormidos y echa abajo las antorchas y derriba las lámparas, para matar la luz.

Ella vive en los agujeros de las paredes viejas y no trata con ninguna criatura buena. Hasta las serpientes y los sapos son miedosos de ella. Por algo será.

Cuando viene recio y oscuro el viento del Poniente, la lechuza se pone alegre y se lanza a volar. Defiéndete de ese viento, que trae la enfermedad y el maleficio.



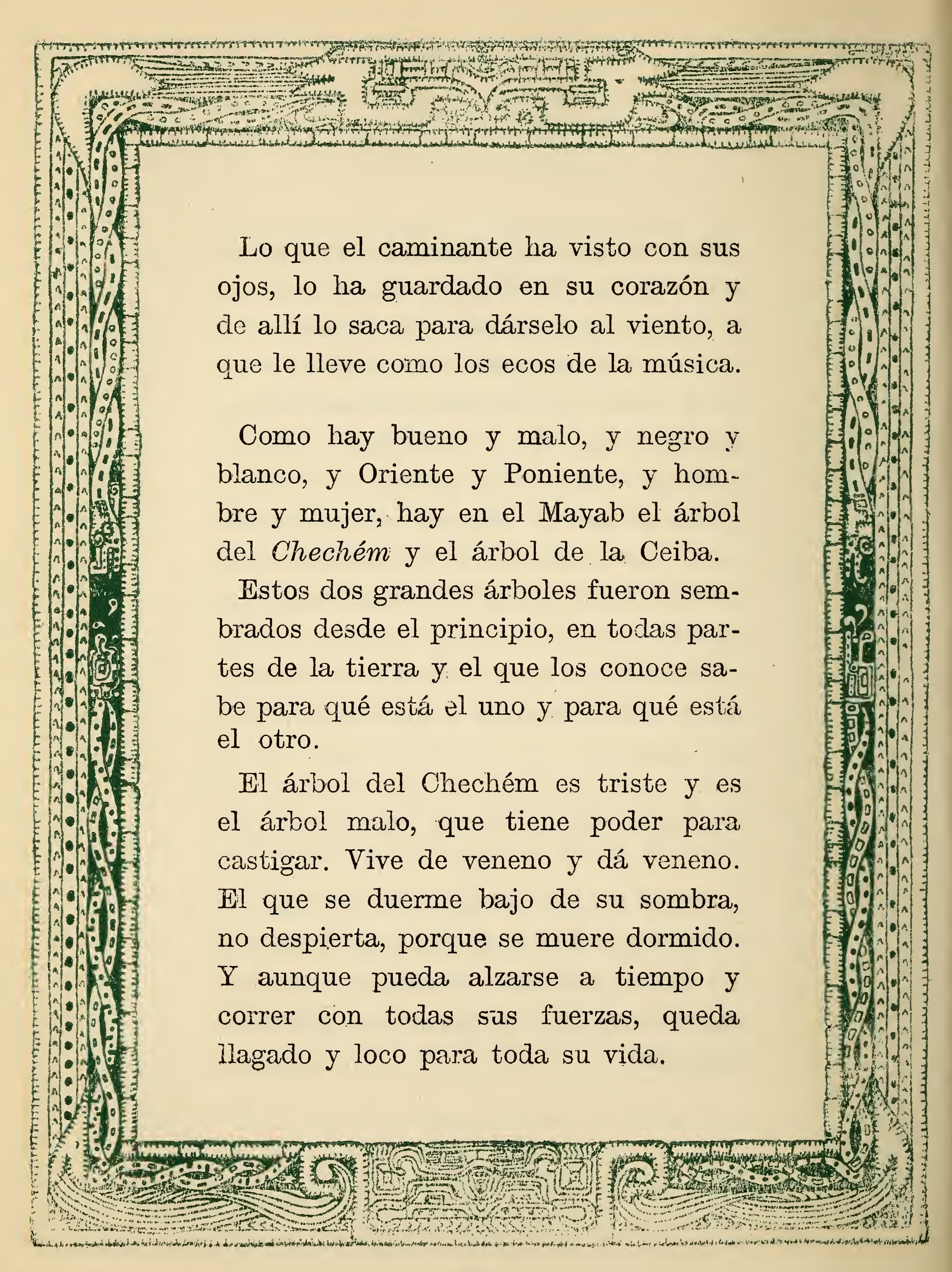
En los cinco días malos que llegan una vez cada ocho años, la lechuza es el augurio y la señal. Líbrate de ella. Pon sobre la puerta de tu casa una rama de hierba olorosa, y, cuando haya viento encantado, enciende tu luz de modo que no puedan apagarla.

Ello es que la lechuza viene cuando tiene que venir, y cuando silba tres veces, tres, es que al indio se acerca la muerte.

Todos dicen que ésto no es cierto; pero todos saben que sucede así. Por algo será.

Canto del Arbol Bueno y el Arbol Malo, del Colibrí, del Girasol y de la Campánula

Vamos a hacer sonar la dulce música en la flauta de barro, como los *holpopes* del Mayab antiguo. Vamos a tocar los sones sencillos y a cantar con palabras apacibles.

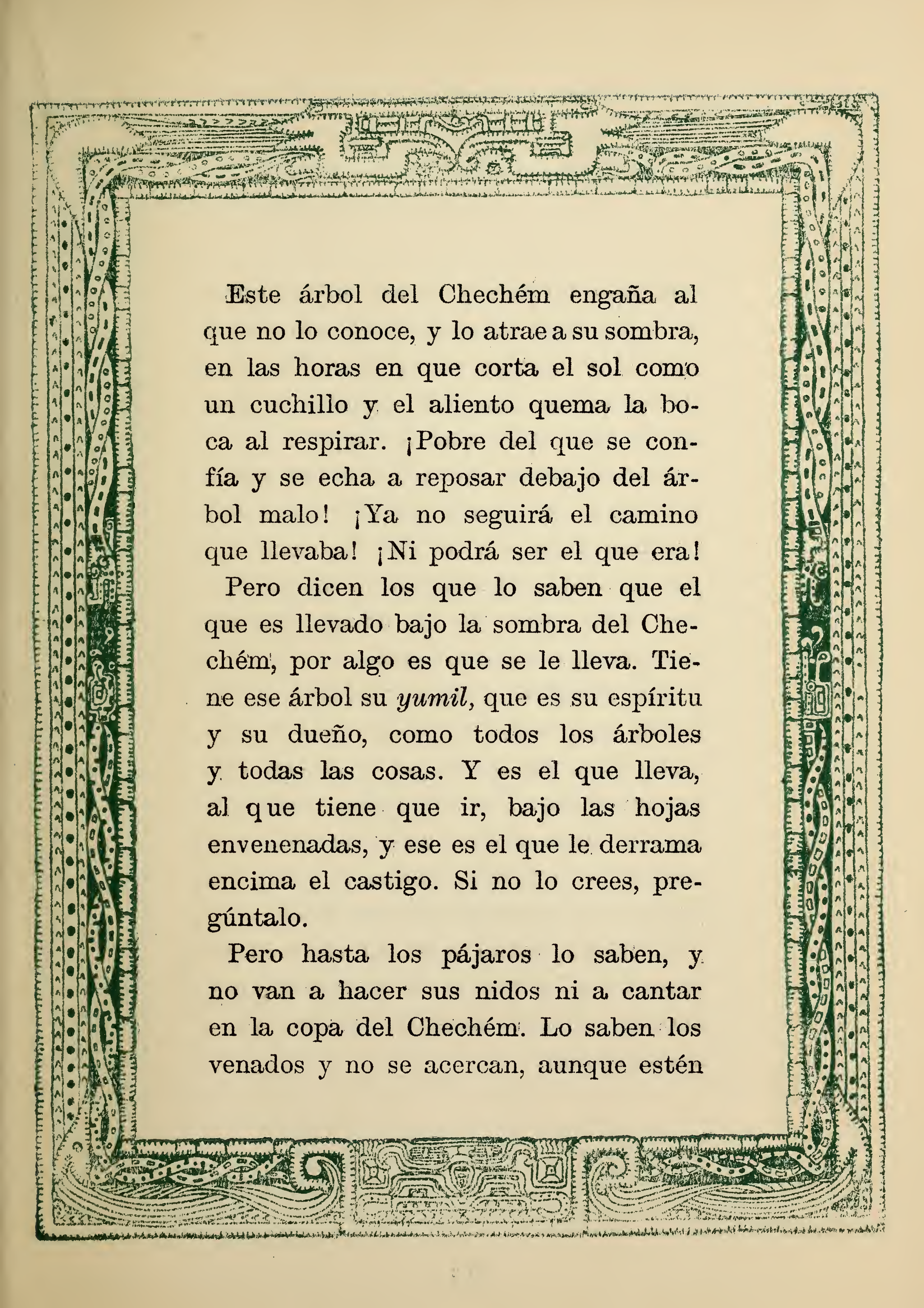


Lo que el caminante ha visto con sus ojos, lo ha guardado en su corazón y de allí lo saca para dárselo al viento, a que le lleve como los ecos de la música.

Como hay bueno y malo, y negro y blanco, y Oriente y Poniente, y hombre y mujer, hay en el Mayab el árbol del *Chechém* y el árbol de la Ceiba.

Estos dos grandes árboles fueron sembrados desde el principio, en todas partes de la tierra y el que los conoce sabe para qué está el uno y para qué está el otro.

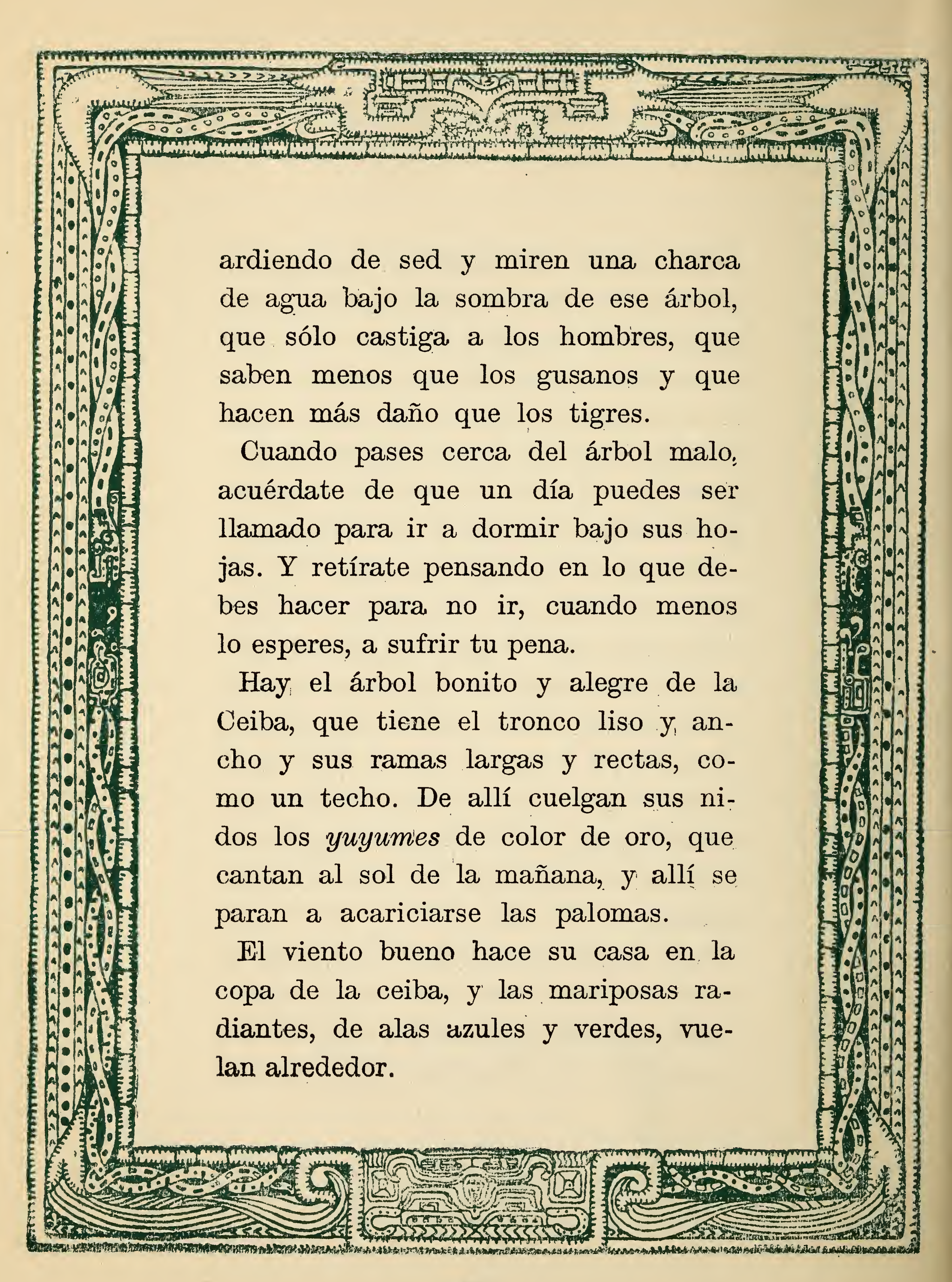
El árbol del Chechém es triste y es el árbol malo, que tiene poder para castigar. Vive de veneno y dá veneno. El que se duerme bajo de su sombra, no despierta, porque se muere dormido. Y aunque pueda alzarse a tiempo y correr con todas sus fuerzas, queda llagado y loco para toda su vida.



Este árbol del Chechém engaña al que no lo conoce, y lo atrae a su sombra, en las horas en que corta el sol como un cuchillo y el aliento quema la boca al respirar. ¡Pobre del que se confía y se echa a reposar debajo del árbol malo! ¡Ya no seguirá el camino que llevaba! ¡Ni podrá ser el que era!

Pero dicen los que lo saben que el que es llevado bajo la sombra del Chechém, por algo es que se le lleva. Tiene ese árbol su *yumil*, que es su espíritu y su dueño, como todos los árboles y todas las cosas. Y es el que lleva, al que tiene que ir, bajo las hojas envenenadas, y ese es el que le derrama encima el castigo. Si no lo crees, pregúntalo.

Pero hasta los pájaros lo saben, y no van a hacer sus nidos ni a cantar en la copa del Chechém. Lo saben los venados y no se acercan, aunque estén

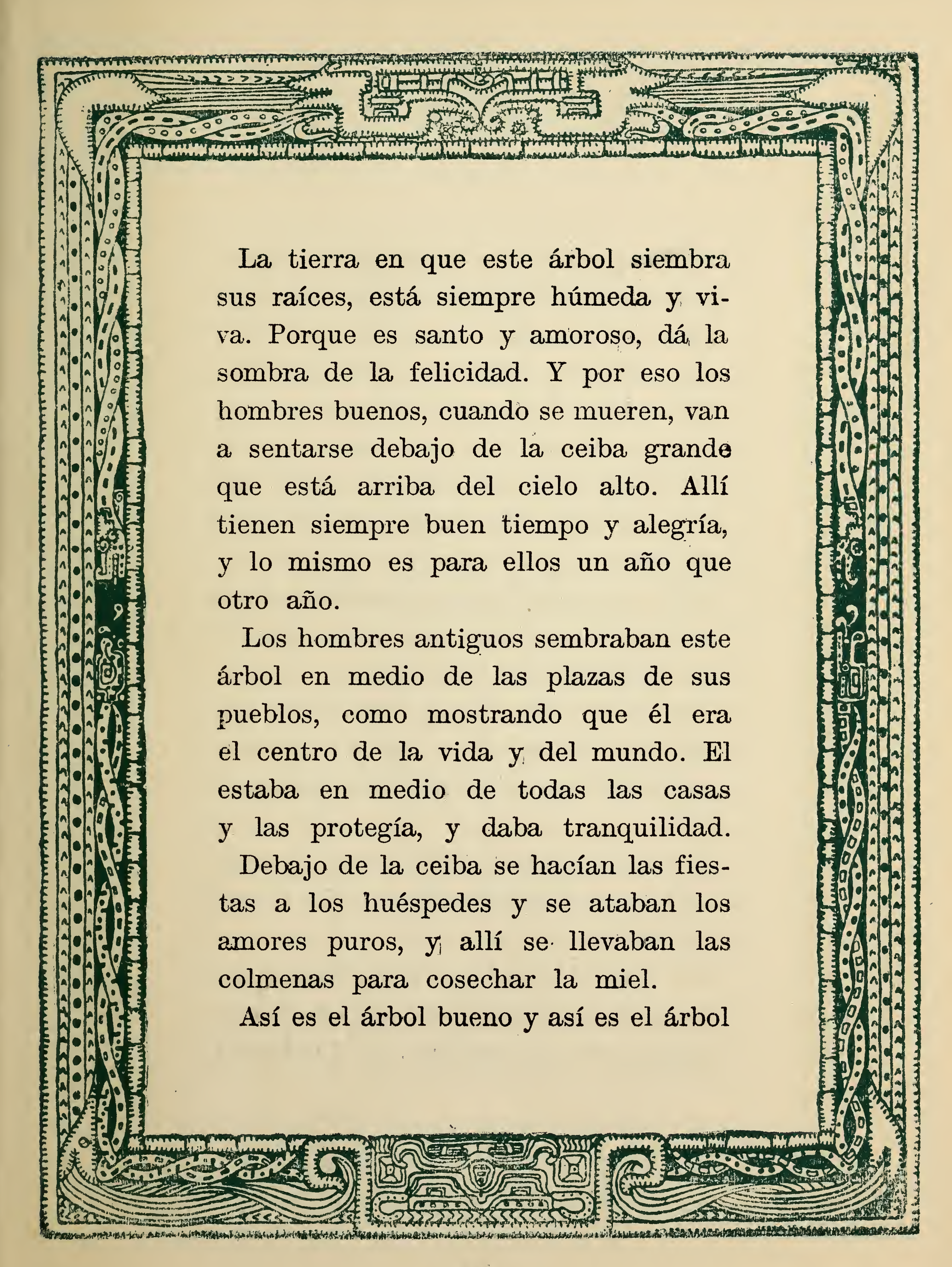


ardiendo de sed y miren una charca de agua bajo la sombra de ese árbol, que sólo castiga a los hombres, que saben menos que los gusanos y que hacen más daño que los tigres.

Cuando pases cerca del árbol malo, acuérdate de que un día puedes ser llamado para ir a dormir bajo sus hojas. Y retírate pensando en lo que debes hacer para no ir, cuando menos lo esperes, a sufrir tu pena.

Hay el árbol bonito y alegre de la Ceiba, que tiene el tronco liso y ancho y sus ramas largas y rectas, como un techo. De allí cuelgan sus nidos los *yuyumes* de color de oro, que cantan al sol de la mañana, y allí se paran a acariciarse las palomas.

El viento bueno hace su casa en la copa de la ceiba, y las mariposas radiantes, de alas azules y verdes, vuelan alrededor.

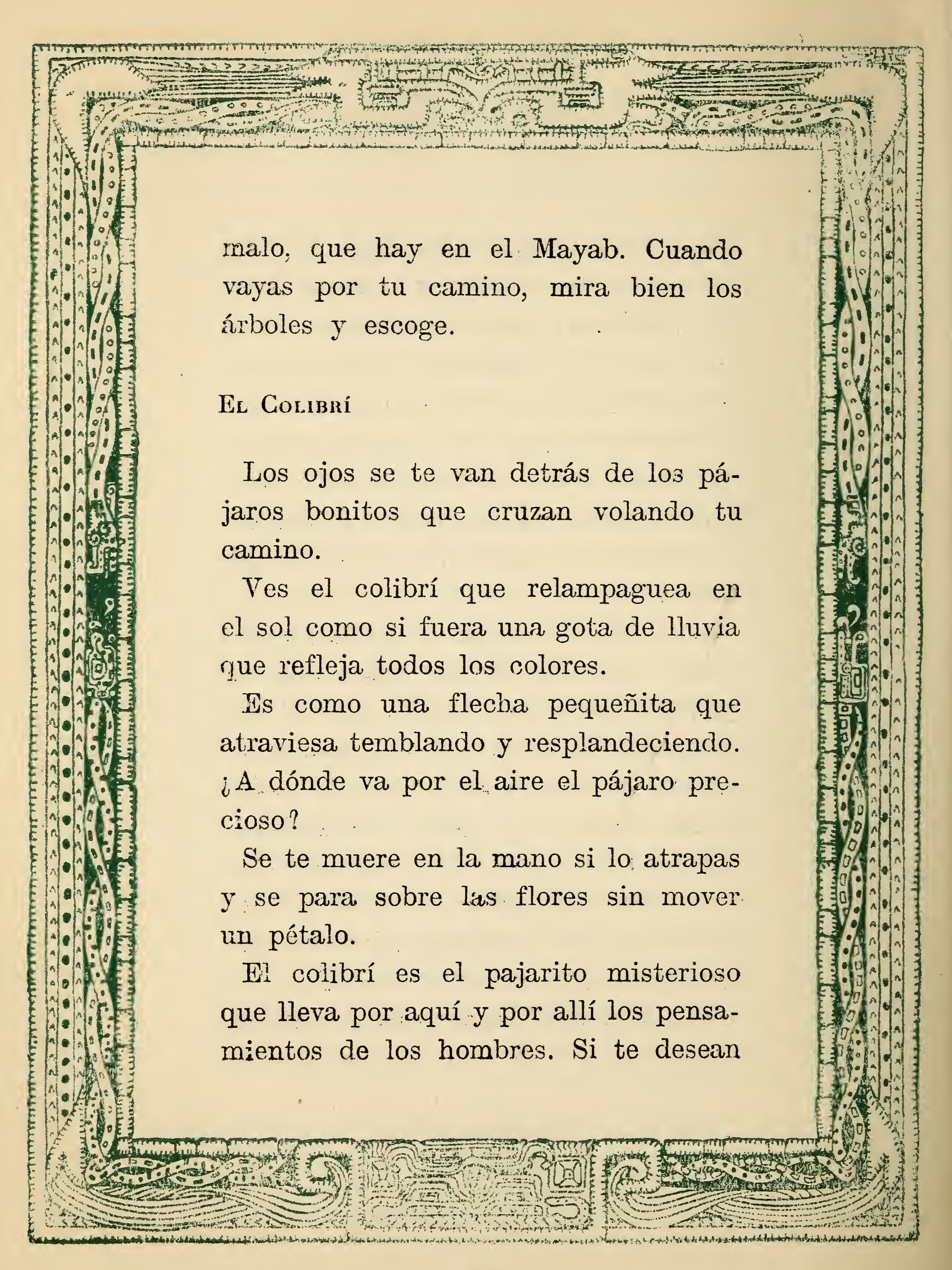


La tierra en que este árbol siembra sus raíces, está siempre húmeda y viva. Porque es santo y amoroso, dá la sombra de la felicidad. Y por eso los hombres buenos, cuando se mueren, van a sentarse debajo de la ceiba grande que está arriba del cielo alto. Allí tienen siempre buen tiempo y alegría, y lo mismo es para ellos un año que otro año.

Los hombres antiguos sembraban este árbol en medio de las plazas de sus pueblos, como mostrando que él era el centro de la vida y del mundo. El estaba en medio de todas las casas y las protegía, y daba tranquilidad.

Debajo de la ceiba se hacían las fiestas a los huéspedes y se ataban los amores puros, y allí se llevaban las colmenas para cosechar la miel.

Así es el árbol bueno y así es el árbol



malo, que hay en el Mayab. Cuando vayas por tu camino, mira bien los árboles y escoge.

El Colibrí

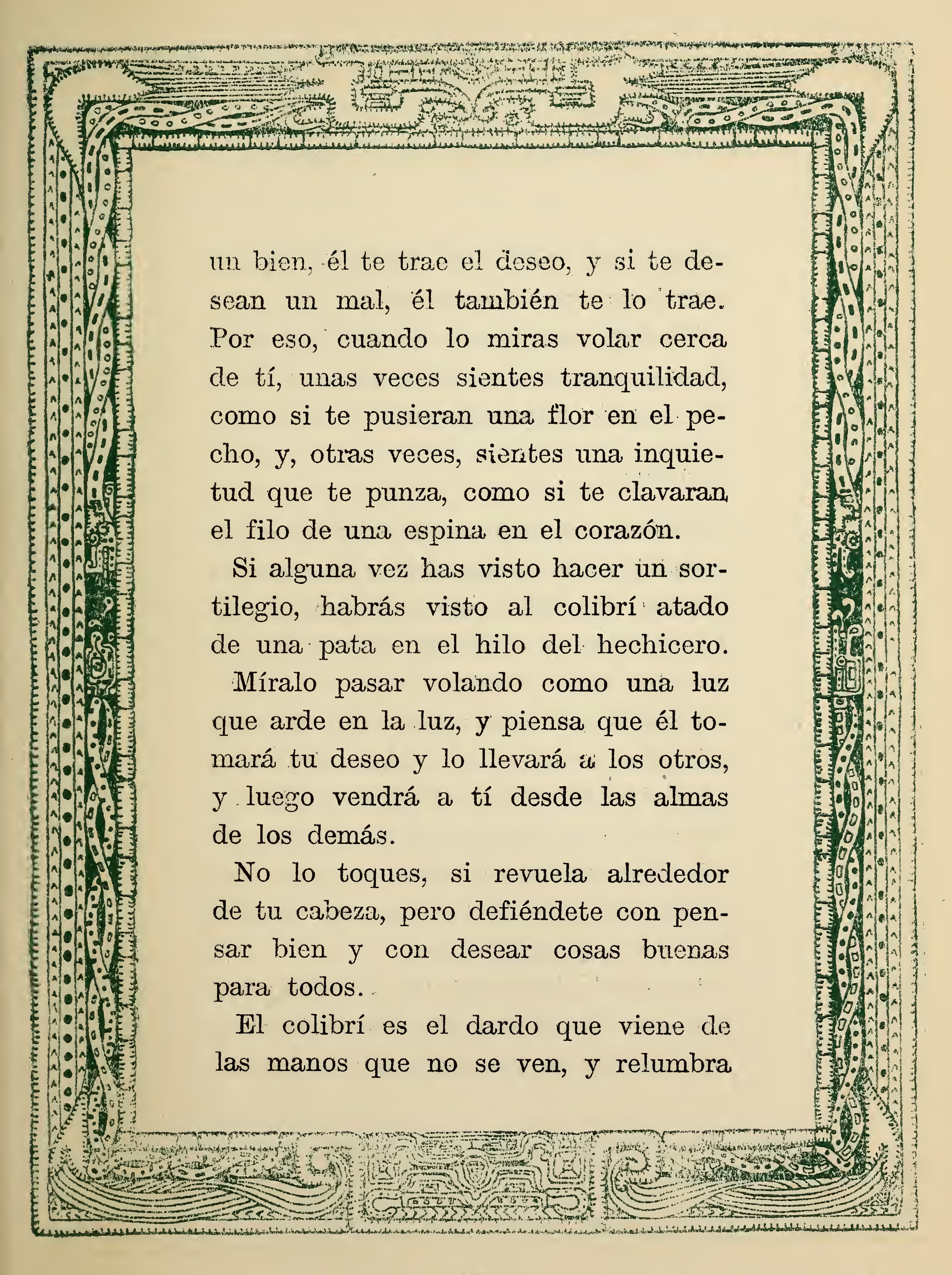
Los ojos se te van detrás de los pájaros bonitos que cruzan volando tu camino.

Ves el colibrí que relampaguea en el sol como si fuera una gota de lluvia que refleja todos los colores.

Es como una flecha pequeñita que atraviesa temblando y resplandeciendo. ¿A dónde va por el aire el pájaro precioso?

Se te muere en la mano si lo atrapas y se para sobre las flores sin mover un pétalo.

El colibrí es el pajarito misterioso que lleva por aquí y por allí los pensamientos de los hombres. Si te desean



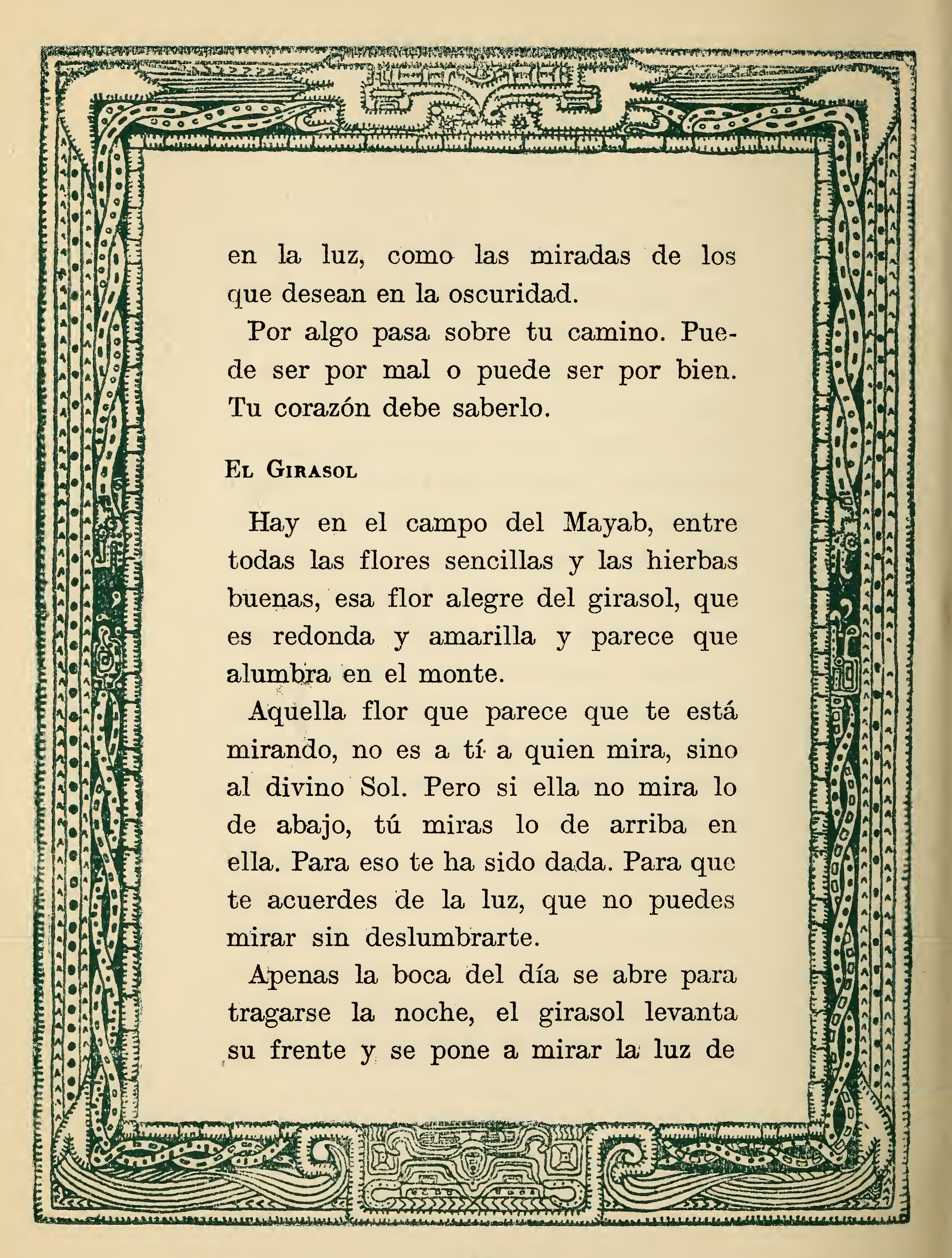
un bien, él te trae el deseo, y si te desean un mal, él también te lo trae. Por eso, cuando lo miras volar cerca de tí, unas veces sientes tranquilidad, como si te pusieran una flor en el pecho, y, otras veces, sientes una inquietud que te punza, como si te clavaran el filo de una espina en el corazón.

Si alguna vez has visto hacer un sortilegio, habrás visto al colibrí atado de una pata en el hilo del hechicero.

Míralo pasar volando como una luz que arde en la luz, y piensa que él tomará tu deseo y lo llevará a los otros, y luego vendrá a tí desde las almas de los demás.

No lo toques, si revuela alrededor de tu cabeza, pero defiéndete con pensar bien y con desear cosas buenas para todos.

El colibrí es el dardo que viene de las manos que no se ven, y relumbra



en la luz, como las miradas de los que desean en la oscuridad.

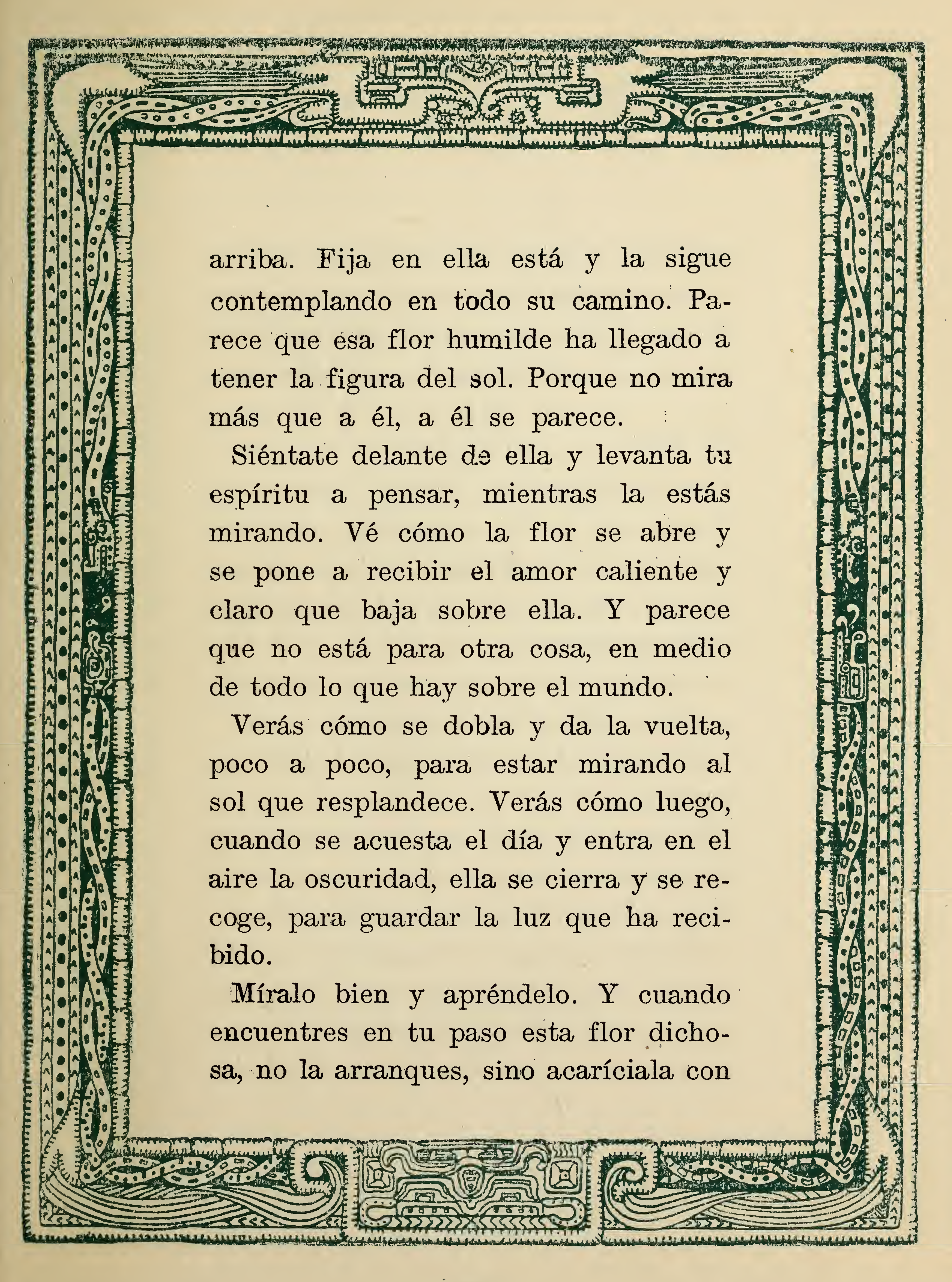
Por algo pasa sobre tu camino. Puede ser por mal o puede ser por bien. Tu corazón debe saberlo.

El Girasol

Hay en el campo del Mayab, entre todas las flores sencillas y las hierbas buenas, esa flor alegre del girasol, que es redonda y amarilla y parece que alumbra en el monte.

Aquella flor que parece que te está mirando, no es a tí a quien mira, sino al divino Sol. Pero si ella no mira lo de abajo, tú miras lo de arriba en ella. Para eso te ha sido dada. Para que te acuerdes de la luz, que no puedes mirar sin deslumbrarte.

Apenas la boca del día se abre para tragarse la noche, el girasol levanta su frente y se pone a mirar la luz de

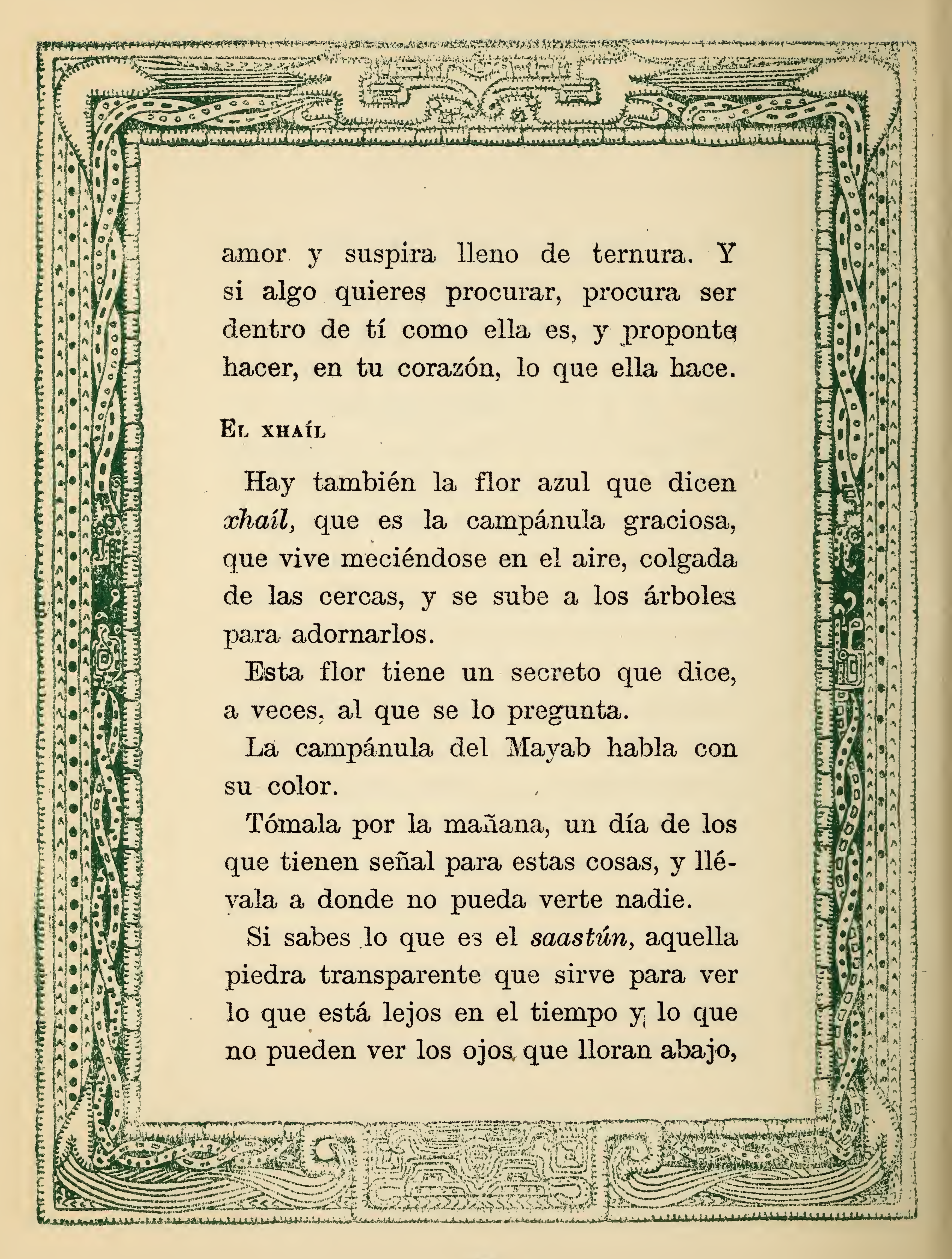


arriba. Fija en ella está y la sigue contemplando en todo su camino. Parece que esa flor humilde ha llegado a tener la figura del sol. Porque no mira más que a él, a él se parece.

Siéntate delante de ella y levanta tu espíritu a pensar, mientras la estás mirando. Vé cómo la flor se abre y se pone a recibir el amor caliente y claro que baja sobre ella. Y parece que no está para otra cosa, en medio de todo lo que hay sobre el mundo.

Verás cómo se dobla y da la vuelta, poco a poco, para estar mirando al sol que resplandece. Verás cómo luego, cuando se acuesta el día y entra en el aire la oscuridad, ella se cierra y se recoge, para guardar la luz que ha recibido.

Míralo bien y apréndelo. Y cuando encuentres en tu paso esta flor dichosa, no la arranques, sino acaríciala con



amor y suspira lleno de ternura. Y si algo quieres procurar, procura ser dentro de tí como ella es, y proponte hacer, en tu corazón, lo que ella hace.

El xhaíl

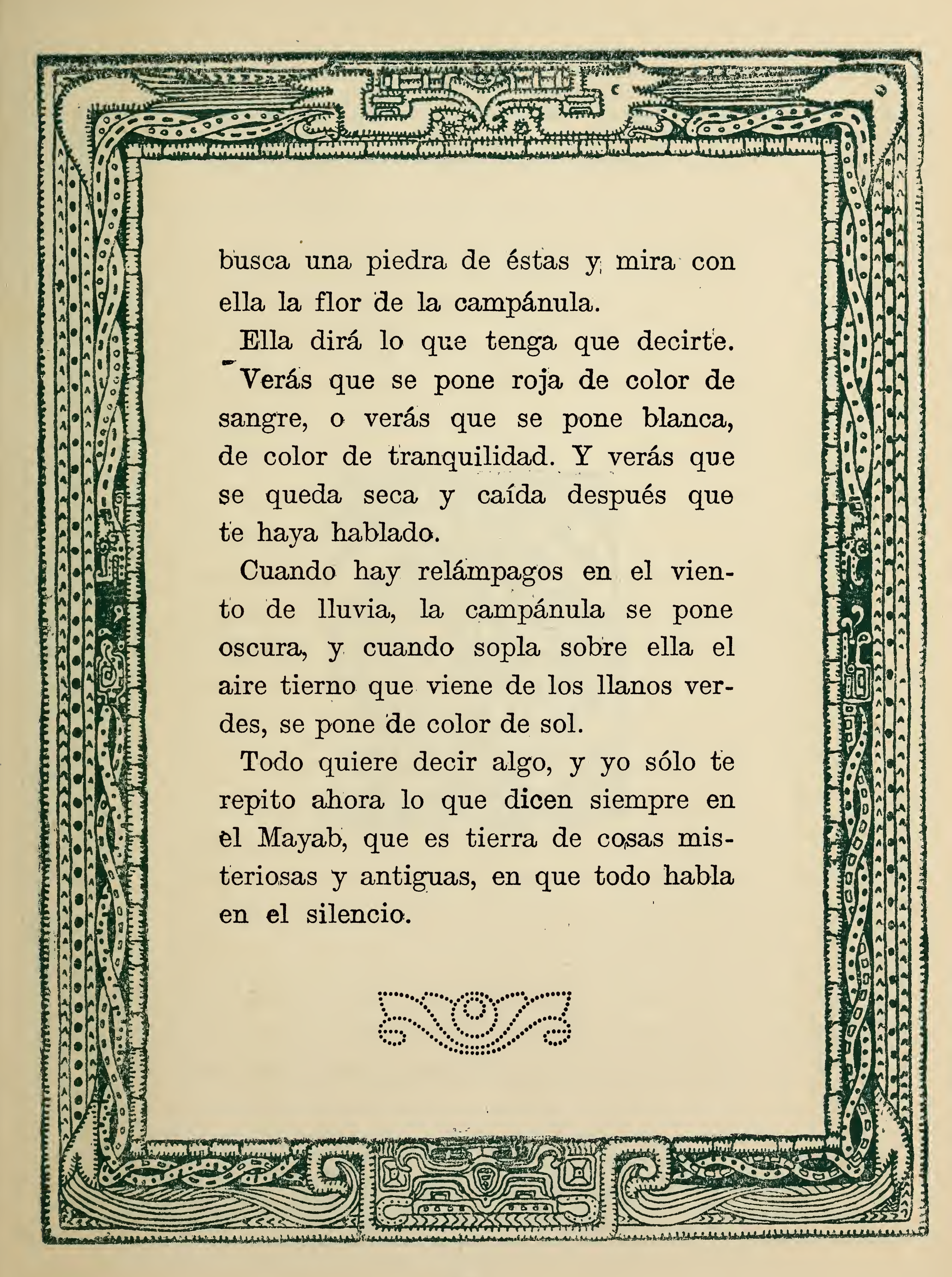
Hay también la flor azul que dicen *xhaíl,* que es la campánula graciosa, que vive meciéndose en el aire, colgada de las cercas, y se sube a los árboles para adornarlos.

Esta flor tiene un secreto que dice, a veces, al que se lo pregunta.

La campánula del Mayab habla con su color.

Tómala por la mañana, un día de los que tienen señal para estas cosas, y llévala a donde no pueda verte nadie.

Si sabes lo que es el *saastún,* aquella piedra transparente que sirve para ver lo que está lejos en el tiempo y lo que no pueden ver los ojos que lloran abajo,

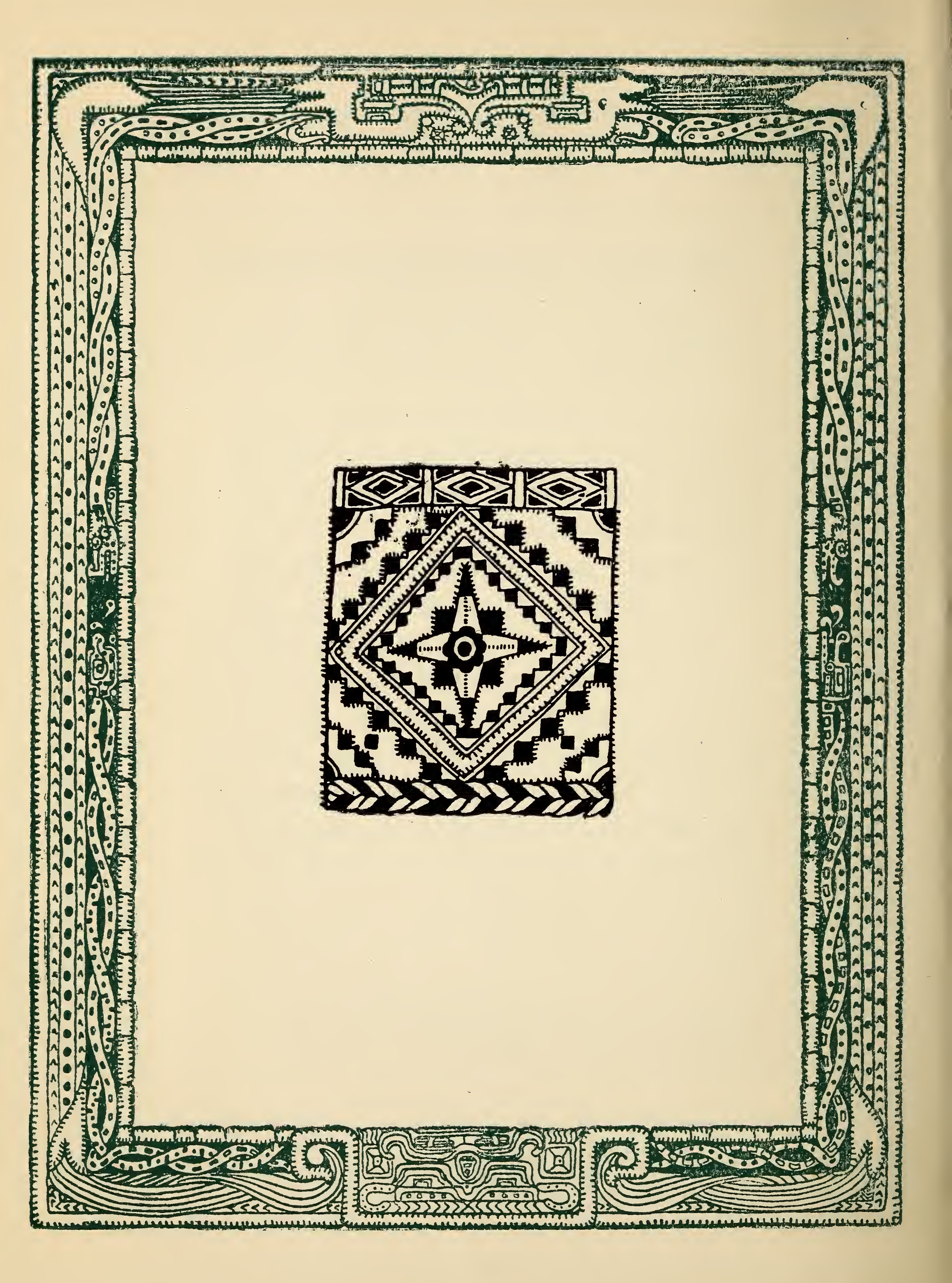


busca una piedra de éstas y mira con ella la flor de la campánula.

Ella dirá lo que tenga que decirte. Verás que se pone roja de color de sangre, o verás que se pone blanca, de color de tranquilidad. Y verás que se queda seca y caída después que te haya hablado.

Cuando hay relámpagos en el viento de lluvia, la campánula se pone oscura, y cuando sopla sobre ella el aire tierno que viene de los llanos verdes, se pone de color de sol.

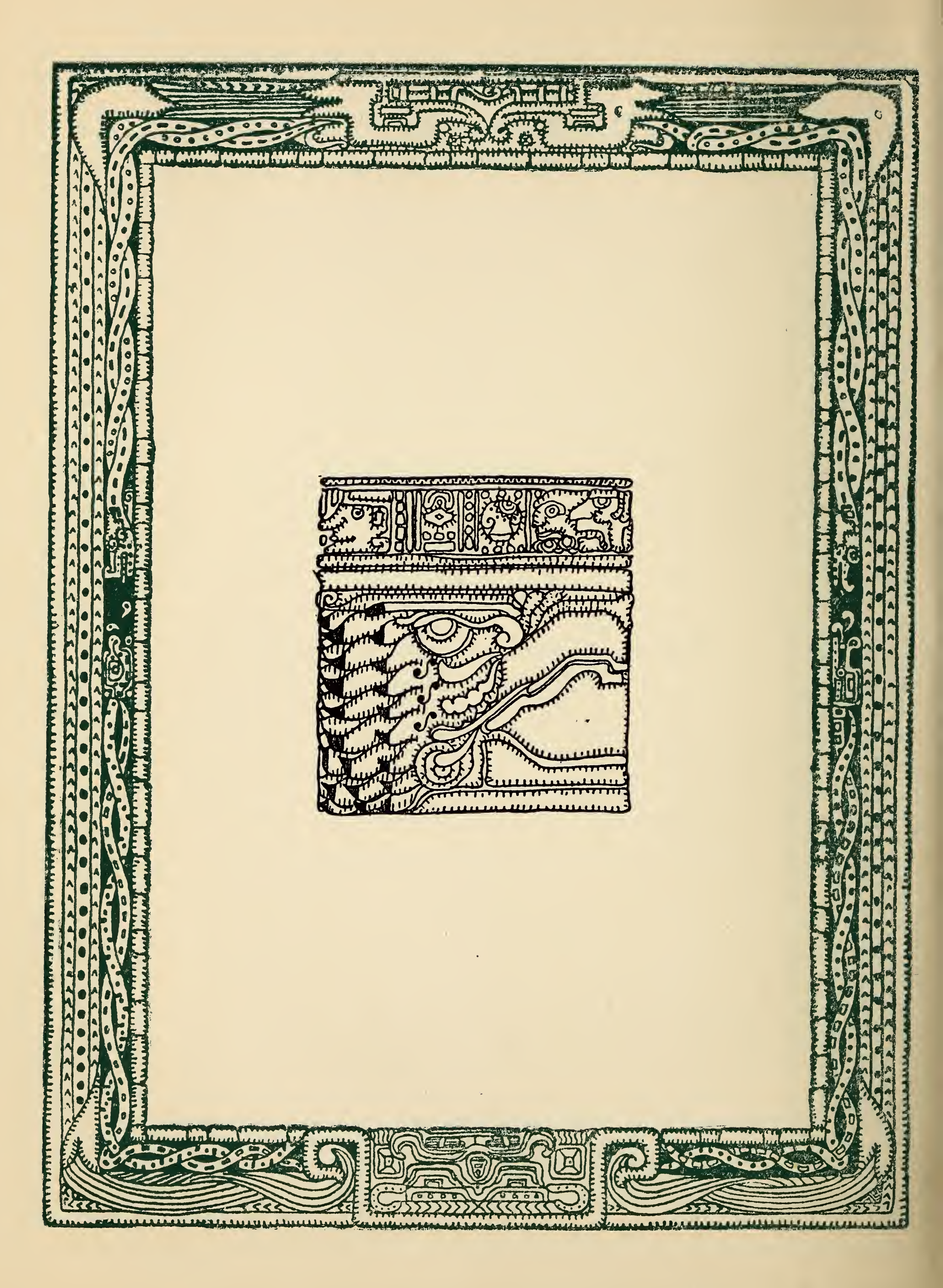
Todo quiere decir algo, y yo sólo te repito ahora lo que dicen siempre en el Mayab, que es tierra de cosas misteriosas y antiguas, en que todo habla en el silencio.

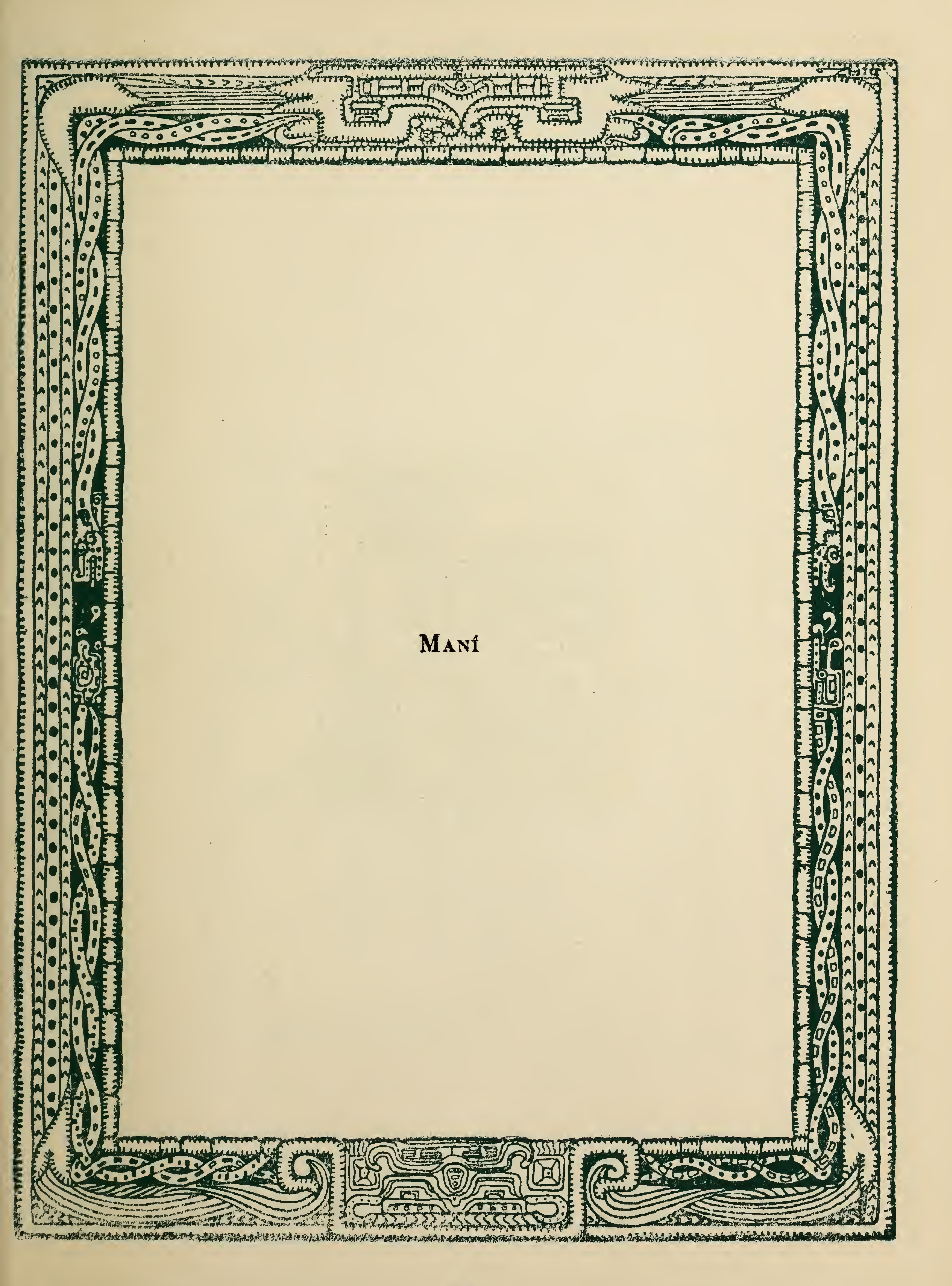




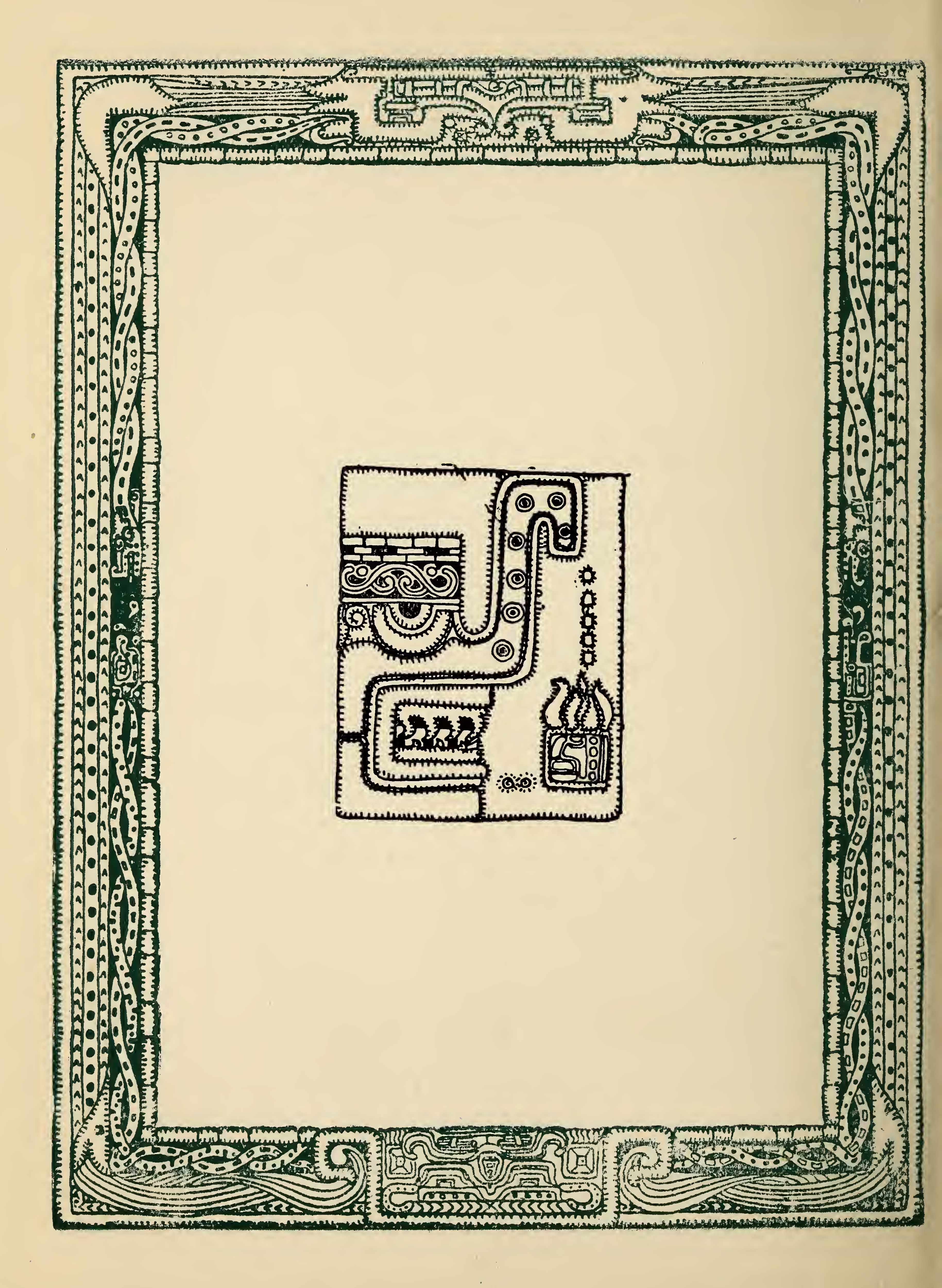
LIBRO SEPTIMO

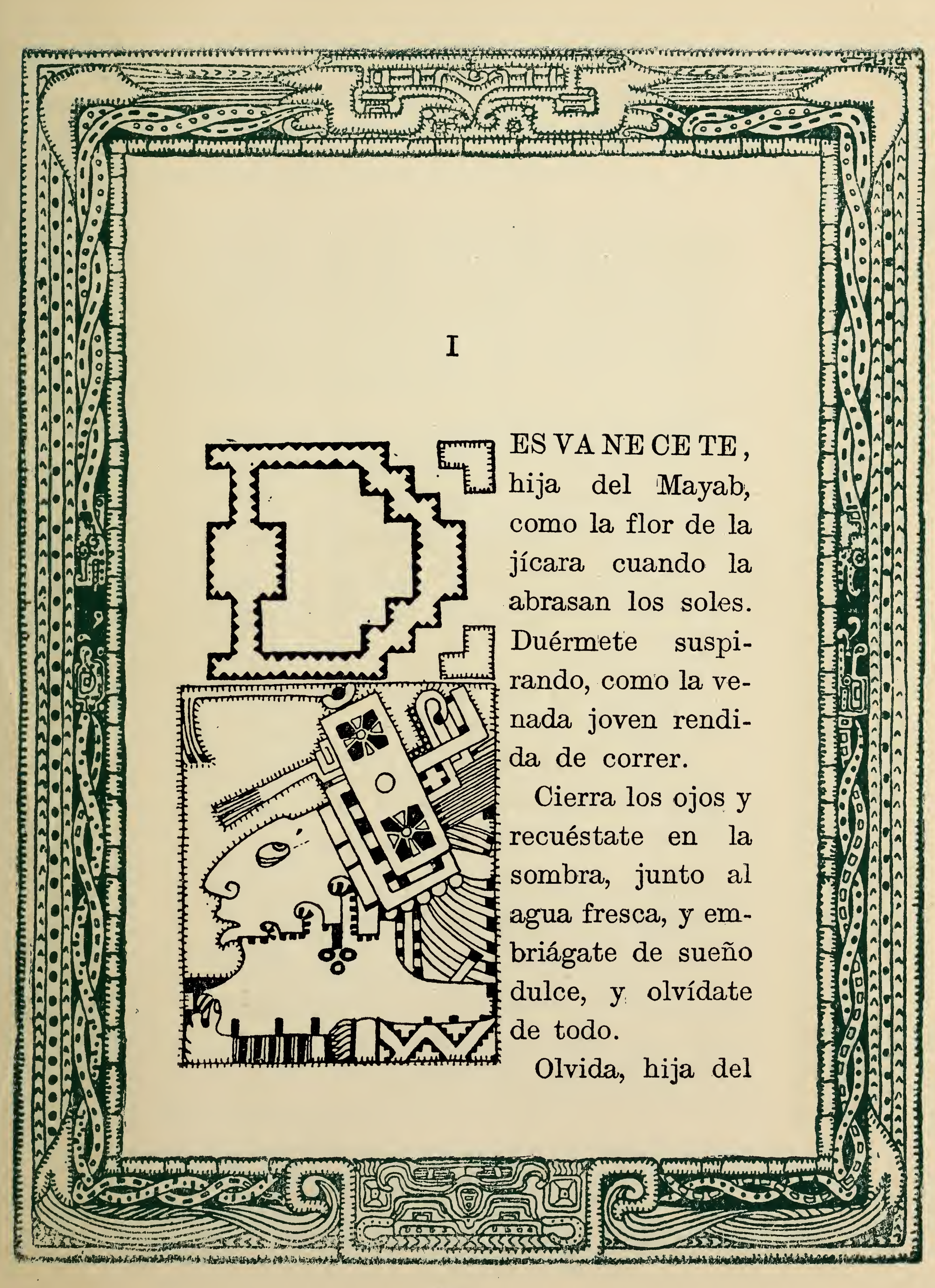
ESTE ES EL LIBRO DE MANÍ, QUE QUIERE DECIR QUE TODO PASÓ





Maní



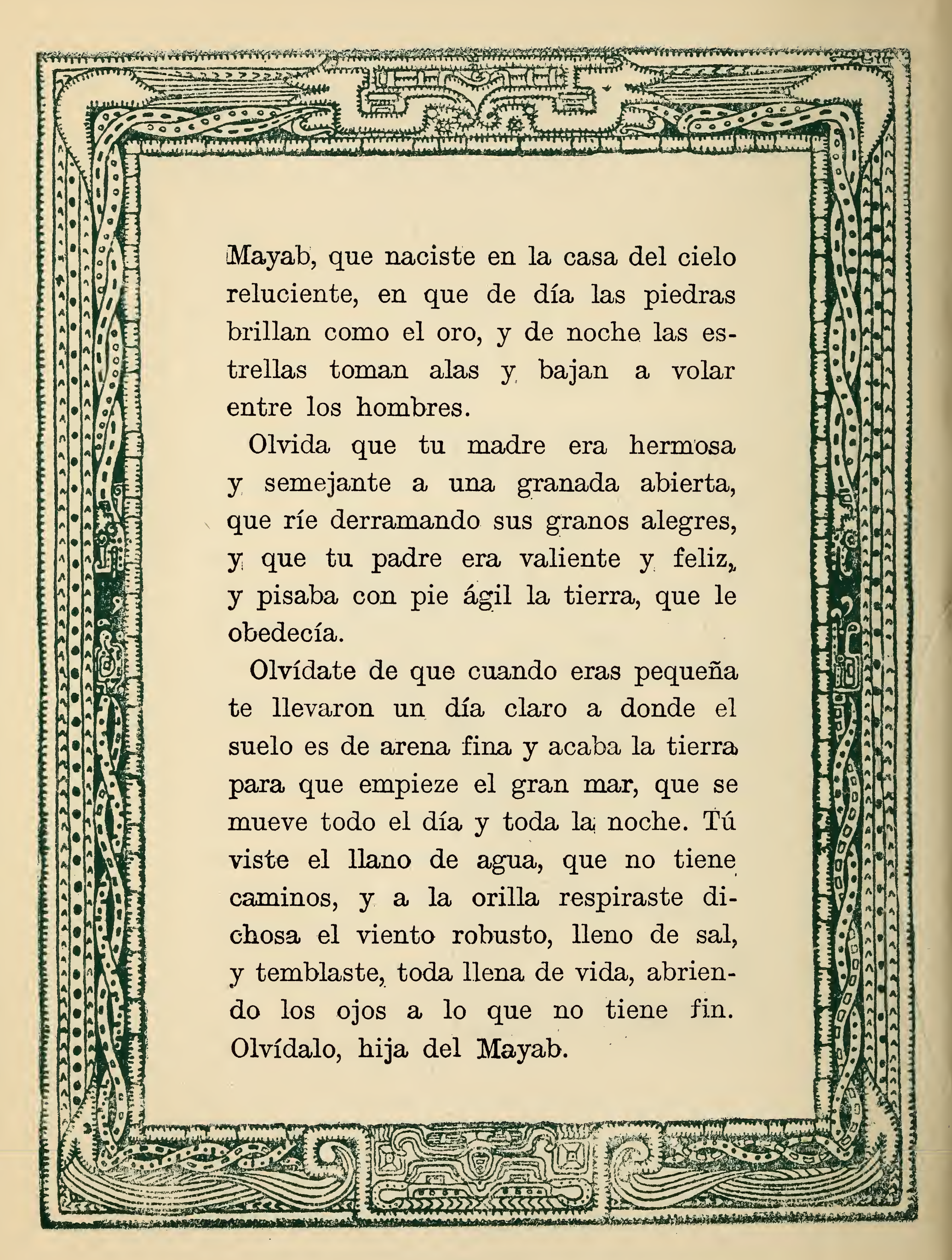


I

DESVANECETE, hija del Mayab, como la flor de la jícara cuando la abrasan los soles. Duérmete suspirando, como la venada joven rendida de correr.

Cierra los ojos y recuéstate en la sombra, junto al agua fresca, y embriágate de sueño dulce, y olvídate de todo.

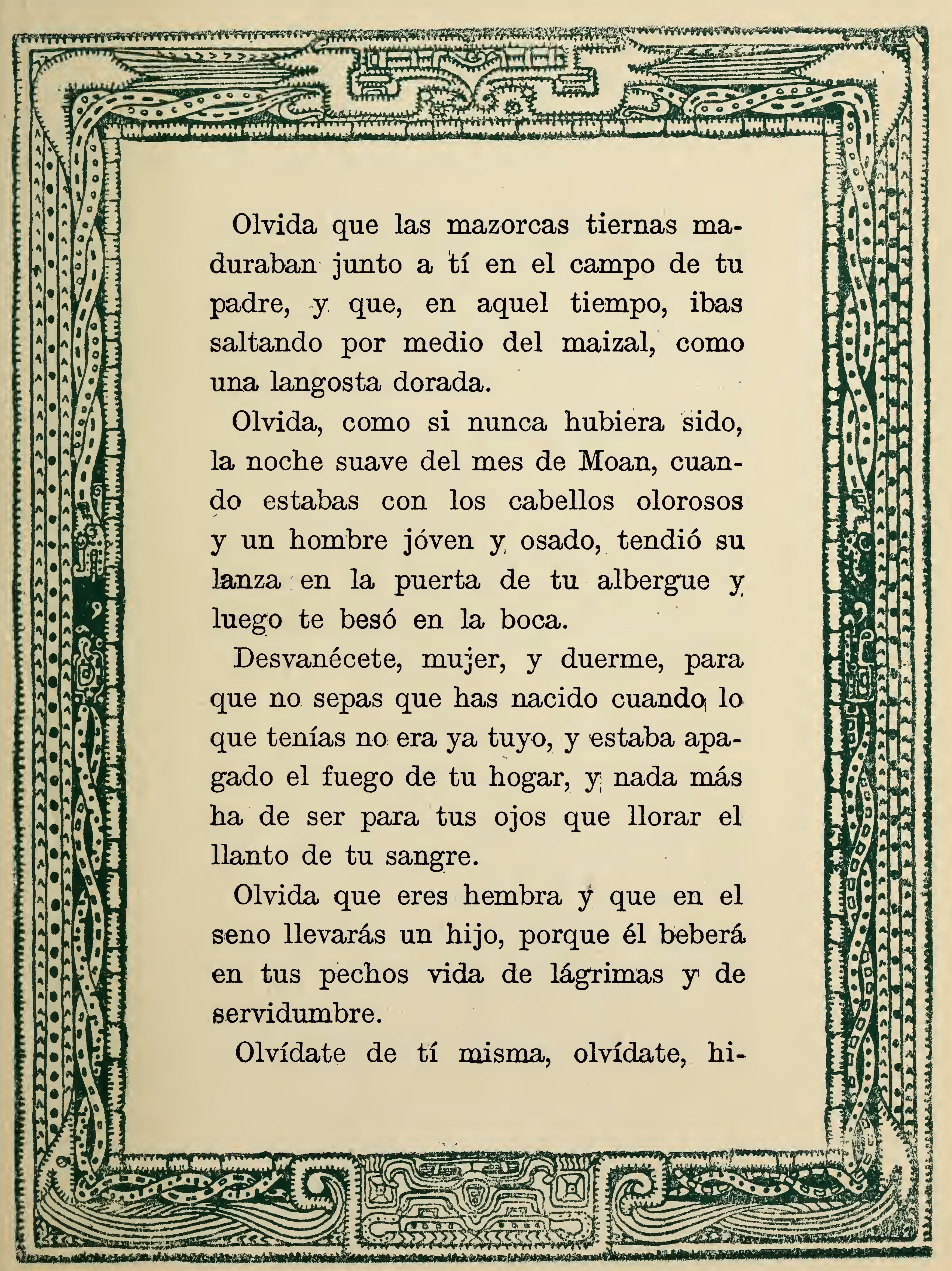
Olvida, hija del



Mayab, que naciste en la casa del cielo reluciente, en que de día las piedras brillan como el oro, y de noche las estrellas toman alas y bajan a volar entre los hombres.

Olvida que tu madre era hermosa y semejante a una granada abierta, que ríe derramando sus granos alegres, y que tu padre era valiente y feliz, y pisaba con pie ágil la tierra, que le obedecía.

Olvídate de que cuando eras pequeña te llevaron un día claro a donde el suelo es de arena fina y acaba la tierra para que empieze el gran mar, que se mueve todo el día y toda la noche. Tú viste el llano de agua, que no tiene caminos, y a la orilla respiraste dichosa el viento robusto, lleno de sal, y temblaste, toda llena de vida, abriendo los ojos a lo que no tiene fin. Olvídalo, hija del Mayab.



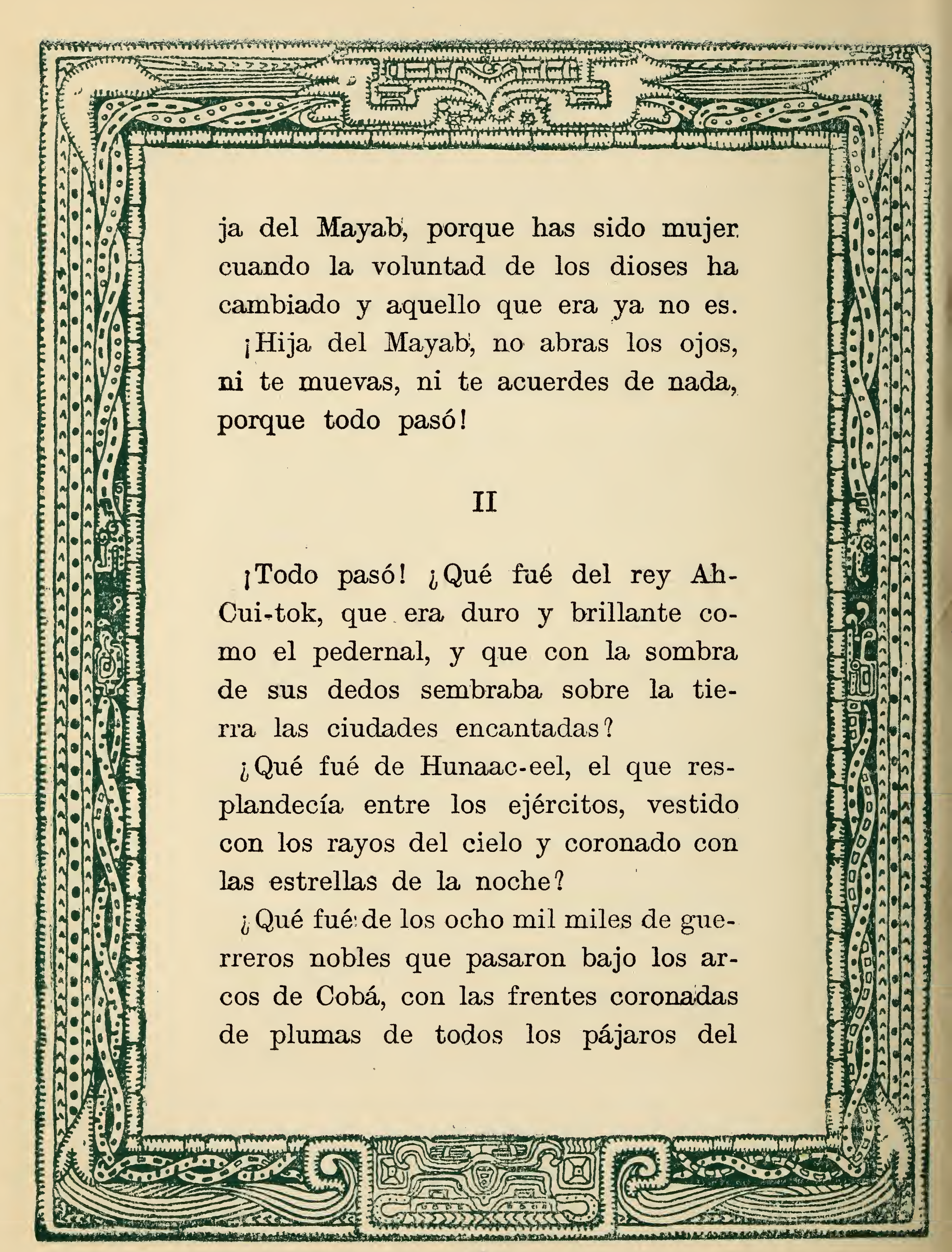
Olvida que las mazorcas tiernas maduraban junto a tí en el campo de tu padre, y que, en aquel tiempo, ibas saltando por medio del maizal, como una langosta dorada.

Olvida, como si nunca hubiera sido, la noche suave del mes de Moan, cuando estabas con los cabellos olorosos y un hombre jóven y osado, tendió su lanza en la puerta de tu albergue y luego te besó en la boca.

Desvanécete, mujer, y duerme, para que no sepas que has nacido cuando lo que tenías no era ya tuyo, y estaba apagado el fuego de tu hogar, y nada más ha de ser para tus ojos que llorar el llanto de tu sangre.

Olvida que eres hembra y que en el seno llevarás un hijo, porque él beberá en tus pechos vida de lágrimas y de servidumbre.

Olvídate de tí misma, olvídate, hi-



ja del Mayab, porque has sido mujer cuando la voluntad de los dioses ha cambiado y aquello que era ya no es.

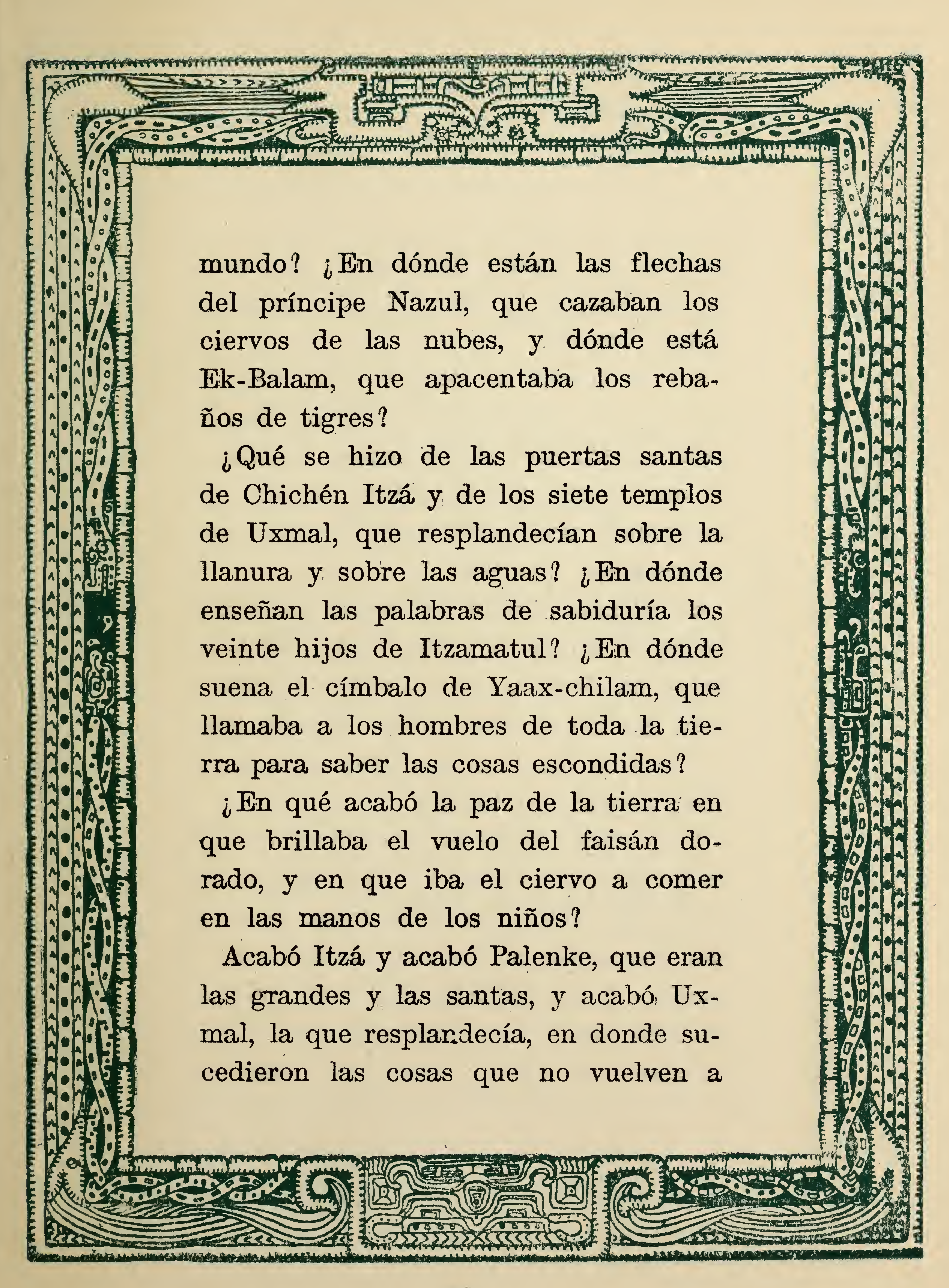
¡Hija del Mayab, no abras los ojos, ni te muevas, ni te acuerdes de nada, porque todo pasó!

II

¡Todo pasó! ¿Qué fué del rey Ah-Cui-tok, que era duro y brillante como el pedernal, y que con la sombra de sus dedos sembraba sobre la tierra las ciudades encantadas?

¿Qué fué de Hunaac-eel, el que resplandecía entre los ejércitos, vestido con los rayos del cielo y coronado con las estrellas de la noche?

¿Qué fué de los ocho mil miles de guerreros nobles que pasaron bajo los arcos de Cobá, con las frentes coronadas de plumas de todos los pájaros del

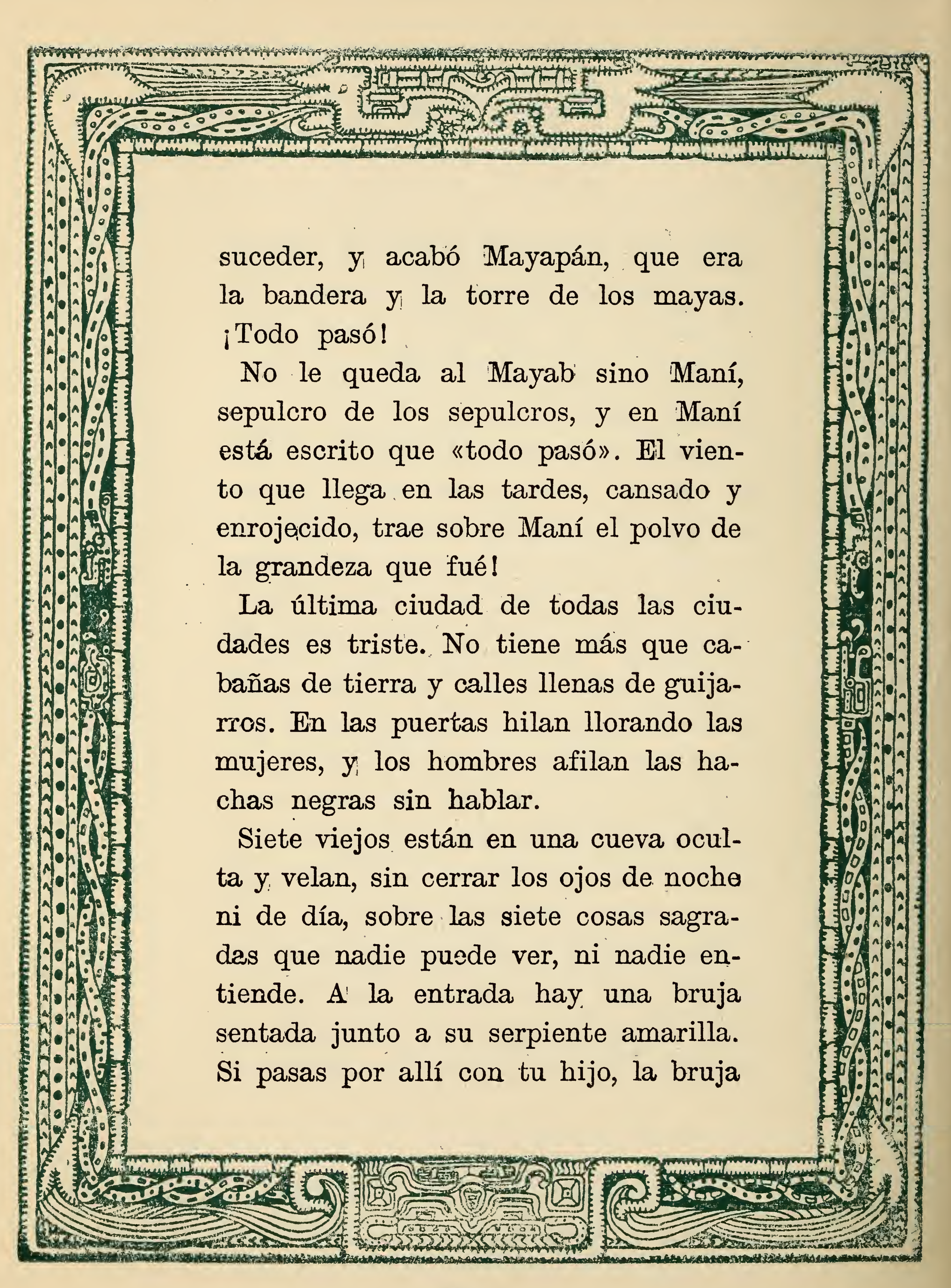


mundo? ¿En dónde están las flechas del príncipe Nazul, que cazaban los ciervos de las nubes, y dónde está Ek-Balam, que apacentaba los rebaños de tigres?

¿Qué se hizo de las puertas santas de Chichén Itzá y de los siete templos de Uxmal, que resplandecían sobre la llanura y sobre las aguas? ¿En dónde enseñan las palabras de sabiduría los veinte hijos de Itzamatul? ¿En dónde suena el címbalo de Yaax-chilam, que llamaba a los hombres de toda la tierra para saber las cosas escondidas?

¿En qué acabó la paz de la tierra en que brillaba el vuelo del faisán dorado, y en que iba el ciervo a comer en las manos de los niños?

Acabó Itzá y acabó Palenke, que eran las grandes y las santas, y acabó Uxmal, la que resplandecía, en donde sucedieron las cosas que no vuelven a

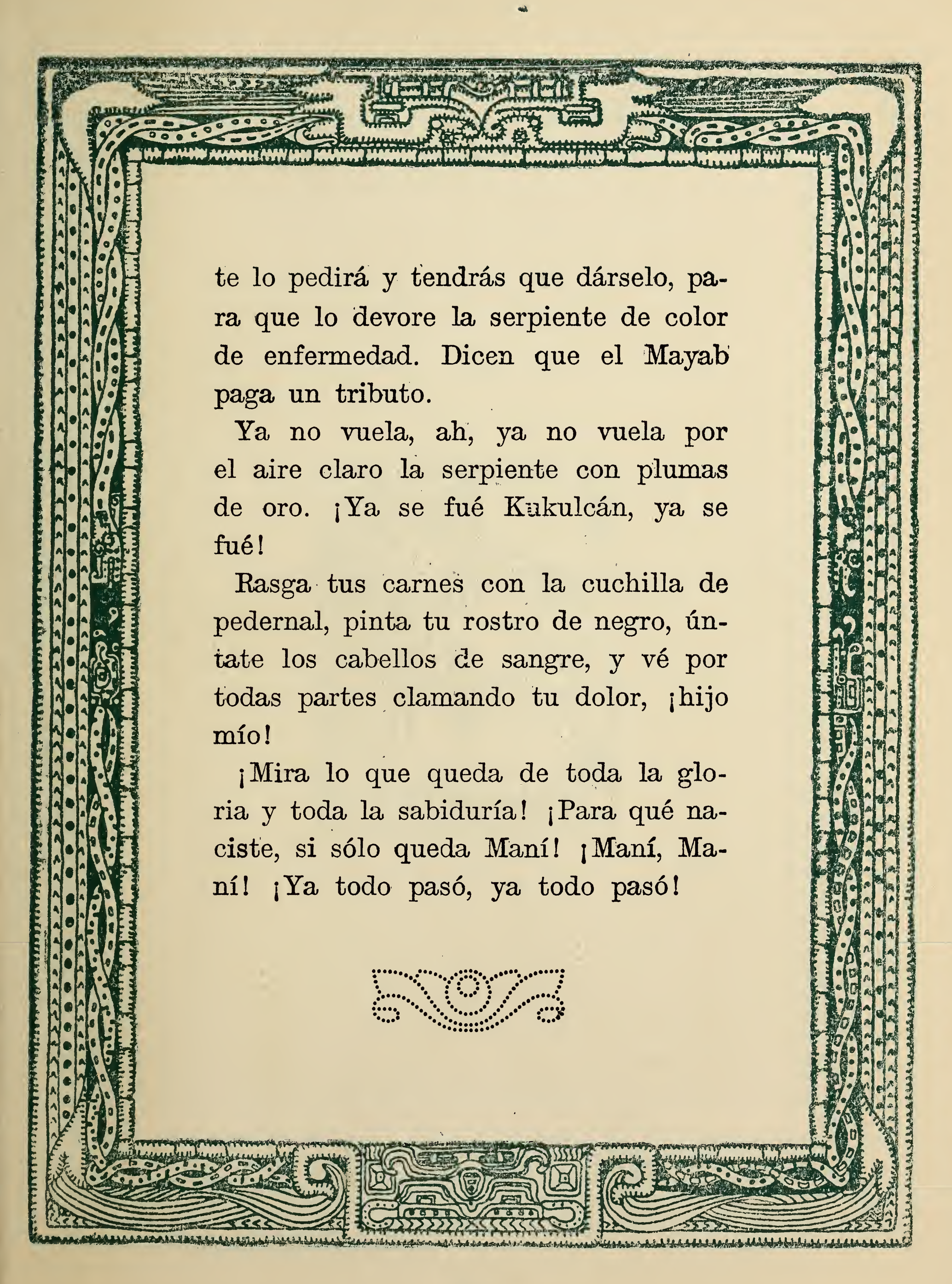


suceder, y acabó Mayapán, que era la bandera y la torre de los mayas. ¡Todo pasó!

No le queda al Mayab sino Maní, sepulcro de los sepulcros, y en Maní está escrito que «todo pasó». El viento que llega en las tardes, cansado y enrojecido, trae sobre Maní el polvo de la grandeza que fué!

La última ciudad de todas las ciudades es triste. No tiene más que cabañas de tierra y calles llenas de guijarros. En las puertas hilan llorando las mujeres, y los hombres afilan las hachas negras sin hablar.

Siete viejos están en una cueva oculta y velan, sin cerrar los ojos de noche ni de día, sobre las siete cosas sagradas que nadie puede ver, ni nadie entiende. A la entrada hay una bruja sentada junto a su serpiente amarilla. Si pasas por allí con tu hijo, la bruja

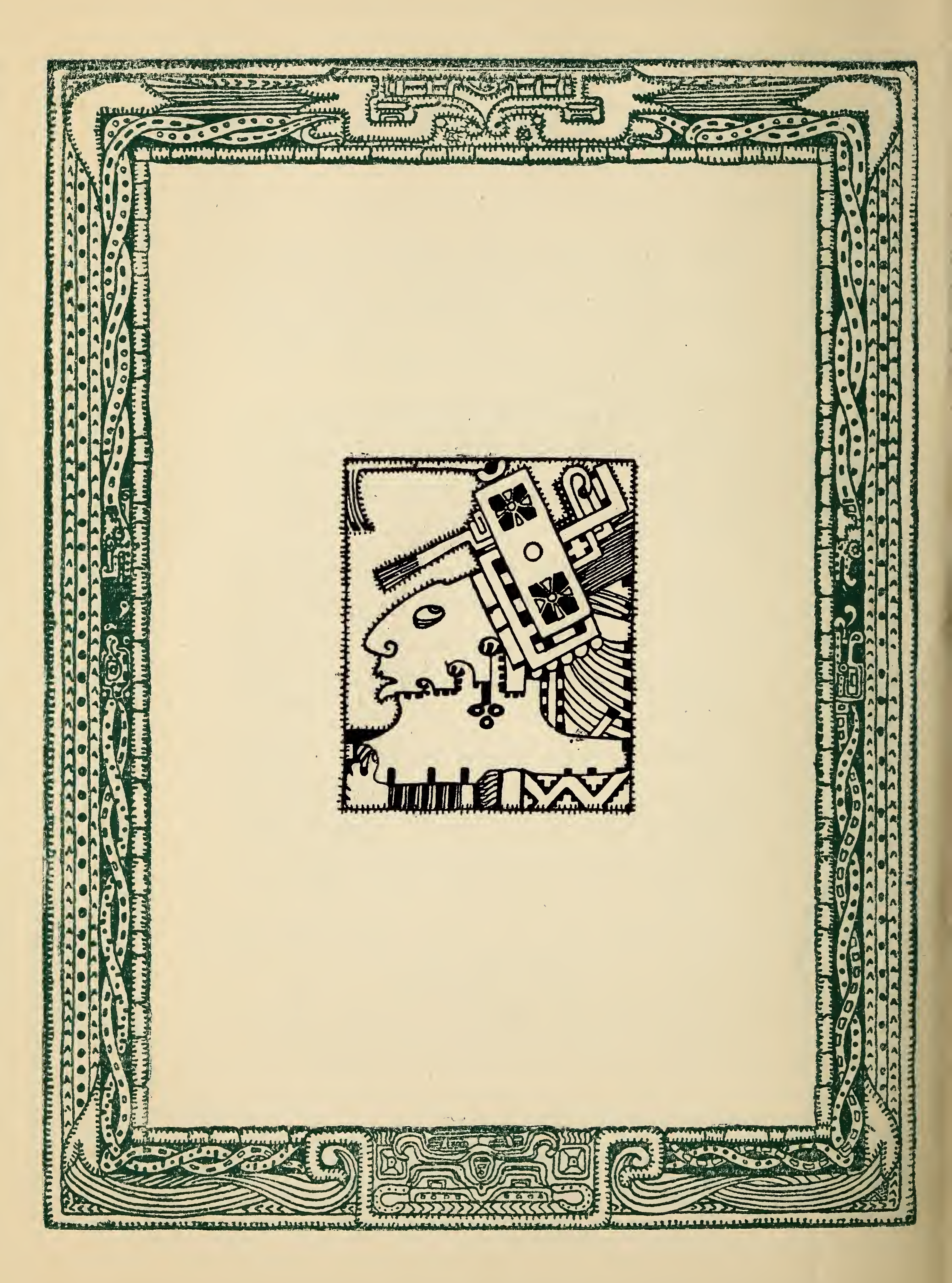


te lo pedirá y tendrás que dárselo, para que lo devore la serpiente de color de enfermedad. Dicen que el Mayab paga un tributo.

Ya no vuela, ah, ya no vuela por el aire claro la serpiente con plumas de oro. ¡Ya se fué Kukulcán, ya se fué!

Rasga tus carnes con la cuchilla de pedernal, pinta tu rostro de negro, úntate los cabellos de sangre, y vé por todas partes clamando tu dolor, ¡hijo mío!

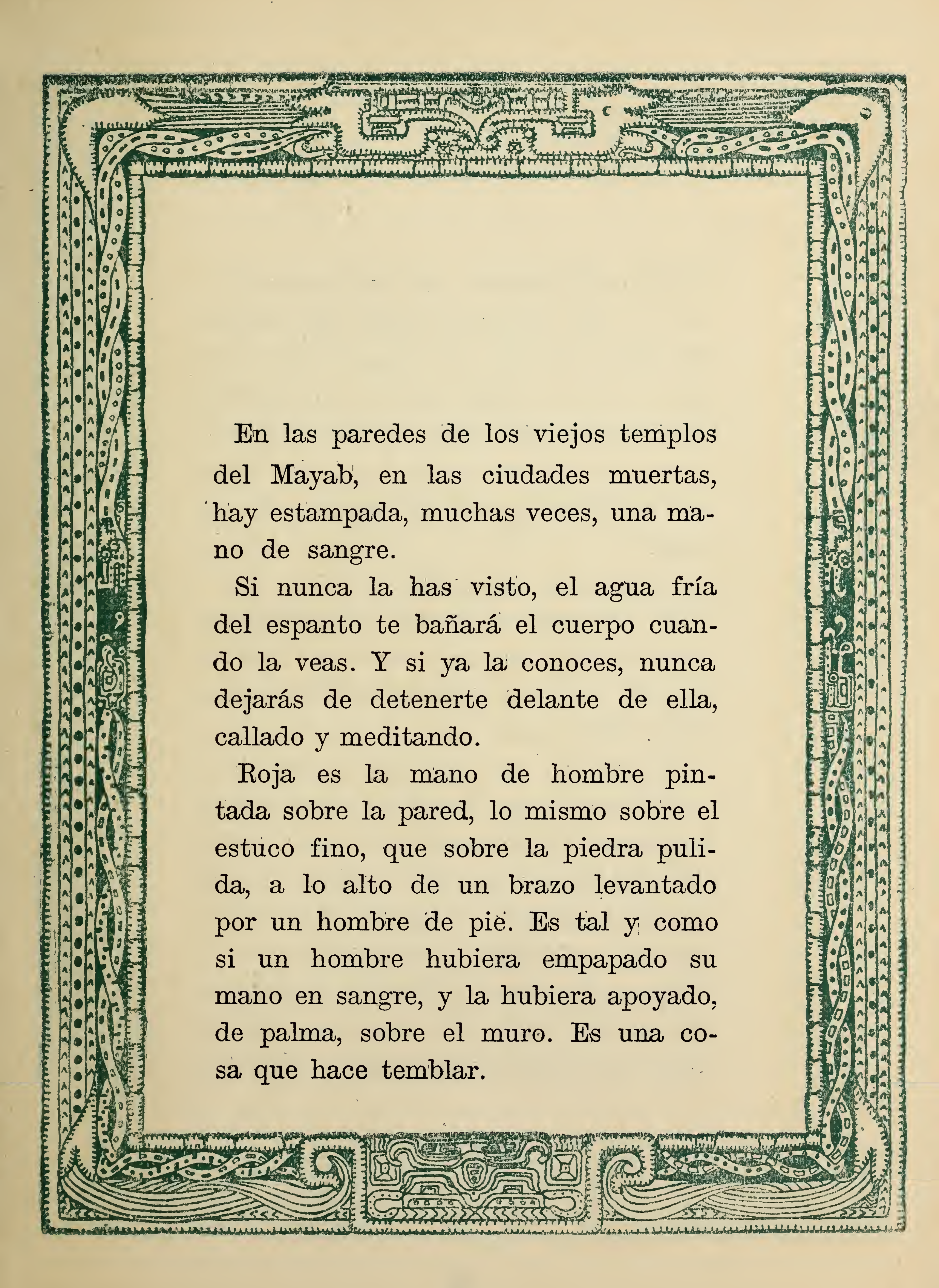
¡Mira lo que queda de toda la gloria y toda la sabiduría! ¡Para qué naciste, si sólo queda Maní! ¡Maní, Maní! ¡Ya todo pasó, ya todo pasó!





La mano de sangre

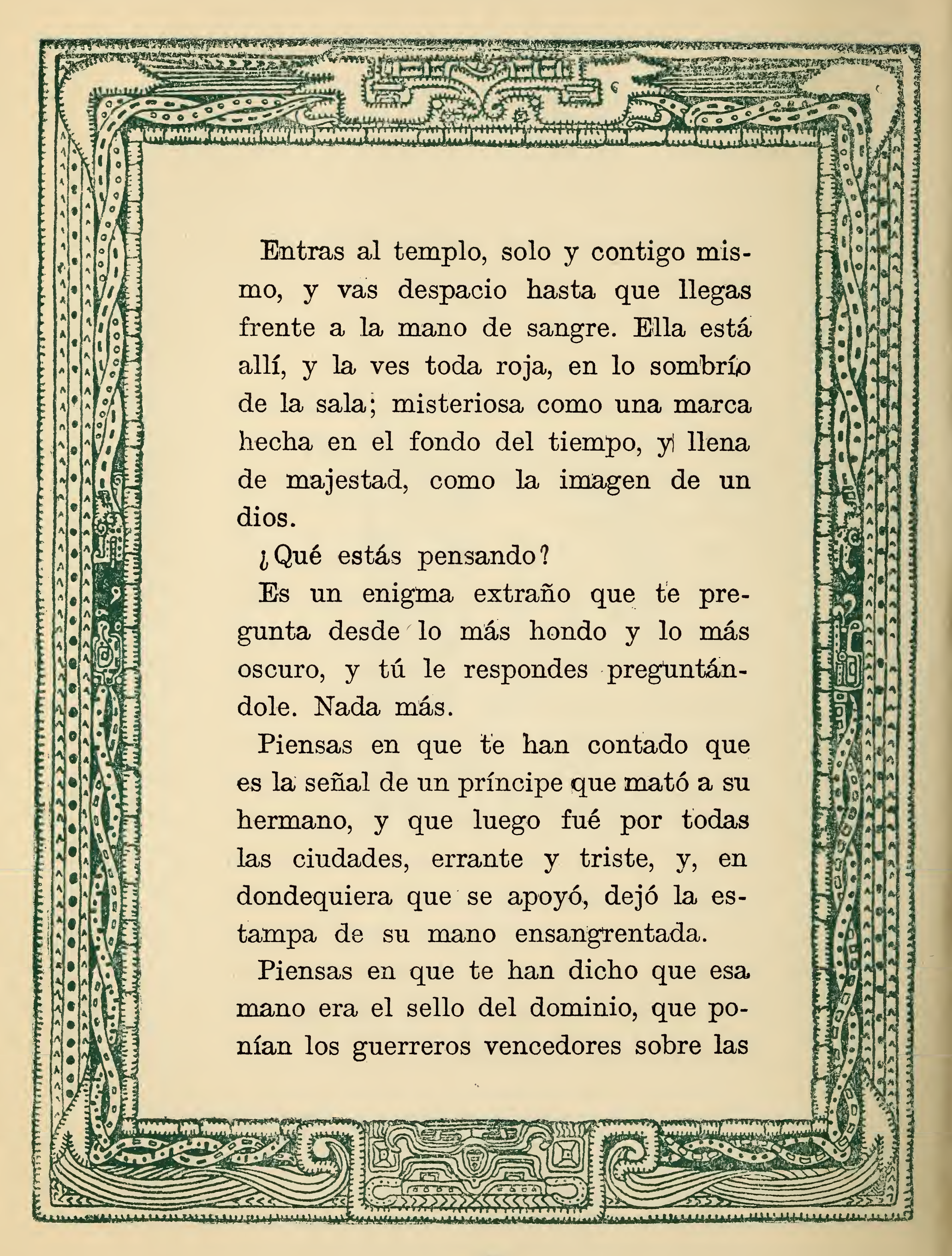




En las paredes de los viejos templos del Mayab, en las ciudades muertas, hay estampada, muchas veces, una mano de sangre.

Si nunca la has visto, el agua fría del espanto te bañará el cuerpo cuando la veas. Y si ya la conoces, nunca dejarás de detenerte delante de ella, callado y meditando.

Roja es la mano de hombre pintada sobre la pared, lo mismo sobre el estuco fino, que sobre la piedra pulida, a lo alto de un brazo levantado por un hombre de pie. Es tal y como si un hombre hubiera empapado su mano en sangre, y la hubiera apoyado, de palma, sobre el muro. Es una cosa que hace temblar.



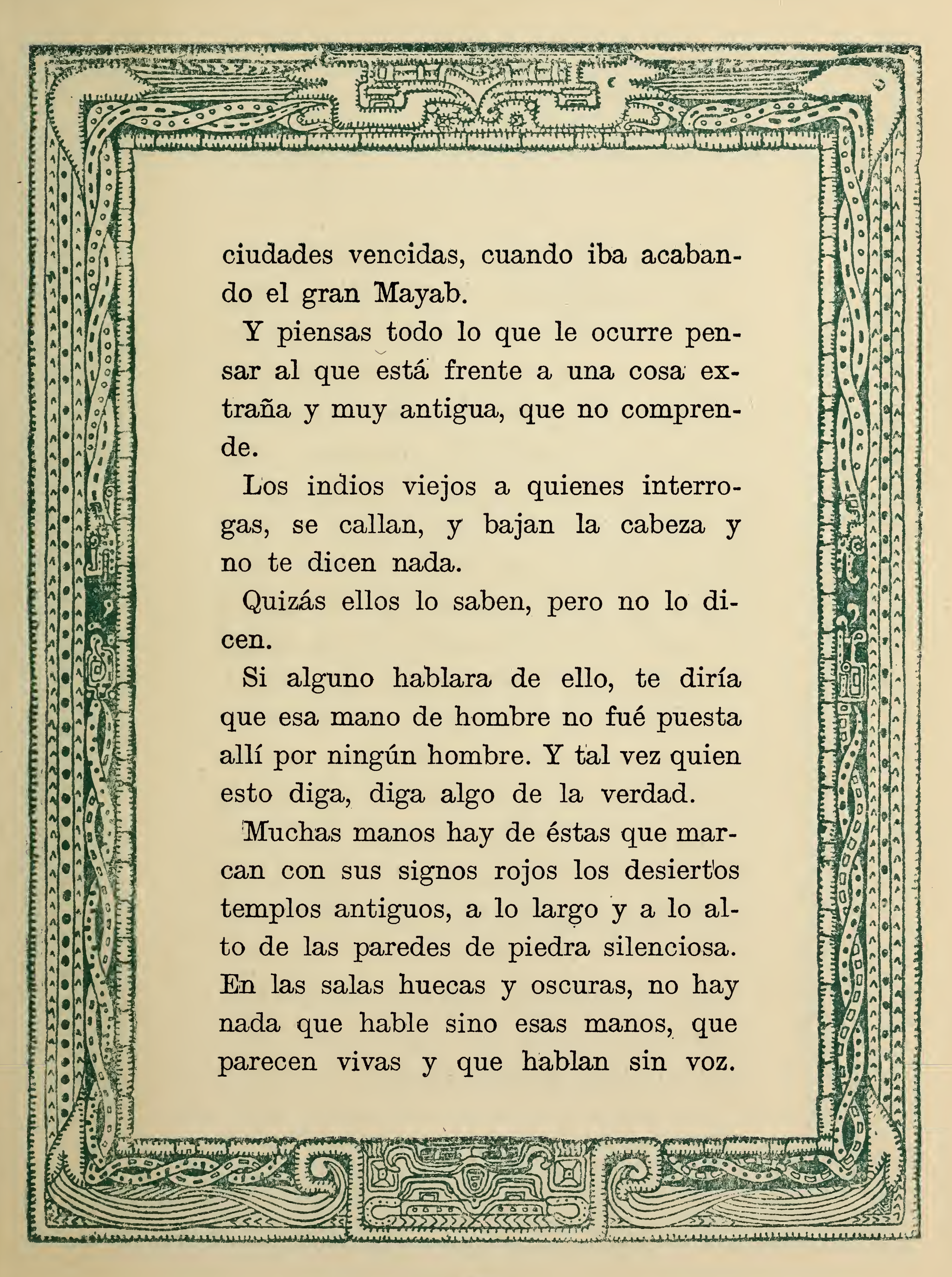
Entras al templo, solo y contigo mismo, y vas despacio hasta que llegas frente a la mano de sangre. Ella está allí, y la ves toda roja, en lo sombrío de la sala; misteriosa como una marca hecha en el fondo del tiempo, y llena de majestad, como la imagen de un dios.

¿Qué estás pensando?

Es un enigma extraño que te pregunta desde lo más hondo y lo más oscuro, y tú le respondes preguntándole. Nada más.

Piensas en que te han contado que es la señal de un príncipe que mató a su hermano, y que luego fué por todas las ciudades, errante y triste, y, en dondequiera que se apoyó, dejó la estampa de su mano ensangrentada.

Piensas en que te han dicho que esa mano era el sello del dominio, que ponían los guerreros vencedores sobre las



ciudades vencidas, cuando iba acabando el gran Mayab.

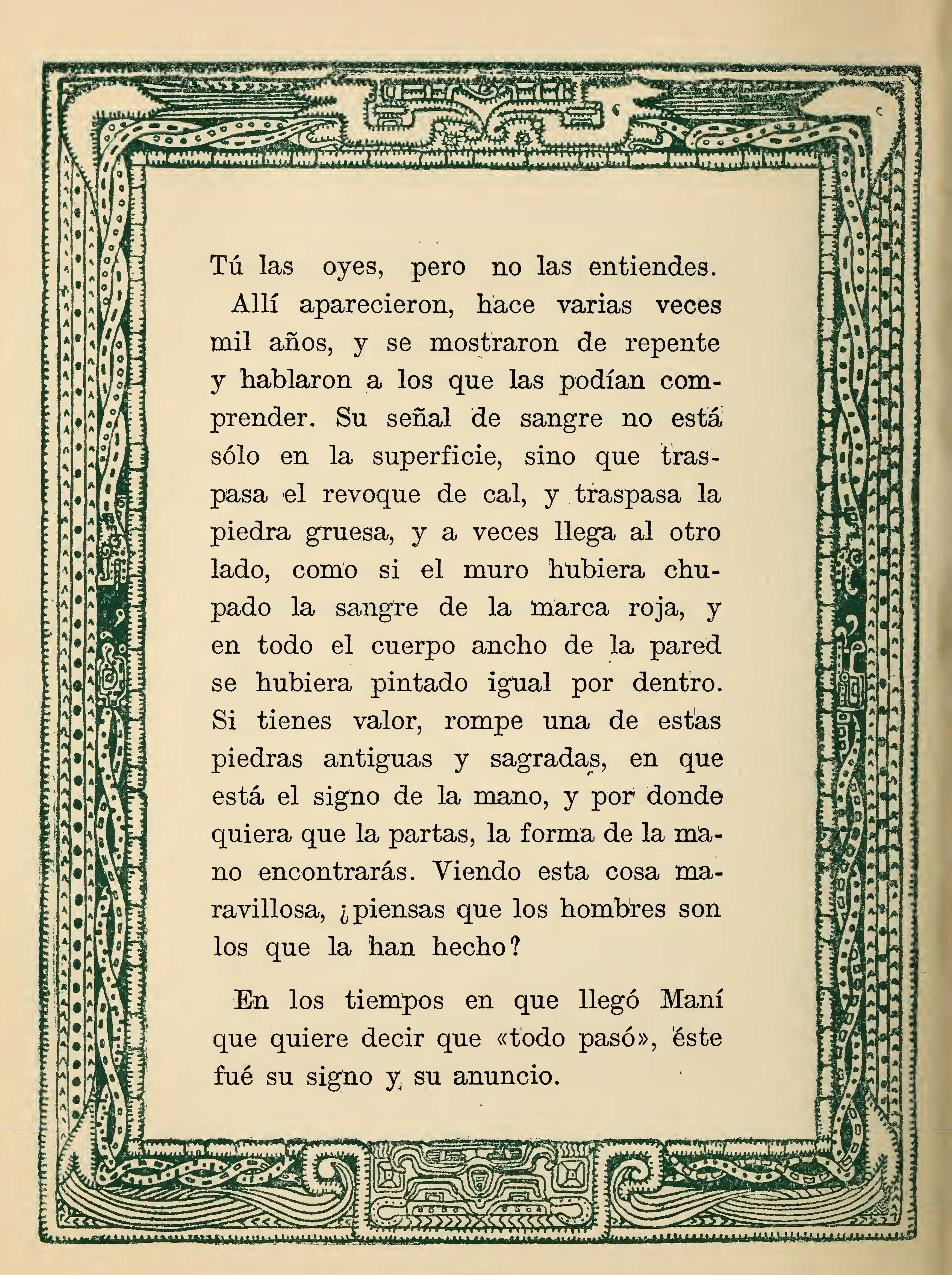
Y piensas todo lo que le ocurre pensar al que está frente a una cosa extraña y muy antigua, que no comprende.

Los indios viejos a quienes interrogas, se callan, y bajan la cabeza y no te dicen nada.

Quizás ellos lo saben, pero no lo dicen.

Si alguno hablara de ello, te diría que esa mano de hombre no fué puesta allí por ningún hombre. Y tal vez quien esto diga, diga algo de la verdad.

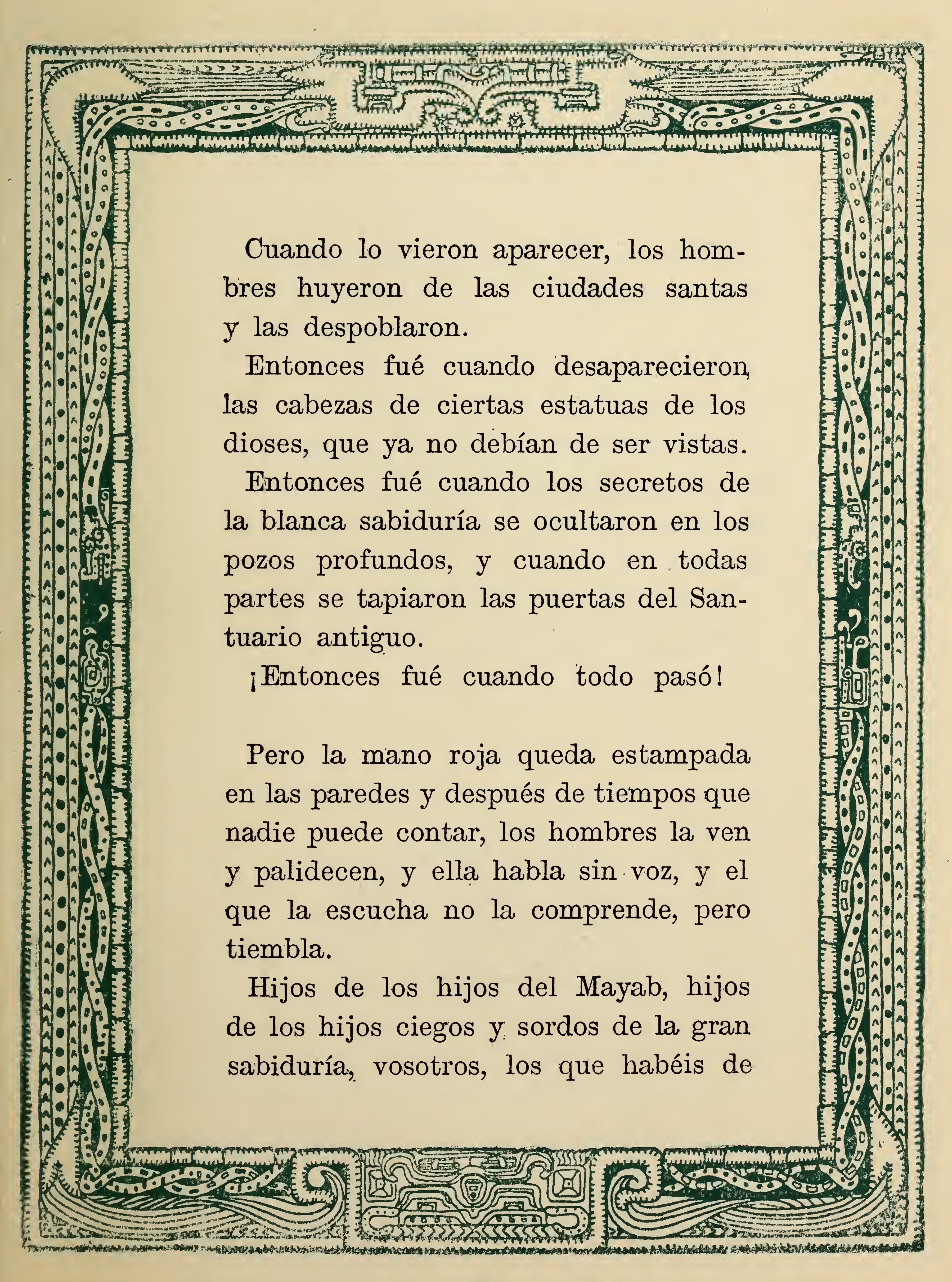
Muchas manos hay de éstas que marcan con sus signos rojos los desiertos templos antiguos, a lo largo y a lo alto de las paredes de piedra silenciosa. En las salas huecas y oscuras, no hay nada que hable sino esas manos, que parecen vivas y que hablan sin voz.



Tú las oyes, pero no las entiendes.

Allí aparecieron, hace varias veces mil años, y se mostraron de repente y hablaron a los que las podían comprender. Su señal de sangre no está sólo en la superficie, sino que traspasa el revoque de cal, y traspasa la piedra gruesa, y a veces llega al otro lado, como si el muro hubiera chupado la sangre de la marca roja, y en todo el cuerpo ancho de la pared se hubiera pintado igual por dentro. Si tienes valor, rompe una de estas piedras antiguas y sagradas, en que está el signo de la mano, y por donde quiera que la partas, la forma de la mano encontrarás. Viendo esta cosa maravillosa, ¿piensas que los hombres son los que la han hecho?

En los tiempos en que llegó Maní que quiere decir que «todo pasó», éste fué su signo y su anuncio.



Cuando lo vieron aparecer, los hombres huyeron de las ciudades santas y las despoblaron.

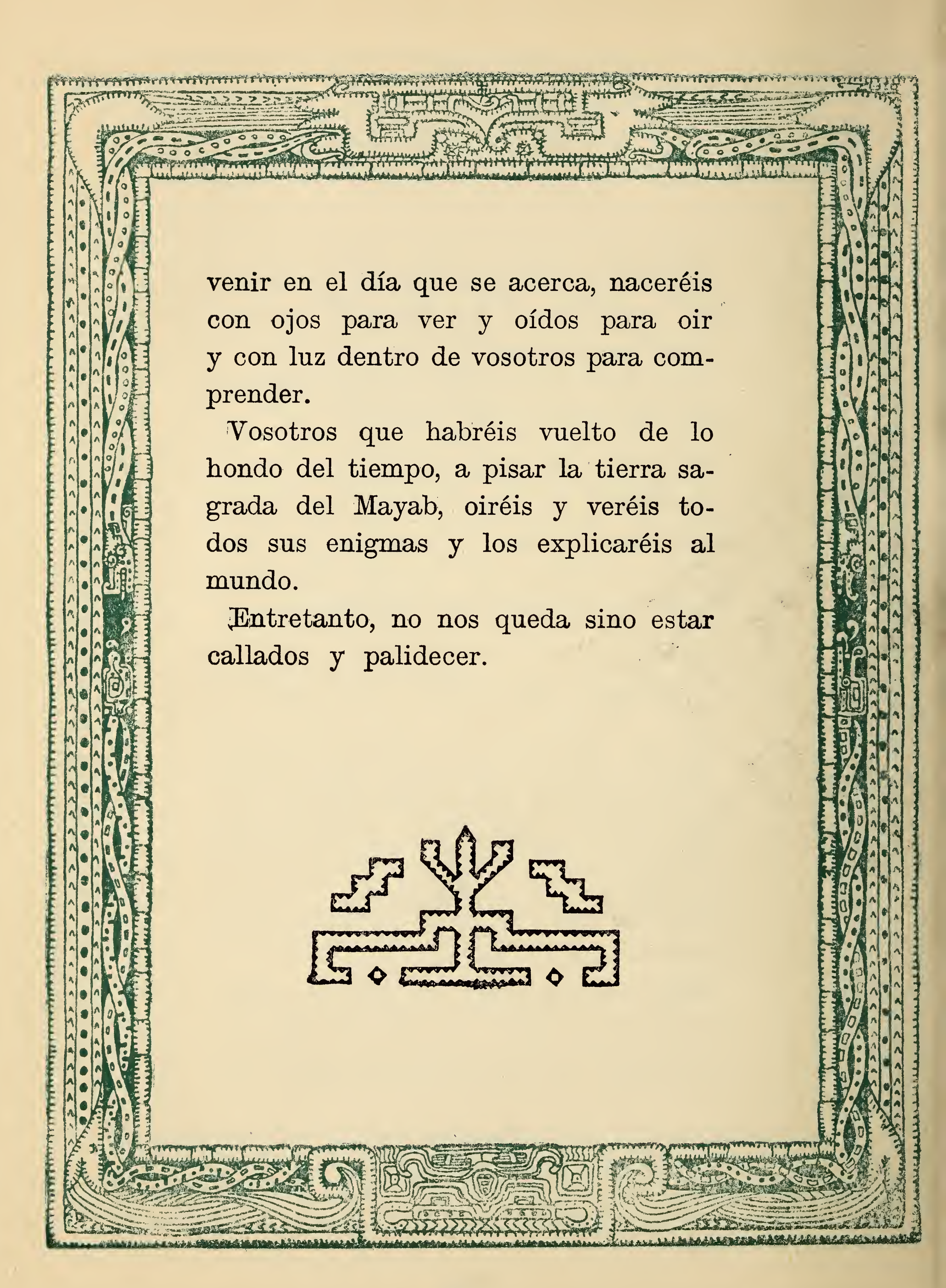
Entonces fué cuando desaparecieron las cabezas de ciertas estatuas de los dioses, que ya no debían de ser vistas.

Entonces fué cuando los secretos de la blanca sabiduría se ocultaron en los pozos profundos, y cuando en todas partes se tapiaron las puertas del Santuario antiguo.

¡Entonces fué cuando todo pasó!

Pero la mano roja queda estampada en las paredes y después de tiempos que nadie puede contar, los hombres la ven y palidecen, y ella habla sin voz, y el que la escucha no la comprende, pero tiembla.

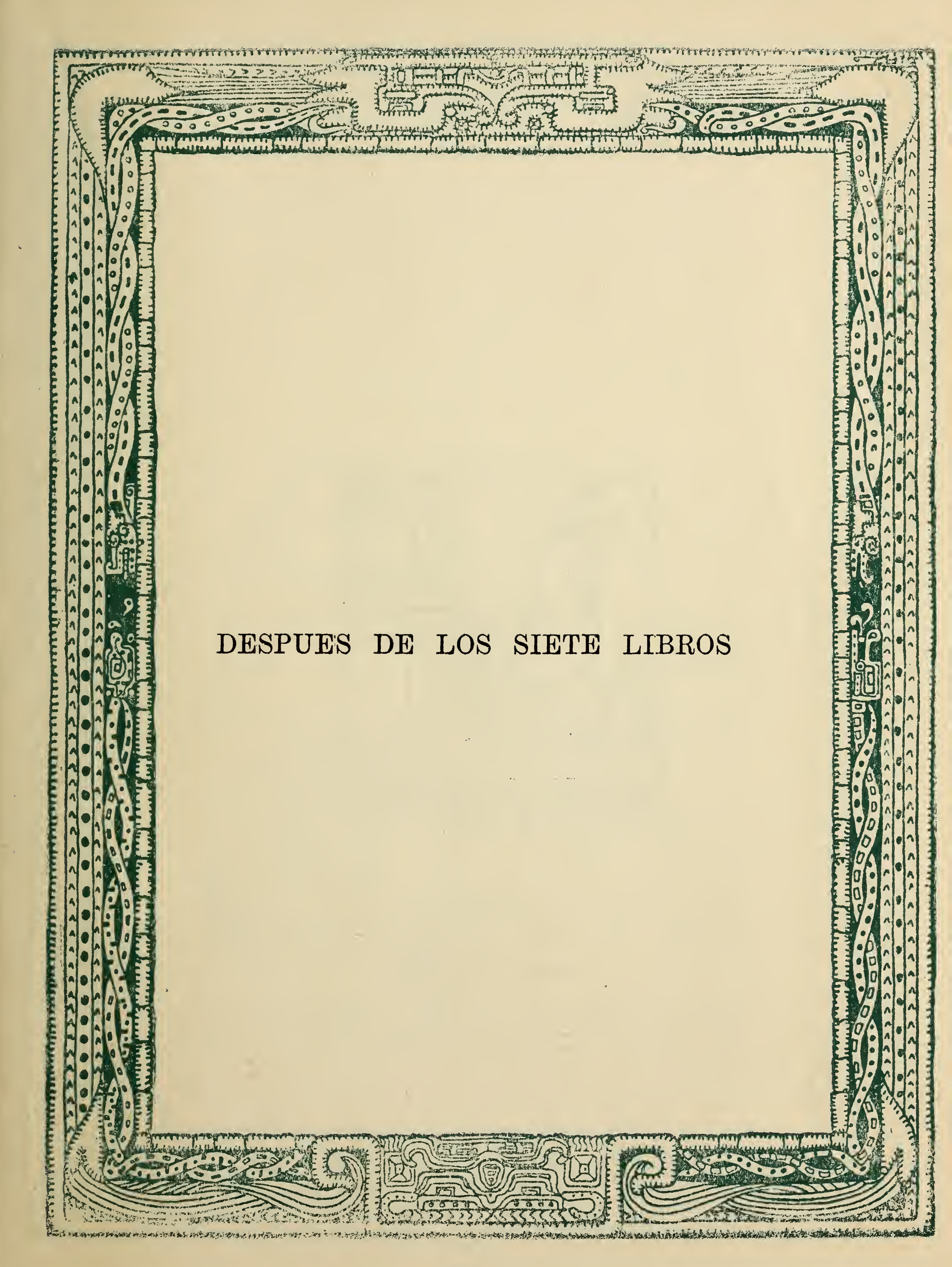
Hijos de los hijos del Mayab, hijos de los hijos ciegos y sordos de la gran sabiduría, vosotros, los que habéis de



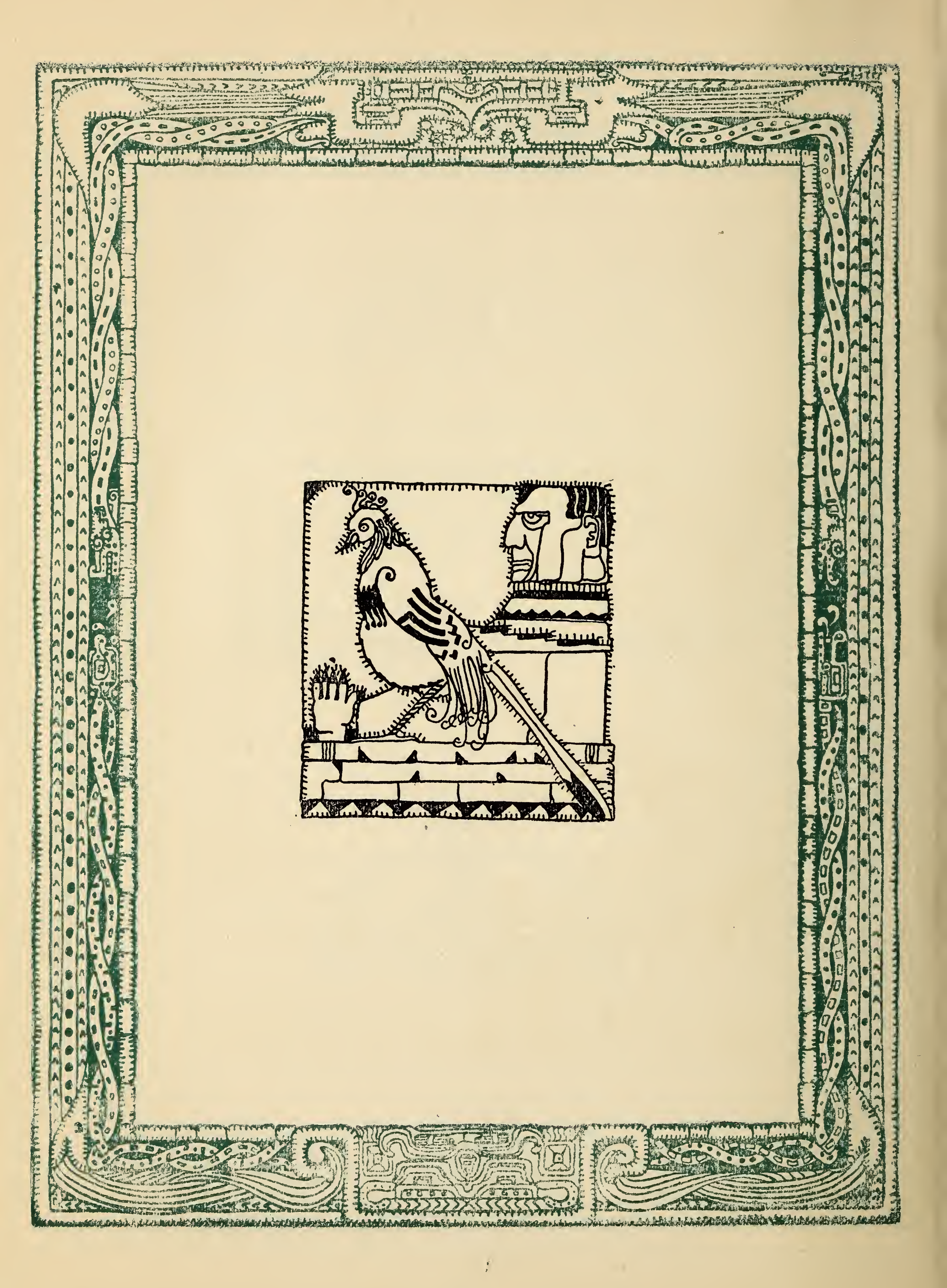
venir en el día que se acerca, naceréis con ojos para ver y oídos para oir y con luz dentro de vosotros para comprender.

Vosotros que habréis vuelto de lo hondo del tiempo, a pisar la tierra sagrada del Mayab, oiréis y veréis todos sus enigmas y los explicaréis al mundo.

Entretanto, no nos queda sino estar callados y palidecer.



DESPUES DE LOS SIETE LIBROS

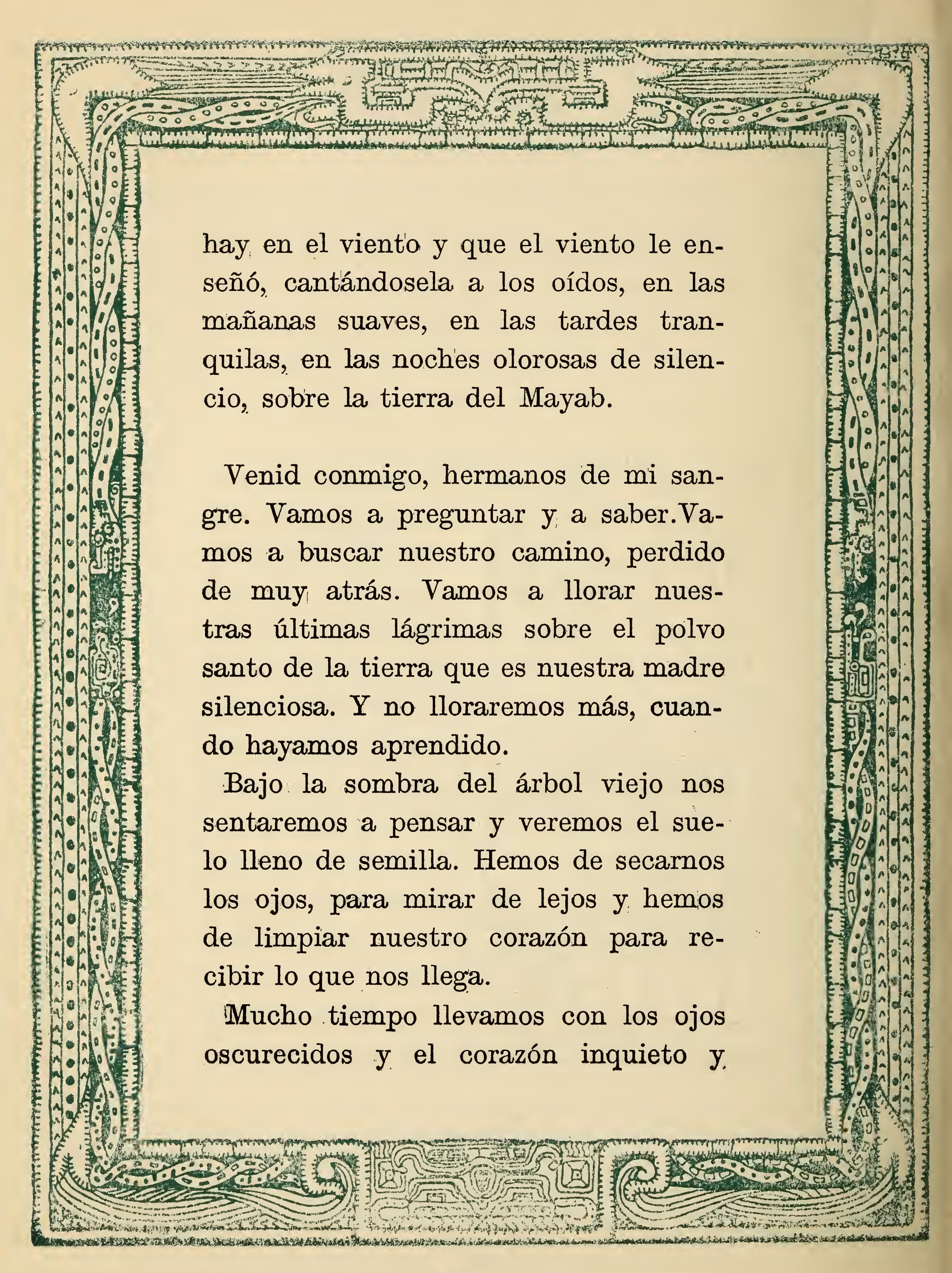




AHORA, venid, vosotros, hijos del Mayab, y escuchad la voz del que canta en medio de la noche!

¡A vosotros, hijos del espíritu antiguo que está vivo y oculto en todas las cosas, os habla vuestro hermano del tiempo triste!

Os habla con la música oscura que

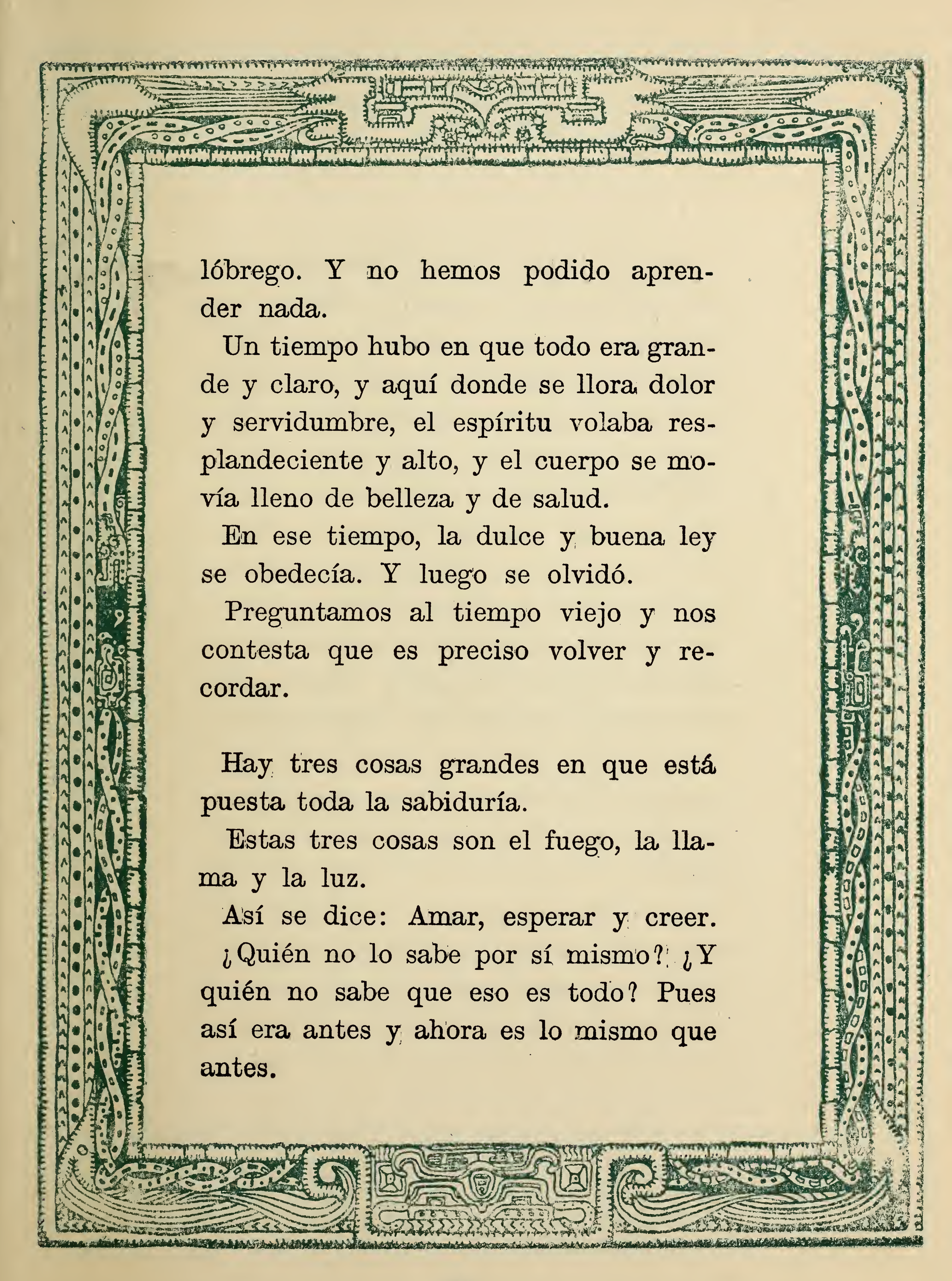


hay en el viento y que el viento le enseñó, cantándosela a los oídos, en las mañanas suaves, en las tardes tranquilas, en las noches olorosas de silencio, sobre la tierra del Mayab.

Venid conmigo, hermanos de mi sangre. Vamos a preguntar y a saber. Vamos a buscar nuestro camino, perdido de muy atrás. Vamos a llorar nuestras últimas lágrimas sobre el polvo santo de la tierra que es nuestra madre silenciosa. Y no lloraremos más, cuando hayamos aprendido.

Bajo la sombra del árbol viejo nos sentaremos a pensar y veremos el suelo lleno de semilla. Hemos de secarnos los ojos, para mirar de lejos y hemos de limpiar nuestro corazón para recibir lo que nos llega.

Mucho tiempo llevamos con los ojos oscurecidos y el corazón inquieto y



lóbrego. Y no hemos podido aprender nada.

Un tiempo hubo en que todo era grande y claro, y aquí donde se llora dolor y servidumbre, el espíritu volaba resplandeciente y alto, y el cuerpo se movía lleno de belleza y de salud.

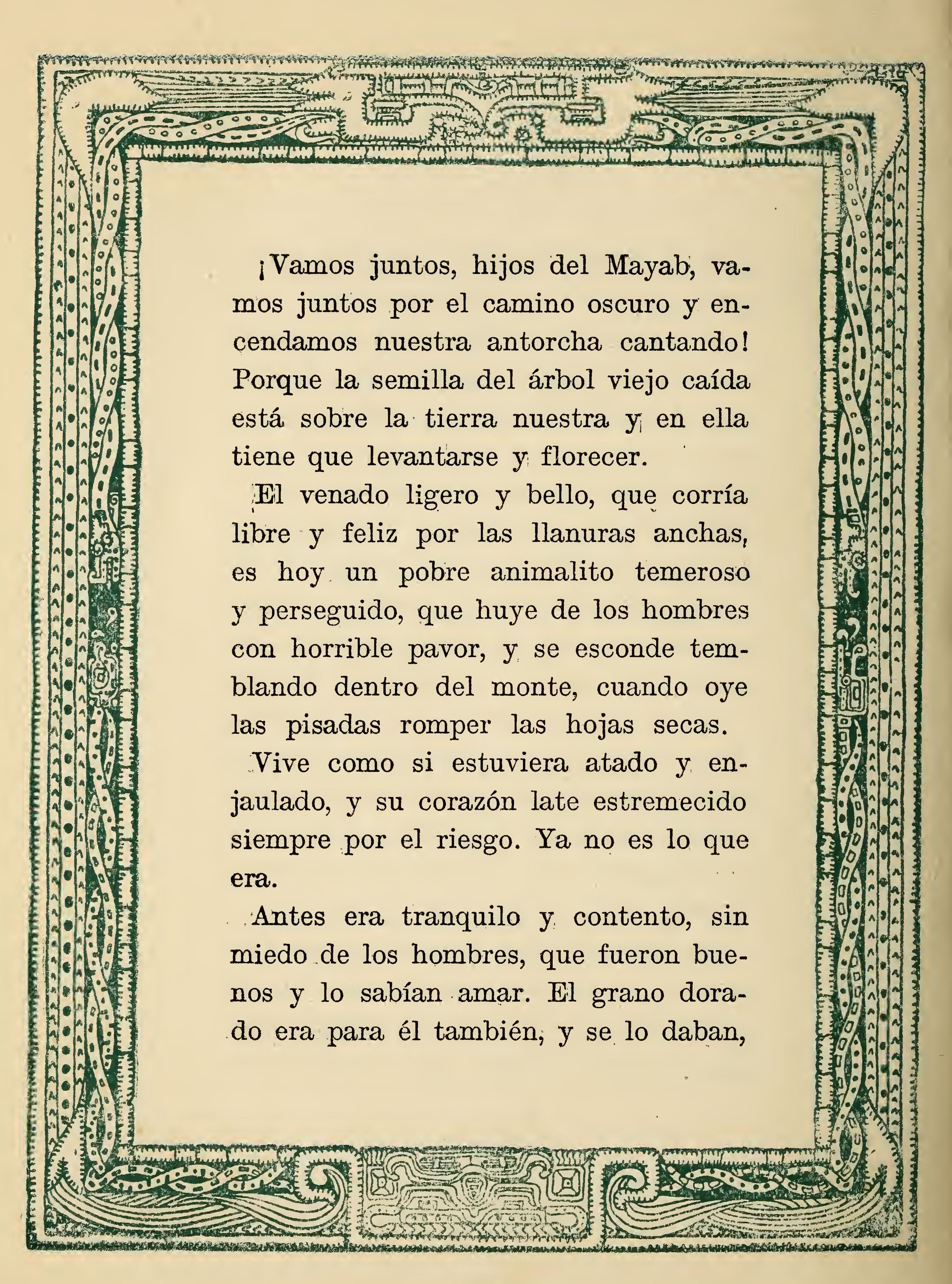
En ese tiempo, la dulce y buena ley se obedecía. Y luego se olvidó.

Preguntamos al tiempo viejo y nos contesta que es preciso volver y recordar.

Hay tres cosas grandes en que está puesta toda la sabiduría.

Estas tres cosas son el fuego, la llama y la luz.

Así se dice: Amar, esperar y creer. ¿Quién no lo sabe por sí mismo? ¿Y quién no sabe que eso es todo? Pues así era antes y ahora es lo mismo que antes.

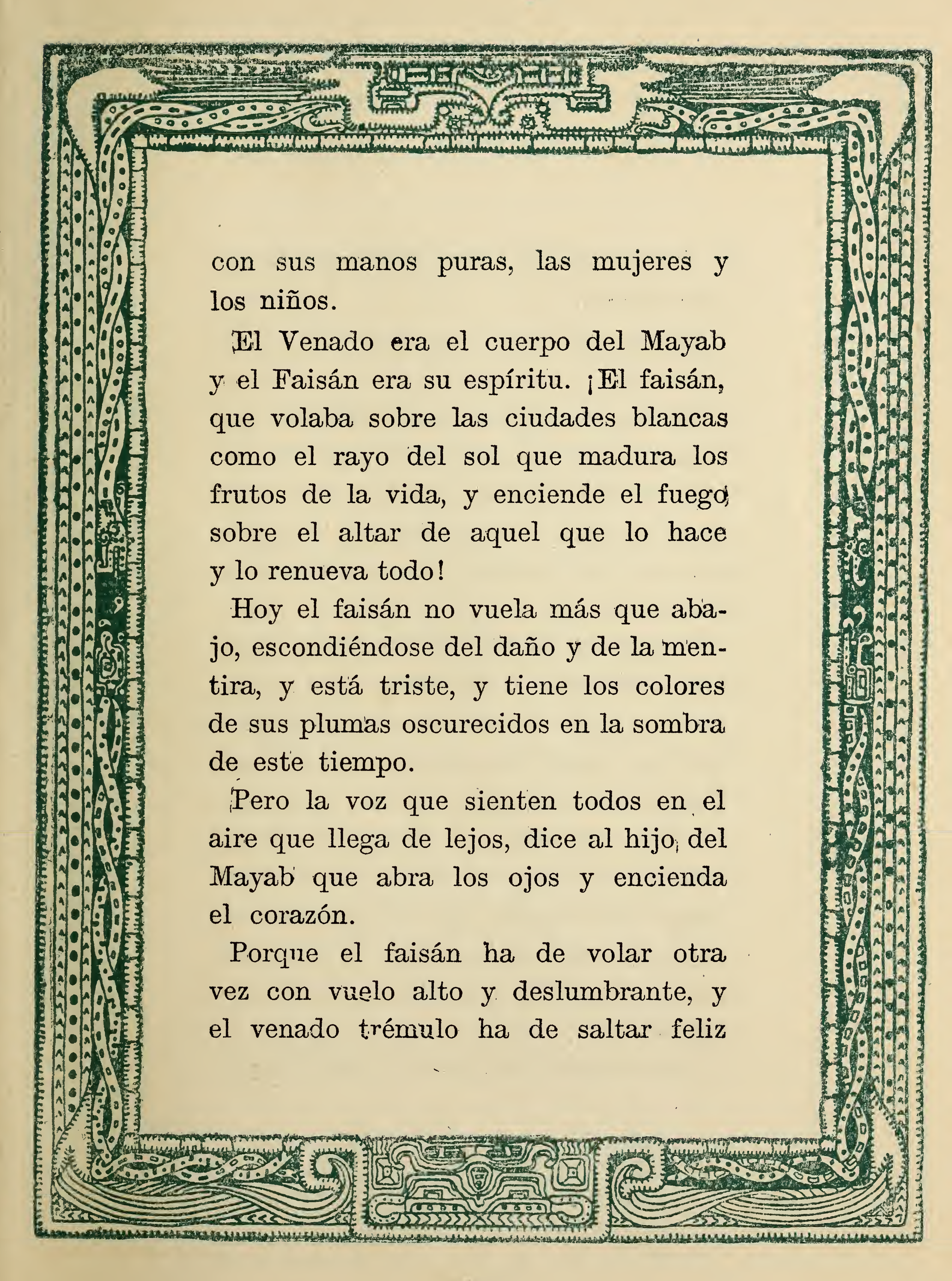


¡Vamos juntos, hijos del Mayab, vamos juntos por el camino oscuro y encendamos nuestra antorcha cantando! Porque la semilla del árbol viejo caída está sobre la tierra nuestra y en ella tiene que levantarse y florecer.

El venado ligero y bello, que corría libre y feliz por las llanuras anchas, es hoy un pobre animalito temeroso y perseguido, que huye de los hombres con horrible pavor, y se esconde temblando dentro del monte, cuando oye las pisadas romper las hojas secas.

Vive como si estuviera atado y enjaulado, y su corazón late estremecido siempre por el riesgo. Ya no es lo que era.

Antes era tranquilo y contento, sin miedo de los hombres, que fueron buenos y lo sabían amar. El grano dorado era para él también, y se lo daban,



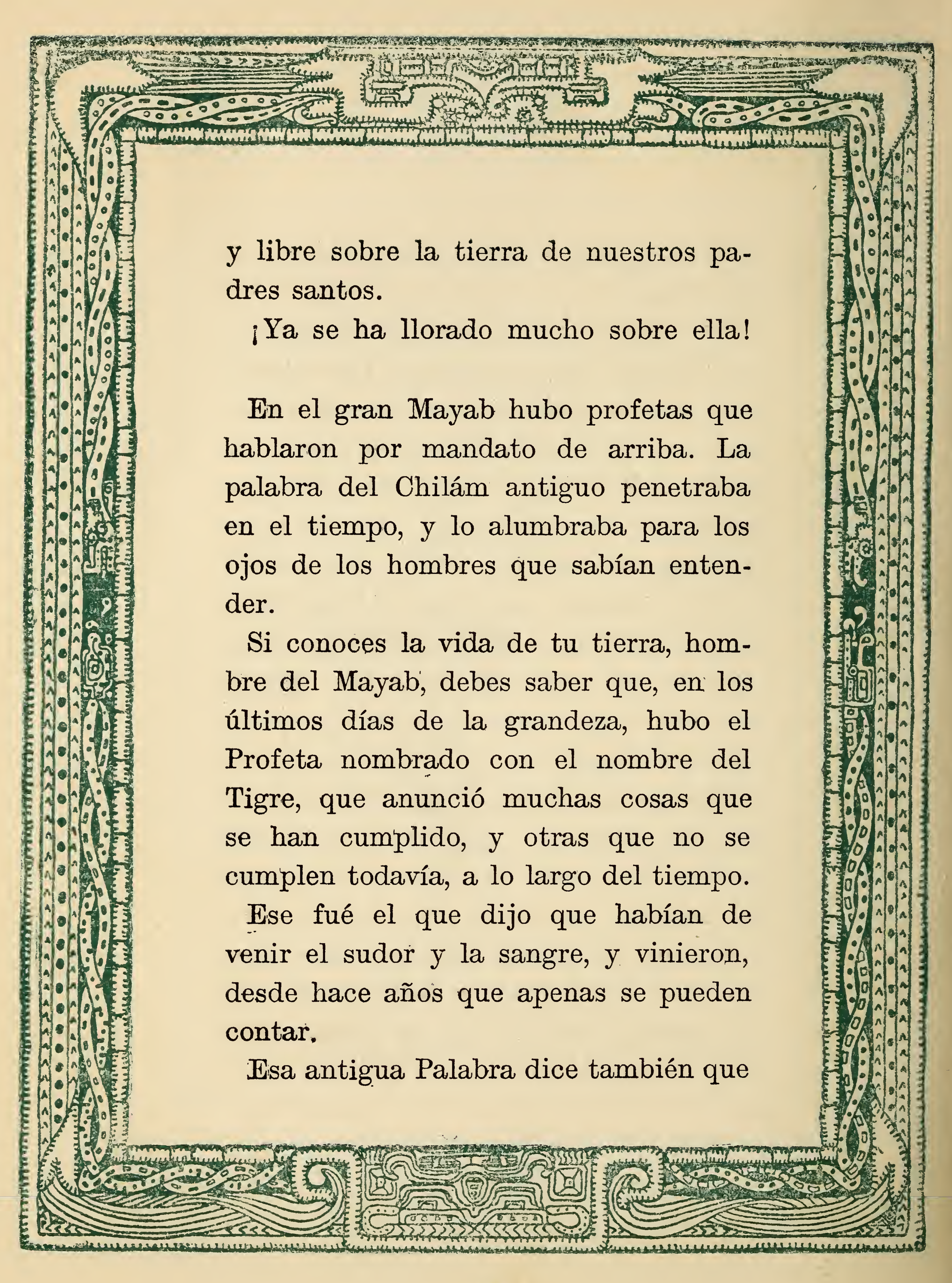
con sus manos puras, las mujeres y los niños.

El Venado era el cuerpo del Mayab y el Faisán era su espíritu. ¡El faisán, que volaba sobre las ciudades blancas como el rayo del sol que madura los frutos de la vida, y enciende el fuego sobre el altar de aquel que lo hace y lo renueva todo!

Hoy el faisán no vuela más que abajo, escondiéndose del daño y de la mentira, y está triste, y tiene los colores de sus plumas oscurecidos en la sombra de este tiempo.

Pero la voz que sienten todos en el aire que llega de lejos, dice al hijo del Mayab que abra los ojos y encienda el corazón.

Porque el faisán ha de volar otra vez con vuelo alto y deslumbrante, y el venado trémulo ha de saltar feliz



y libre sobre la tierra de nuestros padres santos.

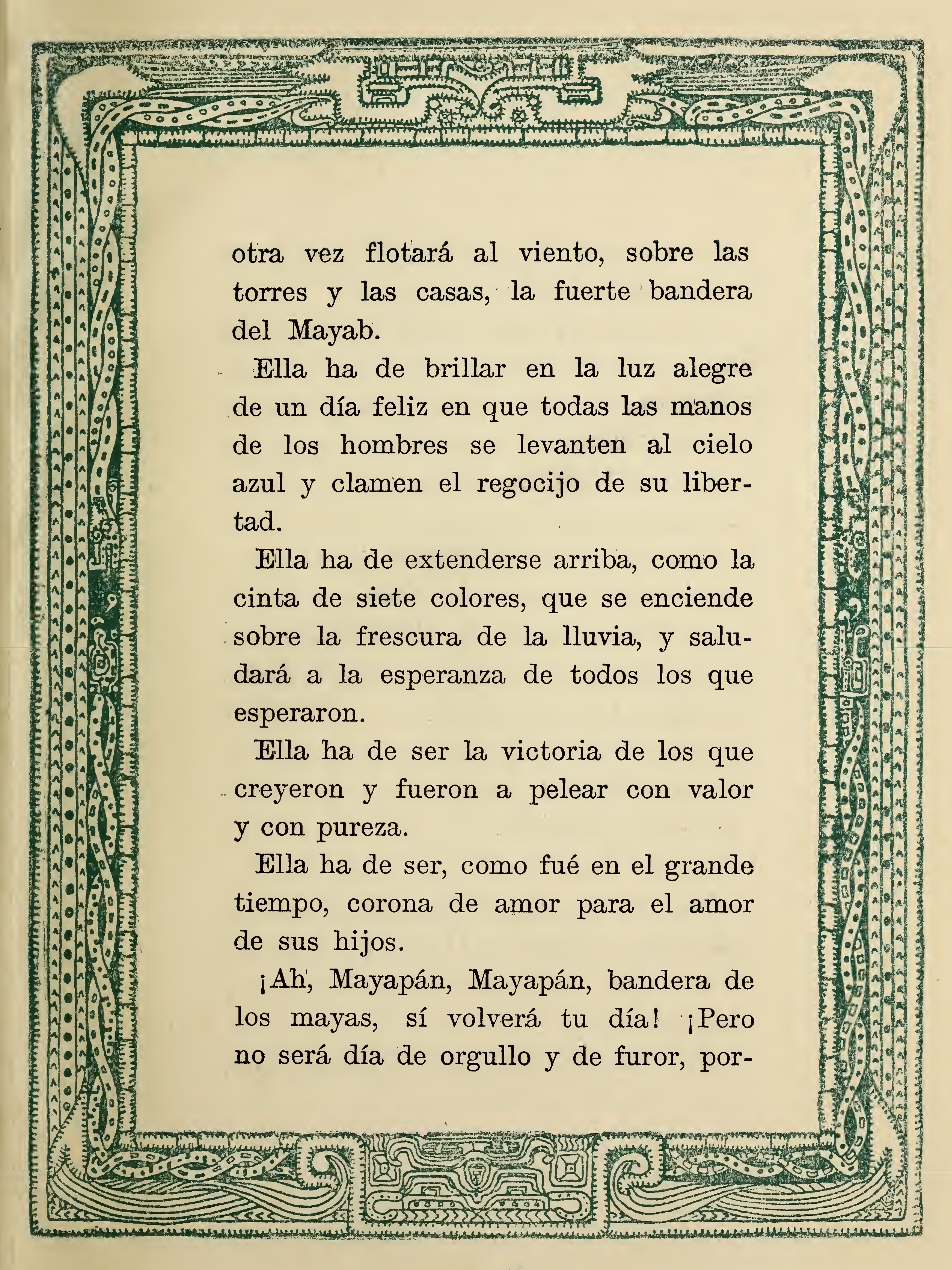
¡Ya se ha llorado mucho sobre ella!

En el gran Mayab hubo profetas que hablaron por mandato de arriba. La palabra del Chilám antiguo penetraba en el tiempo, y lo alumbraba para los ojos de los hombres que sabían entender.

Si conoces la vida de tu tierra, hombre del Mayab, debes saber que, en los últimos días de la grandeza, hubo el Profeta nombrado con el nombre del Tigre, que anunció muchas cosas que se han cumplido, y otras que no se cumplen todavía, a lo largo del tiempo.

Ese fué el que dijo que habían de venir el sudor y la sangre, y vinieron, desde hace años que apenas se pueden contar.

Esa antigua Palabra dice también que



otra vez flotará al viento, sobre las torres y las casas, la fuerte bandera del Mayab.

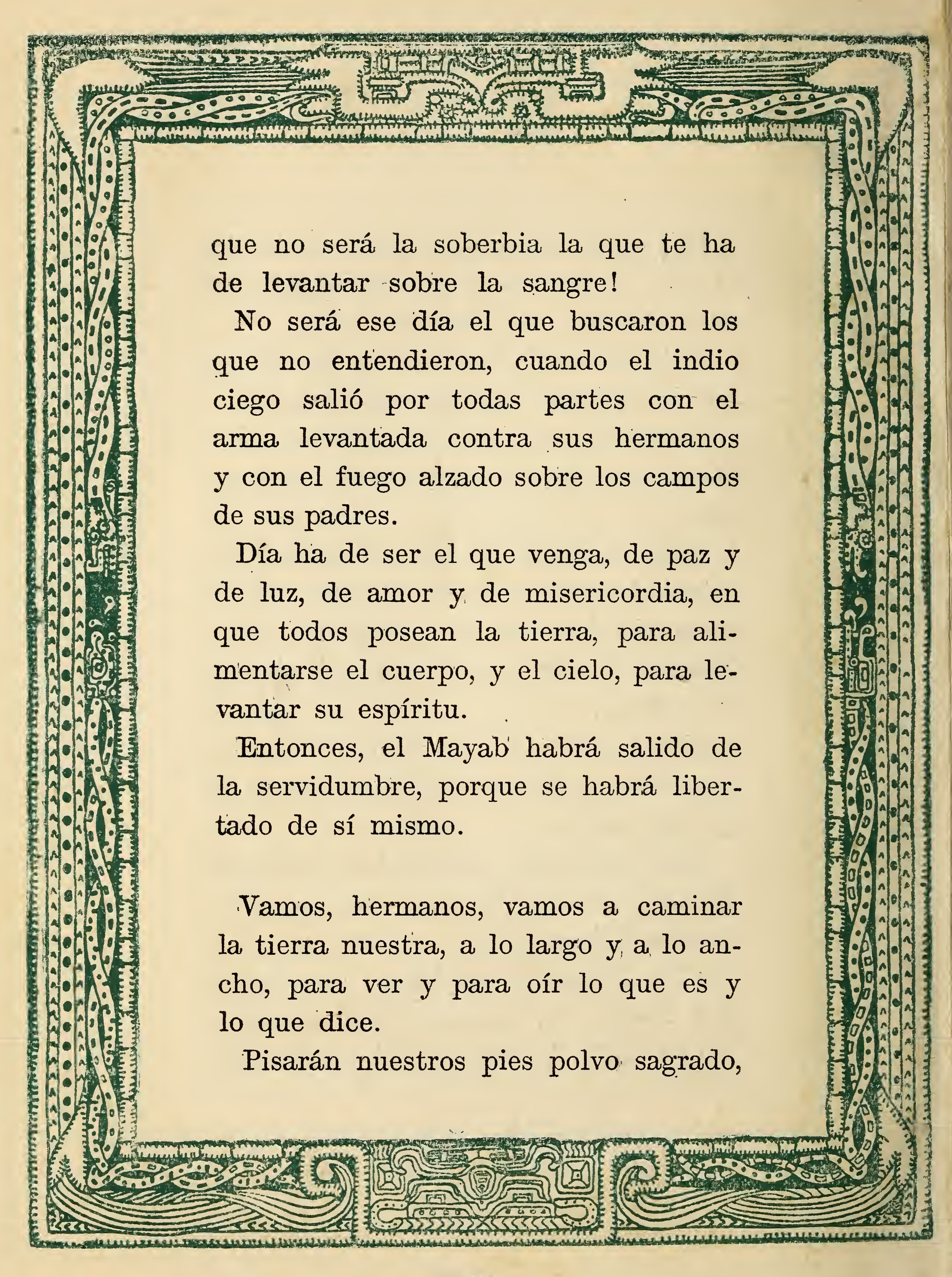
Ella ha de brillar en la luz alegre de un día feliz en que todas las manos de los hombres se levanten al cielo azul y clamen el regocijo de su libertad.

Ella ha de extenderse arriba, como la cinta de siete colores, que se enciende sobre la frescura de la lluvia, y saludará a la esperanza de todos los que esperaron.

Ella ha de ser la victoria de los que creyeron y fueron a pelear con valor y con pureza.

Ella ha de ser, como fué en el grande tiempo, corona de amor para el amor de sus hijos.

¡Ah, Mayapán, Mayapán, bandera de los mayas, sí volverá tu día! ¡Pero no será día de orgullo y de furor, por-



que no será la soberbia la que te ha de levantar sobre la sangre!

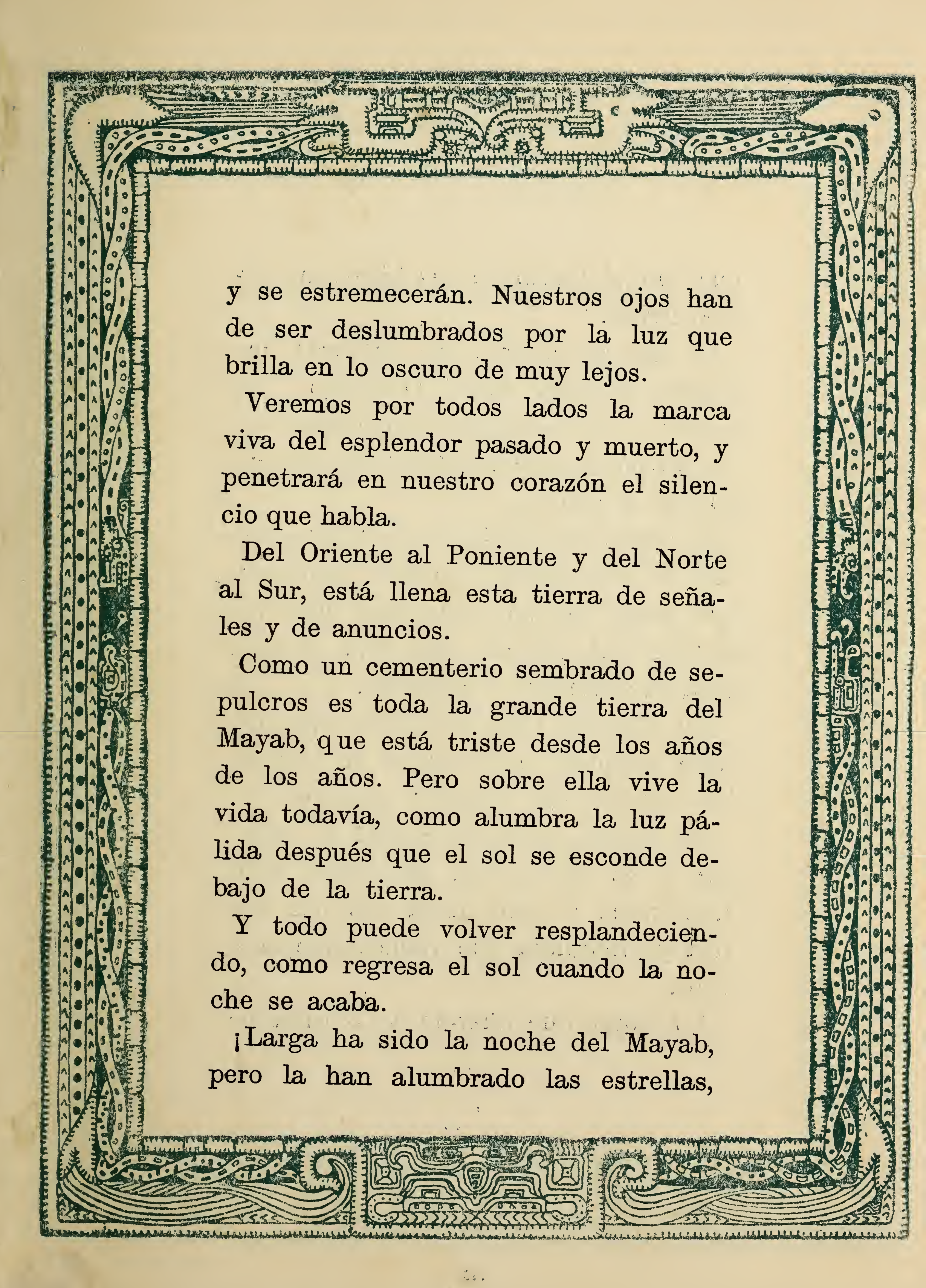
No será ese día el que buscaron los que no entendieron, cuando el indio ciego salió por todas partes con el arma levantada contra sus hermanos y con el fuego alzado sobre los campos de sus padres.

Día ha de ser el que venga, de paz y de luz, de amor y de misericordia, en que todos posean la tierra, para alimentarse el cuerpo, y el cielo, para levantar su espíritu.

Entonces, el Mayab habrá salido de la servidumbre, porque se habrá libertado de sí mismo.

Vamos, hermanos, vamos a caminar la tierra nuestra, a lo largo y a lo ancho, para ver y para oír lo que es y lo que dice.

Pisarán nuestros pies polvo sagrado,



y se estremecerán. Nuestros ojos han de ser deslumbrados por la luz que brilla en lo oscuro de muy lejos.

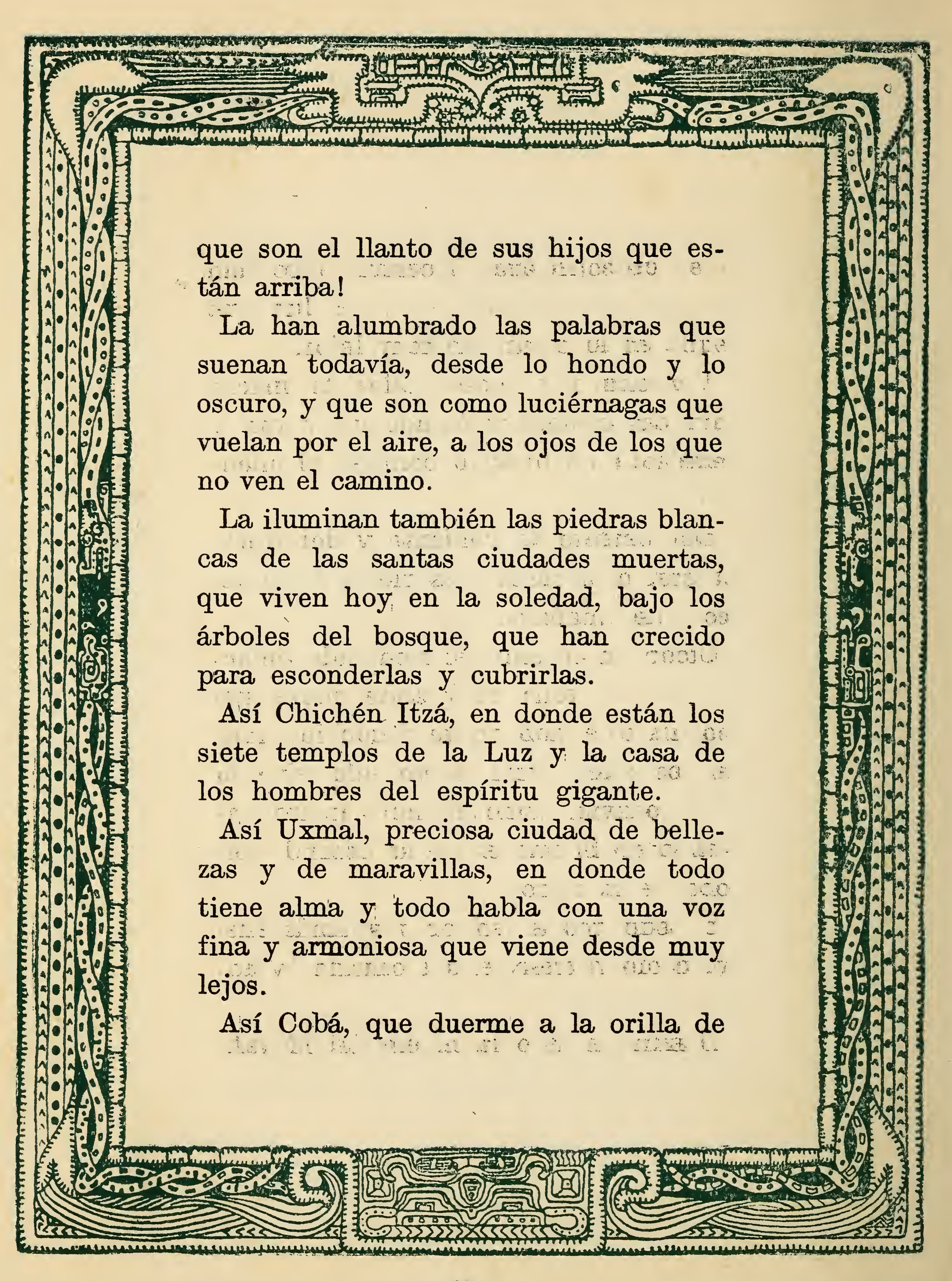
Veremos por todos lados la marca viva del esplendor pasado y muerto, y penetrará en nuestro corazón el silencio que habla.

Del Oriente al Poniente y del Norte al Sur, está llena esta tierra de señales y de anuncios.

Como un cementerio sembrado de sepulcros es toda la grande tierra del Mayab, que está triste desde los años de los años. Pero sobre ella vive la vida todavía, como alumbra la luz pálida después que el sol se esconde debajo de la tierra.

Y todo puede volver resplandeciendo, como regresa el sol cuando la noche se acaba.

¡Larga ha sido la noche del Mayab, pero la han alumbrado las estrellas,



que son el llanto de sus hijos que están arriba!

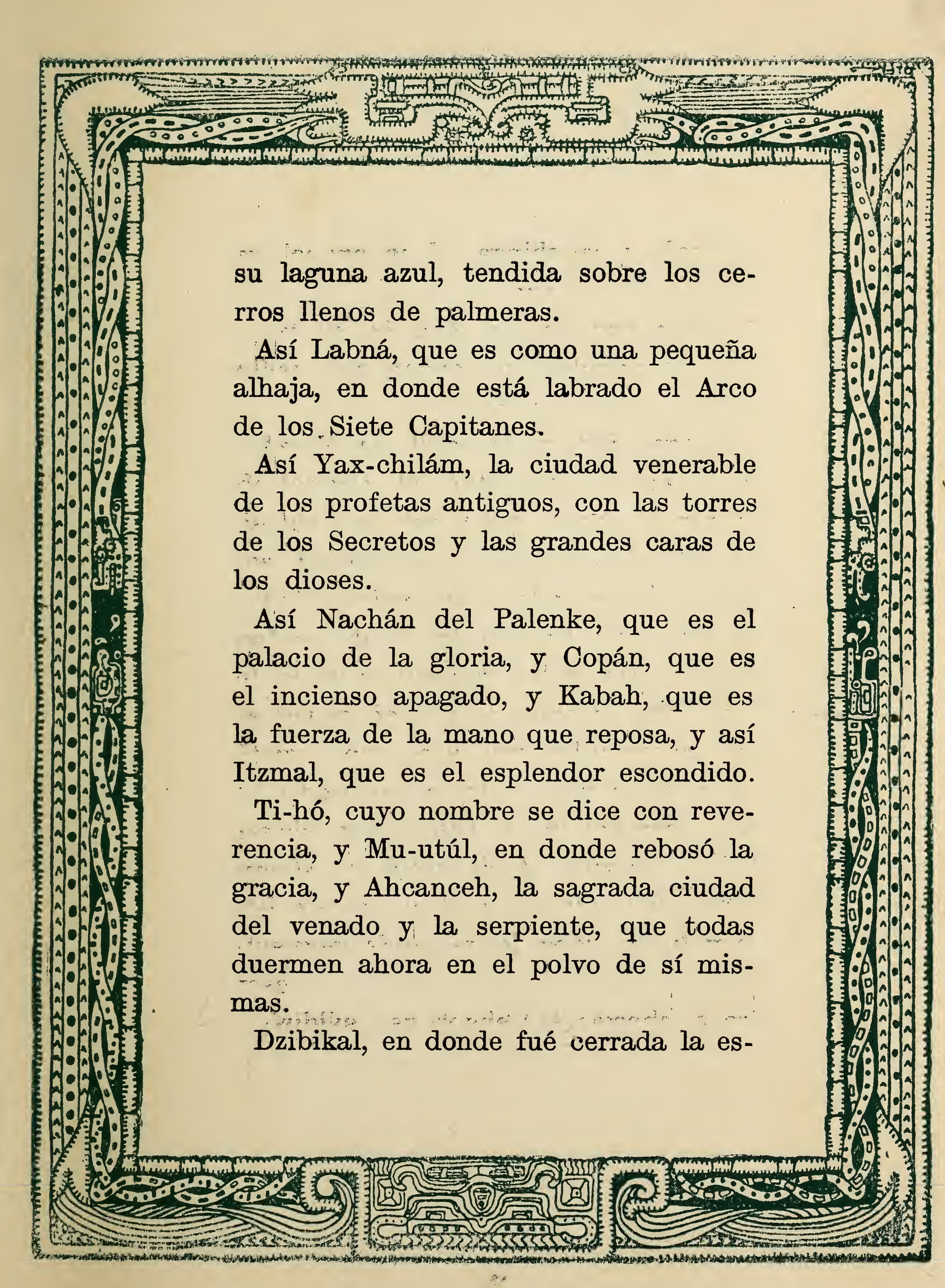
La han alumbrado las palabras que suenan todavía, desde lo hondo y lo oscuro, y que son como luciérnagas que vuelan por el aire, a los ojos de los que no ven el camino.

La iluminan también las piedras blancas de las santas ciudades muertas, que viven hoy en la soledad, bajo los árboles del bosque, que han crecido para esconderlas y cubrirlas.

Así Chichén Itzá, en donde están los siete templos de la Luz y la casa de los hombres del espíritu gigante.

Así Uxmal, preciosa ciudad de bellezas y de maravillas, en donde todo tiene alma y todo habla con una voz fina y armoniosa que viene desde muy lejos.

Así Cobá, que duerme a la orilla de



su laguna azul, tendida sobre los cerros llenos de palmeras.

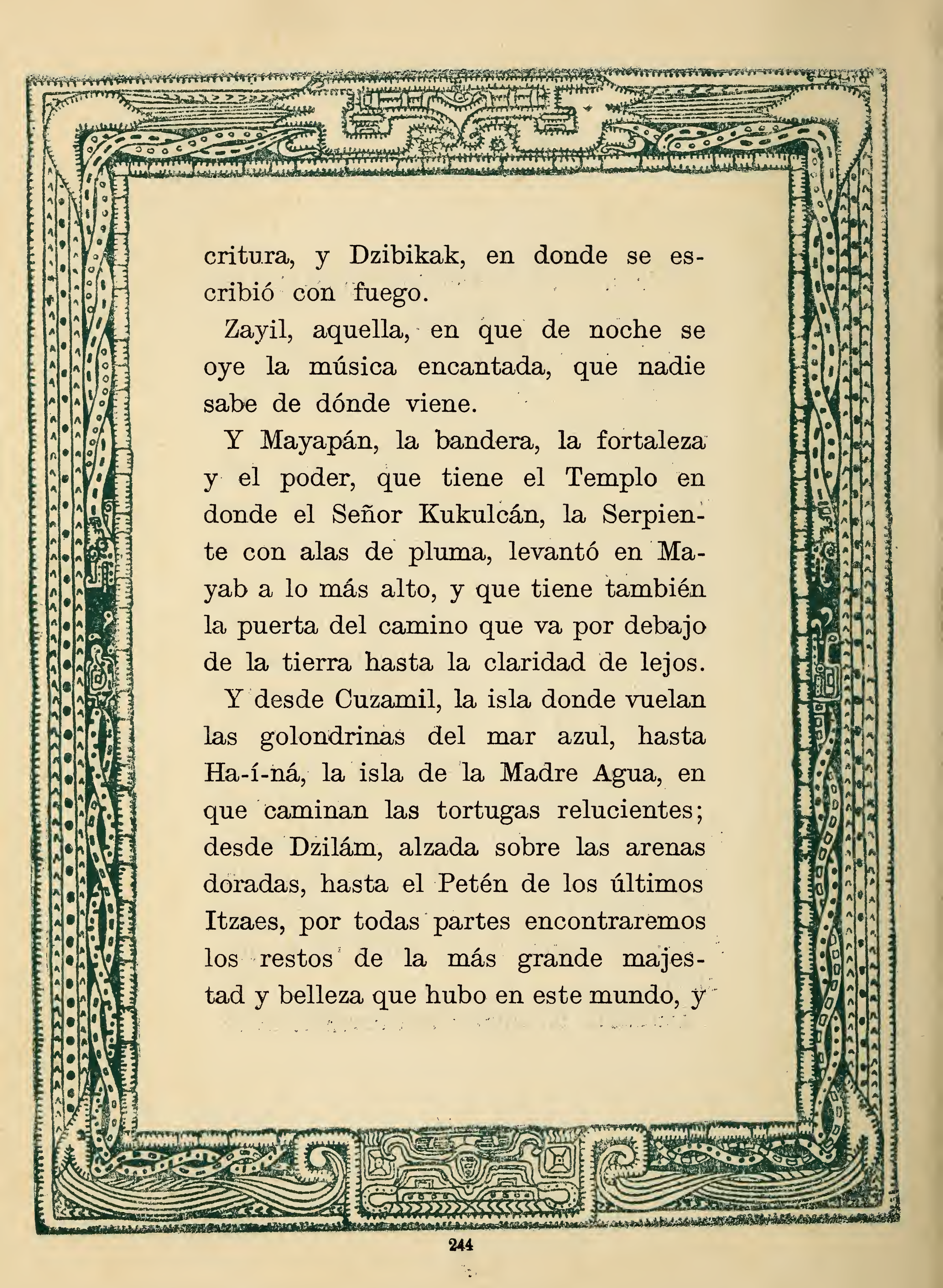
Así Labná, que es como una pequeña alhaja, en donde está labrado el Arco de los Siete Capitanes.

Así Yax-chilám, la ciudad venerable de los profetas antiguos, con las torres de los Secretos y las grandes caras de los dioses.

Así Nachán del Palenke, que es el palacio de la gloria, y Copán, que es el incienso apagado, y Kabah, que es la fuerza de la mano que reposa, y así Itzmal, que es el esplendor escondido.

Ti-hó, cuyo nombre se dice con reverencia, y Mu-utúl, en donde rebosó la gracia, y Ahcanceh, la sagrada ciudad del venado y la serpiente, que todas duermen ahora en el polvo de sí mismas.

Dzibikal, en donde fué cerrada la es-

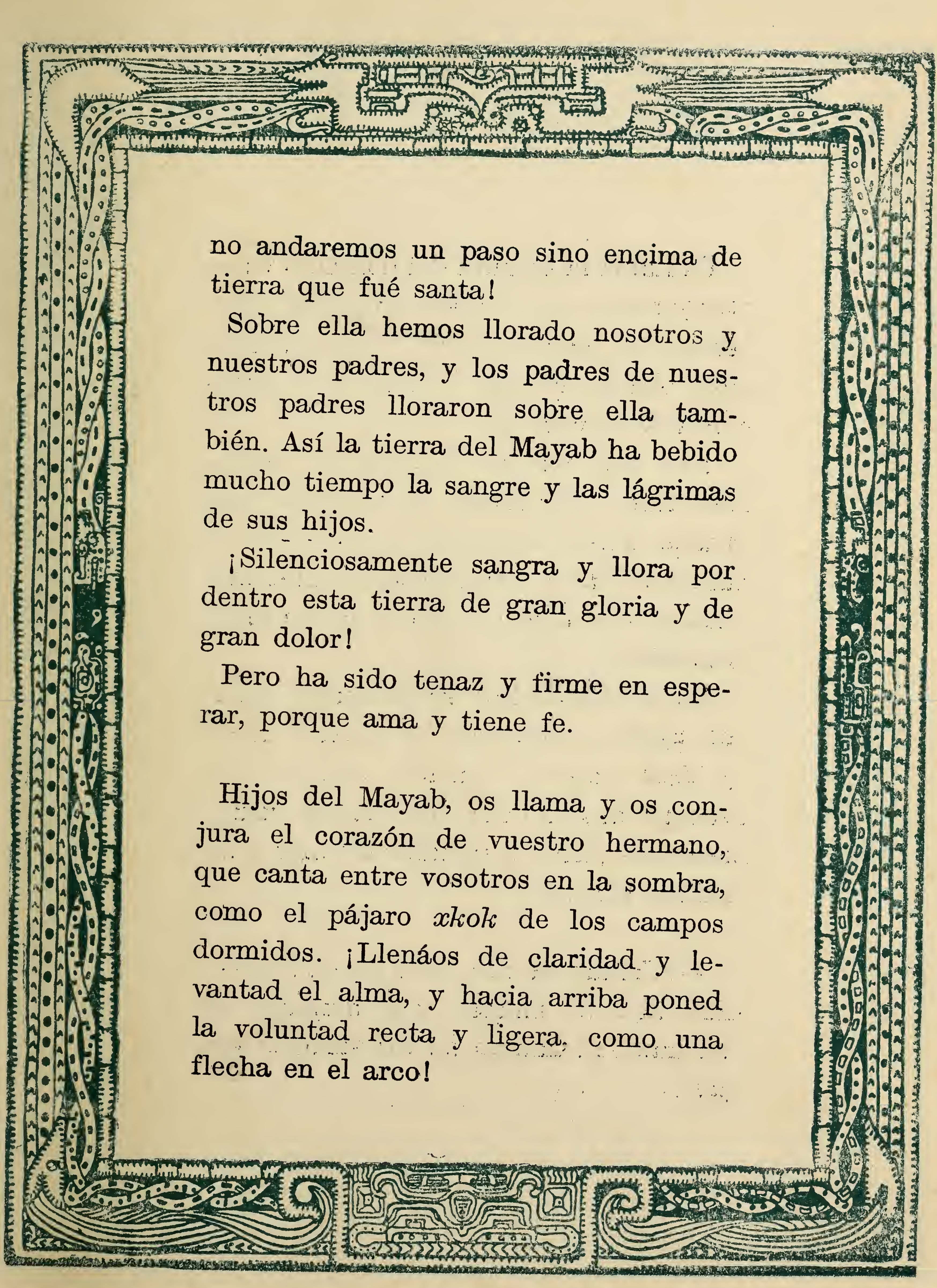


critura, y Dzibikak, en donde se escribió con fuego.

Zayil, aquella, en que de noche se oye la música encantada, que nadie sabe de dónde viene.

Y Mayapán, la bandera, la fortaleza y el poder, que tiene el Templo en donde el Señor Kukulcán, la Serpiente con alas de pluma, levantó en Mayab a lo más alto, y que tiene también la puerta del camino que va por debajo de la tierra hasta la claridad de lejos.

Y desde Cuzamil, la isla donde vuelan las golondrinas del mar azul, hasta Ha-í-ná, la isla de la Madre Agua, en que caminan las tortugas relucientes; desde Dzilám, alzada sobre las arenas doradas, hasta el Petén de los últimos Itzaes, por todas partes encontraremos los restos de la más grande majestad y belleza que hubo en este mundo, y



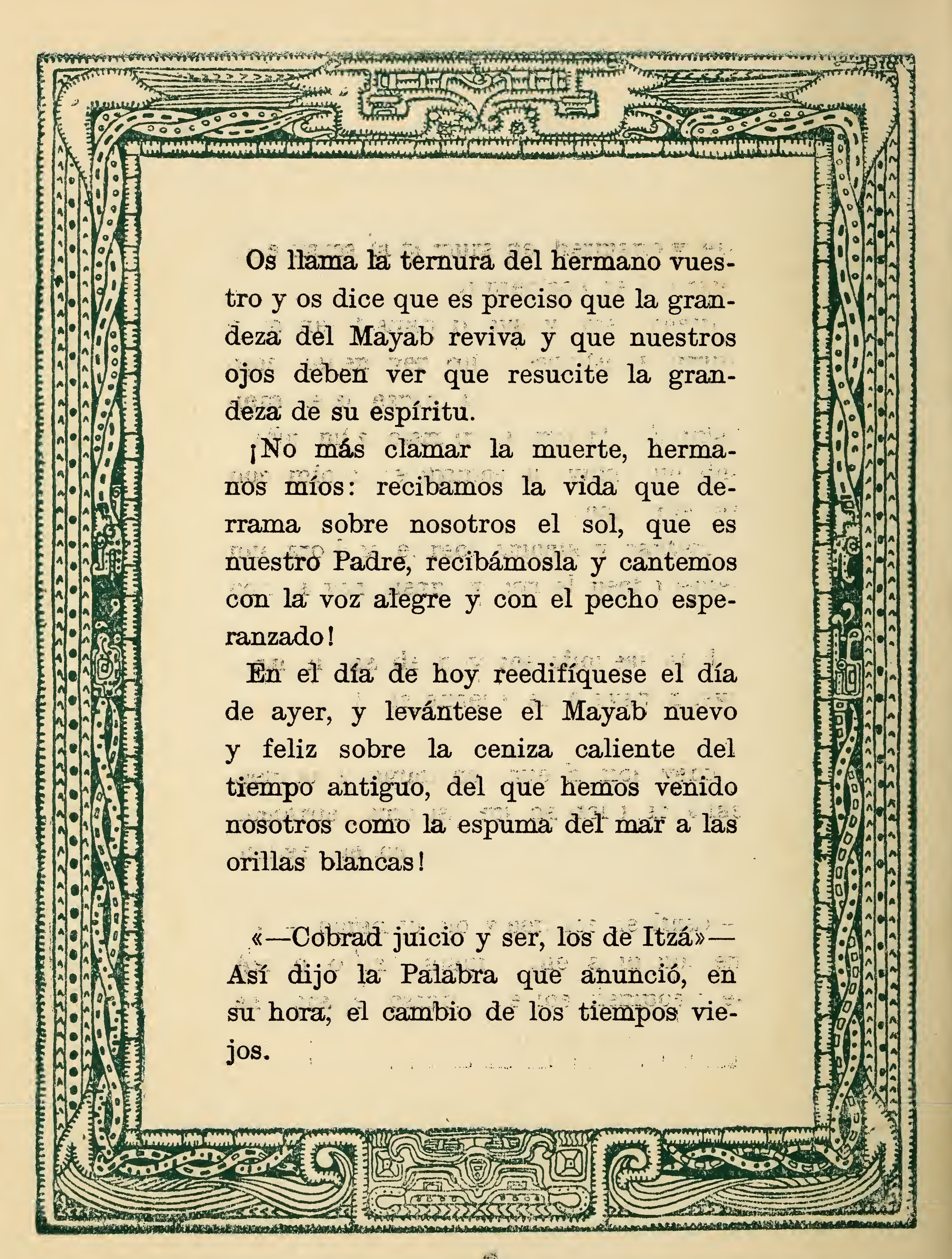
no andaremos un paso sino encima de tierra que fué santa!

Sobre ella hemos llorado nosotros y nuestros padres, y los padres de nuestros padres lloraron sobre ella también. Así la tierra del Mayab ha bebido mucho tiempo la sangre y las lágrimas de sus hijos.

¡Silenciosamente sangra y llora por dentro esta tierra de gran gloria y de gran dolor!

Pero ha sido tenaz y firme en esperar, porque ama y tiene fe.

Hijos del Mayab, os llama y os conjura el corazón de vuestro hermano, que canta entre vosotros en la sombra, como el pájaro *xkok* de los campos dormidos. ¡Llenáos de claridad y levantad el alma, y hacia arriba poned la voluntad recta y ligera, como una flecha en el arco!

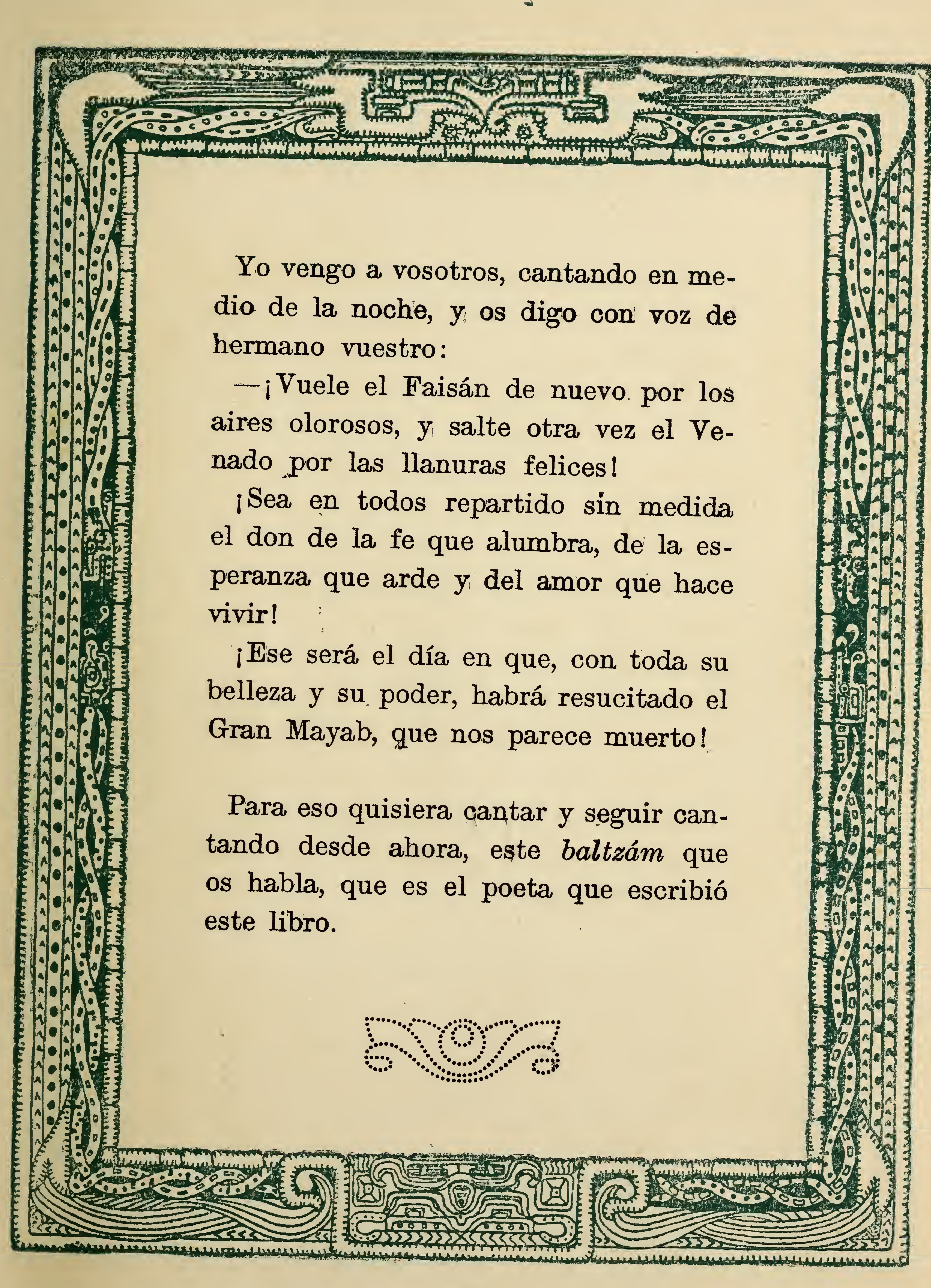


Os llama la ternura del hermano vuestro y os dice que es preciso que la grandeza del Mayab reviva y que nuestros ojos deben ver que resucite la grandeza de su espíritu.

¡No más clamar la muerte, hermanos míos: recibamos la vida que derrama sobre nosotros el sol, que es nuestro Padre, recibámosla y cantemos con la voz alegre y con el pecho esperanzado!

En el día de hoy reedifíquese el día de ayer, y levántese el Mayab nuevo y feliz sobre la ceniza caliente del tiempo antiguo, del que hemos venido nosotros como la espuma del mar a las orillas blancas!

«—Cobrad juicio y ser, los de Itzá»— Así dijo la Palabra que anunció, en su hora, el cambio de los tiempos viejos.



Yo vengo a vosotros, cantando en medio de la noche, y os digo con voz de hermano vuestro:

—¡Vuele el Faisán de nuevo por los aires olorosos, y salte otra vez el Venado por las llanuras felices!

¡Sea en todos repartido sin medida el don de la fe que alumbra, de la esperanza que arde y del amor que hace vivir!

¡Ese será el día en que, con toda su belleza y su poder, habrá resucitado el Gran Mayab, que nos parece muerto!

Para eso quisiera cantar y seguir cantando desde ahora, este *baltzám* que os habla, que es el poeta que escribió este libro.

